(c) 2008 Ministerio de Cultura

BIBLIOTECA CENTRAL MILITAR
ESTADO MAYOR DEL EJERCITO

EX LIBRIS

Inscripcion 3380
Clasificacion A-r-3
Colocacion { Sala I
Estante 20
Tabla 2ª
Numero 15

III
44 - 2
5

BD2_24.833

EPISODIOS NACIONALES

TOMO VII

LA SEGUNDA CASACA

EL GRANDE ORIENTE

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Los editores se reservan todos los derechos de propiedad de esta obra ilustrada.

Madrid 1884.—Imp. y lit. de *La Guirnalda*, Pozas, 12

(c) 2008 Ministerio de Cultura

EPISODIOS

NACIONALES

POR B. PEREZ GALDÓS

TOMO VII

Ilustrado por los SRES. MÉLIDA (D. A.), *y* PELLICER

BIBLIOTECA DE INGENIEROS

MADRID

Administracion de LA GUIRNALDA y EPISODIOS NACIONALES
CALLE DEL BARCO, 2 DUPLICADO

(c) 2008 Ministerio de Cultura

(c) 2008 Ministerio de Cultura

BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA

ACTA

DE PRODUCTO

(c) 2008 Ministerio de Cultura

(c) 2008 Ministerio de Cultura

I

¡Qué infames eran los liberales de mi tiempo! En vez de conformarse á vivir pacífica y dulcemente gobernados por el paternal absolutismo que habíamos establecido, no cesaban en sus maquinaciones y viles proyectos, para derrocar las sabias leyes con que diariamente se atendía al sosiego del Reino y á hundir á todos los hombres eminentes que describí en la primera parte de mis *Memorias*.

¡Miserables, bullangueros! ¿Qué volcán os escupió de su pecho sulfúreo, qué infierno os vomitó, qué hidra venenosa os llevó en sus entrañas? No os contentábais con aullar en los presidios, clamando contra

(c) 2008 Ministerio de Cultura

nosotros y contra la augusta majestad soberana del mejor de los Reyes, sino que también, ¡oh, vileza! agitásteis con nefandas conspiraciones la Península toda, amenazándonos con un nuevo triunfo de la aborrecida revolución. Después de insultarnos á todos los que componíamos aquel admirable conjunto y oligarquía poderosa, para mangonear en lo pequeño y lo grande, con el Reino en un puño y el Trono en otro, os atrevísteis á conjuraros con militares descontentos y paisanos inquietos para cambiar el Gobierno. ¡Trece veces, trece veces alzó su horrible cabeza y clavó en nosotros sus sanguinolentos ojos el mónstruo de la revolución! Trece veces temblaron nuestras pobres carnes, cubriéndose del sudor de la congoja y susto que tales tentativas de desorden nos producían. Así es que, en medio de la privanza y regalo en que vivíamos, se nos podía ahorcar con un cabello, y al despertar cada mañana, nos preguntábamos si había llegado ya la hora de bajar del machito.

¡Trece veces, trece conspiraciones! Al ver tal insistencia y la endemoniada tenacidad de aquella gente, que al pié de los cadalsos donde espiraba una conjuración, comenzaba á tender los hilos de otra nueva, cualquiera hubiera creido que el despotismo era la peor cosa del mundo, y que el afligido Reino no se consideraba con vida hasta no sacudírselo de encima. ¡Embrollones, farsantes, que así desdoraban una institución tan buena!

No quiero seguir adelante sin contar las abortadas conspiraciones que yo recuerdo.

1.ª Conspiración para asesinar á Elío y á La Bisbal (1814).—Fué una instriga misteriosa que unos atribuyeron á los masones y otros á la corte.

2.ª Conspiración de Cádiz (1814).—Tenía por objeto proclamar la Constitución del 12 y restablecer en el Trono á Carlos IV, que en sus buenos tiempos había dado pruebas de muy entendido en aquello del *reinar y no gobernar*.

3.ª Sublevación de Mina en Navarra (1814).—Abortó á los pocos días.

4.ª Conspiración del *café de Levante* en Madrid (1815).—Andaban en esto varios afrancesados. Dejáronse coger tontamente, y casi todos fueron condenados á presidio.

5.ª Conspiración de Porlier en la Coruña (1815).—Esto ya fué un poco más formal. Frustróse el plan y ahorcaron al *Marquesito*.

6.ª Conspiración de Richar en Madrid (1815).—Fué misteriosa, grave, atrevida, y la condujeron con destreza sus autores, que eran lo más perdido de todo el Reino, un comisario de guerra y un sargento de

(c) 2008 Ministerio de Cultura

marina, un soldado y un fraile, diversa gente, animada de brutales deseos. Los angelitos querían asesinar al mejor de los Reyes, durante su paseo á las Ventas del Espíritu Santo ó en casa de Juana la Naranjera. La cabeza de Richard estuvo mucho tiempo clavada en un palo en la carretera de Aragón. Funcionó la horca, y algunos sufrieron un tormento muy simpático y persuasivo, que se llamaba *los grillos á salto de trucha.*

7.ª Conspiración del Conde de Montijo en Granada (1816).—El *tío Pedro* del 19 de Marzo en Aranjuez, había sido después afrancesado en Bayona, agitador en Cádiz más tarde, y luego absolutista acérrimo en la Junta de Daroca. Hallándose de capitán general en Granada, dicen que preparó, ayudado del *Grande Oriente*, las sublevaciones militares que estallaron más tarde.

8.ª Gran conspiración de Lacy en Cataluña (1817).—Compañías sublevadas, gritos, entusiasmo, soborno, audacia, traición; y por fin mucha sangre y un bravo general arcabuceado en Mallorca.

9.ª Conspiración de Torrijos en Alicante (1817).—Proyecto de alzamiento militar en varias plazas de Levante. La Inquisición se encargó de castigar á los culpables; pero lo hizo tan mal, que desde entonces se dijo: *inquisidores y masones todos son unos.*

10. Conspiración de Polo en Madrid (1818).—Se dijo que Polo y sus amigos deseaban poner en el Trono al venerable Carlos IV. Envíose un emisario á Roma, y como el solitario Rey no tenía qué comer, no le pareció mal el proyecto. Militares muy altos anduvieron en estos enredos, pero descubierto todo, hubo muchas prisiones...

11. Conspiración de Vidad en Valencia (1819).—Trama espantosa contra el tirano Elío. Dios amparó á éste y Valencia presenció una horrible tragedia. La horca y los fusiles la desenlazaron entre lágrimas y crugido de dientes. En las cárceles no cabían los presos. Para desahogarlas, fusilaban. La tierra sedienta, pedía sangre que beber. Cruzaba los aires pavoroso hálito de odio. Oíanse pasos de gigante. Algo muy terrible se acercaba.

12. Conspiración del conde de La Bisbal en el Palmar (1819).—Durante su vida política y militar, el conde encendió siempre una vela al santo y otra al demonio. En 1814, cuando se dirigía á felicitar al Rey por su vuelta, llevaba dos discursos escritos, uno en sentido liberal y otro en sentido absolutista, para espetarle aquel que mejor cuadrase á las circunstancias. En 1819, después de merendar con los conspiradores de Cádiz y los oficiales del ejército expedicionario de América, los

(c) 2008 Ministerio de Cultura

arrestó de súbito, haciendo una escena de farsa y bulla, que le valió la gran cruz de Carlos III. El ejército estaba furioso. Tenía la fiebre devoradora de la insurrección. Desde Madrid oíamos su resoplido calenturiento, y temblábamos. En las logias no había más que militares, infinitas hechuras de aquellos cinco años de guerra, los cuales habían de emplear en algo su bravura y sus sables. Todo indicaba tormenta. Cruzaban el negro cielo relámpagos de amenaza. Nos sentíamos en el crater de la revolución, y nuestros piés se quemaban. Á cada bufido de la subterránea lava creíamos ver la erupción.

13. Conspiración de los provinciales en Galicia (1819).—Ordenes falsificadas pusieron sobre las armas las milicias gallegas. ¡Qué escándalo!... ¡hasta las milicias gallegas!... Unos echaron la culpa á los empleados de la Inspección, otros á la Capitanía general de Galicia. Ello es que hasta los escribientes se creían autorizados para hacer revoluciones. Cada oficina era un infierno, y un ordenanza habilidoso, falsificando un sello, ponía el alma en un hilo al Trono y al Gobierno. ¡Qué país!

La 14 se verá más adelante.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

II

¡Qué hombre tan completo era el Sr. D. Miguel de Baraona! Su gran patriotismo, su caballerosidad, su fervor religioso, su rectitud, su entereza, le hacían tan respetable, que era imposible oirle sin subordinarse con filial sumisión á su voluntad y á su pensamiento. Merecía muy bien el remoquete de *Patriarca del Zadorra* y yo se lo daba con frecuencia, para tenerle contento y parecer amable ante él. Pues ¿y aquella energía moral que desplegaba á los setenta y tanto años, cuando no podía ni empuñar la espada, ni alzar la voz sin peligro de estar tosiendo tres horas? Su cuerpo caduco participaba también de aquel vigor nervioso, más semejante á los tempranos ardores de la juventud que á las voluntariedades caprichosas de los viejos, y siempre que se enfadaba ó se le contradecía, daba con la trémula mano tan fuertes bastonazos, que la casa se extremecía.

Otro más celoso por la causa del Rey y por la monarquía absoluta no nació de madre. En su amor inmenso, en su fervor entusiasta y en su religiosa devoción por la patria inmutable, no había sutilezas, ni distingos, ni cabían transacción ni arreglo alguno. Para él la templanza era traición. Miraba al liberalismo como una especie de horrenda heregía, más digna aún del fuego que las de Lutero y Calvino. Juntaba la religión con la política, haciendo de todas las creencias una fé sola ó un

(c) 2008 Ministerio de Cultura

solo pecado, y había amalgamado dogmas y opiniones, haciendo un Evangelio, en el cual Elío no era menos que un apóstol. Comprendía que el sol se ennegreciera; pero no que sus principios pudieran variar. Según él, la sociedad estaba perfectamente arreglada tal como entonces la conocíamos, y constituida en virtud de leyes tan inmutables como las del mundo físico. Discutiendo no cedía ni una pulgada de su terreno.

—Mis principios—decía,—estos principios que sustento, no son míos, son de Dios, y no se puede ceder ni un ápice de lo ageno. La maldad de los hombres no puede nada contra mis principios. Me vencerá la violencia; pero no me convencerá el sofisma. La infame revolución podrá triunfar un día por expreso consentimiento de Dios; pero no porque triunfe dejará de ser alcázar de pecados fundado sobre la arena de la traición.

Había venido D. Miguel á la corte á varios asuntos privados y del común. Era hombre que no se acobardaba ante los desaires de las oficinas; ni ante la tiesura y desdén de los personajes más envanecidos. Tuvo la dicha de encontrarme después de dar los primeros pasos en la corte, y nos entendimos perfectamente. Todo aquello que podía resolverse con facilidad, fué arreglado entre los dos, sin que jamás frunciéramos el ceño por palabra ni por peseta de más ó de menos. D. Miguel había traido un bolsón de cuero lleno de onzas de oro, y siempre que echábamos bendiciones, frotadas las manos con el dorado unto milagroso, se abrían de par en par las puertas de las oficinas y con ellas el corazón de los más cerrados covachuelos. Baraona había venido también á estar á la mira de un pleito de tenuta que no tenía trazas de acabarse en medio siglo.

Acompañaba en Madrid á Baraona su nieta, una tal Genarita, muy hermosa é interesante mujer, á quien yo había conocido en mis verdes Abriles en la Puebla de Arganzón. Era rubia, callada, grave, pensativa, poco franca, de carácter velado. Su tranquilidad y calma eran como la ténue oscuridad de los días bochornosos. Ya se sabe que detrás de las nubes está el sol. ¡Aquella hermosura, cuán distinta era de la de mi funesta Presentacioncita, la risueña asesina, que me ponía ante los ojos las frescas rosas de su cara para que no viera las aleves manos con que me empujaba á la muerte! Presentacioncita sin ser hermosa, era lindísima. Tenía toda la gracia de Dios en sus ojos flecheros, y burlándose de uno, daba idea de las bromas que deben de gastar los ángeles en el cielo. Genara era hermosa como una ideal figura, antes soñada que vista; hermosa como las creaciones del arte que ha sabido escoger todas las

(c) 2008 Ministerio de Cultura

perfecciones, desechando lo feo. No se burlaba nunca; hablaba seriamente, como habla la discreción pura, la prudencia suma, la cortesanía y la urbanidad. Su gracia (pues también la tenía), no era la desenvoltura

picante y alegre de una muchacha juguetona; consistía en lo que llaman gracia los artistas clásicos, en la perfecta nobleza de los ademanes y de las palabras, en la armonía sin discrepancias, en el misterioso ritmo que se desprende de toda la persona y es don rarísimo acordado á pocos sobre la tierra. Distinguíase además por una expresión magnífica, tan llena de elegancia como de soberbia. Su fisonomía era pura, delicada, sin la más ligera incorrección, y su mirar de una diafanidad celeste. Hermosa hasta no más, se envolvía en una capa de nieve, bajo la forma de un silencio sistemático, de miradas castas, de indiferencia hacia la mayor parte de los asuntos y las personas.

En 1815, como dije en la primera parte de mis *Memorias*, vinieron á Madrid el Sr. de Baraona y su nieta. Poco después se casó ésta con un joven guerrillero, del cual no puedo menos de ocuparme para disipar

(c) 2008 Ministerio de Cultura

las dudas que acerca de su persona puedan haber corrido. Carlos Navarro, hijo del nunca bien ponderado D. Fernando Garrote, fué gravemente herido en un duelo al día siguiente de la batalla de Vitoria. Dejóle el fiero matador sobre el campo, del cual fué al poco rato recogido con más señales de muerte que de vida, pues la existencia se iba á borbotones por la descomunal hendidura que su contrario le había abierto en el pecho. Largo tiempo estuvo el infeliz héroe suspenso de un hilo sobre el negro abismo del morir. Los médicos de Vitoria le sentenciaban todos los días para la mañana del siguiente. Pero la enérgica naturaleza del enfermo, ayudada por cuidados asíduos, le sostuvieron, hasta que al fin la aplanada y caída existencia se fué enderezando poco á poco. El convalecer fué tan largo como la enfermedad, y un año después del suceso, Carlos Garrote, reconocido coronel del ejército, apenas podía tener el sable en la mano.

Á principios de 1816 vino á Madrid y se casó con Genara. Vivieron algún tiempo acompañados de Baraona en la calle de Cosme de Médicis. Pero en Setiembre del 18, Navarro tuvo precisión de ir á Treviño á asuntos de interés, y en los días á que me refiero no había vuelto todavía, aunque le esperaban todas las semanas. No podía haber ocurrido desavenencia en el matrimonio, porque ambos cónyuges se escribían con frecuencia. Repetidas veces oí á Carlos renegar de la corte y de los cortesanos, asegurando que Madrid era para él destierro espantoso más bien que agradable residencia.

Yo vivía en una hermosa casa de la calle de la Inquisición, esquina á la Flor Baja, cerca del edificio de la Inquisición de Corte y á poca distancia de los Premostratenses. Mis servicios á determinado prócer diéronme aquella habitación demasiado grande para un soltero, mas tan suntuosa, que me acomodé con gusto en ella para aparentar grandeza ante el vulgo y dar en los hocicos con mi magnificencia á los pobres petates paisanos míos, que tanto me habían despreciado en mis tiempos de miseria y nulidad. No me envanecí poco con D. Miguel de Baraona, infanzón y ricacho alavés, mostrándole mi vivienda; y enamoróse tanto de ella mi venerable paisano, que algunos meses después de la partida de su yerno, me dijo:

—Pipaón, en esta gran casa vives tú como garbanzo en olla. ¿No te ha acontecido algún día perderte en sus cuadras y corredores, y no poderte encontrar? En cambio yo estoy muy estrecho en aquella fría y triste casa de la calle de Cosme de Médicis. ¿Por qué no me he de venir á vivir contigo mientras llega el día en que, terminado ese maldito

(c) 2008 Ministerio de Cultura

pleito, pueda volverme á la Puebla? Aquí hay espacio para todos, y sin que tú nos molestes ni molestarte nosotros á tí, podemos acomodarnos. Yo pagaré lo que me corresponda, y si no lo llevas á mal ocuparemos mi nieta y yo estas hermosas piezas asoleadas que se abren al Mediodía y caen á ese patio, lindante con el jardín vecino. Aquí estamos muy bien guardados; por un lado la Inquisición; por otro el Santo Rosario.

Acepté sin vacilar. Lejos de molestarme, me agradaba la compañía, y como me habían dado la casa sin otro gravámen que algunos censillos y costas de poco precio, nada más confortativo para mí que sacarle algún jugo, arrendando una parte de ella. Instalóse en seguida Baraona, ocupando una deliciosa y alegre crugía solana que daba á lugar abierto, y desde la cual se veían los árboles de un jardín de la vecindad. Yo seguí en las mismas piezas que antes ocupaba, sin más novedad que la mejor compañía y algunos gastos menos. Cada cual tenía su servidumbre, y aunque comíamos juntos contribuíamos separadamente al plato común.

Por las noches, después de la cena, nos reuníamos todos en amena tertulia, á la cual solía concurrir algún amigo, tal como D. Blas Arriaga, capellán de monjas, y D. Pedro Retolaza, secretario de la Inquisición de Logroño, ambos personajes establecidos accidentalmente en Madrid por motivo de pretensiones y otras cosillas. También nos honraba alguna vez D. Juan Estéban Lozano de Torres, que era entonces ministro de Gracia y Justicia, y mi antiguo protector D. Buenaventura, que era ya marqués.

Allí no se hablaba más que de las conspiraciones descubiertas, de las que se iban á descubrir y las que por todas partes descubiertamente se fraguaban. Esta era entonces la comidilla habitual de las gentes en todo Madrid. Luego que cada cual expresaba su opinión sobre los peligros que amenazaban á la desdichada monarquía, y sobre las probabilidades de que desapareciese arrastrado por huracanes de traición, pecado y osadía, el gallardo edificio del gobierno absoluto, se iban retirando los tertulios y quedábamos solos los de casa, charlando otro ratito, más ocupados de asuntos domésticos que de la revuelta política. Una noche, luego que Arriaga y D. Buenaventura se retiraron, Baraona, que había estado harto pensativo durante todo el tiempo de la tertulia, pronunció, en coloquio consigo mismo, no sé qué balbucientes expresiones, y golpeando repetidas veces el brazo del sillón en que se sentaba, se encaró conmigo y me dijo:

—¡Vive Dios, que si ahora se nos escapa, estos justicias de Madrid

(c) 2008 Ministerio de Cultura

merecerían ser ahorcados al lado de los ladrones á quienes ayudan y protejen!

Yo le miré interrogándole con los ojos.

—Querido Pipaón—añadió cuando las toses le dieron algún respiro,—tengo que comunicarte un asunto importante, y espero tu parecer y con tu parecer tu ayuda.

—¿Qué ocurre?

—El infame asesino de mi hijo Carlos, del esposo de Genara, está en España.

—¡Salvador Monsalud en España!—exclamé.—No lo creo. Por D. Pedro Cevallos, con quien solía cartearse antes de que éste fuera á Viena... (tratos de masonería, Sr. D. Miguel) por D. Pedro Cevallos, digo, que es un *hermanuco* de tomo y lomo, supe hace tiempo que Salvadorillo seguía en Paris.

—¡Hace tiempo! No se trata de hace tiempo; se trata de ahora—dijo con impaciencia.—Es indudable que ese vil trabaja dentro de España en las misteriosas conspiraciones que Dios está permitiendo para fines sólo conocidos de la Sabiduría infinita.

—Puede ser.

—No puede ser, sino que es—dijo repentina y enérgicamente Genara, que hasta entonces había permanecido silenciosa.—Yo le he visto.

—¿Le ha visto usted? ¿Luego está en Madrid?

—En Madrid, en la corte, en donde está el Trono, el Gobierno, el Rey, los Consejos, la suprema Justicia!—exclamó Baraona con aquella furia senil que se desbordaba de su pecho en las contrariedades graves. —¡Esto es escandaloso!... No sé de qué valen las medidas adoptadas contra los afrancesados... ¿Es esto gobierno?... ¿es esto justicia?... ¡Ah, Pipaón, aquí están poseidos de necedad! No persiguen más que á los mentecatos inofensivos y dejan en libertad á los perversos. ¡Ahorcan á los sargentos y permiten que todos los oficiales del ejército se vendan á la masonería!

—Monsalud no es oficial del ejército.

—Pero es malo, rematadamente malo, y listo... ahí tienes el secreto de su impunidad... ¡Dios soberano! Ese Rey, esos ministros, esos consejeros, ¿en qué piensan?

—Descuide usted, Sr. D. Miguel—dije agitando en mis manos la badila, después de acariciar la ya moribunda lumbre del brasero.—Si Salvador está en Madrid, no se escapará.

—Muy pronto lo has dicho... Me parece que he de renunciar al más

(c) 2008 Ministerio de Cultura

grande regocijo que ha soñado últimamente mi imaginación desconsolada. Me moriré sin ver el castigo de un miserable, convicto de los siguientes crímenes: asesinato, infidencia, heregía, afrancesamiento y traición. La idea de que ese mónstruo naciera en aquella honrada tierra de Álava, que no ha sabido nunca ser madre sino de hombres eminentes, de caballeros piadosos y ejemplares campesinos, me enardece la sangre, Pipaón amigo. Según todos los indicios, él dió muerte á nuestro insigne compatriota, á aquel espejo de la caballería alavesa, el gran D. Fernando Garrote; también hirió gravemente al hijo de éste y mío por los lazos del corazón, Carlos...

—En duelo...—dijo Genara interrumpiéndole.—Un duelo temerario y horroroso.

—No fué duelo—afirmó Baraona resueltamente, enojado de la interrupción.—Aunque Carlos, impulsado por su noble generosidad lo diga así, y aun sostenga que él le provocó, es mentira, mentira, mentira... Hirióle á traición Monsalud. Cuando el pobre martir cayó, apoderáronse del asesino algunos guerrilleros que á la sazón pasaban. Confesó él mismo su crímen con hipócritas palabras; hizo la farsa de que deseaba morir conformándose con su destino, y hubiera perecido en efecto al siguiente día, si la diligente protección de una señora afrancesada no comprara su libertad, primero con ruegos, después con dádivas; pues todas sus alhajas (que eran muchas y habían sido ocultadas en el momento de la derrota) las dió por ponerle en salvo. El criminal se refugió en Francia. Nosotros, deseosos de hacer pronta justicia, trabajamos porque el Gobierno español lo reclamase al Gobieno francés; pero nada se pudo conseguir. Allá están tan embobados como aquí. Respondieron que se ignoraba su paradero. Para averiguarlo, aprehendimos á la madre del delincuente. Dióle tormento la Inquisición de Logroño, en cuyas cárceles esiá todavía; pero de los labios de la infeliz no ha salido una sola palabra que sea luz de nuestra oscuridad, certeza de nuestra ignorancia. ¡Ah! Pipaón, mientras no se haga pronta justicia, mientras no desaparezca este espectáculo de los bribones, que se pasean impunes por la Península, insultando con sus miradas á la gente honrada, no tendreis Gobierno firme y respetable. Os ocupais de tonterías, de crear cruces, de mudar los ministros todos los meses, de dictar leyes que no se cumplen. Esto es hacer pajaritas de papel, mientras el suelo se extremece, mientras la tempestad se prepara y el volcán ruge. Vendrá la revolución y os encontrará disputando sobre el color de una venera, ó sobre si la Reina está ó no está embarazada... En verdad, no sé dónde volveremos

(c) 2008 Ministerio de Cultura

nuestras miradas los partidarios del Gobierno de Cristo, de la verdadera política cristiana, que tiene por base la justicia. ¡Desgraciado de mí! Cerraré para siempre los ojos, sin que en la postrera mirada de ellos pueda ver otra cosa que miseria y debilidades, los buenos patricios olvidados, los criminales libres, la revolución amenazando ó quizás triunfante, los mayores delitos impunes ó quizás premiados, y Salvadorcillo Monsalud paseándose tranquilo por las calles de Madrid.

Hundió la barba en el pecho y permaneció en silencio largo rato.

—Si está aquí—dije yo, por decir algo,—y mucho lo dudo... pero en fin, si está, es cosa muy fácil averiguar su domicilio y llevarle á la cárcel. Ya sabe usted que ahora estoy en desgracia y no puedo nada; pero sin embargo, intentaré...

—Harías la obra más meritoria y más patriótica de tu brillante carrera, Pipaón—manifestó Baraona con semblante adusto.—Mi nieta y yo te lo agradeceríamos mucho más que esos mil favores de oficina que nos hiciste. ¡La justicia! ¡El castigo del crímen, de la traición, de la heregía, del engaño!... Yo deliro por esto. La justicia sin aplicación no es ni será más que un ideal vago é inútil. No hay que decir que se encargue Dios de castigar al criminal, no. Aparte de esto, á nosotros, hombres, nos corresponde no dar paz á la cuchilla, para que los díscolos aprendan, para que los buenos teman y los extraviados se corrijan... ¿Por ventura habría llegado á la Tierra de Promisión el pueblo elegido, si Moisés, por orden de Dio, no hubiera aplicado tremendos y merecidos castigos? ¡Oh! ¡Cuán hermoso espectáculo dió aquí Su Majestad dictando á poco de su llegada rigurosas leyes contra los francmasones y liberales! Yo creí que el pueblo elegido llegaría á la Tierra de Canaán; pero no, ya veo que se quedará en mitad del camino. Todo es debilidad; las leyes no se cumplen; cada cual hace lo que más le agrada; son presos los pequeñuelos, mientras los grandes conspiran; alrededor del Trono alzan su cabeza enmascarada de sonrisas la traición y la sedición; todos los militares trabajan sordamente en la masonería. Es esto un constante hervidero de inquietud, de amenaza, de ambiciones locas que surgen, como los insectos en el muladar, de la gran escoria del Reino; los magnates se ocupan de convites y cenas, mientras los masones proyectan comerse á la Nación; son cogidos algunos criminales conspiradores, y á poco se les suelta; reina una confabulación espantosa entre los conspiradores y la policía, entre presos y carceleros, entre alguaciles y alguacilados para taparse sus respectivas infamias, y hasta la Inquisición, volviéndose tibia y complaciente, es un cuchillo que se ha hecho alfiler; apenas

(c) 2008 Ministerio de Cultura

pincha... Todo es flojedad, enervación, raquitismo, pequeñez. La Nación que tan enérgica, varonil y potente ha sido contra el extranjero, es en su vida interior un juego de chiquillos, que juegan en el fango, y con el fango hacen bolas que se arrojan unos á otros, no para matarse, sino para mancharse... ¡Quiero morirme de una vez, si no he de vivir más que para ver esto! ¡Los hombres como yo estamos de más en reuniones de muchachos! El papel de Herodes es difícil, y el de maestro de escuela ridículo.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

III

DIJO, y siguió accionando en silencio durante un rato. Estaba desasosegado y colérico. La enorme desproporción entre su energía intelectual y su fuerza física, entre sus ideas y su posición le ponían en aquel estado de frenesí, tan semejante á una monomanía furiosa.

—En algunas cosas tiene usted razón, Sr. D. Miguel—dije.—No se castiga todo lo que debiera castigarse; pero si ese humor endiablado que usted tiene se ha de aplacar con la prisión y escarmiento de Salvador Monsalud, dése usted por curado... Hablaremos á Lozano de Torres... aunque sigo en mis trece, y sostengo que ese desgraciado muchacho no está en Madrid. Debe de haber error en esto.

—Está, está en Madrid—afirmó Genara, clavando en mí sus ojos azules, cuya serenidad se alteró visiblemente.—Yo le he visto.

Al decir *yo le he visto*, se puso pálida. Su semblante expresaba más bien miedo que cólera.

—¿Le ha visto usted?—pregunté con incredulidad.

—Hace seis días—dijo poniéndose más pálida aún,—fuí á misa á la iglesia del Rosario, que está aquí cerca. Después de oir misa y de rezar, me dirigí á la puerta. Estaba oscura la iglesia. Pasaba yo junto á la entrada de una capilla, cuando sentí más bien que observé la proximidad de un bulto, de una figura, de un hombre. Llegó hasta mí una corriente de aire frío, cual si una capa se agitara á mi lado; yo temblé. Al mismo tiempo, llevadas por aquel aire glacial, sonaron en mis oidos estas palabras, dichas con marcado tono de burla é ironía: "Adios, Generosa...„ Me extremecí toda; tropecé en una estera, y ya tocaban mis rodillas en el suelo, cuando una mano me levantó con energía. En el

(c) 2008 Ministerio de Cultura

mismo instante, como levantaron la cortina del cancel de la puerta, entró alguna luz, y ví á mi lado una cara muy morena, la misma cara. ¡Jesús!

Genara daba á su relación un interés inmenso. La patética emoción del drama se pintaba en su semblante.

—Nunca he tenido—añadió—más fuerte impresión, no sé si de miedo, no sé si de ira, no sé si de lástima... En término muy breve experimenté sensaciones diversas, traídas la una por la otra. Temblé, como si sintiera la mano del Demonio agarrando la mía... me pareció que iba á ser asesinada en aquel mismo instante... me pareció que aquel hombre no era un diablo ni un asesino, sino simplemente un pobre que me pedía limosna... se me representaron uno tras otro los crímenes de Monsalud, desde su traición á la causa nacional hasta su duelo con Carlos... no ví luego más que desgracia, mendicidad, hambre... ¡y qué cara, Santo Dios!

—¿Le observó usted bien?

—Está más moreno, mucho más moreno que antes. Sus ojos queman, su boca, al sonreirse con ironía, no sé si sanguinaria ó hambrienta, muestra unos dientes más blancos que el marfil; su aspecto infunde miedo y dolor. Viste de un modo extraño, anda de prisa, pasa y mira.

—¿Pero le ha visto usted una sola vez?—pregunté, asombrado de tantos detalles.

Genara estuvo un rato sin contestar. Luego, mirando al suelo, dijo:

—Una sola vez. Yo corrí para salir de la iglesia. Desde la puerta miré hacia dentro, y ví que un fraile se le acercó.

—¡Un fraile!... murmuró sordamente Baraona. — ¡Buenos están también!

—¿Y dice usted que desde ese día no le ha vuelto á ver?—pregunté á Genara.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Después de vacilar, me contestó:

—No... no puedo asegurar que le haya vuelto á ver... ni tampoco que no le haya visto...

—¿Cómo es eso?

—Quiero decir que la impresión que en mí produjo aquel encuentro ha sido tan duradera, que á veces se ha reproducido ella misma, sin causa real... La imaginación...

—Diga usted los nervios. Cuidado con creer en duendes y apariciones —afirmé riendo.

Después callamos todos, contemplando las menudas ascuas de la copa de bronce, que mezclándose con la blanca ceniza, lanzaban su último brillo; existencias que próximas á espirar, dirigían á los vivos su postrer mirada.

Baraona, Genara y yo, mirábamos en silencio la moribunda lumbre. Todo callaba en derredor nuestro. Era la hora en que los espíritus pusilánimes y los niños suelen tener miedo, y al ir á acostarse atraviesan corriendo y cantando para ahuyentarlo, los largos pasillos y las oscuras piezas. Era la hora en que las puertas de algún ventanejo alto y lejano suelen dar porrazos, extremeciendo la casa y el corazón de sus habitantes. Era la hora en que el gato trasnochador suele lanzar lastimeros ayes, que parecen llanto de criaturas ó algazara de voladoras brujas que van por los aires á sus repugnantes asambleas. Era la hora en que el viento suele ponerse en la boca el tubo de la chimenea, como un gigante que sopla su bocina, y cantar ó decir ó refunfuñar alguna horripilante estrofa, que hiela la sangre en las venas del inquieto durmiente... Los tres nos hallábamos profundamente pensativos, cuando sonó de improviso en lo interior de la casa inusitado estrépito, una puerta que se cerró, un mueble que vino al suelo, un golpe, un tiro, qué sé yo... una nada, una tontería, un fútil accidente; pero que sin duda á causa de la hora y de cierta predisposición de espíritu, nos extremeció á todos.

—¿Qué es eso?—exclamamos á una vez.

Miré á Genara. Estaba blanca como el papel, y sus dientes chocaban.

—Es la puerta de mi cuarto que ha dado un golpe. Quedó abierta la ventana de la calle...—dije yo, tranquilizándome por completo.

Al cabo de un instante me sentaba de nuevo junto al brasero, después de cerciorarme de la insignificante causa de nuestro pueril miedo. Genara seguía temblando; yo me reí, y ella, arropándose en su mantón, dijo:

—Tengo frío.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Vamos á acostarnos—dijo Baraona levantándose.

Les acompañé á sus habitaciones. Al pasar por la larga galería que las separaba de las mías y del comedor, observé que Genara dirigía miradas inquietas á un lado y otro. La sombra de nuestros cuerpos sobre la pared atraía sus miradas con más fijeza de lo que una vana sombra merece. Yo iba tras ellos. Cuando les despedí en la puerta, Genara me dijo: "Entre usted.„ Seguía temblando, y como yo le interpelase sobre aquella injustificada desazón, no contestaba sino:

—Tengo frío.

Obligóme á que registrase su habitación, á que asegurase las puertas, las cerraduras de las ventanas, y cuando me retiré al fin después de tranquilizarla respecto á lo innecesario de tales precauciones, echó llaves y cerrojos por dentro, quedándose acompañada de su criada.

Dirigíme á mis habitaciones, sin dar importancia á las voluntariedades de mi hermosa huéspeda; pero al llegar á mi alcoba y lecho, y cuando me disponía á acostarme, recibí una sorpresa, una impresión tan fuerte, que mis carnes temblaron, dieron unos contra otros mis dientes, y me quedé frío, absorto, mudo, petrificado. Sobre mi lecho y en la misma vuelta de las sábanas, había un papel escrito. Con trémula mano lo tomé; recorriéronlo mis ojos en un instante; decía así:

"Infame Bragas: Tú que eres amigo y compinche del Tigre y del Zorro, podrás conseguir que manden poner en libertad á Fermina Monsalud, presa y atormentada en la Inquisición de Logroño por supuesto delito de infidencia. El Elefante trabaja en pró de la mujer inocente. Ha asegurado que la Culebra, es decir, tú, podrás ayudarle con éxito seguro.

"Infame Bragas, si dentro de quince días está libre mi madre, no te pesará; si no lo estuviere, te acordarás de

SALVADOR MONSALUD.„

(c) 2008 Ministerio de Cultura

IV

TUZGAD ¡oh, amigos! de mi asombro, de mi anonadamiento. Largo rato estuve con el papel en las manos sin saber qué partido tomar, sin poder concretar mis ideas, sin resolverme á dar un paso, ni poder formar tampoco un juicio claro sobre aquel hecho. En mi cerebro bullía el caos. Ocupaba mi espíritu un miedo horroroso, un miedo cual nunca lo he tenido.

Pasé algún tiempo en dolorosa incertidumbre. Como si tuviera la conciencia de que mi cuerpo era una masa de apretada aunque suelta arena, que se iba á desmoronar al menor movimiento; no me atrevía á dar un paso ni á menear un dedo. Poco á poco fuíme recobrando, empecé á discurrir; me esforcé en atenuar la gravedad del caso, y la curiosidad se abrió paso en mi espíritn. ¿Quién había traido aquella hoja amenazadora? El hombre que me escribía, mi camarada antaño, ¿por qué había ideado tan singular modo de comunicarse conmigo? ¿Era él realmente ó algún chusco desocupado? Y quien quiera que fuese, ¿de qué medios se había valido para dirigirme tan atroz apercibimiento?

Mi casa no era casa de duendes, aunque muy antigua y grande, propia por lo tanto para que se pasearan por ella los invisibles habitantes de la sombra, si el miedo les permitía la entrada. Felizmente yo no creía en brujerías, ni en chuscadas de duendes, ni en fabulosas correrías de almas en penas. Ni por un instante pensé en tales puerilidades. Pero al mismo tiempo yo tenía la seguridad, gracias á un reconocimiento prolijo que á poco de mi mudanza hice, de que mi casa, con ser de dos puertas, no tenía comunicaciones novelescas, ni sótanos, ni compuertas, ni arma-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

rios maravillosos, ni escotillones, ni ninguna tramoya de esas que en el teatro y en los libros dan materia para un sorprendente enredo. No teniendo, pues, mi casa secreto alguno, era evidente que alguno de los criados había sido mensajero del extraño mensaje.

Eran tres: el primero, que tenía por nombre Farrancho, serviame de mandadero, ayuda de cámara y también de amanuense en casos de mucha urgencia, y era un hombre de honradísimos antecedentes, por su cacúmen casi incapaz de Sacramento, pues discurría como una acémila, por su carácter moral apreciabilísimo al parecer. Jamás le cogí en mentira, ni en hurto, ni en falta alguna.

La segunda persona de mi servidumbre era una mujer, una venerable matrona bastante vieja y fea para no incurrir en delices amorosos, bastante joven y aseada para servir bien y guisar mejor; una mujer de mérito inapreciable, Marta por lo diligente y entendida en cosas domésticas, Magdalena por lo piadosa. Había servido á monjas durante veinte años, con lo cual dicho se está que era la prudencia misma, la santidad, personificada, la honradez en efigie. Jamás se ocupó de chismes domésticos, y parecía carecer del uso de la palabra, como no fuera para emplear ciertas fórmulas devotas, pues nunca entraba en mi cuarto sin decir lúgubremente el estribillo cartujo de *morir tenemos*. Su obediencia era ciega, su solicitud inmensa, su cariño firme y mudo como el de los buenos esclavos, su arte culinario de plata, su silencio de oro. Hasta su nombre era admirable de concisión y santidad. Se llamaba Doña Fé.

Había además en la casa otra hembra; pero no me servía á mí (aunque bien lo quisiera yo), sino á Genara, de quien era doncella. Paquita, guapa moza, estaba desde poco antes en la casa, y no me eran conocidas las prendas de su carácter. Parecía excelente muchacha. Mis sospechas recaían principalmente en ella, después en Farrancho. Doña Fè estaba libre de toda suposición desfavorable, porque además de tener un carácter formalísimo, incapaz de toda farsa ó enredo, hallábase á la sazón en cama, molestada de horribles dolores en la cara y oidos.

Después que mentalmente repasé las cualidades de aquel doméstico triunvirato, recayó mi atención en el asunto principal, en la extraña hoja que tan á deshora había venido á turbar la tranquilidad de un hombre de bien, servidor diligente de su Rey y de su patria. Lo más singular del singularísimo documento, era que el autor de él, ya fuese en realidad Monsalud ú otro cualquier pelanduscas de su propio estambre, al mismo tiempo que solicitaba mi auxilio, me ofrecía su protección, como parecía indicarlo el *no te pesará*. Pero á renglón seguido me ame-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

nazaba de un modo insolente. El *te acordarás de mí* me ponía en gran cuidado... ¿Sería aquello una farsa ridícula? El que ofrece protección ó castigo es porque tiene poder; y si Monsalud tenía poder, ¿por qué solicitaba mi auxilio?... ¿Debía despreciar el escrito ó fijar en él toda mi atención?

Pensando en esto, venían á mi memoria recuerdos del ardiente carácter de mi antiguo amigo; surgía ante los ojos de mi imaginación su figura, representándomela desmelenada, horrible, teñida de la palidez siniestra del jacobinismo; volviendo á contemplar el escrito en cuyos caractéres se conocía la mano de Salvador, y dueño de mi espíritu, el miedo me sumergía de nuevo en cavilaciones sin fin.

Las palabras del escrito indicaban una resolución firme. Lo que á mis lectores podrá parecer oscuro y enigmático, para mí no lo era entonces, por ser común y aun popular el tiznar con viles apodos la persona de hombres exclarecidos y respetabilísimos, que consagraban su vida al servicio del Reino. Así el *Zorro*, era D. Juan Estéban Lozano de Torres, ministro de Gracia y Justicia; el *Tigre*, mi amigo y protector D. Buenaventura, recientemente convertido en marqués de M***, y el *Elefante*, D. Ignacio Martinez Villela, Consejero de Castilla y hombre muy metido en Palacio, aunque por entonces corrían voces de que era masón.

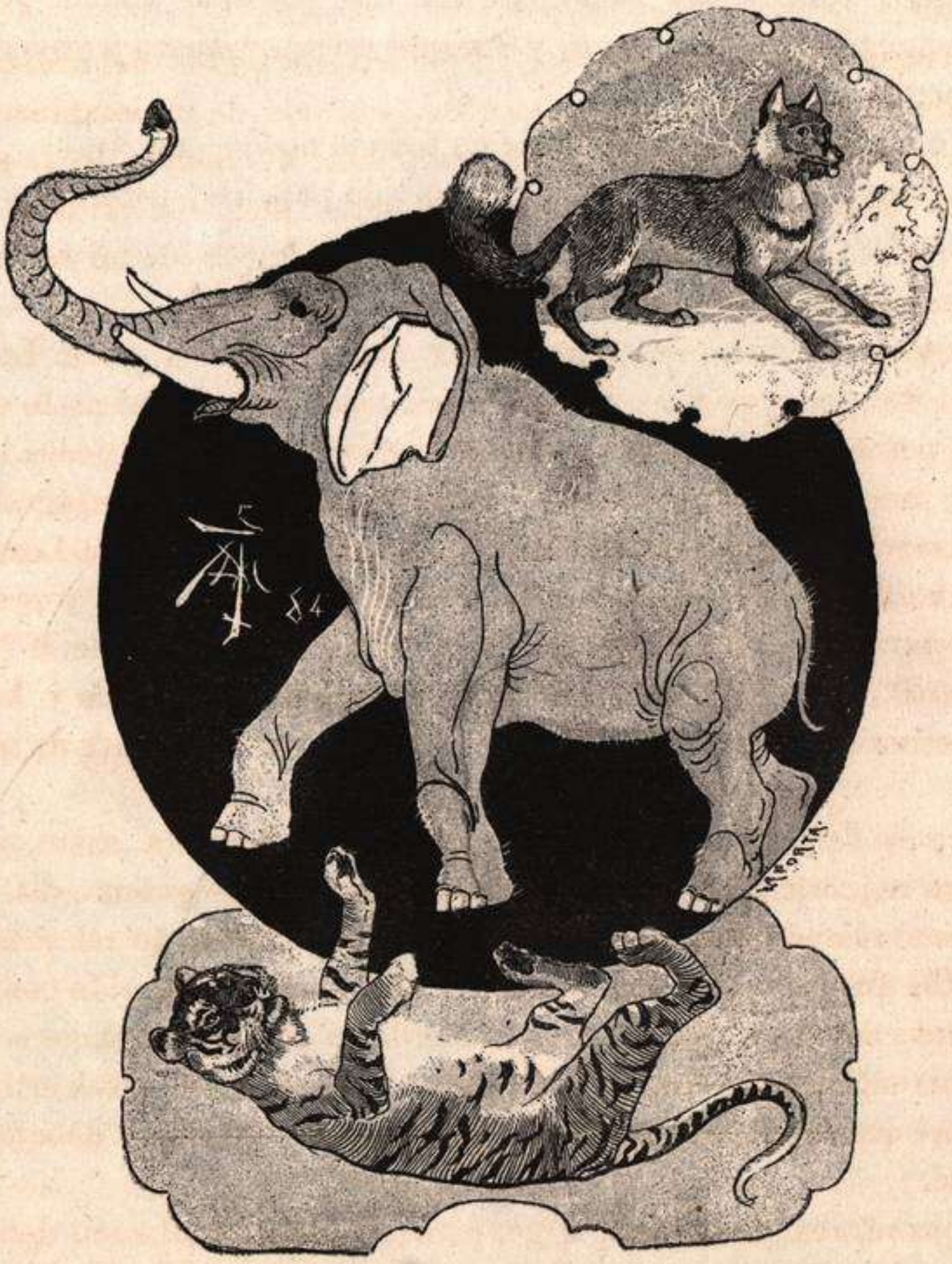
Después de mucho meditar, no repuesto del mortal susto, juzgué que para requerir á los criados convenía esperar al siguiente día. Acostéme; pero el sueño huía de mis ojos. No se apartaban de mi mente las anécdotas que acerca de los masones y su audacia había oido contar últimamente sin darles importancia; recordé lo que por entonces se decía de connivencias misteriosas, de sobornos de criados, con otras artimañas atrevidas que establecían una verdadera mina dentro y debajo de la sociedad.

Yo procuraba determinar algo, pero ninguna resolución definitiva lograba echar su raíz en mi vacilante y perturbada voluntad. Mi entendimiento excitado por la vigilia, iba de aquí para allí, entre las revueltas olas de un mar de ideas, empujado, ya de un lado, ya de otro, sin poder llegar á ninguna orilla, ni sumergirse en el silencioso y quieto fondo, que era el dormir y lo que yo más deseaba.

Pero la luz del día ¡bendita sea mil veces! disipó aquel delirio caliginoso en que mi pensamiento con angustia se revolvía como un loco en su jaula. Se me presentó el hecho en proporciones muy pequeñas, y libre ya del miedo, si no del recelo, tomé dos resoluciones: no hacer

(c) 2008 Ministerio de Cultura

caso del escrito, é interrogar á mis criados para despedir de mi honrado hogar al delincuente.



Cuando conté el caso á Doña Fé llenóse de miedo, trajo al punto de la iglesia un cantarillo de agua bendita, y roció toda la casa, recitando exorcismos. La piadosa mujer, hecha un mar de lágrimas al ver el peligro que mi persona había corrido, me dijo haber visto á Farrancho en la calle el día anterior, secreteándose con indivíduos de aspecto tan revolucionario como heterodoxo, y aunque el tunante protestó y lloró, y

(c) 2008 Ministerio de Cultura

me mojó las manos con la baba de sus hipócritas besos, le despedí. Su culpabilidad era evidente. Genara me respondió de la inocencia de su doncella, y antes hubiera dudado yo de mí propio que de la venerable matrona á quien tan bien sentaba el nombre de Fé. Baraona quiso levantarse á deshora del lecho para dar dos palos al infame y desleal muchacho; pero le contuvimos, y durante un rato Genara y yo hablamos vagamente del asunto.

—Yo tampoco he dormido nada en toda la noche—me dijo.

Le pregunté si también había recibido papelito; pero no se dignó contestarme.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

V

El incidente que he referido dejó de preocuparme al siguiente día, y poco á poco fué olvidado por completo. Salgamos ahora de mi casa y veamos cómo andaban las cosas públicas en aquellos días, que eran los últimos de Octubre de 1819, á los once meses de la sangrienta conspiración de Vidal en Valencia y á los cuatro de los sucesos del Palmar.

Grandes mudanzas habían ocurrido en la corte desde 1815 á 1819. En tan breve tiempo Fernando se había casado dos veces, la primera con Isabel de Braganza (cuyas bodas concertó en el Brasil Fray Cirilo de Alameda y Brea, enviado secreto de Su Majestad Católica), la segunda con María Amalia de Sajonia, hermosa y desabrida, humilde y bonda-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

dosísima, devota y también algo poetisa. Mientras reinó Isabel, la influencia política de los criados mermó mucho en Palacio y éste fué lo que debía ser, una vivienda de Reyes; pero desde Diciembre del 18, en que Dios se llevó de la tierra á la insigne Princesa, las culebras de la camarilla empezaron á recobrar su imperio. Sin embargo, ni Alagón ni Chamorro fueron tan poderosos. Ramirez de Arellano y un tal Villar Frontín, antiguo escribano del resguardo, eran los que se comían el Reino crudo.

Nueva gente se encontraba en las oficinas, en los Consejos, en Palacio, y los ministros variaban á menudo; que no es la inconstancia don peculiar de los poderes constitucionales. En seis años vi bajar y subir tantos, que casi se pierde la cuenta de ellos. Ceballos se hundió en Octubre de 1816. D. Tomás Moyano había desaparecido también del escenario, cayendo en la oscuridad, de donde jamás volvió á salir, quedando tan sólo, cual muestra de su paternal administración, los mil y un parientes que en su breve poltronazgo sacó de la miseria y soledad del campo; D. Francisco Eguía también dejó por algún tiempo al ejército huérfano de su protección. Hubo un divertido minueto de señores ministros de la Guerra durante corto plazo, porque á Eguía sucedió Ballesteros, á Ballesteros el marqués de Campo Sagrado, y al marqués de Campo Sagrado otra vez el Sr. Eguía, sin cuya coleta parecía no poder existir la atribulada Nación. La Marina había perdido á Cisneros, y era gobernada por Figueroa. Desgraciada andaba la Marina en aquellos tiempos, pues para que su orfandad fuera completa, también perdió en Abril de 1817 á aquel imponderable terror de los mares, el Infante D. Antonio Pascual, de quien dijo el poeta:

¡Neptuno, Tétis, Céfiro y Favonio
Eterno mostrarán llanto abundante,
Pues falleció el Infante D, Antonio!!!

Así terminaba el soneto que al triste suceso dedicó D. Diego Rabadán, el primero de los poetas de aquel tiempo, Rioja de los líricos y Herrera de los heróicos, hombre de exclarecido ingenio, gloria de su época, y al cual la envidiosa posteridad ha tratado injustamente, equiparándolo al D. Hermógenes de Moratín... ¡Como si no fuera la mejor pieza del mundo aquel célebre soneto en que, para decir que D. Antonio había muerto de pulmonía, se manifestaba *que el cierzo quiso dar testimonio de su aridez,*

arruinando á la España su almirante!

(c) 2008 Ministerio de Cultura

No puede darse imagen más hermosa ni entonación más robusta que la de aquel comienzo:

Ya vencidos de Acuario los rigores
que aprisionan alíquidos cristales...

Pero llevado de mi afición á la poesía y á los buenos poetas de mi tiempo, me he apartado de lo que estaba tratando y era, si no recuerdo mal, los cambios de ministros. D. Felipe Gonzalez Vallejo, á quien pusimos en Hacienda, salió como había entrado, es decir, que se lo llevó un viento cortesano, y el pobrecito con ser tan inocentón y tan para poco, no se libró del destierro. Entonces era común que á todos los caídos les recetaran un paseo higiénico para recobrar las fuerzas gastadas en el servicio de la patria. Sucedióle Ibarra, luego Lopez Araujo, que apenas sabía leer y escribir, y al fin entró el célebre D. Martín Garay, que más que hombre era una escuela, pues trajo al Ministerio todo un plan é idea completa para reformar la Hacienda pública, tarea equivalente á beberse el mar ó á ponerse por montera el Moncayo. Gozaba aquel señor de mucha fama, que aún conserva su nombre; pero todos los hombres de mi tiempo, desde el Rey y los ministros y el clero hasta el último zascandil, se pusieron en contra suya, y tuvo que salir del Ministerio y marcharse con la música y el sistema á otra parte. Por fortuna no tuvo tiempo de hacer nada de provecho; que si le dejáramos, capaz hubiera sido de volver la Hacienda del revés, elevando los ingresos y mermando los gastos. Su sucesor Imas era un bendito.

En Estado el célebre León Pizarro, amigo y compinche de D. Antonio Ugarte, no duró mucho tiempo, ni tampoco Irujo, que empezó su carrera por paje de bolsa de un consejero y la acabó marqués y millonario. El duque de San Fernando, su sucesor, no fué menos afortunado, porque al principio de la guerra era soldado raso y en 1818 teniente general, duque, grande de España y no sé qué más.

En Gracia y Justicia, después del obispo de Mechoacán, que fué ministro veinticuatro horas *(¡tanto se emprende en término de un día!)* entró y duraba aún en la época de mi relación, D. Juan Estéban Lozano de Torres, la gran figura de aquellos tiempos, y no porque la tuviera gallarda, ni aun digna de ser vista, sino porque con su hermosura moral tenía cautivado á todos, empezando por el Rey. Había sido Lozano de Torres en su mocedad relojero. No había hecho estudios de ninguna clase, siendo el primero y el único ministro de Gracia y Justicia lego en jurisprudencia. Ni siquiera sabía latín, cosa rara y chocante en aquellos tiempos.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

La carrera de este benemérito español había sido el comisariato del ejército. ¡Y qué herejías dijeron de él á propósito de la administración del hospital militar de la Isla! Con ser tan fuertes, sin embargo, las especies que acerca del comisario dijo el vulgo, no llegaban, ni con mucho, á lo que decían los enfermos, un atajo de tunantes que ponían el grito en el cielo desde que les faltaba caldo. ¡Qué tal fama de abastecedor y despensero tendría el niño, cuando, destinado á la Intendencia de Castilla la Vieja, no quiso darle posesión el gran Wellington, jefe del ejército aliado!

La causa de su elevación á la silla de Gracia y Justicia fué el desmedido y loco amor que á Fernando tenía, el cual era de tal naturaleza que raras veces se presentaba ante Su Majestad sin derramar lágrimas de ternura, y para besarle la real mano hincaba la rodilla en tierra. Había en el alma de Lozano un sentimiento parecido á la dulce fibra del misticismo, que le llevaba á la identificación con el objeto amado, haciéndole partícipe no sólo de las impresiones morales de éste, sino también de sus sensaciones físicas. Cuando Fernando estaba enfermo, Lozano de Torres se quejaba de la misma dolencia, y si á Su Majestad le dolía un pié, al punto cojeaba el amigo; tal era la fuerza de simpatía entre los dos.

Pero cuando el ministro de Gracia y Justicia desplegaba toda la vehemencia de su alma fervorosa, era cuando la Reina Isabel estaba embarazada. En cierta ocasión mi hombre celebró en San Isidro por su cuenta solemne función religiosa y Manifiesto, que había de durar hasta que Su Majestad saliese de cuidado; y queriendo dar pública muestra de su amor á la Monarquía, hizo en medio de la iglesia tales aspavientos de devoción, golpeándose el pecho y desollándose las rodillas ante el altar, que los fieles no pudieron contener la risa. No quedó sin premio lealtad tan ardiente... ¡pues no faltaba más! Según puede verse en la *Gaceta*, Fernando VII dió á Lozano de Torres la gran cruz de Carlos III, *por haber publicado el embarazo de la Reina.*

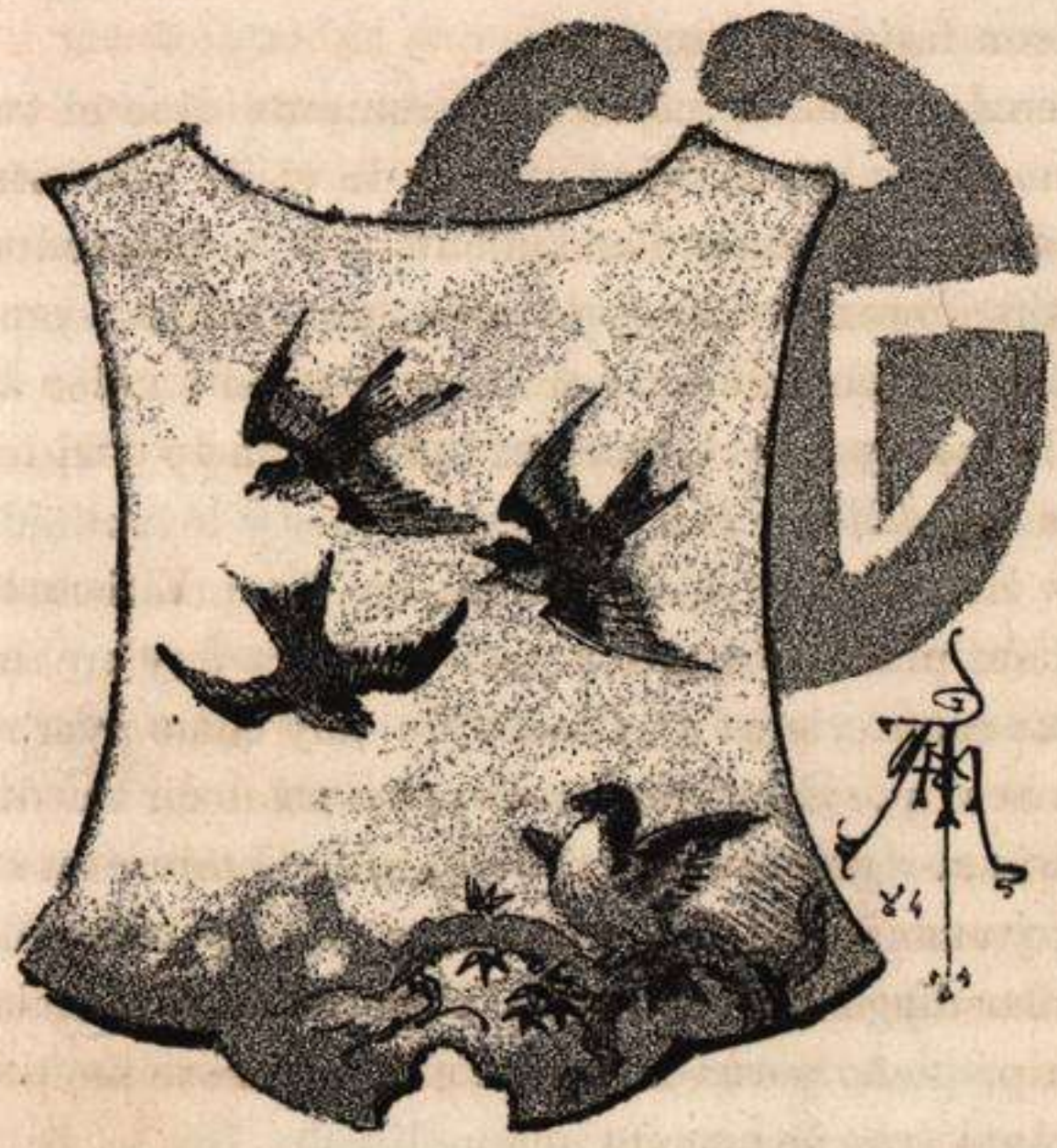
Desde 1815 éramos muy amigos D. Juan Estéban y yo. El pobrecito no recibía recomendación mía sin que al punto la despachase, y en la camarilla partíamos un confite, según éramos de tolerantes y condescendientes el uno con el otro, sin estorbarnos ni quitarnos de la boca el hueso, como hacían algunos, más semejantes á perros hambrientos que á cortesanos hartos. Yo no dejaba de prestarle servicios menudos, á más de los grandes, bien desempeñando ante Su Majestad un papel, entre Lozano y yo convenido, bien llevándole secretitos y noticias, sabiamente pescados al vuelo detrás de una cortina.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Conste, ante todo, que yo estaba cesante desde el verano, pues una cuestión de delicadeza (yo siempre fuí muy delicado), obligóme á ceder mi plaza á un sobrino del ministro de Estado; pero se me había ofrecido el primer puesto que vacase en el Real Consejo. Como la ambición y el dorado sueño de mi vida eran esta canongía, la esperaba con la más viva ansiedad.

¡Crítico y solemne momento! Á fines de Octubre estaba vacante una de las canongías del Consejo. Yo tenía derecho á esperar que se cumpliría la oferta, no sólo por mis méritos personales, que eran muchos, dicho sea sin modestia, sino porque en repetidas ocasiones y por mediaciones de ambos sexos, me había prometido la plaza Su Majestad.

Verdad es que las promesas de



Fernando eran como los *cien pájaros volando* del viejo refrán; ¡pero tenía yo tantos amigos! Como el viajero que después de larga travesía divisa la ansiada orilla, así estaba yo cuando divisé la tal vacante. No cabía en mi pellejo de puro angustiado, inquieto y caviloso. Estudiaba hasta las más insignificantes palabras de los íntimos de Fernando; atendía á los gestos y á las mi-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

radas, porque no había accidente alguno en que no viese alguna esperanza de obtener mi prebenda.

Andaba tan desasosegado que apenas comía. ¡Ay! si hubieran provisto la vacante en indivíduo distinto del que está dentro de esta casaca, me habría muerto de pena... Y verdaderamente, había motivos para que no estuviese tranquilo, por ser España la tierra de la injusticia y de la ingratitud. ¿El sin par Colón no murió en el olvido? ¿No acabó sus días Hernán-Cortés oscurecido en una aldea? ¿Y qué diré de Cervantes?... ¡Vive Dios, que si no me daban la plaza, yo había de hacer algo sonado; Rey y cortesanos y ministros se habían de acordar de mí.

Pero últimamente yo no tenía en la corte el favor á que me hacían acreedor mis servicios y adhesión al Monarca. Tocóme á mí también un poco de aquel hálito de desgracia que á tantos había matado y aunque no me persiguieron ni me desterraron, hallábame en situación bastante equívoca, ni elevado ni caído, lejos de Palacio, á pesar de que Su Majestad me enviaba hipócritas recadillos. Yo no podía tragar al Sr. Ramirez de Arellano, ni éste me tragaba á mí. Supe que se hacían esfuerzos para desprestigiarme; pero como yo tenía tantos amigos, como conservaba excelentes relaciones con los hombres más eminentes; no sólo esperaba defenderme de los que me querían empujar hacia abajo, sino también recobrar el terreno perdido. Alagón, Ugarte, D. Buenaventura, Imas, Villela, San Fernando, Lozano de Torres, me tenían en gran aprecio y me halagaban con fastuosas promesas.

Yo no descansaba. Comprendiendo, como groseramente dice el refrán, *que el que no llora no mama*, vivía sobre un pié, de visita en visita, de conferencia en conferencia, de lamento en lamento, pidiendo á todos, ya en desnudas ya en artificiosas razones; exponiendo mis méritos, como se exponían entonces; desacreditando á todo el que estuviese en olor de candidato; trabajando á lo topo y á los castor, en la oscuridad y á la luz del día; armando muchos enredillos y ganando voluntades y levantando polvaredas de intriga y humaredas de adulación; en fin, practicando todo lo que un hombre listo practicaba entonces y practica hoy en circunstancias análogas, que estas viejas mañas son de hoy como ayer, y primero faltarán garbanzos que Pipaones en España. Oí decir un día que la vacante se proveería al siguiente. Corrí á ver al Sr. Lozano en su despacho del ministerio, y cuando me vió puso cara agridulce, como de quien sonríe para disimular disgusto. Temblando aguardé mi sentencia.

Lozano de Torres era pequeño y cari-fruncido, con un airoso moñito de pelo rubio sobre la frente, graciosamente arremolinado. Iba ya para

(c) 2008 Ministerio de Cultura

viejo; sus movimientos eran tardos, sus pasos meditados, y al andar, colocaba en el suelo con una especie de estudio el blando pié, calzado con zapato de paño. Poníase ordinariamente muy serio, queriendo de este modo tomar la máscara de los hombres de saber; pero con los amigos de confianza, y cuando no se trataban asuntos graves del ramo, era francote y risueño, mostrando á las claras su alma sencilla y su rústico entendimiento. Tan declaradamente manifestaba su índole al hablar, que sólo le faltaba decir: "¡Dios mío, cuán bobo soy!„

Hízome sentar á su lado; ofrecióme un polvo, que rehusé; dióme después un cigarillo, y tras un par de toses, habló de esta manera:

—Querido Pipaón, anoche me habló largamente de usted Su Majestad. Conviene en la precisión de dar á usted un puesto correspondiente á sus dilatados... á sus dilatados servicios de usted.

—En efecto—repuse;—la última vez que tuve el honor de entrar en la cámara real Su Majestad me dijo que la plaza vacante del Consejo Real sería para mí.

El ministro cerró fuertemente un ojo, torciendo con extraño mohín la boca.

—¿La vacante del Consejo?...—balbuceó.—Sí... en efecto; yo mismo prometí á usted... Si de mí solo dependiese; pero...

—¿Pero qué... pero qué?—dije remedando la perplegidad de Lozano. —¿Es esto formal? ¿Se puede decir hoy una cosa y mañana otra? Si se me cree indigno de formar parte de una corporación, en la cual han entrado peluqueros, boticarios y mozos de caballerizas, díganlo de una vez... ¿Por ventura la he pretendido yo?

—No, ya sé que es usted modesto.

—Yo no he pedido la plaza... han venido á ofrecérmela, empezando por el Rey; me han estado pinchando mucho tiempo; me han sacado de mis casillas... Si yo no quiero ser consejero, si no quiero figurar... Por todo el oro del mundo no sacrificaría mi dignidad en cambio de una posición.

—Vaya, Sr. de Pipaón, no se amosque por tan poca cosa—dijo el buen Torres.—¿Por qué no espera usted ocasión más favorable? Siendo usted quien es, no tardará en ser consejero. Pronto habrá más vacantes. Aguarde usted unos meses... Su Majestad la Reina Doña Amalia estará embarazada bien pronto. Cuando venga lo que ha de venir, se repartirán muchas mercedes, sobre todo si es Príncipe...

—Señor ministro—repuse, sin poder contener mi sofocación;—se han burlado ustedes de mí. Esto no se hace con un hombre que ha prestado

(c) 2008 Ministerio de Cultura

tantos y tan difíciles servicios al Reino, al Rey, á los amigos, á usted mismo.

—Es verdad, por eso dije que anoche acordamos darle á usted una recompensa magnífica,—afirmó su excelencia melífluamente.

—¿Cuál?

—Puede usted escoger. La Superintendencia de la Moneda, en Méjico, la...

—¿Indias, Sr. Lozano?—exclamé con el mayor desdén.—Ya sabe usted que no me gusta viajar por mar. Puesto que se me trata de ese modo, renunciaré á servir en la Administración. Para ir á América y labrarme en cinco años una fortuna, no necesito que el Gobierno me dé un destino con visos de destierro.

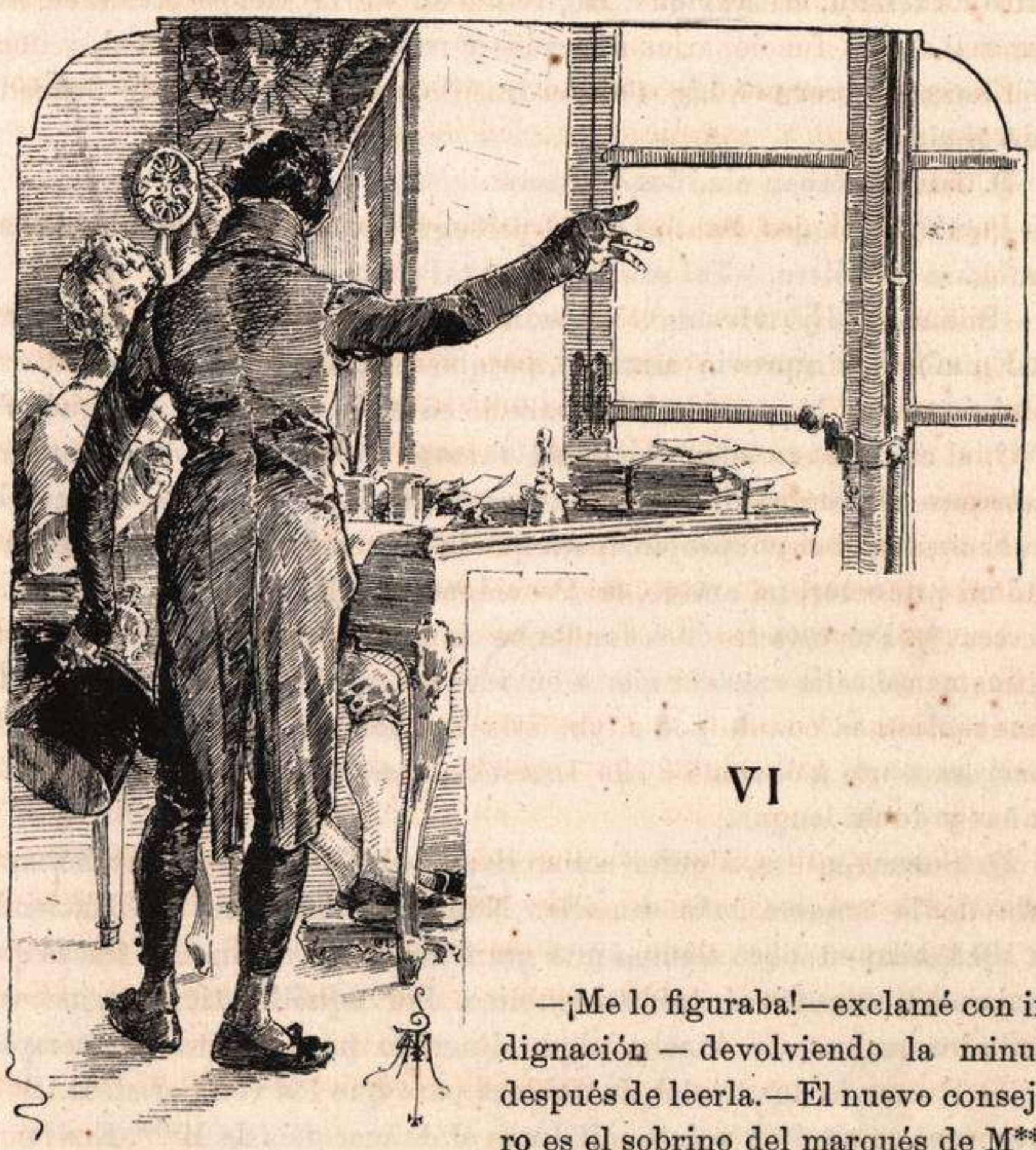
—Entonces, amiguito... Debo advertirle que Su Majestad fué quien manifestó deseos de que marchase usted á América.

—Es raro—respondí.—La última vez que nos vimos, Su Majestad no me dió un canastillo de cerezas como á Campo Sagrado, ni un mazo de cigarros como á Villamil. Yo no pretendí la plaza de consejero; yo no la quería; yo no dí paso alguno para que se me diera; pero me la ofrecieron: se ha dicho que yo iba á entrar en el Consejo; he recibido ya las felicitaciones y aun algunos regalos anticipados como previa acción de gracias por beneficios que no he hecho todavía... por consiguiente, si ahora salimos con que no hay nada, mi situación no puede ser más grotesca. Mi dignidad, mi honor, indúcenme á no admitir otro destino que el de Consejero.

—Pues hijo—repuso Lozano, dando un suspiro.—Lo que es eso... La vacante está ya provista.

Y me alargó un papel que tomó de la próxima mesa.

(c) 2008 Ministerio de Cultura



VI

—¡Me lo figuraba!—exclamé con indignación — devolviendo la minuta después de leerla.—El nuevo consejero es el sobrino del marqués de M***. ¡Bonito nombramiento!

La ira apenas me permitía articular las palabras. Pegajosa saliva entorpecía mi lengua, y con los crispados dedos arañaba los brazos del sillón en que me sentaba.

—¡El sobrino del marqués de M***!—repetí.—¡Me lo temía!...

—Mañana aparecerá en la *Gaceta*.

—Y mañana sabrá España, ¿qué digo? sabrá la Europa entera, sí señor, la Europa entera, cuáles son las prendas, cuáles los antecedentes que se necesitan aquí para escalar los puestos del Consejo. En primer lugar, ser jugador, borracho, calavera, no pagar las deudas contraidas, deber más de tres mil reales en Canosa; y en segundo lugar, no saber más que un poco de latín, echársela de traductor de Horacio, decir mil pedanterías á propósito de leyes antiguas, defender malamente algún

(c) 2008 Ministerio de Cultura

pleito de tenuta, criticar en todo, fantasear en la Sala de Alcaldes, hablar mal de los funcionarios honrados y respetables como usted, y también tener de brevas á higos algún tratillo con los masones de Granada y de Madrid.

D. Juan Estéban alzó los hombros.

—¡Qué personajes, Santo Dios!—proseguí sin que con tanto hablar se desfogara mi cólera.—Tal sobrino para tal tío...

—Silencio—dijo vivamente Lozano.—El marqués de M*** está aquí.

En efecto, sin previo anuncio, porque á causa de su intimidad con el ministro no lo necesitaba, apareció en el despacho el marqués de M***, el cual no era otro que aquel famoso personaje á quien en otra parte puse el nombre de D. Buenaventura, tapando con esta especie de benevolencia el suyo propio, para que la posteridad no le mortificase. Fué mi protector, mi amigo, mi Providencia en los primeros años de mi carrera (*). Por esta razón infundíame siempre mucho respeto, y aunque últimamente solía mostrar cierta envidia de mi rápido encumbramiento y me molestaba cuanto podía, yo, que era hombre agradecido, le ponía generosamente á él como á sus sobrinos, fuera del alcance de mis artimañas y de mi lengua.

D. Buenaventura, á quien solían llamar el *Tigre*, se había hecho marqués de la manera más sencilla. Nombrado consejero de Hacienda en 1814, hizo en poco tiempo una gran fortuna, comprando fincas que estaban adjudicadas al crédito público. Por aquellos tiempos, necesitando los padres de Atocha algún dinerillo para reparar su templo, dióles Fernando dos títulos de nobleza para que los vendiesen. D. Buenaventura compró en veinte mil duros el de marqués de M***. Era familiar de la Inquisición, hombre cruel, y absolutista tan fanático, que se pasaba la vida buscando masones por todos lados y averiguando picardías de liberales para contárselas al Rey. Tenía en 1819 gran privanza en Palacio; pero le hacía sombra Villela, de quien se contaban no sé qué masónicas liviandades. Conmigo sostenía buenas relaciones, pero á pesar de eso, solapadamente y sin dejar de halagarme, bebió los vientos para quitarme la plaza de consejero; y á pesar de lo mucho que me moví ganóme la partida, como se ha visto.

—¿Se murmura, eh?—dijo amistosamente, después de saludarnos.—Este diablo de Pipaón no está nunca contento.

—Ya le he dicho que puede esperar mejor ocasión—añadió D. Juan

---

(*) *Memorias de un Cortesano de* 1815.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Estéban, ofreciendo un cigarrillo á su amigo.—Grandes acontecimientos van á venir... Puede que nazca un Príncipe...

—Es claro—dijo el marqués, mirándome con sorna.—Pero ¿tú que crees? ¿se hacen consejeros á los treinta y seis años? Estos sietemesinos, apenas dejan el biberón, ya ambicionan los primeros puestos del Estado... ¡qué tiempos, señores! no sé á dónde vamos á parar. Hé aquí un chiquilicuatro á quien saqué de las covachuelas hace seis años. Le hemos visto subir como la espuma; le hemos ayudado como buenos amigos, y ahora, ingrato y desconsiderado, todo lo quiere para sí. Paciencia, amiguito, paciencia y aguardar. Felizmente no estamos en los tiempos en que el Sr. Chamorro y Paquito Córdova disponían de los destinos y y sueldos del Reino. Ya los caprichos de una bella no conmueven la monarquía: ya no caen y se levantan los ministros al compás de la escoba de los mozos de retrete: estamos en tiempos mejores.

—Las personas han variado, convengo en ello—respondí con malicia, pero las cosas no.—Entre las ruinas de la antigua camarilla, eleva su majestuosa frente la negra del Sr. Villela.

—Silencio—dijo Lozano de Torres.—Le espero de un momento á otro, y puede venir.

—¿Quién gobierna? ¿Quién aconseja á Su Majestad? ¿Quién empuña el timón de la nave como generalmente se dice?—proseguí.—Todos sabemos que si Artieda no tiene el poder que tenía, lo tienen Ramirez de Arellano y Villar Frontín, pues los ayudas de cámara también caen y se levantan, como los ministros, aunque sin canastillos de cerezas ni mazos de cigarros.

—Bueno—dijo D. Buenaventura, riendo. Sigue tú en la agencia universal y diplomática de D. Antonio Ugarte. Sigue comprando barcos rusos y contratando empréstitos. ¿Qué más quieres, pelafustán? ¿Aspiras también á comprar á los rusos sus barbas, para ponérnoslas á nosotros después de hacérnoslas pagar?

D. Juan Estéban se reía como un bendito.

—¿Quieres ser consejero?—añadió el marqués.—¿Y para qué? ¿Qué vas tú á hacer en el Consejo? Sepámoslo. ¿Meditas algún informe luminoso sobre cualquier materia? ¿Vas á poner en olvido las dotes eminentes de Jovellanos, Campomanes, D. Arias Mon y demás notabilidades? Para traer y llevar los recados de D. Antonio Ugarte, para ayudarle en sus negocios, ¿no estás mejor en cualquier oficina que en el Consejo? Á pesar de ello, yo te prometo que te apoyaré decididamente en la primera vacante, ¿qué más quieres?

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Sé lo que es el Consejo—respondí breve y sentenciosamennte; —sé lo que son las oficinas; todo lo conozco y aprecio en su justo valor, menos las influencias que imperan hoy, las cuales son de tal naturaleza, que no sabe uno á qué atenerse.

Me levanté para marcharme. En el mismo instante un portero anunció á D. Ignacio Martinez de Villela, que no tardó en entrar. Me quedé.

Este venerable señor, uno de los que más trabajaron en 1814 cuando la persecución de los diputados, era entonces muy influyente en Palacio. Él y Lozano de Torres y otros que no menciono, formaban á la sazón la pequeña corte del Monarca, sustituyendo á la antigua, que con gran trabajo desbancaron y de la cual tuve la gloria de formar parte. Era Villela, además de corpulento como un elefante, hombre muy vividor, y en la apariencia grave y respetable, con grandes humos de probo y justiciero. Oyéndole, parecía que por su boca hablaba el derecho público y privado. Poseía bastantes conocimientos jurídicos, lo cual le daba respetabilidad, poniéndole en situación muy favorable; porque desde 1816 y desde la venida de la Reina (que coincidió con el eclipse de nuestra camarilla), comenzaron á estar en alza los llamados sabios, los jovellanistas, y los de la escuela de Garay, verificándose un descenso rápido en el influjo de toda la gente lega y romancista.

Pero la mayor notoriedad del magistrado en cuestión no era su sabiduría, sino su *negra*, una tal Doña Inés, ama de llaves y gobernadora de la casa, de cuya intervención en los negocios públicos se habló durante mucho tiempo. Habíase captado de tal modo la voluntad de su dueño, que teniendo éste la clave de muchos nombramientos, túvola ella también. Especialmente las mitras, que se concedían siempre á propuesta del Consejo, fueron de tal modo monopolizadas por Doña Inés, que ésta no abría la mano sin que saliera de ella un obispo. Había previo convenio y eclesiástico arreglo antes de que una mitra fuese provista, y era cosa sabida: ni el más pintado, aunque fuera el mismo San Pedro, empuñaba el báculo, si antes no se ponía á bien con la tal negra, impetrando y consiguiendo su soberana gracia. Con este motivo ocurrió más adelante un suceso curioso que no quiero callar.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Vacó la diócesis de Astorga, y siguiendo los trámites ordinarios, fué presentado para la silla un sugeto, cuyo nombre no hace al caso. Llevóse el decreto al Rey para que lo firmara, y Fernando, que tenía felicísimas salidas de aticismo cómico, leyó detenidamente el pliego, sonriendo con la socarronería que le era habitual. Estaba verdaderamente cargado, como ahora se dice, de aquella ambición desmedida de la negra de su amigo, y decidiendo emplear su iniciativa y usar sus prerogativas con tanta insolencia usurpadas, no colérico, sino con mucha calma y gravedad, tomó la pluma y al margen de la propuesta puso estas sencillas palabras, que constan en un archivo: "Será obispo de Astorga D. X... X... *y perdone por esta vez Doña Inés.*„

Pues bien, aquel que acababa de entrar en el despacho del ministro era el venerable Magistrado, el celoso Juez de 1814, el Consejero de la Sala de Justicia del Consejo Real, con honores del de la de Cámara; era el amo de su negra, en fin.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

VII

SEÑORES—dijo sin responder á nuestro saludo.—Ocurre una cosa muy importante. El Sr. Requena acaba de morir de un ataque de apoplegía fulminante. ¡Pobre señor, pobre amigo mío! ¡Nos queríamos tanto!... Pero, en fin, puesto que Dios ha querido llamarlo á su seno... ello es que con esta muerte hay ya otra vacante en el Consejo.

Yo dí un salto en mi sillón.

—¡Una vacante en el Consejo!—repitieron el marqués de M*** y Lozano de Torres.

—Sí, señores—añadió Villela sentándose;—una vacante en la Sala de Provincia.

—No podía venir más á propósito—dijo Lozano de Torres mirándome.

—Ahí tienes, Pipaón, ahí tienes...—dijo el marqués de M***.—La Providencia no abandona jamás á quien confía en ella. Hé aquí que cae del cielo una vacante y te toca en la punta de la nariz.

—Poco á poco, señores—dijo el Sr. Villela de muy mal talante, mirándome por encima de sus gafas verdes.—No me toquen á esa vacante, que es para mi primo.

Toda la hiel de mi cuerpo vino á mis labios al oir esto, y era tanto lo que se me ocurría decir, que no dije nada.

—Tengo promesa de Su Majestad para la primera vacante—añadió Villela,—y además, amigo Lozano, ¿no hablamos de esto la otra noche?

—Sí, es cierto...—repuso con turbación el ministro;—pero á la verdad, no sé cómo contentar á todos. Pasan ya de media docena las personas á quienes Su Majestad ha prometido la primera vacante. Creo que lo mejor será echar suertes.

—¡Bah!—exclamó Villela con su impaciencia habitual y mirándome

(c) 2008 Ministerio de Cultura

de hito en hito;—¿lo dice usted por Pipaón que nos está oyendo? Amiguito, usted es joven aún y puede esperar. En mis tiempos no se entraba en el Consejo antes de los sesenta años. En los que vivo no he visto un mozo más favorecido por la fortuna que usted... Cuando mucho se sube, más peligrosa puede ser la caída. Usted se ha encaramado con excesiva prontitud, y me temo que si no se detiene un tantico, vamos á ver pronto el batacazo... un polvito, señor marqués; un polvito, Sr. Lozano; amigo Pipaón, un polvito.

Describió un lento semicírculo con su caja de rapé, en la cual iban entrando sucesivamente los dedos de los amigos.

—Sr. D. Ignacio—repuse yo aspirando con placer el oloroso polvo.—Admito los consejos de una persona tan autorizada como usted... pero debo hacer una indicación. Jamás pretendí la plaza de Consejero; pero como se me ha ofrecido repetidas veces y se ha hecho pública mi pronta entrada en la insigne corporación, sostengo el cuasi derecho que me da la real promesa.

—¡Oh!... usted puede sostener lo que quiera—repuso Villela, volviendo risueño el rostro y elevando la mano, cuyos dedos sostenían aún el polvo.—Cada uno es dueño de tener las ilusiones que quiera. Por eso no hemos de reñir.

—Con perdón del Sr. Villela—dije yo, inclinándome y poniendo un freno á mi cólera,—seguiré esperando, que Su Majestad no me ha de dejar en ridículo.

—Tantas veces han puesto en ridículo á Su Majestad personas que yo conozco...—indicó el Consejero de la Sala de Justicia, llevándose á la nariz los dedos y aspirando el tabaco con cierto adormecimiento voluptuoso en sus ojos ratoniles.

—¡No lo dirá usted por mí—repuse colérico.

Villela se puso muy encendido.

—Por todos—murmuró.

—Señores, señores, basta de tonterías—dijo el ministro, conociendo que la cuestión se agriaba un poco.—Basta de pullas. Se procurará contentar á todos. Esto se acabó.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Por mi parte, concluído—dijo Villela estirando el cuerpo, arqueando las cejas, sacudiendo los dedos y tirando de la punta del monumental pañuelo; para sacarlo del bolsillo.

—Por mi parte, ni empezado siquiera—indiqué yo.

—Háblese de otra cosa—dijo el marqués de M***.

—Hablarán ustedes, porque yo me voy al Consejo—dijo Villela, después de sonarse con estrépito.

—¿Tan pronto?

—Pero no sin hacer al señor ministro una recomendación. Á eso he venido.

Diciendo esto Villela sacó un papelito.

—Veamos qué es ello.

—Lo primero que pido al Sr. Lozano de Torres, confiado en que lo hará—añadió Villela,—es una obra de justicia, es que ponga término á una iniquidad horrenda, á un atropello impropio de los tiempos que corren.

—¿Qué?

—En las cárceles de la Inquisición de Logroño—continuó Villela,—está una pobre mujer anciana, llamada Fermina Monsalud, á la cual se ha dado tormento para arrancarle declaraciones en la causa que se sigue á un hijo suyo que vive en Francia. Es mujer piadosísima y á nadie se le ha ocurrido tacharla de herejía. ¿Por qué ha de pagar esa inocente las faltas de otro? Si no pueden atar á la rueda al verdadero criminal, ¿por qué se ensañan en la que no ha cometido otra falta que haberle parido?

—¿Cómo se llama esa señora?—preguntó Lozano, haciendo memoria.

—Ese apellido...

—Fermina Monsalud—repuso Villela, guardando el papelito.

—Monsalud...—repitió D. Buenaventura, apoyando la barba en la mano y haciendo también memoria.

Tuve intenciones de hablar; pero después de un rápido juicio, resolví no decir una palabra y observar tan sólo.

—Esto es una iniquidad, una brutalidad sin nombre—exclamó Villela, golpeando el brazo de la silla.—Hablé anoche de ello á Su Majestad, y Su Majestad se escandalizó...

El ministro y el marqués meditaban.

—Pero eso es cosa del Supremo Consejo—dijo Lozano de Torres.

—Yo no quiero cuentas con el Supremo Consejo—repuso Villela.—Bien sabemos todos que éste no hace sino lo que le manda el Ministro

(c) 2008 Ministerio de Cultura

de Gracia y Justicia. Haga usted que pongan en libertad á esa pobre mujer, y cumplirá con la ley de Dios.

—Y con la de los masones—murmuré.

—¿Alguno de los presentes tiene que decir algo en contra de lo que he manifestado?—preguntó Villela con cierta soberbia.

Nuevamente sentí deseos de hablar; pero el recuerdo de la epístola, acompañado de cierto miedo, me cortó la voz y callé.

D. Buenaventura no dijo tampoco nada, y seguía meditando.

—Déjeme usted nota—indicó Torres.—Yo veré...

—El Consejero escribió la nota y la entregó al ministro. Al retirarse, habló así:

—Tengo gran empeño en ello, Sr. Lozano, pero grandísimo empeño. Si consigo arrancar á esa mártir de las garras de los verdugos de Logroño, me conceptuaré dichoso.

Cuando D. Ignacio Martinez de Villela se fué, alzó de súbito la meditabunda frente el Sr. D. Buenaventura, y dando un porrazo con el bastón, exclamó:

—¡Vive Dios, Sr. Lozano de Torres, que ya no me queda duda!

D. Juan Estéban reía como un zorro, y graciosamente se atusaba con la mano derecha el remolino de cabellos rubios que Dios, cual digno coronamiento de una obra perfecta, había puesto sobre su frente.

—¡Fermina Monsalud!—repitió, leyendo el papel que había dejado Villela.

—Madre de Salvador Monsalud—dijo el marqués;—madre del hombre que anda trayendo y llevando mensajes de los masones; de ese que ha logrado hasta ahora burlar, con su ingenio peregrino, las pesquisas de la justicia.

—El mismo—añadió Lozano.—Ese pobre Sr. Villela... vamos parece increible.

—*Vox populi, vox cæli* —repuso el marqués.—Hace tiempo se viene diciendo que muchos elevados personajes de la corte están en connivencia con la masonería; hace tiempo se viene diciendo que el Sr. Villela... Lo que digo, *vox populi, vox cæli.*

—Cuando el río suena, agua lleva—afirmó Lozano, que, por no saber latín, expresaba la misma idea en refrán español.—Para mí hace tiempo que no es un secreto el francmasonismo de Villela; pero Su Majestad, á quien D. Ignacio ha sabido embaucar con tanto arte, no consiente que se le hable de esto, y sostiene que todo lo que se dice de las sociedades secretas es pura fábula.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—También yo tengo datos para asegurar el francmasonismo del señor Consejero que acaba de salir—dijo D. Buenaventura.

—Desde que estoy en esta casa—afirmó Lozano,—no ha pasado una semana sin que haya venido con pretensiones de indulto, de sobreseimiento ó de evasión en favor de algún agitador ó revolucionario.

—Y este empeño por que se ponga en libertad á la mamá de ese... Cuando la Inquisición de Logroño le ha dado tormento, ya sabrá por qué lo ha hecho.

—Pues claro está.

—Salvador Monsalud... ¿dónde he oido yo ese nombre?—dijo D. Buenaventura, procurando recordar é irritado de su fatal memoria.

—Hace días que ha-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

blé de él en este mismo sitio—repuso Lozano.—Es un revoltoso á quien no se ha podido prender nunca.

—Ya... si no se puede castigar á nadie—dijo el marqués con enfado.—Si todos los criminales se escapan, protegidos por estos señores que afectando servir al trono y á las buenas ideas, son los más firmes auxiliares de la revolución. No sé cómo Su Majestad protege á tan pérfidos hipócritas... Ya lo he dicho. La serpiente de la anarquía se agasaja en los mismos cojines del regio solio... ¡Y pretende ahora la nueva vacante del Consejo! Pipaón, ó hemos de poder poco, ó será para tí.

Me incliné dando las gracias con lenguaje mudo.

—Es triste lo que está pasando—dijo el ministro.—Prendemos á los revolucionarios, y los más altos personajes del absolutismo, los más íntimos amigos del Rey, vienen á implorar que se ponga á aquellos en libertad.

—Soy familar de la Santa Inquisición—exclamó con vehemencia el marqués.—Mi deber es seguir la pista á los criminales. Es preciso trabajar con piés y manos para que no se nos venga encima la revolución› ¿estamos? Adelante: es urgente desenmascarar á los bribones, poner de manifiesto las malas artes y la perfidia de los que les protegen.

—Pues señor familiar de la Inquisición—dijo Lozano sonriendo,—descúbrame usted el paradero de este Salvador Monsalud; proporciónemе los medios de cogerle, y yo le respondo de que no se burlará por más tiempo de los ministros de Su Majestad...

—¿Está en Madrid?—preguntó el marqués.

—Creo que no.

—Está en Madrid—dije yo, rompiendo al fin el silencio.

El ministro y D. Buenaventura me miraron con asombro.

—No se pasmen ustedes—añadí;—yo no soy masón. Por una casualidad he sabido que está en la corte ese señor mensajero de los revoltosos. Hablando con toda franqueza, debo decir que en nuestra primera mocedad fuimos amigos Salvador Monsalud y yo; pero desde el año 13 no nos hemos vuelto á ver.

—¿Y cómo sabe usted que está en Madrid?

—Una señora paisana mía, y que por desgracia le conoce muy bien, asegura haberle visto hace días.

—Soy familiar de la Inquisición—repitió gravemente D. Buenaventura:—y como tal tendría un gozo vivísimo en poder echar mano á un propagador del jacobinismo y de la herejía... ¡Ah, Pipaón, si tú quisieras ayudarme!... ¿Dices que le conociste en tu juventud?

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Somos paisanos.

—¿Y qué tal hombre es?

Me llevé el dedo á la frente para indicar ingenio.

—Sí, debe de ser listo... pero un tunante, ¿eh?

—Sirvió al Rey José.

—¡Afrancesado!

—¿Y tú respondes de que está en Madrid?

—Respondo.

—Ha demostrado en las últimas conspiraciones un atrevimiento y una constancia que confunden—dijo Lozano.

—Vamos, es preciso cogerle aunque no sea sino por dar en los hocicos al masón vergonzante Sr. Villela que le proteje...—dijo el marqués.—Pipaón, ¿me ayudas ó no?

—Ayudo.

—Soy familiar de la Inquisición; pondré de mi parte cuanto pueda. ¿No hemos visto á los más insignes hombres de la nobleza, á los Medinaceli y Albas y Osunas saltando de tejado en tejado, en calidad de alguaciles mayores del Santo Oficio, para perseguir á los criminales?

—Voy á dar á ustedes un resumen de las fechorías de ese Salvador Monsalud—dijo Lozano de Torres, tirando de la campanilla.—Los corregidores y las audiencias han suministrado algunos datos, los cuales, unidos á los informes que tomé en el ministerio de Seguridad pública, forman un curioso expediente.

Se presentó un oficial de secretaría, el cual, por indicación de Lozano, trajo poco después un grueso legajo.

—Se cree que tomó parte en la conspiración de Richard para asesinar á Su Majestad—dijo Lozano fijándose en el primer pliego.

—Se cree... eso es; y debe de ser cierto—indicó D. Buenaventura.—No puede menos de ser cierto.

—Viósele en Granada en el año 16—continuó Lozano leyendo,—y al poco tiempo estuvo en Murcia y Alicante, donde le protegían Lopez Pinto, el brigadier Torrijos y algunos oficiales del regimiento de Lorena.

—Esta fué la conspiración del regimiento de Lorena, que abortó por fortuna... Ojo, señores. Por empeños de Villela fueron puestos en libertad los conspiradores.

—El año 17 estuvo en los baños minerales de Caldetas, donde pasaba por criado del malogrado Lacy, y el 5 de Abril salió de Tarragona con las dos compañías de Quer. Desapareció en Arenys de Mar.

—Desapareció...—dijo con enfado D. Buenaventura.—Si no existiera

(c) 2008 Ministerio de Cultura

esta sorda y astuta confabulación de todos los pillos, no se habría evaporado tan fácilmente.

—Volvió á aparecer en Gibraltar, visitando la casa del judío Benoltas, que dió dinero para la sublevación de Alicante—continuó Lozano, hojeando los papeles.—Después se le vió en Murcia muy unido á Romero Alpuente y á Torrijos; pero cuando éste fué descubierto y preso, el otro... desapareció.

—¡Desapareció!... Lo de siempre.

—Pero al poco tiempo se le vió en Madrid, donde los masones de Murcia tenían tan buenas aldabas. Sostuvo relaciones epistolares con D. Eusebio Polo y con Manzanares, oficiales de Estado Mayor, y otros muchos militares distinguidos que están afiliados en la masonería. Cuando éstos fueron reducidos á prisión, se pudo echar mano al Monsalud; pero al poco tiempo de encierro...

—Desapareció. Ya sabemos lo que son esas desapariciones,—afirmó colérico el familiar de la Inquisición.—Los Hermanos del Grande Oriente han tenido buen ojo en la elección de sus venerables. Son éstos algunos señores de la grandeza, generales y consejeros como Villela.

—Reapareció en Valencia—prosiguió Lozano—á principios de este año. Trabajó con don Diego Calatrava en los preparativos de la conspiración de Vidal. Frustrada ésta, fué herido gravemente y preso con otros muchos. Llevado á la cárcel en camilla, se le encerró en un calabozo, donde era imposible la evasión. Cuando fueron á sacarle para conducirle al patíbulo, encontraron en su lugar...

—¿Qué?

—Un muñeco vestido con sus ropas.

—Esto es burla... Pero sea lo que quiera. Pipaón ha dicho que el *desaparecido* está en Madrid.

—Así me lo han asegurado—repuse.—Creo que podemos saberlo con toda certeza.

—Soy familiar de la Inquisición, y tú, Pipaón, un hombre listísimo. Si de esta vez no hacemos algo de provecho, tengámonos por dos alcornoques de tomo y lomo.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Pero si hacemos algo, mi Sr. D. Buenaventura—dije,—que sea para conseguir desenmascarar á un magistrado tan corrompido como el señor Villela.

—Vamos—repuso riendo,—á tí lo que te escuece es la vacante de consejero que Villela se quiere apropiar, caliente aún el cuerpo del Sr. Requena. Por mi parte te juro que aborrezco á Villela. Siempre he visto en él un hombre tan astuto como peligroso, que está sirviendo á la revolución.

—Ya se lo dirán de misas. Soy...

—Cójame á ese Monsalud, Sr. D. Buenaventura—dijo el ministro.—Vamos, ¿á que no se atreve usted?

—¿Que si me atrevo? Pipaón: vete por casa mañana. Hablaremos.

—Pues hasta mañana, señor marqués.

—No hay más que hablar.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

VIII

VEAMOS ahora lo que pasaba en mi casa. Detenido en ella el Sr. D. Miguel de Baraona por ciertos achaquillos en las piernas que no le permitían zarandearse en paseos y cafés, mataba el aburrimiento escribiendo cartas ó perorando, si por mi desgracia lograba echarme el guante. Genara hacía vida muy distinta. Menos ocupada que antes en sus labores de mano, salía á la calle con alguna frecuencia, pasando largas horas fuera. Todo revelaba en la hermosa Genara que traía entre manos un asunto importante, asunto de verdadera acción que requería tanta actividad como cavilaciones. No tuve que hacer grandes esfuerzos para descubrirlo, porque ella misma me lo reveló todo una noche junto al brasero, después que Baraona se recogió en su cuarto.

—¿Ha averiguado el Gobierno—me preguntó—el paradero de Salvador Monsalud? ¿Sabe que está conspirando?

—El Gobierno, señora—le respondí,—lo sabe todo y no sabe nada; mejor dicho, sabiendo que se conspira á más y mejor, es completamente incapaz de descubrir y más aún de castigar las conspiraciones.

—¡Qué Gobierno!—exclamó Genara.—Bien dice mi abuelo que estos que hoy mandan son como los muñecos que se ponen en el campo cuando se acaba de sembrar: espantan á los pájaros, pero no á los hombres. Diga usted que sabe tanto—añadió con jovialidad,—¿por qué no se habían de encargar á las mujeres ciertas cosas del Gobierno?

—Porque no. Ahí están Catalina de Rusia, Isabel de Inglaterra y otras, que gobernaron á sus pueblos...

—No, no es eso lo que digo. Gobiernen á los pueblos los hombres; lo que, según mi entender, podía confiarse á las mujeres, es un trabajo

(c) 2008 Ministerio de Cultura

menudo y que no requiere ciencia de libros; por ejemplo, el descubrimiento de las conspiraciones.

—En Francia dicen que hay muchas mujeres empleadas en la policía secreta.

—Las mujeres—dijo Genara con gravedad y gracia,—son más leales que los hombres, sirven con más ardor y más honradez á una causa cualquiera, son menos accesibles á la corrupción, poseen instinto más fino y mayor agudeza de ingenio, mayor penetración. Ustedes piensan; pero nosotras adivinamos.

—Es verdad; ustedes adivinan—dije con mucha sorna.—Vamos á ver ¿ha adivinado usted el paradero de Salvador Monsalud?

—Sí señor—repuso mirándome con fijeza, y sonriendo vanidosa y triunfalmente.—Sí señor; lo he adivinado, lo he descubierto, lo sé.

—¿Pero es broma, es sospecha ó presunción?...—pregunté lleno de asombro.

—Es certidumbre, Sr. D. Juan.

—¡Es usted un tesoro, es usted una diosa, Genara!—exclamé con entusiasmo.—Pero dígame usted: esas salidas diarias, esa multitud de recados, esa ocupaciòn constante durante más de una semana, ¿se han consagrado al servicio de la patria y del Rey? Me parece inverosímil.

—Si he de hablar con verdad, no he atendido gran cosa al servicio de la patria y del Rey... He tenido fijo el pensamiento en mi esposo acuchillado y moribundo.

—Verdad es que la persona á quien queremos castigar ha sido por mucho tiempo la pesadilla y el espantajo de su familia de usted.

—Yo no sé hacer nada á medias—dijo Genara con solemne voz. Me impulsaba á dar estos pasos un sentimiento que inflama mi corazón, un sentimiento criminal que ofende á Dios, lo sé; un sentimiento...

—¡Genara!

—Sí, Sr. de Pipaón, el odio; hablo del odio que se ha fijado en mí desde hace algunos años como un puñal que me atraviesa el corazón. Incapaz de tranquilidad, escandalizada de la debilidad de los hombres, que han dejado sin castigo á tan grave criminal, me he lanzado resueltamente y con todo el ardor de mi caracter á un trabajo impropio de mi sexo y condición. He desfallecido muchas veces, he sufrido grandes sonrojos; pero al fin la fuerza de mi propia pasión me ha dado gran energía, y con la energía una luz extraordinaria. ¡Qué no conseguirá la voluntad de una mujer, su penetrante instinto, su admirable sagacidad!...

—Esas prendas, señora, han revuelto el mundo muchas veces, han

(c) 2008 Ministerio de Cultura

provocado guerras y revoluciones—dije contemplándola fijamente, por ver si descubría cuáles eran las verdaderas ideas y los sentimientos efectivos de Genara en aquella ocasión.

No era fácil averiguar esto, y en vano clavaba yo los ojos en la marmórea beldad que ante mí tenía. Por experiencia sabía yo que respecto al conocimiento del alma de Genara, era preciso atenerse á lo que decían sus labios, dejando al tiempo ó al acaso la misión de describir el color y los astros de aquel cielo siempre cubierto de nubes. Al mismo tiempo no podía hacer grandes observaciones fisiognómicas, porque mis ojos, lo mismo que mi atención se distraían con el recreo y embobamiento que tan grande hermosura les producían. ¡Lástima grande que bajo aquella serenidad majestuosa, aunque algo artificial como los papeles del teatro, se escondiese, cual serpiente en nido de rosas, el odio tan ponderado verbalmente por ella!

—Si es cierto—dije,—que merced á las averiguaciones que ha hecho usted, como principal agraviada, se logra descubrir y capturar á ese hombre, el Estado y el Rey están de enhorabuena. Precisamente nuestro amigo el Sr. Lozano bebe los vientos por ponerle la mano encima. ¿Pues y D. Buenaventura?... Poco contento se va á poner cuando yo le diga... Como que nuestro paisano es el alma y la clave de las conspiraciones. Parece mentira que una señora como usted haya conseguido lo que intentaron hasta ahora en vano tantos y tan buenos espías...

—¡Espías! Los de la Inquisición, lo mismo que los del Gobierno, están vendidos á los masones—afirmó Genara con desprecio.

—Cuénteme usted todo; cuénteme usted esos prodigios.

Ella sonrió, y por breve rato puso los ojos en el brasero, sin dejar la sonrisa que parecía esculpida en su rostro.

—Si le contara á usted todo lo que he hecho—dijo al fin,—se asombraría mucho de algunas cosas y de otras se reiría, formando mala idea de mí.

—Vamos á ver.

—Es preciso hacerse cargo de la impresión que produjo en mí la vista de ese hombre en la iglesia del Rosario, para comprender las locuras que he hecho. Yo estaba aterrada; parecía que me apretaban el corazón con tenazas de hierro; yo no podía dormir; la terrible imagen iba tras de mí á todas horas, infundiéndome miedo y una congoja extraña.

—Lo conocí.

—Yo presagiaba toda clase de males; atribuía á ese hombre un poder maléfico; tenía un desasosiego inexplicable. Era tal mi turbación y lo

(c) 2008 Ministerio de Cultura

preocupada que yo vivía, que una noche creí verle deslizarse por esos pasillos como un fantasma.

—¡Genara!

—Sí; la imaginación me lo puso delante... ¡y con cuánta verdad! Ví su cara, sentí el ruído que hacía su capa rozando en las paredes...

Yo me quedé frío.

—Pero no... no se asuste usted... yo no creo en fantasmas. ¡Cosas de mis ojos que suelen ver lo que no existe!...

Ya me ha pasado lo mismo otras veces... Ello es que la propia exaltación mía me dió fuerzas para sobreponerme al miedo, á la congoja, y furiosa me revolví contra mi atormentador. El placer de castigarle, de hacerle sentir el peso de una mano justiciera dirigida por mí, dió mayor fuerza á mi voluntad. ¡Era preciso buscarle, burlar su astucia, sorprenderle, cogerle, destrozarle!

—Veamos lo que hizo usted.

—Desde luego, sabiendo que ese hombre estaba en Madrid parecía natural creer que vivía en alguna parte.

—Eso no tiene la menor duda.

—Yo pensé de otra manera; yo pensé que viviría en muchas partes.

—Ya... es decir, que cambiaría todos los días de domicilio para desorientar á sus perseguidores.

—Justamente. Pero esta idea tenía poco valor, mientras no se averiguase una por lo menos de las guaridas del miserable. Empecé sin resultado mis pesquisas, cuando de repente vino en mi ayuda la casualidad, proporcionándome un nuevo encuentro con él cierta noche que volvíamos á casa Paquita y yo un poco tarde.

—¿Y le habló á usted?

—¡Qué disparate! No me conoció: yo sí le conocí perfectamente, á pesar de que iba embozado hasta los ojos.

—¿Y dónde fué ese encuentro?

—En la calle Mayor. Eran las nueve. Él iba en dirección á la plaza de la Villa. Paquita y yo veníamos de casa del Sr. Grima, corregidor que fué de Vitoria.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Y usted y Paquita, llenas de terror, avivaron el paso para huir de él.

—Al contrario, volvimos atrás... y le seguimos.

—¿Le siguieron?

—Sí, señor. Nos arrebujamos muy bien en nuestros mantones y le seguimos á alguna distancia. Como él anda tan aprisa, llegamos sin aliento á la calle de Santiago.

—Donde se escurrió por algún portal, y aquí paz y después gloria.

—Entró, sí, en una casa; pero yo no me desconcerté por eso; y con toda la serenidad examiné el edificio detenidamente. Era un palacio enorme, pesado y triste, con grandes balcones y un escudo formidable sobre el del centro. Parecía la vivienda de un Grande de España, y Monsalud, al entrar en ella, iba á visitar á alguien; de ningún modo á quedarse.

—Muy bien pensado; pero las casas de los grandes, sobre todo si los que las habitan no son muy grandes, suelen tener bohardillas que se alquilan á gente pobre, y á las cuales se sube por la escalera de servicio.

—También pensé yo esto—dijo Genara demostrándome su prodigioso método de raciocinio;—y para salir de duda me decidí á preguntar al portero.

—Lo que no dejaba de ser aventurado y sospechoso.

—No me importaba: yo entré resueltamente y dije al portero: "¿Vive en las bohardillas de esta casa una pobre viuda enferma, llamada Doña Petra, que ha puesto un anuncio en el *Diario*, pidiendo una limosna á las almas caritativas?„—El portero me informó de lo que yo quería saber, diciendo: "En esta casa no hay bohardillas alquiladas, ni aun videras, ni aquí vive nadie más que mi amo el Sr. Conde...„ Ya estaba segura de que Monsalud no vivía allí y de que más tarde ó más temprano saldría. Paquita y yo nos llenamos de paciencia, y aguardamos.

—¡Qué valor, qué constancia sublime!... En una noche fría... dos mujeres solas en la calle.

—Nadie se metió con nosotras. Antes de las once Monsalud salió.

—¿Y le siguieron ustedes?

—Le seguimos. Él miraba atrás algunas veces; pero viendo transeuntes indiferentes ó mujeres, seguía tan tranquilo.

—¿Y fué larga la segunda caminata?

—No muy larga. Entró en el café de Levante, pero no por la puerta del local público, sino por otra lóbrega y estrecha que hay al costado y por la cual creo se sube á la tertulia.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Así es en efecto. Supongo que no entrarían ustedes en el café ni aguardarían tampoco la salida del aventurero, porque tales garitos no se vacían hasta la madrugada.

—Entrar no; pero aguardar sí—me contestó con una serenidad que me dejó pasmado.—En aquella acera, que es de gran tránsito á causa de las puertas de los cafés cercanos, hay muchas mujeres y chicos que piden limosna, castañeras, ciegos que venden villancicos, y también muchos rateros y gente sospechosa, con la cual alternan en amor y compaña los alguaciles. Paquita limpió el lodo junto á la puerta por donde él había entrado y por donde esperábamos que saliera, y...

—¡Jesús, María y José!—exclamé interrumpiéndola:—fué usted capaz?

—Sí señor; nos sentamos allí—repuso con la mayor naturalidad del mundo.—Con los mantos sobre la cabeza, no nos diferenciábamos gran cosa de la sociedad allí reunida... Yo no me acobardaba ante ningún obstáculo. Resuelta á marchar derecha á mi objeto, llena y encendida toda el alma con la llama de un aborrecimiento que era mi sostén y mi martirio, no reparaba en dificultades. Sólo así se vence, Sr. Pipaón.

—¿Y hasta cuando duró la guardia?

—Hasta las cuatro de la mañana. Fué aquella noche que estuve fuera de casa. ¿Se acuerda usted? Entré por la mañana diciendo que había estado acompañando á una amiga parturienta.

—Me acuerdo, sí.

—Hasta las cuatro, sí. Nos levantamos de allí medio heladas—continuó riendo.—Él salió con otros tres; marchó hacia la calle Mayor. Á la entrada de la de Boteros, uno de ellos se separó, y Monsalud con los dos restantes entró en la Plaza. Les seguimos á bastante distancia; pasaron á la calle de Toledo y pasamos también nosotras. Detuviéronse en la esquina de la calle Imperial, y entonces resolvimos adelantarnos y pasar junto á ellos para que no sospecharan que les seguíamos. Cuando pasamos oí claramente la voz de Salvador que decía á sus compañeros: "Estoy muy fatigado, y me voy á acostar...„ Siguiéndole, pues, hasta el fin, era seguro que sabríamos donde vivía.

—¡Qué admirable paciencia! El más astuto y diligente alguacil no haría otro tanto.

—Esto no puede hacerlo la justicia que es mercenaria y venal; lo hace una mujer.

—¿Y dónde vivía?

—En la calle de Segovia. Detúvose en una puerta, y después de dar varios golpes, bajaron á abrirle y entró.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Dando fin con esto á las investigaciones de usted, pues no creo...

—No entramos... ¡qué disparate! Pero examiné cuidadosamente la casa. En los balcones del piso segundo de ella había los papeles que suelen ponerse en las casas de pupilos. En la parte exterior del portal había una muestra que anunciaba lo siguiente: *Pepita Rojo, bordadora en fino.* En el principal, otra tabla decía *Planchadora;* y en el tercero había un balcón roto y algunos tiestos.

—¿Significan algo el balcón roto y los tiestos?

—Nada; pero lo digo para que vea usted cómo examiné uno por uno todos los accidentes de la fachada de aquella casa, como se examinan las facciones del facineroso que nos ha robado, para poder sus señas á la justicia.

—¿De modo que le tenemos allí?

—No cante usted victoria todavía, señor mío, que aún falta mucho por contar... Nos retiramos á casa. Yo calculaba que un hombre que se acuesta á las cinco de la mañana no podría levantarse muy temprano.

—¿Pues qué? ¿Proyectaba usted nuevas excursiones?—pregunté con la mayor sorpresa.

—Á las ocho, después de charlar un poco con mi viejo, estábamos en la calle Paquita y yo. ¿No se acuerda usted?

—Sí, me acuerdo.

—Salimos, sí, en dirección á la calle de Segovia. Llegamos: pregunté en el portal por *Pepita Rojo, bordadora en fino*, y dijéronme que vivía en el sotabanco; Paquita entró en la casa de huéspedes del segundo pidiendo pupilaje.

—¡Qué demonio! Fué cuando Paquita estuvo fuera de casa tres días, y usted dijo que había ido á Daganzo de Abajo á ver á su madre enferma.

—Eso es. Yo entré en casa de la bordadora á encargarle una obra muy difícil y costosa. Sin hacer alarde de riqueza, me mostré generosa; volví al día siguiente, llevando un regalito á sus niños; conocí á su marido, que es herrero, y no parecía tener trato alguno con revolucionarios; pero ni mi observación ni mi dinero me dieron luz alguna.

—¿Y Paquita?

—Vivió allí tres días. Hízose, por encargo mío la desenvuelta, para comunicarse fácilmente con los demás huéspedes, y principalmente con un tal Nuñez, algo misterioso, que en la misma casa vivía, teniendo consigo á un primo, que se decía recien llegado de Valencia.

—Ese primo...

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Yo iba á visitar á Paquita, porque ésta no podía hacer gran cosa sola. Apenas había visto la fisonomía de Monsalud y no conocía el metal de su voz. El tercer día de mi visita temblé de pavor y al mismo tiempo de alborozo; había oido la voz del miserable en una habitación inmediata. Al punto nos encerramos, y Paquita, practicó sigilosamente un agujero en el endeble tabique detrás de un cuadro. Oimos algo; pero nada importante. Nuñez y Monsalud habían llamado á la patrona y contaban el dinero para pagarle, pues se marchaban de la casa. Su conversación era indiferente y ni una palabra dijeron que indicase cuál iba á ser su nuevo domicilio. Llegó entonces un tercero, salieron todos, y metiéndose en un coche, que á la puerta les esperaba partieron, sin que fuera posible averiguar nada.

—¡Perdido otra vez! ¿Y no se dió usted por vencida?

—Nada de eso. Paquita y yo entramos después en conversación con la patrona, tratando de descubrir algo; pero nada sacamos en limpio. La buena mujer ponderó la puntualidad y largueza con que semanalmente le pagaba Nuñez, calificando á éste y á su primo de excelentes sugetos. No hacía un cuarto de hora que habían salido, cuando llegaron... ¿quiénes dirá usted?

—No sé.

—Los alguaciles de la Inquisición de Corte, con un señor familiar á la cabeza.

—¿Á prenderles? ¡Estuvieron buenos!... Esa gente es como el humo: lo ve uno y no puede echarle mano.

—Tranquilizada y en paz la casa, luego que los alguaciles, con el señor familiar al frente se marcharon, reanudamos nuestra conversación Paquita, la pupilera y yo. Fingí ser persona de escasos posibles, viuda

(c) 2008 Ministerio de Cultura

de un militar, y dije que me acomodaría en aquella casa al lado de mi amiga, si me admitían por poco dinero. Era mi deseo penetrar en la habitación abandonada por los fugitivos, para ver si habían dejado algún objeto que aclarase un poco las tinieblas en que me encontraba. Enseñóme el cuarto la posadera, y al punto lo examiné todo, paredes, muebles, piso. En un rincón de éste había varios pedazos de papel, una carta rota. En un momento en que estuvimos solas, los recogí, y guardados cuidadosamente, me los traje á casa para juntarlos y leerlos.

Diciendo esto, sacó de su costurero un papel en que estaban pegados los pedazos de la epístola.

—Lo que pude reunir y junté de este modo—dijo mostrándomelo,—no es más que una tercera parte de la carta, y sólo resultan frases sueltas de oscuro sentido. Vea usted: "...mingo á las nueve de la noche te espero en la esquina... ana vieja no puedes venir á mi casa... que mi ma... Caraban.., enojada, furiosa y no mereces... Andrea.„

(c) 2008 Ministerio de Cultura

IX

No entiendo una palabra de esta monserga—dije, devolviendo el papel.

—Pero basta fijarse un poco para comprender que es una cita amorosa. La firma de la dama es Andrea.

—¡Andrea!...—conozco yo varias Andreas.

—Á mí no me importaba conocer á la dama: lo principal era saber el punto en que se verificaría la cita amorosa, y esto bien se descubría reflexionando un poco.

—¿En dónde?

—En la esquina de la calle de la Aduana vieja.

—Es verdad... el domingo. ¿Y fué usted?

—¿Pues no había de ir? Aquella noche Paquita y yo la pasamos también en claro. Ví á los dos amantes. Se me figura que él no está muy entusiasmado; ella debe valer poco; separáronse pronto.

—¿Y le siguió usted de nuevo?

—Por todo Madrid; hasta que después de diversas paradas y escalas aquí y allí, paró cerca de la madrugada en la casa donde vivía y donde vive todavía.

—¡Admirable, sorprendente!

—Desde que descubrí su nuevo albergue comenzó Dios á favorecerme, porque Paquita reconoció en aquella la casa donde vive una parienta suya y paisana, con la cual tiene muy buena amistad. Fué á visitarla al día siguiente, y por ella supe que el marido de Doña Teresona (que así se llama la de Daganzo) es portero, conserge ó guardián de la tal casa, perteneciente á bienes mostrencos y habitada por un administrador de éstos. El Sr. Roque pertenece en cuerpo y alma al habitante principal de la casa. Es difícil corromperle; pero no así la señora Teresona, que

(c) 2008 Ministerio de Cultura

insensible primero á mis ruegos, se ablandó con los regalos que le hice. Todos mis ahorros y el producto de parte de mis alhajas que vendí, lo he empleado en tentar la codicia y ganarme la voluntad de aquella mujer. He penetrado anoche en la casa, y escondida en un miserable cuarto trastero que da al patio y á la escalera grande, he visto entrar á Monsalud con otros dos, encender luz y encerrarse en la única pieza habitable del piso alto, cuyos largos corredores desnudos, abiertos, fríos y solitarios tiemblan y crujen cuando alguien pasa por ellos. Nada más necesito decir á usted sino que cuando la justicia quiera apoderarse del conspirador, puede hacerlo cómodamente y sin peligro ni ruido.

—Mañana mismo—dije frotándome las manos de gozo.—¡Gracias á Dios! España verá al fin un día de justicia, ya que ha visto tantos de bajezas, debilidades é infames sobornos.

—¿Y se hará justicia? pregunto yo ahora—dijo Genara con energía.—Este indigno espionaje que he referido, ¿será un vano capricho de mujer furiosa?

—La Inquisición sabe dónde tiene la mano derecha.

—La Inquisición no sabe nada—repuso ella con desprecio.—Sueño con la justicia, y la justicia debe hacerse, debo hacerla yo misma. ¿Para qué he de fiar mi justa venganza á la Sala de Alcaldes y á la Inquisición? ¿Necesito acaso de ellos? ¿Por ventura no estoy yo aquí?

Al decir esto, el vivo rayo de sus ojos indicaba una contumacia y una virilidad (permítase la palabra) que me infundían miedo. Aquella mujer no necesitaba de nadie para realizar sus ideas.

—Veo—le dije, que usted será capaz de suplir con su acerada voluntad á nuestra débil é impotente justicia. Á tanto vilipendio han llegado el siglo y los tiempos, que una mujer sola, sin más auxilio que su corazón de fuego y su iniciativa poderosa, podrá dar satisfacción á la moral pública y á la patria ultrajada. ¡Admirable espectáculo! ¡Cuán grande es la mujer, cuando quiere serlo! ¡Qué heroismo! ¡Qué lección á los vanos y corrompidos hombres, señora!... Dios infunde á una mujer esta energía potente; Dios envía un destello de su justicia sobre el sér más débil y más bello de la creación, para que la gran idea no se extinga en el mundo. Yace la autoridad hecha pedazos en el fango de las lógias y en las alfombras de los palacios. Dios da á una mujer el encargo de recogerla, y la gran fuerza vuelve á brillar como un acero terrible sobre la cabeza de los pueblos, atontados y embrutecidos por el democratismo y la revolución...

Genara, profundamente abstraida, no contestó nada á mis ditirambos.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Pero yo—continué con el mismo calor,—yo, en cierto modo representante de esa justicia oficial que tan mal cumple sus deberes, estoy interesado en que recobre su esplendor; he adquirido cierto compromiso en este asunto, y por tanto me atrevo á reclamar el delincuente.

—¿Para prenderle mañana y soltarle pasado mañana?—dijo con el mayor desdén.

—No, yo juro á usted por Dios que nos oye, que Salvador no quedará esta vez sin castigo... Pues no faltaba más... Respondo de ello...

—Es usted como todos—me dijo gravemente.—Pero este asunto me causa tanto terror, que no puedo empeñarme en llevar adelante mi primer pensamiento. Es una locura, un extravío... Mi corazón irritado y furioso me ha impulsado hacia un fin terrible; pero en mi alma hay también destellos de luz religiosa; tiemblo, retrocedo y me digo: "Genara, ¿qué vas á hacer?...„ Mientras buscaba á mi insultador y asesino de mi esposo, no me causaba espanto el considerar la merecida expiación de sus culpas; pero ahora que lo tengo, ahora que lo veo en mi poder, casi puedo decir dentro de una jaula, siento frío en el corazón. "¿Qué voy á hacer?„ me pregunto. Si fuera hombre, la cuestión estaba resuelta. Si mi esposo estuviera aquí, también. Pero me encuentro sola. ¿Qué puede hacer una mujer? Antes me condenaré á los tormentos del despecho toda mi vida, que comprar con oro una mano extraña. Si tan horrible idea cupo un día en mi cerebro, hoy la rechaza mi corazón... Le tengo en mi poder y vacilo... Cuando le perseguía, todas las ferocidades del castigo, hasta el asesinato, me parecían naturales... Mi mano le coge al fin, y todo es congoja é indecisión... Ahora me acuerdo—añadió sonriendo,—de un caso ocurrido el otro día y que no por trivial, deja de ser muy apropiado á lo que ahora nos ocupa. Dispénseme usted lo frívolo del cuento y oígalo. Durante muchas noches me mortificaba en mi cuarto un miserable ratoncillo, quitándome el sueño y adjudicándose multitud de objetos de mi propiedad. Cuanto ideamos Paquita y yo para apoderarnos del vándalo fué inútil. Yo me desesperaba, y desvelada por las travesuras ruidosas de nuestro intruso, tramaba mil proyectos de exterminio contra él. Estrujarle, aplastarle, quemarle vivo, ahogarle, todo me parecía poco. Oyendo el rumor de sus dientes y sus menudos pasos, mi corazón se abrasaba (no se ría usted) en furores de venganza. Ningún placer había comparable al placer de verle en la boca de un gato ó en las tenazas de la cocinera, ó en las manos de un pilluelo de las calles... Por último, le cogí en la ratonera que usted nos dió. Cuando le ví preso y en capilla, toda aquella tempestad de crueldades

(c) 2008 Ministerio de Cultura

que rugian en mi corazón, desaparecieron como por encanto: aparté la vista con horror y repugnancia, y entregando la ratonera á Paquita, le dije: "mátale donde yo no le vea ni le sienta„... ¿Querrá usted creer que me puse nerviosa... que casi estuve á punto de llorar... que fuí corriendo de mi cuarto, porque desde él se sentían los chillidos lastimeros del pobre animal?

—¡Corazón generoso en voluntad firme!—exclamé.—Bien, señora mía; entrégueme usted esa ratonera donde acaba de caer el vándalo. Yo juro...

—Usted jurará todo lo que quiera; ¿pero de qué valen todas sus buenas intenciones contra la flojedad del Gobierno? Le prenderán hoy, y mañana...

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Hay una gran irritación contra él; y no es fácil que se le suelte. Vea usted cómo la señora Fermina Monsalud cayó en poder de la Inquisición hace años, y aún se pudre en un calabozo, á pesar de las esfuerzos que hacen los masones para salvarla.

—La prisión y el tormento que han dado á esa buena mujer es una iniquidad que me horroriza.

—¡También usted se interesa por ella!

—Por la justicia. Toda infamia me irrita, y jamás perdonaré á mi esposo y á mi abuelo la crueldad con que han tratado á esa pobre señora inocente. ¿Es ella responsable de los crímenes de su hijo?

—Hasta cierto punto...

—Hasta ningún punto—dijo bruscamente y con enojo.—¡Cuántas veces he reñido con Carlos, echándole en cara su conducta en este particular! ¿No es inícuo, no es contrario á todas las leyes divinas y humanas atormentar á una infeliz mujer, para qué?... para que declare que es cómplice de los crímenes de su hijo. Si no lo es, ¿cómo lo ha de declarar?

Advertí en el semblante de Genara una emoción muy visible, fenómeno raro en ella. Era la primera vez que aparecía conmovida durante nuestro largo coloquio de aquella noche.

—Veo que el odio de que hablaba usted hace poco—le dije,—tiene también sus suavidades.

—Sobre mi odio está mi justicia—repuso.—Y qué, ¿puede negarse que esta iniquidad de mi familia atraerá sobre nosotros la cólera de Dios? Yo preveo desgracias, yo preveo desastres en mi casa. ¡Ay! ¿por qué no somos felices? En este matrimonio, en esta joven familia llena de tristezas, hay una cosa negra que todo lo envuelve.

Quedóse meditabunda. Contemplándola y tratando de penetrar en los antros de su alma, yo decía entre dientes:

—¿Qué misterios hay en tí, mujer? ¿Qué tienes detrás del cielo de esos ojos?

Luego hablé en voz alta, diciéndole:

—Verdaderamente es una crueldad inutil atormentar á esa desgraciada. Se conoce que Salvador bebe los vientos por librarla de los señores inquisidores. Ya vió usted aquella insolente hoja...

—Debió usted hacer algo en pró de la infeliz—dijo en tono de viva reconvención.—¡Qué ocasión tiene usted para hacer una obra de caridad y contentarme al mismo tiempo!

Dijo esto, y se levantó con la súbita agitación de una persona impaciente.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¿Qué más deseo yo sino agradar á usted?

—Dirá usted que es capricho, pero mi conciencia me repite que es ley.

—Y lo será.

—Usted tiene buenos sentimientos.

—Sin duda.

—Pues haga usted lo que piden la justicia y la piedad: empéñese usted con Lozano para que mande poner en libertad á la martir Fermina Monsalud.

Yo me quedé perplejo. La animación de Genara, su encendido color y el rayo de sus ojos indicaban sensibilidad muy viva. El cambio repentino de aquella alma que había pasado de la más fría impasibilidad inquisitorial á un arranque de piedad tan ardiente, me confundía.

—Es difícil que Lozano de Torres consienta...

—Pues me quedo con mi prisionero—exclamó, con un destello de ira.

—Yo haré de él lo que me convenga.

Alcé los hombros, y sin decir nada, acerqué las palmas de mis manos á la lumbre.

—Me guardo mi prisionero; me guardo mi víctima; me guardo mi reo. Yo le pondré en capilla cuando me convenga.

—Bueno—dije sencillamente.—En ese caso no hay nada que añadir. Lo más que puedo hacer es hablar á Lozano de Torres.

—Y hacerle ver la injusticia y atrocidad que están cometiendo—añadió suavizándose.—¡Ay, Pipaón; desde hace tiempo deseaba yo que alguien de esta casa se interesase por esa pobre mujer! No me atrevía á decirlo por no enfadar á mi abuelo; pero créalo usted, ¡me causaba tanta pena!... Tenía vergüenza de manifestarlo; ¡parece mentira que cause bochorno la piedad!... Se me figura además que esta horrible injusticia ha de traer grandes calamidades á mi familia; pienso mucho en esto, estoy viendo venir el castigo de Dios.

—Nada, nada, señora, por mí no quedará.

—Pero qué locuras digo—añadió, tranquilizándose.—¡He dicho que guardaba á mi prisionero! ¿Para qué le quiero yo?... No, la obra de caridad que solicito nada tiene que ver con ese hombre. El perdón de la madre inocente hará resaltar más la justicia si se castiga al hijo malvado.

—Usted ha dicho que se reservaba para sí el prisionero.

—Una tontería, Pipaón. ¿Quiere usted saber ahora mismo dónde está Salvador? En la calle del Divino Pastor, núm. 4, junto á Monteleón.

—Gracias, gracias.

—Justicia, pido justicia; y pues usted se presta á hacerla en mi nom-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

bre, ponga usted en libertad á Fermina Monsalud; líbreme usted de ese remordimiento que sufro yo por crueldades ajenas; aparte usted de mi familia y de mí esa sangre que está cayendo gota á gota sobre nosotros, y lo agradeceré con toda mi alma.

—Lo intentaré, señora, pero estoy confuso. Los extraños sentimientos de usted no se explican facilmente. De pronto una furia inquisitorial contra el hijo... de pronto una sensibilidad plañidera en favor de la madre. ¿Qué es esto?

—¿Acaso lo sé yo? Amigo D. Juan, la holgazanería del corazón trae estos extremados apasionamientos.

—¡La holgazanería del corazón!

—La falta de afecciones tranquilas. Mi soledad, el alejamiento de mi marido, el no ser ni madre, ni hermana de nadie, traen un estado en que el corazón ocioso trabaja buscando afectos. Es como un desheredado que ha de ganarse la vida. Trabaja, discurre ó coge lo que encuentra.

—Me alegraré de que el Sr. D. Carlos vuelva pronto. Entre tanto, señora, abogaré por la mamá: y en cuanto al hijo...

—No le nombre usted más—repuso, volviendo el rostro con repugnancia.—Lo que resta por hacer no me corresponde á mí. Cójale usted, enciérrele, mátele, descuartícele enhorabuena. No me verá usted conmovida ni alarmada, con tal que el castigo se haga lejos de mí.

—Le cogeré, le encerraré, le mataré, le descuartizaré.

—Le entrego á usted la ratonera—dijo riendo,—y aparto la cara y me tapo los oídos. Mi rencor acaba donde empieza el verdugo.

—Muy bien; en el otro asuntillo yo hablaré mañana mismo al ministro.

—No diga usted que es cosa mía. Si Carlos lo supiera...

—No, lo haré por mi cuenta. Dudo mucho que consiga nada...

—Insista usted. Ponga usted ese favor por condición ineludible para la entrega del conspirador más atrevido de estos tiempos.

—No es mala idea. ¿Y no se nos escapará de aquí á mañana?

—¿Cree usted que he gastado en balde mi dinero y mi tiempo? –dijo en tono de seguridad.—Esté usted tranquilo.

—Pues no hay más que hablar.

—Nada más.

—Y nos despedimos para retirarnos.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

X

El día siguiente, cuando me disponía á salir, entró un amigo, y me dijo que corría por Madrid la noticia de que dejaba el Ministerio de Gracia y Justicia el Sr. Lozano de Torres. Esto varió de improviso el curso de mis ideas, obligándome á apresurar mi visita al mencionado señor, y quitándome al mismo tiempo las pocas esperanzas que tenía de conseguir de él lo que á solicitar iba, por ser muy difícil tocar la fibra de la piedad en un ministro sentenciado. Pero no había dado veinte pasos por la calle Ancha, cuando otro amigo, oficial en el Ministerio de Gracia y Justicia, me detuvo, diciéndome:

—En la casa se asegura que sucederá á D. Juan Estéban el señor marqués de M***.

Nuevas confusiones en mi cabeza. Poco después estaba en el despacho de su excelencia. Cuando yo entraba entró también el Sr. D. Ignacio Martinez Villela, circunstancia que no carecía de significación para mí. El Sr. Lozano estaba meditabundo y como acongojado, sin duda porque veía encima el palo con que la Majestad de Fernando iba á recompensar un amor desmedido. Á nuestras preguntas, no obstante, contestó que nada sabía de destitución, y que el Rey se había mostrado la noche anterior más cariñoso que nunca, lo cual, en puridad, no quería decir nada. Pero lo que más me sorprendió desde el principio de mi visita, causándome mucho gusto, fué que el ministro recibió á Villela con extraordinarias muestras de aprecio.

—Ya le he dicho á usted—manifestó éste,—que há tiempo que el

(c) 2008 Ministerio de Cultura

marqués le mina á usted el terreno. Usted no quiere hacer caso de mí; usted no quiere seguir mis consejos...

El Zorro no contestó nada, y seguía muy taciturno.

—Ya nos cayó que hacer—dijo jovialmente Villela, sacando su caja de tabaco,—porque el Sr. D. Buenaventura va á entregarse á la persecución de masones con un celo lamentable, y ahora... ya se sabe... vamos á ser masones y jacobinos todos los que no pensamos como él. Seré masón yo, será masón usted...

—¡Yo!...—dijo el ministro.

—Sí, ahora, amigo mío, todo aquel que no tenga la suerte de agradar al señor marqués... ya se sabe.

—Pues que no me busque el señor marqués—exclamó Lozano, súbitamente arrebatado de ira,—porque me encontrará.

Villela rompió á reir. Su doble barba temblaba al compás de la risa.

—Pero hombre, si se lo estoy diciendo á usted...—gruñó D. Ignacio,—y usted no quiere creerme; y usted cada vez más condescendiente con el señor marqués; y usted erre que erre, creyendo que el señor marqués es el brazo derecho de la Nación. Hace tiempo que en esta casa somos tratados como perros todos los que no tenemos esa acendrada admiración y culto por el ínclito marqués de M***.

—¿Como perros?

—Ó como masones. Hace tiempo que aquí le niegan á uno hasta los favores más insignificantes, si no obtienen la venia del Sr. D. Buenaventura, de esa lumbrera, sin cuyos resplandores parece que los de esta casa no se ven la punta de la nariz...

—¿Pues qué, ¿no he accedido á todas las peticiones de usted?—dijo el ministro con pena.

—Á ninguna, Sr. D. Juan Estéban. En cambio el señor marqués, á quien se indica para sucesor de usted, y que tanto trabaja para conseguirlo, no ha tenido más que boquear para ver realizados toda suerte de antojillos. Ya se cobrará los favores que ha recibido: descuide usted. Ahora, es corriente, todos somos masones. Preparémonos, Sr. D. Juan Estéban, á que caiga sobre usted y sobre mí la familiaridad del familiar.

—¿Qué dice usted á esto, Pipaón?—me preguntó el ministro.

—Sólo sé que en Madrid no se habla de otra cosa que de la entrada del Sr. D. Buenaventura en este Ministerio—dije con gran aplomo.

—No se habla de otra cosa... repitió Lozano, sin poder disimular que tenía traspasado el corazón.

—Y un amigo mío que ahora venía de Palacio me lo dijo también—

(c) 2008 Ministerio de Cultura

añadí.—Si aquí no hay nada seguro... ¿De qué sirven una lealtad acrisolada, una disposición extraordinaria y una experiencia no común?... Pero consuélese usted, Sr. Lozano de Torres, con saber que quedarán en el país excelentes recuerdos de la paternal administración de usted...

—¿Sí, eh?

—Es evidente. El hombre honrado, el hombre inteligente, el hombre que cumple con su deber, tiene por premio la admiración y el respeto de los pueblos, ¿qué más quiere?... Goza usted de fama además de hombre benigno, y que aborrece las crueldades...

—Lo que es eso...

—Hasta cierto punto—dijo Villela sonriendo.

—Hasta donde se ha podido—dije yo.—El Sr. Lozano no abandonará esta casa, sin dar la última prueba de su caritativo corazón y sentimientos cristiano. Sí, ¿por qué no he de decirlo de una vez? Hoy vengo aquí con una pretensión de generosidad que proporcionará á usted, amigo mío, ocasión de mostrar la bondad de su alma.

—Para pedirme una obra de caridad no se necesita tanto aparato—dijo el ministro.—Si no es más que eso...

—Vengo á solicitar, en nombre y á petición de varios paisanos míos, que la Inquisición de Logroño ponga en libertad á Fermina Monsalud, inícuamente atormentada.

Lozano de Torres frunció el ceño.

—Aquí te quiero ver—dijo Villela, echando hacia atrás el inmenso cuerpo, y riendo como un ídolo asiático.—Si esa es la petición que yo hice el otro día... pero no, no agrada al Sr. D. Buenaventura... ¡Pues no faltaba más, sino que se fuera á poner en libertad á una mujer inocente!... Duro en ella, señor ministro! La religión y el Estado exigen que esa martir perezca.

Sus risas atronaban la sala.

—Aquí hay una madre presa y un hijo que conspira—dijo el ministro.

—Eso es—gruñó Villela.—¿No se puede coger al hijo?... pues descoyuntar á la madre. ¿Hay nada más lógico?

—Es una iniquidad—dijo Lozano con movimiento repentino.—Esa pobre señora debe ser puesta en libertad.

Alargó la mano para tomar pluma y papel.

—Tate, tate—exclamó con toda la fuerza de su mordaz ironía el Elefante. ¿Qué va usted á hacer? Cuidadito, se enojará D. Buenaventura...

—Es una obra de caridad.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Masónico, eso es masónico puro—gritó Villela, dejándose caer en el sillón.

—Mandaremos al Consejo Supremo que disponga inmediatamente la libertad de esa mujer—dijo Lozano escribiendo.

—Hombre de Dios—manifestó el Consejero variando al fin de tono y hablando seriamente,—¿no solicité lo mismo hace tres días? Ha necesitado usted que otro lo recomendara para hacerlo...

—Mis paisanos...—indiqué yo.

—Sr. Pipaón—dijo Villela, volviendo á las burlas.—Usted es masón.

—¿Por qué?

—Porque ha pedido que se pusiera en libertad á una víctima de la Santa... y también yo soy masón, porque lo pedí antes, y también es masón el Sr. Lozano, porque lo concede. Preparémonos á que los espías del marqués se metan en nuestras casas.

Lozano escribía.

—¿Usted manda á la Suprema que dé las órdenes?—preguntó el Consejero mirando por encima del hombro de Lozano lo que éste escribía.

—¡Á raja tabla! — respondió Torres echando una rúbrica que parecía una puñalada.

Estaba furioso. Parecía un gatillo contrariado, y cuando tiró de la campanilla para llamar á un oficial, sus ojuelos azules despedían un fulgor vengativo.

—Ya está hecho—dijo con placer de quien ve el éxito de su primer rasguño.

—Ha hecho usted una obra admirable—afirmó Villela alargando sus brazos hacia el ministro;—permítame usted que le abrace. Y ahora me toca á mí. Tenemos que hablar mucho. Si Pipaón tuviera la bondad de dejarnos solos...

—Precisamente tengo que hacer...

Dí las gracias á Lozano, que me reiteró verbalmente su estimación. Villela me dijo al despedirme:

—El ministro y yo vamos á hablar de masonería. Si ve usted á D. Buenaventura, denúnciele esta logia.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Pues hablemos de masonería—repitió Lozano sentándose junto á la corpulenta humanidad de su amigo.—Pipaón, adios.

Yo estaba tan sorprendido como satisfecho. Presentábanse aquel día las cosas á pedir de boca, pues después de conseguir del ministro amenazado lo que poco antes me parecía imposible ó al menos dificilísimo, me quedaba ancho y expedito el camino para congraciarme con el ministro sucesor, proporcionándole uno de los más vivos goces que pudiera anhelar. La Providencia, que jamás me abandonó, disponía en aquella ocasión que quedase bien con todos, bien con Lozano de Torres, y mejor aún con el marqués, principal imán de mis complacencias á la sazón, porque los servicios que yo le prestara habían de influir mucho en la provisión de la primer vacante en el Consejo.

Recibióme D. Buenaventura muy gozoso, aunque con modestas razones aseguró no tener noticia de su proximidad al sillón de Gracia y Justicia. Cuando le comuniqué las verídicas noticias que llevaba, púsose muy alegre y al punto se vistió para ir en busca del Gobernador de la Sala de Alcaldes y el señor Alguacil Mayor de la Inquisición de Corte. El Estado y la Iglesia estaban de enhorabuena. Tomáronse desde por la mañana con el mayor sigilo todas las precauciones imaginables, porque el Sr. D. Buenaventura era uno de los esbirros más celosos y más diligentes que por entonces tenía el absolutismo. Para que se vea qué vehemencia acostumbraba poner aquel piadoso varón en sus gestiones inquisitoriales, dejaré hablar por un momento á un célebre cronista de aquellos tiempos (*).

"El marqués de M***, familiar del Santo Oficio, hombre fanático por "la Inquisición, y oficioso por ella con delirio, había por sí y ante sí "organizado una tropa de espías, que él pagaba á sus propias expensas "y en la que figuraba con distinción un antiguo oficial suizo, que cono- "ciendo el flaco de este corifeo, lo embaucaba y hacía creer mil maravi- "llas. Nadie osó ofrecer al Rey mi nueva captura con la decisión que "este digno caballero.„

D. Buenaventura, aunque marqués, vivía en una casa de huéspedes de la calle de la Abada. Era amigo de la casa y obsequiador de las tres hermosas niñas de la patrona un tal Nuñez, compinche de los conspiradores, el cual se había dado muy buenas trazas para espiar á los espías del marqués y al marqués mismo de un modo tan seguro como ingenioso. Y fué que las niñas habían practicado un agujero en el tabique de la

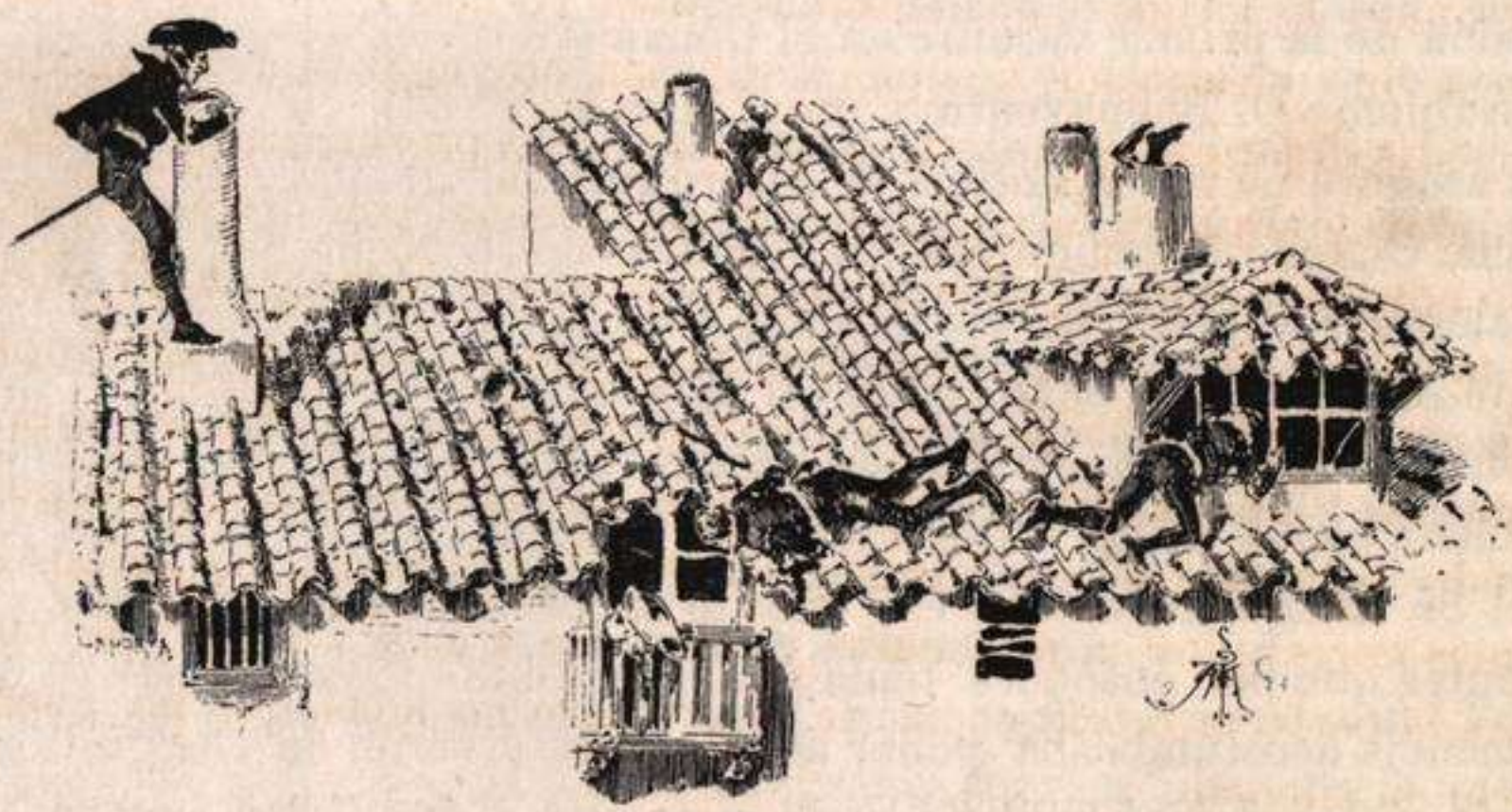
(*) Van-Halen. *Memorias.*

(c) 2008 Ministerio de Cultura

estancia del familiar, el cual huequecillo, cubierto con un mapa, les permitía oir desde la pieza inmediata cuanto en aquella se decía. Desde que iba el suizo á dar parte de sus pesquisas ó á recibir órdenes de D. Buenaventura, ya estaban las niñas con el oido pegado á la pared, y junto á ellas el travieso Nuñez. Véase por esto si daría resultados la policía del marqués.

Cuando todo quedó concertado, después de mis revelaciones para dar el golpe seguro contra el astuto agitador, aquella misma noche, mi ilustre amigo y protector me dijo:

—Querido Pipaón, no puedes figurarte cuánto hemos penado el señor



Alguacil Mayor y yo, noches pasadas. Recorrimos toda una manzana de casas, saltando de tejado en tejado, más parecidos ambos á gatos que á grandes de España. El señor duque se destrozó una pierna contra la reja de una bohardilla, y yo resbalé por las tejas... ¡ay! poco me faltó para rodar hasta el alero y caer á la calle... Y por fin de fiesta, no cogimos nada... por todas partes gente honrada y piadosa. Madrid, y sobre todo los pisos altos, desvanes, sotabancos y chiribitiles, están atestados de modelos de virtud... Los espías que pago son perros jóvenes que apenas tienen olfato... se equivocan siempre. Denuncian un conspirador hereje en tal ó cual bohardilla, vamos allá y resulta un ex-abate hambriento que compone villancicos y romances para los ciegos... Nos hablan de una logia, corremos á ella, y después de rompernos las piernas contra las chimeneas, hallamos un altar donde se adora entre flores y velas á la Santísima Vírgen... Ó los espías no sirven para el oficio ó la sociedad toda es una mentira y pura hipocresía y enredo... En fin, si es

(c) 2008 Ministerio de Cultura

verdad lo que me has dicho, esta noche haremos algo de provecho, mayormente si Su Majestad se digna nombrarme ministro. Como supongo que estás impaciente por saber el resultado del golpe, en cuanto todo esté hecho, te mandaré un recado con Perico.

Yo dejé á D. Buenaventura entregado á sus dulces proyectos, y después de despachar varios asuntos, me retiré ya de noche á mi casa, donde encontré á D. Antonio Ugarte, que pocos días antes había llegado de Andalucía y me estaba esperando para hablar conmigo, según dijo, de un negocio interesante.

Desde que le ví, dióme un vuelco el corazón, anunciándome con su ignoto lenguaje que algo grave iba á decirme y á tratar conmigo aquel personaje. Era Ugarte el hombre á quien yo más respetaba en aquella época. Su suprema inteligencia y tino me subyugaban de tal modo, que no podía dejar de obedecerle ciegamente. Sus presunciones, sus barruntos, eran leyes para mí; y á pesar de mi amistad con diversas personas, sólo aquella influía de un modo poderoso en mis ideas y en mi conducta. Al mismo tiempo él me tenía por auxiliar tan poderoso de sus planes, que me podía llamar su brazo derecho. Ugarte no podía ir á mi casa para una tontería. Advertí que traía un paquete bajo la capa; algo estupendo iba á salir de sus sibilíticos labios. El coloquio que ambos sostuvimos encerrados en mi cuarto y sentados frente á frente es tan útil para la perfecta inteligencia de estas *Memorias* mías, que no puedo pasarlo en silencio.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XI

PIPAÓN—me dijo con el tono reprensivo que empleaba siempre para echarme en cara mi conducta, cuando ésta no le convenía,—de algún tiempo á esta parte estás haciendo tantas y tan grandes tonterías, que apenas te conozco. No sólo te haces daño á tí mismo, sino que me lo haces á mí.

—Ya me dijo usted, Sr. D. Antonio—le respondí con humildad,—que encontraba censurable mi empeño en ser consejero; pero también he dicho á usted que no es por el huevo sino por el fuero; que es para mí un caso de honra, de dignidad.

—Nada de eso hace al caso. Importa poco que lo pretendas por esta ó la otra razón; lo que encuentro perjudicial y aun soberanamente necio es que lo solicites, cualquiera que sea el motivo. Llevas trazas de no conseguirlo nunca, y aun de perder lo que has adelantado en tu carrera.

Como no podía penetrar el sentido de aquellas razones, esperé sin decir nada á que el gran Antonio I me las explicara.

—Mi situación en la Corte no es hoy lo que hace un par de años—dijo muy peocupado,—ni la tuya tampoco.

—Desde la compra de los malhadados barcos rusos—respondí,—nos hemos averiado un tanto, y navegamos mal. Demos gracias á Dios por no habernos estrellado ya.

—¡La compra de los barcos rusos!—exclamó, fija la vista en el suelo y moviendo la cabeza.—Ahí tienes un servicio eminente prestado á nuestro país, y sin embargo, nadie nos lo ha agradecidc.

Hice un esfuerzo supremo para no reirme.

—Verdaderamente—añadió D. Antonio,—los barcos no valían ni para leña. Hablando aquí en confianza, amigo Pipaón, yo no creí que

(c) 2008 Ministerio de Cultura

fueran tan malos. El Sr. Bailío me aseguró que podían hacer un viaje.

—No creo que sea posible hacer negocio peor, Sr. D. Antonio; dígolo con referencia al país. Si las quinientas mil libras que nos dieron los ingleses para indemnizar á los perjudicados por la abolición de la trata, se hubieran repartido equitativamente entre los españoles pobres...

—No te hagas eco tú también de vulgaridades que se hablan á propósito de los cinco navíos y la fragata que compramos al Emperador de Rusia—dijo con cierto enfado. Si ha resultado que esos buques están podridos, la culpa no es mía. ¿Entiendo yo de barcos? Además aquí no quieren sino gangas. ¿Pues qué, con quinientas mil libras, ó sean cincuenta millones de reales, se podían comprar seis buques acabados de salir del astillero?

—Sr. D. Antonio, si el gran Alejandro sigue con tan buen ojo para los negocios, pronto no cabrá el dinero en todas las Rusias de Europa y de Asia.

—¿Y á mí qué me cuentas?—dijo amostazándose más.—El tratado secreto que se celebró para comprarlos, firmélo yo como *secretario íntimo*; pero fué el Rey quien lo hizo. Era tal su impaciencia por cerrar el trato de una vez, que estaba el hombre desasosegado y fuera de sí. Yo quise ir con tiento, yo quise establecer alguna garantía; pero amigo Pipaón, si vieras cómo estaba, cómo se puso ese hombre... Parecía sediento, ávido; parecíale que si no se compraban pronto los barcos, se iban á convertir en humo las quinientas mil libras de los ingleses. ¿Qué dices á esto?

--Parece mentira que tal haga y de tal modo se apure un hombre que tiene á su disposición más de cien millones del Tesoro público y otras gangas...

—Si es un saco roto. ¡Y el vulgo necio cree que de la compra de los cachuchos podridos me he aprovechado yo!...--dijo Ugarte con cierta expresión que indicaba como lástima de sí mismo,—¡yo, Pipaón!... No me ha tocado sino una miseria, un bocado, indigno de mí y de los muchos afanes que pasé. Pero querido, los revolucionarios se valen de todos los medios... Ni los barcos son tan malos como dicen, ni es absolutamente imposible que se den á la vela.

—Los marinos han dicho que no se embarcan en ellos.

—¡Los marinos! ¿Ignoras que todos están vendidos á la masonería?... Pero es preciso desplegar gran energía contra esa gente; sino... Al capitán de navío D. Roque Gruzeta se le ha puesto preso por haber dado un informe desfavorable á los cinco buques.

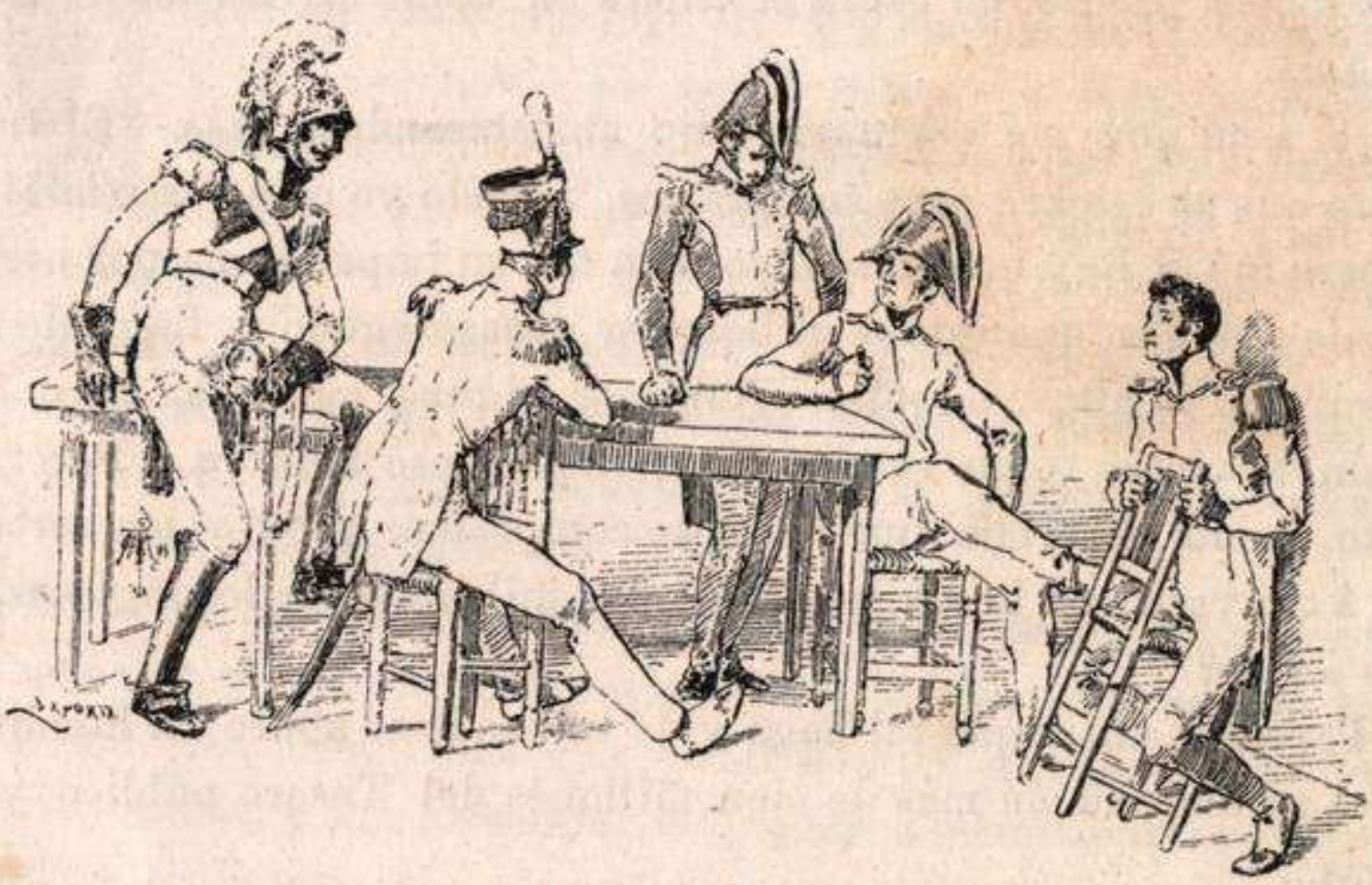
(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Es que no quieren embarcarse, Sr. D. Antonio; es que nadie quiere ir á América.

—Exactamente; ese es el mal primero y más grave, y ayer se lo he dicho claramente á Su Majestad. Ni militares ni marinos quieren correr los riesgos de una navegación larga, ni exponerse á las epidemias de América, ni menos entrar en campaña con los insurrectos en un país tan vasto como aquel. Los que vuelven, escuálidos y moribundos, quitan á los expedicionarios las pocas ganas que tienen de embarcarse. Con esta cobardía general, toda guerra ultramarina es imposible, y las Américas se perderán, amigo Pipaón.

—Claro es que se pierden. Si este último esfuerzo no da algún resultado...

—¿Qué esfuerzo, ni qué niño muerto? ¿Pero tú crees que las tropas



del ejército expedicionario que yo dispuse llegarán á embarcarse? ¡Necedad! Fuí á Cádiz hace poco y pude ver por mí mismo cómo está aquella gente. Hay que oirles, amigo. Con decirte que no hay un solo oficial que no esté afiliado en alguna sociedad secreta, está dicho todo; hablan con el mayor desparpajo del mundo de ideas liberales, de constituciones, de democracia, de soberanía nacional y aún de república. En los círculos de oficiales y en los cuerpos de guardia no se oye otra cosa que versitos, pullas y chascarrillos contra el absolutismo, contra el Rey absoluto y contra todas las personas que le rodean. Hay allí una atmósfera que marea; al llegar á la Isla se respira revolución, como al acercarse á un incendio se respira humo.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—No estaba yo muy seguro de las aficiones absolutistas de los oficiales del ejército, especialmente de los pertenecientes á cuerpos facultativos—dije participando de las inquietudes de D. Antonio,—pero no creí que las sociedades secretas estuvieran tan extendidas.

D. Antonio dió una especie de silbido, que indicaba la plenitud de su creencia en punto á la enorme extensión de las sociedades secretas.

—Estás en Babia, Pipaón—me dijo sonriendo.—Las sociedades secretas, llámalas masonería, clubs, orientes, ó como quieras, ofrecen hoy una ramificación inmensa y completa dentro de la sociedad. En ellas está comprometida toda clase de gente. ¿Crees que sólo los perdidos son masones? ¡Error, amigo mío, vulgaridad supina! Altos personajes...

—Eso lo sé también. Podría citar aquí media docena...

—¡Media docena! Yo te citaré centenares. De algunos no tengo seguridad completa; pero de muchos no puedo dudarlo, porque tengo datos irrecusables. ¡Y qué hombres, y qué nombres! Precisamente los que mejor suenan en los oidos del absolutismo son los que más se pronuncian hoy en las logias. Ministros, tenientes generales y algún capitán general, vicealmirantes, infinidad de brigadieres, consejeros de Estado, alcaldes de Casa y Corte, familiares de la Inquisición, hasta inquisidores, hasta canónigos, hasta frailes hay en la masonería. No me asombraré de ver en ella á un señor obispo el mejor día... Por de contado, el núcleo, la base, el amasijo fundamental de este gran pastel que se está cociendo y que pronto fermentará, si Dios no lo remedia, lo forman los oficiales de todos los cuerpos que guarnecen la Corte y las principales ciudades y plazas del Reino.

—Vamos, es para volverse loco.

—No; hay que tomarlo con calma, con mucha calma y sangre fría—repuso D. Antonio mostrando gran dósis de ellas en su voz y semblante.

—Pero entonces, ¿qué va á pasar aquí?

—Qué sé yo... allá veremos—dijo alzando los hombros;—pero cualesquiera que sean los acontecimientos que han de venir, Pipaón, es preciso estar preparado para ellos.

—¿Y cómo?

—Todo será según y como venga lo que ha de venir—dijo con aplomo.—Ninguna cosa, ni áun la revolución, es mala de por sí. Todo depende del procedimiento, de la conducta.

—Si mal no recuerdo, Sr. D. Antonio, he oido decir que frente á las sociedades masónicas se ha formado también una especie de masonería

(c) 2008 Ministerio de Cultura

absolutista que se llama *La Contramina*, y cuyo objeto es atajar la revolución, ó ahogarla antes de nacer.

—Ríete de contraminas—repuso.—Conozco á los principales individuos de ella, y con decirte que esa anti-conjuración la ideó el marqués de M*** está dicho todo. Nada, nada, Pipaón, es preciso huir siempre de los necios y no hacer nada común con ellos. Todo lo que hoy intenta el Gobierno contra las sociedades secretas; su tardía diligencia contra ellas es pura necedad. No se lucha contra todas ó casi todas las capacidades del Reino, en milicia, en dinero, en talento.

—¿Esas tenemos?—exclamé asombrado al ver cómo iba creciendo el fantasma masónico que Ugarte ponía ante mis ojos.

—Esas tenemos, sí; y todo lo contrario es necedad y ridiculez. Por ejemplo: tú, poniéndote al servicio de Lozano de Torres, y haciéndote lugarteniente del marqués de M***, llevando mensajes al primero y ayudando al segundo en sus espionajes grotescos por tejados gatunos y casas de huéspedes, eres tan soberanamente necio, que al saberlo me he visto en la precisión de venir á atajarte, á salvarte, á salvar tu porvenir y tu carrera, comprometidos con la amistad de esos hombres.

Sin acertar á decir nada, miré á D. Antonio lleno de asombro. El punto grave de nuestra conferencia había llegado.

—¿Piensas tú que vas á sacar algún provecho de tu servilismo? ¿Piensas atrapar de ese modo la plaza de consejero?—prosiguió.—¡Cuán equivocado estás! Lozano y el marqués de M***, á pesar de todos sus humos, y aunque el uno suceda al otro en el Ministerio, son hoy dos fantasmas de la Corte. Su valimiento es pura farsa y engaño. Agárrate á sus faldones y te hundirás con ellos.

—Verdaderamente, Sr. D. Antonio—dije,—después que he dejado de frecuentar la cámara de Su Majestad, vivo á oscuras de todo.

—Se conoce. Estás con una venda en los ojos; marchas á tientas y te estrellarás sin remedio. Yo también estoy apartado de Palacio; ignoro lo que allí pasa; he perdido relaciones muy útiles allí; y ando como tú, algo desorientado; pero hace tiempo que empiezo á ver claro, y de resultas de mis recientes observaciones, he sacado en limpio que es un suicidio tratar de oponerse al creciente poder de las sociedades secretas.

Abrí los ojos con espanto.

—Durante algún tiempo—continuó D. Antonio,—me he dedicado á observar esta sociedad, como observa el médico á su enfermo: le he tomado el pulso y le he mirado la lengua, Pipaón; me he fijado escrupu-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

losamente en todos los síntomas, y he comprendido que el enfermo va á dar un estallido.

—¡Un estallido!... ¡una revolución!...

—Pues qué, ¿lo dudas tú?... Por mi parte no moveré la mano para impulsarla, ni tampoco para contenerla—dijo mirando al techo.—Soy agente de negocios: yo no soy hombre político. Si los grandes errores cometidos traen una conmoción popular, casi, casi... les está bien merecido. Lo que ahora me preocupa es que cuando esa revolución venga (y ten por seguro que vendrá), no me incluya á mí entre los absolutistas rabiosos... ¡Pues no faltaba más! Yo no soy amigo del despotismo puro; yo he aconsejado la templanza.

—Y yo también.

—Mi plan—continuó,—es el que debe servir de norma á todo español honrado: ni impulsar ni perseguir la revolución. ¿Que viene? pues muy señora mía. ¿Que no viene? Pues lo mismo que antes. Yo no daré un céntimo para sediciones militares; pero tampoco reñiré ni me enemistaré con la flor y nata del Reino en talentos, armas y riquezas... porque te lo repito, Pipaón, lo más granado está hoy en las sociedades secretas.

—Vamos, que á usted, Sr. D. Antonio, se le están pasando las ganas de hacer una visita á las logias y codearse con lo más granado.

—No; en eso te equivocas. Jamás iré á las logias. Yo soy agente de negocios; yo no soy hombre político... Pero debo ser franco contigo. Si personalmente no quiero ir, no me disgustaría tener algún contacto con esa gente.

Yo empezaba á comprender.

—Esa idea me parece admirable, Sr. D. Antonio—dije.—Nunca está demás poner una vela al diablo.

Ugarte se sonrió, y luego en tono resuelto continuó de este modo:

—En una palabra, Pipaón, cuando se me ocurre un asunto delicado, una dificultad de esas que requieren tacto, cordura y mucha discreción para ser resueltas, miro á todos lados y no veo más que un hombre, tú.

—Dígamelo usted de una vez, ¿á qué andar con rodeos?

—Pues bien, amigo querido, hazte masón.

—No pude menos de soltar la risa, y D. Antonio me acompañó festivamente en mi desahogo.

—Para tí y para mí, este paso que te aconsejo no puede menos de ser provechoso. Hazte masón, con reservas, se entiende. No creas que en las sociedades secretas es todo misterio, lobreguez, sangre, horror, barbas largas, palabras enigmáticas: nada de eso. Hoy, los masones son la

(c) 2008 Ministerio de Cultura

gente más cortés y más amable del mundo... Vas allá; yo buscaré quien te lleve; procuras hacerte pasar por muy entusiasta. Dí á todo amén, y cuando los otros den un grito á la Constitución, tú das cuatro.

—Entendido.

—Además, no es preciso dejar de ser sincero. Puedes abrazar la nueva idea con entera buena fé, porque esto lleva camino, hijo mío... ¿Lo harás?

—No tengo inconveniente.

—¿Romperás con Lozano de Torres, el marqués de M*** y demás hermanos venerables de la necedad?

—Romperé.

—¿Dejarás el papel de espía y buscador de masones?

—Lo dejaré.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¿Me darás cuenta de todo lo que veas, oigas y entiendas?

—La daré con mucho gusto, Sr. D. Antonio; me ha hecho usted ver nuevos horizontes con unas cuantas palabras. Adelante.

—Adelante. Lo principal es que dejes de mostrar empeño en la persecución y castigo de los muchos reos políticos que andan por ahí. Esta oficiosidad, de que ahora haces alarde, puede serte perjudicial en los momentos presentes, y altamente nociva en los venideros.

—Pues que triunfen y se diviertan los reos políticos.

—Es más, amigo Pipaón. Desde el momento en que vas á ofrecer tu cooperación á los oscuros trabajadores de las logias, tu deber es amparar á los que se vean comprometidos... No te asustes; podría citarte una docena de señorones graves, firmísimas columnas del Estado en el Consejo y en la milicia, los cuales han sido encubridores de la mayor parte de los comprometidos en las conspiraciones de Porlier, Lacy y Torrijos. La historia secreta de estas tentativas es muy curiosa. Los pobrecitos inmolados ofrecieron con su sangre tributo externo al derecho público; pero tras los cadáveres de Lacy y Porlier, amiguito, se han escurrido impunes muchas personas, cuyos nombres han sonado siempre bien en Palacio... ¿Con que entrarás por la nueva vía?

—Entraré. Usted ha venido á dar á mis ideas giro distinto del que llevaban. Vivo algo retraído, y cuando usted está fuera de Madrid, apenas conozco hacia donde va la marejada.

—¡Ah!—exclamó con cierta tristeza—la marejada va hacia adelante... y más que de prisa.

—¡Pues que vaya!—exclamé yo con alguna vehemencia.

—Nos veremos. Nos pondremos de acuerdo—dijo poniendo sobre la mesa el paquete que traía, y que estaba compuesto como de medio centenar de pequeños cuadernos.—Entre tanto, hazme el favor de repartir estos folletos á los amigos. Esto se hace con cautela: un día das uno, otro día das otro... Es preciso que vaya cundiendo.

—Pero ¿qué es esto?

—Un admirable folleto que ha escrito en Londres Flores Estrada. En él se pintan de mano maestra los males de la Nación. Es obra que no tiene desperdicio: lo digo aunque no soy de los mejor tratados.

—Bien; se repartirá poco á poco.

—Todos los días te echas uno en el bolsillo...

—Entendido, entendido...

—Con que adios. Veámonos con frecuencia para que me tengas al tanto de lo que haces y de lo que ves.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Todos los días; adios, mi Sr. D. Antonio—dije estrechando sus nobles manos.

—Pues me voy tranquilo. Ya sé que cuento con un auxiliar poderoso.

—Nosotros, ya se sabe... — afirmé abrazándole — amigos hasta la muerte.

—Gracias, gracias. Adios.

Cuando Ugarte se marchaba, un criado llegó á la puerta y me entregó una carta que decía:

"¡Victoria, amigo Pipaón, victoria completa! El criminal y sus cóm-„plices están ya en poder de la justicia. Ni uno solo ha podido escapar. „Para celebrar tan fausto suceso, vente á cenar conmigo...

El marqués de M***.„

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XII

Contesté excusándome, y me quedé en casa. Necesitaba meditar.

Poco después de anochecido entró Genara á decirme que la cena estaba preparada, y le dí la carta para que la leyese.

—Ya ve usted—le dije—que la justicia oficial, cuando quiere tener ojo de lince y brazo de hierro...

La señora no hizo ademán alguno de alegría. Tampoco se entusiasmó mucho cuando le dije que estaba conseguida la libertad de Doña Fermina Monsalud, aunque me dió las gracias, asegurándome que había librado su alma de un gran peso. La cena pasó triste y grave, hablando Genara y yo de asuntos indiferentes. Como le preguntase los motivos de su melancolía, me dijo:

—Hace muchos días que Carlos no me escribe, y estoy con cuidado.

—Se habrá puesto en camino.

—¿Sin avisármelo?—exclamó vivamente y como enojada.

Poco después dimos tertulia al Sr. de Baraona, que no salía de su habitación, y para alegrarle un poco el espíritu le notifiqué la prisión de su enemigo.

—Tengo poca fé—respondió—en el rigor de estos señores. ¿Quién me asegura que el criminal recién aprehendido no se paseará mañana por las calles de Madrid? Ya te he dicho, querido Pipaón, que la justicia está minada. Es como un doble edificio: en sus magníficas salas se sientan jueces de cartón que sentencian y discuten y condenan, asistidos de miserables ministriles. Ve esto el necio vulgo, creyéndolo justicia; pero no ve el laberinto de entradas y salidas que en lo macizo de sus paredes y cimientos tiene el tal edificio, por los cuales pasos secretos se escurren

(c) 2008 Ministerio de Cultura

los criminales, á ciencia y paciencia de aquellos señores jueces de figurón. Desengáñate, hijo, los hombres del Gobierno, los jueces, los consejeros, los ministros, forman hoy una especie de retablo, donde mil vistosos personajes accionan y se mueven con las apariencias de la vida. Acércate, mira bien, y verás que todo es cartón puro: cartón el cetro del Monarca; cartón la espada de los generales; cartón la vara del alcalde; cartón la cuchilla del verdugo.

Trajéronle las sopas y calló.

Poco después Genara y yo, luego que dejamos al viejo dormido, nos reunimos en el comedor, junto al brasero. Dejaba ella la labor para tomar un libro, y luego el libro para coger la labor, demostrando en esto que su espíritu se hallaba atormentado por ideas contrarias y en un estado de obsesión inquieta que no podía vencer, variando á cada paso el entretenimiento con que quería darle reposo. Púseme yo á leer el *Diario*, papel mucho más entretenido entonces que su único compañero de publicidad la *Gaceta*, y de repente Genara hizo una pregunta que me helò la sangre en las venas.

—¿En dónde ahorcan aquí?—dijo.

—En la plazuela de la Cebada—repuse.—Se alquilan balcones, como en Corpus.

Genara, tomando la labor, empezó á dar terribles picotazos con la aguja. Sus dedos parecían el pico de un pájaro hambriento. Torné yo á mi lectura del *Diario*, y de nuevo me distrajo súbitamente, diciéndome:

—En verdad, Pipaón, merece usted una corona por la diligencia que ha mostrado en este negocio.

—¿Servir al Estado y servirle á usted no es estímulo bastante para un hombre?

Genara, dejando la labor, tomó otra vez el libro, pero al poco rato apartólo con hastío.

—No abro el libro una sola vez esta noche—dijo,—sin que mis ojos encuentren alguna idea triste. Oiga usted:

Donde antes rosas y placer, ahora
Cadáveres y horror huella la planta,
Y en olor de sepulcro, en vez de rosas
El aire tiñe sus funestas alas.

—¿Qué poeta es ese?

—Cienfuegos.

—Un majadero. Siga usted mi consejo y mi ejemplo, Genara. La

(c) 2008 Ministerio de Cultura

mejor lectura es el *Diario*. Oiga usted: "El lunes fué ahorcado en Valencia...„

—Basta, basta — exclamó interrumpiéndome. —Es particular... me salen horcas y muertos por todas partes.

—Es usted á veces más valerosa que un águila, y á veces más tímida que un pajarillo. ¿La idea de la muerte de un hombre, de un malvado, le causa á usted tanto temor?

—No, señor de Pipaón; ni me asusta ni me aterra la idea de que un gran criminal expíe sus crímenes; lo que me causa pavor y más que pavor repugnancia, es la horca, esa herramienta vil... Las justicias de la tierra debieran hacerlas siempre los agraviados en el momento de recibir la ofensa... qué quiere usted... yo soy así... tengo esas ideas y no lo puedo remediar.

—Extraña justicia sería esa, Genara.

—La mejor. Justicia rápida y por la mano del ofendido. Yo no la concibo de otra manera. Esa que está en manos de hombres pagados, vestidos de negro, amarillos y casi siempre sucios; esa que da tormento al reo, y antes de matarlo lo envuelve en una mortaja de papel escrito, me da tanta tristeza como repugnancia. Detesto al criminal y sería capaz de matarle yo misma, sí señor, yo misma; pero compadezco al encausado.

No quise seguir tratando aquella cuestión, y los dos permanecimos largo rato en silencio, que sólo se interrumpió para dar órdenes al nuevo criado que me servía. Doña Fé se hallaba otra vez en cama, molestada de sus pertinaces dolores. Á pesar de ser ya un poco tarde, ni Genara ni yo teníamos ganas de dormir; sin duda una y otro llevábamos tantas ideas en la cabeza, que el sueño no podía entrar en ella. Aquella respectiva situación nuestra, nuestro desvelo, el silencio que reinaba en la casa, las moribundas ascuas del brasero, que servían como de intermediario á nuestra melancolía meditabunda, trajeron á mi memoria el recuerdo de la noche en que recibí el singular escrito. No pude reprimir un repentino acceso de miedo, el cual se apoderó de mi alma y corrió por dentro de mí y pasó como una influencia eléctrica... Pero mi razón se esforzó en serenarse, diciendo: "ahora no hay cuidado.„

De pronto sonaron no sé qué extraños ruidos en lo interior de la casa. Yo dí un grito y Genara se puso á temblar.

—No es nada—dije.—Una puerta que se ha cerrado á impulsos del viento... ¿Qué es eso, Genara, tiene usted miedo?

—Tengo frío—me contestó arropándose en su mantón.

—¿No se acuesta usted?

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Sí... ahora—dijo mirando á todos lados con el recelo propio de quien busca, y al mismo tiempo teme ver algún objeto desagradable.

Llamé á la doncella, que acudió al punto; acompañélas á las dos hasta su habitación, y cuando dí á la señora las buenas noches, respondióme con tristeza:

—Muchas gracias... pero ya sé que esta noche no he de dormir.

Dirigíme pensativo y no completamente libre de susto á mi cuarto. Cuando abrí la puerta de él, y la luz que yo llevaba iluminó el interior de la pieza... ¡terror incomparable!... lancé un grito de espanto y no quedó gota de sangre en mi cuerpo... ¡Jesús mil veces! En mi cuarto había un hombre.

Un hombre, sí, que tranquilamente sentado en mi propio sillón, clavaba en mí una mirada fulgurante y burlona á la vez.

¡Cielos divinos! ¡socorro!... ¡un hombre en mi cuarto!

¿Quién? Salvador Monsalud.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XIII

SALVADOR Monsalud en persona.

Largo rato estuve sin habla, sin movimiento, paralizado por el espanto. Yo no era Pipaón; yo era el miedo mismo. Mi espíritu era incapaz de reflexión, de comparación, de juicio... Las piernas me flaqueaban, la voz, muerta en la garganta, no podía ni sabía pedir auxilio.

Creí ver un fantasma. Por un instante, perdiendo mi buen sentido, creí en brujas, en duendes, en almas del otro mundo, en todos los disparates de los cuentos de viejas.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Pero el fantasma se reía de mi turbación, y alargando un brazo hacia mí, me dijo:

—No te asustes, Juan. Soy yo, tu amigo Salvador.

—¡Tú, Salvador, Salvadorcillo!...—exclamé con voz ahogada.—¿Por dónde entraste?... Esto es una alevosía.

—Calla, calla—me dijo levantándose, al ver que yo, recobrando el aliento, iba á alborotar la casa.—Soy tu amigo. No me tengas miedo. Hablaremos un rato. Vengo á darte las gracias.

—¡Las gracias!... ¡á mí!

—Sí, me has hecho un favor, un beneficio inmenso que te agradeceré toda mi vida. Siéntate.

Imperiosamente me ofreció una silla. Los dos nos sentamos. El miedo y no sé qué fascinación extraña me subordinaban al intruso visitante.

—Sí—añadió sonriendo y pasando cariñosamente su mano por mi hombro,—un beneficio inmenso. Á tí te debo que se hayan dado hoy las órdenes para poner en libertad á mi pobre madre.

—¡Á mí!... es verdad... sí, yo...—repuse tratando de sacar una idea de la confusión espantosa que había en mi cerebro.—Yo fuí quien supliqué al ministro...

—Cediste á mi ruego...

—Como me lo pedías en aquella hoja...—dije viendo un poco más claro, y determinando sacar partido de la situación.—Me pareció justo lo que me pedías... Pero díme, ¿con quién mandaste aquel papel?

—Lo traje yo mismo.

—¡Tú!... bien puede ser, puesto que ahora estás aquí... ¿Y por dónde has entrado?

Monsalud rompió á reir.

—¿No has caído en ello? Por el agujero de la llave.

—Estas bromas no me gustan—dije recobrando mi aplomo.—Ya veo que no hay casa segura para la masonería.

—Ni para el absolutismo. Si yo entro en la tuya, no falta quien entre en la mía.

—Eso no me lo cuentes á mí. Nunca he sido espía.

—Pero sí amigo del marqués de M***. Escúchame, Juan; esta noche han querido prenderme. He sospechado que anduvieras tú en este negocio.

Dominóme de nuevo el miedo, y haciéndome el sorprendido, repuse:

—¡Prenderte!... y qué tengo yo que ver con eso?

—No es más que sospecha...—dijo seriamente.—Te he creido autor al

(c) 2008 Ministerio de Cultura

mismo tiempo de un beneficio y de un agravio. Me ha parecido inverosímil que me salvaras y me perdieras en un solo día, y he querido apelar á tu franqueza y lealtad para que me digas la verdad.

—El beneficio, obra mía es; pero el agravio...

Salvador me clavaba los ojos con tal fijeza escrutadora, que sus rayos parecían penetrar en mi alma. Yo también le observé á él. Lejos de parecerme siniestro y terrible, como decía Genara, Monsalud tenía aspecto en extremo agradable y había ganado mucho desde que no nos veíamos. Su fisonomía era inteligencia y fuerza; la expresión de sus ojos ejercía inexplicable dominio sobre mí, y toda su persona tenía un sello de superioridad y nobleza que cautivaba. Vestía bien.

—Esta noche han intentado prenderme con un lujo de precauciones y de habilidad que me han llamado la atención—dijo.—Gracias á la lealtad de un hombre, he podido escapar á tiempo, y el señor marqués ha cogido tan sólo á unos pobres aguadores que dormían en el sótano de la casa. Sé que una señora desconocida sobornó á la pobre mujer del guarda; sé que tu amigo el marqués dió las órdenes para sorprenderme; pero desconozco la trama y los móviles de todo esto. Tú lo sabes y me lo has de decir.

—¡Yo!... ¡Yo no sé una palabra! Todo lo que me dices es nuevo para mí.

—Díme la verdad... ¡tú lo sabes todo!—dijo apretándome el brazo.—Dímelo, Bragas, ó te acordarás de mí.

—¡Por mi nombre, por Dios que nos oye; te juro que nada sé!—repuse temblando de susto.—Á fé que tienes buen modo de agradecerme lo que he hecho por tu madre.

—Tú eres amigo y confidente íntimo del señor familiar—añadió Salvador aplacándose.

Fingí gran sorpresa.

—¡Yo!... ¡yo amigo de ese majadero!... Pero tú no sabes lo que dices. ¿En qué país vives?

—¿No eres tú de la pandilla de Lozano y el marqués de M***?—preguntó algo desconcertado por mi aplomo.

—Vaya, vaya... veo que no estás enterado de nada... ¡Ya esos tiempos pasaron, Salvador!

—Entonces has variado de ideas y de conducta.

—Sí señor, he cambiado de ideas, de conducta, de todo. Mi ruptura con toda esa caterva absolutista es completa desde hace tiempo. Les trato y nada más.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Salvador manifestaba el mayor asombro.

—¡Pues ya!...—continué, cada vez más dueño de mí mismo,—si así no fuera, ¿crees que hubiera intercedido por tu madre?... ¿crees que me hubiera expuesto á pasar por cómplice de los conspiradores?

—Juan, por favor, ya seas mi amigo, ya seas mi enemigo, te ruego que me digas lo que sabes respecto á mi persecución de esta noche.

—Te juro que no sé una palabra, ni tengo parte en ello,—respondí con tanta seguridad, que no se me traslucía en la cara ni la más ligera turbación.

—Para que seas franco, voy á darte un ejemplo de franqueza.—Escúchame bien: en esta azarosa vida mía, consagrada á un afán que devora á una pasión que lentamente consume y postra las fuerzas del alma, me he dejado dominar por vanos caprichos ó veleidades amorosas. Mi carácter, en el cual hay ansiedades que nunca se han satisfecho ni se satisfarán jamás, me ha impulsado á esto. Me he tolerado yo mismo estas distracciones, como se tolera el soldado, en medio de la pelea, descansos cobardes para fortalecer su ánimo. Pues bien, últimamente amaba á una mujer con más vehemencia de la que suelo poner de algún tiempo á esta parte en asuntos de amor. Pero no sé qué fatalidad me persigue: con mi exaltación vino una inexplicable frialdad en la persona amada: tuve primero celos y luego sospechas de que me vendía. No quiero entrar en detalles inútiles. Lo principal es esto: al saber hace poco que una señora había comprado con dinero el secreto de mi morada, se han aumentado mis sospechas. Herido en lo más delicado de mi alma, he sentido un furor y deseo de venganza que no puedo expresarte con palabras; me he vuelto loco á fuerza de discurrir buscando antecedentes é indicios que confimaran mi sospecha; he vagado como un insensato por las calles, jurando muertes y venganza; he prometido no descansar mientras no aclarase este enigma que me atormenta y me abrasa las entrañas.

Mi amigo apoyó la cabeza entre las manos. Su hermoso y noble semblante expresaba viva cólera.

—En esta confusión—prosiguió,—discurrí que tú, como amigo del familiar, podrías sacarme de dudas.

—No sé una palabra. En un tiempo conocí á todas las familias que tenían relaciones con D. Buenaventura. ¿Cómo se llama esa señora?

—Andrea.

—No puedo darte ninguna luz, amigo.

—Al mismo tiempo que tal traición infame suponía, otra idea, otra

(c) 2008 Ministerio de Cultura

sospecha aumentaba mi confusión, amigo Juan; idea sobre la cual espero que puedas darme más luz que sobre la otra.

—Á ver.

—Existe otra mujer, á quien también puedo atribuir mi persecución: una mujer que vive en tu misma casa, y de cuyas acciones, por reservadas que sean, puedes tener noticia.

—¿Genara?

—La misma. Esa tiene motivos para aborrecerme. Cuanto haga contra mí no me sorprenderá. Nada pienso hacer en contra suya. Dejaré que caiga su mano implacable y pediré á Dios que nos perdone á mí y á ella.

—Pues tampoco puedo sacarte de confusiones. No tengo ni el más leve indicio de que Genara...

—¿De veras?

—Te lo juro por mi salvación.

—Está de Dios que yo me consuma en el fuego de esta duda espantosa—exclamó Salvador con imponente afán.

Durante las últimas palabras, así como en diversos momentos de nuestro diálogo, yo me preocupaba de un rumor que fuera de la alcoba sentía, rumor como de leves pasos y faldas de mujer, y la idea de que un oido importuno nos escuchase, empezó á mortificarme. No quise, sin embargo, llamar sobre esto la atención de mi amigo, y me propuse no decir cosa alguna que pudiera ser desagradable á la persona que, según mi presunción, aplicaba su curioso oído á la puerta.

—Creo que puedes tener seguridad completa en ese particular—dije á amigo.—Genara es incapaz de hacer el indigno papel de inquisidor.

—También lo creo así—me respondió Monsalud.

Diciendo esto, ambos nos quedamos absortos, porque la puerta se abrió suavemente y apareció ante nuestra vista una magnífica figura blanca, cuya presencia repentina unida á la belleza y emoción de su rostro, tenía todo el carácter de las misteriosas apariciones de la poesía y de la noche.

—Es un error—dijo con voz tan perturbada que no parecía la suya.—La inquisidora he sido yo.

Salvador se levantó; dió indeciso algunos pasos como quien no sabe si mostrarse cortés ó enojado, y habló de este modo:

—¡Que Dios nos perdone á tí y á mí, Genara!... Por esta vez has errado el golpe.

—En otra ocasión seré más afortunada—dijo la dama dando un paso hacia atrás y atrayendo la hoja de la puerta hacia sí.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Aguarda un instante—exclamó Monsalud, corriendo á detenerla.—En pago de tu crueldad, quiero darte una mala noticia.

Genara se detuvo.

—Carlos, tu pobre marido, llega mañana... Como hace tiempo que has dejado de quererle, según él dice, por eso llamo á esto mala noticia.

Salvador acentuaba sus palabras con punzante ironía.

—Pues no ha anunciado su viaje—dije yo, advirtiendo en Genara una gran perplegidad y deseando sugerirle una idea para que saliese de ella.

Pero Genara no dijo nada. En su semblante, que poco antes parecía de mármol, distinguí una alteración súbita. Leves llamaradas de rubor tiñeron sus mejillas.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—No ha anunciado su viaje—dijo Monsalud,—porque viene á lo celoso, callandito... Quiere sorprender, acechar, vigilar. ¿Sabes que está celoso, Genara?... El pobre Carlos no será nunca feliz.

Ví moverse los labios de Genara y replegarse en torva conjunción sus cejas. Difícil es conocer lo que pasó entonces en su mente y en su conciencia (¿nos lo dirá ella misma algún día?), porque en vez de hablar cerró con estrépito la puerta, y desapareció como una visión de teatro. Fuí tras ella... huía como la corza herida. Creeríase que tras su fugitiva persona, semejante á la sombra de una diosa ofendida, había quedado en la atmósfera un suspiro que por breve rato reprodujo su emoción.

Cuando volví al lado de Monsalud, éste reía.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XIV

GRAN bien me ha hecho tu huéspeda sacándome de dudas. Al fin veo que no he perdido el tiempo con venir aquí.

—¡Con que era ella!

—¡Esta!—exclamó con júbilo.—¡Oh! amigo Juan, qué dulce es ver que sólo nos hacen daño nuestros enemigos... Sospechar de un amigo, de una persona amada, es el mayor de los martirios.

—Quién lo había de decir—indiqué yo, haciendo un esfuerzo para que no me cogiese en mentira.—Cómo había de figurarme yo que Genarita...

—¿Y no sospechabas nada?

—Ni una palabra.

—¿Y no te había confiado nada?

—¿Á mí? Si no nos podemos ver... si somos el perro y el gato. ¡Cuánto me alegro de que venga Carlos, á ver si esta gente se marcha de una vez de mi casa!

Antes de pronunciar estas palabras me cercioré de que el espionaje había concluido. Nadie nos oía. Cerradas cuidadosamente todas las puertas, me senté junto á mi amigo, resuelto á poner en ejecución el hábil plan que había concebido.

—¿Pero es cierto que no os llevais bien los Baraonas y tú?—me preguntó Salvador en tono que indicaba alguna desconfianza.

—No nos podemos ver, te he dicho. Ya conoces las ideas del abuelo. Es un hombre insolente. Respecto á la implacable soberbia y á los rencorosos sentimientos de Genarita, ¿qué puedo decirte que tú no sepas?... Pues digo, si llegan á saber que yo he intercedido por tu infeliz madre... Cuando se les habla de tal asunto, son fieras el abuelo y la nieta.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—No me hables de esto—dijo Salvador pálido de ira,—porque me olvidaré de que estoy en casa ajena y en situación poco á propósito para pedir cuentas á nadie... Los Baraonas y los Garrotes son autores de la prisión y del martirio de mi pobre madre. ¡Venganza miserable! Todo porque le herí en un duelo leal, provocado por él... Si vieras cuánto he luchado aquí para conseguir la libertad de la pobre mártir... Diferentes veces se ha logrado lo que hoy te concedió el ministro; diferentes veces por empeño de poderosos amigos míos, ha dado órdenes generosas el Consejo Supremo. Mientras Carlos ha estado en la Rioja, todo ha sido inútil. Yo no sé cómo se las compone el maldito, que puede allá más que el Consejo Supremo aquí.

—Tiene amigos y parientes en la Inquisición de Logroño, y es familiar de ella.

—Mi madre será puesta en libertad pronto, gracias á que Carlos ha salido de allí, á que las órdenes de ahora son muy enérgicas, y sobre todo á la revolución que se aproxima... Pero sálvese ó no la infeliz señora, la infamia de esa gente rencorosa y vengativa como las furias antiguas no quedará sin pago... ¡Me parece mentira que Carlos Garrote viene á Madrid y que le he de ver delante de mí!

Diciendo esto, eran tan enérgicas la expresión y los ademanes de mi amigo, que me aparté de su lado, temeroso de alcanzar alguna señal dolorosa de su indignación.

—Esta gente es atroz—dije. —No veo la hora de que se marchen de mi casa. Estamos riñendo todo el día. ¡Cuántas veces les he echado en cara ese furor inútil contra Doña Fermina, por no poder cebarse en tí!

—Por eso te llamará tanto la atención verme en esta casa, albergue de mis implacables enemigos, y que al mismo tiempo lo es de un rabioso absolutista.

—¡Absolutista yo!—exclamé comenzando á desarrollar mi plan.—No me insultes.

—Yo vacilé largo rato antes de presentarme á tí, pero el deseo de que me sacaras de una cruel duda me decidió. Por un lado sospechaba que tú, como familiar del familiar, no dejarías de tener parte en mi persecución; por otro, el saber que habías implorado la libertad de mi madre, me inspiraba cierta confianza hacia tí, á pesar de tu absolutismo.

—¡Absolutista yo! Vuelvo á decirte que no me insultes. Bien sabes tú que no soy servil. Si lo creyeras así, no te atreverías á venir á mi casa.

—¿Por qué no?

—Porque temerías que te detuviese y te entregase á la justicia.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Monsalud se echó á reir, burlándose descaradamente de mí.

—Pues qué, ¿si yo fuera absolutista de los de D. Buenaventura, estarías tú tan tranquilo delante de mí?

—Dices eso, pobre hombre, porque ignoras que aunque seas absolutista de los de D. Buenaventura, no puedes nada contra mí dentro de tu propia casa.

—¡Cómo que no!

—Mírame—añadió desembozándose.—No traigo armas. Esto prueba mi confianza.

—Y si yo quisiera...—dije lleno de confusión.—Verdad es que alguno de mis criados está vendido á la masonería.

—Lo están todos.

—¡Todos! De modo que en mi propia casa...

—Estoy yo más seguro que lo estuve esta noche en la mía—me contestó riendo.—No te alarmes por eso. Además, el mal es irreparable, porque si despides á tus criados y tomas otros, sucederá lo mismo... ¿Sabes que me encuentro bien aquí? Si me lo permites, descansaré un poco—añadió, acomodándose holgadamente en el canapé.

Volvió de nuevo el miedo á apoderarse de mí; pero yo había resuelto seguir la corriente á que me impulsaban mis nuevos propósitos y las ideas de mi amigo, y le hablé de este modo con mucha amabilidad.

—Por supuesto, Salvador, la traición de mis criados es perfectamente inútil, porque has de saber que no sólo soy incapaz de perseguirte, sino que te ocultaré y protejeré en caso de que otros te persigan.

—Vamos—díjo sonriendo amistosamente, no me confundas más de lo que estoy. Dí que eres mi amigo, dí que conservas algo del afecto que hace años nos teníamos. Lo creeré, no sólo porque mi corazón es crédulo en materias de amistad, sinc porque has dado pruebas de ello hoy mismo intercediendo por mi madre, lo cual te agradezco en el alma. Díme eso, querido Juan; díme que eres leal y honrado y generoso conmigo; pero no me digas que no eres absolutista, porque me echaré á reir.

—Pues te lo repito. Vamos, me enojaré de veras si insistes en tal absurdo. Ven acá—añadí mostrando el paquete de folletos que me había dejado D. Antonio Ugarte.—¿Es absolutista el hombre que se ocupa en repartir estos papeles?

—¡El folleto de Florez Estrada!

—He repartido ya más de cien. Asómbrate, Salvadorillo: he hecho llegar este cuaderno á las manos de Su Majestad y de los Infantes.

—Esto es algo—dijo con formalidad;—pero no es una prueba com-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

pleta de enemistad con el absolutismo. Quizás tu entendimiento se incline á otras ideas; pero ya estás muy amoldado, Bragas, estás endurecido en la forma de los Lozano de Torres, de los Buenaventura, de los Eguía, de los Elío... Necesitarías que te derritieran y que de nuevo te fundiesen en otro crisol.

—Tonto—repuse con calor,—¿y quién te ha dicho que no me he puesto ya al fuego?

—¡Tú! el covachuelo, el oficial de Paja y Utensilios, el director de la Caja de Amortización, el amigo del Sr. Chamorro, el brazo derecho del Sr. Ugarte, el tertulio de Palacio, el mandadero de Su Majestad...

—¡Yo, yo, yo! sí—exclamé con enfado.—¿Quieres que te convenza de una vez con dos palabras, Salvador?... Pues para que comprendas mi decidida ruptura con todos esos deplorables antecedentes y personas, óyeme lo que voy á decirte. Quiero ser masón.

Monsalud manifestó el mayor asombro.

—Ser masón es no ser nada, si no se conspira—dijo.

—¡Quiero conspirar!—exclamé dando fuerte puñetazo sobre la mesa, y metiéndome después las manos en los bolsillos.

—Pero no se conspira para aumentar la autoridad de la Corona, sino para disminuirla. No se conspira en pró del Rey, sino en pró de la Nación.

—Pues en pró de la Nación.

—Se conspira para restablecer el Gobierno liberal y la Constitución, es decir, lo que tú llamabas *la mamancia* cuando escribías en *La Atalaya*.

—Para restablecer el Gobierno liberal y *la mamancia*—repetí frunciendo el ceño y con los ojos fijos en el suelo.

—Y para dar al traste con la infame polilla de España que mina el Trono y el País, y al mismo tiempo se los está comiendo.

—¡Para eso, para eso!—afirmé con fuerza.

—Debo añadirte que hoy se hila un poco delgado debajo de Madrid.

—¡Debajo de Madrid!

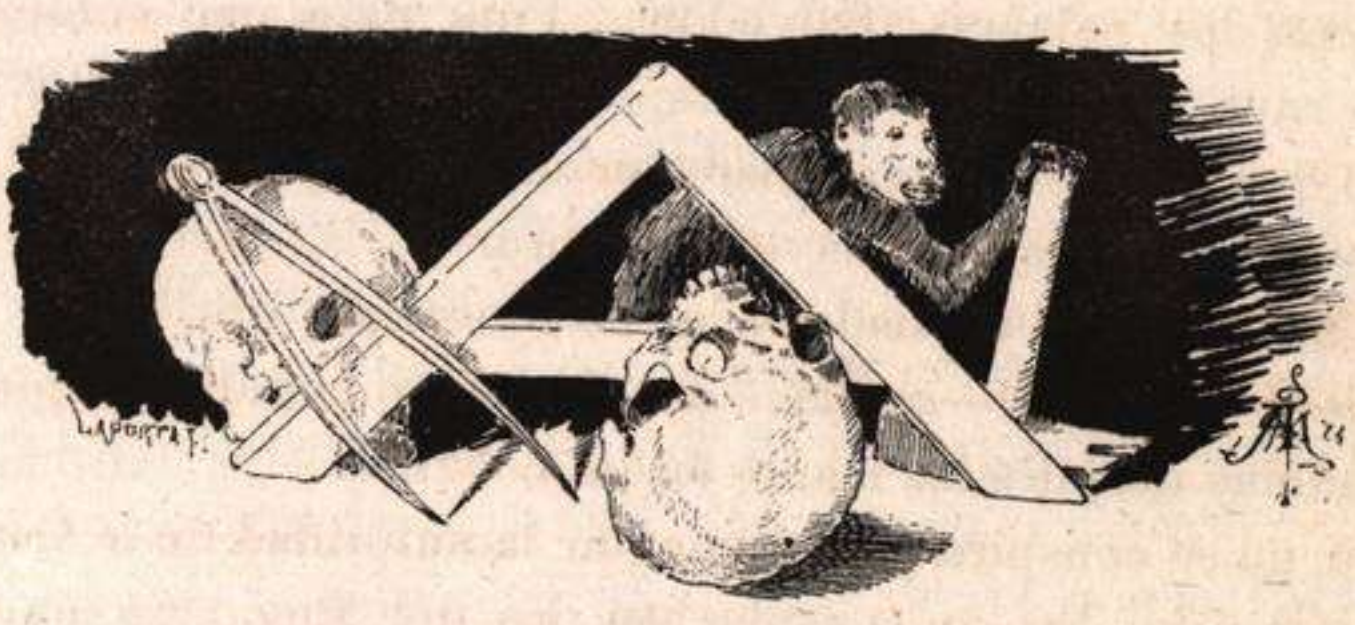
—¿No me entiendes? En las logias y reuniones secretas, quiero decir. Hoy se toman precauciones. Cuando un señorón de categoría elevada, sea quien fuere, ofrece su ayuda á la revolución, lo cual ocurre todos los días, queda ligado por compromiso solemne; y las veleidades, querido Bragas, los arrepentimientos suelen costar caros á quien los padece.

—Sí, ya sé...—dije asomándome á la puerta otra vez, para cerciorarme de que nadie nos oía.—Hay pruebas rigurosas, palabras enigmáticas,

(c) 2008 Ministerio de Cultura

juramentos que hielan la sangre en las venas... y el que hace traición muere sin remedio.

—No hay nada de eso—me dijo riendo.—Huye de esas reuniones formularias que establecen el sainete en los sótanos. Ahora no se trata de eso. Cuando los pueblos padecen y luchan por su emancipación, obran seriamente y van á su objeto sin necedades de teatro. Ahora, amigo Bragas, las cosas han llegado á un punto tal, que se trabaja por la libertad á toda prisa, con la avidez del náufrago que entre las olas lucha con la muerte y por la vida... Fuera misterios y ritos anticuados y palabras vacías. Todo es acción: las tinieblas y el misterio han dejado de



ser vano velo de las chocarrerías de los holgazanes. Yo lo he visto todo desde el principio: he visto las jimias haciendo muecas entre dos calaveras en la ahumada atmósfera de una cueva; y hoy veo á los hombres inteligentes y formales labrando en silencio y sin aparato las palancas poderosas con que pronto ha de moverse lo de arriba. Sólo en las épocas en que no hay nada que hacer existen esas vanidades y espantajos ridículos de que habla el vulgo. Ahora la inmensidad de la tarea une las manos de todos los hombres en una obra común, y desaparecen las máscaras convencionales y las fórmulas aparatosas, que más bien eran entretenimiento que utilidad. Eso no quita que en plena luz, y á la faz del mundo oficial y de la tiranía, se empleen ciertos signos para reconocerse y obrar de acuerdo; pero allá dentro, amigo, en nuestro reino escondido, en aquella vida de catacumbas donde se prepara la nueva vida libre y pública, todo es claridad y sencillez. Se trabaja, se extiende la acción con arte y fuerza; se prepara el golpe con la destreza y habilidad necesarias para que no se malogre como otras veces. Ahora bien, Bragas de Pipaón; tú, servidor declarado de los poderosos de hoy, ¿quieres servir á la revolución?

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Sí quiero—respondí.—Pero díme antes una cosa: esa revolución vendrá?

—¡Vendrá! Para tí es condición indispensable que la revolución venga. Adoras el hecho, no la idea... No puedo responderte. Puede venir y no puede venir. Eso dependerá de éste, del otro, de mí, de los demás, de tí mismo, de todos reunidos. Si hacemos tonterías, ¡cómo ha de venir la revolución!

—Lo preguntaba porque eso es muy importante. D. Antonio Ugarte, uno de los hombres más listos y de mejor ojo que hay en España, me ha asegurado que la revolución vendrá.

Al decir esto, la idea del puesto que me habían negado en el Consejo estaba fija en mi cerebro como la marca de un hierro encendido. Me quemaba.

—¡La revolución viene, la revolución viene!—proseguí sintiendo en mí una especie de voz interior que así me lo decía.—Lo conozco, lo adivino, lo veo, amigo Monsalud, en la atmósfera que nos rodea, lo veo en la cara misma de los palaciegos. Es un hecho inevitable, lógico. La revolución viene, como viene el día después de la noche. Todo lo anuncia, ilustre amigo. Hasta los pájaros cuando cantan dicen "revolución.„

—Esto te infundirá valor y aliento. La revolución no suprimirá los destinos... por eso tu acción tiene poco mérito. Pero en fin, quieres ser de los buenos, y el sistema adoptado es recibir á todo el mundo, venga de donde viniere. Ahora voy á cogerte por la palabra, para que no te arrepientas de aquí á una hora. ¿Puedes salir conmigo esta noche?

—¿Por qué no? Vamos á donde quieras.

—Es muy cerca; no andaremos mucho.

—Mi capa, mi sombrero... ¡Blas!... pero ¿es posible que este sencillote criado mío esté también vendido á la masonería?

—En cuerpo y alma. Ahora ciudadano Robespierre—me dijo con mucha sorna,—convendría que tomásemos algo. Quizás tengamos que estar en vela toda la noche. Has de saber que no carezco de apetito: es imposible que en la casa de un hombre que ha servido en tan altos puestos, no haya á estas horas excelentes fiambres.

—Todo lo que quieras—¡Blas, Blas!... Este tunante masón no viene.

Al fin apareció mi criado, al cual no pude mirar sin rencorosa prevención, considerándole traidor, y nos sirvió un bocado confortativo. Mientras comía, meditaba yo sobre aquel nuevo giro que tomaban mis ideas, sobre aquel nuevo camino que emprendía mi actividad.

—Es preciso—me dije para mí,—que en este mundo desconocido en

(c) 2008 Ministerio de Cultura

que ahora entro, procure desde el primer instante disipar los recelos que mi presencia pudiera despertar. Cuidadito, Pipaón, con mostrar tibieza ó indiferencia, aunque veas toda clase de extravagancias y locuras. Un celo excesivo y un entusiasmo demasiado ardoroso, no serán tampoco el mejor sistema. Tomemos por modelo al maestro D. Antonio Ugarte. Conviene, pues, adoptar una actitud intermedia, poner cara en cuyas facciones se asocien artística y noblemente el entusiasmo y la dignidad, la templanza del gobierno y la energía revolucionaria... Mi papel es el de un honrado repúblico que, comprendiendo con dolor la incapacidad del absolutismo para gobernar á los pueblos, se acerca grave y triste, pero resuelto á la revolución y le ofrece sus servicios, porque sería lamentable que la revolución, si algo hace, lo hiciera sin él... Ánimo y disimular. Seguro estoy de que al poco tiempo de estar en la conspiración, me encontraré tan á mis anchas como en la camarilla de Su Majestad á los dos días de ingreso...; seguro estoy de que mi sutil travesura volverá lo de arriba abajo y lo de abajo arriba, en esas escondidas sociedades que voy á visitar... seguro estoy de que al poco tiempo de mi feliz iniciación, armaré más líos y enredos que vió Creta en su famoso laberinto, y de que no pasarán muchos días sin que traduzca en provecho propio las tenebrosas artimañas de estos caballeros y mi novel liberalismo. ¡Lo haré sin remedio lo haré! ¡Ay! me conozco como si me hubiera parido.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XV

UERMEN todos en la casa?—me dijo Monsalud cuando el reloj de *cucú* que exornaba mi sala dió las diez.

—Sí—repuse,—mas para salir nosotros, poco importa que duerman ó no... mayormente, señor brujo, cuando ahora vamos á escaparnos por una grieta misteriosa abierta en la pared ó por el cañón de la chimenea de la cocina. Vamos, haz la invocación y vendrá un señor gentil-hombre del Tártaro á abrirnos paso.

—Tú puedes hacer la invocación—dijo Salvador poniéndose la capa.

—¿De qué modo?... ¿Llamo al Demonio?

—Ó á Doña Fé, que es lo mismo.

—¡Doña Fé! ¡Señora Doña Fé!

Mis gritos se perdían en las soledades de la casa sin hallar respuesta; pero al fin un eco de ellos pudo llegar á las orejas de la dueña.

—Y en verdad fué como si el mismo Lucifer apareciera justificando la broma de nuestra demoniaca evocación y brujería, porque había que ver la fealdad de mi doméstica, soñolienta y amarilla la faz, cerrado un ojo mientras revolvía el otro en todas direcciones, cual si ambos se

(c) 2008 Ministerio de Cultura

concertaran para turnar en sus funciones, acordando que durmiera el uno mientras el otro veía. Sin ser vieja, Doña Fé tenía en su desagradable semblante una especie de decrepitud sin respetabilidad, mientras el peinado con pretensiones de elegancia y la escofieta picuda la hacían bastante ridícula. Dando al viento la destemplada y bronca voz, dijo al llegar á mi presencia:

—De morir tenemos.

—Ya lo sabemos, señora—exclamé con ira; ya lo sabemos. ¡Maldita sea usted y toda su casta! Ya he descubierto que está usted engañando á su amo, que abre usted la puerta de mi casa á hombres desconocidos... porque si ahora ha querido Dios que metiera usted en mi casa á un amigo, otra vez podrán ser ladrones y asesinos... Señora Doña Fé, mañana mismo se pone usted en la calle.

—Todo sea por Dios—dijo la dueña con calma imperturbable.—El padre Beràza me dijo que, haciendo lo que he hecho, servía á Dios.

– Ya, ya ajustaremos cuentas. Respóndame usted. ¿Duerme el señor de Baraona?

—Sí señor.

—¿Y la señora Doña Genara?

—También parece que duerme.

—Bueno; retírese usted.

—No, que va á ir delante de nosotros.

—¿Á dónde?

—Á enseñarnos el camino y abrirnos la puerta.

Doña Fé salió de mi cuarto, y tras ella Monsalud, y tras Monsalud yo, sin comprender á donde íbamos, viajero errante y extraviado dentro de mi casa.

Atravesámosla toda hasta llegar á un sitio próximo á la cocina, donde estaba la puerta de una escalera que bajaba al patio colindante con el jardín de la casa inmediata. Como aquella salida no tenía comunicación directa con la calle, habíala yo condenado al entrar en la casa, clavándola fuertemente. Sorprendióme mucho verla desclavada y practicable, y juré en mi interior tomar al siguiente día venganza pronta y ejemplar de Doña Fé. Por entonces no dije nada, y cuando Salvador mandó á la dueña que abriese, y ésta obedeció, salimos y bajamos los tres.

—¿Para qué necesitamos ahora á esta infame bruja?—pregunté á Salvador.

—Ya verás—replicó Monsalud.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Llegamos al patio lóbrego, destartalado y profundo, cuyas humedades é inmundicias criaban en distintos sitios algunas yerbas raquíticas y arbustos tristes. Uno de sus cuatro lados era una tapia que limitaba el jardín inmediato, cuyos elevados árboles secos traspasaban el espacio de sus dominios para invadir los míos, y alguno de aquellos alargaba sus dedos flacos, desnudos y ateridos hasta tocar los cristales de mi comedor. En los otros lados había varias ventanuchas y puertecillas, tapiadas todas menos una, que se decoraba con media docena de cristales rotos y una fechadura tomada de viejísimo orín. Doña Fé golpeó con su mano en uno de los cristales; vióse al través de ellos una luz, y al poco rato se abrió la puerta del modo más natural posible, sin que precedieran al acto ni fétido olor de azufre ni aullidos de demonios bufones.

La comunicación abierta dió paso á un anciano robusto, guapo y sonrosado, cuya alegre fisonomía no me era en verdad desconocida. Al vernos se sonrió con la franqueza propia de los tunantes hechos á la farsa y engaños de la vida; rascóse una oreja, dejando caer sobre la sien contraria el sombrero anticuado y mugriento con que cubría su hermosa cabeza cana, y después nos hizo un saludo tan cortesano y fino como el de un diplomático.

—Sean bien venidos sus mercedes.

—Sr. Mano de Mortero—dijo Doña Fé, mostrando un cazuelo de comida que en la mano traía.—Ahí tiene usted lo de hoy.

—Venga acá—repuso el gallardo y festivo viejo, dando un paso fuera de la puerta;—venga esa bendición de Dios. Pero ¿qué hacen estos caballeros que no pasan adelante?

Franqueamos el estrecho umbral; desapareció Doña Fé, perdiéndose en la oscuridad del patio; cerróse la puerta y nos hallamos en una ancha habitación de techo abovedado, cuyo aspecto, sin tener nada de sobrenatural, ni de infernal, ni aun de extraordinario, me dejó suspenso y estupefacto. Los cuatro testeros de la tal pieza apenas tenían superficie para tanto trebejo roto y sucio, para tanto cachivache como en ellos había acumulado una mano diligente y allegadora. Prescindiendo de los muebles de uso diario, parecía una prendería del peor género: había sillas de montar, enteras unas, despedazadas otras; cajas de violín, frenos y herrajes de caballerías, artesas rotas, copas de cobre que llevaron lumbre y ora llevaban polvo; armarios que fueron sepulcro de ejecutorias y eran ya depósito de clavos, hebillas, tenedores, pesas de reloj, garfios, badilas, espuelas, llaves, tinteros de cuerno, tacones de palo, asadores, cucharas, lancetas, tabaqueras, tenacillas, peines, dedales

(c) 2008 Ministerio de Cultura

piedras de chispa y otras mil y mil baratijas de diferentes edades y sexos, que habían servido para diversos usos de la vida.

—Por aquí y por allí, colgadas unas, en pié otras, puestas de costado ó boca abajo, se veían multitud de imágenes, Dolorosas con el pecho traspasado, Josés con vara, Migueles con demonio, Santiagos á caballo,

Roques con perro, Antones con cerdo, Pedros con llaves y Lorenzos con parrillas; toda la Corte celestial en suma. Pero entre tanta arrinconada santidad, sólo una Virgen del Rosario tenía los honores del culto. Puesta en una especie de altarejo muy singular, adornado con no sé qué estrámboticos fragmentos (entre ellos las roscas de una trompa y la pláca dorada de un morrión de la guardia), tenía delante algunas flores de trapo y á los lados algún resto mocoso de velas de cera.

Ví en el ángulo oscuro una cama de no mal aspecto. También había diversas suertes de armas, tales como espadas, las más sin punta, sables de guardias, algún coselete que debía de tener memoria de Roldán, y además pistolas que habían roto el fuego, pero que no tenían más que la intención, un mosquete, y la más variada colección de trabucos que he visto en mi vida. Entre los muchos objetos pacíficos que en los rincones y paredes distinguí, tales como velones, candeleros, platos de metal, braserillos y loza de china, creí reconocer alguna pieza de mi pertenencia que había desaparecido de mi casa, sin

(c) 2008 Ministerio de Cultura

que nadie pudiese averiguar quién cargara con ella; pero me callé y seguí observando.

Lo que más llamó mi atención fué una especie de banco de taller, donde había multitud de figurillas, al parecer juguetes de niños; caballitos, títeres que movían brazos y piernas con articulaciones de alambre; panderetas, nacimientos, instrumentos rústicos, dominguillos, peonzas y otras zarandajas, muchas de las cuales estaban por concluir ó á media pintura, entre tarros de almagre y toscas herramientas.

Ocupaba el centro de la habitación una mesilla de zapatero cargada de herramientas, y junto á ella un asiento agujereado, del cual parecía acabar de levantarse el Mano de Mortero, y veíanse á un lado y otro suelas y tacones, con multitud de gruesos zapatos negros y chinelas juanetudas, pero nada de obra nueva.

—¿Qué tal? ¿Se trabaja mucho?—preguntó Monsalud al anciano, que, sin dejar la lámpara de la mano, se disponía á acompañarnos no sé á dónde.

—Estoy echándole medias suelas al señor Definidor—repuso con desdén;—poca cosa, señor. Si no fuera por lo que cae...

Diciendo esto, dirigió una mirada orgullosa y magistral á los innumerables chirimbolos que en toda la redondez del cuarto se veían. Los miró como mira un general su ejército.

—¿El señor es el amo de Doña Fé?—dijo después, mirándome con impertinencia.—¡Ah! ¡Doña Fé!... ¡Excelente señora!... ¿No se le ofrece á usted alguna cosilla? También hago juguetes. Si tiene usted niños...

—Veo que tiene usted una buena colección de... preciosidades.

—Yo... recojo todo lo que encuentro.

Se había puesto las manos en la cintura, y con el sombrero sobre la ceja ofrecía la más rufianesca y cómica apariencia que puede imaginarse. Yo conocía á aquel hombre; pero la perplejidad en que me encontraba era gran estorbo para mi memoria.

—¿Quieren ustedes pasar allá? Pues vamos—dijo Mortero tomando su linterna.

Cuando esto decía, habíamos salido Monsalud y yo, y nos internábamos por un largo callejón oscuro, que no tenía nada de agradable como paseo. Iba el viejo despacio, por no permitirle sus piernas mayor actividad, y Salvador y yo teníamos tiempo para recrearnos en las contorsiones y horribles gestos que hacían nuestras sombras bailando en la pared á medida que avanzábamos. Según los movimientos de la linterna de Mortero, corrían aquellas, anticipándose á nosotros, y desde lejos nos

(c) 2008 Ministerio de Cultura

miraban, aguardando á que pasáramos para unírsenos de nuevo: otras veces se quedaban atrás, y luego en tropel corrían jugando para tomarnos la delantera.

Llegamos á una puerta, que empujó el anciano, y yo creí que iba á sacarnos al aire libre. Pero mi sorpresa y mi pesadumbre fueron grandes cuando ví que, en vez del libre espacio, se extendían ante mí negras bóvedas de ladrillo, cuando en lugar de subir, bajamos una escalerilla que si no conducía al Infierno, llevaba cuando menos á la antesala de éste.

—Pero ¿á dónde vamos?—pregunté bastante inquieto.—¿No hemos bajado bastante todavía? ¿Esto es el Tártaro ó qué es?

—Chitón—dijo Monsalud sonriendo y poniéndose el dedo en los labios.

La escalera no era muy larga; pero tan estrecha que sin cesar me iba aporreando la cabeza contra la bóveda de ella, haciendo de camino gran acopio de telarañas.

—Estamos en plena novela, amigo Salvador—dije librando mi rostro de aquellos cendales.—¿Qué demonios es esto? ¿Está tu logia en el centro de la tierra?

Salvador sonriendo de nuevo, repitió:

—¡Chitón!

Habíamos entrado en un vasto recinto abovedado, que se extendía considerablemente sin que la vista alcanzase á divisar el fin, dividido por arcos de ladrillo desnudo. Á un lado y otro, la escasa luz de la linterna permitía distinguir multitud de objetos cuya forma no se apreciaba claramente. Más que el objeto mismo, veíase la sombra de ellos; disformes masas que se abrazaban unas á otras, ó se repelían, formando un conjunto, semejante al que ofrece un gran montón de ruinas en la penumbra de una noche de luna.

Salvador se detuvo y, poniéndose ante mí, me dijo:

—Bragas, estamos en los calabozos de la Inquisición.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XVI

SENTI que la sangre se me trocaba en hielo, los cabellos se me pusieron de punta y por breve rato estuve sin respiración. Mi primer impulso, cuando pude tener impulso, fué buscar con la vista un hueco por donde echarme fuera de allí. Mi mayor confusión consistía en no poder asociar estas dos ideas: la Inquisición y el Sr. Mano de Mortero.

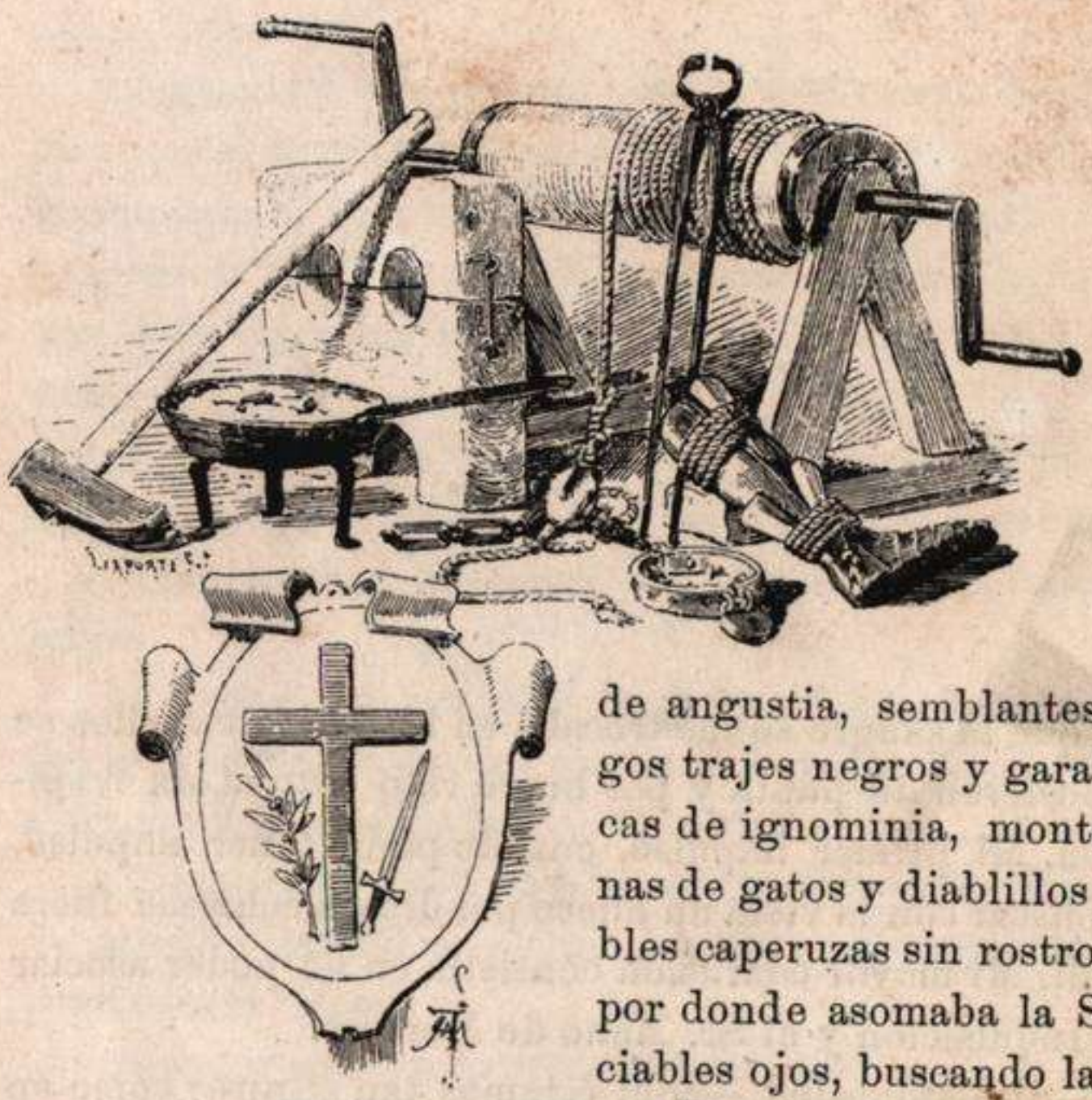
—No te asustes—dijo Monsalud,—aquí estamos tan seguros como en tu casa. Después de todo, esto no es tan feo como parece desde arriba.

Acudió en tropel á mi mente todo lo que había oido, visto y leido referente al temible tribunal. Aquel solitario y lúgubre sitio en que me encontraba desmentía un poco con su silencio y abandono las ideas de espanto que invadieron mi cerebro, porque ni se oían lamentos, ni se veían los humanos cuerpos arrastrando cadenas sobre el ensangrentado suelo. Con todo, aquel lugar, bastante pavoroso por sí, lo era mucho más desde que la fantasía lo asociaba á la tremenda Inquisición. No podía uno menos de considerarse sepultado allí. No bastaba que la razón dijera: *estoy libre*; el corazón se sentía estrechado por una mano de bronce, y el cuerpo se reconocía cobarde hasta para huir.

Era imposible dejar de ver en los indefinidos objetos que obstruían el paso horribles aparatos de tormento, que, como manos ávidas, alargaban sus garfios para agarrarle á uno las carnes; era imposible dejar de ver en movimiento toda aquella maquinaria infernal, y los apagados hornillos encenderse, cual miradas del Infierno, ascuas que resplandecían contemplando y llamando á sus víctimas; y los tornos girar, zahiriéndolas con su irónico chirrido, semejante á pullas de vieja; y los potros estirarse, deseosos de descoyuntarse á sí mismos mientras no les

(c) 2008 Ministerio de Cultura

dieran cuerpos humanos que desbaratar; y abrirse las cajas, murmurando un gruñido sordo, como bostezo de Satanás, para cerrarse luego tragándose un cuerpo humano palpitante aún de rabia y dolor. Eraimposible dejar de ver brazos amenazadores, escuetas figuras de angustia, semblantes doloridos, luengos trajes negros y garabateadas dalmáticas de ignominia, monteras de papel llenas de gatos y diablillos pintados, y horribles caperuzas sin rostro, con dos agujeros por donde asomaba la Suprema sus insaciables ojos, buscando la herejía.



Al cabo de un rato de observaciones, distinguí varias puertas á un lado y otro.

—¿Son esas las mazmorras donde están los presos—pregunté á mi amigo.

—Mazmorras son; pero aquí no hay presos.

—¡Que no hay presos en la Inquisición!

—No: esto es ya una broma, un cachivache histórico que sólo asusta á los niños de teta. Los dos ó tres presos que hay, están en el piso segundo, y se pasean por los corredores tomando el sol.

—¿Y estos instrumentos de tormento?

—Tú ves visiones: aquí no hay nada que sirva para dar tormento—dijo Monsalud dando un puntapié á una caja vacía que retumbó con lastimero acento.—¿Ves esto? Pues es una caja de botellas de vino.

—Desechos de la comilona que tuvieron el otro día los señores—dijo Mortero.

—¿Y aquellos maderos que allí se ven?—pregunté señalando unos palos en cruz, cuyo aspecto me parecía el más siniestro que se podía imaginar.

—Es un catre de tijera puesto patas arriba.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¿Y aquello que luce y parece metal?

—Un brasero viejo.

—¿Y aquello que tiene cadenas y unas como pesas?...

—La garrucha vieja que estaba en el pozo del patio grande—repuso Mortero.

—¿Y aquel cilindro horrible?

—Un tambor que servía al pregonero de la Bula.

—¿Y aquella argolla enorme?

—El aro de una pandereta con que jugaba en las Páscuas del año pasado el niño del conserge.

—Pero allí veo unas al modo de mandíbulas, que parece se van á comer á todo el género humano.

—Si es un fuelle viejo sin cuero.

—Y una caperuza.

—Fué la que me puse el Carnaval pasado.

—Algunos cachivaches de tormento deben de quedar aquí—dijo Monsalud.

—Pero están hechos pedazos y cada pieza por su lado—repuso Mortero.—Yo cojo todos los días madera y hierro para remendar las guitarras, y hacer obra nueva. Si no fuera esto no tendría materiales para la juguetería... Hago caballitos, nacimientos, peonzas, aros, ballestas y mil diversiones para los niños... Lo que servía para atormentar se lo llevaron hace poco á la cárcel de la Corona en la calle de la Cabeza... lo pidieron las comisiones de Estado... Lo que ahí queda, entre los ratones y yo lo acabaremos.

Después del temor que yo había experimentado, sufrió mi alma una transición notoria: un vivo sentimiento de lo cómico se apoderó de mí. Produjo estos efectos la disparidad que resultaba entre el terrible tribunal, como la mente lo concebía, y la grotesca realidad de sus calabozos; pero lo que principalmente había enfriado de súbito mi terrorífica excitación, era la voz, el gesto, la figura del miserable viejecillo, cuya persona en aquellas oscuridades inofensivas se asociaba al siniestro *exurge domine*. Era aquello como el despertar en sainete después de haber soñado tragedias. Como alta torre que se desploma, así cayó ante mis ojos el tremendo aparato fantástico de la Inquisición de Corte, y roto el negro capuchón, aparecía desnudo el vil mamarracho, cuya grotesca risa más inspiraba desprecio que horror.

—Pero ¿usted quién es? ¿qué hace usted aquí?—pregunté á Mortero sin poder refrenar mi impaciencia.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Yo barro las salas bajas—respondió,—limpio el patio, hago recadillos á los señores, les arreglo el calzado, subo agua, voy por una onza de rapé, saco á paseo los niños del conserge, y remiendo y compongo los sillones, las cajas, las mesas y la estantería del archivo.

Mirándole y recordando al fin su historia, no pude menos de echarme á reir. Era un antiguo chalán del Rastro, contrabandista y capitán de matuteros, gran maestro de los tomadoras del dos y hombre de empuje para todas las empresas difíciles (*). Puestas á un lado las armas, cuando con la edad se acabaron á nuestro héroe las fuerzas, se dedicó al comercio de las Américas, ó sea el tráfico del Nuevo Mundo; que estos hombres tienen hacia el Sud de Madrid las industrias de compra y venta establecidas en la Ribera de Curtidores. Mano de Mortero tuvo mala suerte. Parece que la justicia dió en decir que el almacén de aquel varón insigne se abastecía del hurto, teniendo por principales acopiadores á todos los ladrones de la Corte.

¡Infame y vil calumnia! Víctima de ella, el pobrecito Mano de Mortero hubiera sido indignamente perseguido sin la caritativa intervención de los padres de la Merced que le tenían particular afecto; y no sólo le libraron éstos de las execrables garras de la justicia, sino que lograron colocarle en un puesto humilde, pero honroso, dependiente de la consergería de la Inquisición de Corte. El sueldo era casi una limosna; pero Mortero era Mortero y se las ingeniaba en aquellas profundidades. Llevó toda su hacienda al lóbrego departamento que le destinaron y no le faltaban industrias que ejercer. ¡Extrañas anomalías del siglo! La casa de la Inquisición ofrecía un refugio al inválido de la matutería, al insigne Aquiles retirado de las epopeyas del contrabando, al atleta de las luchas con la autoridad civil.

(*) Véase *Napoleón en Chamartin*.—1.ª serie, tomo 5.º

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Cuando le hacían notar esta coincidencia singular y el amparo que recíbia en su vejez, decía sonriendo:

—Buenos barriles de vino les he regalado en mis buenos tiempos. No volvía nunca á Madrid de mis viajes sin traerles la sarta de chorizos, la pieza de cotonía inglesa, el jamón de Portugal ó las docenas de pañuelos del Bearn...

La Inquisición no era muy escrupulosa en aquellos tiempos para elegir el bajo personal que le servía. Todo el mundo sabe que cuando la de Murcia se encargò de los presos políticos después de fracasada la intentona de Torrijos en 1817, tenía por carcelero á *un gitano*. Fácil fué á los conspiradores que no habían sido puestos á la sombra, salvar de la prisión á sus compañeros. La respetable persona que los guardaba hizo lo que puede suponerse. El historiador que se ocupa del gitano, dice que en Madrid *no estaba la Inquisición mejor servida que en Murcia;* pero no nombra al insigne mano de Mortero, sin duda porque este gitano era más oscuro y subterráneo que el de Murcia. Lo que sí dice, es que *ciertos conspiradores habían encontrado medio de penetrar en la Inquisición desde una casa cercana*, á la cual por el mismo camino, vamos á pasar ahora Monsalud, yo y mis lectores, si quieren por entre estas tinieblas seguirme.

Pronto dejamos las bóvedas de la Inquisición, subimos otra escalera, pasamos á un patiecillo, donde despidiéndonos cordialmente nos abandonó el Sr. Mano. Salvador llamó á la puerta que allí se veía, y abierta por un hombre de aspecto común, nos encontramos en una casa, en una verdadera casa, como todas las que habitamos los hombres. Me parecía mentira que estaba ya fuera de la región de oscuridad y miedo.

—Aquí se respira, aquí se vive—dije á Salvador.

Después de atravesar varias piezas, llegamos á una en que había varios estantes con libros, mapas, planos, esferas geográficas y otros objetos que convidaban al estudio.

—¿Pero estamos en una academia?—pregunté.—Hemos pasado de la Inquisición á los libros... ¡Cuán cerca están el gato y el ratón!

—¿No ha venido nadie?—preguntó mi amigo al hombre que nos guiaba.

—Sí señor—repuso éste.—Allá están los señores Lopez Pinto, Infante, Zorraquín y media docena de paisanos.

—¿Pero en dónde estamos?—pregunté con viva curiosidad cuando nos dirigíamos al sitio que el portero, criado ó lo que fuese designó simplemente con la palabra *allá*.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¿No has oido decir que Su Majestad nombró en 1814 una Comisión de oficiales del ejército, para que escribiese la *Historia de la guerra de la Independencia?*

—Sí. Dicen que la obra está atrasadilla.

—¿No sabes que se dió á la Comisión un edificio de Mostrencos para que en él se reuniese, y con todo recogimiento y comodidad pudiera dedicarse á sus trabajos?

—Sí, en la calle de la Flor Baja.

—Pues en esa calle y en el edificio de la Comisión estamos. Sólo que los señores oficiales...

—En vez de dedicarse á escribir, se dedican á conspirar. También lo había oido decir. Pero hace poco, ¿no se disolvió la Comisión?

—Sí; pero ellos conservan las llaves del edificio y se reunen aquí algunas veces. Has de saber que esto no es logia masónica; es una junta de patriotas. La iniciación es sencillísima, y basta ser presentado por cualquiera de nosotros.

—Pero esta reunión... ¿cómo la tolera el Gobierno?

Monsalud alzó los hombros.

—Yo creo que el Gobierno tiene noticia de ella; pero el Gobierno está también minado, como está minada hasta la misma Inquisición.

—Por cierto que no acabo de explicarme...

—Á poco de frecuentar esta casa, descubrieron algunos que, haciendo una pequeña obra, se podía pasar fácilmente por los sótanos del edificio al cercano de la Inquisición. El arquitecto de estas viejísimas casas previó la confusión que había de venir con los tiempos nuevos y el trabajo socavador de las ideas que por todas partes se meten y toda histórica muralla horadan. Logramos seducir primero á algunos bajos empleados del Tribunal, y por último al conserge mismo. Hasta se me figura que algún inquisidor debe de tener noticia de que solemos pasar allá y revolverles un poco el archivo, pero no se atreve á decir nada, porque nos tienen miedo.

—¡Miedo los inquisidores!

—Ó simpatía... también puede ser. La Inquisición es hoy una cosa que se aburre, un instituto infinitamente fastidiado de sí mismo. Sus procesos son un bostezo. Si en los Tribunales de provincia se conserva bastante rigor (testigo de ello mi madre), el de Corte es una decrepitud lela, un aburrimiento, como te he dicho, que anuncia la paralización del sepulcro. Nos burlamos de este perplejo estafermo, que se duerme con el azote en la mano. El tunante Mortero, convirtiendo en juguetes para

(c) 2008 Ministerio de Cultura

la industria los instrumentos de suplicio, te dirá más que todos los razonamientos. Por cierto que no se ve tipo más truhanesco que este antiguo chalán del Rastro, á quien la Inquisición ha dado asilo en su casa. Una noche estaba yo en la habitación de él admirando sus industrias y oyéndole contar graciosas historias, cuando ví entrar á Doña Fé. Mientras nosotros ganábamos al buen gitano, éste había explorado la vecindad y héchose amigo de tu sirvienta. Los dos se entendían admirablemente. En prueba de ello, busca bien en tu casa y encontrarás no pocos platos de menos.

—Ya lo he notado.

—Comprenderás que sentí curiosidad y deseos de entrar en tu casa, y que, dado el carácter de Doña Fé, no me fué difícil conseguirlo.

—Tú mismo me dejaste el papel... Si supieras qué rato me hiciste pasar...!

—Esta noche entré como has visto y por los motivos que ya sabes. Vine aquí después del lance ocurrido en mi casa, y hallándome en esta misma sala, lleno de confusión, perplejidad y amargas dudas, resolví hacerte una visita. Ya ves cuán facil y natural explicación tiene lo que á tí te ha parecido efecto de masónicos conjuros. No tengas por masones á Doña Fé y al criado que ella misma te propuso; ténlos por dos grandes tunantes; échalos á la calle y ten cuidado con las puertas de tu casa.

—¡Vive Dios, que has hablado como un libro! Ahora díme qué vamos á hacer aquí, y con qué clase de gente tenemos que habérnoslas.

—Ya te he dicho que esto es una reunión de patriotas pura y simple, no una logia masónica. No esperes nada misterioso ni formulario. Eso lo hay en otras partes; pero la revolución es tan urgente y tiene tanta prisa, que ha dejado á un lado los floretes para tomar las espadas.

—Pues adelante; entremos.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XVII

PASAMOS á una pieza grande, mejor amueblada que alumbrada, en la cual había hasta diez personas. Algunas de ellas revelaban claramente su profesión militar, aunque no tenían uniforme. Hablaban en alta voz con gran algazara. Cuando Monsalud me presentó á ellos, diciendo mi nombre y apellido con la añadidura de los cargos que había desempeñado, callaron todos, y no se oyó más que un murmullo. Creeríase que mi nombre había caído en la reunión como un jarro de agua en brasero encendido.

Pero el que llamaban Zorraquín, que parecía tener cierta superioridad sobre los demás, se dignó hablarme con benevolencia.

—Las adhesiones de personas importantes que cada día recibimos—dijo con petulancia,—prueban que el absolutismo se desmorona.

—Hemos llegado á un punto—repuse,—en que es indispensable tra-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

tar de una revolución en el Gobierno. Yo no valgo nada. Usted me favorece demasiado... Doy á usted las gracias...

Y luego para mi capote añadí:

—(¡Cuatro tiros te daría yo de buena gana, tunante!)

—Eso lo reconocen todos los hombres de talento—dijo otro de los presentes.

—Yo mismo lo vengo sosteniendo—indiqué.—Público es y notorio que he aconsejado á Su Majestad... Pero á ese pobre señor... á ese pobre señor le han puesto una venda en los ojos, y es muy difícil arrancársela. La corte debiera comprender su interés y transigir con ustedes.

Y para mis adentros añadí:

—(¡Qué bien os vendría un par de carreras de baqueta á cada uno!)

—La cosa ha llegado á tal extremo—dijo el que nombraban Lopez Pinto,—que ya son contados los personajes importantes que no están dispuestos á ayudar á la revolución... Pero vamos á lo positivo, y ocupémonos de lo que nos ha reunido aquí. ¿Cómo es la gracia de ese señor?

Yo dí mi nombre, y lo apuntaron.

—¿Quién responde del Sr. Pipaón?

—Yo respondo—dijo Monsalud.—Pero siguiendo la costumbre, se extenderá un acta y él la firmará.

Maldita la gracia que me hacía poner mi nombre y rúbrica al pié de un compromiso revolucionario; pero me acordé de las amonestaciones de D. Antonio Ugarte, y eché mano á la pluma. En el documento constaba que, admitido yo á la reunión y hecho partícipe del objeto y plan de ella, me comprometía á cooperar en la obra revolucionaria. Firmaban cuatro además del presentado y del presentador, y aquella hoja se unía al cartapacio que uno de los conspiradores llevaba siempre consigo.

Encabezaba el cuaderno una declaración importantísima, punto capital del programa revolucionario, y era que aquellos señores y yo, desde tal momento, prometíamos hacer todos los esfuerzos imaginables para derrocar el absolutismo y restablecer la Constitución de Cádiz.

—(Antes os derrocaría yo la cabeza—dije para mí mientras firmaba, decorando mi faz con una sonrisilla.)

Con tan breve fórmula quedé armado caballero de la caballería demagógica, sin más petada ni espaldarazo. Esta sencillez patriarcal no dejó de llamarme la atención. Zorraquín me dijo:

—No todos los personajes importantes que se abrazan á la revolución, tienen el valor de venir aquí. Muchos hay que trabajan desde sus casas,

(c) 2008 Ministerio de Cultura

en el mismo Palacio y en los Ministerios. Parece seguro—añadió, bajando la voz,—que el Sr. Lozano de Torres es nuestro.

—Esta mañana le ví—dije yo,—y no sé por qué me pareció un poco inflamado de ardor revolucionario.

—Es indudable que esta noche deja de ser ministro.

Empezó á entrar gente, y bien pronto la sala estuvo tan llena, que hacía allí un calor sofocante. La animada conversación, las preguntas de fuego sostenían también una elevada temperatura moral. Sorprendíanse algunos de verme allí, y por mi parte no volvía de mi asombro al ver en tal sitio á ciertas personas. Aquello tenía todo el aspecto de un club, y no parecía que nos reuníamos para tratar una cuestión concreta, sino que nos congregaba el deseo de desahogar por la vía ora-

toria las pasiones políticas. Eran oidos los que más gritaban, y en ciertos momentos todos hablaban á la vez, resultando que ninguno podía ser escuchado. Yo había resuelto hacerme notar desde el primer momento, y como repetidas veces me manifestaran deseos de que dijese alguna cosa, me subí sobre un banco, y con gesto académico y cara sentimental, me expresé de este modo:

—"Señores: Voy á hablaros con toda la franqueza propia de mi ca-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

racter... porque yo llevo siempre el corazón en los labios; yo no conozco el disimulo; yo soy un hombre que hasta en sus defectos (pues tengo muchos, dicho sea sin modestia), lleva el sello de la más pura lealtad... Señores, faltaría á esa misma lealtad de que blasono si yo viniera aquí ahora haciéndome pasar por liberal de toda mi vida, cantando himnos á la Constitución y aprostrofando al absolutismo. Si eso se me exigiera por la misma puerta por donde he entrado me marcharía, con el corazón lleno de amargura, pero con la conciencia tranquila. (*Bien, bien.*)

„No: yo no puedo presentarme aquí alardeando de servicios prestados á la causa constitucional, ni afectando un entusiasmo tardío. Quédese eso en buen hora para los que se vuelven siempre al sol que más calienta, para los que adoran el triunfo, cualquiera que este sea. Yo diré más, señores: yo levantaré ante vosotros, hombres honrados y leales, mi cabeza humilde, pero honrada también, y diré: "Señores, he sido absolutista; he servido al Gobierno absoluto; me he honrado con la amistad de mi Soberano, á quien desde aquí respetuosamente saludo.„ Diré más aún; diré: "Yo he trabajado contra la revolución; he procurado atajarla por cuantos medios estaban á mi alcance.„ Pues bien, señores, esta franca declaración mía, ¿no es una garantía de mis intenciones? ¿No prueba que no soy un aventurero? ¿No indica claramente que traigo aquí ideas de rectitud, de buen proceder, y sobre todo del más puro patriotismo y lealtad? (*Sí, sí.*)

„Pero los que me escuchan dirán: "¿Cómo este hombre, que ha servido al absolutismo, viene á servirnos ahora á nosotros?„ Se hablará de defección, de inconsecuencia, de falta de lógica. No, señores, no, y mil veces no. Yo he visto el abismo á que es rápidamente conducida la Nación por hombres perversos; yo veo los graves, los hondos, los inmensos males de la patria; veo á la corte desbocada, digámoslo así, por un carril de males; la veo tocando ya al término de la perdición, de la ruina. Hago esfuerzos para salvarla, y no puedo; quiero detenerla, y me atropella; le grito, y no oye. ¿Qué hacer, señores, qué hacer? ¿Cruzarme de brazos y contemplar con fría imperturbabilidad el desdoro y la destrucción de mi patria? ¿Encerrarme en mi egoismo, no ver más que mi propia persona y dejar que la revolución y el absolutismo se despedacen en feroz encuentro? ¡Oh! no, señores, y mil veces no. Los que tenemos un corazón que nace al dulce nombre de patria; los que hacemos nuestras las alegrías y las penas de la tierra en que hemos nacido, no podemos proceder de esa manera. Una voz dolorida suena en nuestro cerebro, y el corazón palpita al representarse las angustias de la patria agoni-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

zante. Bendita seas una y mil veces ¡oh patria generosa, bella y desdichada! ¡Bendita seas, y malditos los que no estén prontos á derramar por tí la última gota de su sangre! (*Emoción general.*)

Tuve que detenerme, porque yo también me conmovía y la voz se ahogaba en mi garganta.

—Perdonadme, señores—continué, reponiéndome y pasando el pañuelo por mis ojos;—perdonadme si mis palabras desdicen de la gravedad de este lugar, si me dejo llevar de sentimientos... porque sin quererlo... casi me he puesto en ridículo. (*No, no; que siga.*) No puedo tratar de ciertos asuntos sin mostrar toda la sensibilidad de mi corazón.. Pues decía, señores, que un hombre honrado no puede permanecer tranquilo en presencia de los males gravísimos que todos conocemos. Yo, como otros muchos, he fijado los ojos en la idea que bullía en estos lugares secretos. Por lo mismo que la combatí, reconozco su poder; ¿á qué negarlo? Nadie se atreverá á sostener que la idea liberal es mala en sí; nadie, nadie. Yo mismo, que la he combatido, he dicho, fijaos bien, señores; he dicho que la idea liberal y aun la Constitución del 12 podían ser de provecho en determinado día... Pues ¿quién duda eso? Estableciόse el absolutismo cuando era natural y lógico que se estableciera, porque la desorganización nacional, consecuencia lógica de la guerra, exigía una unidad poderosa que amalgamara los elementos dispersos. Pero el absolutismo, entiéndase bien esta idea, que yo he sostenido siempre, no podía considerarse sino como transitorio, como una obra de las circunstancias. Bien claro lo dice el Manifiesto del 4 de Mayo de 1814. Pues bien; así como fué natural y lógico establecer el absolutismo, entiéndase bien, señores, ahora es lógico y naturalísimo que el absolutismo cese... No; España no puede continuar por más tiempo siendo una excepción en Europa. No sólo Luis XVIII, sino también Alejandro, el autócrata ruso, ha aconsejado á nuestro Rey la adopción de una Carta constitucional. Esto es lo lógico; los tiempos lo reclaman, el país lo pide á grito herido; porque el país señores, tiene mejor que nadie el instinto de su conveniencia; y así como aplaudió hace cinco años el absolutismo, aplaudirá ahora el Gobierno liberal, sábiamente establecido. Y ahora pregunto yo: en estas ideas que he vertido, y que son norma de mi conducta, ¿hay defección, hay inconsecuencia, hay falta de formalidad? (*No, no.*)

„Repito que yo no vengo aquí á proclamarme revolucionario rabioso. No soy ni siquiera revolucionario. Mi sistema político se funda en un orden perfecto, en una concordia preciosa. Gobierno prudente y li-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

beral; reformas sabias; respeto á Su Majestad; orden, mucho orden. Si se trata de escándalos, de disturbios sangrientos, me marcharé por donde he venido, é iré á llorar en la soledad de mi retiro los males de la patria y los errores y la ceguera de mis conciudadanos. *(Muy bien.)* No me pidan manifestaciones calurosas. Trabajaré por el cambio de Gobierno. Trabajaré con ardor y celo, pero sin demostrar esa vana oficiosidad de los que se unen á las revoluciones para desacreditarlas, mien-

tras sacan provecho de ellas. Yo no quiero provecho; yo quiero ser el primero en el trabajo y el último en la recompensa. Quiero ser el último, señores; quiero permanecer en la oscuridad el día del triunfo. El que no se acuerde de mí en dicho día, me hará el mejor servicio que puedo apetecer. Ruego á todos los presentes que no vean en mí más que un hombre oscuro, que podrá equivocarse, que se ha equivocado tal vez, pero que jamás ha fingido sentimientos ni ideas que no sintiera. Con la misma lealtad y franqueza con que expuse antes mis servicios al abso-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

lutismo, declaro ahora que creo en el triunfo de las ideas liberales. Yo no engaño, yo no finjo, yo no hago papeles diversos; yo no tengo entusiasmos hoy, frialdades mañana y veleidad y novelería siempre; en una palabra, yo no sirvo á partidos, ni á pandillas, ni á poderes, ni á reyes, sino á la madre que reverencio y adoro, á la patria idolatrada, objeto de todas mis ansias, de todos mis desvelos, de todos mis amores. Fijos los ojos en la patria, exclamó: *Joven libertad, yo te saludo.*—He dicho.„

Concluí mi discurso entre señales de aprobación tan manifiestas y calurosas, que, á pesar de estar yo en el secreto, como autor de la pieza oratoria que acaba de leerse, no pude menos de admirarme de mí mismo. Mi discurso, dicho sea sin modestia, era un modelo en ese género resbaladizo, flexible y acomodaticio, que sirve, mediante hábiles perfidias de lógica y de estilo, para defender todas las ideas y pasar de uno á otro campo. Era un modelo en lo que podemos llamar el género de la transición. Yo descubría maravillosas facultades para la política.

Los buenos revolucionarios, al aplaudirme y al admirarme irreflexivamente sin reparar mis antecedentes, no hacían más que cumplir las condiciones inevitables de su carácter, que eran candor y generosidad. La mayor parte de ellos tenían una buena fé excesiva, y abrían los brazos á todo el mundo, viniera de donde viniese. Dejábanse cautivar por los discursos amañados y retumbantes, sin reparar de qué boca salían, dándose el caso aquella noche de que á un hombre como yo le festejaran, considerándole como una esperanza de la joven libertad, á quien ardientemente saludara.

Otros hablaron después que yo; pero no se oyeron más que discursos violentos, sin aquella mesura y espíritu práctico y justo medio y prudencia y pulso que resplandecían en el mío. Yo hablé como hombre de gobierno: ellos como agitadores desalmados, Yo hablé desde un terreno en que fácilmente se podía volver la vista al absolutismo y al constitucionalismo, vistiendo al uno con los trajes del otro, según conviniera; ellos quemaban sus atrevidas naves, declarándose jacobinos. ¡Diferencia notable! El porvenir era mío. Ellos morirían despedazados por sí mismos.

Ultimamente la reunión se dividió en grupos, y hablaban todos á un tiempo. Yo advertí que Monsalud, Zorraquín y otros habían desaparecido después de mi presentación, sin oir mi discurso, y curioso por saber donde se escondían, lo pregunté á un señor ex-colector de Espolios que conmigo charlaba.

—Están en la sala inmediata—me dijo.—Esas cabezas de la conspi-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

ración deliberan secretamente. Para pasar allí es preciso haber trabajado mucho y servido bien á la causa. Creo que esta noche hay noticias importantes: ya nos las dirán. Se dice que va á salir al momento un comisionado para Andalucía.

Uno que parecía militar de elevada graduación se acercó y nos dijo:

—Se asegura que esta noche misma vendrá aquí por primera vez á inscribirse y á comprometerse D. Juan Esteban Lozano de Torres.

—¡Hombre!... ¡Tan pronto!...—exclamé yo.

—Sr. de Pipaón, aprendamos á ver claro y á no juzgar á las personas por lo que aparentan. Yo mismo he visto á Lozano en la logia masónica de la calle de las Tres Cruces.

—La verdadera masonería dicen que no es revolucionaria.

—Hay de todo; por ahí se empieza.

—No: no es que yo ponga mi mano en el fuego por la pureza antirevolucionaria de D. Juan Esteban—dije.—Él, como todos nosotros, habrá comprendido que es imposible sostener el absolutismo... Quien no se dejará bautizar fácilmente con estas aguas, amigo, es el señor marqués de M***, á quien se indica para sucesor de Lozano.

—También lo creo así. El marqués de M*** no será de los nuestros hasta que no triunfemos. Su anticonstitucionalismo consiste en que no cree en la posibilidad de la caida. Allá veremos. Me temo que si entra ese señor en el Ministerio, sea esta la última noche en que nos reunamos aquí.

—Es posible.

—Pero no faltará un agujero. Madrid es muy grande, y la policía, en su previsión incomparable, no deja de simpatizar con las sociedades secretas. Felizmente ahora se han reunido fondos...

—La cosa—dijo el militar, dando á esta palabra (cosa) el sentido revolucionario que siempre tiene en vísperas de trastornos,—vendrá esta vez de Andalucía.

—Sí; esta noche misma sale un comisionado para allá. El ejército de la Isla y las tropas que con motivo de la fiebre están acantonadas en las Cabezas de San Juan, serán las que nos saquen de penas.

—Conozco á algunos jefes—indiqué.

—Y yo á todos—dijo el militar.

—¿Á Rafael del Riego?...

—De ese no puede esperarse gran cosa. Es un hombre que por milagro de Dios sabe leer y escribir.

—Mucho corazón.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Regular nada más. En lengua sí le ganan poco. Es de los que más hablan y de los que menos hacen.

De improviso entró en la reunión un hombre á quien yo había visto mucho en Palacio, y que aún en aquella época privaba mucho con Ramirez de Arellano y Villar Frontín.

—Señores—gritó con voz estentórea,—el marqués de M*** es ministro de Gracia y Justicia.

—¡Viva Lozano de Torres!—exclamó uno de los presentes.

—Su Excelencia ha salido desterrado para el castillo de San Antón de la Coruña.

—No podía faltar el paseito—dijo el ex-colector.

—Ahora mucho cuidado. El Sr. D. Buenaventura nos enviará aquí sus perros. Ya no tendremos un jefe de policía que ampare la reunión.

La conversación se animó. Hubo amenazas, promesas, votos, juramentos y proyectos. Yo me mantenía siempre en una actitud de dignidad y reserva, como hombre amante del justo medio y enemigo de escándalos. Se respiraba allí una atmósfera de pasión que no era la más á propósito para mí y empecé á sentir hastío. Sin embargo de esto, hice aquella noche algunas amistades. ¡Cuántos hombres conocidos encontré allí y con cuántos desconocidos trabé relaciones! Había gran número de personas muy notorias por su probidad, per su honrada vida en el comercio y en la industria; había altos empleados que sirvieron ó servían aún con buena nota; liberales exaltados que llevaban en sus manos la señal de las esposas del presidio, revolucionarios frenéticos y templados, hombres de ideas nobles y hombres de acción ruda, personas sencillas las unas, inteligentes y astutas las otras, la violencia y la persuación, la sencillez y la anarquía. Para que nada faltase, ví algunos que se habían distinguido en los seis años por su absolutismo furibundo. El pan que iba á salir de aquel amasijo, sólo Dios lo sabía.

Al fin aparecieron los que se ocultaron al principio de la sesión, y Zorraquín dijo:

—Señores, es preciso que nos retiremos. La entrada del marqués de M*** en el ministerio nos quita toda seguridad, y esta casa puede ser registrada cuando menos se piense. Si el Sr. Lozano no nos protegía abiertamente, me consta que hacía la vista gorda; es decir, que no quería meterse con nosotros y perseguía tan sólo á nuestros agentes. El *Tigre* no hará lo que el *Zorro* y dirigirá sus golpes á lo alto. Quizás á esta hora estén cambiados los agentes de policía. Precaución, pues, y cada cual á su casa. Se avisará.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Lentamente fueron desfilando todos. Hubo despedidas cariñosas, apretones de mano, promesas, citas particulares para el día siguiente. Todo era concordia y entrañable afecto. Monsalud y yo nos quedamos los últimos. Riéndome, no sé si de mí mismo ó de qué, le dije:

—¿Con que soy masón?

—Masón no—me respondió.—La masonería, propiamente dicha, no es revolucionaria, aunque el vulgo y los absolutistas llaman masones á los que conspiran. Ya te dije que esto no es una logia, sino una reunión; lo que en Francia llaman un club.

—¿De modo que no soy todavía masón, propiamente dicho? Pues bien, soy liberal.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XVIII

rompí á reir con más fuerza. La revolución individual se había consumado en mí. La segunda casaca, no menos ridícula á mis ojos que la ropilla encarnada de un bufón, pesaba sobre mis hombros.

—Una cosa no me ha gustado Salvador—le dije cuando salimos á la calle, —y es que han tratado ustedes secretamente lo más importante de la reunión. ¿Por qué no había de cooperar yo con mis consejos á lo que se está tramando?

—¿Acabas de sentar plaza y ya pretendes ser general?

—Qué quieres... yo soy así... Pero, ¿á dónde vamos ahora?

—Adonde gustes. Yo tengo que salir para Andalucía al rayar el día, quisiera tomar alguna cosa y descansar un poco.

—¡Ah! eres tú el comisionado que va á Andalucía—exclamé con viveza.—Dicen que vendrá de allí eso que llaman *la cosa*. ¿Vas á llevarles dinero ó instrucciones? Se me figura que de todo llevarás.

—Mucho quieres saber en poco tiempo—me dijo.—Te advierto que nunca he sido indiscreto. Sigue concurriendo á la reunión, muéstrate activo y servicial, y pondrás tus manos en la masa fina.

—Tienes razón, no debo ser curioso. Pero díme tú que estás en los secretos, ¿la revolución vendrá pronto?

—Aunque no tengo la fé ciega de otros, creo que esta vez ha de re-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

sultar algo de provecho. Se ha trabajado tanto, se ha llevado el hilo de la conjuración á tantas partes, que á poco que de él se tire habrá movimiento en diversos puntos, y cuando el Gobierno quiera cortarlo, se enredará en él.

—Por lo que veo y por lo que he oido, tú eres de los que más han trabajado en estos líos—dije procurando ganarme toda la simpatía de mi amigo.—Desde la conspiración de Porlier andas en danza, Salvadorcillo, según lo prueba la hoja de servicios que me enseñó Lozano de Torres. ¿Sabes que por mucho que te den el día del triunfo, no habrá bastante con que recompensarte?

—Yo no trabajo por recompensas, amigo Bragas—replicó;—trabajo por una pasión irresistible y poderosa que me ocupa todo desde que me ví maldecido por mi patria y arrojado al suelo extranjero como una bestia maligna. Esta pasión es la que me impele, es la que me mueve, haciéndome infatigable; la que me hace afrontar todos los peligros y despreciar la muerte, á que mil veces he estado expuesto.

—Yo también tengo una verdadera pasión porque mejore la suerte de mi querida patria. Salvador, entre tú y yo hemos de hacer algo muy sonado.

—Mi ambición y la tuya son muy distintas. Tú has empezado á creer que esto va mal desde que has empezado á perder tu valimiento. Yo he creido siempre lo mismo, y mucho me temo que aun después del triunfo, sigan pareciéndome las cosas de mi país tan malas como antes. Esto es un conjunto tan horrible de ignorancia, de mala fé, de corrupción, de debilidad, que recelo esté el mal demasiado hondo, para que lo puedan remediar los revolucionarios. Entre éstos se ve de todo; hay hombres de mucho mérito, buenas cabezas, corazones de oro; pero así mismo los hay tan vanos como bullangueros, que buscan el ruido y el tumulto, no faltando muchos que están llenos de buena fé; pero carecen de luces y de sentido común. Yo he observado este conjunto en que se revuelven sin poderse unir la grandeza de las ideas con la mezquindad de las ambiciones; he sentido al principio cierto temor; pero después de meditarlo, he concluido afirmando que los males que pueda traer la revolución no serán nunca tan grandes como los del absolutismo. Y si lo son—continuó desdeñosamente—bien merecidos los tienen. Si esto ha de seguir llevando el nombre de Nación, es preciso que en ella se vuelva lo de abajo arriba y lo de arriba abajo, que el sentido común ultrajado se vengue, arrastrando y despedazando tanto ídolo ridículo, tanta necedad y barbarie erigidas en instituciones vivas; es preciso que haya una re-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

novación tal de la patria, que nada de lo antiguo subsista, y se hunda todo con estrépito, aplastando á los estúpidos que se obstinan en sostener sobre sus hombros una fábrica caduca. Y esto se ha de hacer de repente, con violencia, porque si no se hace así no se hace nunca. Ya sabemos lo que son las promesas hechas en manifiesto durante los días de miedo. Aquí se han de romper á hachazos las puertas de la tiranía para destruirlas, porque si las abrimos con ganzúa ó con su propia llave, quedarán en pié y volverán á cerrarse.

—Salvador, me espantan tus ideas—dije yo, no pudiendo renunciar á mi papel de sustentador del orden social.

—Pues acabas de comprometerte á defender estas ideas que tanto te espantan. Si quieres que siga gobernando á una Nación como esta el capricho de un Rey ó la ambición infame de media docena de lacayos; si quieres que todo el manejo de la fortuna del Reino esté al arbitrio de una mujerzuela ó de un palaciego adulador; si quieres que la parte principal de la riqueza del país sea chupada por un enjambre de holgazanes corrompidos, sin ley de Dios ni de los hombres; si quieres que la ignorancia y la barbarie de los pueblos sean ley del Estado, y que se proscriban los libros como una plaga; si quieres que un capellán de monjas más estúpido, aunque menos gracioso que fray Gerundio, ponga su veto á las obras del entendimiento más sublime; si quieres que siga este envilecimiento en que tantos séres viven, gobernados como carneros, y sin saber ni pedir cuenta de su conducta á los que les gobiernan; si quieres que todos los hombres eminentes se mueran de miseria y dolor en los calabozos ó en los presidios de Africa, y que los mejores títulos para escalar las altas posiciones sean aquí la adulación, la bajeza, la nulidad, la ignorancia, la intriga; si quieres esto, Pipaón, ¿para qué has salido de Palacio y has entrado en el club?

—Veo, amigo Salvador—le dije con complacencia,—que has aprendido en la emigración muchas cosas que antes no sabías.

—La desgracia abre los ojos—me contestó,—y la desgracia en países que son una perpétua lección para el nuestro, es la mejor maestra que se conoce. Tengo una fé inmensa en el éxito definitivo de mis ideas; tengo la creencia de que al fin y al cabo triunfarán, y serán tan comunes á todos como son hoy comunes la ignorancia y la ceguera de una gran parte de los españoles.

—De modo que ahora...

—Ahora, si he de hablarte con franqueza, no creo yo que las ideas liberales sean bien comprendidas, ni menos bien practicadas.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Es decir, que serán una calamidad.

—Hasta cierto punto, sí.

—Entonces los que las predican hacen mal, y los que tratan de establecer el sistema liberal, peor.

—No, porque alguna vez se ha de empezar.

—El pueblo necesita ser ilustrado para poder practicar la libertad.

—Y necesita practicar la libertad para ilustrarse. Parece que esto es un círculo vicioso; pero no lo es realmente. ¿Por dónde se empieza? Esta es la cuestión. Comprenderás que todas las cosas tienen su principio doloroso. El hombre antes de andar en dos piés, ha andado á gatas. Supongo que por evitarte los tropezones que acompañan á los primeros pasos, no desearás tú que el género humano ande siempre á cuatro piés.

—Ciertamente que no.

—En ese período estamos, amigo.

—¿En el de los cuatro piés?

—Exactamente. Yo le digo á la sociedad española: "levántate,„ y me responde: "no sé andar derecha.„ Los frailes y los palaciegos le aconsejan que no se meta en la peligrosísima aventura de marchar como la gente. Al fin le azuzamos tanto, que se levanta.

—¡Y á los pocos pasos, al suelo!

—Pero la estimulamos de nuevo con ruegos, ó á latigazos, si es preciso.—Afligida, repite ella: "Si no sé, si me caigo, ¿qué debo hacer para aprender á andar?„ Y le contestamos: "Andar, andar siempre.„

—Bien, muy bien, Sr. Monsalud—dije riendo.—Dios quiera que el tropezón que vamos á dar ahora no sea tal, que nos rompamos las narices...

—Y andará, al fin tiene que andar—añadió.—Decirte cuánto he trabajado por que llegue el día del triunfo; pintarte los peligros que he corrido, y la extraordinaria constancia mía al inaugurar una tentativa al pié mismo de los cadalsos donde ha espirado la anterior, sería imposible. Esta fuerza, este afán incesante, sin desmayar nunca, sin desconfiar del éxito, á pesar de las repetidas contrariedades que han agobiado y descorazonado á tantos, no se tiene sino cuando el alma está llena y ocupada por esas ardientes y potentes ideas, por las pasiones políticas que alientan y queman. Para desafiar la muerte es preciso no temerla, y este arrojo imperturbable, sólo cabe en corazones limpios de toda ambición pequeña.

—Comprendo que los trabajos han sido muchos; pero no me hables de los peligros, porque no creo en ellos. Pues qué ¿no es sabido que los

(c) 2008 Ministerio de Cultura

conspiradores y masones ó lo que sean, burlan la policía y la justicia, cual si estuviesen de acuerdo con el Gobierno?

—Te diré: es cierto que hoy se ha relajado considerablemente la justicia; pero es porque al Gobierno le ha entrado ya el mareo de la perdición, le ha entrado el aturdimiento que indica su próxima ruina. El absolutismo mismo, esa fiera indócil é incapaz de benignidad, parece como que quiere congraciarse con la revolución. Esto no es tolerancia, Pipaón, esto es cobardía... Recuerda que Porlier fué ahorcado, Lacy fusilado y Vidal y sus infelices compañeros inmolados también en un aparato lúgubre que indica la crueldad más refinada... Hoy el absolutismo no ahorca; mas no porque no sepa hacerlo. Ahora le tocá á él tener miedo... Sin embargo, la impunidad que hoy disfrutan los revoltosos, tiene sus límites. Cierto que hacen su voluntad y conspiran una multitud de personajes que han ocupado altos puestos ó los ocupan hoy. Con estos transigirá siempre el Gobierno, porque no es cosa de meter en la carcel á un Consejero de Estado ó á un capitán general. Con los que el absolutismo no transige es con los que, como yo, no son ni siquiera sargentos, ni siquiera covachuelos, y se atreven, sin embargo, á atentar contra lo existente. Para los que no somos nada, la impunidad no existe. Otros, si son cogidos, sufrirán pequeño arresto, ó una detención insignificante, recibiendo algún recadito del Ministro, de tal dama, ó de cual palaciego: en cambio yo y otros como yo, si somos cogidos, lo pasaremos mal.

—¿No eres amigo del Sr. Villela?

—Pero el Sr. Villela, aunque conspira, conspira á lo cortesano, y es esclavo de las conveniencias. Es mi amigo, pero sólo hasta cierto punto, y en tanto cuanto no se comprometa por mí. No creas que me fiaría del *Elefante* en un caso de apuro. Los protectores y còmplices de la Corte

(c) 2008 Ministerio de Cultura

sirven de poco. ¿Piensas que me hubiera sido facil escapar de las garras del marqués de M*** si por desgracia hubiera caído en ellas esta noche?

—Tú me has dicho que has sobornado á muchos polizontes, y por lo que Zorraquín me indicó, se comprende que la policía no os molestará mucho.

—Pero no estoy libre de la policía de la Inquisición—añadió Salvador,—lo cual es muy distinto.

—Hace poco, cuando estábamos en aquellos sótanos tan apacibles, me dijiste que la Inquisición era una burla, un fantasma.

—Una burla y un fantasma porque no es lo que era, es decir, porque no quema, ni descuartiza, ni descoyunta, pero aún tiene presos y alguna vez se da el gustazo de atormentar. Si he de hablarte con franqueza, en este período de perdición y desvanecimiento en que ha entrado el absolutismo, no temo ni que me ahorquen ni que me fusilen, porque además de la flojedad del Gobierno, no faltaría quien me salvase; pero temo las molestias, y sobre todo la falta de libertad. Por eso varío de domicilio con tanta frecuencia, con objeto de evitar á los infames hurones que olfatean la revolución, faltos de valor para destruirla. Por eso he organizado una especie de policía á mi manera, la cual me permite conocer gran parte de lo que pasa en los ministerios y en Palacio, en la Corte y fuera de ella.

—¡Admirable habilidad la tuya! Por lo que has hecho en mi casa, juzgo de los demás—le dije.—Ya no me sorprende que tuvieras noticia de la orden secreta dada por el Supremo Consejo para poner en libertad á tu madre, ni que sepas la venida de Carlos Navarro, cuando su misma mujer no sabe lo que hace.

—Eso lo sé por un amigo llegado ayer.

—Mientras más hablo contigo, más me alegro de renovar nuestra antigua amistad—le dije cariñosamente y con franqueza.—Creo que entre los dos podremos hacer algo de provecho. Sigamos nuestras relaciones... escríbeme... Quiero saber día por día cómo va nuestra querida revolución... porque yo, Salvador, soy todo tuyo.

—Entusiasmado estás. Veremos si dentro de algún tiempo dices lo mismo—me contestó deteniéndose.

Habíamos llegado á la Puerta del Sol y junto al café de Levante.

—¿Es hora ya de que nos separemos?—le pregunté.

—Sí; te ruego que no me acompañes más. Ahora necesito estar solo.

—¿Y no puedo seguir en tu agradabilísima compañía hasta el momento en que te pongas en camino?

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—No, querido Pipaón. Ahora deseo quedarme solo. Unos amigos me esperan aquí. Tengo que arreglar mi viaje. Con que...

—¡Pues adios, ilustre y heróico joven!—le dije abrazándole.—¡Cuántas cosas han pasado desde que te apareciste en mi casa! ¡Qué nuevo mundo de ideas! Entre morir y resucitar no hay tanta diferencia. ¡Si me parece que he vuelto á nacer!... Soy otro, Salvador.

—Falta que seas consecuente, que comprendas bien la gravedad de tu misión ahora.

—Tomándote por modelo, mi querido amigo, no me equivocaré... ¡Venga otro abrazo... otro! Si no me canso de abrazarte. Que vuelvas pronto y nos traigas la revolución. ¡Oh! ¡la revolución!...

—Adios.

—Soy todo tuyo... todo tuyo y de la libertad. Adios.

Nos separamos. Yo corrí á mi casa. El frío de la madrugada, azotándome el rostro, me obligaba á marchar velozmente como un ladrón que huye ó un amante que acude á la cita.

Gran asombro me causó hallar á Genara levantada. Su palidez indicaba doloroso insomnio. Tenía en los ojos un exceso de atención y de vida, semejante á los primeros síntomas del delirio mental.

—¿Cómo es eso?... ¿En pié á estas horas?—le dije.

—Gusto de madrugar—me respondió señalando las ventanas por donde entraban las primeras luces del día.—Vea usted. Ya amanece.

—¡Ah! señora—exclamé compungidamente.—Vengo de cumplir el más penoso de los deberes... ¡Terrible trance que ha llenado de angustia mi corazón!... pero en fin, el deber es lo primero.

—¿De qué habla usted?

—¡Y me lo pregunta! ¡Y se hace la ignorante!... Pues qué, ¿necesito decir que ese miserable enemigo nuestro se halla en poder de la justicia, que bien pronto, ¡oh dolorosa y tristísima idea! ¿le hará expiar sus nefandos delitos?

—¿El que estaba aquí?...—preguntó, venciendo su perplejidad.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Pero, Genara, ¿es posible que no haya comprendido usted mi intención y el gran celo con que esta noche la he servido?

—¿Á mí?

—¡Á usted! Francamente, amiga mía, sólo por usted, sólo por el gran amor que profeso á su familia, he podido yo llevar á cabo la penosa empresa de esta noche... Le aseguro á usted que mi corazón está destrozado.

—Nada comprendo. Sólo sé que, después de charlar en confianza, salieron ustedes juntos.

—¿Y lo demás, es preciso decirlo letra por letra?... ¡Qué tonta es la niña!... ¿Pues no se comprende que si salí con él fué para llevarlo astutamente y con sutil engaño á un punto donde no pudiera hacer ninguna resistencia?...

—¡Para prenderle!—exclamó con asombro.

—Pues es claro... ¡Y se asombra!... ¿Pues no era este el gran empeño de usted?... El infeliz, al escapar de la emboscada que le prepararon en su casa, creyó encontrar refugio y amparo en la mía; pero se la he pegado bien... Fingiendo que le conducía á paraje seguro, le puse entre los dientes del dragón. Con que, señora mía, los vivos deseos de usted están satisfechos. ¿Me he portado bien?

—De modo, que fingiéndose amigo...

—Eso es, fingiendo que le protegía, le entregué á los sayones de don Buenaventura, que darán cuenta de él.

—¡Qué felonía!—exclamó con arranque tan espontáneo que me desconcerté.

Después, tratando de reponerse, me dijo:

—Pero más vale así, para que no se pierda mi trabajo.

—¡Ah! lo que es esta vez subirá al casalso, estoy seguro de ello... Pero noto en el semblante de usted síntomas de lástima, Genara.

Y era verdad que los notaba.

—Justicia y generosidad no se excluyen—me respondió.—Ya he dicho á usted que detesto al delincuente, pero que compadezco al encausado.

—Estoy notando que en el espíritu de usted se encadenan de una manera misteriosa el odio y la compasión—le dije.—De tal manera las pasiones humanas, originándose las unas á la otras, llevan el alma á extremos lamentables.

—¿Dice usted que ahora no escapará?

—Pero, ¿no sabe usted que el marqués de M*** está en el ministerio?

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Con esto se ha dicho todo. Lo ahorcarán sin remedio y pronto, muy pronto. Ya se acabó la impunidad de los agitadores y jacobinos. Por cierto, Genarita, que usted y yo nos hemos lucido. ¡Qué gran servicio hemos prestado á la patria! Lástima grande que no siguiera usted descubriendo criminales y yo echándoles el guante.

Dirigióme una mirada rencorosa. Arrojándose en un sillón, apoyaba su frente en la palma de la mano.

—Cuando se pasa la noche sin dormir—dijo,—la cabeza es de plomo.

—¡Noche de emociones!—indiqué.—Yo sí que las he tenido buenas. Figúrese usted... ¡Tener que vender á un hombre de quien uno ha sido amigo!... ¡Entregarle á la justicia!... ¡Engañarle!... ¡es horrible!... Y todo lo he hecho por usted, Genara, por complacerla, porque se tranquilizase usted, por dejar satisfechas esas violentas pasiones de la mujer más caprichosa de la tierra.

—Mi abuelo dice que ya no ahorcan á nadie—indicó, fijando en mí sus ojos que pedían no sé qué desconocida misericordia.

—¿Se inclina usted á la generosidad? ¿Venimos ahora con blanduras? Las mujeres... nunca se sabe lo que quieren.

—No... dejémonos de generosidades humillantes.

—Eso es... palo en él... duro. Sea usted como yo, inexorable.

—Sí—dijo Genara, levantándose y mostrándome su rostro teñido súbitamente de apasionados fulgores.—Sí, la palabra de estos tiempos, el lema de mi familia debe ser: ¡castigo!

—¡Castigo! Sí. ¡Qué bien he interpretado el deseo de usted!

—Mi deseo es... ¡que muera!

Descargó la trágica mano en el aire, y su hermoso semblante lleno de luz, de majestad, de inexplicable imán de amores, se entenebreció con el ceño propio de una divinidad ofendida y vengadora.

Al mismo tiempo sonaron voces en la puerta de la casa.

—¡Mi marido!—gritó la dama.

Después de breve pausa de confusión y estupor, Genara corrió al encuentro de Carlos Navarro, que acababa de llegar en compañía de dos amigos, dos guerrilleros barbudos, dos salvajes de voz dura y miradas terribles y cuerpos y voluntades de acero.

Un instante después de su llegada, yo me colgaba al cuello de Carlos Garrote y estrechándole ardorosamente hasta sofocarle, le decía con voz conmovida:

—Bien venido sea, bien venido sea el insigne guerrero... ¡Gracias á Dios!... No podía usted venir más á tiempo. ¡Parece que le envía el cielo,

(c) 2008 Ministerio de Cultura

ahora que levanta por todas partes su cabeza la hidra revolucionaria; ahora que bullen las infames sociedades secretas y está Madrid lleno de miserables conspiradores y masones, los cuales con horrible alevosía tratan de hacer una revolución... ¡oportunidad admirable!

—¿Revolución? Lo veremos—dijo con acrimonia Carlos, correspondiendo afectuosamente á mis demostraciones.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XIX

CARLOS Navarro, al día siguiente de su llegada, me notificó que su familia abandonaba mi casa. Además de que no parecía ser de su agrado aquella residencia, las habitaciones en que moraban no eran suficientes para cinco personas, pues Navarro no quería separarse de sus dos amigos. Alquiló, pues, una hermosa casa amueblada con lujo en la solitaria calle de *Sal si puedes*, hermosa vivienda, perteneciente á un grande que viajaba por el extranjero. Carlos era hombre rico y nada tacaño en el gasto y brillo de su persona: así es que, extinguido el imperio del avariento Baraona, púsose la familia en un pié de

(c) 2008 Ministerio de Cultura

opulencia que eclipsó mi decorosa medianía. Tenían casa hermosa, aunque pequeña, varios criados y cuadras y cocheras, anejas al mismo edificio. No sé si he dicho que Garrote era coronel de ejército, merced al reconocimiento de grados que se hizo á los guerrilleros; y si él hubiera sido pedigüeño como otros, habría obtenido la faja.

Como vivíamos tan cerca, casi todos los días me tenían allá. Baraona, que cada vez se inclinaba más á la tierra, no podía pasar sin mis noticias, ni sin mi atención, cuando soltaba la sin hueso en pró del régimen absoluto. Carlos se preocupaba mucho tambiéu de política.

Genara me parecía más taciturna después de la llegada de su esposo; y si he de decir verdad, yo no advertía entre uno y otro aquellas señales de mutuo afecto, de amable cortesía que indican perfecta paz y concordia en un matrimonio. Genara y Carlos se hablaban poco y con frialdad. Nunca reñían; pero manteníanse á cierta distancia el uno del otro, más bien como conocidos indiferentes que como esposos. Noté en él no sé qué desconfianza vigilante, y en ella cierta reserva ocultadora. Por algunas palabras y acciones de Carlos comprendí que acechaba. Por el silencio y la conducta de Genara comprendí que temía...

Yo no sabía á qué atribuir tales fenómenos, que habían empezado á notarse desde que se verificó el matrimonio, aunque no tomaron carácter alarmante hasta la época á que me refiero. ¿Provenían de una profunda desconformidad entre sus caracteres? Bien podía ser, porque Carlos, hombre de corazón recto, era muy rudo y al mismo tiempo sencillo, sin delicadezas, enemigo acérrimo de novedades dentro y fuera de la casa, muy reservado, ardiente, profundo, áspero y de una constancia y perdurabilidad enorme en sus sentimientos y afecciones. Genara, á quien yo no conocía bien aún, parecióme que estaba fundida en moldes muy distintos.

Un día fuí, como de costumbre, á hablar con Carlos de política. No necesito decir que yo disimulaba perfectamente mi complicidad revolucionaria, pues si aquella gente tan fanática hubiera conocido mis veleidades, no lo pasara bien este degraciado. Los Baraonas y los Garrotes, procedentes de los más duro de las formidables canteras vascongadas, eran gentes con las cuales no se podía jugar en materia de ideas políticas. Después que hablamos un poco los cuatro, salieron á paseo Genara y su abuelo, y cuando Carlos y yo nos quedamos solos, aquel mostró deseo de hablarme de un asunto extraño á las conspiraciones.

—Pipaón—me dijo.—Va usted á tener conmigo tanta franqueza como si fuéramos hermanos. Se me figura que usted sabe algo que me interesa

(c) 2008 Ministerio de Cultura

y que no me quiere confiar, algo que, según su entender de usted, no debe decirme.

—No, Sr. D. Carlos mío; nada sé yo referente á usted que al punto no pueda decir.

—Usted habrá notado que mi mujer no me hace feliz—dijo, expresándose con cierta dificultad, como quien no encuentra la palabra propia,—quiero decir... pues... quiero decir que no soy completamente feliz con mi esposa.

—Sr. D. Carlos, me parecía haber notado eso.

—Sin duda mi carácter es muy opuesto al suyo. Sin duda ella tiene la cabeza llena de proyectos estupendos y su alma toda entregada á ilusiones locas. Yo vivo en la tierra, soy rutinario, pacífico, me gusta la vida ordinaria que se va deslizando tranquila por la suave pendiente de los fáciles deberes facilmente cumplidos; ella es un alma de dificultades... no sé si me expreso bien... quiero decir que Genara no puede vivir sino donde hay tumulto y algún mónstruo con quien luchar.

—Ahora lo entiendo menos.

—Quiero decir que Genara tiene en su alma un laberinto.

—¿Un laberinto?

—Una batalla constante con sombras, con fantasmas, con cosas grandes y enormes que atropelladamente se levantan dentro de ella y la llaman y le arrojan piedras como montañas...

—¡Ah! Sr. D. Carlos, juro á usted que no entiendo una palabra.

—Pues yo sí lo entiendo—repuso con tristeza.—Esto que hablo, ella misma me lo ha dicho. Me lo dijo á poco que nos casamos. ¡Ah! Sr. de Pipaón, yo no debí casarme con Genara. Ella debió ser franca también y no casarse conmigo; debió buscar su igual, y su igual no soy yo.

—Ilusiones, mi Sr. D. Carlos.

—Realidades, mi Sr. D. Juan. El resúmen de todo es que yo amo extraordinariamente á mi mujer, porque soy más pequeño que ella, y que mi mujer no me quiere á mí porque es más grande que yo. Lo grande desprecia siempre á lo pequeño; es ley eterna. ¡Oh! Dios mío, ¡cuán difícil es resolver la cuestión de tamaño en las almas!

—Creo que usted se deja llevar de presunciones falsas, de cavilaciones...

—No, todo es realidad, realidad—dijo Carlos con el aplomo que da una convicción profunda.—Mi mujer no me ama. Si en esto no hubiese más que un simple asunto de amores, me callaría; sí, padeciendo, me callaría; dejaría correr la enorme rueda de molino que da vueltas sobre

(c) 2008 Ministerio de Cultura

mi corazón y lo tritura... pero esto es también una cuestión de honor.

—De honor...

—¡Sí, porque Genara no es mi querida, es mi esposa!—exclamó sombríamente, clavando en mí el rayo de sus negros ojos.—Es mi esposa, y si mi esposa (entienda usted bien que es mi esposa, unida á mí por lazo indisoluble), olvidase sus deberes y me fuese infiel...

Al decir esto, Carlos me había agarrado el brazo, y con su fuerza hercúlea me lo estrujaba sin piedad, y se ponía pálido y echaba el globo de los ojos fuera del casco, y tenía una expresión de ferocidad que me dejó helado. Acabando la frase, dijo:

—Si me fuera infiel... ¿Ha visto usted matar á un pájaro? ¡Pues lo mismo la mataría!

—Perdone usted, Sr. D. Carlos—dije con mucha congoja;—pero mi brazo... este brazo que usted quiere convertir en polvo, no ha sido infiel á nadie, y...

Garrote me soltó.

—Lo que quiero, Sr. de Pipaón—añadió,—es que usted me diga todo lo que sabe.

—Yo no sé nada.

—Durante mi ausencia, Genara ha vivido en su casa de usted.

Como las miradas de Carlos despedían saña y rencor, pensé si tendría celos de mí; absurda idea que á nadie podía ocurrírsele. Yo me distinguía por mi fealdad, y carecía de cualidades propias para agradar á mujeres como Genara. Era imposible que Carlos tuviese tal sospecha.

—Mientras usted ha estado fuera, la conducta de Genara ha sido ejemplarísima—le dije.

—¡Mentira! ¡mentira!—exclamó sacudiendo la cabeza, que en aquel instante me parecía una hermosa cabeza de león.—Si usted me oculta la verdad, sospecharé...

—¿De mí?

—Oiga usted—dijo con misterio, frunciendo el torvo ceño.—Á fuerza de dinero, yo he hecho confesar á una Doña Fé que sirvió en la otra casa. Me ha dicho que mi mujer salía algunas veces á altas horas de la noche; me ha dicho que se estaba días enteros fuera; que andaba á la pista de un hombre; que hacía averiguaciones para saber su paradero, gastando mucho dinero; que algunas veces salía, no volviendo hasta el día siguiente, siempre en compañía de Paquita, esa criada infame á quien separé de su lado cuando llegué.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Al oir esto, no pude contener la risa. Carlos, al verme reir, se enfureció más.

—Calma, mucha calma, amigo mío—le dije.—Si no tiene usted otros motivos de queja... Afortunadamente estoy enterado de eso, y disiparé tales sospechas.

—Ya... me dirá usted que mi mujer salía de casa para ocuparse en cosas de caridad, en llevar limosnas. Aunque torpe, ya conozco el estribillo.

—Nada de eso. Genara andaba á la pista de un hombre, de un criminal, Sr. D. Carlos, de un conspirador. ¿Apostamos á que no lo cree?... ¿apostamos á que lo toma usted á risa?...

—Sr. de Pipaón, mi mujer no es alguacil.

—Sr. D. Carlos, su mujer de usted lo es.

En breves palabras le conté lo ocurrido, empezando por el encuentro de Genara con Salvador Monsalud en la Iglesia del Rosario. Después referí el empeño febril que había mostrado porque le cogiese la policía, y por último sus afanosas pesquisas, tanto más enérgicas cuanto más impropias de una mujer. Carlos me oyó atentamente. Parecía muy asombrado de mi relato; pero no estaba tranquilo.

—¿Le parece á usted inverosímil lo que ha hecho Genara?—le dije.

—No me parece inverosímil—repuso.—Eso puede caber en su carácter. Una extravagancia que en otra sería increible, es en ella natural.

—Entonces, ya se han disipado las dudas.

—No señor; al contrario.

—¿No cree usted lo que he dicho?

—Lo creo: á quien no creo es á ella; es decir, tengo la convicción de que mi mujer le engañó á usted haciéndole creer toda esa comedia de Salvador Monsalud, y la conspiración y los alguaciles. El infame jurado no ha intervenido para nada en este asunto. ¡Farsa, pura farsa!

—Yo tengo pruebas de que Genara no me engaña.

—¡Farsa, pura farsa!

Traté de convencerle, refiriéndole la frustrada captura de su enemigo y dándole datos y razones de gran peso; pero no era posible vencer la tenacidad de aquel pensamiento, al cual se adaptaban las ideas con invencible cohesión. Era vascongado.

—El ingenio de Genara—dijo sombriamente,—es inagotable. Dios le ha dado la filosofía suprema del engaño, la luz divina del disimulo. Penetrar su pensamiento es obra superior á la perspicacia de los hombres. Tiene las insondables argucias del Demonio debajo de la sonrisa de los

(c) 2008 Ministerio de Cultura

ángeles. Sólo Dios puede saber lo que hay bajo el azul de sus ojos. El azul de los cielos ¿no es una mentira? pues el mirar de ella es una inmensidad de embustes.

Una idea acudió veloz á mi mente, y aunque atrevida no vacilé en manifestarla, diciendo:

—Oiga usted lo que se me ocurre, amigo mío. Quizás sea esto un absurdo; pero ya que los dos tratamos de encontrar la verdad...

—Venga.

—Si Genara, según la idea de usted, nos engaña á los dos; si es evidente que Genara ama á algún hombre que no es su esposo (lo cual, sea dicho entre paréntesis, yo no creo); en fin, si tiene usted razón á atribuir á desvío la conducta de su esposa, es preciso creer que el hombre por quien olvida sus deberes es el mismo Salvador Monsalud, á quien aparentaba perseguir. La lógica es lógica, amigo.

Carlos Navarro me miró... no sabre decir cómo... con mirada más llena de desprecio que de rencor, con una especie de lástima iracunda. Alargó su mano hacia mí, como si me quisiera abofetear: después hizo un gesto de señor que despide á un vil esclavo. Más que hablarme parecía escupirme, cuando me dijo estas palabras:

—¿Qué está usted hablando?... ¡Asquerosa idea! Mi mujer, señor de Pipaón, podrá ser criminal, pero no degradada. En el corazón de Genara cabrá la perversidad, pero no la bajeza. El sugeto á quien usted acaba de nombrar no puede nunca ser mirado por ella sino como un despreciable sér, más digno de compasión que de odio. Hay cosas que están fuera del orden natural. Por Dios, buscando la verdad, no caigamos en ridículos absurdos. No soltemos lo verosímil que ya tenemos, para agarrar en las tinieblas lo imposible.

—Pues entonces, Sr. D. Carlos—dije campechanamente,—fuera sospechas; fuera dudas ridículas.

—Si algo hay claro en los sentimientos de mi mujer—añadió Navarro en tono misterioso;– si hay algo que salga á la superficie y aparezca con luz y forma precisa en medio de las oscuridades espantosas de su caracter, es el odio y la antipatía profunda que le inspira el hombre envilecido con quien tuve la desgracia de batirme hace bastantes años. Dios quiso que su diabólica mano me hiriera... Dios lo quiso, sin duda para abatir mi orgullo... Era en tiempo de la guerra; yo era entonces muy orgulloso. Debí despreciar á Salvador Monsalud... Por no despreciarle me castigó Dios. ¿Usted no le conoce? Traición, perjurio, cobardía, desvergüenza, jacobinismo; haga usted un amasijo de todo eso y tendrá á

(c) 2008 Ministerio de Cultura

nuestro paisano. Usted no ha logrado penetrar mis ideas; usted no comprende los grandes temores y recelos que me atormentan. Genara, á quien adoro, amará, ama sin duda á un hombre superior, muy superior

(c) 2008 Ministerio de Cultura

á mí, á un hombre que sepa responder con la grandeza de su entendimiento á las grandeza de las pasiones de ella; Genara no se mide con los insectos que andan escarbando la tierra. El día en que ella quiera perderse, no se arrojará á un charco inmundo, sino al mar inmenso... ¿Cree usted que no lo conozco? Sí, y el conocerlo y conocer mi pequeñez es lo que me contrista, porque ha de saber usted que yo soy un bruto.

Dijo *soy un bruto* con tanta sencillez y aflicción como decía Otelo *soy negro*. Una pena profunda se pintaba en su semblante, enterneciendo la ruda voz del bravo guerrillero.

—Soy un bruto—añadió,—soy cualquier cosa, un hombre adocenado, un ignorante, un palurdo, un soldadote, y me he casado con una princesa, con una maga, con una sibila. Usted no ha visto de cerca á Genara como la he visto yo; usted no la conoce. En el fondo de la intimidad es donde se ven estas cosas y donde se compara bien. Yo vivo en la vida ordinaria, quiero traer á mi esposa á mi lado, y cuando alzo los ojos la veo alargando la mano para coger las estrellas. Yo no puedo ofrecerle sino un puñado de este barro grosero y ramplón con que los vulgares amasamos la existencia; ella huye de mí sin dignarse mirarme.

—Preocupación.

—¡Realidad, realidad!—continuó, cruzando los brazos y hundiendo la cabeza.—Estoy convencido, convencidísimo.

—¿De qué?

—De que Genara tiene para mí un sentimiento peor que el odio, la indiferencia. El corazón y los pensamientos de mi mujer pertenecen á otro.

—Pero ¿á quién?

—No lo sé; pero pertenecen á otro. Mi mujer ama á alguien. Lo veo, lo sé, lo conozco en su silencio, en su frialdad, en su inquietud cuando está inquieta, en su tranquilidad cuando está tranquila; lo conozco hasta en su manera de abrir los ojos cuando despierta. Hay otro hombre, otro hombre—añadió con ferocidad;—le siento, le respiro en el aire. Los ojos de mi mujer tienen la terrible luz de la infidelidad; están hablando siempre con alguien. Si miran algún objeto, aquel objeto parece que me mira á mí y me dice: *¡Carlos, alerta!...* ¡Genara está enamorada!

—Pero ¿de quién?

—¡De quién!... ¡De quién!—exclamó remedándome con grotesca ira.—¿Faltan en la tierra hombres? Descuide usted... el que mi mujer ame no será un cualquiera; será lo que es ella, un portento; pero... tan mortal es

(c) 2008 Ministerio de Cultura

el cuerpo de un sabio como el de un imbécil... Yo le veo, le siento... por ahí ha de andar—añadió con febril exaltación.—Tendrá todo lo que yo no tengo; cualidades eminentes, nobleza de ideas, aparato de sabiduría y de hermosura; pero no, no, ¡no tendrá un corazón como el mío!

—¡Calma, Sr. D. Carlos—dije yo.—Es un capricho, un delirio pensar en semejante cosa!

—¡Realidad, realidad!—contestó apartando bruscamente mi mano, que alargué para tocar su hombro.—Me confirman en mi creencia esas salidas nocturnas de mi mujer, esa supuesta persecución de un criminal, de quien ella no puede en realidad ocuparse más que para despreciarle, porque es indigno de que ella le persiga... ¡Ah! la conozco bien; Genara será criminal, pero nunca tendrá mal gusto. Ella no hace papeles indignos, ella no es capaz de emplearse en un vil espionaje... ¿y por quién? ¿y contra quién? contra quien deshonraría la mano del más miserable esbirro. No, Pipaón, eso no puede ser. Pretexto y nada más que pretexto; un artificio con el cual ha logrado engañarle á usted; pero no á mí... no á mí que lo veo todo. Los ojos de los celosos son muy singulares. Así como los del gato ven en la oscuridad, así los del celoso ven en el disimulo. En el fondo de la intimidad, amigo mío, es donde todo se entiende y se descubre. Los breves diálogos que apenas se oyen, las preguntas no contestadas, los ojos que se cierran para ver mejor lo que tienen dentro, las respuestas que no vienen al caso, la frialdad de estudiadas caricias, este es gran libro, lo demás es error. El ofendido es quien sabe leer en él; usted, que tiene tanto talento, hará mil argumentaciones sabias para quitarme esto de la cabeza; pero yo, que soy un bruto, sé más que usted ahora, y de mi cerebro no se desclavará jamás este letrero. Al contrario, yo me lo clavo más cada día con mis propias manos, y si estas letras de fuego dejaran de quemarme un solo momento, lo tendría por una deshonra... y nada más, sino que es lo mismo que yo digo, ¿entiende usted?... y si me contradijeran mucho, sospecharía que no se me trata con lealtad, ¿entiende usted?... y ya que se me quiere ocultar la verdad, como se oculta la desgracia á las almas cobardes, no vengan con sutilezas y palabras bonitas y razones absurdas, ¿entiende usted?

—Entiendo, sí señor—repuse—sin saber cómo suavizaría la violencia creciente de mi enojado amigo.—Pero insisto en lo dicho. Mientras no haya un hecho concreto, todo es presunción.

—¡Realidad, realidad!—repitió el guerrillero.

Sus palabras eran tan enérgicas, que cuando movía la mano acen-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

tuándolas, parecía que iba á escupirlas. Yo deseaba variar de conversación. Decía alguna palabra de política; pero Garrote volvía á su tema. Por último, libráronme de tal tormento Baraona y Genara, regresando de su paseo. Carlos, al ver á su mujer pareció más excitado, más inquieto, más violento.

—Tengo que hablarte—dijo á Genara.

Baraona se había retirado á descansar. Despedíme yo, y al ver la palidez y alteración de las facciones de Genara, no pude menos de decirme al salir:

—Ahí me las den todas.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XX

RESUELTO á no apartarme del camino nuevamente emprendido y seguro de que conducía á buen término, seguí asistiendo á la reunión secreta. A los que ya me conocen, no necesito decirles que en poco tiempo me congracié de tal modo con aquellos revolucionarios, que yo parecía un democratista de toda mi vida. Bien pronto adquirí singular prestigio entre ellos; me comunicaban acuerdos importantes y se asesoraban de mí para vencer dificultades. En honor de la verdad debo decir que yo trabajaba con celo, sin hipocresía ni doblez, al menos aquellos días, que eran los últimos de 1819: yo no daba cuenta de lo que veía

(c) 2008 Ministerio de Cultura

en las reuniones más que á D. Antonio Ugarte, de quien era poco menos que esclavo. En cambio, recibía de él noticias é indicios estupendos que con toda diligencia comunicaba á mis nuevos amigos.

La entrada del Sr. Marqués de M*** en el ministerio no había cambiado radicalmente la situación. Verdad es que él, creyéndose un Júpiter de Gracia y Justicia, descargaba sus rayos á diestro y siniestro. ¡Pobre hombre! Sus rayos, ó mejor dicho sus palos, eran palos de ciego. No dió un golpe que no cayera sobre inocentes, mientras los verdaderos criminales bullían en torno suyo, gozándose en la bufante ira del Ministro. Todos los días decretaba destierros, embargos, prisiones, registros de casas; el aturrullado Marqués hubiera despoblado á Madrid sin dar con los verdaderos revolucionarios. ¡Y qué convencido estaba él de que *iba poco á poco arrancando de cuajo la perniciosa yerba*! Había que ver al buen señor; había que oirle ponderar el éxito de sus trabajos, mientras daba pataditas en el suelo, emblemático movimiento para indicar que *aplastaba la hidra revolucionaria*.

Si apunto estos detalles es porque yo le veía con frecuencia, y si le veía con frecuencia era porque nuestra antigua amistad no se había enfriado. Tan lejos estaba el bendito Marqués de tenerme por revolucionario como de creer que llovían calabazas. Muy al contrario, me juzgaba empalagado de amor por el absolutismo, y en ley de tal me hacía confidente de sus proyectos y de lo bien que le *iba saliendo el espurgo y limpieza del Reino*. Para que no sospechase, yo me deslenguaba en denuestos é injurias contra los liberales, y alguna vez iba con el cuento de una logia descubierta por mí ó de una conspiración sospechosa. De este modo favorecía á mis nuevos amigos, porque si nos reuníamos en tal calle, llevaba yo el soplo de que la cita era á legua y media de allí. De este modo, mientras la logia estaba tranquila, descomunal nublado caía sobre una junta de cofradía ó merienda de artesanos pacíficos.

Entre tanto era evidente que la *cosa* iba á paso de carga, según opinión de los más metidos en la harina. Al mismo tiempo todo Madrid esperaba algo estupendo. Había en la población la atmósfera especial del gran suceso eminente, una ansiedad precursora, sin saberse aún de qué. A pesar de esto, los adeptos á la comunidad secreta no sabíamos nada fijo; sabíamos tan sólo que se trabajaba en el ejército. Del de la Isla corrían versiones muy distintas: unos lo daban por entregado á la revolución; otros le creían patriota en la idea, pero tímido en la acción. Salían y entraban comisionados; pero Monsalud no regresó de Andalucía. Últimamente logré internarme más en el corazón de la conjura, fuí

(c) 2008 Ministerio de Cultura

dueño de importantes secretos. El golpe debía darse en la Coruña y en Zaragoza.

Llegó el 1.º de Enero de 1820; vino el día de Reyes y una noticia circuló por Madrid con la celeridad del rayo. Fué á despertarme Carlos Garrote, el cual me dijo que me vistiese con toda presteza para salir juntos. Estaba tétrico, y sus miradas y sus palabras eran hiel.

—¿Apostamos á que este bruto ha hecho una atrocidad con su mujer? —dije para mí.

—Levántese usted—me dijo;—ocurren sucesos graves...

—¡Pobre Genara!—exclamé.—Yo tengo la seguridad, Sr. D. Carlos...

—¿Qué habla usted ahí? No se trata de mi mujer.

—¿Pues de qué, Sr. D. Carlos?

—Se han sublevado algunas tropas del ejército expedicionario.

—¡Qué picardía! ¿Habráse visto?...—exclamé yo simulando tanto enojo como espanto.—¿Pero son muchas las tropas sublevadas?

—Unos dicen que son muchas y otros que sólo un par de regimientos.

—¿Y no se sabe en qué punto?

—En las Cabezas de San Juan.

—¿Y hacia dónde están esas Cabezas? No conozco más que una, que suele verse sobre los hombros del Santo Precursor ó en la bandeja de Herodías.

—Estas Cabezas, donde se ha consumado tan vil traición, están en Andalucía, cerca de Jerez. Ya sabe usted que el ejército expedicionario, por librarse de la fiebre amarilla, se había acampado en las Cabezas de San Juan, en la Corredera, en Arcos de la Frontera y otros puntos del interior.

—¿No manda ese ejército el conde de Calderón?—dije haciéndome de nuevas.

—El mismo: le conozco, es un viejo estúpido.

—¿Y no se sabe qué cuerpos han dado ese aleve grito? ¡Que no los fusilaran á todos!... Sr. D. Carlos, esto da vergüenza.

—Dicen que el batallón de Asturias ha sido el primero.

—¿Quién lo sublevó?

—Rafael del Riego.

—¡Rafael Riego!—dije yo fingiendo que hacía memoria.—¿Le conoce usted? ¿No estaba ese muchacho en el regimiento de Valencey?

—Sí; empezó sirviendo en la Guardia de la Real Persona. Durante la guerra sirvió en el ejército y en las partidas. Sé que estuvo en las acciones de Balmaseda, San Pedro de Gueñes y Espinosa de los Monteros.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Después le hicieron prisionero, y al cabo de tiempo apareció en Galicia.

—¿Le conoce usted?

—Le ví en Vizcaya al principio de la guerra. Era valiente. Algunos traidores lo son.

—Si parece increible, Sr. D. Carlos—dije vistiéndome apresuradamente.—¡Que tal canalla haya nacido en España!... No sé qué haría... Si

todas las cabezas de esos infames rebeldes estuvieran al alcance de mi mano, las cortaría de un solo golpe.

—Este es el resultado —murmuró Carlos,—de la benignidad del Rey con los militares que descubiertamente han estado conspirando desde el año 14.

—Dice usted bien. Si Su Majestad no se hubiera andado con blanduras... Vea usted el pago que le dan al mejor y más generoso de los reyes. ¿Y usted qué piensa hacer?

—Ahora mismo me voy á presentar al Capitán General para que disponga de mí. Quiero formar parte del primer ejército que salga á combatir á los insurrectos.

—¡Oh, cuánto siento no ser militar como usted! Sr. D. Carlos—exclamé con calor.—Si yo fuera militar, iría también el primero y entraría lanza en ristre en esas rebeldes Cabezas de San Juan... ¡La sangre me arde en el cuerpo!... Supongo que se mandará allá un ejército; que este

(c) 2008 Ministerio de Cultura

ejército les entrará á saco; que no dejarán con vida ni á uno solo de esos infames.

—El ejército—dijo Garrote sombriamente,—está corrompido y minado por el liberalismo.

—¿No se sabe más que la rebeldía del batallón de Asturias?

—Se dicen tantas cosas... Todavía no será posible precisar la extensión del mal. Todo depende de que Cadiz y su guarnición hayan respondido al movimiento. Se habla también de otro batallón sublevado, el de España, que manda Antonio Quiroga.

—Ese ha estado preso hace poco por conspirador liberal.

—No sé más de él sino que debió el grado de coronel á la prontitud con que trajo á Madrid la noticia de la muerte de Porlier.

—¡Linda carrera!... pero vamos, vamos á la calle. Le acompañaré á usted al ministerio de la Guerra, donde sabremos la verdad de todo.

Salimos; la gente iba y venía como de ordinario; pero hacia el centro de la villa, vimos grupos y gentes curiosas y anhelantes que preguntaban ó respondían, dando curso á imponderables mentiras. Las palabras *Cabezas*, *Riego*, *Quiroga*, sonaban sin cesar en nuestros oídos en todo el trayecto que recorrimos. Era digno de notarse que los semblantes alegres eran aquella mañana en mayor número que los tristes. En el ministerio había tanta gente y charlaban tanto, diciendo tan diversas cosas, qne nada pudimos sacar en limpio. Vimos entrar al señor ministro, el general Alós, hombre de quien un escritor coetáneo dice que era *más propio para capellán de un convento de monjas que para ministro de la Guerra.*

„Que los insurrectos habían entrado ya en Cádiz.

"Que los insurrectos habían sido rechazados en el puente de Suazo.

"Que se les había unido el batallón de Sevilla á las órdenes de Muñoz.

„Que habían sorprendido y arrestado en Arcos de la Frontera al general en jefe conde de Calderón.

„Que el general en jefe los había sorprendido y arrestado á ellos.

„Que el batallón de Canarias, acantonado en Osuna, se les había unido también.

„Que habían sido atacados y destrozados por el batallón de Canarias.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

„Que Riego y Quiroga habían reñido el uno con el otro, dándose de porrazos por quién de ellos mandaba.

„Que se habían dirigido á Algeciras para embarcarse y refugiarse en Gibraltar.

„Que venían sobre Córdoba (la ciudad).

„Que Córdova (D. Luis, no la ciudad) iba sobre ellos.

„Que Sevilla se había pronunciado también.

„Que Sevilla no se había pronunciado ni se pronunciaría jamás.„

Estas y otras noticias fueron llegando sucesivamente á nuestros oídos. Era preciso resignarse á no saber nada fijo y cierto hasta que Dios quisiera; porque entonces había tiempo de hacer todas las revoluciones imaginables antes de que la noticia llegase á la Corte. Al medio día separéme de Carlos, porque deseaba visitar á mis flamantes colegas de conspiración.

„Que toda Andalucía estaba en armas.

„Que Zaragoza tenía ya formada su Junta revolucionaria.

„Que Murcia y el arsenal de Cartagena habían proclamado ya la Constitución.

„Que la Coruña y el Ferrol ardían.

„Que *mañana* se daría el golpe en Madrid.

„Que las tropas que se enviaban á combatir la insurrección se negaban á hacer armas contra sus compañeros.

„Que era gloriosísimo que todo se hubiera hecho sin efusión de sangre.

„Que la Europa nos contemplaba llena de admiración.„

Tales fueron las noticias y versiones con que me aturdieron mis optimistas amigos. Yo, sin embargo, ponía en cuarentena tan lisonjeras especies.

El marqués de M***, á quien ví por la noche, estaba furioso, aunque se esforzaba en disimularlo, fingiéndose tranquilo y aun gozoso por el giro que tomaba la rebelión.

—Me alegro de que hayan arrojado la máscara—dijo, dando las pataditas con que emblemáticamente indicaba la destrucción de la hidra revolucionaria.—De este modo será mucho más facil concluir de una vez con todos ellos.

—La situación, Sr. D. Buenaventura—dije yo en tono agridulce,—no es muy lisonjera.

—Ya verás, ya verás—me dijo con cierta acrimonia que me disgustó,—cómo les sentaremos la mano. Y se me figura que tú te me estás vol-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

viendo liberalote de algún tiempo á esta parte... Pipaón, tengamos la fiesta en paz.

—¡Yo liberal!—exclamé.—Pero no se trata aquí de ser liberal ni de dejar de serlo. Trátase de ver si esta oleada que se ha levantado en Andalucía llegará á la Corte y nos anegará á todos.

—Veo que tienes miedo... el miedo es el mayor auxiliar de la traición.

—Jamás seré traidor; pero hablemos con toda franqueza, Sr. D. Buenaventura. Ponga usted la mano sobre el corazón y dígame si el Gobierno y la administración de nuestro país no exigen pronta y radical reforma.

—Pero ven acá—repuso, poniéndose rojo como un pimiento.—Dado el caso de que esa reforma sea necesaria, lo cual es muy dudoso, ¿quién la va á realizar? ¿Esos infames perdidos, esos desocupados que charlan

(c) 2008 Ministerio de Cultura

en los cafés, esos desalmados políticos del 12, esos militares revoltosos que no conocen la disciplina?

—Líbreme Dios de defender á los revolucionarios y perturbadores—dije;—pero vengamos á la cuestión.

—Al fondo de la cuestión.

—Eso es, al fondo. El Gobierno absoluto no puede sostenerse. Bien sabe usted que mi opinión no es sospechosa: ¿no lo he defendido con todas mis fuerzas? ¿No he puesto á su servicio cuanto yo podía y sabía? Pues bien; yo, el más humilde soldado de aquel piadoso ejército de patricios que en 1814 derrocó la infame facción, declaro ahora que el absolutismo, tal como al presente se halla, maleado y corrompido, no puede seguir rigiendo á la Nación.

—¡Ah, gran canalla!—exclamó D. Buenaventura dando fuerte puñada sobre la mesa.—Te me has pasado, te me has pasado al enemigo... ¡Ira de Dios! Ya van hoy doce, doce traiciones. Llega el simple anuncio de una insurreccioncilla con esperanzas de triunfo, y ved aquí á mi gente mudando de casaca, como histriones que, concluida la tragedia, se preparan para el sainete... ¡Esto no se puede sufrir! ¡Esto es ignominioso!... ¡Pipaón de todos los demonios, Pipaón maldito, también tú, ó como dijo el gran romano, *tu quoque fili mi*!... Serían las seis de la mañana cuando llegó la noticia del pronunciamiento; fuí á Palacio, vine después al ministerio, recibí á varias personas, y no eran las doce cuando ya me habían manifestado sus simpatías por la revolución cinco personas, cinco furiosos absolutistas de aquellos de pelo en pecho que no transigían con nadie y hace unos días amenazaban comerse á quien de liberalismo les hablase... En el resto del día ha aumentado el número de las defecciones repugnantes. Tú eres el duodécimo... Pero estos canallas, ¿donde tienen la conciencia? Sin duda creen que la infame facción va á triunfar. ¡Quieren congraciarse con los rebeldes por si llega la marimorena de los destinos...! ¡Ahí os quiero ver, miserables!... Que no se os volvieran veneno los reales despachos... Los muy tunantes no se atreven á vituperar de súbito el paternal Gobierno que nos rige, ni á ensalzar á los revoltosos; pero van preparando el terreno para la defección, y con delicada hipocresía dicen: "La verdad es que así no se puede seguir... la arbitrariedad no puede gobernar constantemente á los pueblos cultos.. es indispensable que el Rey dé una Carta á la Nación... la Europa no puede consentir...„ Y vuelta á la Europa, y al Rey, y á los pueblos, y á la dichosa Carta, esquela ó lo que sea. Vale más que de una vez salgan por esas calles gritando: *¡Vivan Robespierre y la guillotina!* y acabaremos

(c) 2008 Ministerio de Cultura

de una vez... ¡Ah, menguado Pipaón! ¡ah, pérfido discípulo! Eres el cuervo que he criado para que me saque los ojos... ¡Con que te me has pasado á la masonería y á la revolución!—añadió, tirándome de una oreja con impertinentísimo movimiento;—¿con que esas tenemos, señor bergante? ¿Con que después de haber explotado el oscurantismo, después de haberle chupado la sangre al Reino, y al Rey, y á los chicos y á los grandes, reniegas de la generosa cabrita cuyos ubres has puesto, á fuerza de mamancia, como saco de zurrón gallego?... ¡Ah, troglodita! ¿Sabes que desde hace algunos días sospechaba yo tu defección? Me habían dicho que mangoneabas en las sociedades secretas; pero no lo quise creer. Te juzgaba mejor de lo que eres... Pero ¿qué puede esperarse de estos petates, cuando se asegura que hasta hombres como Lozano han caído en la tentación? Execrable aventurero, ¡qué chasco te vas á llevar! ¡Qué horrible será el castigo de tu traición indigna! La revolución no triunfará, porque estamos decididos á aplastarla, sí señor, á confundirla; y si es preciso, iremos todos allá, desde el ministro hasta el último empleado; y entre tanto, en este foco de las conspiraciones buscaremos á los astutos Robespierres, á los violentos Dantonazos, á los sanguinarios Marates, y les entregaremos á la Inquisición para que dé buena cuenta de ellos... Descuida, que todo se hará, empezando por tí, mónstruo de felonía y doblez... ¡te vigilaré, te pondré preso, te ahorcaré!!!...

Aquel hombre estaba loco ó al menos lo parecía, según se encendía su rostro y se hinchaban sus venas y espumarajeaba su boca. Oí la filípica con aquella calma burlona que me era propia y que tan bien cuadraba frente á un hombre tan ruidoso como poco temible... Pero me convenía no prolongar más aquella conferencia. Antes que me echase de su despacho, me marché, para que no se irritase excesivamente, y al salir llevaba conmigo la seguridad de que hombre tan fiero sería de los más blandos si los acontecimientos seguían á su resolución con la precipitada corriente que hasta allí parecían llevar.

Del mismo modo que me trató D. Buenaventura, tratáronme otros personajes que hasta entonces no sospechaban de mí, y que al fin tuvieron indicios (de ningún modo certeza) de mi defección. Yo me reía de todos ellos y de su furor impotente. Hiciéronme desaires y me pusieron avinagrados gestos en algunas casas que visité; pero en ninguna recibí tan mal trato como en casa de Carlos Navarro. Verdad es que del fanatismo insensato y exaltado de aquella gente todo se podía esperar, incluso el repudiar á un leal amigo por cuestión de ideas. Baraona me

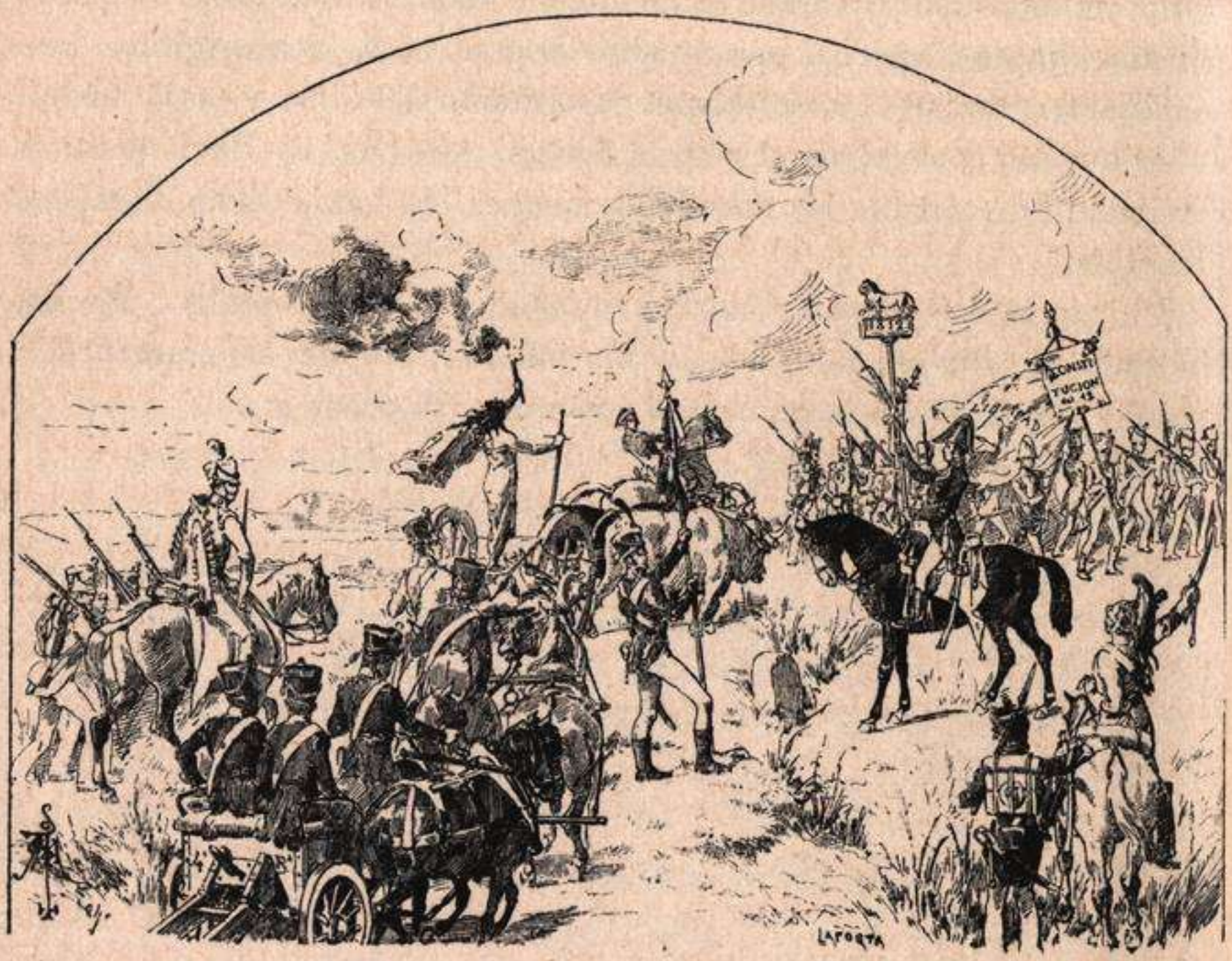
(c) 2008 Ministerio de Cultura

dirigió amargas pullas, Carlos apenas se dignó hablarme, é hizo alusiones tan crueles á mi conducta, que otro más valiente que yo le habría pedido satisfacción. No era extraño que me manifestaran tanto desprecio por una simple sospecha, porque ellos eran atroces, intransigibles, irreconciliables, tenían el absolutismo en el fondo del alma y en la médula de los huesos, como tiene el león la fiereza. Además, D. Buenaventura, que iba allí de tertulia las más de las noches, les había dicho de mí mil picardías.

Unicamente Genara se mostró amable y cortés conmigo. Por eso sin duda, al salir yo, noté que su marido la reprendía ásperamente, lo cual me hizo decir para mi capote como en otra ocasión:

—Ahí me las den todas.

(c) 2008 Ministerio de Cultura



XXI

DESGRACIADAMENTE, los acontecimientos iban con mucha calma. La revolución, como las carretas de aquellos tiempos, como la administración española, como toda la vida de antaño, iba despacio. Parecía una cosa oficial. No había en aquel estadillo aquel progreso instantáneo, aquel correr tempestuoso, que indican la ira nacional. Yo me acordaba de cómo se alzaban los pueblos en la guerra de la Independencia, y al ver aquella pereza, aquella lentitud somnolienta de 1820, se me abrasaba la sangre de impaciencia. "Si viene que venga de una vez,„ decía yo. Más que

(c) 2008 Ministerio de Cultura

revolución, aquello parecía una fiesta, una cabalgata suspendida por la lluvia, una procesión atascada en los baches del camino. No había en ella el incendio popular, sino una especie de deshielo lento, inseguro, dificultoso.

Durante bastantes días no vino noticia alguna de ventajas obtenidas por los insurrectos. Se supo con precisión la verdad de lo ocurrido al principio; pero escaseaba lo nuevo. Eran hechos incontrovertibles la sublevación del batallón de Astúrias al grito de su segundo comandante D. Rafael del Riego, de los de España y la Corona, mandados por Quiroga, y la marcha de ambos jefes insurrectos hacia Cádiz. También era cierta la sorpresa y prisión del general en jefe con tres generales más. Hasta aquí no había ocurrido ningún contratiempo; pero cuando los insurrectos, tomando el puente Suazo, trataron de penetrar en la Isla, tuvieron la mala suerte de tropezar con un D. Luis Fernandez de Córdova, que acompañado de algunos urbanos les supo detener. Igualmente era cierto que, si los insurrectos no habían podido vencer la obstinación de Córdova, tampoco eran desbaratados por D. Manuel Freire, que fué contra ellos.

Estaban, pues, en situación que no podía llamarse ni próspera ni adversa. Si cualquiera de ellos hubiera tenido una chispa de genio militar en su entendimiento, facilmente habrían adquirido ventaja, porque las tropas del Gobierno andaban azoradas y buscando un pretexto decoroso para insurreccionarse también; pero ni Quiroga, ni Riego, ni Arco Agüero, ni O'Daly, valían todos juntos para componer un mediano estratégico. Faltos de resolución, de verdadero instinto revolucionario y de iniciativa, los rebeldes decidieron... esperar. Una sublevación que espera es una sandez. Es como un rayo que tomara aliento en mitad de su veloz camino.

Dentro de Cádiz, un tal Rotalde, quiso sublevar la guarnición; pero Córdova ahogó también el pronunciamiento.

En Madrid nos moríamos de angustia. Era tristísimo en verdad, que los que nos habíamos embarcado en la revolución, aceptando sus hechos y renegando *in pectore* de sus principios, viésemos frustrados nuestros honrados planes. ¡Sensible desgracia! Nosotros no éramos Robespierres ni Marats; nosotros no queríamos cortarle la cabeza á nadie, ni aun al marqués de M***, ni hacer horrores; queríamos sencillamente adaptar la revolución á nuestra voluntad, aprovecharnos de ella, encauzarla en el lecho de nuestras ideas, haciendo de la hidra espantosa una flexible y condescendiente cortesana que tuviese sonrisas para todo el mundo y

(c) 2008 Ministerio de Cultura

no metiese miedo á nadie. ¡Y por torpeza de aquellos desdichados militares, el plan admirable iba á fracasar, y nos veíamos expuestos ¡oh funestos hados! á quedar en la más crítica situación del mundo, mal con los liberales, mal con los absolutistas! ¡Esto no se podía sufrir! ¡Esto era el colmo de la injusticia y de la desgracia! Pensándolo, yo me volvía loco; invocaba el auxilio de mi angel de la guarda, sin apartar la mente de Dios y de su Santa Madre, para que llevasen á seguro puerto el desmantelado bajel de la revolución.

Pero ¡ay! Dios y Su Santa Madre no me hacían caso. Sin duda protegían al Rey, como depositario en la tierra de la autoridad Divina. ¡Horrible situación! ¡Contratiempo funestísimo! La revolución, aquella obra tan cariñosamente preparada por los conspiradores viejos y por los catecúmenos, que eran (testigo yo) los más diligentes; aquella semilla tan esmeradamente puesta en la tierra, y á la cual dieron riego abundante los liberales y abono fecundo los absolutistas convertidos, se malograba de día en día, se perdía, se secaba... ¡Oh desesperación! ¡Y el país consentía tal cosa! Y el país, contemplando las marchas y contramarchas de aquellos soldados, no profería un grito, ni se levantaba en masa, ni hacía disparates, ni echaba el Reino por la ventana, sino que, indiferente, frío y mano sobro mano, esperaba que se lo dieran todo hecho... ¡Qué país, señores, pero qué país!

Pasaban los días todos de Enero, sin que tal situación variase. Cundía el desaliento entre los revolucionarios, y los absolutistas, reponiéndose de su susto, sonreían con la vanagloriosa sonrisa del triunfo y la venganza. Véase, pues, lo que los hombres de orden y de ideas templadas sacaban de meterse en aventuras con los liberales. ¡Cuando más!... Era una ignominia que aquellos holgazanes dejados de la mano de Dios nos hubiesen comprometido de tal manera, exponiéndonos á ser ahorcados juntamente con ellos... ¡Ya, como si todos fuéramos unos; como si un Gobierno pudiera medir por el mismo rasero á jacobinos desarrapados y á hombres rectos y prudentes que sólo por amor al orden habían auxiliado á la revolución!

Yo renegaba de los masones y del liberalismo y de la Carta y de la Constitución del 12, y de los derechos del pueblo, y de toda la monserga con que en las reuniones me volvieron loco, haciéndome cómplice de tales extravagancias... Yo estaba furioso; maldecía los clubs y quien los inventó; maldecía tambien á Ugarte que me catequizó y á Monsalud que me bautizó; y me arrancaba los cabellos pensando en el instante de mi primera entrada en aquellos oscuros antros de necedad y jacobinismo.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

La revolución fracasaba sin remedio; sucumbía al nacer como un engendro enteco y miserable á quien hace daño el primer aire que respira fuera del claustro materno... Llegó Febrero. En Febrero como en Enero, la revolución moría... era preciso tomar precauciones contra el chubasco, abrir apresuradamente el paraguas de la más exquisita prudencia. ¿Necesito decirlo palabra por palabra?... Pues era preciso volver al redil, echar tierra á lo pasado y conducirse como si nada hubiera sucedido; hacer pedazos la nueva casaca, cuidando de esconder éstos donde nadie los viese, y meter el cuerpo en la antigua...

¡Ay! mi pobrecito corazón afligido necesitaba desahogarse con alguien; era un vaso lleno, próximo á desbordarse. Mi alma, agobiada por la pesadumbre, necesitaba otra alma amiga con quien comunicarse; otra alma que recogiera parte del enorme fardo que sobre la mía gravitaba. Me hacía falta un amigo generoso, un hermano, un padre. Tomando una resolución súbita, alcé la calenturienta cabeza que durante largo rato había tenido apoyada en las palmas de las manos, y tomando capa y sombrero me fuí á ver al marqués de M***, á mi generoso amigo D. Buenaventura. La turbación del criminal llenaba mi alma; pero un arrepentimiento sincero me fortalecía.

Contra mi creencia, recibióme con agrado. Estaba contentísimo, y su semblante era todo felicitación. La alegría daba como una luz singular á su arrebolado rostro, y aquel sol de Gracia y Justicia parecía puesto en el zénit de la Administración para repartir calor y vida á todos los confines de la vida burocrática. Su sonrisa estaba pregonando el fracaso de la insurrección. Llevábase el tabaco á la nariz, aspirándolo con la voluptuosidad á que el alma se entrega cuando no tiene nada que temer y todo es rosas y paz y claridad en torno suyo.

—¿Ya estás aquí, perillán?—me dijo, señalándome una silla.—¿Qué te parece el famoso pronunciamiento de las Cabezas? ¿Hemos triunfado ó no? Ya estarás convencido de que España no quiere revoluciones, sino paz. ¡Ay! este gran pueblo celtíbero, romano, gótico, musulmán, es muy sensato... Ama el sueño y aborrece á todos los que meten ruido... Ya ves cómo la revolución se ha enredado en sus propios lazos. Ni siquiera ha esperado á que la aplastáramos; se ha muerto ella sola, dañada por la podredumbre que al nacer trajo en sus entrañas. Aquí están tan bien dispuestas las cosas y tan bien equiponderadas las fuerzas sociales, que cuando estalla una revolución, el Gobierno no tiene que hacer más que cruzarse de brazos y dejar á los revolucionarios entregados á su tontería y frivolidad, que es su muerte y nuestra venganza.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Yo dudaba si hacer mi reconciliación con arte hipócrita ó entregarme sin condiciones, como el hijo pródigo que vuelve al hogar paterno. Después de pensarlo, me decidí por lo primero, y hablé de este modo:

—Á mí no me coge de nuevo el fracaso de la revolución; á todo el mundo lo dije. Cuando le ví á usted muerto de miedo, bien claramente

(c) 2008 Ministerio de Cultura

le expresé mi creencia de que todo vendría á parar en nada. Pero por eso no es menos cierto, Sr. D. Buenaventura, que lo que ha pasado debe considerarse como una lección, como una advertencia de Dios, para que se reparen los males causados por la arbitrariedad. No me canso de repetírselo á usted—añadí con aplomo ciceroniano;—el Gobierno de estos reinos necesita prudentes reformas. ¿No recuerda usted lo que le dije el otro día? Es preciso que quitemos á los trastornadores de la paz pública todo pretexto de revoluciones... Lo estoy diciendo hace tiempo; lo estoy pregonando en todos los tonos y nadie quiere hacerme caso... ¡Pero qué obcecación, Dios mío! ¡Aquí están, aquí están los resultados!... ¡Es particular que entre tanta gente, yo solo haya tenido penetración suficiente para ver el peligro!

—¡Oh, tú eres muy listo!—dijo D. Buenaventura, moviendo la cabeza con una expresión que me pareció algo irónica.

—Eliminado de la Administración, apartado de la política—añadí con llorona sensiblería, he servido siempre al Gobierno absoluto en mi humilde esfera. ¿Y qué pago se me ha dado? ¡Horroriza el pensarlo! Calumnias, inícuas sospechas de mi honradez y consecuencia. En verdad que se necesita tener un corazón muy recto para no dejarse arrastrar por el despecho y hacer cualquier tontería. Pero ¡ay! yo quisiera que se pudiese hacer una investigación irrecusable de la conducta de todos los hombres notables que usted y yo conocemos. Yo quisiera que existiese un ojo milagroso para leer en el corazón de cada uno de ellos. Entonces se vería quiénes son los buenos.

—Vamos, Pipaón, no te enfades—me dijo D. Buenaventura con bondad,—ya sé que eres un hombre honrado. Cierto que me han dicho de tí algunas cosillas; pero la verdad, no les he dado crédito.

—Gracias, gracias—dije, cobrando nuevos bríos,—yo no esperaba otra cosa, y cuando el otro día me acusó usted de no sé qué monstruosa infidencia, mi alma se llenó de angustia... Yo lo olvido todo, Sr. D. Buenaventura; yo perdono á los que me han calúmniado, y en vista de los peligros que corre el Gobierno absoluto, elevo como siempre mi voz amiga para predicar la concordia... Unámonos, Sr. D. Buenaventura, unámonos hoy, como nos unimos hace seis años para salvar á la Nación del abismo á que corría. Cesen los chismes ridículos, las hablillas malévolas con que se ha querido manchar reputaciones como la mía... Por mi parte todo lo olvido; no veo más que á nuestro querido Rey, á nuestra querida patria, á nuestras adoradas prácticas de gobierno, á las cuales falta poco para ser las más sabias del mundo... Pero ese poco que falta

(c) 2008 Ministerio de Cultura

debemos dárselo para aplastar de una vez el jacobinismo insolente, y las logias inmundas, y á los liberales soeces que quieren cubrir de ruinas el suelo de España. Quitémosles todo pretexto para nuevas insurrecciones; reformemos el Gobierno; ocupemos los hombres de bien todos los puestos que insolentemente usurpan los pillos, y constituiremos una Nación feliz, y legaremos á nuestros hijos, si los tenemos, toda clase de prosperidades y bienaventuranzas.

D. Buenaventura me oía con admiración profunda. Concluido mi discurso, estrechóme la mano, y con benevolencia más ardorosa que lo que el caso exigía, me dijo:

—No he dudado de tí. Eres un hombre excelente. Verdad es que tenía algunas sospechas; pero las he disipado. Soy todo tuyo.

—Unámonos, señor marqués...

—Unámonos, sí. Reconozco que se te ha postergado con injusticia. Eras de los primeros y se te puso en las últimas filas. El puesto que tú debías ocupar en el Consejo se ha dado á hombres nulos y que han trabajado descaradamente por la revolución.

—Yo no guardo rencor á nadie—dije con hipocresía perfecta.—¿Querrá usted creer que no me había vuelto á acordar de la tal plaza de consejero, ni de la incalificable ofensa que me hicieron? Yo soy así; el primero para agradecer, el último para odiar.

—Pero aún es tiempo de repararlo todo—dijo el ministro atracándose de tabaco.—Hay otra vacante, y anoche me acordé de tí.

—No, no, de ninguna manera. Hágame usted el favcr de no dármela; se lo suplico... Vamos, que me pondrá usted en el caso de hacer renuncia.

—Bueno, veremos si te atreves á desairarme. Es preciso hacer reparaciones, reunir toda la gente buena alrededor del Trono. Convengo contigo en que es preciso hacer alguna cosa para normalizar el Gobierno.

—Por mi parte, señáleseme un puesto de peligro, un puesto en que sólo haya trabajo y no beneficios, un puesto que permita manifestar la diferencia que existe entre los aventureros sin conciencia y los hombres honrados que se desviven por el Rey y por la patria.

Asuntos urgentes reclamaban la atención de Su Excelencia, y despidiéndome, me dijo con muchísima amabilidad:

—Queridito Pipaón, vete á tu casa. No llegará la noche sin que recibas un recuerdo mío. No salgas en todo el día de tu casa, y espera.

Retiréme lleno de gozo... ¡Fuera revoluciones! ¡fuera clubs! ¡fuera

(c) 2008 Ministerio de Cultura

trastornos políticos que alteran la santa armonía de la vida! ¡fuera jacobinos y logias!... Como el que ha vivido algún tiempo en poder del Demonio y se ve libre al fin de la terrible obsesión, así yo renegaba de mis veleidades revolucionarias, haciendo voto de no prevaricar más en mi vida.

Pero me aguardaba un golpe terrible, uno de esos golpes que anonadan, que hunden, que matan, arrojando á un hombre en los abismos de la desesperación. Como me había mandado el marqués, aguardé en mi casa todo el día. Al fin sintiéronse pasos en la puerta: yo creí que me visitaba un ordenanza de Su Excelencia, portador de pliegos en que se me notificase algo lisonjero, cuando mi criado me dijo que gran número de alguaciles preguntaban por mí.

¡Traición inconcebible! D. Buenaventura había determinado prenderme, y con su hipócrita zalamería alejaba de mí toda sospecha. Al decirme que no saliese de mi casa, su intención era que me pudiesen coger facilmente sus miserables sayones. En aquel trance supremo, vacilante entre el miedo y el peligro, pude tomar una determinación salvadora, y corrí á la puerta interior. Por fortuna, fuéme fiel mi criado. Doña Fé ya no estaba allí. Escurríme por la escalera con tanta presteza, que cuando los alguaciles registraban mi casa ya estaba yo en el lógrego aposento del Sr. Mano de Mortero, á quien con las más patéticas razones pedí hospitalidad.

Temí que los tunantes me siguieran, pero el buen gitano me ofreció que en tal caso me ocultaría en lugar más seguro.

Mi angustia era inmensa. Contemplé con el alma destrozada el sitio en que me hallaba, mientras Mortero decía:

—Por si ó por no, apaguemos la luz.

Antes de que la soplara, mis ojos se extendieron por la habitación, y ví que sobre el lecho del Sr. Mano yacía tendido y como soñoliento un hombre. La luz se apagó y no pude verle; pero en el mismo instante sentí pronunciar mi apellido, y por la voz conocí que estaba en compañía de Salvador Monsalud.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XXII

A pena y furor que yo sentía no dieron lugar por algún tiempo á la sorpresa que el encuentro inesperado de mi amigo debía producirme. El tío Mano, seguro de que no había peligro, encendió de nuevo la luz, y diciéndome algunas palabras festivas y tranquilizadoras, puso sus manos en la obra interrumpida. Estaba haciendo un ejército. Yo alcé la vista, contemplé la bóveda bajo la cual estaba, las macizas paredes, y me creí sepultado para siempre. Parecía que había caido sobre mi corazón una losa enorme. La Inquisición, ó si se quiere la autoridad, ponía sobre mí su pié y me aplastaba como á un insecto. Una aflicción inmensa llenó mi alma, asemejándose á una irrupción de tinieblas que entraban en ella, ocupándola toda para nunca más salir. Yo no podía formar otra idea que esta.

—¡Adios carrera, adios porvenir, adios posición mía!

—¡Debilidad pueril! Ocultando el rostro entre las manos rompí á llorar como un chiquillo.

—No hay cuidado ninguno—dijo Mortero.—Aquí no vendrán los mochuelos. Esto es un sepulcro. Y si vinieran, señor mío, todavía están ahí los calabozos, y si entraran á registrar los calabozos, todavía nos quedaba la cisterna.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Fíate de los amigos —querido Pipaón,—dijo Monsalud sacudiendo la pereza.—Pero aquí puedes estar tranquilo.

—También á tí te han querido prender por lo visto—exclamé con furia. ¿Has conocido hombre más infame que ese D. Buenaventura? ¡Miserable mastín del absolutismo! Dios poderoso: ¡permite que se desborden sobre España las revoluciones más horrendas; permite que se alce una guillotina en cada calle y que rueden por el suelo las cabezas de todos esos bárbaros tiranuelos que envilecen el país!! ¡Sí, sí, vengan las revoluciones con sus cuadrillas de asesinos, levántese el pueblo y arrastre á esos menguados ídolos; ardan España y Madrid!!... ¡Pero qué detestable Gobierno! ¡Qué infames ministros! De modo que á un vecino honrado, á un hombre de bien, se le pone preso sin más ni más, porque á un ministro se le antoje... De modo que no hay seguridad... De modo que la libertad y la vida de los españoles está á merced de un vil delator!... ¡Esto no se puede sufrir, esto es inícuo! Es preciso que esto concluya. ¡Salvador, venga la revolución, venga una y mil veces! Abajo todo esto y venga lo que viniere.

—Vamos: se conoce que te duele. Pues hay que tener paciencia, amigo—me contestó Salvador friamente.—La revolución no viene.

—¡No viene!

—Se ha constipado en el canal de Santi-Petri.

—Pues debe venir—repuse con furor.—Tú y tus amigos sois unos menguados cobardes. ¿Por qué no teneis más energía? ¿por qué no atropellais por todo? ¿por qué no sublevais en masa al país? ¿por qué haceis las cosas á medias? ¿por qué andais con paños calientes? ¿por qué no matais? ¿por qué no incendiais?... ¡Horrible estado es el nuestro! ¡Horrible situación la de España, entregada á un espantajo como D. Buenaventura, y sin encontrar media docena de hombres valerosos que me salven!

La cólera mía no encontraba otro lenguaje. Mi pecho era un volcán y mis palabras fuego.

—¡Jacobino estás!—me dijo Monsalud riendo, mas sin abandonar su calma.

—Pero hombre, ¿no bufas como yo? ¿no te indignas? ¿no deseas ver al infame marquesillo asado en parrillas?... Yo quisiera tener cien bocas para gritar con todas ellas: *¡Viva la libertad! ¡Viva la Constitución!*... Si no se comprende cómo hay absolutistas en el mundo... Si no se comprende cómo no son liberales hasta las piedras de las calles... Si no se conciben cómo éstas no se levantan solas y van corriendo por los aires

(c) 2008 Ministerio de Cultura

á destrozar á esos miserables verdugos... Si no se concibe que doce millones de españoles consientan ser tratados como una manada de carneros... Si no se comprende cómo hemos vivido tanto tiempo en compañía de esa vil canalla sin hacer una revolución cada día y un motín cada hora... Salvador, tú no tienes sangre en las venas, cuando estás ahí tan tranquilo, y no te irritas al oirme, y no rechinas los dientes y no maldices á nuestros bárbaros enemigos, y no echas hiel y fuego y veneno por la boca.

—Sigue, sigue—dijo.—Te oigo con gusto.

—¡De modo que estoy perdido para siempre!—exclamé cruzando las manos con angustia.—¿De modo que esa endiablada revolución no triunfa ya? ¡Qué inícua farsa! Nos comprometeis á tantos hombres honrados y luego lo perdeis todo por vuestra cobardía... Y héme aquí perdido para siempre, sin carrera, sin más porvenir que el destierro... porque es claro, tendré que emigrar, si no me ahorcan antes... Hombre, horrorízate... ten lástima de este desgraciado... consuélame, amigo, díme alguna palabra que alivie mi angustia... por Dios, Salvador, por Dios vivo, ¿no habrá todavía ninguna esperanza?

—Ninguna—contestó secamente mi amigo.

—Pero hombre, ¿es eso verdad? ¿ninguna, ninguna? ¿Ha fracasado la revolución?

—Por completo.

—Quizás te engañes. Puede que todavía...

—Ya no hay remedio.

—¿Qué sabes tú? Todavía...

—Vengo de Andalucía.

—¿Cuándo llegaste?

—Hoy. Nadie sabe mejor que yo lo que allí ha pasado...

—Y dices que... ¿Pero qué haremos ahora?

—Nada; tener paciencia—repuso con una flema imperturbable que me exaltaba más.

—¡Tener paciencia! Eso está bueno para tí que nada pierdes, porque nada tenías; para tí que tan poca cosa eras antes como ahora; mas ¡ay! yo estoy arruinado, yo estoy perdido. ¡Adios carrera, posición, porvenir!... Pero cuéntame. ¿Qué ha pasado en esa fatal Andalucía? ¿Dices que has llegado hoy? ¿Por qué te has metido aquí?

—Porque el señor marqués no se duerme ahora en las pajas. Me han seguido la pista todo el día y me he visto muy apurado para escapar. Hoy no se encuentra un amigo por ninguna parte. Los Villelas y com-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

parsa, en vista del mal éxito, adulan al Gobierno. Después de recorrer varios albergues, he creido que en ninguna parte estaba tan seguro

como aquí. No he confiado el secreto de este escondrijo ni à mis más íntimos amigos. ¿Qué habrá sido de ellos? en el aciago día de hoy, que-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

rido Pipaón, se han hecho más de doscientas prisiones. No hay compasión ni para los arrepentidos.

—¡Nos hemos lucido! Pero no habrá alguna esperanza? Díme, por Dios, que sí.

—No, no hay ninguna. Los insurrectos vagan á estas horas por los llanos de Andalucía, medio muertos de hambre y de cansancio, sin encontrar apoyo en ninguna parte, viendo disminuir rápidamente su número en vez de aumentar; y gracias que los últimos consigan llegar vivos á la raya de Portugal. Ni Riego ni Quiroga valen más que para un momento de esos en que sólo se necesita arrojo. Cuando el primero arengó á sus soldados en las Cabezas, y les dijo: *Basta de sufrimientos, valientes camaradas; hemos cumplido con el honor; más larga paciencia sería vileza y cobardía,* parecía que aquel hombre iba á imprimir á la insurrección impulso poderoso; pero después le hemos visto perplejo, vacilante, dejando pasar todas las buenas ocasiones, y corriendo de aquí para allí como un recluta al cual de golpe y porrazo se le pusiera en la mano el bastón de general. Tuvieron la mejor coyuntura para batir uno á uno los batallones que no habían querido insurreccionarse, y la dejaron perder. Rechazados en la Cortadura, salió Riego de la Isla con mil quinientos hombres y marchó hacia Algeciras, movimiento cuyo objeto no se alcanza á nadie. Cuando quiso regresar, supo que Freire bloqueaba la Isla, donde estaba Quiroga, y corrió á Málaga. Perseguíale D. José O'Donnell sin conseguir derrotarle ni tampoco ser derrotado por él. La insurrección hasta entonces no era más que un marchar contínuo, sin aliento, sin entusiasmo, sin espíritu, porque en todos los pueblos del tránsito no había más que frialdad, indiferencia... De Málaga pasó Riego á Córdoba, donde entró con quinientos hombres.

—¿Y los otros mil?

—Habían desertado, y aprovechándose de la revolución, se iban tranquilos á sus casas.

—¡Canallas!... ¡Pero qué falta de entusiasmo y de patriotismo, sí señor, de patriotismo!—dije yo, no comprendiendo cómo había quien desmayase, tratándose de derribar el Gobierno absoluto.

—En Córdoba no fueron hostilizados por la tropa; pero tampoco vitoreados ni agasajados por el pueblo. No he visto frialdad semejante. Parece que esto no es Nación, sino un pueblo de sombras.

—¡Qué país!—exclamé con desesperación.—Con que mientras nosotros trabajamos por variar la forma de gobierno; mientras nos exponemos á perder las ventajas de una brillante carrera y sufrimos persecuciones,

(c) 2008 Ministerio de Cultura

el bendito país se está mano sobre mano, sin decir esta boca es mía... ¡Pero qué horrible ingratitud, hombre! Lo que tú dices, un pueblo de sombras.

—Lo que más me ha afligido en este fracaso, no ha sido la mala suerte de los militares sublevados, sino la apatía del país, su poltronería política, pues no merece otro nombre. Ve que se levantan unos cuantos hombres proclamando la libertad para todos, los principios de justicia, el gobierno ilustrado, y se cruza de brazos, no comprende nada, sonríe al ver pasar la insurrección, cual si fuera cabalgata de Carnaval. Esto hiela el corazón...

—¿Pero qué es esto, pués? Explícamelo.

—Esto es un triste desengaño; esto significa que España no nos entiende. Conoce su gran pobreza y envilecimiento; quizás comprende que otros pueblos viven mejor; pero no se le ocurre que en sí misma tiene los medios para salir de tal estado. Tres siglos de absolutismo no podían menos de producir esta modorra intelectual en que el país vive. Duerme: sueña tal vez. Sufre un encantamiento parecido al de aquellos caballeros á quienes un mago convertía en estatuas. Es verdad que en este león encantado hay una cabeza que piensa, la idea que está en la flor de la sociedad, en algunos centenares de hombres escogidos... pero éstos pueden poco. La cabeza viva, puesta en un cuerpo inerte, no sabe hacer otra cosa que atormentarse con su propio pensamiento. Eso hacemos nosotros: atormentarnos, discurrir, creer. Tenemos fé, tenemos ideas; pero ¡ay! queremos tener acción, y entonces empieza el desengaño; queremos movernos... ¡Cómo se ha de mover una piedra!

—Desconsolador cuadro me pintas, Salvador.

—¡Ojalá no fuese verdadero! En mí notarás una transformación tan rápida como triste. Mi pensamiento tiñe de negro todo aquello en que se fija. Ayer estaba lleno de luz, y hoy no hay más que tinieblas dentro de mí. No tengo ya esperanzas; he perdido todas las ilusiones. Parece mentira que se pierda todo esto y siga uno viviendo. He visto por mí mismo la apatía nacional, una congelación lamentable, una incapacidad absoluta para apropiarse la idea política y abrigar los sentimientos que con ella se relacionan, fuera del sentimiento de la patria y del sentimiento religioso, concebidos en bruto, á lo salvaje. Aquí el pueblo no entiende de ideas: sólo los sentimientos enormes del amor al suelo y á Dios le pueden mover. Hablarles otro lenguaje es hablar á sordos... Nosotros somos muy torpes; confundimos deplorablemente la conspiración con la revolución; creemos que la connivencia de unos cuantos

(c) 2008 Ministerio de Cultura

hombres de ideas es lo mismo que el levantamiento de un país, y que aquello puede producir esto. Vemos el instantáneo triunfo de la idea verdadera sobre la falsa en la esfera del pensamiento, y creemos que con igual rapidez puede triunfar la idea sobre las costumbres. Las costumbres las hizo el tiempo con tanta paciencia y lentitud como ha hecho las montañas, y sólo el tiempo, trabajando un día y otro, las puede destruir. No se derriban montes á bayonetazos.

—Siempre creí que España era un pueblo de costumbres absolutistas —dije yo,—y que la revolución y el liberalismo estaban sólo en las cabezas exaltadas de cierto número de caballeros, un tanto avispados por el alcohol de las lecturas... Por eso yo, al conspirar, no contaba con que se hiciera ninguna revolución verdadera, sino simplemente una mogiganga de revolución, una cosa teatral y de mentirijillas, que no alterara nada en el fondo sino en la superficie, y que contentándose con fórmulas, verificase un razonable y justo cambio de personas, que es al fin y al postre lo más conveniente.

—Como tú piensan muchos, muchísimos de los que más han bullido en las logias, y esta es una de las causas del fracaso. Aquí no hay más que absolutismo, absolutismo puro arriba y abajo y en todas partes. La mayoría de los liberales llevan la revolución en la cabeza y en los labios; pero en su corazón, sin saberlo se desborda el absolutismo.

—¿De modo que, según tu frase, España seguirá andando á cuatro piés por mucho tiempo?

—Por muchísimo tiempo.

—¿Y qué piensas hacer ahora?

—Nada: renunciar á un trabajo que creo no ha de tener resultado alguno. Yo empecé con mucho ardor; tenía una fé profunda; creía que por tales medios podía adquirir gloria para mi país y para mí; trabajaba á ciegas sin ver el material que tenía entre las manos. ¿Me preguntas lo que pienso hacer? Renunciar á un papel que empieza á ser criminal y hasta ridículo desde el momento en que sólo puede servir para ayudar á vulgares ambiciones. Estoy convencido de que la revolución tiene que ser vana por ahora. Lo he visto por mis propios ojos; lo he tocado con mis manos... Con su nombre pueden elevarse y luchar facciones miserables, y á facciones no sirvo yo. He sido durante algún tiempo aventurero, pero en mis aventuras entreveía un hermoso ideal. Mientras duró el engaño, mi conducta no podía dejar de ser noble. Pero, amigo mío, ya he visto que los que creía gigantes eran molinos de viento, y aquí concluye mi caballería andante. Felizmente no he perdido el seso. Si

(c) 2008 Ministerio de Cultura

pude un día aceptar lo que hay de generoso en el papel del gran caballero de la Mancha, renuncio ya á lo que en él hay de ridículo, y arrojadas las inútiles armas me vuelvo á mi aldea.

—¿Á tu aldea?

—Al extranjero, quiero decir; ó á América, qué sé yo... En medio de mi horrible descorazonamiento, amigo Bragas, yo conservo una serenidad notable, y no tomaré resoluciones atropelladas. No hay que apurarse... Calma. Durmamos ahora tranquilamente y mañana se pensará lo que se ha de hacer.

—Parece mentira que puedas dormir en una noche de desgracias como esta. ¡Qué calma tienes!

—Estamos caídos—dijo con voz que se extinguía poco á poco á causa del sueño.—Algún día nos levantaremos. Dicen que no hay mal que cien años dure.

—¿Y serás capaz de dormirte así... dejándome solo, sin consuelo?...

—¿Consolarte yo?—repuso dormitándose, sin consideración á mi soledad.—¡Pobre Pipaón, pobre cortesano! le han quitado su destino... le han dado un puntapié con sandalia de rosas... Eso no es nada, amigo. Con unas cuantas sonrisas recobrarás tu favor... y si no con un par de lágrimas. El chubasco pasará y... al cabo de cierto tiempo... como si tal cosa...

Durmióse el infame, dejándome entregado al sombrío martirio de mis pensamientos... ¡Dormir cuando yo estaba perseguido, dormir cuando el orden natural de las cosas se había alterado! Encontréme enteramente solo, porque el Sr. Mano de Mortero había salido poco antes. Estuve meditando y cavilando con tal laberinto en el cerebro, que al fin deliraba. Creo que hablé solo largo rato y una visión extraña atraía la atención de mi espíritu. ¿Qué era aquello que yo estaba mirando, Dios mío? Yo veía un ejército poderoso que avanzaba en gallarda formación. Las filas de hermosos caballos corrían las unas tras las otras tan matemáticamente alineadas que no discrepaban una línea. Los ginetes todos esgrimían sus sables, y á igual altura se elevaban los empenachados morriones... Pasaban, pasaban fila tras fila, escuadrón tras escuadrón, sin acabarse nunca y sin variar nunca. Era el ejército infinito, siempre el mismo, siempre marchando y nunca concluido. De las apretadas y correctas filas salía sin cesar un grito majestuoso, que penetraba en mi alma como un rayo de luz. El grito era: "¡Viva la libertad.„

No sé cuanto tiempo duró este fenómeno; pero al fin entró el señor Mano de Mortero, hizo ruido y me moví. En el rincón frontero y sobre

(c) 2008 Ministerio de Cultura

el banco del taller, continuaba el ejército; mas era un escuadrón de groseros muñecos mal tallados y peor pintados... Sin embargo, siempre me parecía que gritaban con sus bocas de palo: "¡Viva la libertad!„

El Sr. Mano de Mortero dejó á un lado el farolillo con que se alumbraba, la capa y el sombrero, y en voz alta nos dijo:

—Buenas y frescas, señores.

Monsalud despertó.

—¿Hay noticias?—pregunté con ansiedad.

—Y buenas. La Coruña ha proclamado la Constitución.

—¿Pero es verdad? ¿Lo dicen por ahí?

—Lo dicen por ahí y es verdad. Y el Ferrol y Vigo también se han sublevado. Dicen que los ministros están que se les puede ahorcar con un cabello.

—¡Dios mío, Virgen Santísima! que sea verdad lo que dice este buen hombre—exclamé juntando las manos.—¿No has oido, Monsalud, lo que dice el Sr. de Mano? ¿Qué te parece? ¿será verdad?

—Puede ser verdad—dijo Salvador con mucha calma.

—Con que la Coruña, el Ferrol, Vigo; es decir, toda Galicia... Principio quieren las cosas. Si saldremos al fin con que triunfa la revolución y arde toda España.

—El ejército nada más...—dijo mi amigo friamente.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Sr. de Mano, quién sabe, quién sabe todavía... Oye, Salvador, me ocurre una idea.

—¿Qué?

—Que imploremos de la Divina Misericordia...

—¿El perdón de nuestros pecados?

—No, el triunfo de la revolución. Pidamos á Dios con todo fervor y recogimiento... que sea verdad lo que ha dicho este buen hombre; que sea verdad el levantamiento de la Coruña...

Monsalud estaba echado boca arriba en actitud de tranquilidad perfecta. Había extendido sus dos brazos formando arco alrededor de la cabeza, y miraba al techo.

—Hombre, no seas impío—añadí,—¿por qué no hemos de impetrar de la Omnipotencia Divina lo que deseamos? ¿No piden pan los hambrientos y salud los enfermos? Pues pidamos nosotros revolución. El Evangelio dice: "pedid y se os dará.„

Monsalud reía.

—Sr. de Mano—añadí yo.—Aquí veo unas hermosísimas imágenes de la Virgen y del Señor. ¿Por qué no les pone usted una vela?

Salvador no podía tener la risa.

—Hereje, empedernido hereje, calla, calla. Cada uno tiene sus ideas. Yo soy religioso, yo soy creyente y tú eres un perro judío. Querido Sr. de Mortero, encienda usted un par de luces en ese altar que está junto á la cama.

Mortero encendió las luces.

—Ahora—dije yo,—que la Santísima Madre de Dios, Nuestra Señora del Rosario, nos dé el inefable beneficio de un pronunciamiento en cada ciudad de España; que sea un volcán Galicia y otro volcán Aragón; que caiga por tierra el absolutismo y D. Buenaventura.

—Me parece que se sienten pasos arriba—dijo Salvador en voz muy baja.

—Es que andan por allá el Sr. Secretario y un señor inquisidor—repuso Mortero.—No hagan ustedes ruido. Están sacando papeles del archivo.

—Es que ven la cosa negra—afirmé yo.—Sin duda temen que el pueblo penetre en la casa y descubra alguna picardía. Señor Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra...

—¡Es gracioso!—dijo Monsalud mirando la imagen, que era la Virgen del Rosario con Santo Domingo de Guzmán arrodillado á sus piés.—Si á esos señores inquisidores que están arriba les dijeran ahora que en un

(c) 2008 Ministerio de Cultura

sótano de la Santa Casa arden velas ante las imágenes cristianas para implorar de Dios el triunfo de la revolución...

—Si se lo dijeran... seguramente no lo creerían.

Mi amigo se volvió hacia la pared, y al poco rato dormía.

Yo no cesé de rezar en toda la noche.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XXIII

Al día siguiente muy temprano, Mano de Mortero, que había salido á sus quehaceres, entró diciendo:

—Gordas y frescas.

—¿Qué, qué hay?

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Que lo de Galicia es tremendo. El Rey y la Corte están muy asustados. Toda la noche han estado los ministros en Palacio... Quieren contemporizar... les ha entrado el destemple... desconfían de la guarnición...

—¡Desconfían de la guarnición! ¿Oyes, Salvador; oyes, hombre?—exclamé con exaltado júbilo.

—Oigo—repuso mi amigo secamente.

—¡Y de la guardia de la Real persona!—añadió Mano.

—¡También desconfían de la guardia! ¿Oyes, Salvadorillo de mi alma?

—Oigo.

—Sr. de Mano, traiga usted cuatro velas; yo las pago.

—Con esa condición, aunque sean ocho—dijo Mortero abriendo el cajón de una cómoda.

—No quepo dentro de mí—exclamé saltando del jergón.—Voy á salir á la calle, aunque me exponga á ser cogido. Me pasearé, comeré en casa de algún amigo... Sr. de Mano, ¿tiene usted algunas ropas con que disfrazarme?

—Tengo vestidos de cómicos. ¿Quiere usted ir de rey turco?

—Hombre, no.

—¿Y de senescal de Polonia?

—¡Qué majadero!

—¿Y de majo? Sombrero ancho, capa encarnada, marsellés...

—Venga, venga. Me embozaré hasta las cejas.

Mano sacó unos vestidos, que yo me puse, acomodándolos lo mejor posible á mi cuerpo. Peinéme á lo majo, tiznéme el rostro, y quedé convertido en chispero, tan al vivo, que era muy difícil conocerme. Con tal pergenio, guiado por Mortero, que me llevó por oscuros laberintos, salí á la calle, embozado hasta las cejas. Monsalud no quiso seguirme. Pasé por Palacio, y ví que entraban y salían muchos coches; recorrí, luego la calle Mayor hasta la Puerta del Sol; pero aunque encontré en este sitio muchos conocidos, no me atreví á hablar á ninguno; tanta era mi cobardía aun bajo el disfraz de chispero. Estábamos en los primeros días de Marzo.

Ya conocí en la actitud y semblante de las personas, y en las palabras que al vuelo cogía, que era ciertísima la alarma anunciada por Mortero. Sin cesar herían mi oido las voces *Coruña*, *Ferrol*, *Junta revolucionaria*, *Don Pedro Agar*, volviéndome loco de alegría. Recorrí la población sin descubrir mi cara, atendiendo disimuladamente á todos los grupos, huroneando, atisbando, olfateando la revolución. ¡Ay! la revolu-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

ción palpitaba; yo la sentía. Quien había puesto tantas veces la mano sobre el pecho de la sensible villa no podía engañarse.

En estas exploraciones empleé toda la mañana y parte de la tarde. No me había descubierto á nadie. Llegó por fin una hora en que me picó el hambre con alarmante viveza; porque el júbilo y esperanza no me alimentaban; que esto corresponde á las magras y otros condimentos, y de ningún modo á las impresiones agradables del alma. ¿Qué hacer? El Sr. Mano no podría ofrecerme sino un guisote grosero. ¿Entraría en algún café ó figón? No, porque mi pusilanimidad veía alguaciles en todas partes, y se me figuraba que ni siquiera me dejarían llevar la cuchara á la boca. ¿Iría á casa de algún amigo? Ugarte estaba fuera de Madrid, y quizás perseguido también. De Villela y otros personajes no me fiaba más que del Demonio. Pensé ir en busca de D. Gil Carrascosa, hombre que me debía muchos favores, ó de D. Bartolomé Canencia; pero luego discurrí que las casas de donde más rápidamente debía huir era las de aquellos que me debían beneficios.

De pronto ví á cuatro personas que me inspiraron una idea felicísima. Eran Carlos Navarro y D. Miguel de Baraona, que iban por la calle de la Montera hacia la Puerta del Sol, acompañados de los dos zafios amigos que con el primero vinieron del Norte. Antes me metiera yo mismo en la cárcel que presentarme ante aquellos hombres fanáticos, capaces de hacer conmigo una felonía; pero teniendo la certeza de que estaban ambos fuera de casa, bien podía pedir amparo á la señora doña Genara, que de fijo no me lo negaría ni me vendería.

—Si Genarita está en su casa—me dije corriendo en dirección de la calle Ancha,—comeré, y comeré bien.

Poco después entraba yo en la calle de *Enhoramala vayas*, para pasar á la de *Sal si puedes*. Esta tenía poco que andar. Componíanla dos casas humildes, otra suntuosa, y una tapia de corrales ó jardines. La suntuosa, como muchas personas, tenía mejor alma que cuerpo; es decir, que su aspecto vetusto y feo no correspondía á su comodidad interior. De poca fachada, extendíase mucho en el fondo de la manzana, y lo mejor de ella era la crugía de Poniente, que daba á un patio donde estaban las cocheras. Este patio tenía la salida á la calle de *Aunque os pese*. Aquel pequeño barrio de nombres tan extraños, era entonces más solitario aún que ahora.

Entré resueltamente. Por fortuna Genara estaba, y estaba sola. Tan sólo su doncella tuvo noticia de mi visita.

Expuse á la generosa dama la aflictiva situación de mi estómago,

(c) 2008 Ministerio de Cultura

rogándole encarecidamente que si me daba de comer lo hiciera pronto para evitar el peligro de un encuentro con los feroces Navarro y Baraona. Ella se rió mucho de mi extraña facha, y me dijo:

—Hace usted bien en temer á mi marido y á mi abuelo. Ellos no disculpan ni perdonan. Están furiosos contra usted y si le encontraran aquí, serían capaces de entregármele atado de piés y manos á D. Buenaventura.

—¡Miserable sayón!

—Anoche estuvo aquí, y dijo de usted mil picardías. ¡Pero qué atrocidades ha hecho usted, Pipaón!... Conspirar así; escribir cartas; juntar dinero... qué sé yo... Es usted un Robespierre. Dice el marqués que no se consolará en toda la vida de que se le escapara usted, y que daría un ojo de la cara por atraparle.

—¡Bandido!... Pero si usted tuviera la bondad de darme de comer... Ahora ó nunca: me muero de hambre.

—Al momento—repuso riendo.—Pero van á decir que soy encubridora de revolucionarios y el marqués querrá prenderme también.

Inmediatamente dió órdenes á su doncella para que me trajese lo que tan imperiosamente pedía mi pobre cuerpo. Ella misma tendió un pequeño mantel en el velador de aquella estancia que era la suya, y me iba poniendo delante los platos, amenizando el festín con discretas observaciones y celestiales sonrisas. Yo caí sobre los manjares como el tigre sobre su presa.

—Perdone usted, si como groseramente—le dije.—Un condenado á muerte tiene derecho á prescindir de ciertas reglas.

—¡Parece mentira!—exclamó.—¡Usted revolucionario, usted liberal!...

—Señora, no haga usted caso de infames calumnias. Mis enemigos discurren infernales embustes para perderme. Ya disiparé yo las nubes que empañan el limpio sol de mi reputación. Deje usted que pase este chubasco...

—Triunfen ó no los revolucionarios—dijo ella sentándose frente á mí y apoyando el codo en la misma mesa donde yo comía,—lo cierto es que los conspiradores lo pasarán mal. Casi todos están presos, ¿no es verdad?

—Creo que sí.

—Sin embargo, no se oye decir que ajusticien á ninguna persona conocida.

—Incomparable está esta gallina—repuse, más atento á la reparación de mis fuerzas que á la suerte de los conspiradores.

Cuando empecé á reponerme y á sentirme dueño de mí mismo, fijá-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

ronse mis ojos con singular deleite en la hermosísima figura que tenía delante de mí. Nunca me había parecido Genara tan bella. En la nueva mansión su hermosura soberana se realzaba con el lujo que el generoso

marido había acumulado allí, labrando de este modo el único estuche digno de alhaja tan preciosa. Fuera por una irradiación admirable de la privilegiada naturaleza de Genara, fuera porque la casa era en realidad

(c) 2008 Ministerio de Cultura

muy linda, todo lo que veían mis ojos tenía el más puro sello artístico. Cuadros, tapices, muebles, cornucopias, constituían mil formas encantadoras que extasiaban la vista. El oro y los pastosos tonos, las tintas brillantes admirablemente armonizadas, llevaban los ojos de sorpresa en sorpresa. Los excesos del lujo, que generalmente traen el mal gusto, eran allí, ó al menos á mí me lo parecía, un esfuerzo sublime de la imaginación, comedida siempre en su delirio.

En su propia persona los encantos de Genara eran, como siempre, superiores; pero allí su grave y patética sencillez brillaba más que cuando vivía en mi casa. Siempre tuvo el raro instinto de ataviarse elegantemente, y la no aprendida ciencia, en virtud de la cual una mujer privilegiada sabe estar preciosa con el adorno más insignificante. Aquella tarde en que me dió de comer, estaba vestida con la negligencia cuidadosa que parece han de emplear las que siempre quieren estar bien, aun sabiendo que nadie las ha de ver. Sobre su cuerpo no había más que dos colores, el blanco y el negro; éste en una copiosa sarta de cuentas que pendían de su cuello, adorno muy usado entonces. Su traje blanco, conjunto delicado de graciosos caprichos de aguja, de pliegues y rizos, era un plumaje maravilloso, que á causa de la estrechez de los talles de entonces, cubría delicadamente sus incomparables formas sin desfigurarlas, respetando cuanto el divino cincel modeló en aquel hermoso barro humano, es decir, no aplastando ningún bulto, ni llenando ningún hueco, ni alterando con importuno arte la más acabada estatua en cuyo tibio marmol han vibrado nervios y corrido, por las azules venas, menudas venas de impetuosa sangre.

Cuando se movía de aquí para allá trayéndome lo que yo había de comer, parecía una hechicera de leyenda que cuidaba de mí, niño extraviado en las cavernas de mágia, entre maravillosas trasformaciones; primero maltratado por ogros horribles, después mimado y agasajado por las blancas manos de las hadas. Caía la tarde, y la dulce luz crepuscular que entraba en la estancia por las ventanas abiertas al patio y á la calle de *Aunque os pese*, derramaba en torno mío, entre ella y yo, una dulce onda de tristeza. Cuando yo concluía de comer, sentóse como he dicho, frente á mí, apoyando el codo en la mesa y la mejilla en el puño. En primer término yo veía un brazo que á ningún otro puede compararse, blanco, torneado, de una pureza y corrección admirables. Distinguíanse en la suave penumbra de lo interior de la manga las tentadoras morbideces del ante-brazo que se perdía al fin entre la batista, seguido hasta lo último por mi ansiosa vista. Tenía los ojos medio cerra-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

dos. No sé por qué todo allí era tristeza. Yo exhalé un suspiro tan hondo, que Genara se conmovió cual si oyese un grito.

—¿Qué tiene usted?—me dijo.

—Estaba pensando, señora mía, que el Sr. D. Carlos, mi antiguo amigo y esposo de usted, es el hombre más feliz de la tierra.

—¿Por qué?

—Porque es dueño de tanta hermosura.

Genara hizo un gesto de desdén.

—Pero no sabe apreciar su felicidad, señora mía—añadí,—y con sus ridiculeces y manías mortifica á este angel de gracia y de bondad.

—Galán está usted--me dijo sonriendo.—No extraño que usted hable así de Carlos. Todo el mundo conoce lo mal que me trata. Ni siquiera tiene el tacto de guardar para mí sola sus impertinencias, sino que delante de los amigos me suele ofender...

—Él mismo confiesa que es un bruto; pero su alma y su corazón son excelentes. Procure usted domesticarle, y...

—No sirvo para domadora—me contestó, moviendo con insistencia su linda cabeza.—El se cansará ó se corregirá. ¿Qué puedo hacer para convencer á un hombre que se encariña con sus errores y con sus sospechas? Cuando alguien intenta quitárselas, Carlos se enoja como si le quisieran robar un tesoro.

—Sí, muy bien dicho. Es avaro de sus tenacidades y equivocaciones. ¡Cabeza de granito! Se estrellará, pero no dirá jamás: "me equivoqué.„

—Esto tiene que concluir de un modo ó de otro—afirmó.—Es imposible vivir así. Cada día una cuestión, cada hora una disputa. ¿Y por qué? Por nada, por fantasmas. Sepa usted que el cerrar los ojos y el abrirlos es en mí un indicio de infidelidad, según mi marido. Aprenda usted á tener perspicacia.

—¡Detestable sistema es ese! Conozco algunos maridos que por buscar tres piés al gato, han hallado los cuatro. Mucho cuidado, Sr. Garrote, vais por mal camino... No crea usted; yo le reprendí y le dije media docena de verdades... pero no hace caso. Tiene á gloria el equivocarse. En disparatar consiste su orgullo.

—Ahora, con estas cosas de la revolución que viene, está insoportable —dijo la dama con ademán ponderativo.—No se le puede resistir... Ahora paso los días entre el temor y la tristeza, asustada cuando le espero y creo que va á llegar, triste cuando estoy sola. Con él tiemblo; sola me aburro. ¿Puede haber situación más horrible? ¡Ha de saber usted que Carlos con sus impertinencias ha llegado á lo que nunca creí, á

(c) 2008 Ministerio de Cultura

malquistarme con mi abuelo, que también sospecha, también! Figúrese usted si será deliciosa mi existencia. Ellos dos, es decir, toda mi familia, están contra mí. Á mi lado no hay nadie más, ni hermanos, ni hijos, ni siquiera amigos... Las amistades, cualesquiera que sean, me están prohibidas... ¿No es verdad que soy digna de envidia? La cabeza hecha un volcán y el corazón vacío, enteramente vacío.

—¡El corazón vacío! es decir, holgazán... ¿Qué de cosas no discurrirá el muy tunante para poder mantenerse... eh?

En el mismo instante sentimcs ruido de voces y pasos en el interior de la casa.

—¡Carlos! —exclamó Genara con el mayor sobresalto.

—¡Jesús, María y José!—dije yo sintiendo que flaqueaban mis piernas.—¿Dónde me escondo, dónde?

—Váyase usted. Está usted perdido si él le ve.

Genara y yo, llenos de confusión, no sabíamos qué partido tomar.

—Escóndase usted aquí—me dijo Genara, mostrándome un armario, que abrió precipitadamente.—Después saldrá usted.

—Escurríme dentro. Yo no era hombre, yo era un papel. Creo que me hubiera metido entre dos platos. De tal modo me hacía flexible el miedo.

—Poco después de esconderme, entró Carlos. Yo no le veía; pero le sentía. El resoplido de la fiera, llegando á mis oidos, me ponía los cabellos de punta. Acompañábale uno de sus amigos, el llamado Zugarramurdi, que era el más bruto. Estuvieron los tres en silencio durante breve rato. Sin duda Carlos estudiaba el semblante de su mujer.

—Genara—dijo al fin,—el portero me ha dicho que entró hace poco un hombre y que no ha salido.

—¡Un hombre!...—repuso Genara.—No sé...

Su voz temblaba.

—¡Es singular cosa!—dijo Carlos con marcado acento de ironía,—pero como en estos tiempos hay tantos ladrones...

—Se registrará la casa—indicó con bronca voz el amigo.

Yo me quedé yerto; yo era un cadáver.

—Como no sea...—dijo Genara.—Sí... hace poco estuvo aquí un señor, preguntando...

—¿Preguntando qué?—vociferó Garrote.—Sosiégate, mujer... te doy tiempo para que medites lo que quieras decirme... no se ocurren siempre buenas ideas para ocultar la verdad. Los más listos se turban... Con que entró uno preguntando...

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Sentí el chasquido de los maderos de la silla en que la bestia se sentó.

—Un hombre, no sé quién...—continuó Genara en tono más tranquilo y algo altanero.—Si no lo quieres creer, no lo creas. Me parece que era el que anoche fué contigo en busca de Pipaón.

Hubo una pausa. ¿Se convencería?

—¡Pipaón!—dijo el amigo.—Juraría que le encontramos hoy en la calle.

—¿Y por qué no me lo dijiste?—repuso Carlos con violencia.—Crees que me importa pescar en medio de la calle á un sapo, liarle una cuerda á los brazos y llevarle á la superintendencia de policía.

Yo daba diente con diente.

—Pues sí—dijo Genara con voz serena,—ese creo que era...

Y deseando variar de conversación, repuso:

—¿En dónde has dejado al abuelo?

—Fué solo al Príncipe á comprarte billetes para esta noche.

—¿Qué función es?

—Una ópera nueva, una sandez, qué sé yo—dijo Zugarramurdi.

—Se llama *La inútil presunción* ó *El barbero de Sevilla*, por un tal Rufini ó Rossini—gruñó Carlos con malísimo humor.

—Anoche se estrenó: es un sainete ridículo, según me han dicho—añadió el amigo.—Un tutor estúpido, un barbero sin vergüenza, una pupila descocada, un amante que se finge soldado borracho para meterse en la casa, después se hace maestro de música, y luego entra por el balcón.

—Por el balcón—repetí yo, apropiándome con calenturiento afán aquella idea.

De repente Carlos, que sin duda no estaba para pensar en óperas, dijo levantándose:

—¿Cerré yo la puerta interior al marcharme?

—Creo que sí—dijo el amigo.—Lo mejor sería registrar la casa. Hay ahora tantos ladrones...

Carlos y su camarada salieron.

Genara, al verse sola, abrió precipitadamente el armario, y me dijo:

—Esta farsa no puede seguir... ¡qué compromiso!... Es preciso que yo diga la verdad á mi marido... Ya no es fácil que usted pueda marcharse...

—¡Señora!... ¡por compasión!

—La verdad, más vale decir la verdad... ¿á qué vienen esos enredos?... Bastantes tengo con los que él inventa...

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¡Señora!... ¡por piedad!—exclamé de rodillas.

Y me dirigí al balcón que caía al patio.

—Por aquí—dije, asomándome para medir la distancia.

—Se va usted á estrellar.

Felizmente el descenso era muy facil. Había bajo el balcón una alta ventana con reja de hierro que casi era una escalera. No lo pensé más.

—Se puede, sí, se puede—dijo Genara.—¡Pronto abajo! Por fortuna no hay nadie en el patio ni en las cuadras... La puerta que da á la calle de *Aunque os pese* está siempre abierta.

Liéme la capa en la cintura, y con presteza sin igual me deslicé, sin más contratiempo que algunas rozaduras en las manos. Embozándome hasta los ojos, salí sin obstáculo alguno á la calle; pero no había dado dos pasos, cuando ví al Sr. de Baraona que atentamente me observaba. No quise detenerme y apreté á correr, diciendo para mí lo de marras:

—Ahí me las den todas.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XXIV

SALVADORILLO, albricias—dije á mi amigo, entrando en la cueva del Sr. Mano,—todo va bien, la revolución marcha. Madrid ofrece un aspecto imponente...¡Si vieras qué cosas me han pasado!... ¡qué aventuras!... ¡qué peligros!... soy un héroe. Pero en fin, he comido como un príncipe. ¿Á que no sabes dónde? Pues en casa de tus amigos los Baraonas. Genara, con sus propias manos divinas, me sirvió de comer.

—¿En dónde viven ahora?—me preguntó Salvador con indiferencia.

—En la calle de *Sal si puedes*... bonito nombre... aquí cerca.

—Te lo pregunto, porque quizás me dé una vuelta por allá.

—Me alegraré de que busques camorra á esa canalla. Pero aguarda á que triunfe la revolución. Entonces les meteremos en un puño. Cuando la policía sea nuestra, es preciso tomar venganza. Enviaremos á Garrote á presidio y á Baraona á una casa de locos.

Monsalud se estaba arreglando y vistiendo. Habíale proporcionado Mortero un vestido de majo, como el mío, pero mucho más elegante: marsellés nuevo, calzas y pantalones negros, capa de grana y sombrero redondo. Su figura no podía ser más hermosa.

—¿Vas á salir esta noche? Te acompañaré. Me aburre este agujero. En Madrid se respira, amigo mío, el aliento sulfúreo de la revolución. La conmoción viene, el trueno retumba ya muy cerca.

Salimos juntos. Habíase disipado en gran parte mi miedo, y la com-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

pañía de Monsalud infundíame valor. Desde los primeros encuentros, con varias personas conocidas, comprendimos que no corría ya gran peligro nuestra libertad. Las noticias eran tremendas para el absolutismo, y según dijeron, se preparaba para el día siguiente un decreto haciendo concesiones y prometiendo reunir Córtes. Tanta cobardía inflamaba más á los revolucionarios.

Visitamos aquella noche con el mayor descaro algunas tertulias, que no eran otra cosa que las mismas reuniones perseguidas por D. Buenaventura; pero con la súbita esperanza de triunfo, la revolución había arrojado la máscara y se burlaba del Gobierno. En éste no había un solo ministro propio para la gravedad del caso. Hombres todos de miserable espíritu, no servían más que para la adulación. Todo Madrid se reía de ellos. Los conspiradores que no estaban presos, afectaban en las calles y en sitios públicos un desprecio á la autoridad que rayaba en desvergüenza.

Al día siguiente, tranquilos ya con el aspecto que tomaban las cosas, abandonamos Salvador y yo el escondrijo del Sr. Mano de Mortero, y tuvimos hospitalidad en casa de un amigo.

Era el 6 de Marzo, cuando llegó la noticia de la sublevación de las tropas que estaban en Ocaña. El júbilo y osadía de los revolucionarios eran tan grandes, que por momentos se temía en Madrid un movimiento popular. La atención de todos se fijaba en la guarnición de Madrid, formada de algunos regimientos de la Guardia y de otros de línea. En Palacio, según me dijo el Sr. Villela, á quien encontré en un estado de indecisión extraordinaria, todo era tumulto y azoramiento. La Reina Amalia lloraba, el Rey bufaba de ira y los palaciegos iban y venían consternados, sin saber si pondrían la vela al santo ó al demonio, ó á entrambos á la vez, que era lo más seguro. Escondíanse el duque de Alagón y los demás favoritos, y diversos personajes, oscurecidos ú olvidados por la corte, se presentaban llamados por el Rey ó espoleados por su propia ambición.

Desde que amaneció el día 7, Madrid ofrecía el aspecto propio de los días en que va á pasar algo extraordinario. Inútil es decir que desde muy temprano recorrí yo las principales calles, en unión de algunos indivíduos que iban sembrando la semilla del tumulto de barrio en barrio. Recordaba yo las escenas famosas del 1.º de Mayo de 1814, y me parecía que nada había cambiado. Las caras eran las mismas, los gritos parecidos. Ciertamente que la idea era distinta; pero como la idea no se ve, de aquí la ilusión.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

No hay cosa más parecida á un motín absolutista que un motín revolucionario. Se asemejan como una calabaza á otra. No trabajar, cerrar las tiendas, salir chillando, derribar lápidas y letreros, injuriar á los caídos, proclamar nombres nuevos, levantar ídolos, mezclar tal ó cual arranque generoso á actos salvajes, esto fué lo que oí en 1814, y lo que se repitió ante mis ojos en 1820. En una y otra época, por rara coincidencia, fuí agente eficaz en el movimiento, y las dos veces mi astuto aguijón pinchó á la bestia feroz para que gruñese. Antes había gruñido en las Córtes; ahora debía gruñir en Palacio.

Comprendiendo la gravedad del asunto y la conveniencia de que el trabajo de seis años no se malograse, desplegué aquella mañana facultades verdaderamente maravillosas que llenaron de asombro á los revolucionarios viejos. Ya se comprenderá que los nuevos éramos atroces. No perdonábamos.

Debo advertir que en Marzo de 1820 yo notaba en la población un movimiento mucho más espontáneo y general que en Mayo de 1814. Todos los tenderos, todo el comercio alto y bajo de los barrios del Sur y del Centro se asociaba al impulso con una franca y natural alegría que me llenó de admiración. En los empleados, en todas las personas de la clase media, había un sentimiento de simpatías que más tarde llegó á manifestarse en hechos. Había, pues, en aquel día dos corrientes, la corriente natural de la gente de buena fé que se alegraba del cambio previsto, y la corriente del tumulto, que tenía encargo de vociferar y hacer demostraciones locas. Ambas se mezclaban y juntas invadían las calles, llenando los aires con sordo mugido, sin que se pudiese determinar donde acababa el oro y empezaba el plomo. En la generalidad de la población resplandecía la más franca hombría de bien, una especie de candor revolucionario, si así puede decirse, un júbilo patriarcal que era del mejor augurio.

Por la tarde la muchedumbre formaba una apretada masa en los alrededores de Palacio. Escenas bulliciosas de animación, de risas, de plácemes, de gritos, de palabrillas un poco jacobinas alegraban las calles del Arenal y Mayor.

"Que el Rey juraba.

„Que el Rey no deseaba otra cosa que jurar.

„Que los ministros y palaciegos eran unos tunantes, pero que Fernando era el hombre mejor del mundo.

„Que, á Dios gracias, nos íbamos á ver libres de pillos.

„Que en aquellos momentos se estaba formando un nuevo Gobierno.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

„Que por la noche la guarnición de Madrid, inclusa la guardia real, debía apoderarse del Retiro, para desde allí enviar una diputación al Rey pidiéndole el juramento consabido.

„Que la Reina decía entre lágrimas y suspiros que la habían engañado, y que se quería volver á Sajonia.

„Que Ballesteros, recién llegado por mandato del Rey, había dicho que nada se podía hacer ya.

„Que los hombres todos de la corte opinaban que no era cosa de trastornar el Reino y de pasar sustos por un juramento de más ó de menos.„

Esto y otras cosas que omitimos decía la gente. Yo no quise hacer demostraciones en público; pero me daba á conocer á todos mis amigos, no recatándome de nadie, porque ya no había para qué. Con los liberales me hacía el exaltado y con los templados el indiferente.

Cerca de Palacio, la multitud prorrumpía en desaforados gritos: allí estaba nuestra gente pidiendo á voces la Constitución y el juramento con tanto ardor, que parecía no poderse pasar ni un momento

más sin ello. Pero los balcones de Palacio permanecían cerrados; no se veía ni aun la nariz del Infante D. Carlos, generalísimo de los ejércitos.

Iba cayendo la tarde, y no había novedad. Algunos ginetes de la guardia decían al pueblo que se retirase. Su actitud no era hostil, sino tan conciliadora, que despertaba general simpatía. La guardia, que tanto dió que hacer después, estaba aquel día como un guante. Verdad es que aquel día era un fenómeno por la generalización súbita de los senti-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

mientos liberales. Había contagio sin duda. Los exaltados contagiaban á los tibios; los tibios á los indiferentes; los hombres contagiaban á las mujeres, las mujeres á los niños, y los niños á los pájaros, que de rama en rama piaban *Constitución*.

La noche enfrió el entusiasmo de muchos; pero exacerbó más el furor de otros. Aquellos que á toda costa deseaban una escena y la pedían y la estaban buscando, no querían irse á sus casas sin saber la determinación de Su Majestad. Diversas comisiones entraron en Palacio, pero el pueblo ignoraba todo. Por eso cuando corrieron voces de que era inútil esperar nada positivo hasta la mañana siguiente, un bramido de despecho circuló de un cabo á otro. Gracias á que nuestro pueblo es docil, poco exigente, humilde, y conserva sentimientos de profundo respeto al Trono en medio de sus más soeces expansiones, que si no fuera así, algo grave habría ocurrido aquella noche.

Mientras los vecinos se iban á sus casas ó á las tertulias ó á los cafés, los que mangoneábamos en la maquinaria oculta del alboroto popular, azuzábamos á los beneméritos patriotas para que manifestasen sus altas dotes, ora rompiendo algunos vidrios absolutistas, ora entonando canciones que á toda prisa improvisaron ramplonas musas. Todo lo hicieron á pedir de boca; pero aquello donde más lució su destreza fué la algazara que armaron en la Plaza Mayor al poner una lapidilla provisional, que más tarde fué sustituida por otra de marmol. Diversas turbas, roncas á fuerza de gritos y aguardiente, daban vivas á la Constitución, y había grupos carnavalescos, semejantes á los que forman los gallegos la víspera de los Santos Reyes.

Aquella vez, entre lucientes antorchas no llevaban escaleras, sino el libro de la Constitución, abierto é izado en un palo. La gracia de esta apoteosis consistía en hacer que todo transeunte besase el libro, previa inclinación del palo hacia el suelo. Se obligaba á los transeuntes á ponerse de rodillas, siendo de notar que la mayor parte lo hacían de muy buen grado. Fuera de este inocente desahoguillo, no hubo ningún exceso aquella noche, ni se vertió sangre, ni nadie fué arrastrado, ni se realizó ninguno de aquellos siniestros augurios que en tiempo de la conspiración se hacían. Todo era una especie de juego de chiquillos.

Así pasó la noche. Ya no tuve recelo de entrar en mi casa, en la cual estaban aún dos ó tres polizontes, que me recibieron sombrero en mano, con exagerados cumplidos y servilismo. Yo les miré de un modo altanero, y entonces cada uno de ellos me rogó que le proporcionase un ascenso, puesto que ya de vencido me trocaba en vencedor é iba á estar

(c) 2008 Ministerio de Cultura

en candelero. Prometíles á tan guapos chicos mi favor, y se despidieron diciendo que si el nuevo Gobierno les mandaba prender á D. Buenaventura, lo harían de mil amores. Por último, les recomendé que al día siguiente muy de mañana saliesen por las calles dando vivas á la Constitución y á la libertad, que vigilasen la casa de Baraona por ver si entraban en ella gentes sospechosas, y que se pusiesen en todos los sucesos del día al lado de los buenos y ardientes patriotas.

El 8 fué día de júbilo, de triunfo, de algazara, de expansión in-

comparable. El pueblo, más niño en las buenas que en las malas, parecía haber recibido un juguete por mucho tiempo deseado. Viendo tanto entusiasmo, ¡quién creería que bien pronto el muñeco había de ser hecho pedazos por las mismas manos que entonces le recibían! Todo estaba consumado; la revolución estaba hecha; lo de arriba había pasado abajo y lo de abajo arriba; la cabeza era pié y el pié cabeza; la soberanía del pueblo, representada en un papel escrito, había subido al majestuoso

(c) 2008 Ministerio de Cultura

zénit del Estado, echando de allí á la soberanía real para ponerla debajo. La gran jugarreta que hacen los siglos á los siglos estaba consumada, y el hoy había triunfado sobre el ayer. El Monarca de derecho divino, el escogido de Dios, se había prosternado moralmente ante los gallegos que, cual comparsa de noche de Reyes, recorrían las calles con escobas encendidas, y había besado de rodillas el libro puesto en un palo. Ya era público el famoso decreto del 7 de Marzo, y desde muy temprano no había ciudadano de la improvisada nación constitucional que no repitiese el *me he decidido á jurar la Constitución promulgada por las Córtes generales y extraordinarias de* 1812. *Tendréislo entendido... etc...*

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XXV

COBARDÍA y debilidad!... Pero á mí no me importaba averiguar los sentimientos que dictaron aquella resolución, y salí gritando como todo el pueblo, como los discretos y los ignorantes, como los ancianos y las mujeres, como las viejas y los chiquillos de escuela: *¡Viva la Constitución!...* Era una fiesta nacional, un desbordamiento impetuoso de alegría: ¡la mayor parte no sabían por qué! Se alegraban por el gozo extraño.

En todos los balcones pendían cortinas, las famosas y eternas y apolilladas guirindolas que habían festejado la primera entrada de Fernando en Abril del año 8, la entrada de Wellington después de Arapiles, la proclamación de la Constitución en Agosto del 12 y su caída en Mayo del 13, la segunda arrebatadora entrada del ídolo al volver de Valencey, la entrada de Isabel, que había pasado por el Trono como una sombra simpática y bienhechora, y la de Amalia, que, rosario en mano, sustituyó á Isabel. Las cortinas se iban ya poniendo algo viejas. ¿Qué dirían ellas de tantas y tan repetidas ventilaciones como recibían por distintos motivos? El viejo y miserable caserío de entonces, no renovado completamente todavía, cubierto de harapos rojos y blancos, tenía perfecta similitud con una risueña cara de vieja emperifollada. La gente invadía las calles. En estos días el vecindario, obrando en virtud de irresistible movimiento de bullanguería, siente un aguijón que lo expulsa de las casas. Hay necesidad absoluta de salir, de preguntar lo que ya se sabe, de comunicar las impresiones, los sustos y las alegrías. Al mismo tiempo y mientras se empavesaban los balcones, mil candilejas, puestas en los antepechos y goteando su aleve aceite sobre los tran-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

seuntes, amenazaban con una iluminación general en la próxima noche. Lozano de Torres hubiera creido que la Reina estaba de parto.

Imposible es para mí describir las manifestaciones cariñosas de que fuí objeto. La gratitud, llenando mi corazón, ahogaba mi voz. Todos me felicitaban, me estrechaban la mano, dándome parabienes por mi libertad y por el fin de la horrible persecución que había sufrido. Rogábanme otros que les tuviese presentes; los liberales me ponían en las nubes, y los absolutistas, buscando el modo más decoroso de elogiar la revolución, decían:—"Es preciso confesar que se ha hecho muy bien; ni una gota de sangre, ni un atropello. En verdad que no me asusta la revolución. Yo pensé que era otra cosa.„

Todo era abrazarse y congratularse. ¡Qué hombres tan negros blanquearon su semblante con la sonrisilla del regodeo liberal! ¡Qué trasmutación de rostros, qué quitar y poner de máscaras, conforme el caso exigía! Muchos derramaban lágrimas.

En la calle Mayor encontré á Salvador Monsalud, á quien no había visto desde la noche del 6, y al punto corrí á abrazarle. Estaba regocijado sin exaltación.

—¿Qué te parece—le dije,—el hermoso, el ejemplar espectáculo que están dando Madrid y la Nación? Esto es un modelo de pueblos sensatos. Dí ahora que no sabemos practicar la libertad.

—El primer día—repuso,—todo es concordia y festejos. No quiero decir que no sea muy satisfactorio. Estoy contento, y este espectáculo llena mi alma de alegría.

—Y disipará tus dudas ridículas.

—Eso no; las conservo—repuso.—Aquí, todo lo que pasa tiene un sello oficial que destruye la espontaneidad. Yo he visto los pueblos del campo y las pequeñas ciudades, que es ver la Nación desnuda y entregada á sí misma obrando por su propio impulso; y lo que he visto me ha infundido ideas que tus banderolas no pueden disipar.

—¿Asegurarás que no hay aquí un verdadero amor á la Constitución?

—Aquí sí, aunque ese amor no será tampoco muy firme... Sin embargo, fuerza es aprovechar lo que existe, poco ó mucho, y trabajar sobre ello.

—Pues á trabajar. Has de saber, amigo, que aún falta mucho que hacer. Todavía puede volverse la tortilla. No nos fiemos de promesas. Es indispensable que el Rey nos dé una garantía sólida... ¿Vienes conmigo? Es preciso alborotar mucho esta tarde.

—Pues entonces no voy. Alborota tú.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¡Vaya un revolucionario!

—Cada uno lo es á su modo. Si la mudanza deseada está ya hecha, ¿á qué más ruido?

—Amiguito, es que todavía falta lo mejor—contesté con mucho apuro.—Estamos en el momento crítico. Se ha de nombrar una junta, ayuntamiento, autoridades, cualesquiera que ellas sean. Si no acudimos en el primer momento de la marejada, y metemos ruido y nos ponemos en primer lugar, es facil que nos quedemos fuera. ¿Vienes?

—No quiero ser autoridad.

—¿Pero qué hay en tí? ¿Qué calma es esa? ¿Á dónde vas?... Ya... perplejidades de hombre enamorado, que no piensa más que en su dama. Salvador, ten juicio, sé al fin un verdadero y grave hombre político, un hombre de orden, un padre de la patria, un sostén del Estado...

—Adios—me dijo riendo.

—Pero ¿á dónde vas?

—Á prepararme. Saldré mañana de Madrid.

—¡Ahora!—exclamé en la mayor confusión.—¡Salir de Madrid, es decir de Jauja!...

—Voy á Logroño á reunirme con mi madre, que debe de estar libre. Después iremos á la Puebla. Volveré á Madrid.

—Volverás. No creas que me olvidaré de tí. Al contrario... Yo te aconsejo que optes por *Paja* y *Utensilios*. Ahí empecé yo... Puedes ir descuidado. Yo velaré por tí, Salvador. Dale expresiones á Doña Fermina... ¡apreciable señora!... ¿Sabes—añadí riendo,—que los Baraonas y Garrotes habrán tragado á estas horas mucha hiel? Infames servilones... ¡Qué bien merecido les está... Dime, ¿piensas sentarle la mano á Carlos como dijiste?

—Tal vez no—repuso Monsalud con tristeza.—Están caídos y les perdono.

—¡Generosidad ridícula!... ¿Sabes lo que me han dicho esos guapos chicos de la policía? Que ayer y anoche han entrado misteriosamente en casa de Garrote algunos pájaros gordos, Eguía, el marqués de M***, Alagón. Me parece que traman algo. ¡Qué buena ocasión para darles un susto! Yo estoy muy ocupado: encárgate tú. Me alegraría de que les pusieras las peras á cuarto. Yo te proporcionaré media docena de ciudadanos que te acompañen con buenos garrotes... Anda, hombre, anímate.

—En caso de ir, iría solo... Pero hemos vencido; basta ya de violencia. El derrotado bastante amargura tiene en su derrota. Seamos generosos.

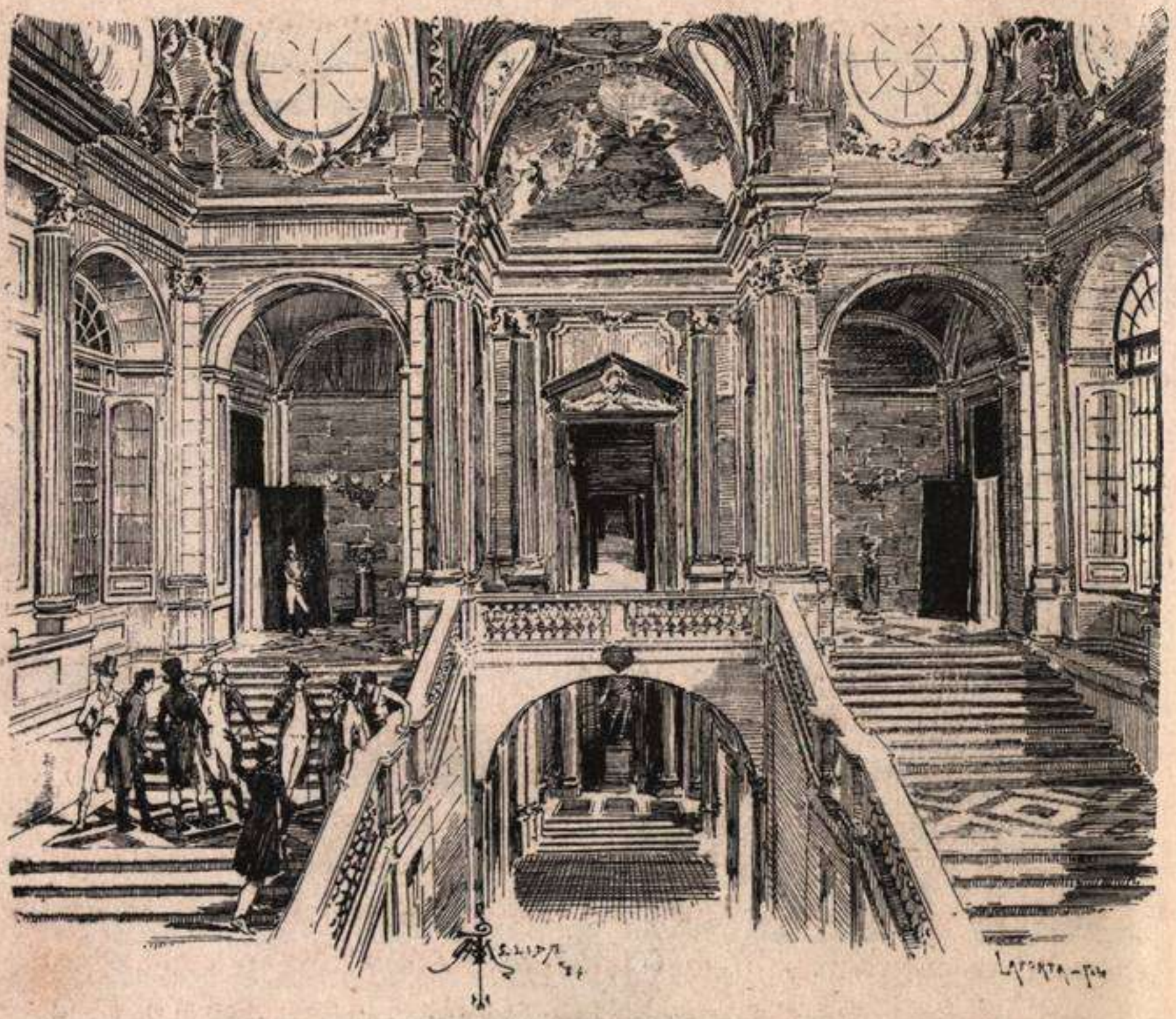
—Pues adios. Voy á ver lo que se hace esta tarde. Que escribas...

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Pídeme lo que quieras. Aunque nunca me has dicho nada... en fin, por algo se empieza. Haré por tí lo que pueda... habrá tantas solicitudes, tantas pretensiones, serán tantos los que abran la boca... pero no te olvidaré, no.

—Adios—me dijo estrechándome la mano cordialmente y sin hacer caso de mis últimas palabras.

(c) 2008 Ministerio de Cultura



XXVI

EL Rey había prometido jurar; pero no juraba, ni se nombraba nuevo Gobierno, ni siquiera nuevo Ayuntamiento. Estábamos á merced de un golpe de mano, y si el ejército había dado al país la libertad, el ejército podía quitársela de la noche á la mañana. Las reuniones secretas, que ya eran públicas, trabajaron toda la tarde y parte de la noche. mientras seguían las demostraciones populares, juego inocente que nos daba risa.

Amaneció el día 9, el gran día. El pueblo, aguijoneado por quien sabía hacerlo, se reunió en los alrededores de Palacio, puso su planta en la puerta y dijo que quería entrar. La guardia callaba y dejaba hacer. El pueblo entró en el patio grande y se paseó de un extremo á otro, dando gritos y entonando las canciones de aquellos días. Por los vidrios de la galería alta asomaban las caras pálidas de medrosas damas

(c) 2008 Ministerio de Cultura

y tímidos palaciegos que preveían un desastre. Cansado de esperar en el patio, el importuno visitante bramaba de impaciencia. Era aquella una visita que no se hace todos los días, y como cosa nueva carecía de reglas de etiqueta. El pueblo, pues, quería subir antes de que se lo mandasen, ó antes que lo echaran á la calle. El amo de la casa, sintiendo desde su gabinete el resoplido del animal que tan descortesmente quería penetrar hasta él, se sentaba y se levantaba, reía y bufaba, y á ratos pálido, á ratos rojo, dirigía preguntas á todos. Hubiera deseado que su mirada fuese un rayo que desde arriba, traspasando las paredes, cayese sobre la bestia y la aniquilase.

Al mismo tiempo el amo de la casa forjaba proyectos de venganza y estudiaba un papel, papel difícil que rara vez se desempeña bien ante el peligro. No es lo mismo recibir al cuerpo diplomático entre sonrisas de oficio y estudiadas fórmulas, que recibir al pueblo entre rugidos.

Fernando no se atrevía á formular el terrible *que pase adelante*. Pero el pueblo parecía dispuesto á colarse sin que se lo mandaran. Inquietos pero decididos los de abajo, inquieto y vacilante el de arriba, no era facil prever en qué iba á parar aquello. Si hubiera habido un batallón de la guardia dispuesto á desafiar las navajas... pero los emperegilados guardias se mantenían tiesos y hermosos, empuñando sus armas como empuñaban sus palitos blancos las figuras del tío Mano de Mortero.

Por último, todos tomaron una resolución, los de abajo y el de arriba. La visita quería posesionarse del Estrado; el señor había dispuesto enviar un mensaje á los del patio, rogándoles y prometiendo. Estos habían nombrado una comisión. La comisión y los mensajeros del Rey se encontraron en la escalera. Allí hubo expresiones benévolas, un cambio feliz de sentimientos conciliadores, y el asunto empezó á tomar aspecto risueño. Subieron al fin los comisionados que eran seis, y al poco rato bajaron con la noticia de que Su Majestad había mandado al marqués de Miraflores que estableciese el Ayuntamiento del año 14.

El Palacio quedó poco á poco libre y el movimiento del pueblo era en dirección á la casa de la Villa. Los que deseaban mangonear en los primeros momentos y coger para sí los primeros peces del revuelto río, no tenían tiempo que perder. Yo fuí de los más veloces en invadir las Casas Consistoriales, en ocupar las oficinas, en apoderarme de una resma de papel de oficio, en dictar órdenes menudas á los subalternos. Así es que cuando Miraflores llegó, ya estaba yo allí dictando leyes, como un déspota, expidiendo órdenes y preparándolo todo para el gran acto que se iba á realizar.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

De buena gana me hubiera nombrado alcalde á mí mismo; pero yo no era del 14. Con aquella presteza febril y verdaderamente maravillosa que yo tenía para las improvisaciones oficinescas, me impuse desde el primer momento, y á los diez minutos de intrusión, ya no podía hacerse nada sin mí. Yo solo sabía dónde estaban los pliegos, yo solo sabía en qué términos debían hacerse los oficios, cómo se había de ordenar lo que entonces se llamaba la *Tabla del Excelentísimo Ayuntamiento.*

También salí al balcón con otros, teniendo la suerte de enjaretar unos parrafillos tan bien dichos, tan conmovedores y del caso, que me aplaudieron frenéticamente. Yo fuí quien inauguró los abrazos que tanto entusiasmaron á la generosa muchedumbre. Sin más ni más abracé al que tenía á mi lado, un liberalote furioso de toda su vida; éste abrazó al vecino, y entre lágrimas y patrióticos pucheros nos abrazamos todos repetidas veces. Yo gritaba: "¡Se acabaron las discordias, se acabaron los odios! ¡Ya no hay más que españoles leales y amantes de la Constitución! Todos son hermanos. ¡Viva España, que es la Nación más sabia y más gloriosa del mundo! ¡Viva la Constitución! ¡Viva el Rey!„

¿Quién puede olvidar aquellos sublimes instantes? ¡Inefable día!

El marqués de Miraflores iba pronunciando los nombres de los individuos del Ayuntamiento. El pueblo aplaudía ó denegaba, gritando: *bien, bien,* ó *ese no, ese no que es servil.* Concluido esto, dirigióse á Palacio el Ayuntamiento recién establecido, para recibir el juramento de Su Majestad, y por el tránsito todo fué bullicio, loca alegría, vivas roncos, embriaguez indescriptible. Poco después, Madrid entero sabía que Fernando VII había jurado la Constitución.

¡Viva el Rey! Ya todo estaba hecho. Ya podían venir las iluminaciones, los festejos, las alegrías, las ceremonias llenas de exaltación política mezclada de religioso entusiasmo. Una nueva era se presentaba, una nueva era, sí, vasto campo á la actividad de los hombres listos. Yo no salí aquel día del Ayuntamiento y trabajé con ardor en diversos asuntos.

El 10 apareció el Manifiesto en que están las célebres palabras: *Marchemos francamente, y yo el primero, por la senda constitucional.* El 14 dió D. Carlos su proclama al ejército, congratulándose del juramento de la Constitución. El mismo día 9 nombró Su Majestad la Junta provisional consultiva que debía suplir al Ministerio mientras éste se formaba, y tuve tan buena mano y tacto, que me congracié soberanamente con todos los exclarecidos individuos de ella, en tales términos, que no sabían cómo recompensar mis servicios. Estos eran importantes y de todas clases. Yo estaba siempre en primer término; yo salía siempre al

(c) 2008 Ministerio de Cultura

encuentro de todo; yo era la previsión, el cálculo, la prudencia. Híceme de tal modo necesario, que mi nombre sonaba aquí y allí donde quiera que ocurrían dificultades. Debía esto á mi tino para todo, á mi destreza y experiencia suma de los hombres y las cosas. Por eso supe encaramarme dentro de la revolución á puestos tan altos como los que ocupé dentro del absolutismo, y en uno de los primeros consejos de ministros que se celebraron, se acordó darme la plaza de consejero, *en premio de los servicios que había prestado al liberalismo, y como compensación de las horribles persecuciones de que había sido objeto.*

¡Ventura incomparable! ¡Qué bien sentaba á mi gallardo cuerpo la nueva casaca! ¡Cómo me reía yo de D. Buenaventura y de todos aquellos vanidosos personajes que me habían postergado en 1819! Ellos purgaban sus culpas con la ignominia que les resultaba de humillarse ante la revolución, después de haberla combatido hasta el último momento. Verdad es que pronto le declararon nueva guerra; pero fué porque la revolución, despreciándoles, no quiso nada de ellos ni con ellos.

Largo tiempo estuve en gracia con la revolución, la cual no era tan fiera como nos la pintábamos los absolutistas cuando la combatíamos. ¡Matrona más condescendiente no la vieron mis ojos! ¡Qué excelente señora! En muchas, en muchísimas cosas del Gobierno apenas se conocía su existencia. Verdad es que sus noveles servidores hacíamos lo posible por ponerle una venda en los ojos para que nada viese y renunciase á la fatal manía de innovar, que era su flaco. Con mi nuevo y flamante destino renació la dicha en mi alma y la holgura en mi casa, que ya se iba desmejorando con el largo vagar; me ví de nuevo favorecido y adulado por grandes y chicos, y Su Majestad me mandó asistir á sus tertulias. El pobrecito no podía pasarse sin mí.

.....

No puedo seguir, no puedo hablar más, porque la alegría embarga mi espíritu y ahoga mi voz. Aunque algo sé digno de contarse, lo entrego á otro narrador para que con más aliento que yo lo continúe; y postrado y sin fuerzas doy fin aquí á mis curiosas *Memorias*, encargando al copista de ellas que me sustituya en las últimas páginas de este libro.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XXVII

CONCLUIDAS las *Memorias* que por dichosa casualidad vinieron á nuestras manos, seguimos contando por cuenta propia.

El 8 de Marzo, uno de los tres días de bulliciosa huelga que sirvieron de introito á la revolución, un anciano avanzaba al caer de la tarde por la plazuela de Santo Domingo, en dirección á la calle Ancha de San Bernardo. Su paso era vacilante; su actitud la de un descaecimiento lamentable. Fijaba la vista en el suelo y movía la cabeza, cual si no tuviera en su cuello fuerza suficiente para mantenerla derecha. Á ratos hacía con los brazos y las manos súbito movimiento, como el de quien se ocupa en cazar moscas. Hablaba consigo mismo y daba bastonazos en el suelo tan fuertemente como los ciegos que reconocen el terreno. Su cuerpo encorvado tropezaba á menudo con los transeuntes, sin que el choque le distrajera de su penosa marcha meditabunda.

Al llegar á la entrada de la calle Ancha, un obstáculo que no podía vencer le detuvo. Tropezó con una muralla. Había allí tanta gente reunida que no se podía seguir.

—¡Otra pared de carne!...—gruñó el viejo con impaciencia.—¡Y no hay quien la derribe á cañonazos!

Trató de abrirse paso, pero no pudo. Se abría ante él un boquete; pero al punto se volvía á cerrar, dejándole tapiado dentro de una ardiente mampostería de brazos, muslos y espaldas. El viejo movía sus codos y avanzaba la mano y el palo como una cuña. En una de éstas,

(c) 2008 Ministerio de Cultura

dos piedras enormes se juntaron, cogiéndole en medio y exprimiéndole sin piedad.

—¡Mil demonios!—chilló el viejo con voz angustiosa.—Que me aplastan ustedes... Atrás, animales... Dejen pasar á un hombre de bien, que no se mete en estas danzas y aborrece la bullanguería... ¡Eh! so bruto, que me destroza usted con su anca.

—¡Maldito viejo!—gritó uno de los más cercanos.—¿Para qué se meterán entre el gentío estos escarabajos? ¡Hermano, váyase al hospital!

—Si todo el mundo estuviera en su casa—dijo el anciano, si el Gobierno no permitiera estas atrocidades ridículas, no se obstruirían las calles.

—¿Quién es ese cernícalo que grazna?

—Señor abate, señor capellán, señor sepulturero ó lo que sea—dijo un individuo en tono compasivo,—sálgase usted de este laberinto, porque le van á hacer tortilla.

—¡Paso, paso!—gritaba el viejo con un arranque de cólera y de energía que contrastaba extraordinariamente con su miserable cuerpo.—¿No hay quien meta en cintura á esta canalla?

En torno al anciano se elevó un murmullo siniestro, entre burlón y hostil, que hubiera asustado á otro, pero que á él no le alteró; tan grande era su valor.

—Sí, lo repito—añadió echando fuego por los ojos,—estas borricadas existen, porque no hay un Rey que tenga calzones.

Diciendo esto, el sombrero del anciano voló por los aires, y unas manos vigorosas, cogiéndole ambas orejas, le hicieron dar grotescas cabezadas. Risas generales celebraron el hecho. El pobre viejo rugía como un noble animal prisionero é insultado. Todo cuanto la lengua contiene de festivo, de grosero, de ignominioso y de mordaz resonó en las insolentes bocas. El anciano fué empujado, estrujado, arrastrado y su endeble cuerpo, escurriéndose dolorosamente por una grieta, erizada de agudos codos y de crueles manos, fué á chocar contra una pared de la calle de la Inquisición. Pegado á ella, con las manos cruzadas, la boca espumante; llenos de luz y de ponzoña los ojos vengativos, parecía una pantera vieja, que en su agonía estaba resuelta á hacer estragos.

—¡Miserables! ¿pensais que os temo?—exclamó más bien rugiendo que hablando.—Yo no temo á nadie, yo no temo á indignas sabandijas que huyen del peligro y se ensañan picando á los débiles; yo temo á hombres valientes; no á una vil chusma gritona.

—Es un demente—repitieron varias voces.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Es un hombre de bien—gritó él,—es un buen patricio, es un cristiano, es un español. Cáfila de rateros y farsantes, respetad á los que nunca han robado, ni conspirado, ni maldecido á Dios, ni hecho revoluciones; respetadles ó no faltará quien os enseñe á hacerlo.

Una mano cogió el cuello del frenético viejo, y otra mano le golpeó.

—Está bien—dijo con voz ahogada cuando quedó libre.—De este modo abofetearon á Cristo. Escúpeme también, sayón.

Le golpearon de nuevo, y el anciano añadió:

—Está bien. Burro, acepto tus coces.

—Dejarle; es un pobre viejo inofensivo—indicó una voz.—¿No veis que está demente?

—Desprecio tu misericordia—gritó el inexorable hombre caido.—Si no insultarais, si no escupiérais, si no deshonrárais, si no rebuznárais, no seríais lo que sois: masones, revolucionarios, ateos, jacobinos.

—Vamos, padrito; levántese usted y se le dará un vaso de agua.

—Aparta tus manos de mí—repuso con desprecio,—y ve á coger las tijeras, sastre. No abras tu boca para hablarme y ve á mascar la suela, zapatero. No me toques y ve á espumar los pucheros, pinche. Soy un caballero. Señores sastres, zapateros, pinches y albéitares, que haceis revoluciones y quitais al Rey sus derechos y enmendais la obra de Dios, buscad para vuestra miserable obra un Reino que no sea este Reino de España, esta tierra de caballeros, de santos, de soldados...

¡Como se reían al oirle!

—Haced revoluciones—prosiguió,—degradad más el suelo que pisamos; manchadlo todo, imbéciles. Haced un estercolero con las banderas gloriosas, con los laureles, con las coronas de santos y reyes, y el Demonio estará contento... Poned la historia toda bajo vuestras patas y bailad encima, acompañados del Cabrón. El Infierno triunfa.

Dicho esto lanzó una carcajada siniestra.

—Es un servil—dijeron algunos.

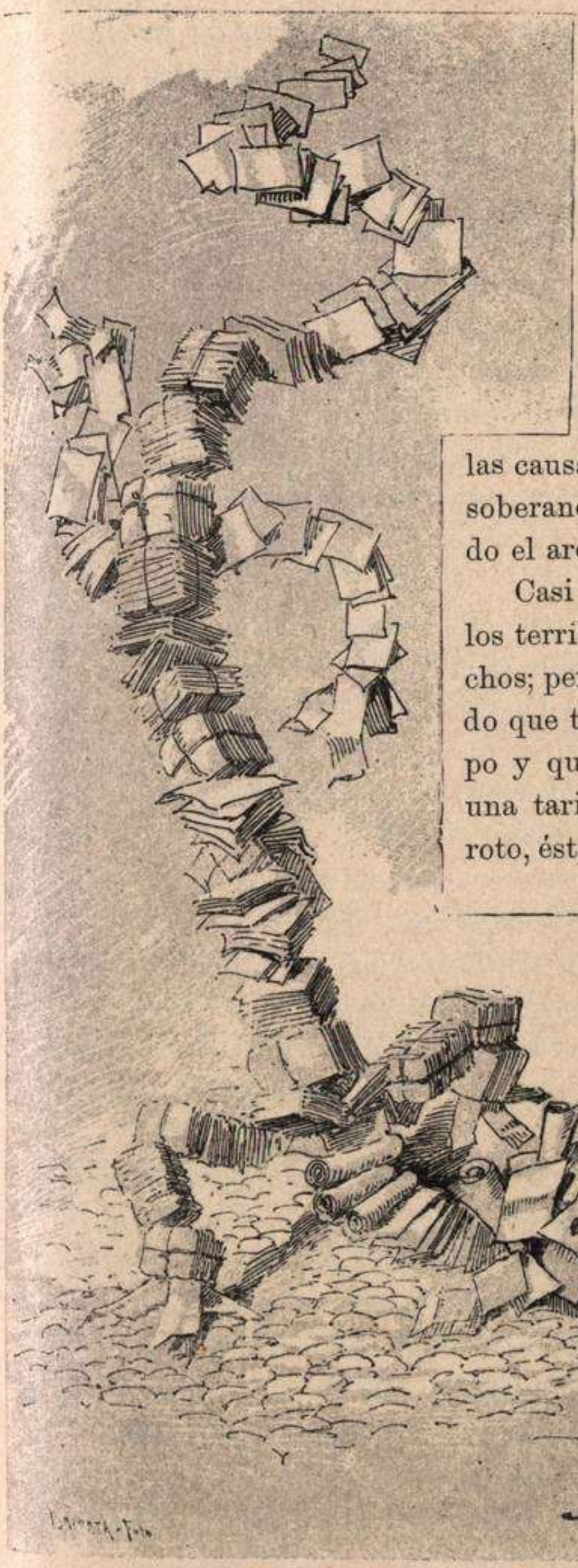
—No hacerle daño—añadió un compasivo.

—Colgarle de una reja de la Inquisición—añadió un cruel.

En aquel instante todas las miradas se fijaron en un edificio, á cuya puertas el gentío se apretaba, cual si todos quisieran entrar á un tiempo. Era la Inquisición de Corte, cuyo frontispicio, marcado hoy con el número 4 de la calle de Isabel la Católica, nada tenía de particular. Componíase de algunas ventanas y una puerta grotesca en el piso bajo, de una serie de balcones en el piso principal y de varios huequecillos enrejados en el sótano. Los balcones estaban llenos de paisanos. En la

(c) 2008 Ministerio de Cultura

calle y arriba el general bramido de triunfo é impaciencia formaba una algarabía infernal. Un hombre echó el cuerpo fuera en el balcón principal, y sacudiendo las manos arrojó una gran masa de papeles que cayeron á la calle. Multitud de hojas quedaban suspendidas y flotando de aquí para allí, llevadas por el viento. Iban y venían como pájaros que han recobrado la libertad. Eran las causas de la Inquisición. El pueblo soberano estaba inventariando á su modo el archivo.



Casi todos querían entrar para ver los terribles calabozos. Penetraron muchos; pero salían descorazonados, diciendo que todo había sido ocultado á tiempo y que no restaba nada. Quién sacó una tarima de brasero, quién un fuelle roto, éste una sartén vieja, aquel un cazo. No se encontraron otros instrumentos de tortura. De repente un individuo apareció en la puerta principal. Venía cargado de extrañas cosas. Arrojólo todo en el suelo, diciendo así:

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Ahí están las picardías.

Una lluvia de soldaditos á pié y á caballo, de muñecos articulados de peones, de animalillos de cartón, de reyes magos, de pastores de Belén, de panderetas y rabeles, cayó sobre las cabezas y los hombros del gentío. Carcajadas generales acogieron el regalo.

Después de esto despejóse un tanto el terreno, y una turba de chiquillos cayó, cual manada de lobos, sobre tan rica presa.

Poco después oyóse un rumor de júbilo. Por el portal grande apareció un grupo de gente gritona, que sobre sus hombros, á manera de trofeo glorioso, sacaba tres personajes, nada flacos ni estenuados. Eran los únicos presos que se encontraron en el piso alto del edificio; uno de ellos, D. Luis Ducós, rector de Hospitalarios.

Tras la procesión siguió toda la muchedumbre, dando vivas á la libertad, y la calle de la Inquisición empezó á despejarse, mientras se llenaba la de Torija, junto al edificio de la Suprema.

Era ya completamente de noche, y el infeliz viejo á quien dejamos rugiendo de cólera entre un grupo de ciudadanos, continuaba en el mismo sitio, arrojado en el suelo, con la espalda y la cabeza apoyadas en la pared. No hablaba ya ni se movía. Un hilo de sangre corría por su rostro, desapareciendo por el cuello entre la ropa. En derredor suyo había nuevo corro de ciudadanos, pero de ciudadanos prudentes y compasivos, que en silencio le miraban, guardando religiosa compostura en torno suyo, sin atreverse á tocarle, llenos de curiosidad y aun de respeto. Eran Currito el de la carbonera, de ocho años; Joselito Gonzalez, el del covachuelista, de siete; Paco el de D. Robustiano, de diez; Isidorillo el de la tía Rampiosa, de seis y medio, y otros que la historia y la tradición no recuerdan bien. Entre todos eran una docena. Cada cual llevaba en su mano un objeto de los que estaban desparramados en la calle ante la puerta de la Inquisición.

Acercábase uno á mirar de cerca el rostro del anciano, y con ademán pavoroso decía: "Está muerto.„ Reían todos, mirándose unos á otros, y ya se disponían á retirarse juntos, cuando Isidorillo el de la tía Rampiosa, que por ser el más chico era el más travieso de todos, tuvo una feliz idea, que al instante puso en ejecución. Llevaba en la mano una varita delgada y larga, y con la punta de ella exploró por dentro la nariz del desgraciado anciano. Éste hizo una mueca, se movió, y un coro de risas infantiles acompañó á su movimiento.

Abrió el anciano los ojos, miró á todos lados, pasóse la mano por la frente, dió un suspiro...

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¡Qué buena turca ha cogido usted, hermano!—dijo Currito el de la carbonera.

El anciano revolvió sus ojos á todos lados, amedrentando con la fiereza de ellos al regocijado concurso, y en voz ronca, habló así:

—¡Á esto llamais una revolución! Menguados, si quereis hacer una verdadera revolución, hacedla; alzad la guillotina; cortadnos la cabeza á todos los que tenemos en ella la idea de Dios, la idea del deber, la idea de la justicia, la idea del honor y de la hidalguía... ¿Quereis acabar con los buenos? pues á ello. Combatidnos y se os vencerá. Matadnos y resucitaremos en otra forma. Pero no, no llameis revolución á este conjunto de graznidos y patadas... Sois miserables y grotescos bufones que deshonrais el suelo de la patria. Apartaos de mí, despreciables bailarines. ¿Creeis que una Nación es el tabladillo de un teatro?... Inmundos tiples, no chilleis más en mi oido... Mi voz atruena.

Una algazara de risas siguió á estas palabras. Los pajarillos piando con alegría en torno al buitre moribundo, no se hubieran expresado de otro modo. El anciano hizo esfuerzos por levantarse; sus huesos crugían; pero al fin lo consiguió y se puso derecho, apoyándose en la pared. Los ciudadanitos, agrupándose en torno de él, no le dejaban dar los primeros pasos.

—Fuera de aquí, hombres pequeños—dijo el viejo empujándoles á un lado y otro.—Quereis hacer revoluciones y ninguno de vosotros alza una vara del suelo.

Cuando los muchachos se oyeron llamar hombres pequeños, redoblaron las risas. Siempre con las manos en la pared, siguió andando el viejo. Los chicos le seguían, tirándole de la ropa é impidiéndole el paso. Él observaba las fachadas de las casas, como para orientarse; doblaba todas las esquinas que encontraba al paso. De este modo recorrió lentamente varias calles, y después de muchas idas y venidas, entró en la de Ananiel. Los chicos habían ido desertando poco á poco. Al fin Joselito Gonzalez, que era el más pesado, le dejó solo. El anciano se detuvo, reconoció la calle, y con voz débil murmuró:—"no es por aquí.„ Volvió atrás, dobló varias esquinas, siguió á lo largo de la pared apoyándose en ella... pero sus piés vacilaban, temblaban sus piernas; su cuerpo abatióse rozando el muro y cayó al suelo sin sentido.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XXVIII

STABA en la calle de Eguiluz. No pasaba nadie por allí. Poco después, al extremo de la calle abrióse una puerta y aparecieron en un oscuro hueco dos personas, hombre y mujer; el uno despidiéndose de la otra, á juzgar por las breves palabras cariñosas que en el silencio de la calle resonaron sin que ningún extraño las oyera. Después de confundirse los dos bultos en uno, efecto sin duda de la oscuridad de la noche, se separaron; la mujer desapareció, y el hombre echó á andar por la calle adelante, hasta que el obstáculo de un cuerpo atravesado en la acera le detuvo. En el mismo instante una vieja, llegando por el otro lado, se detenía también. Inclináronse ambos, examináronle el rostro, le palparon, le movieron, y el joven dijo:

—Es el Sr. D. Miguel de Baraona.

Trataron de reanimarle. Respiraba, pero no se movía. El joven, des-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

pués de un rato de vacilación, se terció la capa, enlazó con sus brazos vigorosos el desmadejado cuerpo del anciano, y se lo echó á cuestas como un saco.

Felizmente el peso del *Patriarca del Zadorra* no era excesivo, ni el humanitario joven tenía que andar mucho para llegar á la calle de *Sal si puedes*. Los curiosos que en el camino se le unieron quedáronse á la puerta de la casa, y él subió solo. Ni porteros ni criados salieron á su encuentro en la escalera. Abrió la puerta una criada, y bien pronto sonaron en la casa gritos y lamentos de mujer, angustiosos diálogos, preguntas, órdenes rápidas.

Baraona fué puesto en el suelo. El que le había llevado permanecía en pié. Genara miraba al uno y al otro con muda sorpresa; pero el dolor no dejaba lugar en su corazón á otro sentimiento. Las dos mujeres, azoradas, llamaron; acudió un criado; entre todos trasportaron al enfermo á su cuarto, tendiéndole de largo á largo en la cama. Abrió, al sentirse en ella los ojos, y lanzando un hondo suspiro, dijo:

—¡Me muero!

—¿Pero está herido?—exclamó Genara.—Esa sangre... ¿Qué le han hecho? ¡Dios mío!... ¡Abuelo!

Interrogaba con los ojos al portador de tan gran desgracia; pero éste, alzando los hombros, decía:

—No sé una palabra. Así le encontré en la calle.

Salió del cuarto, y en el laberinto de los pasillos medio oscuros, preguntó que por dónde se salía.

—Por allí—le indicó Genara, que á su lado pasó rápidamente, corriendo en busca de remedios caseros.

Dirigióse el joven á la puerta en el momento en que, abierta por fuera, daba paso á tres hombres. Carlos avanzó el primero, y tras él sus inseparables amigos. Vieron á aquel hombre, y la sorpresa les detuvo y les inmovilizó un instante, como cuando se ve lo imposible.

—¿Qué buscas aquí?—gritó Navarro, mirando coléricamente á Salvador.

—¡Has entrado aquí!—rugió destempladamente el que llamaban Zugarramurdi, asiendo al joven por el brazo.

El que llamaban Oricaín corrió á asegurar la puerta.

—¿Qué haces aquí?—repitió Navarro con mirada furibunda y amenazadora.

—Nada—respondió Monsalud, dando un paso hacia la puerta,—y por eso me marcho.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

La voz de Genara, que llegó volando más bien que corriendo, puso término á aquella escena.

—¡Carlos, Carlos!—gritó.—El abuelo enfermo... herido... ¡se muere!... Este... este buen hombre le ha traido de la calle... un accidente desgraciado, un atropello... qué sé yo. Ven al instante...

Navarro miró á Monsalud, como pidiendo más explicaciones.

—Estaba en la calle de Eguiluz, arrojado sin movimiento ni sentido sobre la acera—dijo Salvador.—No sé más.

Navarro tomó una determinación súbita.

—Yo averiguaré lo que hay en esto—afirmó.—Oricaín, cierra esa puerta. Zugarramurdi, detén á este hombre.

Y corrió hacia dentro.

Carlos y Genara se acercaron al lecho del enfermo, é hiciéronle mil preguntas acerca de su estado; vendáronle su herida, le abrigaron, tratando de reanimarle por todos los medios. Baraona sufría un temblor convulsivo.

—Esa canalla me ha insultado—murmuró.—Pero les dije cuatro verdades... No pudieron conmigo... ¡Conmigo no puede nadie! ¡nadie!

—¿Pero quién, pero quién?... Dígame usted quién ha sido—vociferó ciego de ira Carlos, cerrando los puños.—¡Dígame usted quién ha sido!

—Muchos, muchísimos. Los revolucionarios—murmuró el enfermo.—Sus manos inmundas me golpearon... Está bien: ¿no abofetearon los judíos al Señor?...

Carlos rugía como un león y sus dedos se clavaban como garras en los colchones de la cama.

—Maldito sea yo si no me vengo—gritó.—¿Y usted no recuerda quién le ha traido aquí?

—¿Quién me ha traido?—dijo el anciano con la mayor sorpresa, abriendo mucho los ojos.—Nadie: he venido yo solo; he venido por mi pié.

—No sabe lo que se dice—indicó en voz baja Genara.

—Pero ¿por qué gritais tanto?—murmuró Baraona cerrando los ojos.—¿Qué ruido, qué algazara infernal es esa?... Callad por Dios... necesito descanso, necesito dormir... ¿No habrá nunca silencio en esta casa?

Cuando esto decía, el silencio era profundo en la habitación. Genara y su marido observaban fijamente la fisonomía del enfermo.

Mientras esto ocurría en la alcoba, el señor Zugarramurdi, que era un hombrazo corpulento, de espesa barba rubia, frente estrecha y miembros poderosos, se acercaba á Salvador Monsalud en la antesala, y

(c) 2008 Ministerio de Cultura

dejando caer sobre el hombro de éste una de sus gruesas manoplas, le decía con voz áspera y cavernosa:

—¿Sabes quién soy?

—Sí—repuso Salvador mirándole con desprecio.—Ya sé que eres un bruto.

Oricaín, pequeño, regordete, de ojos negros, cubiertos por una sola ceja pobladísima y corrida de sién á sién, guardaba la puerta.

—Soy Zugarramurdi—dijo el de este nombre. Estuve en la batalla de Vitoria. ¿Te acuerdas de la retirada, juradillo?

—Sí; me acuerdo. Tú estabas entre los mulos.

—¿Te acuerdas del que hirió á nuestro amigo y jefe Carlos Garrote? —prosiguió el vizcaino.—¿Recuerdas que yo te guardaba y que te me escapaste, por que una señora compró á los centinelas?

—Déjame—gritó con violencia Salvador apartando bruscamente el brazo del guerrillero.—Oricaín, abre esa puerta.

—Ven á abrirla—repuso imperturbablemente el navarro.—¿Sabes quién soy?

—Sí; ya lo sé; ladrabas en la jauría de Garrote. Abre esa puerta, ó pasaré por encima de tí.

—Ya te espero...—dijo Oricaín;—como no me coges de espaldas, no hay que temerte.

—Abusais de mí, porque veis que no llevo armas—dijo Salvador conteniendo su ira.—Estoy indefenso, porque yo no muerdo como vosotros.

Carlos se presentó en el mismo instante, fruncido el ceño, pálido el rostro, con un visible sello de dolor y de desesperación en su grave persona.

—Carlos—dijo Monsalud.—¿He entrado en una guarida de lobos?

—Es espía de los ateos—dijo Oricaín clavado siempre en la puerta,—y viene á saber lo que hacemos para contárselo á esa canalla.

—Ha venido á provocarte y á desafiarte—dijo Zugarramurdi.—Nosotros le enseñaremos á ser comedido.

—¡Carlos!—gritó Monsalud perdiendo toda prudencia.—¡Mira que no tengo armas!... ¡Esto es una infamia!...

—¿Á qué has venido aquí? Lo mismo te desprecio amigo que enemigo; lo mismo te desprecio espía que servidor. Vete y dí á los revolucionarios que mañana salimos para Navarra á levantar partidas.

—Yo no soy espía... ¿Pagas con tan vil sospecha el servicio que acabo de hacerte?...

—No sé si te debo un servicio ó una nueva ofensa.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Yo no me ocupo de ofenderte—dijo Monsalud con desprecio.—Has sido conmigo cruel, implacable y sañudo como una fiera. Tu corazón de piedra no se ha movido al ver los tormentos de una pobre mujer inocente; te has opuesto á que la pusieran en libertad; has redoblado el furor de los inquisidores, verdugo. Y sin embargo de esto, cuando ha concluido el martirio de mi madre; cuando ha venido la revolución, y triunfábamos, y tenía yo todos los medios para tomar venganza de tí; cuando me era facil prenderte, molestarte, denunciarte á los vencedores, nada he hecho contra tí, Carlos, y no queriendo abusar de la gran ventaja adquirida, te he perdonado.

—¡Dice que me ha perdonado!... ¡que me ha perdonado!—exclamó Garrote, con el rostro encendido.

—Sí, te he perdonado; he tenido lo que tú no conoces: generosidad.

Navarro permaneció un momento en extraña perplejidad.

—Vamos—dijo al fin con desdeñoso acento de ironía,—es un modo raro de pedir misericordia. Salvador, tu odio y tu generosidad, tu venganza y tu perdón, son igualmente despreciables para mí... No quiero hacerte el honor de mirarte. Zugarramurdi, Oricaín, registradle bien, y si veis que no tiene armas, dejadle salir.

—Sí, eso, eso—dijo Oricaín con pena,—para que nos denuncie á los ateos, y vengan acá y nos prendan.

—Y nos impidan salir mañana para Navarra—añadió Zugarramurdi.

—Que vaya... que lo diga... que vengan esos cobardes bullangueros á detenernos—dijo Navarro.—Ya sabía yo que algunos polizontes atisbaban estas noches mi casa.

—No hay duda de que es espía—gritó Oricaín.—Me consta.

—No se burlará de nosotros, ¡con cien mil demonios!

Zugarramurdi asió con violenta fuerza los dos brazos del joven, que se extremeció al sacudimiento de aquellas tenazas, sin poder desasirse de ellas. Oricaín acudió en auxilio del otro sayón; vino también un criado, le sujetaron, le contuvieron, le amordazaron, le liaron una larga cuerda en brazos y piernas, y llevándole á una habitación cercana donde había un pié derecho á manera de poste, resto de un tabique antiguo recién derribado, le sujetaron á él tan fuertemente, que el desgraciado joven no podía mover ni un dedo. Palpitante, sofocado, rugiente, como un volcán obstruído; amenazado de violenta congestión, Salvador veía á sus enemigos delante de sí, y no se podía defender sino mirándoles... La rabia de sus ojos era su única arma. Se contraían sus músculos: la prisionera sangre hinchaba sus venas.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¿Qué pensais hacer?—preguntó Carlos á sus amigos, cuando concluyó la operación, sin que él se dignara tomar parte en ella.

—Cuando nos marchemos—repuso Oricaín,—le ahorcaremos.

En aquel instante Genara pasaba.

—Es demasiado—dijo Navarro.—Le dejaremos así. Basta que no pueda hacernos daño de aquí á mañana... ¿Sabes que esa postura es buena para conspirar contra el Trono?—añadió, contemplando con una especie de hosca serenidad á la víctima.—¿Por qué no vas ahora de Herodes á Pilatos, comprometiendo oficiales, repartiendo proclamas, engañando al país, difundiendo la rebeldía contra Dios y contra el Trono? ¡Miserables conspiradores! Vé y dí á tus revolucionarios que vengan á sacarte de aquí. Llámales, invoca la libertad, los derechos del hombre. ¡Que vengan Riego y Quiroga á desatarte!... ¡Oh! si desde un principio hubieran puesto á la masonería y al ateismo como estás ahora, ¿habría revoluciones? Que me den el mando un solo día, y verás qué gran soga lío alrededor del gran cuerpo. ¿Por qué no conspiras ahora? ¿Por qué no sublevas regimientos? Abre la boca y predica libertad y jacobinismo... ¡Ah! tú creerás que eres un martir digno de lastima. ¿No lo has de creer, si en tí y en esta canalla que acaba de triunfar no hay idea de justicia?... ¡Justicia! ¡Castigo del crímen! ¡Qué sublimes ideas! En medio de la impunidad más espantosa que llena el reino todo como una plaga, aquellas grandes ideas se ven realizadas en un rincón de Madrid... en un rincón de mi casa...

Cuando esto decía, Genara volvió á pasar.

—¡Bonita imagen de la revolución tenemos delante!—prosiguió Carlos con amarga ironía.—¡Qué emblema tan hermoso del sistema curativo de una Nación revolucionaria! En esa postura se olvida el modo de andar y se pierden los deseos de agitarse mucho; se puede meditar tranquilamente en Dios y reconocer las ofensas que se le han hecho... La voz se olvida de que ha dicho heregías é infamias... Se aprende á obedecer y á callar, y el que manda, manda... Yo querría que toda España fuera pasando por esa puerta y viera á su revolucionario... el pobrecito no mueve brazo ni pierna; no habla ni gruñe. Está convertido, y ya no hace daño ni con su lengua ni con su brazo... ¡Qué lección, Sr. Monsalud!... ¡Si esos locos ó imbéciles que chillan por las calles vieran esto... Si estoy por abrir entrada pública y exponerte como una cosa rara, anunciando "el gran fenómeno de la justicia„ ó sea "la revolución en la soga...„ Esto abriría los ojos á muchos... Tal idea debe cundir y propagarse; es admirable. Todos los que han atentado contra su Rey debe-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

rían atravesar ese pasillo y mirar adentro... Se te pondrán luces...

Genara pasó de nuevo.

—Mi opinión—añadió Garrote,—es que no se te quite la vida, á no ser que resulte que has maltratado á mi abuelo, como sospecho. Si eres inocente no te haremos daño. La enemistad privada que tenemos tú y yo, me obliga á ser generoso. Ni aun consentiría la violencia que sufres, si yo y mis amigos no estuviéramos en peligro de ser denunciados por tí; pero es preciso asegurarse, señor masón... ¡Cuánto me alegraría de tenerte así el día del triunfo de mis ideas, para soltarte y decirte: "Ahora, los dos á solas, arreglaremos una cuenta antigua...!„ Pero yo estoy caído, y tus amigos son poderosos... es preciso tener algún rigor con los vencedores, mientras se puede; que tiempo tienen ellos después para abusar de su victoria. Cuando esto pase, cuando yo y mis amigos no corramos riesgo de ser denunciados á un partido vengativo, nos veremos, ¿eh?... No haya miedo que se te aten entonces las manos. Al contrario, te las multiplicaría si en mi poder estuviese... ¿Me buscarás tú? ¿Será preciso que yo te busque? ¿Entrarás entonces furtivamente en mi casa para espiarme? ¿Golpearás en la calle á mi infeliz abuelo, con el fin de encontrar después, socolor de ampararle, un pretexto para meterte en el domicilio de un hombre de bien? Esto se averiguará... Me parece que penetro tu intención... eres astuto... Sabías que aquí se conspiraba... sabías que aquí nos reunimos en estos días algunos hombres del partido del Rey. Sin duda les viste entrar. Bien, Sr. Salvador; todas esas cuentas se arreglarán después... Hasta la vista.

Cuando Carlos salió, Genara pasaba otra vez.

Cerraron la puerta y Monsalud se quedó solo. Los rumores de la casa sonaban á lo lejos. En su desesperación, sentía trascurrir el tiempo sin darse cuenta de él, y pasaron minutos que le parecieron horas. Cualquiera que fuese el delirio de su mente y la exagerada proporción que daba á todo, ello es que pasó mucho tiempo, y un reloj cercano le iba marcando los plazos solemnes de su agonía. Imposibilitado de moverse luchaba con extraordinaria fuerza del espíritu y del cuerpo; pero no le era posible vencer. Su sangre era una corriente de fuego: sentíala en el palpitar de las sienes, semejante al golpe de un hacha. Al fin perdió el sentido claro de las cosas.

Á hora bastante avanzada creyó sentir gran agitación en los ruidos de la casa, el ir y venir y el precipitarse, que indican la gravedad de un enfermo y la consternación de una familia. Constantemente subía y bajaba gente por la escalera principal, que cercana de su prisión estaba.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Sintió al fin gran rumor de pasos, como si subiera mucha gente á la vez, y acompañaba á este rumor el triste son de una campanilla y rezos en latín. El Viático entraba en la casa. Monsalud distinguió lejano resplandor de faroles; después de un gran silencio, sólo interrumpido por algunas voces que en lo más hondo de la casa sonaban, semejantes á

los tristes ecos del coro de un convento. Luego se oyó el estrépito de los pasos, la misma campanilla, los mismos rezos. Dios salía.

No supo apreciar bien el tiempo que trascurrió después. Su pensamiento estaba fijo en la idea terrible de que después de entrar Dios en la casa, continuase la iniquidad que en su persona se cometía... La fiebre empezó á trazar sus vertiginosos y atormentadores círculos dentro del

(c) 2008 Ministerio de Cultura

cerebro del infeliz; pero al fin, trascurrido un plazo de difícil apreciación, distinguió una claridad que parecía la de la aurora; vió claramente que la puerta se abría; que alguien entraba sin hacer ruido, más semejante á una sombra que á una persona, y por último, que unas manos blandas y frías tocaban su cuerpo.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XXIX

El Sr. de Baraona pasó muy mal la noche. El médico dijo que no saldría de la madrugada. Á esta hora la claridad de sus facultades mentales le permitió hacer sus disposiciones y recibir á Dios, lo cual verificó con piedad suma y una unción evangélica, que fué causa de gran emoción entre los circunstantes. Su aplanamiento fué después muy grande, y todo hacía presumir rápido desenlace. Sin embargo, hablaba el enérgico anciano todavía, y dando explicaciones acerca del triste accidente, aseguró no conocer á ninguno de los que le maltrataron. No hacía memoria de que un extraño le había traido á su casa, y con toda firmeza aseguraba haber venido por su pié. Carlos y Genara no se apartaban de su lado. Zugarramurdi y Oricaín, que salieron en compañía del Viático, tardaron bastante en volver.

Principiaba á lucir el día, cuando Baraona dijo:

—Tengo que hablarte, amado Carlos; tengo que decirte dos palabras. Sentiría llevármelas conmigo y no poderlas soltar... ¡pesan tanto!

Carlos y Genara se inclinaron hacia él, á un lado y otro del lecho.

—Lo que tengo que decir—indicó el patriarca mirando á Genara,—tú no debes oirlo. Querida nieta, sal de aquí por un momento. Carlos y yo debemos estar solos.

Genara salió: el moribundo y Carlos quedaron solos.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Hijo mío—dijo Baraona expresándose con mucha dificultad,—en esta hora suprema me veo obligado á hacerte una revelación penosa. Mucho me cuesta, pero la verdad es lo primero... Hace tiempo que me has manifestado dudas y sospechas acerca de la fidelidad de tu esposa, mi querida nieta.

—Sí—repuso sombriamente Navarro.

Reinó por breve rato un silencio tal, que los dos parecían muertos.

—Sabes que yo la he defendido—añadió Baraona,—aunque al fin la fuerza de tus argumentos y la evidencia de ciertos síntomas, me han hecho dudar también, hasta que al fin...

Carlos miró al moribundo con terrible ansiedad.

—Hasta que al fin...—repitió el anciano haciendo un esfuerzo.—No puedo acusar terminantemente á mi adorada nieta; pero sí te diré que al anochecer del sábado ví á un hombre que se descolgaba al patio por el balcón del cuarto de tu mujer.

—¡Un hombre!

—Sólo los ladrones y los amantes salen de este modo de las casas. He estado dudando mucho tiempo si te lo revelaría ó no... creo que en conciencia debo decírtelo... ¡Averigua... indaga! Quién sabe... quizás sea inocente...

—¡Un hombre!—repitió Carlos ahogando un bramido.

—Un hombre vestido con el traje de la gente del pueblo... capa de grana, sombrero redondo... calzón negro... De su cara nada te puedo decir. Ya sabes que la puerta del patiecillo estaba siempre abierta, desde entonces la cerré y guardé la llave. Bajó del balcón, apoyándose en la reja. Mi primera intención fué gritar y echarle mano; pero no quise dar escándalo ni comprometer la honra de Genara hasta no hacer averiguaciones. Bien podía ser algún enredo de la criada... Carlos, con un pié en el sepulcro, te pido que no condenes á mi pobre nieta sin oirla. Ten prudencia, calma y tino, y no seas arrebatado ni ligero. Si Genara es inocente pídele en nombre mío perdón de esta sospecha. Si es culpable... ¡que Dios tenga misericordia de ella!... Ahora puedes llamarla. Me parece que ya me apago... ¡Dios sea conmigo! Quiero despedirme de todos. ¿Dónde están tus buenos amigos? Genara, Carlos, venid todos.

Carlos salió de la habitación. Bajo el fruncido ceño, sus negros ojos, despidiendo rayos, exploraban en la penumbra de la casa con feroz curiosidad. Pasó por el cuarto oscuro y miró hacia adentro. Monsalud

(c) 2008 Ministerio de Cultura

no estaba allí. En el suelo se veían los pedazos de la cuerda y el cuchillo con que acababan de ser cortados.

Garrote dió un rugido y saltó afuera.

Deslizóse por el corredor hacia el cuarto de su mujer. Entró. El balcón estaba abierto, y Genara, asomada en él, se inclinaba hacia fuera diciendo: "¡pronto, pronto que puede venir!„

El rencor de Carlos era mudo porque era inmenso. Abalanzóse hacia el balcón y hacia Genara, que sintió el bronco resuello de su marido semejante á una llamarada de volcán que le quemaba el rostro. Volvióse y su grito de espanto aumentó el furor de Carlos. Éste pudo ver claramente á un hombre en el momento en que se desasía de la reja del piso bajo, y envolviéndose rápidamente en su capa de grana, echaba á correr hacia la puerta.

¡Instante más breve que la palabra, acción más breve que el pensamiento!... Genara y Carlos se miraron. En el semblante de ella brilló de súbito una serenidad profunda. El hombre que huía se detuvo un instante en la puerta del patiecillo, porque al entrar en la cerradura la llave, ésta y aquella no obedecían.

—¡Dos vueltas á la llave y tirar hacia adentro!—gritó Genara con verdadero acento de inspiración.

La ira del esposo estalló como un trueno.

—¡Traidora!—gritó agarrando á Genara por un brazo y apartándola del balcón.

Su mano de hierro, tirando fuertemente del brazo y del cuerpo de la mujer, hízola dar rápida vuelta en torno suyo. Las flotantes faldas describieron, arremolinadas, un disco blanco, en cuyo centro el busto admirable de Genara, al caer de rodillas, se alzaba con el semblante vuelto hacia el esposo, los cabellos en desorden, la mirada ardiente. De su pecho contraido y sofocado por la veloz caída, salió una voz que dijo:

—¡Salvaje, haz de mí lo que quieras!... ¡Ya sabes que te aborrezco!

Carlos alzó con movimiento brusco á la infeliz mujer, y de nuevo la dejó caer ó la impulsó contra el suelo. Una imprecación horrible sonó en la sala, y en el mismo instante sonaron también las palabras angustiosas de una criada, que súbitamente entró diciendo:

—El señor se muere.

Navarro llevó, mejor dicho, arrastró á su esposa hasta la habitación del enfermo.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Baraona respiraba con dificultad. Sus ojos, medio apagados ya, se fijaban en un Santo Cristo que frontero de la cama había. Genara, puesta de rodillas junto al lecho y apoyada el rostro en él, ocultaba sus lágrimas. Los dos amigos de Carlos entraron en aquel instante, y con la cabeza descubierta se acercaron al moribundo. Carlos, lívido y terrible, estaba en pié, la vista fija en el suelo.

Baraona recobró de repente la energía. Una llamarada, último esfuerzo del vivir que se despedía, inflamó con fugaz esplendor su naturaleza. De los hundidos ojos brotó un rayo, y la lengua articuló palabras claras.

—Hijos míos, amigos míos—dijo dirigiéndose á todos.—Adios; ahí os queda el mundo. Tal como hoy está, no es gran regalo... Muero en Dios, muero proclamando la justicia y la ley. Sed todos buenos. Hija mía querida, ama y obedece á tu esposo... Amado hijo mío, respeta y dirige á tu mujer.

Los sollozos de Genara le hicieron callar un momento.

—Á todos perdono—continuó poniendo la flaca mano sobre la cabeza de Genara.—Si alguno hay con mancha de pecado, que mi perdón sea la señal de su arrepentimiento... Y vosotros, valientes amigos, y tú, noble hijo mío y de aquella tierra de Álava que no ven mis ojos en este triste momento, recibid mi bendición, recibidla todos. Valientes jóvenes, muero aborreciendo la revolución, muero abofeteado, escupido, azotado, inmolado por ella, como Jesús por los judíos. ¿Qué mayor gloria?... ¡Gracias, gracias, Dios mío!!

Entusiasmo y gozo vibraban en su voz.

—Valientes jóvenes, mirad la imagen del Dios-Hombre, que está frente á mí; mirad ese cuerpo bendito puesto en la cruz. Juradme ante él que derramareis hasta la última gota de vuestra sangre en defensa de los buenos principios, de la justicia, de la ley de Dios. Jurádmelo, si quereis que muera contento, y que mi alma angustiada se arroje libre de toda zozobra y desconsuelo en los inmensos, en los infinitos brazos de Dios.

Los tres jóvenes miraron la sagrada imagen. Estaban juntos en imponente grupo. Los tres extendieron el brazo derecho hacia la efigie, alzaron orgullosamente la cabeza, y con voz entera y solemne dijeron á un tiempo:

—¡Lo juramos!

Los tres brazos continuaron alzados breve rato, y en el trágico grupo reinó el silencio de las grandes emociones.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Carlos dijo:

—¡Que mi alma arda en el Infierno eternamente si no lo cumplo!

—¡Muerte á los infames!—bramó Zugarramurdi.

—¡Muerte!—repitió Oricaín.

Los sollozos de Genera se confundían con los terribles juramentos.

La energía de Baraona se extinguió de improviso. Empezó á apagarse, á pestañear, á oscilar ténuemente, como brillo del ascua que va á ser tragada por las lóbregas fauces de la oscuridad.

—Júramelo otra vez—murmuró en voz queda y con los ojos cerrados, hablando desde el fondo de su agonía.

Los tres repitieron, alzando el brazo:

—Lo juramos.

Al ronco sonido del juramento, los enormes cuerpos crecían. Todo tomaba proporciones enormes. Las manos del Crucifijo parecían tocar á Oriente y Occidente.

En aquel momento se oyó un rumor lejano, el resuello profundo del pueblo, que volvía á invadir el recinto de la Inquisición, gritando: "¡Viva la libertad!„

Baraona abrió los ojos, y señalando con el dedo al punto por donde parecía venir el discorde ruido, murmuró:

—La ola de estupidez se acerca.

Después se extremeció, y cruzando las manos, exhaló un hondo suspiro. En su pecho cavernoso retumbaron estas huecas palabras como un ronquido:

—¡Hasta la última gota de vuestra sangre!

—¡Hasta la última!—repitió Navarro sordamente.

El mugido de Baraona se repitió más lento, más apagado, más lejano.

Parecía una voz que se iba alejando de caverna en caverna, y decía:

—¡Acabar con todos ellos!

—¡Con todos ellos!—dijo Oricaín.

—¡Hasta el último!—dijo Navarro.

Baraona, después de ligera convulsión, había abierto desmesuradamente los párpados, y sus pupilas, semejantes á insensibles globos de vidrio, continuaban fijas en el Santo Crucifijo con aterradora insistencia. Su alma navegaba ya por la inmensidad de las olas eternas.

El rumor de la calle se acercaba, y el solemne reposo de la estancia era turbado por este grito:

—¡Viva el pueblo! ¡Viva la libertad!

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Carlos dirigió á la calle una mirada terrible. Mientras Genara cerraba los ojos de su abuelo, los tres jóvenes juntaron espontánea é instintivamente sus manos, y alzando con insolente soberbia la cabeza, gritaron:

—¡Viva el Rey! ¡Viva la religión!

FIN DE LA SEGUNDA CASACA.

Madrid, Enero de 1876.

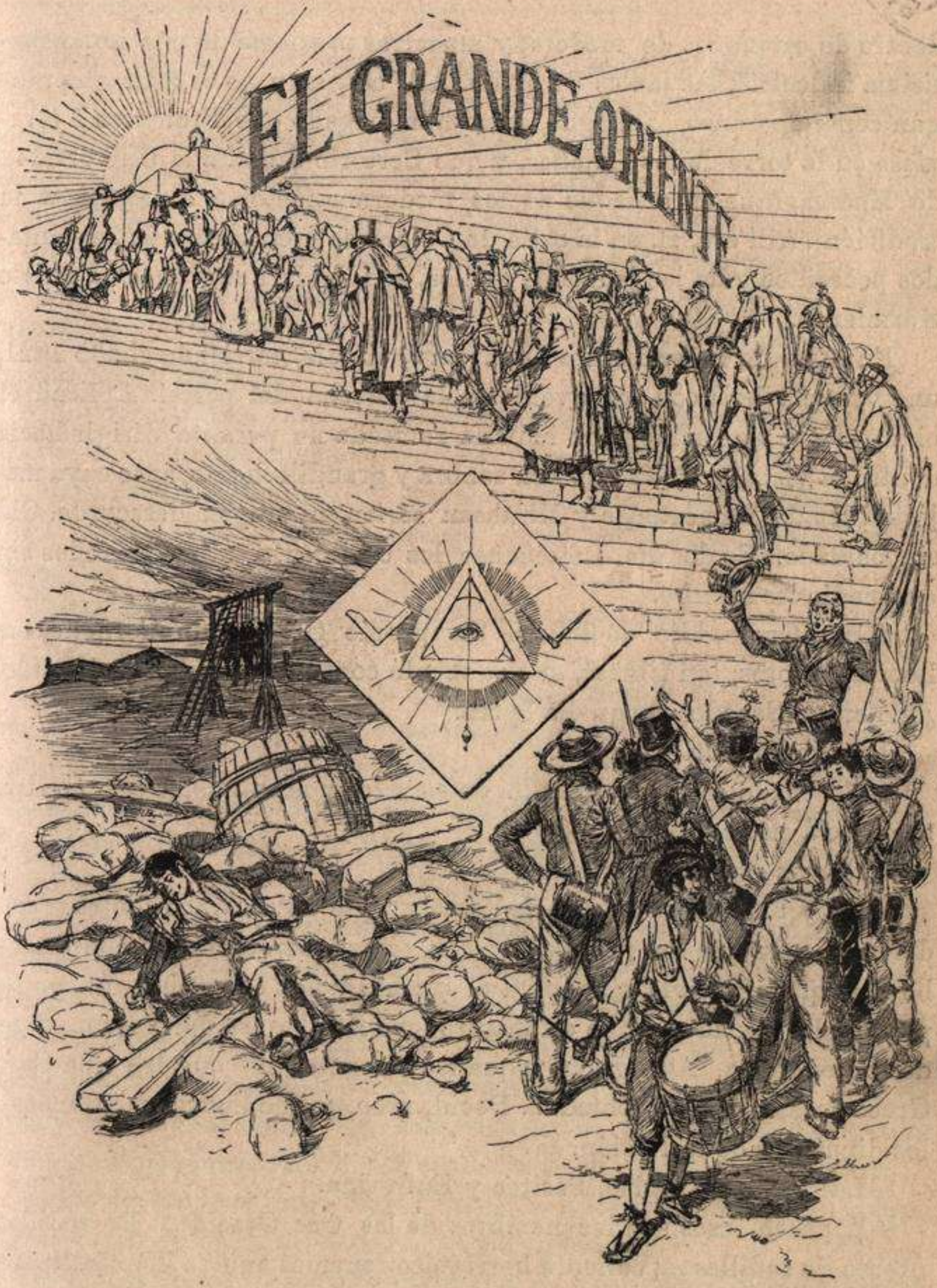
(c) 2008 Ministerio de Cultura

(c) 2008 Ministerio de Cultura

(c) 2008 Ministerio de Cultura

(c) 2008 Ministerio de Cultura

(c) 2008 Ministerio de Cultura



I

Sí, era en la calle de Coloreros, en esa oscura vía que abre paso desde la calle Mayor hasta la Plazuela y arco de San Ginés. Allí era sin duda alguna, y hasta se puede asegurar que en la misma casa donde hoy admira el atónito público fabulosa cantidad de peces de colores

(c) 2008 Ministerio de Cultura

dentro de estanques de madera, y muestras preciosas de una importantísima industria, las jaulas de grillo. Allí era, sí, y no es facil que ningún contemporáneo lo niegue, como han negado que Francisco I estuviese en la torre de los Lujanes, y que Sertorio fundara la Universidad de Huesca, (que es achaque de los modernos meterse á desmentir la tradición). Allí era, sí, en la calle de Coloreros y en la casa de los pintados pececillos y de las jaulas de grillos, donde vivía el gran D. Patricio Sarmiento.

En lugar de los estanques de madera, vierais, corriendo el año 1821, una ventana baja con rejas verdes á la derecha del portal. Aplicad el oido, ya que la cortineja de indiana rameada no permita dirigir hacia dentro la vista, y oireis una voz sonora y grandilocuente, ante cuya majestad las de Demóstenes y Mirabeau serían un pregón desacorde. Oid sin cuidado. Es de día. Detiénense los curiosos y atienden todos sin que nadie les estorbe.

"Cayo Graco, hijo de Tiberio Sempronio Graco y de Cornelia, era liberal, señores; tan liberal, que se rebeló contra el Senado. Decid, niño, ¿qué era el Senado en aquella época?

Una voz infantil contesta:

—El Senado era una camarilla de serviles y absolutistas que no iban más que á su negocio.„

Y la voz grave prosigue así:

—"Muy bien... Porque habeis de saber que Cayo Graco fijó el precio del trigo para que los pobres tuvieran el pan barato. Como que era un hombre que no vivía sino para el pueblo y por el pueblo. Luego les probó á los Senadores que estaban robando el Tesoro del Reino... digo, de la República. Así es que aquellos tunantes no querían que Cayo Graco fuese elegido diputado... Decid, niño, ¿cómo llamaban entonces á los diputados de la Nación.

—Les llamaban Aglaë, Pasitea y Eufrosina.

—Zopenco, esos son los nombres de las tres Gracias... De rodillas, pronto de rodillas... ¡Valiente borriquito tenemos aquí!... Tú, Gallipans, responde.

—Les llamaban *tribunos de la plebe*, y había cuatro órdenes de ellos, á saber: el toscano, el jónico, el dórico y el corintio.

—Has empezado como un sabio y concluyes como una mula. ¿Qué berengenal es ese que haces mezclando á los diputados de Roma con los órdenes de arquitectura?... Pues bien, les llamaban *tribunos de la plebe*. El Senado, aquella pandillita de hombres ambiciosos, que acaparaban

(c) 2008 Ministerio de Cultura

los destinos gordos, las superintendencias, las secretarías, y ¿por qué no decirlo? los ministerios, no querían que Cayo Graco fuese tribuno y estorbaban su elección por medio de intriguillas. ¿Qué habían de querer, si en todas las sesiones de Córtes les ponía de hoja de peregil? No se mordía la lengua el gran patriota, y en plazas y cafés, y en el Foro y en los pórticos de las iglesias, por doquiera, señores, convocaba al pueblo para enseñarle las doctrinas constitucionales, y condenar la tiranía y los tiranos... Decidme ahora, niño, ¿quién era el consul Opimio?

—El consul Opimio.

—Muy bien dicho. Un fatuo, un pedante, un cobarde, un servilón, una especie de persa que salía siempre á la calle escoltado por una cohorte de candiotas, ó idiotas que es lo mismo, para que los partidarios de Graco no pudieran zurrarle la pavana. Decid, niño, ¿cómo se llamaba el amigo de Cayo?

Todas las voces infantiles responden á un tiempo:

—Flaco.

—Ese nombre no se os olvida, picarones, porque os hace reir. Muy bien; pues sabed que un día los partidarios de Opimio después del sacrificio, que es como si dijéramos al salir de misa de doce, insultaron á los de Graco, los cuales asesinaron á un alguacil, macero, lictor ó como quiera llamársele. Viérais allí, cual las encrespadas olas de un mar borrascoso, chocar unos con otros, pueblo y tropa, democracia y tiranía, patriotismo y servilismo. La sangre corría por las calles de Roma como corre en la de Coloreros el agua cuando llueve. Se degollaban unos á otros, é iban arrojando cabezas al río. Quién gritaba *viva la Constitución*, quién aclamaba á los cónsules diciendo *vivan los verdugos*, y hasta los niños pequeñitos tomaban parte en la encarnizada refriega, no de otra manera que los tiernos cachorros del león, cuando se disputan un huesecillo para jugar. Retíranse Graco y Flaco... (*Risas en el menudo auditorio.*)

—¡Silencio!... ¿Qué importuno y discorde reir es ese? Retíranse Graco y Flaco; van en busca de Rufo... (*Nuevas risas.*)

—Silencio, digo... ó ninguno sale hoy de aquí. ¿Qué risas son esas? Periquito, Chatillo, Roque... ¿no os da vergüenza de profanar este augusto recinto con vuestras ridículas bufonadas?... Orden, compostura, atención, silencio... Pues decía que se retiraron todos al monte Aventino, que era un monte, pues... un monte que se llamaba Aventino. Pero ¡ay! los cónsules les cercan, envían numerosa y aguerida tropa para que á cañonazos les destruyan allí, y tienen que marcharse, señores, al otro lado del Manzanares, ó sea el Tiber, que todo viene á ser lo mismo, á

(c) 2008 Ministerio de Cultura

un sitio que bien podría nominarse la Fuente de la Teja, y que estaba consagrado á las Furias, ó si se quiere con más propiedad, á los demonios. Los partidarios de Graco empiezan á desertar porque el Gobierno les ofrece destinos y dinero. ¡Perfidia inaudita, escandalosa traición que no volverá á pasar, yo os lo juro!... Al mismo tiempo Opimio y sus infames cómplices ofrecen pagar á peso de oro la cabeza del gran tribuno. Éste se ve perdido. Dice á su esclavo Filócrates que lo mate. Filócrates vacila... ¡momento de angustia y dolor supremo! Los sicarios llegan, los serviles se acercan rugiendo, cual manada de famélicos lobos. Consérvase sereno y tranquilo Cayo. La fuga le es imposible. Suplica á su esclavo por segunda vez que le dé muerte. Éste obedece. Hiérese él mismo con el estilete, que era una pluma de las que empleaba aquella gente para escribir sobre papel de cera, y cae, bañando el suelo con su sangre preciosa. Los del consul, llegan, córtanle la cabeza y van con ella á pedir el vil premio de su hazaña. Decidme, niño, ¿de qué materia llenaron la cavidad cerebral de la patriótica cabeza para que pesara más y aumentase el valor de tan cruento trofeo?

Todas las voces á un tiempo:

—De plomo.

—Perfectamente. Y pesó diez y siete libras. Ahora... basta de historia romana, y pasemos á la retórica. Ea, niños: divídanse los dos bandos. Roma á la izquierda, Cartago á la derecha. Veremos quién ciñe el lauro de la victoria y quién muerde el polvo en esta honrosa lid de la retórica.

Gran tumulto. Corren unos á este lado, otros al contrario, y agrúpanse en dos bandos al pié de los estandartes españoles con sendos cartelillos, en uno de los cuales se lee *Roma* y en otro *Cartago*. Susurro resonante, parecido al de las colmenas, precede á las primeras preguntas. Los combatientes esperan con ansia el primer encuentro, y los juveniles corazones palpitan, vacilando entre el miedo y un honroso tesón.

—Veamos... Comience este pindárico certámen por una proposición máxima. Decid, niño, ¿de cuántas clases son los pensamientos?

—De dos: claros y oscuros.

—Bien por Cartago. Á ver, responda ahora la gran Roma. ¿Que son pensamientos claros?

No se había pronunciado aún la respuesta, cuando oyóse gran tumulto en la calle, y una voz gritó en la reja:—¡Hoy no hay escuela!

Y esta voz se confundió con alaridos de la bulliciosa turba, que corriendo decía:

—¡Á Palacio, á Palacio!

(c) 2008 Ministerio de Cultura

II

La escuela quedó en un instante vacía, y D. Patricio Sarmiento salió á la puerta de la calle. Sesenta años muy cumpliditos; alto y no muy gallardo cuerpo; ojos grandes y vivos; morena y arrugada tez de color de puchero alcorconiano y con más dobleces que pellejo de fuelle; pelo blanco y fuerte con rizados copetes en ambas sienes, uno de los cuales servía para sostener la pluma de escribir sobre la oreja izquierda; boca sonriente, hendida á lo Voltaire, con más pliegues que dientes, y menos pliegues que palabras; barba rapada de semana en semana, monda ó peluda, según que era lunes ó sábado; quijada tan huesosa y cortante que habría servido para matar filisteos, y que tenía por compañero y vecino á un corbatín negro, durísimo y rancio, donde se encajaba

(c) 2008 Ministerio de Cultura

aquella como la flor en el pedúnculo; un gorrete, de quien no se podía decir que fué encarnado, si bien conservaba históricos vestigios de este color, la cual prenda no se separaba jamás de la cúspide capital del maestro; luenga casaca castaña, aunque algunos la creyeran nuez por lo descolorida y arrugada; chaleco de provocativo color amarillo, con ramos que convidaban á recrear la vista en él como en una especie de ameno jardín; pantalones ceñidos, en cuyo término comenzaba el imperio de las medias negras, que se perdían en la lontananza oscura de unos zapatos con más golfos y promontorios que puntadas, y más puntadas que lustre; manos velludas, nervudas y flacas, que ora empuñaban crueles disciplinas, ora la atildada pluma de finos gavilanes, honra de la escuela de Iturzaeta; que unas veces nadaban en el bolsillo del chaleco para encontrar la caja de tabaco, y otras buzeaban en la faltriquera del pantalón para buscar dinero y no hallarlo... tal era la personalidad física del buen Sarmiento.

—¡Á Palacio!—exclamó viendo la mucha gente que bajaba hacia San Ginés por delante de su casa y la muchísima que seguía la calle Mayor hacia Platerías.—Hoy tendremos otra gresca. ¿Á cuántos estamos?

—Á 5 de Febrero—repuso un joven que junto á D. Patricio estaba, con mandil de sastre, sosteniendo en la izquierda mano dos pedazos de tela y en la diestra una aguja.—Parece ser que Narices ha escrito un papel al Ayuntamiento quejándose de los insultos, y para que rabie más, hoy le van á dar más música.

—Aparte de que no me gusta que se hable del Soberano con tan poco respeto—dijo el maestro,—lo que has dicho querido Lucas, me parece muy bien. Pues que no quiere música, désele más música. Si no, que cumpla sus deberes de Rey constitucional y marche francamente por la senda aquella de que nos habló el 10 de Marzo del año pasado... Va mucha gente. ¿Por qué no dejas la obra y corres allá? Tal vez ocurra algún acontecimiento digno de ser trasmitido á la posteridad. Yo iré después á la Cruz de Malta, á ver qué se decide esta noche respecto á la exposición que se proyecta dirigir al Rey contra el Ministerio. Me parece admirable idea, querido Lucas, porque has de saber que yo combato á Argüelles.

—Y yo también—replicó el sastre.—Ó nos dan un ministerio liberalísimo, que de una vez acabe con todos los pillos, ó el pueblo soberano decidirá en su sabiduría... ¿Dejo el trabajo? ¿cierro el puesto?

—Deja el trabajo, *dimitte laborem* y cierra el puesto, que tiempo hay de mover el paño. Día llegará en que la patria más necesite de bayone-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

tas que de agujas. Si no tuviera que copiar esos pliegos también husmearía un poco. Ponte el uniforme, hijo, que en estos sucesos públicos bueno es que cada cual se presente con los arreos de su gerarquía. Los uniformes dan respetabilidad. Procura que la muchedumbre no se desborde; amonéstala, que al verte ella respetará la gloriosa institución á que perteneces. No grites, no vociferes, que eso no es propio de quien representa la autoridad y la fuerza pública y la soberanía armada. Consérvate sereno en medio del tumulto y si tocan á formar y hay lucha con los guardias y demás cohortes del absolutismo, despliega, querido hijo, todo el valor de tu pecho, todo el brío de tu raza, y sé cual indomable león, que no conoce riesgo y hace extremeeer al cobarde lobo sólo con el rugido de su cólera.

El joven sastre, mientras esto decía su venerable padre, vestíase á toda prisa en el mismo portal que era albergue de la sastrería. En el momento de abandonar la tienda para mezclarse al popular tumulto, un hombre llegó á la puerta y se detuvo en ella saludando cariñosamente al Sr. Sarmiento.

—Hola, hola... Sr. Monsalud—dijo éste.—¿Tan pronto de vuelta? ¿No vá usted á Palacio? Dicen que habrá tocata de *trágalas*, y sinfonía de *mueras* y *vivas*.

—¿Ha salido mi madre?—preguntó el joven sin hacer caso de las observaciones de su amigo.

—No he visto salir á la señora Doña Fermina—replicó Sarmiento.—Debe de estar arriba acompañando á Doña Solita y al Taciturno.

—Subiré á decirle que no salga esta tarde.

—Aguarde usted, D. Salvador. Si no va usted más que á eso, le mandaré un recado con Luis. Quédese usted aquí. Vámonos á la esquina á ver pasar la gente y hablaremos un rato. ¿Qué me dice usted de estas cosas?

—¿Pero no tiene usted escuela?

—He soltado al infantil rebaño. Si no lo hiciera alborotaría la escuela, y mis lecciones se perderían en la algazara como semilla que se arroja al viento. Es preciso transigir un poco con la inquietud bulliciosa y la precocidad patriótica de estos chiquillos que han de ser ciudadanos. De esta manera les voy educando sin tiranías, y mansamente les inculco sus deberes, y les preparo para que ejerzan la soberanía en los venideros años venturosos, en los cuales nuestra Nación se ha de empingorotar por encima de todas las Naciones.

El amigo y vecino de nuestro excelente D. Patricio sonrió.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—No crea usted—continuó el maestro,—que imitaré la conducta de ese pedante insoportable, émulo y antogonista mío, el maestro Naranjo, de la calle de las Veneras, el cual, cada vez que hay bullanga ó revista de milicianos ú otra cualquier función vistosa, encierra á los chicos y no les permite ver, ni que regocijen sus tiernas almas con las emociones de la cosa pública. Pero bien sabe usted que Naranjo es un poco y un mucho servilón, hombre forrado en oscurantismo y encuadernado en intolerancia, amigo de los enemigos de la Constitución, indiferente en efigie, pero absolutista en esencia, con vislumbres de persa vergonzante y amagos de realista monacal. ¿Qué ha de hacer con los pobres chicos un hombre de estas cualidades? Tiranizarlos, ennegrecer su espíritu, imbuirles ideas despóticas, educarles en el desprecio de la Constitución y en el amor al servilismo. ¡Desgraciada Nación la nuestra, si prevalecieran en ella los alumnos de Naranjo! Vea usted, Sr. D. Salvador, una cosa de que el Ministerio debiera ocuparse sin levantar mano; estirpar esas infames cátedras, suprimiendo todos los maestros de escuela que con su conducta están sembrando la zizaña del servilismo para que en lo venidero estorbe y ahogue la frondosa planta de la Constitución.

—Sí, es preciso poner mano en eso—respondió distraidamente Monsalud.—Me parece que ya no pasa tanta gente.

—Si no tuviera que barrer la escuela y copiar unos pliegos, señor D. Salvador, nos iríamos usted y yo á meter nuestro hocico en la plaza de Palacio y oir algo de la rechifla... pero ¡cómo ha de ser!... primero es la obligación que la devoción.

Diciendo esto, D. Patricio entró en el aula, y tomando la escoba que detrás de la puerta estaba, empezó su tarea.

—Si usted me lo permite—dijo Salvador siguiéndole también adentro, —escribiré una carta aquí en la mesa de usted.

—Gran honor es para mí... Aquí tiene usted la pluma que he cortado hace poco; aquí la tinta; aquí el papel. Me callaré para que usted pueda escribir tranquilo... pues como iba diciendo, yo me alegro de que á Su Majestad, de quien siempre hablaré con mucho respeto, le den estas lecciones de constitucionalismo. Los Reyes, amigo mío, no aprenden de otra manera. Les dice uno las cosas, y nada; se las repite, se las vuelve á repetir, y ni por esas; es preciso gritar y manotear para que fijen la atención... ¡Ah!... ¡perdone usted! estoy levantando mucho polvo Voy á regar un poco.

Salvador Monsalud escribió lo siguiente:

(c) 2008 Ministerio de Cultura

"Á L.·. G.·. D.·. G.·. A.·. D.·. U.·.

Pod.·. Sob.·. Gr.·. Com.·. y Secr.·. Gran Maest.·. del Gran Oriente de España.

S.·. F.·. U.·.

Aristogitón.·. gr.·. 18.

(Salvador Monsalud.)„

Después se quedó un rato pensativo mordiendo las barbas de la pluma.

—Cuidadito, retire usted un poco los piés, que mojo—dijo D. Patri-

cio, agitando la regadera junto á la mesa.—Ahora se puede barrer sin cuidado... No de otra manera la benéfica lluvia de la libertad impide que se levante el sucio polvo de la tiranía... Vea usted, Sr. D. Salvador qué poco aprenden los Reyes. Como los chicos, no entienden sino á palos. Yo digo que la Constitución con sangre entra. En Octubre del año pasado, cuando Su Majestad no quería sancionar la reforma de monacales, por instigación de D. Víctor Saez y del embajadorcillo de Su Santidad, el pueblo amenazó con una revolución y Fernando no

(c) 2008 Ministerio de Cultura

tuvo otro remedio que sancionar. ¿Pero sirvióle de enseñanza este suceso? No señor, porque en el Escorial conspiraba contra el Gobierno, y el nombramiento de Carvajal en decreto autógrafo era un proyecto de golpe de Estado. ¡Iniquidad funesta! Pero el pueblo no se duerme. Cuando Fernando entró en Madrid... ¡qué día, qué solemne día! ¡qué 21 de Noviembre! En vez de vítores y palmadas, galardón propio de los sábios Monarcas, Fernando oyó gritos rencorosos, mueras furibundos, amenazas, dicterios, oyó ternos como puños y vió puños como ternos. No ha presenciado Madrid una escena tan imponente. Allí era de ver el pueblo ejerciendo el soberano atributo de amonestación; allí era de oir el trágala cantado por las elegantes mozas del Rastro. Miles de brazos se agitaban amenazando y todas las bocas espumarajeaban de rabia. Los que llevábamos en la mano el libro de la Constitución, lo besábamos en presencia del Rey. Un fraile pronunció varios discursos que encendían más los ánimos. De repente por entre las apiñadas cabezas se alzan multitud de manos que sostienen un niño. Es el hijo de Lacy. La multitud soberana grita: "¡Es el vengador de su padre! ¡es el hijo del gran patriota! ¡Mueran los tiranos! ¡Viva la Constitución!„ El Rey oía todo, y su semblante echaba fuego... Pues bien: ¿cree usted que esta lección fué provechosa? nada de eso. La camarilla sigue conspirando, la Córte desafía á la Nación, al mundo, y al linaje humano con la infame conspiración y plan de D. Matías Vinuesa, que ha escandalizado á Madrid días pasados.

Salvador prestando escasa atención á las palabras del maestro, escribió despacio y con largos descansos lo siguiente:

"Dispensad H.·. y M.·. Q.·. H.·. la libertad con que os manifiesto mi „pensamiento después de saludaros con los s.·. y b.·. c.·. en este Or.·. de „Madrid.

"Faltaría á los más altos deberes si no me negara á aceptar vuestros „ofrecimientos y la misión que me encomendásteis, porque estando „convencido de que ese Or.·. es un centro de libertinaje y de anarquía, „y tal como está organizado produce efectos contrarios á los verdaderos „principios liberales, deseo que se me considere como H.·. D.·. y se „aparte mi humilde persona de todos los trabajos de la O.·. Quizás sea „mío el error y no de los V.·. H.·. pero...„

Al llegar á este punto, se detuvo, recorrió con la vista lo escrito, hizo un gesto de disgusto, y rompiendo el papel, empezó á escribir otro.

—¿No sale, no sale la cartita?—dijo D. Patricio sonriendo.—Se conoce que es de amores. No á todos los mortales es dado manifestar

(c) 2008 Ministerio de Cultura

elegantemente sus pensamientos en forma literaria. Quiere usted que vea si puedo yo sacarle del paso?

—Gracias: no es preciso... ¿Con que decía usted, Sr. D. Patricio, que el Rey...?

—No aprende nunca. Veremos qué tal efecto produce la amonestación de esta tarde. Observe puntualmente la Constitución; sea amigo del pueblo; ame la libertad como la amamos todos, y entonces no habrá más que aclamaciones y flores... ¿Pero estuvo usted anoche en *Malta?*

—Yo no voy á ese manicomio.

—¿Y en *La Fontana?* Dicen que van á cerrar los cafés patrióticos.

—Harán bien.

—Bien sé que usted al hablar de ese modo, lo hace por espíritu de contradicción, y que dice lo contrario de lo que piensa. Es particular que le parezcan á usted detestables esas sociedades tan propias de un pueblo liberal, y que se le antojen majaderos y charlatanes los hombres eminentes que en ellas derraman el fructífero rocío de la palabra constitucional. Si no conociese el gran entendimiento de usted...

El joven siguió escribiendo sin atender á las palabras del maestro. Pasó un rato, durante el cual uno y otro callaron. Después, Monsalud rompió por segunda vez el papel escrito y empezó otro.

—Vamos, que está durilla esa oración primera de activa. Ya van dos pliegos rotos.

—Antes me dejaré matar—dijo Monsalud en un arranque expontáneo,—que contribuir á este desorden y figurar en una sociedad que es un hormiguero de intrigantes, una agencia de destinos, un centro de corrupción é infames compadrazgos, una hermandad de pedigüeños...

—¡Ah, ya veo, ya comprendo de quien habla usted!—exclamó Sarmiento, soltando rápidamente la escoba y sentándose frente á su amigo.

—Esos intrigantes, esos compadres, esos pedigüeños, esos hermanos son los masones. Bien, muy bien dicho; todas esas picardías las he dicho yo antes que usted y las repito á quien quiera oirlas. El Grande Oriente perderá á España, perderá á la libertad, por su poco democratismo, sus transacciones con la Córte, su repugnancia á las reformas violentas y prontas, su templanza ridícula, su orgullo, su justo medio, su doceañismo fanático, su estancamiento en las pestíferas lagunas de lo pasado, su repulsión á todo lo que sea marchar hacia adelante, siempre adelante por la senda constitucional. Ó hay progreso, ó no lo hay. Si lo hay, si se admite, fuerza es que demos un paso cada día, que á cada hora desbaratemos una antigualla para construir una novedad, que á cada ins-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

tante discurramos el modo de dar al pueblo una nueva dósis de libertad, y que no se aparte de nuestra mente la idea de que hoy hemos de ser más liberales que ayer, y mañana más que hoy... Pero, ¿se rie usted?

—No, no me río. Oigo al Sr. D. Patricio con muchísimo gusto.

—Adelante, siempre adelante—añadió Sarmiento con calor.—En virtud de este criterio, yo y todos los patriotas verdaderos, hemos dado de lado á la masonería para fundar la grande y altísima y por mil títulos eminente y siempre española sociedad de *Los Comuneros*.

—He estado mucho tiempo fuera de Madrid—dijo Salvador,—y al regresar he oido hablar mucho de esa nueva hermandad. Por lo visto el Sr. Sarmiento pertenece á ella. Sírvase usted explicarme en qué consiste.

—¡Explicar! ¿á qué vienen esas explicaciones? ¿Por qué no ha de conocer usted de *visu* lo que difícilmente podrá comprender *ex audita*? Véngase usted conmigo. Le presentaremos en la sociedad, le haremos caballero de Padilla, y para mí será tan grande honor presentarle como para la Confederación recibirle.

—¡Confederación! ¡Padilla! ¿Qué ensalada es esa?

—En el primer artículo de los Estatutos, se dice que nos *reunimos* y nos *esparcimos* por el territorio de las Españas, con el propósito *de imitar las virtudes de los héroes que como Padilla y Lanuza, perdieron sus vidas por las libertades patrias.*

—¿Y la Confederación se divide en talleres?

—¿Qué talleres? Eso es cosa de artesanos. Aquí todos somos caballeros. Llámase nuestro jefe el *Gran Castellano*; la Confederación se divide en *Comunidades*, éstas en *Merindades*, éstas en *Torres*, y las Torres en *Casas Fuertes*. Todo es caballeresco, romancesco, altisonante. Si la masonería tiene por objeto auxiliarse mútuamente en las pequeñeces de la vida, nosotros nos *reunimos* y nos *esparcimos*, así mismo se dice... para *sostener á toda costa los derechos y libertades del pueblo español, según están consignados en la Constitución política, reconociendo por base inalterable su artículo* 3.° Nada de empeñitos; nada de lloriqueo de destinos, ni de asidero de faldones. El artículo 17 del capítulo 2.°, dice que ningún caballero *interesará el favor de la Confederación para pretender empleos del Gobierno.* ¿Qué tal? Esto se llama catonismo. ¡Hombres incorruptibles! ¡Pléyade ilustre! Tenemos Código penal, alcaides, tesoreros, secretarios. Nuestras logias se llaman *Fortalezas*, á las cuales se entra por puente levadizo nada menos. La admisión es peliaguda. Está mandado que al iniciar á alguno, no se revele nada del objeto y modo de la Con-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

federación; pero yo le digo á usted todo, todito, porque confío en su discreción y prudencia.

—¿Y se puede ver eso? ¿se puede ir allá?—dijo Salvador demostrando curiosidad.—Supongo que habrá juramentos y pruebas...

—Le presentaré á usted, Sr. D. Salvador. Nuestra Confederación se honrará mucho con que usted entre en ella.

—No; preguntaba si se puede ir á las Fortalezas como se va al teatro, para ver, para reirse un rato.

—Amigo mío—dijo Sarmiento con gravedad.—No es cosa de risa una sociedad donde se jura morir defendiendo á la patria, y donde se cumple lo que se jura.

—Eso es lo que no se ha probado todavía.

—Yo se lo probaré á usted; se lo probaré—exclamó vivamente don Patricio, apoyándose en la escoba como un centinela en el fusil.

—Si usted me hiciera el favor...—indicó sonriendo Monsalud.

—¿De probárselo?

—No; de callarse. Un momento nada más, queridísimo amigo mío.

—Si no digo una palabra... Escriba usted,—indicó el maestro recomenzando su interrumpida tarea.—Voy á purificar mi escuela, á barrer, digámoslo así, mientras usted escribe la carta. ¿Quiere usted que se la dicte?

—No, gracias. El asunto es delicado; pero á la tercera vez ha de salir.

Y en efecto, salió.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

III

Es indispensable el conocimiento de todas las familias que vivían en aquella casa. Ocupaba el principal Salvador Monsalud con su madre, y el segundo un señor taciturno y reservado, del cual los vecinos, á excepción de Salvador, no conocían más que el nombre, ignorando sus antecedentes y sus ideas políticas, á pesar de las impertinentes pesquisas que por averiguarlo hacía diariamente el curioso Sarmiento. Éste y su hijo Lucas, sastre de oficio, ocupaban una de las habitaciones del piso tercero, sirviendo la otra de morada á Pújitos, gran maestro de obra prima, miliciano nacional, patriota, cuasi orador, cuasi héroe, y un si es no es redactor de diarios políticos, que para todo había en aquel desmesurado entendimiento.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

El habitante del cuarto segundo era un hombre decente, con indicios en toda su persona de pobreza decorosamente combatida y disimulada por el aseo, la economía, las cepilladuras de la ropa y otros artificios que no siempre realizaban el fin deseado. Tenía más de cincuenta años, aspecto débil y enfermizo, rostro muy melancólico, apagados ojos, ademanes corteses y fríos, escasísima propensión comunicativa y costumbres tan metódicas como tranquilas. Jamás anochecía sin que estuviese dentro de su casa. Á horas fijas salía, y á horas inalterables entraba. Era rarísimo acontecimiento que alguien le visitase, y su morada era silenciosa y triste, como vivienda de cartujos.

Antes de que penetrara en ella cualquier extraño, tomábanse minuciosas precauciones, y dos ojos negros miraban por la cruz del ventanillo examinando atentamente al inoportuno. Estos ojos negros eran los de una señorita, hija del Sr. Gil de la Cuadra (que así llamaban al taciturno), y única compañera suya, á más de una criada, en la triste mansión. Todo lo que tenía de antipático el padre entre los habitantes de la casa, lo compensaba en simpatías la hija. Á todos agradaba; solía conversar con D. Patricio al entrar y al salir, y muy á menudo pasaba á la habitación de Doña Fermina Monsalud, charlando con ella largas horas. Tenía por nombre Soledad, pero como su padre la llamaba Solita, así le decían todos, y más comunmente Doña Solita; que entonces las señoritas cargaban todavía con un *Doña* no menos grande que el de cualquiera quintañona.

Como cronistas sentimos tener que decir que Solita era fea. Fuera de los ojos negros, que aunque chicos eran bonitos y llenos de luz, no había en su rostro facción ni parte alguna que aisladamente no fuese imperfectísima. Verdad es que hermoseaban la incorrecta boca finísimos dientes; mas la nariz redonda y pequeña desfiguraba todo el rostro. Su cuerpo habría sido esbelto si tuviera más carne; pero su delgadez exagerada no carecía de gracia y abandono. Mal color, aunque fino y puro, y un metal de voz delicioso, apacible, que no podía oirse sin experimentar dulce sensación de simpatía, completaban su insignificante persona. Es sensible para el narrador que su dama no tenga siquiera un par de maravillas entre la raíz del cabello y la punta de la barba; pero así la encontramos y así sale, tal como Dios la crió y tal como la conocieron los españoles del año 21.

El gran misterio de D. Urbano Gil de la Cuadra, lo que traía en gran inquietud á los vecinos y principalmente á D. Patricio, era la ignorancia en que todos estaban acerca de sus ideas políticas. ¿Era liberal?

(c) 2008 Ministerio de Cultura

¿Era servil? Enigma terrible que daba vueltas como una rueda pirotécnica dentro del febril cerebro de Sarmiento, sin ser descifrado jamás. Á veces, fundándose en conjeturas, en palabras sueltas, en la letra *sui generis* del sobre de una carta recibida por Gil, Sarmiento le declaraba absolutista. Otras veces fundándose en iguales datos diputábale revolucionario. Causaba desesperación al buen preceptor que Monsalud lo supiese todo, y no lo revelase á los vecinos.

—Ó este hombre es un emisario de la Santa Alianza—solía decir Sarmiento,—ó un apoderado de los republicanos franceses. Á estos viejos ojos que tanto han visto, no se les escapa nada.

Al anochecer de aquel día en que nuestra relación comienza, entró como de costumbre, en su casa el padre de Solita. Esta, que se hallaba acompañando á Doña Fermina, subió á su habitación cuando sintió los pasos de Gil. Al poco rato subieron también Sarmiento y Monsalud, acompañados de Lucas, que á la sazón volvía de la plaza de Palacio, y los tres entraron en el principal, porque el maestro de escuela gustaba de platicar con Doña Fermina sobre los negocios de la cosa pública en que él era, como el lector sabe, tan experto.

Reunidos los cuatro, Lucas contó los sucesos de aquella tarde, que consistían en dos piedras arrojadas al coche de Su Majestad, en diversos gritos patrióticos, en un miliciano herido por un guardia, y algunas contusiones y corridas de escasa importancia.

—Á pesar de eso—dijo Sarmiento gravemente,—no aprenderá. Seguirá oponiéndose á la plantificación lógica del sistema constitucional; fomentará la superstición y el fanatismo. Si yo fuera llamado á regir los destinos de la Nación; supongan ustedes que lo fuera... ¿eh? pues bien: mi primer decreto sería para suprimir el cuerpo de guardias. Mientras la camarilla tenga la probabilidad de ese apoyo, la libertad no echará profundas raíces en el hispano suelo.

—Esta tarde se ha dicho—indicó Lucas,—que el Gobierno va á disolver la guardia.

—¿Lo ven ustedes? Mi idea... es idea mía.

—Y á cerrar las sociedades patrióticas.

—Esa no es idea mía. La rechazo. Por el contrario, Sr. D. Salvador, Doña Fermina, yo abriría en cada calle dos por lo menos, dos cafés patrióticos, y las subvencionaría con fondos del Estado, para que se propagase la idea constitucional. ¿Qué le parece al Sr. D. Salvador mi idea?

—Excelente—respondió el joven, ocupado á la sazón en hojear varios libros que sobre la mesa de la habitación había.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Ya que está aquí el Sr. D. Patricio—dijo Doña Fermina después de hablar un rato con la criada,—no se irá sin tomar chocolate. Y lo mismo digo á usted, Lucas.

Sarmiento que, dicho sea en honor de la verdad histórica, no había ido á otra cosa, respondió de este modo:

—No se moleste la señora... Siento haber venido; pero si se ha de enojar usted con nuestra negativa, aceptamos... Madre é hijo son tan amables que, la verdad, cuando uno entra en esta casa, no encuentra la puerta para salir.

—Gracias, Sr. D. Patricio.

—¿Saben ustedes—dijo con aire misterioso Lucas,—que esta tarde ví en la plaza de Palacio al vecino del cuarto segundo? Estaba hablando con un guardia.

—¿Pero no saben ustedes lo mejor?—indicó Sarmiento, padre.—Pues ya me olvidaba... Que tengo nuevos datos para juzgar de las opiniones políticas del Sr. Gil de la Cuadra.

Monsalud miró fijamente al preceptor.

—Un precioso dato. Tengo por seguro que es absolutista.

—Vamos, no hable usted mal de los vecinos, y menos de ese buen sugeto—dijo Doña Fermina.—Él y su niña son personas muy decentes que merecen el mayor respeto.

—¿Respeto? no se lo niego. Oiga usted el dato, Sr. D. Salvador. Ayer tarde entró en mi academia para que le cortase una pluma. Ya sabe usted que en la pared de enfrente tengo un gran retrato de Riego. Como el Sr. Gil le mirase atentamente, yo dije: "ese es el grande hombre.„ Advertí en el semblante de nuestro vecino una sonrisilla picaresca. Miróme, y con mucha suficiencia y pedantería, exclamó: "Es un majadero.„

—Lo mismo dice mi hijo—manifestó la Monsalud, ofreciendo el chocolate á sus dos vecinos.

—¿Lo mismo dice? Será por broma. ¡Riego, D. Rafael del Riego! Inmensa figura que se alza sobre el suelo de la patria, y con su majestuosa cabeza toca las nubes! ¡Riego, sol refulgente que todo lo inunda con su luz! ¿Á quién sino á él se debe la libertad que gozamos? ¿Á quién sino á él debe España el haberse puesto por montera del mundo y el estar por encima de toditas las Naciones?

—Pues Salvador dice que es una cabeza llena de viento,—dijo doña Fermina, gozando en mortificar al maestro.

—Bromas, son bromas, Sr. Sarmiento--dijo el joven con benevolencia.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Monsalud había encendido una luz y examinaba cartas y papeles.

—Como bromas pueden pasar; pero son de mal género. Esas bromas puede oirlas cualquiera que no sepa discurrir... Yo no me tengo por ignorante; yo creo haber leido algo; creo poseer alguna ciencia... digo, me parece á mí...

—Por de contado.

—Algo sabe uno de lo que ha pasado en el mundo, memorables hechos y preclaras acciones, que es lo que los eruditos llamamos historia. Y si no que lo diga el Sr. D. Salvador.

Monsalud no dijo nada.

—Pues bien—añadió Sarmiento sorbiendo la mitad de lo que contenía la jícara,—yo declaro que conozco pocos varones de la antigüedad, (y ahí está Plutarco que lo certifique)... sí, conozco pocos que se igualen á este atrevido comandante, que desafió al absolutimo, á toda la Europa, señores, á la Santa Alianza, á los Borbones todos, á los serviles todos. Y tan gran fin realizó sin derramamiento de sangre, porque... vean ustedes la historia; Harmodio y Aristogitón derramaron mucha sangre; las sediciones de los gracos también fueron cruentas; Bruto mató á César; Robespierre y Danton, ya sabemos que cortaban cabezas como yo plumas; Cromwell, degolló á Carlos I, *etcétera*... Pero nuestro hombre ha dicho *sea la libertad*, y la libertad ha sido. Su espada no ha necesitado herir para vencer. Con su vívido fulgor deslumbráronse los tiranos, y despavoridos huyeron cual asustadas liebres. ¿No es verdad, señor D. Salvador? ¿No es verdad esto?

Monsalud tampoco dijo nada, ni hacía caso de la disertación Sarmentil.

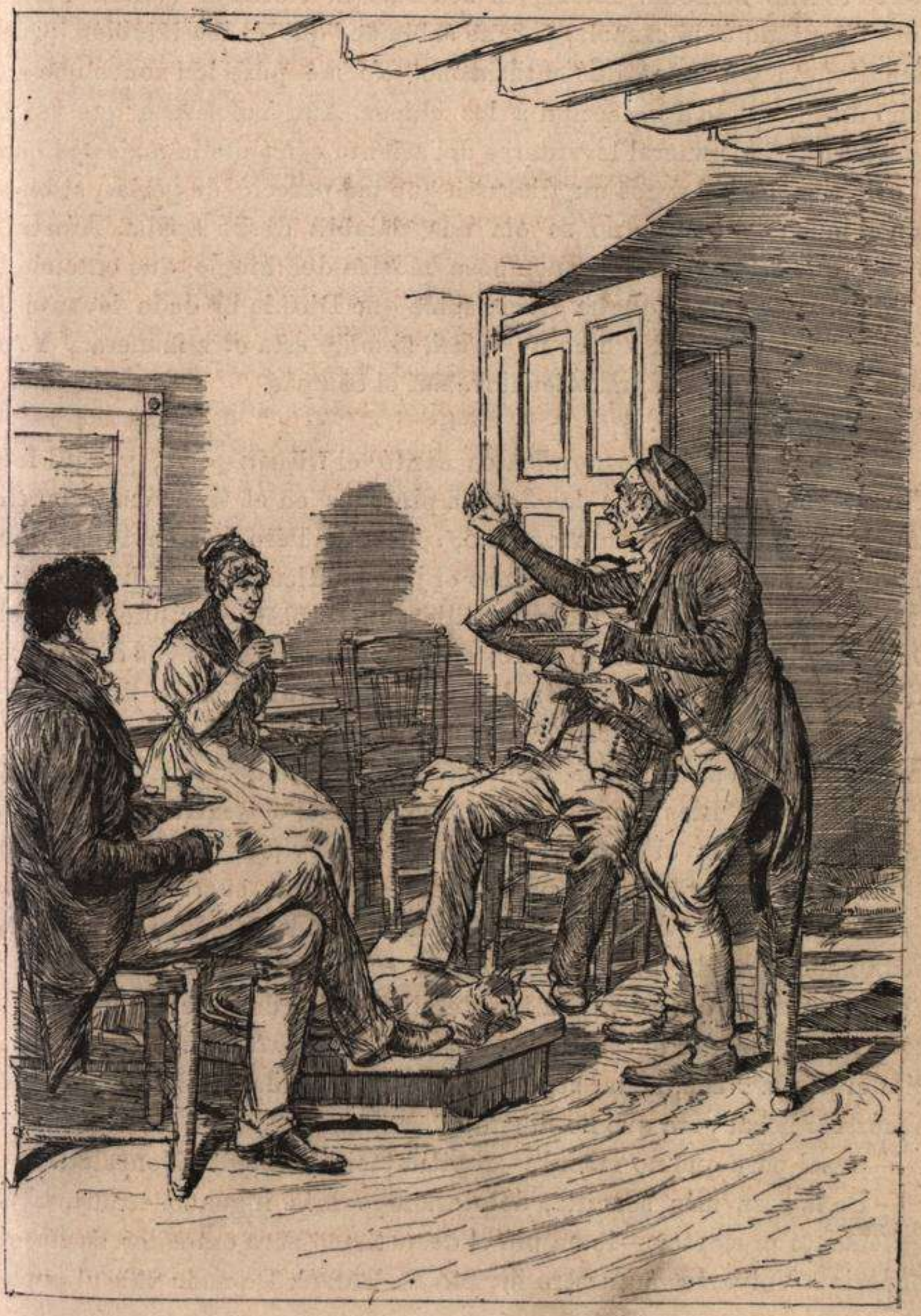
—¡Y á hombre tan insigne, á este campeón que le dijo á España, como el angel á María, *el Señor*, ó *la Libertad es contigo*; á ese apóstol, señores, se le tiene alejado de la Córte, como si fuera una plaga, un pedrisco ú otra calamidad aterradora! Se le desterró primero á Astúrias, se le desterró después, porque destierro es, á la capitanía general de Aragón... ¡Oh! si yo llegase á regir los destinos de esta Nación, si yo... pongamos por caso que llegase á ser Ministro... mi primera disposición sería para recompensar dignamente á ese héroe inaudito...

—¿Más todavía?... indicó festivamente Monsalud.

—¿Pues qué?—dijo Sarmiento con ciceroniano ademán, poniendo sobre la mesa la jícara vacía,—¿acaso se le han tributado honores correspondientes á sus servicios? Ni aun en la gerarquía militar ha tenido la elevación á que es acreedor. Él era comandante: le plantaron en

(c) 2008 Ministerio de Cultura

mariscal de campo... Bueno; pues eso, digan lo que quieran, es bien poco, es poquísimo; y aún me parecerían una bicoca los tres entorchados. Usted tenga presente cómo recompensó Inglaterra á lord *Vellintón* después de la campañita aquella en que derrotó á Bonaparte. Así se premian los grandes servicios; no con estas mezquindades de aquí.



(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Tiene razón el Sr. Sarmiento—dijo Doña Fermina.—Si por lo de militar merece los tres entorchados, por lo que tiene de orador y de hombre discreto, se le puede señalar una renta. Vaya, que la escena y los discursos aquellos del teatro fueron cosa buena.

—Extraordinariamente buena, aunque usted, señora mía, lo diga con cierto tonillo zumbón. Lucas, ¿te acuerdas?... Nosotros fuimos desde muy temprano á la cazuela, porque sabíamos que él iba también. ¡Qué tumulto, que palmadas, qué entusiasmo! Yo me puse tan ronco que en ocho días no pude dar lección á los chicos. Aún me parece que veo á nuestro querido general levantarse del asiento con aquella majestad que él solo tiene, y echarnos un discurso que me pareció de perlas, si bien con el mucho alboroto no se oía una palabra desde arriba. Aún me parece que estoy oyendo la pomposa música del himno que entonó el público. Riego, con aquella gracia suma que Dios le ha dado, levantóse y dijo: "la música del himno no es así, sino de esta otra manera.„ Y se puso á cantarlo. Sus ayudantes llevaban el compás.

—¡Estaría bonito!...

—Después uno de los ayudantes cantó el *trágala perro*, y aquí fué Troya. Yo creo que hasta las figuras pintadas en el techo cantaron en aquel instante. ¡Sublime momento, señora!... Pero los envidiosos no faltan en ninguna parte. Empéñase el jefe político en decir que aquello era un desórden. Quiere hacernos callar; encréspase el público como el Océano agitado por rabioso Noto; empiezan las puñadas, los dimes, los diretes, los ternos de pimentón, las cantáridas gramaticales. Riego mira con desdén al jefe político. Algunos ayudantes del general, mostrando una impavidez pasmosa, le insultan. Aporréanle dos ó tres paisanos, Paco Rincón y Blas Cortada, si no me engaño; el teatro parecía una caldera hirviendo; el general se retira al fin, y ¡oh, pavor! las calles están llenas de gente, la tropa se encierra en los cuarteles, y todo es zozobra y miedo de revoluciones. Sin la imprudencia del jefe político, nada habría pasado. Pero el despotismo es así; no le gusta oir el himno ni el *trágala*; no quiere ver la faz del libertador del hesperio suelo, y aquí tienen ustedes el resultado; *guerras, asolamientos, fieros males*, como dijo el poeta. Nada, nada, según esa gente estólida, á la libertad debe ponérsele bozal para que no muerda.

—Bozal para que no muerda—repitió taciturnamente Monsalud.

—De la cosa más sencilla, del desahogo más ingénuo—continuó el vehemente preceptor,—toma pié el despotismo para extender su férreo imperio... Volvamos á nuestro invicto D. Rafael. De nada vale el popu-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

lar deseo. Se empeñan en que ha de salir de aquí, y lo echan como se echa un perro que incomoda. Las sociedades patrióticas dejan oir su autorizada voz en contra de tal vilipendio; pero no son oidas. Manifiesta el pueblo su voluntad de mil maneras; fíjanse pasquines; gritamos, pedimos, suplicamos, amenazamos. Yo pongo á todos los niños de mi academia la cinta verde con el lema *Constitución ó muerte*. Ni por esas. ¿Cómo contestan á nuestras honradas exhortaciones? Echando los cañones á la calle; lanzando de los cuarteles la caballería para que pisotee al pueblo; acuchillando sin piedad á gente indefensa. En tanto Argüelles habla en las Córtes de las célebres *páginas*, y Feliú habla de los *hilos*, se alborotan también los diputados, y cuando un gran patriota como Romero Alpuente, se dispone á defender al pueblo, ahogan su generosa voz los chillidos de los serviles. Riego es desterrado, y ¡qué ignominia! disuelven el ejército de la Isla, que había proclamado la Constitución; y por este camino volveremos á la tiranía y oscurantismo del año 14, y al despotismo puro, el cual, después de todo, es mejor que el mixto, vergonzante, tibio ó moderado que ahora tenemos. ¿No es verdad, Sr. D. Salvador?

—Sí, amigo D. Patricio, todo lo que usted quiera. ¡Y pensar que tantas cosas malas se remediarían con que el Sr. D. Patricio fuese ministro media docena de días...!

—No se burle usted—dijo el preceptor algo picado.—Yo no seré ministro, yo no puedo ser ministro, porque soy muy honrado, porque no soy intrigante, porque no soy ambicioso. Si tuviera un duro por cada vez que me he negado á aceptar este ó el otro destinillo, sería un Fucar... Pero supongamos que fuera ministro, y sentemos esa atrevida hipótesis...

—Silencio—dijo Monsalud.—Están llamando á la puerta.

Atendieron todos. Oyéronse fuertes golpes en la puerta de la casa.

—¿Quién será?—murmuró con temor Doña Fermina.—Aquí no viene nadie después de anochecido.

—Iré á ver—dijo Lucas, á quien los golpes sorprendieron descabezando un sueño.

Pocos momentos después entraba Solita, con semblante pálido y consternado, sin aliento, encendidos de llorar los ojos.

—¡Mi padre está enfermo!—exclamó dirigiendo á todos una mirada suplicante.

—Iremos á buscar á un médico—dijo D. Patricio con oficiosidad.—¡Lucas!... Corre al momento.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—No es preciso médico—dijo Solita, deteniendo á los Sarmientos con un ademán.

—Yo entiendo algo de medicina...

—No necesitamos cosa alguna—añadió la muchacha mirando á doña Fermina.—Lo que tiene mi padre es muy singular.

—¿Congestión cerebral, ataque de gota, síncope, jaqueca?...

—Mi padre está enfermo del ánimo—dijo tristemente Soledad.—No quiere médicos ni medicinas; lo que quiere es hablar con el Sr. Monsalud, y por eso vengo á rogarle que pase ahora mismo á casa.

Asombráronse todos de ver enfermedad que se aliviaba hablando.

—También puede que tenga algo que revelarme á mí—dijo Sarmiento dando algunos pasos.—Voy allá corriendo.

—No, usted no—replicó la joven deteniéndole.—Salvador solo. Mi padre desea verle y hablarle ahora mismo, ahora mismo.

Salvador subió sin tardanza al segundo piso.

Malísimo humor tenía Sarmiento cuando se retiró á su casa. No pudiendo refrenar la abrasadora curiosidad que le consumía, detúvose junto á la puerta del misterioso vecino, y aplicó el oido, anhelando percibir algo de la conversación ó confidencia que dentro se verificaba; pero ni una sílaba llegó á sus grandes orejas. Resignóse

á no saber nada, y al entrar en su casa, dijo á Lucas:

—Insisto en que es absolutista, hijo; un infame persa que nos ahorcaría á todos si le dejáramos.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

IV

ALLÓ Monsalud al Sr. Gil de la Cuadra en un gabinete estrecho, donde tenía cama y mesa de escribir. Estaba el taciturno sentado en un viejo sillón, donde se hundía su flaco y miserable cuerpo, y todo en él revelaba perniciosa mezcla de abatimiento y exaltación, cual si su espíritu aumentase en actividad y la perdiera á toda prisa el cuerpo, reclamando el final descanso de la sepultura. Sus ojos brillaban, moviéndose en los irritados huecos, y con vaguedad calenturienta y voluble fijábanse en todos los objetos. Movía la cabeza y los brazos sin descanso, asemejándose su inquietud á tentativas de acciones concebidas rápidamente y desechadas antes de la realización. Cada segundo determinaba en aquella alma llena de zozobra un nuevo proyecto, un nuevo plan, un nuevo deseo. Las luchas del insomnio le conmovían, pujilato horrendo que el alma sostiene consigo mismo creyéndose otra, y en el cual hay formidables encuentros y acometimientos, caídas y elevaciones, un espantoso temblor de congojas, contra las cuales no hay voluntad ni razón que prevalezcan.

El personaje que ahora nos ocupa no es desconocido para los lectores de estos libros (*). Apareció brevemente cuando describimos la retirada de los franceses en 1813. Entonces abandonaba el suelo patrio como adicto al Intruso, á quien había servido, desempeñando una plaza de oidor en la Chancillería de Valladolid. Estableciόse con su esposa doña Pepita Sanahuja en un pueblecillo del Poitou, y poco después de estar allí, hizo que le llevaran su hija única Soledad, á quien, por no exponerla á los peligros de la retirada, dejó en el pueblo natal confiada á

(*) Véase *El Equipaje del Rey José*.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

los parientes de su primera esposa. Gil de la Cuadra había sido casado dos veces, y Solita era hija del primer matrimonio, pues la señora que el lector conoció en los campos de Álava no tuvo prole. La emigración fué tristísima para el oidor de la Chancillería de Valladolid, á pesar de la dulce compañía de su adorada hija, porque después de haber perdido casi toda su fortuna en el gran conflicto de la monarquía extranjera, tuvo el dolor de ver espirar á su segunda mujer en el invierno del año 18.

De regreso á España, cuyas puertas abrió para los infelices renegados la revolución de 1820, se estableció con su hija en La Bañeza; pero circunstancias funestas que él mismo nos dará á conocer le obligaron á trasladarse á Madrid, donde la casualidad le llevó á la misma casa que habitaba Salvador Monsalud, cuya suerte tan unida estuvo después de la batalla de Vitoria á la del fugitivo matrimonio. Á pesar de la amistad contraida en la fatal jornada del 21 de Junio y de las buenas relaciones que sostuvieron en la emigración, pues Salvador vivió también algunos meses en Poitiers, Gil de la Cuadra se mostraba en Madrid muy poco comunicativo y afectuoso con su vecino. Era su caracter en verdad inclinado á la reserva, á la soledad, á cierta aspereza misantrópica que entibiaba las amistades. Visitábanse, sí, con frecuencia, y Soledad iba mucho á la casa de Doña Fermina; pero Gil de la Cuadra en sus entrevistas con el antiguo jurado mostraba el singular recato y la estudiada sobriedad de palabras que indican empeño de ocultar ocupaciones ó designios. Por esta misma razón causó sorpresa al joven verse llamado tan á deshora y con tanto anhelo.

Indicándole con una seña que se sentara á su lado, Gil de la Cuadra le habló de este modo:

—Dispénseme usted si me he tomado la libertad de llamarle, para confiarle un asunto grave. Sepa usted que yo soy muy desgraciado, el más desgraciado de los hombres... Necesito el amparo de un sér generoso, de un buen amigo, de una persona discreta y al mismo tiempo poderosa.

—Yo no puedo ni valgo nada—repuso Salvador;—pero lo que de mis escasas facultades dependa está á disposición de usted.

—Revelaré todo y decidiremos—dijo Gil de la Cuadra con esforzada voz.—Mi estado nervioso, la furia y exaltación de mi cerebro son tales esta noche que creo moriré si no tomo una determinación salvadora... ¿Quiere usted que le hable con toda franqueza? Pues amigo mío, yo soy muy cobarde.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Después de esta declaración, Monsalud creyó que el Sr. Gil iba á poner en su conocimiento cualquier contrariedad insignificante.

—Muy cobarde—añadió el extraño enfermo.—Verdad es que lo que me pasa es gravísimo. Si no tuviera una hija á quien adoro, á estas horas, Sr. Monsalud, ya me habría dado muerte. En un momento de exaltación, casi llegué á olvidarme de mi pobre Solita, y abrí esa ventana para arrojarme á la calle. Vivir así, no es vivir.

—Dígame usted con calma lo que tanto le mortifica y decidiremos.

—Ante todo debo recordarle á usted una deuda que conmigo tiene—indicó el taciturno fijando en su amigo los ojos con expresión patética. —Mi esposa, que en gloria esté, y yo le salvamos á usted la vida en aquellos aciagos días de Junio de 1813, que no puedo recordar sin espanto.

—Tampoco yo—dijo Monsalud palideciendo.

—Le salvamos á usted la vida—añadió Gil de la Cuadra complaciéndose en esta idea fundamental de su argumentación.—Después de ocultar á usted diferentes veces, yo autoricé á mi esposa para que, cediendo todas sus alhajas, que eran gran parte de nuestra fortuna, le rescatara á usted del poder de aquellos malvados guerrilleros que querían sacrificarle.

—¡Es cierto!—murmuró Salvador con voz grave.

—¿Cabe mayor abnegación tratándose de un desconocido?

—No, no cabe más. Cien vidas de agradecimiento no bastarían para pagar eso que usted llama deuda y que yo con todo mi corazón reconozco.

—¿De modo que usted, amigo mío, se halla dispuesto á hacer por mí, si me veo en un conflicto supremo, lo que mi esposa y yo hicimos por usted cuando peligraba su vida?

—Dispuesto con toda mi alma—repuso el joven lleno de piedad y efusión.—Ordene usted lo que debo hacer. Cuanto tengo, cuanto valgo, mi vida y mi nombre están á disposición de usted. No es un sacrificio, es un deber; y si no recuerdo mal, no ha sido preciso que llegaran ocasiones supremas para hacer este ofrecimiento, porque desde nuestra primera entrevista en Madrid me declararé deudor eterno de usted.

—Es verdad, gracias, gracias—dijo el enfermo, estrechando con sus flacas y amarillas manos las de Monsalud.—Mucha atención á lo que voy á referir. Creo haber indicado á usted cuando estábamos en Francia, que mis ideas han sido siempre favorables á los derechos absolutos de la Corona y á la monarquía pura tal como durante siglos la disfruta

(c) 2008 Ministerio de Cultura

ron las más gloriosas Naciones de la tierra. La ambición de mi segunda esposa, y debilidades mías, que deploro amargamente, me indujeron á reconocer y servir al intruso Bonaparte. No necesito recordar la ignominiosa caida del partido afrancesado. Yo, que no pertenecí á él de corazón, sino por las sugestiones de mi mujer, tengo más derecho que los demás á quejarme de mi detestable suerte. Volví del destierro sin que mis ideas sufriesen mudanza alguna, y es singularísimo y á la par muy triste que los absolutistas del 14, con quienes mi corazón simpatizaba, me cerraran las puertas de la patria, y que me las abriesen los liberales, á quienes tengo la desgracia de aborrecer. Esta contradicción real y molesta entre mi modo de pensar y mi gratitud, obligóme el año pasado á huir prudentemente de las cosas políticas.

Retiréme á mi pueblo natal, la Bañeza. Como allí conocían todos mis ideas, un día los liberales me acometieron con palos ordenándome que diese vivas á la Constitución; neguéme á tal vilipendio, y aquella deuda que para con ellos contrajeron mis honrados labios, pagáronla mis costillas con buenos cardenales. A pesar de esto tuve paciencia, señor y amigo mío, y seguía pacíficamente en mi casa, pidiéndole á Dios que ponga fin á esta insoportable tiranía del populacho, mas sin buscar venganza, y resistiéndome á tomar parte en los trabajos que algunos realistas traían entre manos para levantar partidas. En estas andadas, organizóse en La Bañeza la llamada Milicia Nacional, que yo llamaría Infernal hablando propiamente, y para dar pruebas de su existencia y hacer el estreno de su bárbaro poder, emprendiendo con brillo el camino de la gloria, creyó que lo mejor era adjudicarme una nueva paliza, como lo hizo el 3 de Setiembre del año pasado, pretextando que yo conspiraba.

—Ya van dos, Sr. Gil. En verdad que admiro la resignación y sufrimiento de usted.

—Mes y medio de cama me costó la hazaña de los milicianos de mi pueblo. ¿Creerá usted que ni tales razones pudieron persuadirme á que dejara mi pacífico y santo retiro? Aguanté, y callé y esperé. Mi actitud digna y cristiana debió ponerme á cubierto de nuevos ataques, ¿verdad?

—Seguramente.

—Pues no fué así. Precisamente por la razón de que yo sufría y callaba, debieron calmarse en ellos la feroz intolerancia y salvagismo; pero no fué asi, sino que mi humildad les hacía más bravos cada vez; y alegando conspiraciones que sólo en su obtusa mente existían, me atacaron de nuevo...

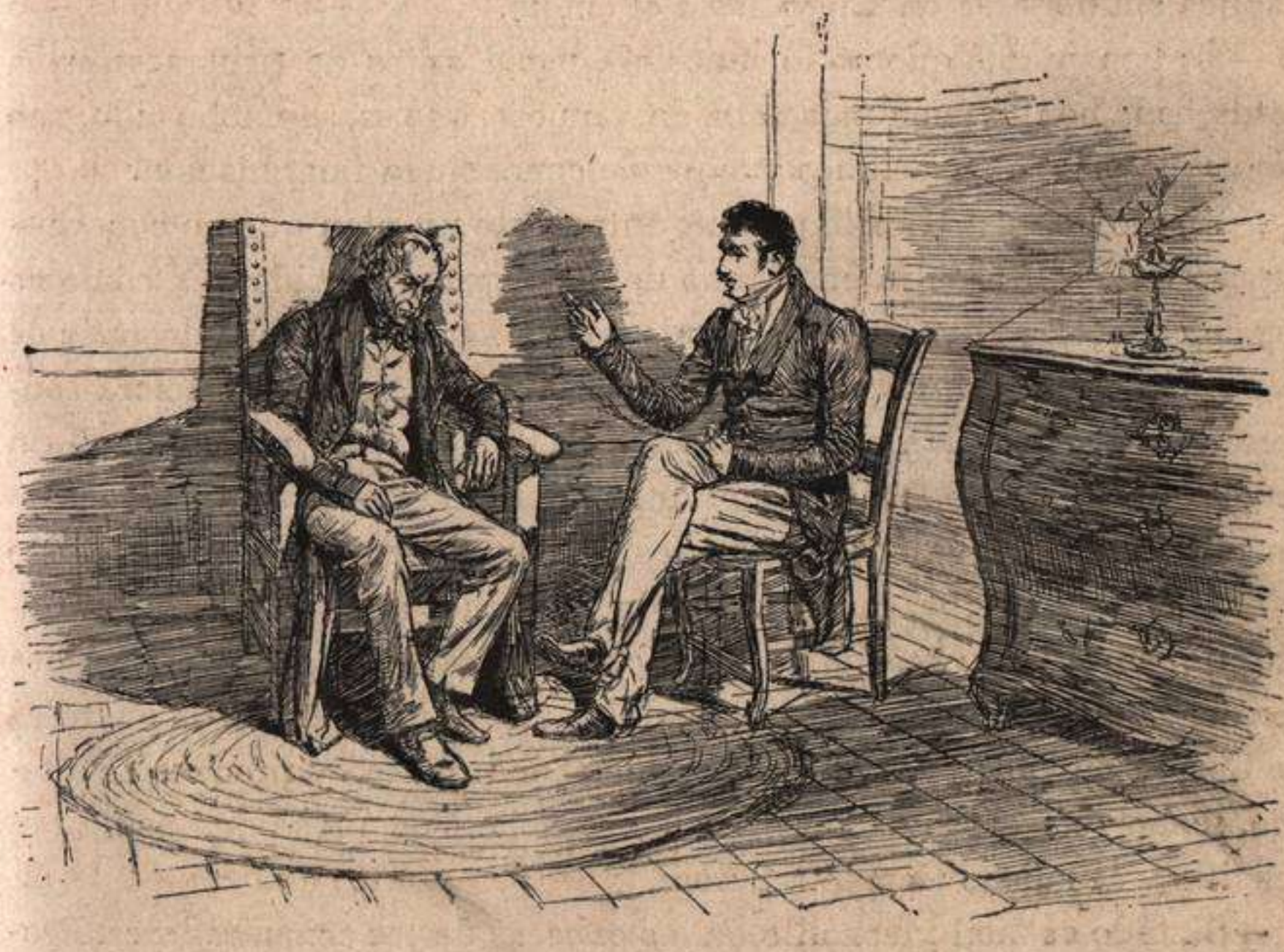
(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¿Otra vez?

—Sí señor, y se lo digo á usted francamente. A la tercera paliza ya no pude aguantar más, y lo que no había hecho hasta entonces, lo hice desde aquel día.

—¿Conspirar?

—Justamente. Ellos se empeñaron en que conspirara, y conspiré. Aquí tiene usted la sabiduría de los liberales. Con su imbecil sistema de apalear á los que no piensan como ellos van poco á poco convirtiendo en enemigos á todos los españoles. Yo que había hecho propósito firme de no mezclarme en la política activa, ni contribuir al levantamiento de partidas, ni conspirar, salí de mi casa decidido á todo, á todo absolutamente; vine á Madrid, y mi mala suerte deparóme aquí el encuentro con un amigo de mi juventud, D. Matías Vinuesa, cura que fué de Tamajón,



y á quien Su Majestad en premio de los méritos que contrajo durante la guerra, hizo capellán de honor y arcediano de Tarazona.

—Ya sé á dónde va usted á parar—dijo Monsalud con benevolencia. Vinuesa le indujo á usted á intervenir en esa descabellada conspiración que le ha llevado á la carcel y que probablemente le llevará también al patíbulo.

Al oir esto, el enfermo palideció y sus labios pronunciaron algunas palabras á guisa de oración.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Puesto que todo se lo he de confesar á usted—añadió exhalando un suspiro,—diré que, en efecto, he sido confidente y amigo de D. Matías Vinuesa. Obra de muchos es el célebre plan, cuyo descubrimiento ha ocasionado la prisión de ese bendito, y que, con perdón de usted, no es descabellado ni mucho menos, y nos habría conducido al glorioso objeto que anhelamos los buenos españoles, si la imprudencia, el soborno ó la traición no lo hubieran descubierto. Presumo yo que alrededor del Trono, donde tanto se trabaja por derrotar al Gobierno y á los liberales, existen la venalidad y la corrupción más que en otra parte alguna, y que de los mismos que nos han incitado á conspirar, partió la infame denuncia, fundada en móviles que no comprendo. Ya estoy desengañado de la mala fé de todos, aburrido al ver que son tan pícaros unos como otros, y convencido de que no es posible tomar parte activa en la cosa pública sin meterse en fango hasta el cuello.

—Es lamentable que no lo conociera usted antes de pringarse en la desdichada conjuración palaciega de Vinuesa, que es, según he oido, una de las mayores aberraciones que puede concebir la imaginación.

—Siento que usted califique tan duramente un plan que no conoce—repuso Gil de la Cuadra en el tono del amor propio herido.—Y como no puede conocerlo si yo no se lo revelo, voy á hacerlo, porque después de la prisión de mi amigo, no hay en ello inconveniente. La primera condición de nuestro plan era el secreto. Sólo debían tener noticia de él Su Majestad, el Infante D. Carlos, el duque del Infantado y el marqués de Castelar, como los únicos encargados de ponerlo en ejecución. Llegado el momento del golpe, Su Majestad debía llamar á los ministros, al Capitán general y al Consejo de Estado, y una vez que los tuviera á todos bien agazapados en la real cámara, debía entrar una partida de guardias de Corps, mandada por el serenísimo señor Infante, y prenderlos á todos, luego que el Rey saliese de la estancia. Vea usted qué ardid tan sencillo y al mismo tiempo tan facil.

—Sí, todo es facil y sencillo en las cabezas de los conspiradores. Prosiga usted.

—Inmediatamente después el mismo señor Infánte D. Carlos debía pasar al cuartel de guardias y mandar arrestar á todos los indivíduos poco afectos á Su Majestad y á nuestras ideas.

—¿También eso es facil y sencillo?

—Déjeme usted seguir. Al mismo tiempo el señor duque del Infantado... bien le conoce usted, ¡qué imponente figura, qué aire marcial! sólo con presentarse inclina los ánimos á la obediencia... pues digo que el

(c) 2008 Ministerio de Cultura

señor Duque debía marchar en el mismo momento á Leganés á ponerse al frente del batallón de guardias que hay allí.

—Suponga usted que los guardias de Leganés le recibieran á tiros, que también puede ser...

—No es probable que á tan grande prócer y cumplido caballero le faltaran de ese modo... Pero aún resta algo... Excuso decirle á usted que todo debía hacerse en el mismo momento.

—Es natural, y en el mismo momento también debía hundirse todo. Adelante.

—Se sobreentiende que lo referido había de acontecer por la noche —continuó el anciano.—Dado el primer golpe, veamos ahora su desarrollo. Á las doce en punto, ni minuto más ni minuto menos, debía ponerse en camino para Madrid el batallón de Leganés, entrando en esta corte á las dos. Á las tres en punto, el regimiento del Príncipe, con cuyo coronel se contaba, debía ocupar todas las puertas de la villa, y á las cinco y media, ni minuto más ni minuto menos, debían las tropas y el pueblo empezar á dar *vivas* á la Religión, al Rey, á la patria, y *mueras* á la Constitución y á los ministros... Luego el plan contenía una multitud de determinaciones, consecuencia natural del triunfo. Debían ordenarse varias cosas, v. gr.: que se celebrase un Concilio nacional... que los cabildos se encargaran otra vez de la administración del *Noveno*... que hubiese tres días de rogativas... que se rebajase la tercera parte de la contribución... que los gastos de iluminaciones y festejos fueran muy moderados... que los milicianos sirvieran en el ejército ocho años ó pagaran veinte mil reales de redención... que se trasladara al obispo de Mallorca... que se imprimieran por cuenta del Estado las cartas del padre Rancio... que el obispo auxiliar, portador del libro de la Constitución el año 20, lo llevase también ahora y con su propia mano se lo diese al verdugo para quemarlo... en fin, ya ve usted que nada faltaba.

—Nada faltaba á no ser sentido común. ¿Son tan bien obra de usted los papeles *El Grito de un Español* y *La Papeleta de León*?

—En esta misma mesa he escrito parte de ellos—repuso el enfermo con disgusto.—Pero no disputemos ahora sobre la ruindad ó excelencia del plan. Yo sigo creyendo que sin los infames sobornos y traiciones que han mediado, nuestra obra nos habría proporcionado un verdadero triunfo. No es posible formar juicio de lo que no ha podido pasar del pensamiento á la irrecusable prueba de los hechos. Lo real, lo positivo, lo que vemos y tocamos, amigo mío, es que yo me encuentro comprometido, expuesto á perder, no sólo la libertad sino la vida, si no hallo un

(c) 2008 Ministerio de Cultura

hombre discreto, astuto, habil y poderoso que me ampare en trance tan aflictivo.

—Pero la Corte, esa Corte que es la que alienta, paga y sostiene las conspiraciones realistas, no le abandonará á usted...

—¡Ah! Sr. Monsalud de mis pecados—exclamó Gil de la Cuadra con amarga tristeza,—la Corte ó no puede nada, ó teme comprometerse dándome el amparo que de ella he solicitado. Preso D. Matías, sin que ni Rey ni Roque lo hayan podido evitar, hecha pública la conjuración, no hay ningún prócer ni potentado de Palacio que no proteste de su adhesión al liberalismo. ¡Pecador de mí! ¡mil veces pecador! La circunstancia de haber sido afrancesado me hace sospechoso á los absolutistas. Esa es mi fatalidad; esa esa mi estrella negra; esa es la funesta herencia que me dejó mi esposa. ¡Si viera usted cuántas puertas se han cerrado hoy ante mí! Es particular: de la noche á la mañana ya nadie me conoce. Soy un extraño, un importuno; creen sin duda que les voy á pedir un socorro pecuniario y me reciben de malísimo talante. La única muestra de benevolencia que he recibido es muy triste, Sr. Monsalud. Diómela un caballero de la Corte, avisándome hoy el peligro que corro, porque halladas varias cartas y notas mías entre los papeles de Vinuesa, no han de tardar en venir por mí para embaularme en la carcel, donde, si Dios no lo remedia, nos pudriremos el cura y yo, á no ser que nos cuelguen en la plazuela de la Cebada. ¿No es verdad, Sr. Monsalud, que debí preferir el tratamiento de los milicianos de la Bañeza?

—¿Usted espera que le prendan? ¿Lo sabe usted?

—Lo sé.

—Pues en tal caso—dijo Salvador con asombro,—¿por qué no huye usted? ¿por qué no se oculta al menos?

—Precisamente de eso quiero hablar á usted—manifestó Gil de la Cuadra, cayendo de nuevo en el lúgubre abatimiento en que Salvador le encontrara.—¡Huir!... creo que no habrá otro remedio.

—Es el más seguro por ahora.

—Mis achaques me hacen de tal modo cobarde, que no acertaré á dar un paso... ¡Si parece que me convierto en un niño!... ¡si se me oprime el corazón!... Luego doy en pensar en la desdichada suerte y soledad de mi pobre hija... ¿qué será de ella si muero? De tal manera se perturba mi alma y se enflaquece mi razón pensando en esto, que no puedo discurrir los medios de mi fuga ó escondite. Piense usted por mí, pues no con otro objeto he solicitado su amparo; dígame usted lo que debo hacer... tráceme usted un plan.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—No sólo indicaré lo conveniente, sino que haré cuanto pueda para que usted quede en salvo esta misma noche. Es preciso tomar una resolución pronta. Ánimo, Sr. Gil, no acobardarse, y triunfaremos.

—¡Oh! gracias, gracias mil—exclamó el enfermo estrechando las manos de Salvador.

—El infeliz conspirador lloraba.

—No debemos perder tiempo... Saldremos juntos para que vaya usted más tranquilo—dijo Monsalud, restaurando más á cada palabra la energía moral y física de su vecino.—No carecerá usted de nada.

—¡De nada!... ¡qué bendición de Dios! Usted me devuelve la vida... Yo que empezaba á carecer de todo, hasta de lo más preciso...!

—El conflicto de usted, amigo D. Urbano, es poca cosa. Creo que nadie nos estorbará la fuga. Yo le llevaré á usted á un paraje seguro, donde vivirá usted tranquilo y oculto hasta que podamos conseguir un sobreseimiento, una absolución... allá lo veremos.

—¡Benditas mil veces sean esa boca y esas manos!—dijo Gil de la Cuadra con emoción profunda.—Usted me salva; yo me arrojo en esos brazos como en una playa hospitalaria después de ser juguete de las olas... ¿Con que usted, después que me ponga en lugar seguro, conseguirá un sobreseimiento, una absolución?... ¡Cuánto le agradeceremos mi hija y yo!... Sola, Solita, ¿dónde estás?... Ven, corre á abrazar á este caballero.

—Vale más que nos dediquemos sin perder un instante á preparar todo lo que sea necesario... ¿Qué hora es?

—Las once—dijo el anciano levantándose con dificultad.—Me siento mejor; me siento más ligero; se me ha despejado la cabeza; muevo las piernas con flexibilidad; en fin, soy otro... ¿Con que á disponer...?

—Sí, á disponerlo todo. Arregle usted lo que ha de llevar de su casa. Yo me encargo de todo lo demás.

—¡Oh! idolatrada hija mía, ya tienes padre otra vez; viviremos tú y yo...—exclamó Gil de la Cuadra con viva excitación de espíritu.—Lo que va á hacer usted por mí, Sr. Monsalud, supera á cuanto hicimos por usted en aquel horrendo día. Si consigue ponerme en salvo esta noche, me parecerá que resucito, y el horroroso aspecto de la carcel dejará de atormentar mi imaginación... Con que apresúremonos. Soledad, hija mía, ven... Una vez que esté libre de las garras de esos infames, facil le será á usted sacarme del atolladero de la causa. Las sociedades secretas á que usted pertenece lo hacen y deshacen todo. Además, el señor duque del Parque, de quien es usted secretario, administrador ó no sé qué, pasa por uno de los hombres de más valimiento que existen en España.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Antes de media noche estaremos fuera de Madrid—dijo Monsalud después de hacer sus cálculos.—No conviene perder tiempo.

—Ese ánimo y decisión me regeneran—dijo Cuadra dando algunos pasos vacilantes por la habitación.—Déjeme usted que antes de ocuparme en los preparativos de la fuga, le dé á usted un abrazo, un estrecho abrazo de amigos... así... Ahora veamos lo que se lleva... ¡Soledad, Solita!

La muchacha apareció de repente, pálida, desconcertada. Su semblante expresaba el terror más vivo, y sus labios descoloridos no acertaban á pronunciar palabra alguna. El padre participó al punto por simpatía natural del pavor de su hija; miró á Monsalud; éste formuló con ansiedad una pregunta.

No pudo dar contestación la atribulada niña. Oyéronse terribles golpes que resonaban en la puerta de la casa, haciendo retemblar á esta de los cimientos al tejado... Oyéronse al mismo tiempo pasos de mucha gente, palabras, un rumor soez que llenó de espanto el alma de los tres personajes.

—¡Ahí están!—murmuró con voz tétrica Gil de la Cuadra.

—¡Ahí están!—repitió Monsalud, golpeando el suelo con tanta fuerza que la casa redobló su temblor convulsivo y profundo, como contestando á las llamadas de los polizontes.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

V

El amigo de Vinuesa cayendo en el sillón, se oprimió con ambas manos la desnuda calva.

—Se me ha partido el alma...—exclamó sordamente.—Parece que me han arrancado la última raíz de la vida... ¡yo me muero!... ¡Pobre hija mía!...

Solita corrió hacia él. Padre é hija se unieron en estrecho abrazo.

—Ya no hay remedio—dijo el primero con amargura.

Los golpes se repetían con más fuerza. Salvador, agitado por violenta cólera y despecho, se golpeaba la frente con el puño. En algunos momentos se sentía impulsado á acometer una resolución desesperada; pero tenía demasiado buen sentido para no refrenarse al punto.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—No hay remedio—dijo Gil de la Cuadra con acento solemne.—Hija mía, oye lo que voy á decirte. ¿Ves este hombre?...

Solita fijó en Monsalud sus ojos llenos de lágrimas.

—Salve usted á mi padre—gritó.—Discurra usted algún medio para ocultarle, para sacarle de la casa sin que esos hombres le vean.

El tétrico silencio del joven indicó claramente que no podía discurrir medio alguno que no fuese una locura.

—No puede ser, no puede ser—dijo el anciano.—¿Ves este hombre? es el único que puede hacer algo por mí, por nosotros. Mientras vivamos separados, recuérdale un día y otro que tu padre está en la carcel. Se me figura... se me figura que será un buen hermano para tí.

Los golpes redoblaron. Parecía que cien puños de hierro martillaban la puerta, y la campanilla sin cesar movida, cayó de su sitio.

—Es preciso abrir al instante—manifestó con vivísima agitación Cuadra.—Una palabra más, amigo mío, hija de mi alma. Mientras viene de Astúrias tu primo Anatolio, que ha de ser, amén de tu marido, tu único amparo después que yo falte, te dejo encomendada á este buen amigo. Él será tu padre y tu hermano. Sr. Monsalud, si acepta usted el encargo, me voy más tranquilo á la carcel, y de allí...

—Acepto—dijo con grave acento el joven.—Solita será mi hermana. Además juro por todos los santos y por Dios, que es mi padre, que le he de sacar á usted de la carcel á donde va esta noche.

Los tres se abrazaron sin añadir una palabra más. En el mismo instante, despedazada la puerta de la casa, entró en la estancia un hombre brutal y grosero, uno de estos que no creen representar bien á la autoridad si no la hacen antipática y aborrecible.

—¿Quién es aquí el bribón de Gil de la Cuadra?—dijo mirando alternativamente al joven y al anciano... ¡Ah! conozco al mozo, que es Monsalud... supongo que Cuadra será el vejete... Véngase usted conmigo á la carcel de Villa... no, á la de la Corona, porque en aquella no cabe más gente.

—El señor es Gil de la Cuadra—dijo Salvador.—Por el bribón no preguntes, que aquí no hay otro que tú.

Dos, tres, cuatro indivíduos no menos simpáticos que su lindo jefe, penetraron en la estancia.

—¿Y á esta tortolilla, la llevamos también?—preguntó uno, atreviéndose á poner la mano en el hombro de la joven.

—Para preguntar una estupidez—repuso Monsalud rechazándole violentamente, no se necesita dar coces.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Juan Violín, no seas bruto—gruñó el jefe. —Deja á esa señorita y alcánzame las esposas.

Gil de la Cuadra al ver que le iban á atar las manos huyó despavorido á la pieza inmediata. Siguiéronle todos. Rogóle Salvador que se sosegase, no haciendo resistencia á sus bárbaros aprehensores, y cedió al fin el anciano y ofreció sus manos á las argollas de hierro. Abrazóle estrechamente Solita, diciendo con lastimeros ayes y lamentos que no se separaría de él, y fué necesario separarla. En la sala, Gil de la Cuadra agobiado por la amarga pena, exánime y aturdido, cayó al suelo. Los polizontes tiraron de él como se tira de un perro que se detiene á hocicquear en el suelo. Ayudóle Salvador á levantarse y salieron de la casa.

Cuando bajaban la escalera, D. Patricio y su hijo salieron á ver la tristísima comitiva, y La Monsalud quiso que Soledad entrase desde luego en su casa. Detuviéronla todos, procurando consolarla, pero ella insistió en bajar, y luchando con todas sus fuerzas, que no eran muchas, procuraba desasirse de los brazos de Sarmiento y Doña Fermina.

—Le soltarán pronto... no llore usted, niña—le decía el preceptor.—Este Gobierno es como Dios lo ha hecho... no persigue más que á los liberales... ¿Con que el Sr. Gil de la Cuadra era la mano derecha de don Matías Vinuesa?...

Soledad bajó rápidamente y tras ella Sarmiento. En la calle arrojóse otra vez la muchacha en brazos de su padre manifestando inquebrantable resolución de seguirle, pero las fuertes manos de los corchetes la separaron. Gil de la Cuadra, negándose á dar un paso en compañía de la soez cuadrilla, dejóse caer en el suelo, y otra vez el egregio polizonte tiró de la soga.

—Tengo sed—dijo el anciano, respirando con ánsia.

Delante de él estaba D. Patricio, con las manos á la espalda, fijando en el reo una mirada maliciosa y nada compasiva.

—Tengo sed—repitió Gil de la Cuadra.

—Sr. Sarmiento—dijo Monsalud vivamente,—en la escuela de usted hay una alcarraza con agua...

—Mire usted qué demonches de casualidad—repuso Sarmiento sin moverse del sitio en que estaba contemplando al anciano;—se me ha olvidado donde puse esta tarde la dichosa alcarraza.

—Subiré yo—dijo Soledad procurando sobreponerse á su pena.

—Subiré yo—dijo Monsalud tomándole la delantera con rapidez suma.—Aguarde usted abajo y procure calmar al pobre viejo.

Pocos instantes después, Salvador daba de beber á su amigo.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—La noche está fría—manifestó imperturbable y sin dejar su sonrisa picaresca el gran Sarmiento,—y cuando la noche está fría... y el tiempo fresco... pues... no se tiene sed.

Los polizontes tiraron de la soga, acompañando su movimiento de ese chasquido de lengua que tan bien entienden los animales.

—Ánimo, amigo—le dijo Monsalud.—No olvide usted mi promesa.

Pareció que el infeliz colega de Vinuesa recibía ánimo y vida al oir estas palabras.

—¡Pobre hija mía!—exclamó bebiéndose las lágrimas que copiosamente corrían por sus mejillas.

—Solita es mi hermana—dijo Salvador abrazándola. Vamos: esto debe acabarse. Se reune gente.

Cuadra se levantó con dificultad. En su espíritu había seguramente poderoso anhelo de colocarse á la altura de su situación, sofocando la ruín pusilanimidad que le abatía.

—¡Mi hija!... ¡mi pobre hija! —gritó clavando los tristes ojos en el semblante de su joven vecino.

Con aquella mirada su afligido corazón de padre dijo cuanto las circunstancias exigían que dijera.

Solita perdió el conocimiento. Sarmiento, que estaba á dos pasos de ella, la sostuvo en sus brazos.

—¿En dónde pongo esto?—murmuró festivamente.

—Subiré á Soledad á mi casa—dijo Salvador tomando en brazos á la joven, como si fuese un niño,—y después, Sr. Gil, le acompañaré á usted á la prisión.

Como lo dijo lo hizo, y poco después de media noche todo estaba terminado.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

VI

TODAVÍA no se había *descubierto* el templo. No era aún la hora de la *tenida,* y los *Hijos de la Viuda*, descansando de las fatigas políticas en sus casas ó en los cafés, esperaban que la *luz astral* de la noche marcase la hora propia para los trabajos del *Arte-Real*. Los *Maestros Sublimes Perfectos*, los *Valientes Príncipes del Líbano* ó *de Jerusalém*, los Caballeros *Kadossch*, los que antaño se llamaban *Gerográmatas,* los *Hieroríces*, los *Epivames,* los *Dadouques*, los *Rosa-Cruz* de ogaño, los hermanos todos, desde el *Terrible* hasta el *Sirviente,* los aprendices, compañeros y maestros, desde los de mallete hasta los de cuchara, estaban ocupados en el *agape* doméstico, ó bien conversando con sus *mopsses*, jugando con sus *lovatones*, ó matando el tiempo en las reuniones profanas, lejos de la *verdadera luz*. Las *estrellas* no se habían encendido todavía, ni el *mirto elusiaco* exhalaba su aroma. Imperaba la rosa, emblema del silencio, y la imponente exclamación *Ossé* no había resonado aún bajo las *bóvedas orientales*. En una palabra (y hablando con claridad para inteligencia de los ignorantes) la sesión de la logia no había empezado todavía.

En la *Caverna del Mithra*, ó sea el Universo, hay un punto que se llama *Mantua*, ó Madrid, en cuyo punto es evidente la existencia de una calle llamada de las Tres Cruces. En esa calle, cualquier curioso, aunque no tenga sus oídos abiertos á la *verdadera luz*, podrá ver una tienda de sastre; y si penetra en ella para que el supremo arquitecto de las levitas le tome medida de una; si durante esta fastidiosa operación alza los ojos á la *bóveda del firmamento*, vulgo cielo raso, verá sin duda que por aquellos descoloridos y descarados yesos se pasean soles, lunas, rayos que

(c) 2008 Ministerio de Cultura

fueron de oro, cordones, triángulos, estrellas pitagóricas y otros signos. Al ver esto, sentirá en su alma profundísima emoción de respeto, y dirá: "aquí estuvo el gran templo masónico en los tres *llamados* años del 20 al 23.„

Siguiendo nuestra relación, (y dejando que pasen algunos días después de las escenas últimamente referidas, lo cual nos lleva á los últimos de Febrero de 1821) nos dirigimos allá. Es temprano: es la hora en que hierven los clubs, la hora en que *Lorencini*, *La Cruz de Malta* y *La Fontana* son otras tantas ollas donde burbujean con rumoroso y mareante zumbido las pasiones políticas, entre el chisporroteo de las envidias y el resoplido de las ambiciones. Todavía es temprano, porque los trabajos masónicos *se abren* (este tecnicismo obliga frecuentemente á no hablar en castellano) á hora más avanzada.

El edificio de la calle de las Tres Cruces está aún á oscuras. Reconocemos el *vestíbulo*, la sala de *Pasos perdidos*, donde están los *Cuadros lógicos* y no hallamos persona viva. Óyense tan sólo los pasos de un *hermano sirviente* que va y viene, poniendo en su sitio las lámparas de aceite que bien pronto se han de llamar *estrellas polares*, *astros* ó *nebulosas*. Por último, vemos que entra un hombre con ademán resuelto, como persona muy hecha á semejantes lugares, y observando que adelanta sin recelo alguno, nos apresuramos á seguirle, tomándole por guía en el laberinto de galerías y salas. El desconocido se acerca al *sirviente*, y después de saludarle con signos que no nos es posible determinar, pronunciando una especie de santo y seña, le hace esta pregunta:

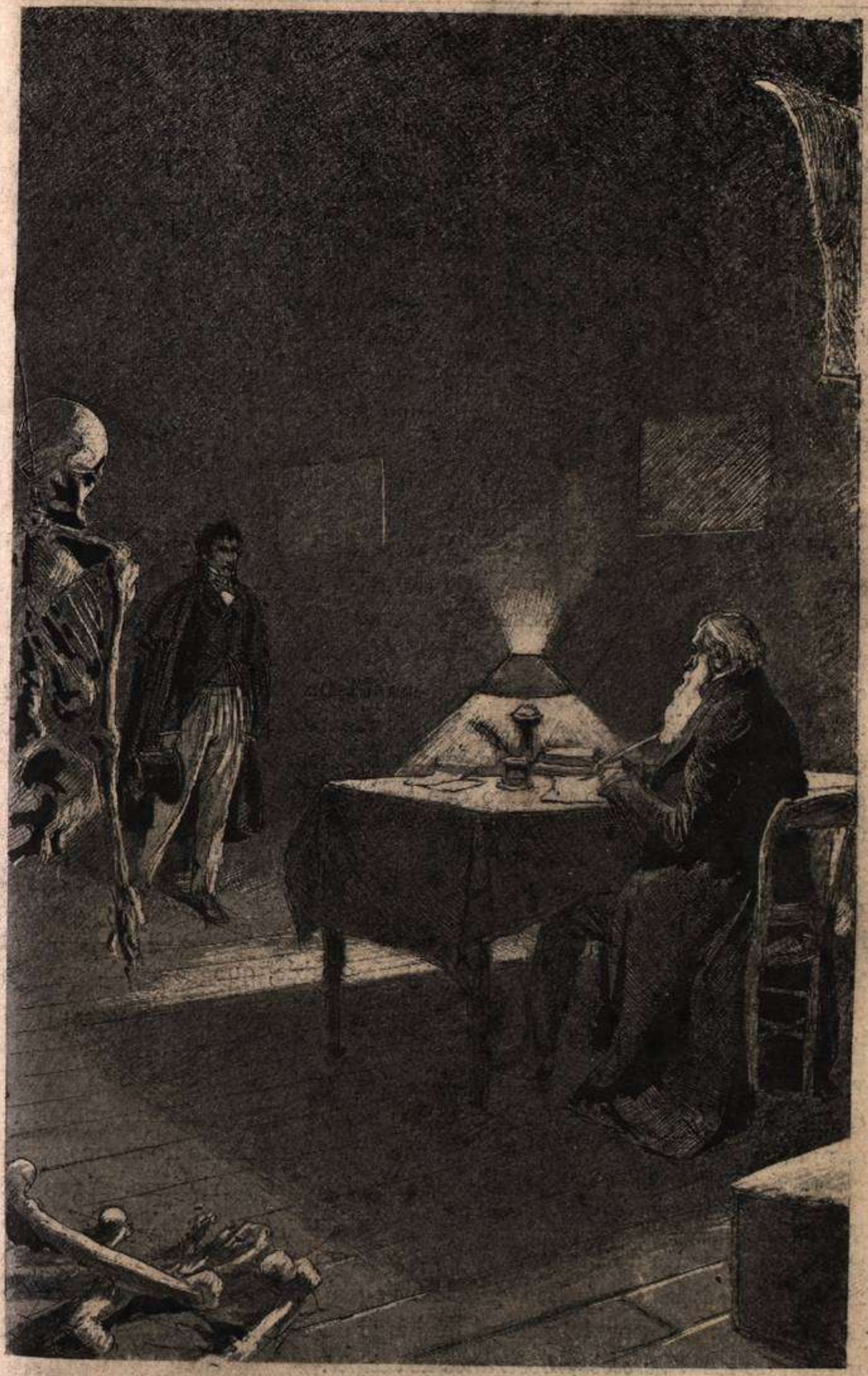
—¿Está el Sr. Canencia?

—En la *Cámara de Meditaciones* le hallará usted, Sr. Monsalud.

Le seguimos denodadamente, aunque el nombre de *Cámara de Meditaciones* nos da cierta comezoncilla de miedo, por haber oido que es un recinto pavoroso que hace enflaquecer el ánimo más esforzado. Á pesar de esto, penetramos detrás del gallardo joven, y desde el mismo instante experimentamos temblores y escalofríos al ver una habitación toda colgada de negro, no puede decirse que alumbrada, sino entristecida por macilenta luz. Damos diente con diente y el cabello se nos eriza al observar que en diversas partes de la triste estancia, cuelgan, cual objetos en testero de tienda, cantidad de huesos y calaveras, y que medio esqueleto se apoya contra la pared mirando con desconsuelo al otro medio, ó sea los fémures y tibias que fueron de su pertenencia y ora yacen en el suelo.

En la sepulcral pieza hay una mesa, y junto á esta mesa se ocupa en

(c) 2008 Ministerio de Cultura



(c) 2008 Ministerio de Cultura

burilar una plancha, ó sea extender un acta (hablando á lo cristiano), un viejo de cabellos blancos. No atendemos á las demostraciones amistosas que hace á nuestro introductor, ni á las palabras de éste: por ahora, atentos sólo al conocimiento del local, fijamos los atónitos ojos en algunos letreros que entre hueco y hueco adornan las negras paredes, y leemos: "*Si vienes impulsado por una mera curiosidad ó por otro movil aún peor, retírate, no trates de descubrirla, porque penetraremos tus intenciones.*„ Volvemos la cabeza y nos sale al encuentro otro parrafillo: *Si tu conciencia está tranquila, ¿por qué sientes disgusto ante estos despojos que te recuerdan el fin de tu vida?*„ Otro letrero dice: "*¿Siente tu alma temor? Pues retírate, porque sólo un espíritu fuerte puede soportar las pruebas á que has de ser sometido.*„ "*¿Te hallas dispuesto á sacrificar tu vida en aras del progreso humano?*„

Poco á poco nos vamos familiarizando con el fúnebre y medroso espectáculo, y echamos de ver que la Cámara, lo mismo que su extraño mueblaje, tienen cierto sello de arrinconados cachivaches de teatro, dicho sea con perdón de las humanas calaveras. El polvo que los cubre, el desorden y abandono con que están colocados los huesos y las inscripciones, indican que todo aquello está en lamentable desuso. Era la *Cámara de las Meditaciones* un recinto donde encerraban al catecúmeno para que preparara su ánimo antes de ser recibido como aprendiz por la congregación masónica. Lo primero que tenía que hacer el pobre profano una vez que lo metían bonitamente allí, era otorgar su testamento y contestar por escrito á varias preguntas, con objeto de mostrar su manera de discurrir y los gramos de sal que tenía en la mollera. Formuladas las respuestas, un hermano entraba con el rostro cubierto en la Cámara, y recogiendo aquellas, las entregaba al Venerable, que ya estaba presidiendo la sesión ó *tenida*. Leíanse las pruebas del talento del neófito, y si no resultaba alguna barbaridad estupenda, concedíanle el goce de la verdadera luz. Aquí empezaba una serie de ceremonias de que la gente de todos tiempos se ha reido mucho; pero dicen los masones que hasta sus más insignificantes gestos y signos tienen un sentido no menos profundo que los ritos de las religiones india, judáica y cristiana. Digan lo que quieran; las ceremonias de estas religiones, aun consideradas tan sólo bajo el punto de vista artística, tienen un sello especial de grandeza é idealidad; las masónicas, que sólo vagamente responden á una idea filosófica, parecen por lo general un juego de chiquillos, dicho sea con perdón de los *Valerosos* y *Soberanos Príncipes*.

Cuando se acordaba que el profano tenía bastante entendimiento

(c) 2008 Ministerio de Cultura

para ser masón (y no debían de ser grandes las exigencias del tribunal), vendábanle á mi hombre los ojos para conducirle á la logia, que estaba comunmente á dos pasos de la *Cámara de Meditaciones*. Daba él un golpecito en la puerta, y un masón, á cuyo cargo corrían las funciones de *primer celador*, decía con la voz más campanuda posible: "Venerable, llaman profanamente á la puerta del templo.„

El Venerable, aunque sabía bien quién llamaba y por qué llamaba, se hacía el sorprendido, diciendo con acento solemne: "Ved quién es.„

Intervenía entonces otro funcionario que se llamaba el *guarda interino*. Éste salía en averiguación del profano forastero que á deshora turbaba la tranquilidad augusta de la logia, y entonces el hermano que acompañaba al neófito, decía: "Es un profano que desea ser iniciado en nuestros secretos.„

Por fin, después que habían mareado bastante al pobre lego, le dejaban entrar, no sin que dijera antes su nombre, edad, naturaleza, estado, religión, profesión y domicilio. El hermano que le presentaba ponía fin á su alta misión con estas palabras: "Ahí os lo entrego; ya no respondo de él.„

Sería molesto y ocioso referir la serie de preguntas que el Venerable, desde la celeste luminosa altura del Oriente, dirigía al neófito. Después de las preguntas empezaban las pruebas, á fin de ver, según el código masónico, *hasta qué punto la tortura física influye en la lucidez de las ideas del neófito, y conocer su energía, su caracter*, etc.„ Aquí venían las figuradas copas de sangre; los homicidios de mentirigillas; los testarazos que no pasaban de broma; los *cálices de amargura*, cuyo licor ha sido siempre muy conocido en la Fuente del Berro; las abluciones en un pilón denominado *Mar de bronce*, y otros sainetes, algunos de los cuales recibían el nombre de *viajes*, y lo eran en efecto, por los imaginarios países de Bábia. Al *recien nacido* le asistía en tales actos un individuo á quien llamaban el *hermano terrible*, siendo común que desempeñara tal comisión y llevase el atroz mote, algún bonachón tendero de la plaza Mayor ó manso escribientillo de cualquier oficina.

En seguida juraba el recipiendario, prometiendo realizar cosas muy buenas, para las cuales no és preciso seguramente hacer el payaso, pues multitud de personas socorren á sus hermanos en la *Caverna del Mithra*, vulgo Mundo, sin necesidad de que se lo mande un *Venerable*, ni de que le mareen con preguntas vanas después de bailar el minuetto entre un *Caballero Kadossch* y un *Príncipe del Líbano*. El juramento no era la última ceremonia, pues ningún profano podía dejar de serlo, hasta que no

(c) 2008 Ministerio de Cultura

le sobaban de lo lindo. Al golpe de los *malletes*, ó sea martillos de palo, caía la venda de los ojos del neófito y se encontraba rodeado de llamas y espadas.

¡Tremendo, crítico instante para aquel que creyera iba á ser mechado y asado culinariamente!... pero las llamas eran pintadas y las espadas de hoja de lata. El *Venerable*, compadecido entonces sin duda de la situación de aquel pobre hermano metido dentro de una hoguera y entre punzantes aceros, procuraba tranquilizarle, diciéndole que las llamas y espadas no eran otra cosa que una imagen del remordimiento que *desgarraría el alma del recién nacido* si llegaba á vender los secretos de la Sociedad. Con esto quedaban terminadas las fórmulas, y respiraba con libertad el iniciado viendo concluidas las pesadeces del rito. Pero á lo mejor tomaba la palabra el *Venerable*, que era por lo común un hombre, si no digno de veneración, muy convencido de la importancia de aquellas comedias, y le espetaba un discursazo, llamado entre ellos *pieza de arquitectura*, encareciendo la sublimidad de la Masonería, y revelándole algo de lo concerniente al grado primero ó de aprendiz. Este dejaba de llamarse Juan ó Pedro, y tomaba con singular modestia el nombre de Catón, Horacio Cocles, Leibniez, ú otro cualquier personaje célebre.

No puede formarse juicio exacto de la Masonería por lo que esta institución ha sido en España. Los masones de todos los países declaran que la Sociedad del compás y la escuadra existe tan sólo para fines filantrópicos, independientes en absoluto de toda intención y propaganda políticas. En España, por más que digan los sectarios de esta Orden, cuyos misterios han pasado al dominio de las gacetillas, los masones han sido en las épocas de su mayor auge, propagandistas y compadres políticos. Tampoco puede formarse juicio de la Masonería española de antaño por los restos de ella que existen hoy, y que, al decir de los devotos, se reducen á unas juntillas diseminadas é irregulares, sin orden, sin ley, sin unidad, aunque cumplen medianameute su objeto de dar de comer á tres ó cuatro hierofantes. Esta antigualla oscura que algunos sostienen como una confabulación caritativa, para fines pósitivos ó menudencias individuales y para protegerse en uno y otro continente (por lo cual son masones casi todos los marineros que hacen la carrera de América), no tiene nada de común con la asociación de 1820.

Era esta una poderosa cuadrilla política, que iba derecha á su objeto, una hermandad utilitaria que miraba los destinos como una especie de religión (hecho que parcialmente subsiste en la desmayada y moribunda Masonería moderna), y no se ocupaba más que de política á la menuda,

(c) 2008 Ministerio de Cultura

de levantar y hudir adeptos, de impulsar la desgobernación del Reino; era un centro colosal de intrigas, pues allí se urdían de todas clases y dimensiones; una máquina potente que movía tres cosas; Gobierno, Cortes y Clubs, y á su vez dejábase mover á menudo por las influencias de Palacio; un noviciado de la vida pública, ó más bien ensayo de ella, pues por las lógias se entraba á *La Fontana* y *La Cruz de Malta*, y de aprendices se hacían diputados, así como de *Venerables* los ministros. Era, en fin, la corrupción de la Masonería extranjera, que al entrar en España había de parecerse necesariamente á los españoles.

Durante la época de persecución, es notorio que conservó cierta pureza á estilo de catacumbas; pero el triunfo desató tempestades de ambición y codicia en el seno de la hermandad, donde al lado de hombres inocentes y honrados había tanto pobre aprendiz holgazán que deseaba medrar y redondearse. Apareció formidable el compadrazgo, y desde la simonía, el cohecho, la desenfrenada concupiscencia de lucro y poder, asemejándose á las asociaciones religiosas en estado de desprestigio, con la diferencia de que estas conservan siempre algo del simpático idealismo de su instituto original, mientras aquella sólo conservaba con su embrollada y empalagosa liturgia, el grotesco aparato mímico y el empolvado *atrezo* de las llamas pintadas y las espadas de latón.

Á medida que iba avanzando el triunfo iba decayendo el ritual masónico, simplificándose los símbolos, relajándose la disciplina en lo relativo á juramentos, pruebas, iniciación. Por eso hemos visto tan empolvados y rotos los targetones y huesos de la *Cámara de Meditaciones*, cuya inutilidad empezaba á ser reconocida. Es propio de gente tocada del afán de codicia el no preocuparse de detalles tontos, y bien se sabe que hambre ó ambición no tienen espera.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

VII

GRACIAS á Dios que se te ve por aquí—dijo Canencia dando un apretado abrazo al joven.—Sé que has venido de Francia hace más de veinte días... ¡tunante! y no te has dignado dar una vuelta por la logia... ¡cuando sabes que te queremos tanto; cuando sabes que los señores te estiman mucho y desean hacerte hombre de pró...!

—Por tener ocupaciones graves no he podido venir—repuso Monsalud sentándose.—Me han dicho que esto anda muy revuelto, papá Canencia.

—No es esto un modelo de paz y concierto—dijo Canencia con cierto desconsuelo.—Las diversiones crecen, y la reciente fundación de los comuneros ha hecho mucho daño á la Sociedad... ¿Y tú en qué piensas? Me han dicho que los negocios del duque del Parque te dan de comer... lo celebro.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Vivo regularmente; no como ustedes, los hombres mimados de la situación, que están hechos unos bajás.

—¿Lo dices por mí? ¡pobre Aristogitón!—exclamó Canencia con filosófica humildad.—Yo no disfruto otras delicias de Cápua que las emanadas de un miserable destino en Correos. Pero estoy contento, contentísimo. Ya sabes que no soy ambicioso, que me precio de filósofo en la verdadera acepción de la palabra... Hijo mío, un pedazo de pan, un vaso de agua clara, un buen libro, un tiesto de flores, hé aquí mis tesoros, hé aquí mis necesidades, hé aquí mi sibaritismo. Recordarás lo que dice el gran Juan Jacobo acerca de...

—Yo no recuerdo nada.

—Pues el filósofo de los filósofos dice que no hay verdadera felicidad sin sabiduría... ¡Oh! ¿de qué sirven las grandezas humanas? Hasta el heroismo es cosa que no tiene mis simpatías, porque como dice el ginebrino, "la continuidad de pequeños deberes cumplidos bien no exige menos fuerza moral que las acciones heróicas.„ Mira tú cómo un hombre humilde que no vá más que de su casa á la de Correos y de la Casa de Correos á la suya ó á la logia, y carece de esposa y de prole puede ser un grande hombre, es decir, un sabio, ó si lo quieres más claro, un hombre feliz... Que suban los comuneros; que bajen ó suban ó se estén quedos los masones... es cuestión que no me importa mucho. El zoquete de pan, la cántara de agua, el tiesto de flores y el buen libro no han de faltar. Convéncete, ¡oh joven inexperto! de que la ambición no ocasiona más que disgustos y enfermedades en el hépate... en el hígado, para hablar claramente... Se me figura que tú estás carcomido por la ambición, ¿eh? Tú traes algo entre manos. Díme—añadió poniéndole la mano en el hombro con patriarcal cariño,—¿por qué has escrito aquella carta á Campos, diciéndole que te retiras de la Masonería, y poniéndonos de oro y azul?... ¿Tratas de pasarte á los comuneros? Ahí tienes una apostasía que me parece tonta. Pareces un chiquillo. El creer que esto és una casa de locos no es motivo para querer salir de ella, señorito Aristogitón. Quédate aquí, quédate sin perjuicio de que *in foro conciencíæ* te rías un poquillo de la parte externa, ¿entiendes? Yo también, si he de decirte la verdad, me río algunas veces.

—Pues si usted se rie, amigo D. Bartolo—dijo Monsalud siguiendo el consejo del anciano,—es un hipócrita; porque usted es el hermano secretario y orador de la Sociedad; usted es el erudito, el que explica las leyes de la Masonería, el consultor general, el que lo sabe todo dentro de esta casa, el que ordena los ritos, el que explica lo que los demás

(c) 2008 Ministerio de Cultura

no entienden; usted es el sacerdote, el mago, el patriarca, el senescal, el archimandrita, el santón, el hierofante ó no sé qué nombre darle, porque no sé todavía qué especie de religión, secta ó gerigonza es esta Usted es el que predica cosas enrevesadas y enigmáticas que no entendemos; usted es el que dibuja garabatos en los diplomas; usted, asistido de su ayudante el Sr. Regato, fué quien puso aquí esos huesos y esas calaveras que están abriendo la boca para decir que las vuelvan á la tierra; usted escribió estos tarjetoncillos y puso las granadas abiertas y las columnas y los triángulos y la soga, y lo que llaman el *Delta*, el sol, la luna, el dosel, la J y la B, el cirio y demás signos y majaderías. Si después de hacer esto se rie usted de la Masonería... vamos, se comprende en qué consiste el ser sabio y filósofo.

Durante el discursillo, el anciano Canencia sonreía socarronamente acariciándose la barba. Cuando le tocó hablar volvió á poner su mano en el hombro del amigo, y bondadosamente le dijo:

—¿Tú no sabes que al pueblo, al vulgo, al comun de las gentes, ó como quiera llamarse á esa turbamulta ignorante é impresionable, es preciso meterle las ideas por los ojos? Ya es un gran adelanto que hayamos desterrado los símbolos y fórmulas absurdas de las religiones. Para inculcar en esas cabezas de estuco el culto y veneración del Sér Supremo, hay que proceder con paciencia. ¿Hemos de decirles que lo mejor es adorar á Dios bajo la bóveda de los cielos? No, mil veces no; mientras haya hombres es preciso que haya templos, y mientras haya templos es preciso que haya simbolismo, y mientras haya simbolismo es preciso que haya imágenes, ó á falta de imágenes, garabatos, cositas raras y de difícil inteligencia... Vaya, amiguito, no repitas la vulgaridad de que soy un farsante. Equivaldría esta calumniosa especie á llamar farsantes al Papa y demás gigantones del catolicismo, y no lo son: dentro de su esfera, bajo su punto de vista, no lo son... Lo que yo siento es que la gente va perdiendo el respeto al ritual, y llegará día en que miren todo esto como miran los curas dentro de la sacristía los objetos de su oficio. ¡Pícara humanidad! Verdaderamente es una bestia. No se la puede tratar sino á palos. Acá para entre los dos, Aristogitoncillo de mil demonios, desde que se planteó aquí la libertad, voy creyendo que Atila, Omar, Felipe II y Bonaparte han tratado á los hombres como se merecen. ¡Mientras todo no vuelva al estado primitivo!... Pero tú no entiendes de esto, ¿no es verdad? ¡El estado primitivo! ¡Ah! ¡imagínate el estado anterior á este funesto pacto que hemos hecho para destrozarnos los unos á los otros, y hacernos todo el daño posible!... No

(c) 2008 Ministerio de Cultura

hay nada comparable al pacto. La verdadera sabiduría debe dirigirse á ese fin; un fin, muchacho, que consiste en volver al principio. Mas no puede formar idea de esto quien está devorado por la ambición y tiene lleno el espíritu de ansiedades mundanas, en vez de conformarse á vivir modesta y primitivamente con un pedazo de pan y un vaso de agua cristalina, un tiesto de flores y un buen libro...

Monsalud no podía tener la risa. Durante un rato, Canencia, poniéndose las antiparras, siguió *burilando*, ó sea escribiendo, *la plancha*, ó mejor, el acta.

—Tú te ries—dijo en el momento en que echaba arenilla para volver la hoja,—porque crees que ganarse la vida de esta manera, no cuesta trabajo. Niño mimado de la fortuna, yo quisiera saber qué sería de tí sin la prebenda que tienes en casa del duque del Parque.

Las prebendas—repuso Salvador,—no existen hoy sino en este manejo de la J. y la B., y en este cepillo ó tronco masónico, que es el mejor del mundo después del de las Ánimas. ¡Ah, papá Canencia, ya podía usted echar un remiendo á estas pobres calaveras, que están diciendo con sus bocas sin lengua la inmensa tacañería del sacristán mayor de este templo!

—Así como no tienen lengua para pedir—dijo D. Bartolomé con malicia,—tampoco tienen paladar, y puesto que no comen más que polvo, no puede haber cocina más económica; y limpiarlas sería ponerlas á dieta. Bien dijo el otro, que en polvo nos hemos de convertir.

—No lo dijo por usted, que se está convirtiendo en momia de Egipto forrada en oro y plata, por obra y gracia de los misterios de Isis, de Eleusis ó de Patillas.

—Esa es la opinión de esos bobos de comuneros—dijo Canencia algo amostazado.—¿Por ventura este granuja se nos ha hecho comunero?

—Tal vez—replicó Salvador.—Allá parece que están por la formalidad. ¿Hay también cepillo y colectas?

—Más que aquí. Pregúntaselo al Sr. Regato que ha contribuido á fundar aquella Sociedad, después de haber comido á dos carrillos en nuestro plato y hecho *salvas* con nuestra *pólvora*.

Los masones llamaban al vino *pólvora roja*, al vaso *cañón*, y á los brindis *salvas*. No es facil comprender la misteriosa relación simbólica entre la embriaguez y la artillería.

—Pero te advierto—continuó Canencia,—por si es tu intención pasarte á los comuneros, que aquí no tienes más que boquear para obtener lo que mejor te cuadre. Campos te quiere mucho... anoche mismo habló

(c) 2008 Ministerio de Cultura

mucho de tí, y aún se me figura que te va á sorprender con un buen regalito. Has hecho bien en venir esta noche.

—Lo celebro, porque vengo á pedir.

—¿Á pedir?... Gracias á Dios, hombre. Eres de los nuestros. Veo que entras en el buen camino—dijo Canencia mirando su reloj.—El acta está lista. Ya es hora de empezar la *tenida*. ¿Y qué vas á pedir?

—Dígame usted, Sr. Canencia—preguntó Monsalud con gran interés; —cuál es el criterio del Orden respecto á la suerte de los que están presos por conspiraciones absolutistas?

—¿Cuál ha de ser? que los ahorquen. ¿Te has echado á filántropo? ¿Hay algún pariente tuyo en la carcel de Villa?

—Sí señor, hay un pariente mío en la carcel de la Corona—repuso Salvador con firmeza,—y es preciso sacarlo de allí.

—¿Es rico?

—Es pobre.

—Pues veo muy dificil que tu pariente coma los buñuelos del San Isidro de este año... Sin embargo, puedes trabajar. Campos te quiere mucho. El Duque pertenece al Supremo Consejo. Ya sabes que lo que aquí se ata, atado será en el Gobierno, y lo que allá dentro desatemos, desatado será... allá arriba. Esta noche después de la *tenida* ordinaria, hay *tenida de Príncipes* del grado 31. Creo que se tratará de cosas muy altas. Si consigues tener de tu parte á Campos...

—En la *tenida* ordinaria, ¿quién preside esta noche?

—El mismo Campos... Ya comienza á venir gente. Sr. Aristogitón, orden y compostura.

Ambos personajes se trasladaron á la sala de *Pasos perdidos*, donde encontraron varias personas. La concurrencia aumentaba cada instante con la entrada de nuevos hermanos, entre los cuales los había de todas clases, edades y figuras; muchos militares, aunque sin uniforme, y no pocos clérigos, aunque sin hábitos. El hermano Aristogitón, que por espacio de algunos meses había estado *dormido,* saludó á sus compañeros de taller. Pasó algún tiempo en animadas conversaciones particulares, hasta que el templo *fué descubierto*, mejor dicho, se abrió una puertecilla que daba entrada á la logia.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

VIII

La logia era un salón cuadrangular, muy mal alumbrado y peor ventilado, de techo plano y no muy alto, de paredes sucias y más parecido á cuadra ó almacén que á templo de una religión que dicen tenía entonces en todo el mundo ocho ó diez logias. En los cuatro testeros otras tantas palabras de doradas letras indicaban los puntos cardinales, correspondiendo el *Oriente* á la presidencia, presbiterio, *santa-sanctorum*, altar mayor ó como quiera llamársele, á cuyo sitio, más elevado que el resto del local, se subía por tres escalones. Para que todo se pareciera á un recinto religioso serio, había un doselete de terciopelo, en cuyo cen-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

tro resplandecía un triangulillo, al cual, para hablar con la menor claridad posible, llamaban ellos *Delta*. Dentro de él se veían unos garabatos que indicaban el nombre de Dios puesto en hebreo, también para mayor claridad; pero ya es sabido que ningún signo masónico ha de estar al alcance de los tontos. Lo que sí se entendía perfectamente era el sol y la luna, dos caricaturas de aquellos astros pintadas á derecha é izquierda del Delta, ó como si dijéramos, al lado del Evangelio y al de la Epístola.

En igual disposición respecto al Presidente estaban los sitios del hermano Orador y del Secretario. Cierto es que las mesillas de que se servían fueran más útiles teniendo la forma cuadrada; pero era indispensable no abandonar el triangulillo siempre que se pudiera, y por esto las mesas eran de tres picos. También tenían un poco más abajo bufetes trípicos el Tesorero y el Hospitalario. En el remoto occidente, es decir, junto á la puerta, se elevaban dos columnas rematando en granadas entreabiertas. Una columna tenía la J y otra la B, letras que al parecer querían decir *Juan Bautista*, pues también al precursor del Mesías le metieron de cabeza en la heterogénea liturgia masónica, donde los misterios egipcios y mil desabridas fábulas se mezclan gárrulamente con el mosaismo, el paganismo, la religión cristiana, la revolución inglesa y la filosofía del siglo de Federico. Junto á las columnas se repetían las mesillas triangulares, una para el primer Vigilante y otra para el segundo.

El techo no carecía de interés. Por encima del doselete destinado á guarecer la calva del Presidente, asomaban unas listas doradas representando los rayos del sol con dudosa fidelidad. En el friso había varios garabatos, obra de indocto pincel, á los cuales los obreros de buena fé atribuían intenciones de querer expresar los signos del zodiaco; y por debajo de ellos corría, también pintada, una soga, símbolo de unión y fuerza. La estrella pitagórica andaba también de paseo por aquellos altos cielos, testimonio de grandeza del Supremo *Demiorgos* (Dios), y en su centro llevaba la letra G, significando *gnos*, palabreja que hasta los niños entienden sin necesidad de aprender que significa *generación*. Completaban el sublime ajuar cuatro candelabros con sendas *estrellas*, que en el mundo ordinario llamamos velas, y por último, la consabida batería de trastos, espada ondulante, compás, escuadra y el ejemplar de los Estatutos. No había ventanas, ni más puertas que la de entrada, porque era de rito el ahogarse.

El *Venerable* ó Presidente, era un hombre como de sesenta años, de agradable y aun hermosa presencia, fisonomía simpática, sonrisa escul-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

pida, más bien de cortesía que de burla. En todo él había marcadísima expresión de contento de la vida, un singular convencimiento de que el mundo era bueno, y si se quiere, de que el Arte-Real era óptimo. Vestía con elegancia, y los atributos y arreos de la Masonería que no tienen comunmente nada de airosos, le sentaban á maravilla. Había en su bizarra ap ostura corpulenta cierto aire de obispo y también cierto aire de hombre de mundo, sin que pudiera adivinarse cómo se verificaba la síntesis de estos dos términos tan diversos.

Aquel personaje, que á pesar de ser muy influyente en su época, se ha escapado, por extraño fenómeno, de las fiscalizaciones entrometidas de la Historia, se llamaba D. José Campos. Este era su verdadero nombre, y no anagrama impuesto por el novelador para tapar una celebridad; mas no lo busqueis en la historia, como no sea en algún olvidado y oscuro libro de masones; buscadlo en la *Guía de forasteros*, porque era Director general de Correos.

Á pesar de la poca resonancia de su nombre, á pesar de no estar asociado á ningún ministerio, á ningún gran discurso, ni menos á batallas ó sediciones, es indudable que el portador de él fué uno de los hombres más importantes del célebre trienio. Á él se debió la organización de la Masonería en aquel pié de ejército poderoso. Lo que no se comprende facilmente es la razón de su modestia. Campos no quiso nunca salir de la Dirección de Correos, á pesar de que su familiaridad con ministros, generales y consejeros, le ponía en la mejor situación del mundo para satisfacer su vanidad si la hubiera tenido. De las más verosímiles tradiciones masónicas se desprende que el *Venerable* en cuestión era de los que se agachan para dejar pasar las turbonadas y los pedriscos, conservando siempre el mismo sitio y no dejándose arrastrar por la furia de las pasiones, con lo cual si aparentemente adelantan poco, en realidad salen siempre ganando y no están sujetos á caidas y vaivenes de la gente muy visible y muy talluda. Más habil vividor no lo conocieron los pasados ni conocerán los venideros siglos.

Las tradiciones masónicas están conformes con asegurar que Campos tenía en las lógias el nombre de Cicerón.

Tomaron todos asiento, siendo de notar que algunos tenían mandil y banda, y otros no. Hubo no pocos pasos de baile francés, tocamientos y signos que no describiremos por ser demasiado conocidos. La patriarcal fisonomía y espesa cabellera blanca de Canencia se destacaban al lado de la Epístola, y al verle tan circunspecto y hasta con cierta expresión beatífica, se creería que los templos elevados á la Gloria del

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Gran Arquitecto *Iod*, también tenían sus santos. El Venerable, usando las fórmulas rituales, mandó al primer vigilante que *se asegurase si el templo estaba á cubierto*, y el primer vigilante, después de hacer la pantomima de salir y volver á entrar, declaró que no *llovía*, es decir, que el templo estaba libre de entrometidos y que podían empezar los trabajos. Un martillazo presidencial abrió éstos en el grado convenido.

El *Maestro de ceremonias*, que era uno de los oficiales dignatarios, recorrió los asientos presentando el *saco* de proposiciones. Algunos masones depositaron un papelillo como los que se usan en las rifas domésticas. El Venerable extrajo todas las proposiciones y escogiendo la que le pareció más grave, leyó lo siguiente:

—"*Proposición de Aristogitón.—Gr.·.* 18: *Salvador Monsalud*—Pido á este Grande Oriente de Madrid, se sirva declarar que reprueba las prisiones ordenadas por el Gobierno con motivo de inofensivas conspiraciones absolutistas, y que se apresure á interponer su mediación benéfica para que D. Matías Vinuesa y los demás infelices encarcelados por causa del ridículo plan descubierto el 21 de Enero, se libren no sólo de ejecución capital, sino del largo cautiverio á que los condenará la pasión política.„

Cuando el Venerable concluyó de leer, rumores de desaprobación sonaron en la logia; pero el martillo del Venerable impuso silencio, y algunos instantes después, Aristogitón se expresaba en estos términos:

—He presentado esa proposición por pura fórmula y para cumplir con los Estatutos del Orden, que disponen sean tratados todos los asuntos en sesión reglamentaria y no en conciliábulos reservados entre dos ó tres hermanos bullidores que arreglan el Mundo y la Nación para su uso particular.

Nuevos rumores interrumpieron al orador, y Cicerón, después de acallarlos á golpes, recomendó al orador la mayor moderación.

—Temprano empiezan las interrupciones—prosiguió el masón del gr.·. 18,—y lo siento, no por mí, que estoy dispuesto á decir todo lo que sea preciso, sino por mis queridos hermanos que van á perder la paciencia y la voz, si continúan haciéndome coro hasta el fin de mi discurso... Decía que desconfio de que mi proposición tenga éxito aquí, á pesar de ser la expresión más leal y clara del espíritu y de las prácticas constantes de este respetable Orden en todos los países del mundo; y no tendrá éxito, porque este Gran Oriente y los indivíduos que en diversos grados dependen de él, han olvidado completamente los fines benéficos, desinteresados y filantrópicos de tan antiguo Instituto, para desvirtuarlo y

(c) 2008 Ministerio de Cultura

corromperlo haciéndole instrumento de intereses políticos y de la codicia...

El martillo del Venerable, interpretando el descontento de la asamblea, advirtió al orador que hablaba con la pasión y vivacidad propias de un Congreso. Cicerón rogó en breves palabras al orador tuviese presente que aquello era un templo y no un club.

—Hermano Venerable—indicó Aristogitón;—si la condición de templo impide á este local oir la verdad, me callaré. Cuantos me escuchan saben ya por su conciencia lo que yo estoy diciendo. ¿Por qué no me lo han de oir á mí, si ya lo saben, y no les digo nada nuevo?... Continuaré, pues, procurando ser breve y herir lo menos posible la susceptibilidad de mis hermanos, á quienes ofende más lo dicho que lo sentido; más las palabras que los hechos... Al proponer al Oriente que temple en lo posible el ardor de las luchas políticas, he querido protestar contra la tendencia á fomentarlas y exacerbarlas. El Instituto masónico debe ser extraño á la política, debe ser puramente humanitario, debe proteger á los desvalidos sin pedirles cuenta de sus ideas, y aún sin conocer sus nombres. Está fundado en la abnegación y en la filantropía. Lo dicen así su historia, sus antecedentes, sus símbolos, que ó no representan nada, ó representan una asociación de caridad y protección mútua. Lejos de practicarse estos principios en España, el Orden se ha olvidado de los menesterosos, constituyéndose en agencia misteriosa de ambiciones locas, en correduría de destinos y en...

Protestas, amenazas, y tal cual palabreja puramente española, que no fué conocida de Salomón ni de Hiram-Abí, ahogaron la voz del orador. El tumulto fué tan grande como cuando en el templo de Salomón se dispuso que la multitud prorrumpiese en gritos para que la palabra Jehová, pronunciada por el Gran Maestro, no llegase á oídos profanos. Del mismo modo los martillazos de Campos-Cicerón, no llegaban á profanas orejas. Por último, entre Canencia y el Venerable, lograron restablecer el orden.

—Esto no se puede tolerar—gritó un compañero.—Si el hermano Aristogitón quiere abogar por los absolutistas, que tanto nos han perseguido; si es absolutista él mismo, dígalo de una vez, sin necesidad de insultarnos, ni de manchar tan audazmente la honra inmaculada de esta santa Sociedad.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Hermano Arístides, ó mejor, Pipaón, pues no puedo acostumbrarme á prescindir de los nombres verdaderos—dijo Salvador, sin perder ni un instante su serenidad;—tú que has cantado en todos los corrales y has venido aquí mandado por los absolutistas, para referirles lo que hacemos, debes callar para no exponerte á que se descubra bajo la piel de ese ridículo cɛlo, la verdadera oreja asnal de tu conciencia negra.

—Que se *burilen*, que se escriban ahora mismo esos insultos—gritó Pipaón fuera de sí.—Hermano Venerable, pido que el Oriente formule ahora mismo el acta de acusación contra el hermano Aristogitón, y que pase á la Cámara de Justicia.

—¿Para qué se ha de escribir lo que he dicho?—añadió Monsalud.—Mejor es que lo repita, y lo repetiré cuantas veces querais.

—¡Orden, orden!

Cicerón rompía la mesa á martillazos.

—¡Fuera, fuera!

—Hermanos queridos—dijo el Venerable haciendo un esfuerzo para que su sonora voz fuese oida.—Tengamos calma. Ruego al orador tenga presente que estamos en un templo, en el santo templo abierto á las luces, á la honradez pura, á la filosofía pura, á los nobles sentimientos filantrópicos de la humanidad toda, sin distinción de clases, iglesias, castas, ni estados...

—¡Bien, muy bien!

—Pues decía al orador que estamos en un templo y no en un Congreso y menos en un club.

—¡Muy bien!

—Hecha esta advertencia, y rogando á los hermanos de las columnas septentrional y meridional que se calmen y tengan prudencia, oigamos á nuestro hermano; que después el Oriente tomará las medidas que crea necesarias. Adelante, hermano Aristogitón.

—Es el colmo de la insolencia—gritó un hermano sin hacer caso de los martillazos cicerionanos,—que aquí dentro se levante una voz á defender al cura Vinuesa y á los demás conspiradores absolutistas.

—Yo no defiendo á los conspiradores—exclamó el orador.—Lo que pido al Oriente es protección para los que padecen, martirizados por una populachería indigna que no sabe oponerse á las conspiraciones de la Corona sino insultando al Rey; que no sabe sofocar las conspiraciones realistas, porque perdona y tolera y agasaja á los hombres verdaderamente temibles, mientras encarcela y atormenta y ahorca á infelices clérigos y ancianos ineptos, incapaces de hacer cosa alguna de provecho

(c) 2008 Ministerio de Cultura

contra el régimen establecido. La populachería, á cuyo servicio se ha puesto este Orden, no ve los enemigos reales y poderosos que se unen astutamente al pueblo y se meten aquí, y minan el terreno en que la libertad trata de fundar, sin poderlo conseguir, un edificio más ó menos perfecto. La populachería, mientras deja trabajar en silencio á los que odian la libertad, se entretienen en dar tormento á la gente menuda.

"Señores masones, ó señores liberales templados, que ahora todo viene á ser lo mismo, sois como aquel Emperador romano que se ocupaba en cazar moscas, y mientras mortificaba á estos pobres insectos no veía á los pretorianos que se conjuraban para echarle del trono. Este era Domiciano. Así sois vosotros. Yo quiero que varieis de conducta, y principio por pedir que se deje en paz á las moscas... No conozco á Vinuesa; pero sí á compañeros y amigos suyos, que comparten su suerte en la carcel de la Villa ó de la Corona. He visto la feroz excitación que existe en el pueblo contra ellos, y esta excitación creada y fomentada por este Orden y más aún por la Asamblea de los Comuneros, es una barbárie y al mismo tiempo una imprudencia política. El vil populacho á quien instruís en el inícuo arte de hacerse justicia por sí mismo, aprenderá al cabo, y una vez maestro, querrá dar todos los días una prueba de esa atroz soberanía que le habeis enseñado. Tengo la seguridad de que si el tribunal que va á juzgar á Vinuesa se mostrase benigno, la canalla destrozaría á Vinuesa, al tribunal y luego á vosotros, que habeis hecho creer á la bestia en la necesidad de los sacrificios humanos. Mientras la Córte juega con vosotros y os lanza de desacierto en desacierto para desacreditaros y para que os devoreis los unos á los otros, os entreteneis en menudencias ridículas, os debilitais en rivalidades indignas y adulais las pasiones de la canalla, que si hoy ladra libertad, ladrará mañana absolutismo. Todo depende de la mano que arroje el pedazo de pan.

"Poniéndome, pues, en el terreno político, á pesar de creerlo impropio de esta Sociedad; hablando el único lenguaje que entienden aquí, declaro que la persecución de Vinuesa, y mucho más la sañuda irritación del pueblo contra ese hombre infeliz me parecen una desgracia casi irreparable para la libertad, un mal gravísimo, que este Orden debe evitar á toda costa, principiando por propagar la tolerancia, la benignidad, la cordura, y concluyendo por emplear toda su influencia en pró de los procesados. Si no se hace así, esto que llamamos templo merece que el mejor día entren en él cuatro soldados y un cabo, y que después de entregar todos los trastos del rito á los chicos de las calles para que

(c) 2008 Ministerio de Cultura

jueguen, recojan á los hermanos todos para llenar otras tantas jaulas en el Nuncio de Toledo.

Las últimas palabras del orador apenas fueron entendidas, á causa del gran alboroto que se armó dentro del templo, que representaba la grandeza y maravillosa arquitectura del mundo.

—¡Fuera, fuera!... Él mismo se ha desenmascarado y ya sabemos lo que quiere.

—Á votar... que se vote la proposición en escrutinio secreto.

—Ahora mismo se va á redactar el acta de acusación.

—¡Fuera!

—¡El acta de acusación!...

—Pedimos que pierda en absoluto los derechos masónicos. Tanta insolencia, esas infames amenazas, la defensa de nuestros enemigos no pueden quedar sin castigo...

Estas y otras frases pronunciadas en indescriptible tumulto, indicaban la efervescencia que en el templo reinaba, y por largo rato Cicerón se rompía las manos dando martillazos sin poder calmar las olas de aquel mar embravecido. Al fin, auxiliado de Canencia y de otros, lograron serenar un tanto los irritados ánimos, librando asimismo al insolente orador de las manifestaciones un poco brutales que el grupo más entusiasta, la columna del septentrión, si no estamos equivocados, se disponía á emplear contra él.

—Después de ver lo que veo me preocupa poco que se vote ó no lo que he propuesto—dijo Salvador. Y en cuanto al acta de acusación, es inútil que se tomen mis hermanos el trabajo de redactarla, porque no es preciso que me expulsen. Me expulsaré yo mismo, abandonando para siempre este Orden inútil, enfermo, podrido, que si aún respira y habla como los vivos, ya infesta como los cadáveres.

¡Escándalo inaudito! Aunque lo normal en las *tenidas* era que se discutiera con tranquilidad, cuando la congregación Salomónica se alborotaba parecía un club de los más fogosos. Unos rugían tan cerca del atrevido Aristogitón, que fué necesaria la intervención personal del Venerable para impedir cosas mayores entre hermanos, olvidados de la santidad que infunde un mandil de cocinero. De las columnas septentrionales era de donde partía el más atroz nublado de amenazas y recriminaciones. Las columnas del Mediodía estaban más tranquilas. Indudablemente había allí no pocos compañeros que opinaban lo mismo que el orador, hallando tan sólo reprensible la forma violenta del discurso.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

(c) 2008 Ministerio de Cultura

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—*¡Radiación, radiación!*—gritaron algunos.—Sin alborotar se puede imponer castigo al delincuente.

Radiar significaba dar de baja.

—Que se le inscriba en el *Libro Rojo.*

Era un librote donde se inscribían los hermanos *radiados* por sentencia masónica.

—Que se vote antes por *esferas* esa absurda proposición.

Esferas llamaban á las bolas.

—Queridos hermanos—repetía el Venerable con mansedumbre.—Estamos en un templo, no en un club. Orden.

El orador se hubiera marchado de la logia sin esperar las resoluciones del templo; pero un resto de consideración hacia los que aún le llamaban hermano, detúvole allí. Vió que Canencia desde su tripódica mesilla le hacía señas de reprobación y pesadumbre; vió que el Venerable le miraba con expresión de lástima; oyó algunas palabras rencorosas de tal cual hermano que no lejos de él tenía su asiento; observó que muchos, mayormente los del Mediodía guardaban una actitud reservada, como hombres demasiado prudentes que no se atreven á poner su opinión frente á la opinión de la mayoría; vió después que votaban su proposición, y por unanimidad la desechaban; pero lo que más sorpresa le causó fué que en la sala de *Pasos perdidos*, concluida la sesión, le dijera al oido algún hermano de los más callados bajo la *bóveda del Universo:*

—Hermano Aristogitón, yo pienso como usted en lo de dejar en paz á las moscas y hacer puntería á los pajarracos; pero esto no se puede decir aquí. Es preciso seguir la corriente y no chocar con la mayoría. Á donde nos lleven iremos.

Y otro le dijo, también en secreto:

—Lo mismo que usted hubiera dicho yo, aunque en tono menos agresivo. No conviene ensoberbecer al populacho, ni adular sus instintos sanguinarios; pero, amigo, la consigna de estos días es sacrificar algún absolutista á la implacable furia populachera, y como no ha caído en nuestras redes, ni caerá, ningún tiburón, fuerza es echar en la sarten los pececillos de redoma. Vinuesa morirá.

Y un tercero le dijo, también en secreto:

—Le hubiera aplaudido á usted con toda mi alma; pero, amigo, estas cosas se sienten y no se dicen. Ni vale la pena de que pierda uno su destino y el pan de sus *lobatones* (hijos), por una apreciación política. Yo creo que esto se lo lleva la trampa. Estamos dentro de un torbellino que nos arrastra, y nos hace dar mil vueltas, y nos marea, y no para

(c) 2008 Ministerio de Cultura

nunca, y nos llevará adonde quiera el Gran *Demiourgos*. Creo que hace usted mal en manifestar tan crudamente sus ideas. El populacho tiene ya á Vinuesa entre los dientes, y no seré yo el guapo que pretenda quitárselo. Ese clérigo es bastante criminal, es un disoluto, un perdido. ¿Por qué le defiende usted?

Y un cuarto le dijo, en secreto también:

—Siento mucho que le tengamos que *radiar* á usted y apuntarlo en el Libro Rojo; pero no hay más remedio. No se puede tratar al Orden como usted lo ha tratado... Por mi parte, acepto esa idea de no hacer caso del populacho; pero ¿quién le pone el cascabel al gato? Soltamos los mastines y ahora tenemos que andar brincando y corriendo huyéndoles el bulto, para que no nos muerdan. Si le he de hablar á usted con franqueza, creo que nada se pierde con quitar de en medio á los autores de ese monstruoso plan; pero al mismo tiempo opino como usted que hay otros peores, sí señor, otros que trabajan en obra fina, y no digo más... Dios nos tenga de su mano, Aristogitón, y lo que fuere sonará... Allí veo á Argüelles, á Calatrava y á Feliú que acaban de entrar. Esta noche hay *tenida de Maestros Sublimes Perfectos*... Parece que en Palacio anda la cosa mal, y que las Córtes nuevas no serán muy sumisas... Yo me voy, porque según me ha dicho Campos, debo perder la esperanza de un ascenso por ahora.

Y un quinto le dijo en voz alta:

—¡Buena la has hecho...! Yo que pensaba decirte que te empeñaras con Campos para que me trasladaran á la vacante de la secretaría...

—El duque del Parque acaba de entrar—le dijo un sexto.—Hay *tenida de Valientes* y *Soberanos Príncipes*. Sentiré que te *radien*, hermano Aristogitón. Aunque grité contra tí y te llamé insolente y procaz, no hagas caso. Somos amigos. Algo de lo que digiste, me gusta; principalmente el apóstrofe á Pipaón. Ese canalla va á ser presentado esta noche en un grado superior. No hay quien pueda con él. ¿Creerás que la plaza que estaba destinada para mí, la pescó Pipaón para su criado?

Otros pasaban sin mirarle ó mirándole con provocativo enojo.

Mientras entraban diversos hermanos, que en el siglo respondían á los nombres de Quintana, Argüelles, Valdés, San Miguel, etc., salieron otros, entre los cuales también había nombres que después fueron ilustres, pero que callamos por varias razones.

Monsalud se quedó en la Sala de *Pasos perdidos*, esperando el resultado de la tenida de *Maestros Sublimes Perfectos*.

La logia se iba á abrir en uno de los grados superiores.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

IX

DURÓ la reunión de los padres graves bastante tiempo, porque además de que en ella trataron diversos asuntos de política elevada, hubo admisión de un hermano que había recibido *aumento de salario*, es decir, ascenso en la escala masónica. La ceremonia de recepción en los grados superiores no era más seria que en el grado de aprendiz, y se hablaba mucho de la *Acacia*, de la *Sala de en medio*, de la *Luz opaca* y otras lindezas. Para explicarlas sería preciso entrar con brío en la leyenda del Arte-Real; pero como ésta y cuanto á ella se refiere es fastidioso en grado sumo, nos guardaremos bien de incurrir en el pecado de erudición masónica, recomendando al lector se abstenga de perder el tiempo averiguando el significado de los millares de emblemas diversos usados por las doscientas ó trescientas disidencias ó desviaciones del primitivo

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Francmasonismo, y entre los cuales el rito *Escocés y aceptado*, que parece predominante en nuestros tiempos, tiene por liturgia un enredado berengenal de alegorías, entre místicas y filosóficas, donde fracasa la más segura y sólida cabeza.

Los *Maestros Sublimes Perfectos* se retiraron muy tarde, y á la madrugada no quedaban en el local más que cuatro indivíduos, reunidos en torno á la mesa en la *Cámara de Meditaciones*. Eran el Venerable á quien llamaban *Cicerón*, Monsalud, D. Bartolomé Canencia, y otro cuyo nombre y persona serán conocidos en el trascurso del diálogo. Éste (que acababa de entrar concluídas las sesiones) y Canencia fijaban su atención en unos papeles llenos de guarismos y en un saquillo de monedas, contando á ratos, y á ratos apuntando cifras. Los otros dos hablaban.

—La *Cámara de Perfección*—dijo Campos,—no ha querido mostrarse severa contigo. Ha decidido que no seas *radiado* por ahora, y que en vez de *dormir*, pidas una licencia ilimitada, que se te dará.

—Tonterías y debilidades—respondió Salvador riendo.—Ni yo quiero licencia, ni la necesito, ni la pediré, ni me importa que me *radien* ó me escriban en todos los libros rojos ó amarillos.

—Hazme el favor—indicó Campos con socarronería,—de no echártela de hombre superior. No valemos tan poco como crees. El discursillo de esta noche que tan justamente alborotó la logia, y la carta que me escribiste renunciando las comisiones que yo quería encargarte en provincias, me prueban que estás en un período de hipocondría ó satánico orgullo... Sr. Aristogitón, hay que civilizarse; hay que aceptar las cosas como son, hay que renunciar á esos humos de hombre puro, so pena de anularse y caer en triste olvido... Es particular: yo te alargo la mano para sostenerte y elevarte, y me la rasguñas. ¡Pobre gatillo inocente! El discurso de esta noche bastaría para expulsarte definitivamente de entre nosotros, y sin embargo, gracias á mí te quedarás; gracias á mí...

—Para nada quiero seguir.

—Seguirás—repitió Campos con benévola insistencia,—y no sólo seguirás, sino que nos serás útil. ¡Tunante! Más de cuatro quisieran verse en tu lugar. Has de saber que tus salidas de tono y tus desaires, en vez de ocasionarte disgustos, te proporcionan gangas. Ya verás qué pedrada te voy á dar esta noche.

—Á nada conduce tanto hablar, Sr. Campos—repuso Aristogitón con impaciencia.—Es tarde: de una vez dígame usted si han tratado esos señores algo referente á Vinuesa y su conspiración.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Eres en verdad sospechoso. ¿En qué consiste tu interés por ese Gil de la Cochera, de la Cuadra ó no sé de qué?

—Es pariente mío.

—¿Cercano?

—Muy cercano.

—Quizás sea su padre—dijo para sí.—Estos hijos de nadie se exponen á que de buenas á primeras les salga un padre en cualquier calabozo.

—¿Se ocupan de esto? sí, ó no.

—Nos ocupamos, sí. El castigo de Vinuesa y sus cómplices es una de las cosas que más preocupan á la gente política. No han sido olvidados otros asuntos graves, como la disolución del cuerpo de Guardias, los insultos al Rey, las nuevas Cortes, que se abrirán dentro de unos días, la Sociedad de los Comuneros, que está metiendo demasiado ruido, y las partidas de guerrilleros que comienzan á aparecer. Es un populoso hormiguero de asuntos graves, que hacen de este país un país de delicias.

—Por supesto, no habrán resuelto nada. Los *Maestros Sublimes Perfectos* se parecen al Gobierno como una calabaza á otra. Aquí como allí se procede de la misma manera. Habrán decidido que no conviene absolver á Vinuesa ni tampoco condenarlo; que no conviene castigar á los insultadores del Rey ni tampoco alentarles; que el cuerpo de Guardias está buien disuelto, pero que se debe crear otro; que la mejor manera de acallar el ruido que hacen los comuneros, es alborotar mucho aquí; que las nuevas Cortes no son buenas pero tampoco malas, y que la política debe ser exaltada para contentar al populacho, y al mismo tiempo despótica para contentar á la Corte.

—Atacas el justo medio, que es el arte político por excelencia, bribón —dijo Campos riendo.—¿Tú qué entiendes de eso? Sin este tira y afloja, sin esta gracia de Dios que consiste en no hacer las cosas por temor de hacerlas á disgusto de Juan ó de Pedro, no hay Gobierno posible.

—En una palabra, los *sublimes* no han decidido nada. Ya dijo Voltaire hace muchos años: *La Masonería no ha hecho nunca nada ni lo hará.* Tenía razón.

—Protesto—gritó Canencia, apartando por un momento su atención de las monedas, de los guarismos y del amigo que con él contaba y escribía.—El buen Aroüet no ha dicho semejante cosa. No calumniemos al gran filósofo, señores.

—Quienes le calumnian, querido Sócrates—dijo Campos en un acceso de ira,—son los volterianos que fuera de aquí se fingen beatos para halagar á los curas.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Pero si halagan á los curas honrados—repuso Canencia volviendo á contar,—no trabajan por la impunidad de los curas absolutistas que escandalizan al país con sus conspiraciones... Cuarenta y cinco reales en medias pesetas.

—Usted, papá Sócrates—dijo Monsalud con mal humor,—reparta el *dinero de la Viuda* y deje lo demás.

—Volviendo á nuestro asunto, hermano Aristogitón—manifestó Cam-

pos,—te conviene mucho no meterte á redentor de cautivos. El Grande Oriente no puede aplacar la efervescencia del pueblo contra Vinuesa, ni absolver á éste, aunque hará todo lo posible porque no se le condene á muerte, ni tampoco pondrá en libertad al de Tamajón, ni á tu Gil de la Cuadra, porque si lo hiciera se supondrían complicidades absurdas. Ya sabes lo que es el vulgo... y por más que digan, los Gobiernos deben dar algo al vulgo en compensación de lo mucho que á todas horas le piden.

—Pues yo me retiro—dijo Monsalud resueltamente.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Aguarda, torpe, ingrato. Te he dicho que iba á darte una pedrada esta noche.

—No estoy para bromas.

—Vamos, será preciso cojerte con lazo, y luego atarte las manos para que no des bofetadas á tus favorecedores.

Campos sacó del bolsillo un pliego doblado en cuatro.

—Aquí tienes tu destino.

—¿Qué destino?—preguntó el joven con asombro.

—No te hagas el tonto, Salvador, ni vengas acá con ridículas y mentirosas modestias. Con esta clase de latigazos se domestica á las fieras catonianas. Ya sé que no te gusta pedir nada; ya sé que te falta boca para proclamar tu horror á los destinos públicos, y censurar la ambición y á los ambiciosos. Todos hacemos lo mismo; pero cuando nos dan algo... lo tomamos.

—Yo no entiendo una palabra de lo que usted me dice.

—Vamos, que no falta ya sino hacerte anacoreta, y excomulgarme por favorecerte. No tanto, joven modesto. Aquí tengo una credencial de treinta mil reales, una canongía admirable en la secretaría del Consejo de Indias. Poco trabajo, ninguna responsabilidad. Con los suspiros que otros han exhalado por esta plaza, se podría dar á la vela un navío. El ministro al dármela esta noche en el Capítulo, me dijo que desde que vacó ese puesto, lo han solicitado unos cien ó doscientos *adictos*. Pero yo la había pedido para tí con muchísimo empeño, y el ministro no podía desairarme; el ministro me ha dado la plaza á pesar de tu irreverente y sacrílego discurso de esta noche.

—Estoy muy agradecido á usted; pero no acepto.

—Es el primer caso que veo en España, querido Salvador—dijo Cicerón con la malicia escéptica que le era habitual;—es el primer caso que veo de un hombre á quien le dan esta bendición de Dios que yo tengo en la mano, y se queda sereno y frío como tú estás ahora. Tú no eres hombre, tú no eres español.

—¿Pero usted por su propia iniciativa ha pedido para mí ese destino, no habiéndolo solicitado yo?—preguntó el joven tratando de averiguar el motivo de aquella protección sospechosa.

—Hombre, la verdad... á mí no se me ocurría tal cosa; pero mi sobrina Andrea que á todo atiende, que todo lo prevee, que sabe tan bien adivinar las necesidades, me dijo no hace muchos días: "es una vergüenza que hayan colocado tanta gente inepta y esté sin destino Salvador Monsalud.„ Comprendí que tenía razón y le contesté que tú nunca ha-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

bías pedido nada y que en la casa del señor duque del Parque estabas muy bien... Ella me dió á entender que deseas la plaza.

—¡Yo!

—Tú. Andrea es excelente, es caritativa como ninguna, y estima mucho á todos mis amigos. Me ha dicho que habías estado en casa á verme; que no hallándome, esperaste largo rato; que estabas preocupado y meditabundo; que te dió conversación para distraerte; que hablando de cosas de la vida, le diste á entender con frases delicadas é ingeniosas que deseabas un buen empleo; en suma, según mi sobrina, tú le rogaste con buenas modos que influyera conmigo para que el Grande Oriente te proporcionara una pingüe colocación.

—¡Qué falsedad!... ¿pero lo dice usted sinceramente?—exclamó Monsalud con ira.

—¿Desmentirás á mi sobrina?

—Yo no desmiento á nadie. Simplemente digo que muchas gracias, y que guarde usted su credencial para otro.

Diciendo esto, Salvador clavó tenazmente los ojos en el semblante de Cicerón, tratando de leer en él los móviles de conducta tan extraña. Aquella extemporánea protección del *Maestro Sublime Perfecto*, otorgada precisamente á quien acababa de hacer á la congregación una ofensa grave, encerraba sin duda algún misterio. Monsalud conocía bastante el caracter de Campos para creer en su benevolencia, y conocía bastante el Orden para suponerle capaz de dar á los que no pedían. Tampoco consideraba verosímil la intervención de Andrea en aquel asunto. Hizo diversos juicios y sentó varias hipótesis; pero ni de aquellos ni de estas resultó nada concreto. También fué inutil la observación analítica del plácido rostro de Campos, pues el gran masón no era hombre que permitía á la cara vender los secretos del entendimiento.

—Yo lo agradezco mucho—repitió el joven;—pero de ningún modo puedo aceptar.

—Basta: para fórmula modesta, para vergüencilla de niño bien educado, basta ya—dijo Campos burlonamente.—Pues esto que ahora te doy, no es más que para hacer boca. Ya he hablado al Ministro de enviarte á desempeñar una de las superintendencias de Indias, con la cual puedes ser hombre rico en diez años.

Aquel proyecto de envío á Ultramar, aumentando al principio la confusión del joven, confirmó sospechas dolorosas que en su alma empezaban á nacer.

—¡Repito que no y que no!—dijo con la mayor energía.—Muchas

(c) 2008 Ministerio de Cultura

gracias por todo; pero celebraré que no me vuelva usted á hablar de eso.

—Entonces—indicó Campos, cruzando los brazos en señal de perplejidad,—pide por esa boca. Imagina algún imposible; pide la luna, á ver si te la podemos dar.

—Lo que deseo, ya lo pedí en la *tenida*.

—Pues eso es un disparate. Ya te he dicho que no podemos decidir nada. Hay cuestiones que no se resuelven sino dejándolas sin resolución. ¿Te ries?... ¡Maldita sea tu filantropía! Yo quisiera comprender en qué consiste tu empeño por Gil de la Cuadra.

—En que le debo la vida.

—¿Y qué es eso de deber la vida?

—Una cosa que no entienden los egoistas.

—Tú estás loco—dijo Cicerón haciendo gestos de desdén.—Sr. Regato, ¿qué le parece á usted la pretensión de nuestro joven filántropo?

El Sr. D. José Manuel Regato alzó los ojos del montón de dinero para fijarlos en el cercano grupo. Hombre tan célebre merece algunas líneas.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

X

Era de mediana edad y fisonomía harto común, ni alto ni bajo, moreno y curtido de rostro, á excepción de la frente que era muy blanca. Sus pobladas cejas negras y el pelo espeso y cerdoso indicaban fortaleza. Había en sus ojos la vaguedad singular propia de los tontos ó de los que aparentan serlo, y á menudo reía, como tributando de este modo complaciente lisonja á cuantos le dirigían la palabra. Vestía completamente de negro, asemejándose por esta circunstancia á una persona de estado eclesiástico; afectaba la más refinada compostura, y al mirar contraía los párpados á manera de los miopes. Si los abría en momentos de sorpresa ó de miedo ó de ira, distinguíanse los verdosos y dorados reflejos de su iris, muy parecido al de los gatos. Cuando quería hablar algo de interés iba acercándose poco á poco al asiento de su interlocutor, y su manera de acercarse, su especialísima manera de sentarse, arrimando el

(c) 2008 Ministerio de Cultura

codo ó el hombro á la persona, era fiel copia de los zalameros arremolinamientos del gato. Muchos habían observado esta semejanza, y hasta en el apellido de Re-gato, es decir, reiteración en las cualidades gatunas, hallaban motivo de burla los maliciosos.

—Antes de pedir con tanto empeño la impunidad de Vinuesa y compañeros—dijo D. José Manuel,—yo me pondría en paz con Dios por lo que pudiera suceder. Defendiendo á tales víctimas, hay peligro de ser una de ellas. Gil de la Cuadra es uno de los peores. ¡Valiente pajarraco defiende usted, amiguito Monsalud! Con la mitad de lo que él ha hecho se va de bureo á la plazuela de la Cebada. No es crueldad, señores; pero si á este candoroso anciano no le ponen la corbata de cáñamo, no hay justicia en el mundo.

—Á quien hay que poner la corbata de cáñamo—dijo Salvador con súbita ira,—es á los serviles que impulsaron á Vinuesa y compañeros mártires, para abandonarles en el momento del peligro. Quizás celebran hoy que la muerte de esos infelices borre la huella de trabajos más formales; quizás se mezclan hipócritamente á la canalla soez que pide horca y hogueras... para distraer de sí la atención del pueblo honrado y del Gobierno.

—Quizás...—repitió serenamente Regato.

—Si sigues por esa senda de sentimentalismo—dijo Campos dando á Monsalud familiar espaldarazo,—es muy posible, oh joven, que te pongan entre los sospechosos ó poco adictos al sistema.

—Pónganme donde quieran—manifestó Salvador.—Yo sé donde estoy y conozco bien los sitios y las personas. Desprecio los juicios malignos que aquí ó fuera de aquí puedan hacerse de mi conducta.

—Enérgico estás—dijo Cicerón con jovialidad.—Verdad es que quien se ha extralimitado en el templo, bien puede salir de sus casillas en la sacristía.

—¿Qué es eso de sacristía?—indicó Canencia, desperezándose, después de contado el dinero, como hombre que ha terminado un gran trabajo.

—No se pongan motes de clerigalla á estos venerables lugares. Esto se llama la *Cámara de Meditaciones*... Cuente usted otra vez lo suyo, señor Regato. Son 836 reales y tres maravedises.

—No vuelvo á ensuciar mis manos en esta inmundicia. ¡Válgame Dios, cuánta calderilla! Parece mentira que una hermandad tan ilustre y á la cual pertenece tanta gente adinerada no ponga más que estos miserables huevecillos.

—Los gordos son para el hermano Sócrates—dijo Monsalud.—Mire

(c) 2008 Ministerio de Cultura

usted, Sr. Regato, cómo va echando carrillos y rejuveneciéndose el buen masón de Salamanca.

—Cállate, picarillo—repuso Canencia.—Ya sabes que puedo sacarte los colores á la cara siempre que quiero.

—Señal de que tengo vergüenza.

—Ó de que la tuviste... Pero basta de boberías. Cobre usted, señor Regato, y venga recibo.

—Las cuentas de estos señores—dijo Salvador,—son tan embrolladas como las leyes masónicas.

—Es sencillísimo—contestó Regato.—Se me deben 1.233 reales. Aquí está mi cuenta... "Por dos calaveras que mandé traer de la bóveda de San Ginés en 6 de Noviembre, 42 reales... Por el bordado de cuatro mandiles, 268... Por echar una pieza al sol, 12... Por pintar las llamas, 30... Por una escuadra nueva y siete malletes, 58... Por aguardiente que se dió á los de policía el 5 de Enero, 14... Por lo que se repartió cuando tiraron la pedrada al coche de Narices, 410... Por papel de circulares, 60... Por saldo del piquillo que se le debía á Grippini el cafetero de La Fontana, 140... y así sucesivamente, señores. Total, 1.233 reales.„ Ahora papá Sócrates ajusta las cuentas de otro modo, y no quiere darme más que 836 reales. Estas mermas son las recompensas de un hombre de bien que consagró su tiempo á ser secretario de la Masonería durante cinco meses... ¡Vean ustedes qué pago! Adelanta uno su dinero para que el Orden no carezca de nada, y al pagar... ¡Luego se espantan de que me haya hecho comunero!...

—Bendito D. José—dijo vivamente Cicerón,—poco á poco. No nos espantamos de que usted se haya hecho comunero; nos espantamos y nos enojamos al ver que usted, tan favorecido por este Gran Oriente, prescindiendo de piquillos, alcances y descuentos, fomentara la excisión funesta que acaba de realizarse en la Sociedad; que arrastrara fuera del Orden á esos desgraciados fundadores de la gárrula Comunería, y que ahora, después que forman iglesia aparte, les incite contra nosotros, les predique la anarquía y el desórden, convirtiéndoles en desalmados jacobinos.

—Yo me marché de la Masonería—dijo Regato con firmeza;—yo fomenté el cisma; yo contribuí á fundar la Sociedad de los Hijos de Padilla, porque la Masonería vino á ser rápidamente una Sociedad ñoña y que no sirve para nada, como dijo Voltaire. Yo no oí las verdades amargas que dijo el Sr. Monsalud esta noche, porque como hermano *durmiente* á perpetuidad. no puedo pasar de la sacristía ni aún puedo entrar aquí, sino

(c) 2008 Ministerio de Cultura

ocultamente y á ciertas horas; pero por lo que me contó el Sr. Canencia, sé que este joven puso el dedo en la llaga. Señores, esto es una farsa; esto no conduce más que á un servilismo no menos infame que el servilismo del año 14. Aquí se hacen los decretos á gusto de dos ó tres maestros del grado sublime; aquí se eligen los diputados; aquí no hay otra cosa que los manejos de cuatro fatuos que mandan y á su gusto disponen de todo. No les quiero citar, porque no hay para qué. Pero ellos quieren establecer el Gobierno perpétuo de los tibios, y adjudicarse todos los destinos. Esto no puede ser, y no será. Hemos fundado la Comunería para establecer la verdadera libertad, sin boberías de orden y servilismo encubierto; para darle al pueblo su total soberanía, y que se hagan todas las cosas como al santo pueblo le dé la gana; para desenmascarar á tanto pillo farsante, y hacer que obtengan destinos los verdaderos hombres de bien, adictos al sistema. Basta de papeles y comedias bufonas. Nosotros vamos á la verdad, á la realidad. Odio eterno, señores, entre unos y otros; queremos separación eterna, irreconciliable de los que desterraron á nuestro querido héroe, de los que contemporizan con la Corte y la Santa Alianza, de los que disuelven el ejército libertador, de los que persiguen á las sociedades patrióticas de *La Fontana* y *La Cruz de Malta*, de los que hacen la mamola á los obispos y al Papa, de los que ponen dificultades á la organización de la Milicia Nacional; separación eterna de los que en una mano tienen el libro de la Constitución y en otra el cetro de hierro del *Rey neto*. Este es el Orden de Padilla; esta es la Confederación de Padilla, que va á hacer en España la revolución verdadera; que va á establecer el sistema constitucional en toda su pureza, y á concluir el reinado de los pillos é hipócritas. El Orden de Padilla derribará el infame Ministerio de las *páginas* y de los *hilos* antes de ocho días, señores, oíganlo bien, antes de ocho días.

Nadie contestó en los primeros momentos. Cicerón meditaba apoyando su sien en el dedo índice. Canencia sonreía. Monsalud, indiferente á la perorata, se levantó para retirarse.

—¡Gran suerte será para nosotros—dijo al fin Campos,—que el señor Regato nos perdone la vida!

—Yo no amenazo. Al contrario, invito á todos los buenos amigos á que se vengan conmigo.

—Es muy cómodo eso—indicó Cicerón.—Vivir con la Masonería, cobrar 800 reales por calaveras, remiendos echados al sol y aguardiente dado á la policía, y marcharse después con los comuneros para hacernos la guerra.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—No pueden ustedes acusarme de interesado—dijo Regato, levantándose también para marcharse. La Comunería es pobre; no da destinos.

—Pero los dará tal vez dentro de ocho días. Ya se puede esperar.

—Antes que se me olvide, Sr. D. José Manuel—dijo el filósofo Canencia, que no se apartaba de lo positivo.—Me han dicho que allá tienen falta de espadas y broqueles. Aquí tenemos algunas piezas de sobra.

—Veo que esto acabará en Rastro—repuso el comunero guardando su dinero.—Nosotros usamos espadas de acero, no de latón.

—Pues buen provecho, hombre, buen provecho.

—Para mis amigos soy el mismo de siempre—dijo Regato echándose la capa sobre los hombros.—¿Quién sabe?

—El hermano Sócrates y yo tenemos que ajustar ahora otra especie de cuentas. Buenas noches, Sr. Regato.

—Yo me retiro también—dijo Monsslud.—Repito lo del destino, señor Marco Tulio. Muchas gracias, muchas gracias por la secretaría; pero que sea para otro.

—Adios, puerco-espín... Sr. Regato, mucho cuidado con ese granuja que sale con usted. Es capaz de hacerse comunero si usted se lo dice tres veces.

Cuando ambos salieron á la calle, el más joven dijo:

—Sr. D. José Manuel Regato, yo quiero ser comunero.

Uno y otro hablaron breve rato, separándose después.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XI

SOLITA seguía viviendo en casa de Doña Fermina Monsalud, á donde trasladó el pequeño mueblaje patrimonial; y su bondad y sencillez nativas, así como la gran desgracia que padecía, le abrieron pronto el corazón de la madre y el hijo. Otras personas necesitan largo tiempo y trato para ganarse una amistad profunda; pero Solita á los ocho días ya era de la familia. Durante las largas ausencias de Salvador, que estaba fuera casi todo el día y parte de la noche, la señora mayor y la muchacha, sin dejar de la mano una y otra labor de utilidad y entretenimiento, no cesaban de discurrir sobre las probabilidades de que el Sr. Gil de la

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Cuadra fuese puesto en libertad; pero como estas conferencias las llevaban al áspero terreno de la política, concluían siempre diciendo mil desatinos, que en su buena fé y candor les parecían discretas observaciones ó grandiosos descubrimientos.

—Dicen que va á caer el Gobierno—indicaba Doña Fermina.—Si entran después los que quieren que todo sea libertad y más libertad, no habrá presos.

—Lo que yo creo más probable—respondía Soledad,—es que el Rey se levante de mal humor cualquier mañanita, y mande á su caballerizo mayor á las Cortes. Desengáñese usted, de ahí viene todo el mal.

Algunos días veían los sucesos con alegres ojos; otros sombriamente y con tristeza.

—Tengo el corazón traspasado—decía Solita dejando caer sus lágrimas sobre la costura.—He cerrado un momento los ojos para rezar, y he visto á mi padre espirando en el calabozo.

—No pienses tonterías—contestaba la Monsalud.—Yo he cerrado también los ojos para rezar, y he visto al desgraciado Gil poniéndose la capa para salir de la carcel. El mejor día le ves entrar por esa puerta... Mi buen hijo ha tomado con empeño este negocio.

Entraba entonces Salvador fatigado y sombrío, y al punto las dos mujeres clavaban en él la vista para adivinarle los pensamientos antes que los dijese. Solita se lo comía con los ojos, y había adquirido tal arte para leer en la expresiva fisonomía del joven, que al verle entrar decía para sí: "hoy tenemos malas noticias,„ ó "hay esperanzas.„

Seledad creía deber suyo pagar con pequeños trabajos y servicios los favores sin cuento que en aquella casa recibía. En un par de días enteróse minuciosamente de los hábitos de la familia y procuraba que su presencia en la humilde vivienda fuera de lo más util posible. Aguzaba su ingenio para introducir en el cuarto de Salvador refinadas comodidades; preveía admirablemente cuanto el buen muchacho pudiera necesitar, y se le conocía en la cara y en el modo de mirar que no abandonaba un punto la observación cariñosa y vigilante de todo cuanto á su hermano postizo se refiriese.

Separada de su padre y de los parientes maternos, la persona á quien tenía mayor respeto era aquel protector advenedizo en cuyos brazos había caido. Con la madre tenía confianza, y con el hijo no. Además de que no osaba entablar conversación con él, fuera de las preguntas propias de las circunstancias, manteníase siempre á una distancia como las que establecen el respeto ó la veneración. Salvador, á los pocos días de

(c) 2008 Ministerio de Cultura

vida común, la tuteaba. Como pasasen muchos sin que ella correspondiera á esta familiaridad, él le dijo:

—Cuando el pobre Gil se separó de nosotros, Solita, quiso que fuéramos hermanos. Trátame como se tratan los hermanos, y llámame *Salvador* á secas y *tú*.

—Me parece que no podré acostumbrarme á eso—respondió Solita ruborizándose.

Á pesar de su propia opinión, se acostumbró muy pronto.

Cuando el joven dormía, avanzada la mañana, una como divinidad del silencio cuidaba de evitar los mas ligeros ruidos de la casa. Cuando volvía muy tarde, las más veces en el último confin de la noche, Solita velaba sin fatiga ni sueño para que no esperase ni un minuto en la puerta, ni le faltara nada al entrar. Nunca se había permitido la más ligera broma con él, ni dejó de emplear, para decirle alguna cosa, el tono más comedido y serio. Una noche, sin embargo, le salieron las palabras á la boca con tal ímpetu, que se extralimitó á hablarle así:

—¡Qué tarde has venido esta noche, hermano! Se conoce que tú y tu novia habeis tenido muchas cosas que deciros.

Soledad no comprendía que un hombre trasnochase por otra razón que por estar hablando con su novia.

Salvador acogió la observación con amable sonrisa. Arrojándose en una silla con muestras de gran cansancio, contempló á su improvisada hermana que estaba ante él sosteniendo una luz, y se fijó más que nunca en las graves imperfecciones de su rostro, no tantas, sin embargo, que disminuyese el fuerte atractivo simpático que existía en ella, á manera de reflejo ó anuncio del alma.

—Solita—le dijo Monsalud riendo,—con esa luz en la mano te me pareces á la Fé iluminando el mundo. Yo he visto en alguna parte una estatua, cuadro ó estampita igual á tí en este momento... Díme, hermana, y perdona mi curiosidad, ¿y tú no tienes novio?

Solita volvió rápidamente la espalda para retirarse; pero arrepentida sin duda, tornó á mirar á su hermano.

—Bien sabes que lo tengo. Mi primo Anatolio...

—¡Ah, ya recuerdo! Tu papá me habló de un primo tuyo, que también será ahora primo mío... Ya recuerdo, sí, el primo Anatolio, que va á ser mi cuñado.

—Justamente. ¿Quieres algo?

—Aguárdate y respóndeme. ¿Quieres mucho á nuestro primo?

—Ya sabes que mi padre ha dispuesto que sea mi marido.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¿Le has visto alguna vez?

—Cuando éramos niños. Yo no me acuerdo bien cómo es. Mi padre hace poco me solía decir: "Tu primo Anatolio ha de ser á esta fecha un arrogante hombrazo como Salvador el de Doña Fermina.„

—Pero no me has dicho si quieres mucho á ese Anatolio.

—Eso no se pregunta. ¿No le he de querer si mi padre me ha mandado que le quiera y me case con él?

—Á eso no hay nada que decir, hermana. Cuando te cases y vayas á Asturias, te prometo hacerte una visita: ¿qué te parece?

—Me parece muy bien.

—Y seré padrino de tu boda... y seré padrino de tus niños, de mis sobrinillos.

—Buenas noches, compadre.

Pero esta clase de diálogos eran una excepción. Generalmente, cuando Salvador entraba, Soledad le hacía preguntas referentes á la deseada libertad de su padre.

—Hermano—le dijo una noche,—tu cara me anuncia malas noticias; ¿qué hay?

—¿Malas noticias?—respondió el joven dando un suspiro y meditando breve rato.—La verdad es, que este asunto es dificil. Se sacan piedras del fondo del mar; pero, ¿quién saca la pobre víctima que cae en el inmenso fondo de barbarie del populacho?

Solita dió un suspiro y elevó sus expresivos ojos al cielo.

—Pero no hay que desesperar, hermanita,—añadió Salvador consolándola.—Cuando yo llegue al último extremo en mis fatigas y empeños por salvar la vida al pobre reo; cuando yo no pueda más, vendrá lo imprevisto, vendrá Dios y lo salvará.

—De modo que es cierto que traes malas noticias—dijo Soledad con abatimiento.

—Malas no, regulares. He adelantado algo. Mañana veremos. Con que buenas noches, comadre.

Solita dió otro suspiro y se alejó; pero retrocediendo al instante, hizo esta pregunta:

—¿Y le has visto?

—Todavía no he podido verle. Ponen mil dificultades; pero me voy á hacer amigo de los comuneros, á ver si por este medio...

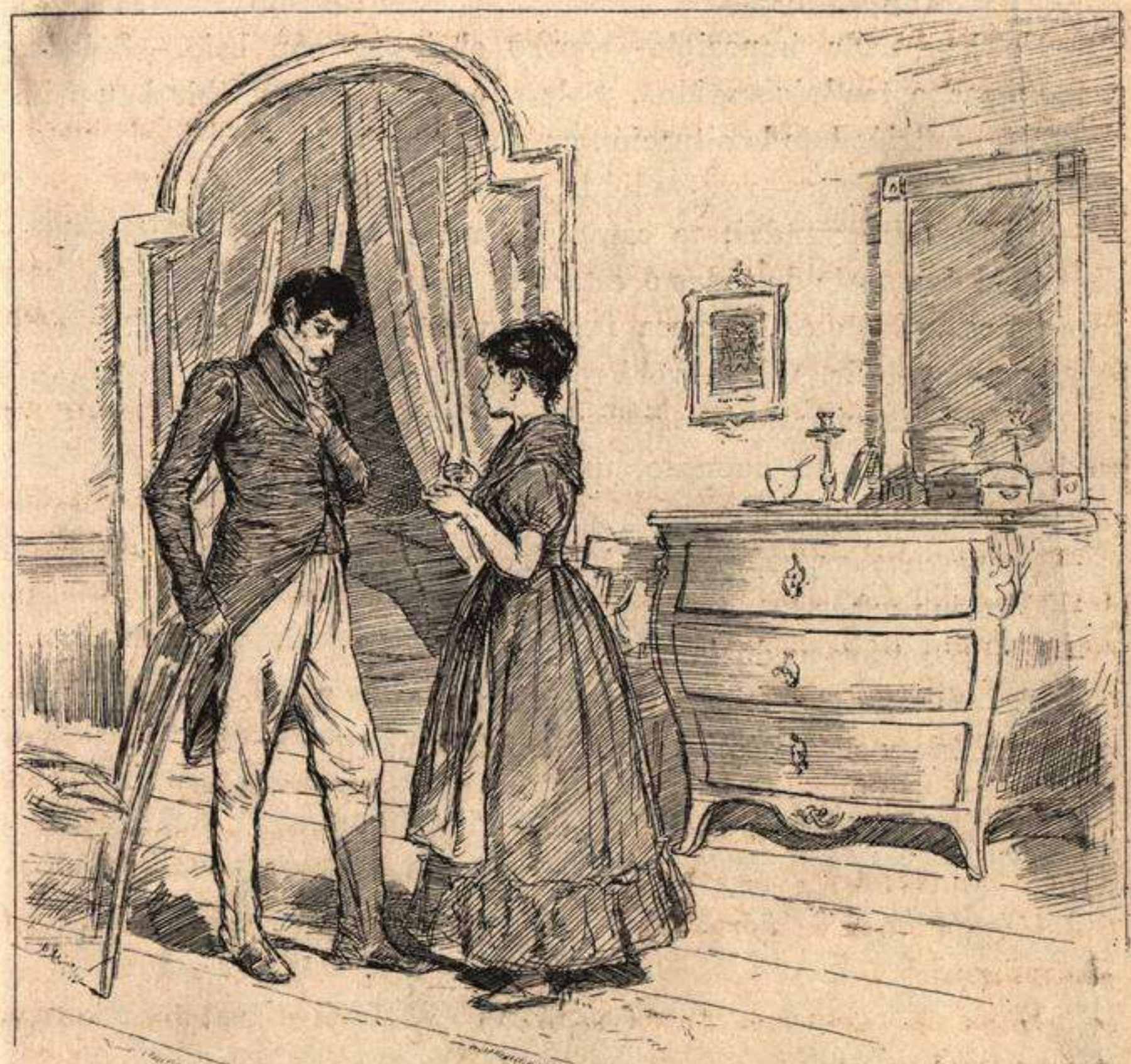
—Los comuneros... es decir, D. Patricio. Díme, hermano, ¿son todos tan tontos y tan crueles como nuestro vecino?

—Allá se le van... Creo que me será facil ver á tu padre. Descuida,

(c) 2008 Ministerio de Cultura

que si no podemos conseguir su absolución, trataremos de arreglarle la escapatoria.

—¡Qué bueno eres, pero qué bueno!—exclamó Sola.—Siempre que te oigo hablar, se me llena el corazón de esperanza, y veo á mi pobre padre libre y feliz. Lo que haces por nosotros, Salvador, es más que cuanto pueden hacer los hombres más generosos. Mucho ha de darte Dios en esta vida ó en la otra para poderte premiar.



—Dios no tiene que darme nada, tonta. Esto es una deuda, mejor dicho, aquí hay varias deudas que pesan sobre mi alma. Si salvo á tu padre de la muerte primero y de la carcel después, sentiré un alivio...

—Ya sé... cuando mis padres marcharon á Francia hace ocho años, ocurrieron cosas terribles.

—Sí, muy terribles. Algunas de ellas no las puedes comprender. Por fortuna tú no estabas allí, porque te dejaron en La Bañeza.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Pero todo me lo contó mi madrastra—manifestó Solita con emoción.—La pobre te estimaba mucho, y constantemente estaba hablando de tí. Hasta en el día de su muerte te nombró varias veces...

Salvador callaba, fijando la vista en el suelo.

—No digas que soy generoso si saco á tu padre de este mal paso—manifestó después de una pausa.—Dí más bien que soy un malvado si no le salvo.

—¿Y si es imposible?

—No hay nada imposible—repuso el joven con brío.—Soledad, tendrás padre, tendrás marido... ¿Sabes que conviene escribir á tu primo Anatolio, refiriéndole la situación en que te hallas?

—Como tú quieras—respondió la joven con indiferencia.

—Le escribiré, vendrá, te casarás. Para entonces, vive Dios, ó soy digno del desprecio de todos ó estará tu padre libre. Vivireis felices y tranquilos... ¡Oh, qué hermosa familia vamos á tener aquí!... porque supongo que el Sr. Gil se verá rodeado de nietos dentro de algunos años... ¡Pobre anciano, cómo gozará jugando con los pequeñuelos!... ¿Y ese Anatolio será un buenazo, un corazón de oro?... Lo dicho, seré padrino de tus muñecos.

—Buenas noches, compadre. Que duermas bien.

—Buenas noches.

—Y al acostarse se decía á sí mismo:

—¿La ves tan desgraciada, tan pobre, tan sola? Pues con su sencillez, su ignorancia y su Anatolio, será más feliz que tú.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XII

El personaje á quien los de la Acacia daban el nombre de *Cicerón*, vivía en una hermosa casa á la extremidad de la calle de D. Pedro, junto á las Vistillas. La Dirección de Correos, que hoy constituye una posición decente, era en aquellas calendas una verdadera mina, y ahondando en ella, el señor Campos, á pesar de su oscuridad política, había conseguido á fuerza de manejar cartas, y no de baraja, allegar un capitalejo que en lo sucesivo sirvió de tema de maledicencia al envidioso vulgo. Entró con pié derecho este insigne personaje en la burocracia revolucionaria por reunir los tres requisitos indispensables para medrar durante aquel período, los cuales eran: haber padecido durante el régimen absoluto, haber intervenido en la mudanza del 20, y estar afiliado en las sociedades secretas.

—Vivía, pues, pacífica y cómodamente con su familia, que no era por cierto muy numerosa, pues constaba tan sólo de dos personas: su hermana Doña Romualda, (señora de muy poco seso en su juventud, al decir de la gente, pero que en la época de nuestra historia parecía querer apaciguar su conciencia dándose á la devoción con ardiente celo) y su sobrina Andrea, hija de Mauricio Campos, que volvió de Indias el año 12 con una regular fortuna de que no pudo disfrutar porque le sobrevino la muerte. Huérfana de padre y madre á los once años de edad, la hermosa niña quedó bajo la tutela de su tío, que no tuvo reparo en empezar su administración disipando en conspiraciones una parte de la fortuna de la pobre indianilla; y para mayor perjuicio de ésta, los frecuentes viajes de Campos la ponían bajo la inmediata protección de Doña Romualda, que por aquellos días no había salido aún de la etapa de las calaveradas.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Andrea, cuya crianza en América no había sido ejemplar á causa de la temprana muerte de su madre, tuvo una escuela lamentable en la peligrosa edad del cambio de juguetes, es decir, cuando se decreta la jubilación definitiva de las muñecas y el planteamiento de los novios. Mal atendida por su tío y peor tratada por Doña Romualda, á quien aborrecía cordialmente, la joven vivía ensimismada, cultivando con ardor su propia imaginación. Contrajo amistades que una madre prudente hubiera prohibido; intimó excesivamente con las criadas; paseaba en compañía de éstas más de lo conveniente, y en cambio del cariño y agasajo que le negaran dentro de casa, disfrutaba de una libertad, que no conocían las señoritas de aquella época y rara vez las de ésta. Por esto Andrea se parecía tan poco á las niñas españolas de su tiempo. Era una criolla voluntariosa, una extranjera intrusa que habrían repudiado Moratín y Cruz. Su familia favorecía más cada vez aquella libertad. Doña Romualda, que empezaba á sufrir la trasformación de la edad paleolítica de los amores á la edad neolítica de las devociones, tenía mucho que hacer: estaba en la iglesia. El buen Campos también era hombre ocupadísimo por aquellos días: estaba conspirando.

Era la indiana buena y sensible. Fácilmente comprendía la verdad, por poco que se la mostraran. Fácilmente acertaba con lo justo y honrado, por simple iniciativa de su conciencia. Pero tenía ánsia de afectos ardientes, y miraba sin cesar á todos lados buscándolos. Su desgracia consistía en que le era forzoso abrirse sola y sin ayuda de nadie el áspero camino de la juventud. Habría necesitado para esto tener un caudal de energía y de entereza moral que rara vez da Dios á las criaturas; pero que suplen según el admirable orden de la sociedad, las personas allegadas y mayores de la familia. Careciendo de fuerza propia y de sostén extraño, hubiera sido un prodigio que la gallarda flor se mantuviera derecha. Los prodigios son muy raros en el mundo. Bueno es hacer constar que la pobre Andrea, avisada del peligro por una intuición poderosa, hizo esfuerzos instintivos para sostenerse erguida y pomposa, vuelta hacia el sol la virginal corola; pero el viento era demasiado fuerte y se dobló.

Era tan guapa, que su vanidad (otra desgracia no pequeña) estaba completamente y cada vez más justificada. Habría sido conveniente que ignorara durante algún tiempo la riqueza de seducciones que tenía en sus ojos, en su boca, en todas las partes de su cara morena y alegre y llena de inexplicables gracejos y atractivos, en su cuerpo delgado, lleno y flexible, de esos que no tienen clasificación posible en el cuadro gine-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

cológico, y son tales, que para buscarles semejante, necesita el observador descender en busca de un sér antipático y que se arrastra, la culebra.

Pero Andrea no tuvo á nadie que le hiciera el sumo bien de engañarla durante algún tiempo respecto á su belleza, y entregóse desde muy niña al fascinador deleite de los espejos. Las criadas cantaban á su oido un coro de lisonjas. En la sala de su casa había una hermosa estampa que representaba la famosa escena de Phrine entre los jueces de Atenas, y Andrea, de tanto leerla, se sabía de memoria la leyenda grabada al pié con resplandecientes letras de oro. Aunque parezca extraño, conocidos los tiempos y el lugar, no puede menos de suponerse que aquella cabeza estaba llena de ideas gentílicas; pero el paganismo es de todas las

edades; y buscando sin cesar donde establecerse, se mete y se acomoda allí donde no hay otra religión que haya echado raíces.

Andrea fomentó su vanidad y la adoración de sí misma, consagrando al adorno de la persona mucho tiempo, mucha atención y todo el dinero de que podía disponer. Si este no fué mucho durante los ominosos tiempos en que Campos conspiraba, luego que vino la era feliz y fué restablecido en parte el patrimonio de la huérfana, el buen tío, que no era

(c) 2008 Ministerio de Cultura

tacaño y gustaba de que su pupila se presentase bien, abrió bastante la mano en lo relativo al lujo. Esta era la fórmula de su cariño, porque sin duda hay distintas maneras de amar á las sobrinas. Además, Campos, por razones de egoismo, tenía empeño en no contrariarla, deseando alcanzar de ella placentero consentimiento para un proyecto nupcial que entre manos traía después de la revolución.

No se crea que el *Venerable* se parecía á los grotescos tutores que son el elemento bufón de las comedias italianas del siglo XVIII y que también abundan en el repertorio de las óperas. Campos no quería que su sobrina se casase con él. Estaba viejo, habíase entregado al volterianismo que en aquellos tiempos empezaba á propagar tanto las cómodas prácticas del celibato; era además un epicúreo refinado de esos que nos legó el siglo XVIII, y que aunque pocos en España por aquellos días, ya comenzaban á desbancar á los rancios egoistas de chocolate y bollos de monjas. Otrosí, tenía Campos sus entretenimientos fuera de casa, con los cuales le iba muy bien al parecer. Su claro talento, además, no le decía nada favorable á su enlace con muchacha primaveral. Su amigo D. Leandro no escribió para él *El viejo y la niña* ni *El sí*.

El proyecto consistía en casarla con un señor de edad algo avanzada, pero entero, arrogante, fino, discreto, y que sabía ocultar sus años y aún hacerse amable; pues á tanto llega en privilegiados indivíduos el arte social. El marqués de Falfán de los Godos era un medio siglo, bien conservado, gracias á reparaciones hábiles y á un cuidado constante. Había sido exento de Guardias, compañero de Palafóx y de Godoy y en aquellos tiempos en que los mozos guapos desempeñaban grandes papeles en la Corte y en que se hablaba, como lo prueba el desvergonzado libro de un fraile, de serrallos á la turca, de envenenamientos proyectados, de matrimonios dobles y otras barbaridades ante las cuales, la historia se complace en cerrar los curiosos ojos. Así como el duque de Zaragoza fué célebre y simpático por sus hurañas resistencias, Falfán de los Godos tuvo fama por lo contrario. En 1821 era general; tenía fama, no sólo de honrado y decente, sino también de gastrónomo y mujeriego, cosa natural en un solterón riquísimo y bien parecido, de ancha conciencia formada como la suya en la escuela enciclopedista del siglo pasado.

Hacia 1820 comenzó á pesarle el celibato; echó de menos algo amante, tierno y cariñoso, es decir, los hijos que debía tener y no tenía, la esposa que siempre había rechazado como una fastidiosa carga de la vida. Falfán de los Godos pensó en casarse, y supuso que sus cincuenta años, á pesar de la madurez consiguiente, podían dar aún mucho de sí. Acon-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

tece á menudo que estos hombres listos y conocedores del mundo, pierden la chaveta cuando tratan de poner algún orden en su vida, y bastardean completamente la meritoria idea de ser padres, que tan á deshora les ocurre. Falfán de los Godos, que era un maestro en el arte de vivir, perdió el tino, como todos los de su clase, y en vez de buscar para esposa un tipo de bondad reposada, una madura belleza asegurada de peligros, y que se acomodase fácilmente á los gustos é ideas del trasnochado esposo, fué á incurrir en el maldito antojo de la niña fresca y tiernecita que apenas ha empezado á vivir y que tiene un porvenir ignoto delante de sus chispeantes ojos. Él no dejaba de comprender en ratos lúcidos su error; pero se engañó á sí mismo vanidosamente trayendo á la memoria su buena presencia, su gran fortuna, su fama, sus gustos artísticos, su finura, rica herencia del antiguo régimen que contrastaba con la grosería de los revolucionarios.

Si todo hubiera de resolverse entre el acartonado Marqués y Campos, la cuestión habría estado concluida en un par de semanas; pero Andrea no quería casarse con Falfán de los Godos, porque amaba á otro. Esto sí que se parece á todas las comedias italianas del siglo XVIII, á las óperas del primer repertorio y á muchas novelas de aquel tiempo, principalmente á las de D'Arlincourt, Mad. Cottin, Florian y Mistreess Bennet; pero no es culpa nuestra que esta vieja historia se nos venga á las manos. Acontece alguna vez que las cosas vulgares son las más dignas de ser contadas.

En los días que van corriendo para nuestra relación, hacía tres años que Andrea había entablado amistades de cierta clase con un hombre que cierto día se metió en su casa buscando refugio contra los corchetes que le perseguían. Cómo nacieron y rápidamente tomaron vuelo á manera de incendio estos amores, es cosa que ahora no nos importa; pero la libertad de que disfrutaba Andrea explicaría muchas cosas. Pasaron días, muchos días y con ellos sucesos buenos y malos que no merecen ser contados. En 1821, la casualidad, ó mejor dicho la política, juntó en un círculo al amante de Andrea y á Campos: hiciéronse amigos, y cuando éste le llevó á su casa no tenía ni vagas sospechas del interés que aquella amistad inspiraba á su sobrina. De este modo, Píramo y Tisbe no tuvieron que horadar paredes para hablarse, y aunque la presencia casi constante del tío les estorbaba, viéndose á menudo aun delante de testigos, tenían medios para preparar sus conferencias reservadas, las cuales, en los últimos días no eran frecuentes porque la libertad de Andrea empezaba á disminuir.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

El favorecido conocía perfectamente las horas que Doña Romualda consagraba á la grave faena diaria de sus devociones, las de oficina y logia para Campos. Aplicando bien la sentencia profundísima de uno de los siete sabios de Grecia que dijo *aprovecha la ocasión*, aquel hombre enamorado hasta la ceguera y el aturdimiento entraba en la casa. Estas atrevidas invasiones del templo de un exaltado amor no eran ni podían ser frecuentes, y exigían gran cautela con criados y gente menuda; pero los amantes habían discurrido mil ingeniosidades y contaban con la fiel complicidad de una criada antigua. Su ceguera, con todo, no era tanta que se ocultase á entrambos la necesidad de poner término á tal género de vida.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XIII

Una mañana, Salvador entró. Como no había temor de sorpresas, Andrea, después de poner en escucha á su criada, según costumbre, abrió al amante las puertas de su habitación.

—Ven aquí—le dijo asomando la linda cara y la mano tras la cortina de la sala donde él esperaba.—Estaremos solos hasta que venga mi tía.

El amante se sentó sin decir nada en un canapé, y Andrea volvió al espejo de donde poco antes se había apartado. Con su preciosa mano se tocaba aquí y allí el cabello recién peinado, dándole la última forma, como artista que remata su obra. Después se puso una flor. Sin retirarse del espejo, porque en él veía la figura del hombre, le habló así:

—¿Qué tienes hoy que estás tan callado?

—Hace pocas noches ví á tu tío, ¿te lo ha dicho?—contestó Salvador.

—Sí, me contó que te había ofrecido un destino y no lo quisiste. ¡Bonito modo de ser agradecido!—dijo Andrea, moviendo su cabeza ante el espejo.—¡Qué orgullo!... porque no es más que orgullo.

—Gracias por tu protección.

—¿Qué protección?

—¿No fuiste tú quien dijo á Campos que me proporcionara una posición decente?

—¡Yo! ¿Estás loco?—exclamó Andrea con sorpresa, volviéndose, porque para manifestar cosas importantes no satisface ver la figura del interlocutor reflejada en un espejo.

—No te esfuerces en convencerme de que no fuiste tú—dijo Salvador.

—Desde luego comprendí que tu tío me engañaba.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Seguramente te engañaba. Bien sabes que nunca me atrevo á hablarle de tí; y cuando lo hago es de la manera más indiferente.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Extraño que Campos, que es hombre muy listo, urdiera tan mal su farsa—dijo Salvador.—¿En qué se funda ese oficioso empeño de favorecerme? No creas, quiere mandarme á América nada ménos. Seguramente le estorbo.

—No lo comprendo así. Si quiere favorecerte es porque te estima—repuso Andrea, volviéndose hacia el espejo.

—¿Tú también?—dijo Monsalud con impaciencia y desasosiego.

—¿Qué es eso de yo también?—indicó la indiana jovialmente.

—Quizás tú puedas explicarme lo que la astucia de Campos no ha dejado entrever.

—Querido, yo no puedo explicarte nada, ¿estamos?... Hoy has pisado mala yerba. Ya veo que no me libraré hoy de un poquillo de mareo. ¿Y por qué? por la cosa más natural del mundo, porque mi tío ha querido darte una prueba de lo mucho que te aprecia.

—Sería, no muy natural, sino algo natural esa prueba de estimación, si tu tío después de ofrecerme el destino, no me hubiera dicho una cosa grave.

—¿Qué cosa?

Salvador la miró con fijeza.

—Me dijo que pensaba casarte.

Como el lector recordará, Campos no había dicho tal cosa; pero el inquieto joven practicaba el aforismo vulgar que ordena decir mentira para sacar verdad.

—¡Ah!—exclamó Andrea riendo.—Eso es lo que traes hoy. Te conozco tunante. Vienes mascullando esa idea.

Diciendo esto tomó un abanico y con expresión de graciosisíma burla sonriente la boca, húmedos los ojos, acercóse al joven y empezó á darle aire rápidamente.

—¿Estás sofocado?... Aire, aire, no sea que te dé un síncope. Refréscate, hombre... que se te quite eso de la cabeza.

Monsalud le arrebató violentamente el abanico, lanzándole al aire. El abanico atravesó el recinto de un extremo á otro, abriéndose como un pájaro que extiende las alas.

—¡Qué modo de tratar mis joyas!... pues me gusta—dijo Andrea corriendo tras el abanico.

Arrodillóse para cojerlo del suelo, cerrólo, y empuñándolo á manera de puñal, amenazó á su amante diciéndole:

—Te voy á matar.

Monsalud contemplaba, primero sin enojo, después con gozo, la her-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

mosa figura juguetona y ligera que tenía delante. De súbito Andrea corrió hacia él con los brazos abiertos, y abrazándole el cuello, le apretó fuertemente diciendo:

—Ya me casé, ya me casé, ya me casé.

Repitió esto unas cuarenta veces.

Salvador la obligó á sentarse á su lado.

—Á mí se me está preparando una desgracia—le dijo cariñosamente. —Andrea, tengo desde hace muchos días el presentimiento de que esta preciosa cabeza me va á hacer traición. ¿No recuerdas lo que te he dicho tantas veces? Desde que tengo uso de razón no he intentado cosa alguna que haya tenido un desenlace lisonjero para mí. Si alguna vez he conseguido el objeto por mucho tiempo deseado, mi dicha ha sido corta. Siempre que cavilo acerca del resultado de un asunto cualquiera que me preocupa, no puedo apartar de mi pensamiento la idea de un éxito desgraciado, y siempre acierto... Tengo la desdicha de no haberme equivocado una sola vez. Yo no sé qué pensar de mí. Si se castigan en la tierra las faltas, las que yo he cometido no corresponden á los golpes que en diversas ocasiones me han venido de arriba. Fuí jurado y cayó José I; tuve amores y por poco muero en ellos; conspiré y la conspiración salió mal; dejé de conspirar y salió bien... en fin, tú sabes mi vida toda y podrás juzgarlo. Si es verdad que los hombres nacen con buena ó mala estrella, la que andaba por los cielos el día en que yo vine al mundo era la más mala, la más perra de todas.

—Eso que dices, ¿tiene algo que ver con mi casamiento?—preguntóle Andrea con malicia.

—Tiene que ver, sí. Te quise y te quiero. Si tú me correspondieras con la fidelidad constante que yo merezco y que me debes... esto sería una suerte, una felicidad, y yo no puedo tener suerte alguna, ni felicidad.

—¡Qué majadero!—dijo la sobrina de Cicerón con desdén humorístico.

—Cuando pienso en esto, Andrea—prosiguió el joven enlazando con su brazo el cuerpo de ella,—me asombro de que tal absurdo haya durado dos años sin desvanecerse, y hace tiempo estoy pensando que todo va á concluir, y que tú, como todo lo que interesa á mi corazón, te vas á desvanecer, á alejarte de mí, dejándome solo con mi desgracia.

—¡Caviloso!...

—¡Veo que no te defiendes con ardor; veo que no protestas como yo protestaría en tu caso!—exclamó Monsalud con la impertinente inquietud de los celosos.—Andrea, tú meditas algo, tú me ocultas algo.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Medito que te quiero más que á mi vida—repuso ella cerrando los ojos y apoyando la cabeza en el hombro de Salvador, mientras le deshacía el nudo de la corbata.

—Ya sabes, querida mía—repuso él moviendo la cabeza negativamente,—que tengo motivos para no creer en palabras de mujeres. Déjame que te diga una cosa. Yo creo que tu tío tiene razón al querer sasarte; pero el pobre señor ignora que no puedes casarte sino conmigo. Eres tal para mí, que sin poseerte no comprendo la vida. Si me amas del mismo modo, demos fin á estas relaciones peligrosas. Casémonos, Cielo.

—Casémonos, Tierra—repitió maquinalmente Andrea.--Cuando quise no quisiste... Está bien. Es verdad que así no podemos seguir... Pero si le dices á mi tío que seré tu mujer, te arrojará por el balcón.

—Me arrojará por la puerta. Verdaderamente no me importa gran cosa, llevándote conmigo.

—¡Huir!—exclamó la joven con terror.

—¡Huir!—dijo Monsalud remedándola.—Siempre eres tímida para todo lo que me favorece. ¡Huir! No te llevaré á ningún desierto... Nos quedaremos aquí.

—Tú estás loco—dijo Andrea levantándose pensativa.

—Pues entonces, hoy mismo le diré al gran Cicerón que te adoro...

—Si haces eso, si haces eso...—dijo vivamente Andrea poniéndose pálida.—Pero tú estás loco, Salvador. Mi tío te aprecia mucho, te aprecia muchísimo; pero ¡ay! tú no le conoces. Temo cualquier atrocidad si le dices eso.

—Pues no te comprendo. ¿Creerá tu tío que te morirás de hambre en mi casa? ¿Creerá que no vas á tener una posición decorosa?

—No...—dijo Andrea con los ojos fijos en el suelo;—pero mi tío es ambicioso... tú no sabes quién es mi tío... tiene ahora la cabeza llena de vanidades, y yo no sé... Se le figura que yo valgo mucho, que merezco la mano de reyes y emperadores... tonterías.

—Si tú le ayudas, si tú favoreces en él esas ideas, entonces todo se acabó... Yo me voy—dijo el joven con repentina cólera.

—Te enfadas contigo mismo—dijo Andrea mirándole con dulces ojos.--Hazme el favor de no ser terrible. Por ahora no le digas nada á mi tío. Ya veremos.

—Tu tío quiere casarte; tu tío piensa en ello, y sin duda ha formado ya su plan. Andrea, tú no quieres decirme la verdad.

—La verdad es que te quiero con toda mi vida—repitió amorosamente

(c) 2008 Ministerio de Cultura

la idiana, repitiendo también también el abrazo.—Cállate. Haz lo que te mando, y espera.

—¿Crees tú que se puede vivir mucho tiempo de esta manera, á escondidas, ideando mentiras y con absoluta ignorancia del porvenir?

—Es verdad, no se puede vivir de esta manera—repuso Andrea con tristeza.

—No puedes ocultar que te agrada este sistema de vida; que no deseas como yo una paz dichosa al lado de la persona amada. Andrea, en tí ocurre algo. Tú no eres la que eras; tú has variado mucho; en tu cabeza hay una idea nueva. Recuerdo que hace tiempo tú deseabas lo que yo te propongo ahora. ¿Crees que podrás engañarme muchos días? Ó te sacaré la verdad, ó te venderás tú misma.

—¿Qué sospechas de mí?

—No lo sé—dijo Monsalud lleno de confusión.—Los que aman no sospechan poco ni mucho; lo sospechan todo de una vez. Cualquier indicio es traición. Andrea, tú no eres la misma, repito que no eres la misma.

La estrechó entre sus brazos, apretándola con una fuerza, que más que frenesí de amante parecía el fatal abrazo de Otelo.

—Que me ahogas, tigre—gritó Andrea.

Y entre festivas risas le mordió el brazo. En el mismo instante, de las ropas de la joven cayó una llave, que escurriéndose por la alfombra brilló, al detenerse, sobre el pétalo de una flor pintada.

—¿Qué llave es esta?—pregun ó Monsalud, cuya excitación suspicaz le obligaba á fijarse en el más ligero incidente.

—Es la llave de mis secretos.

Salvador con su perspicacia sutil creyó ver en el semblante de Andrea ligerísimo indicio de contrariedad.

—¿La llave de tus secretos?

—Sí; dámela—dijo ella apresurándose á recogerla.

—Es la llave de la cajita negra. Se me ha antojado abrirla; ¿dónde está?

Andrea vaciló un instante. Pareció que meditaba, y que con el pensamiento exploraba todo el interior de la cajita negra antes de entregarla á las pesquisas del receloso amante.

—Ábrela—dijo al fin.—Allí están tus cartas y tu retrato.

—¿Dónde está?

Andrea vaciló otra vez. Al fin, sacando de la cómoda una caja de finisíma madera negra, la puso en manos de su cortejo.

—Si encuentras en ella cartas que no sean las tuyas, y un retrato que

(c) 2008 Ministerio de Cultura

no sea el tuyo—dijo con gravedad,—puedes matarme. ¿Crees que no hay armas aquí? Mira esto.

Conservando la caja en la mano izquierda, metió la derecha en otro cajón de la cómoda y sacó un puñal. Era una arma preciosa, damasquinada y nielada, con puño berberisco adornado de turquesas.

—Este era de mi padre... ya lo has visto—dijo la indiana riendo.—Está destinado á mi esposo, para que me mate el día que le sea infiel.

Monsalud, poniendo á su lado el arma, tomó la caja y la abrió.

—Mi retrato—dijo sacándolo.

Andrea se apoderó del medallón y lo cubrió de besos.

—Tú sí que no me riñes, tú sí que no dudas de mí—le dijo á la pintura.—Tú sí que eres bueno, y cariñoso y pacífico.

—Un paquete de cartas—dijo Salvador Monsalud.—Son las mías.

—Dámelas. Valen más que tú.

Andrea desató el paquete. Varias cartas cayeron al suelo. Al inclinarse para recogerlas se sentó en una preciosa piel de tigre que cubría en parte la alfombra. Un rayo de sol que por la vantana entraba inundó de luz el pellejo muerto del animal y el cuerpo extraordinariamente vivo de la hermosa americana.

—Venid acá, prendas de mi corazón—exclamó recogiendo los papeles diseminados á su lado y poniéndolos sobre su lindo pecho.—Vosotras sí que sois amables y cariñosas; vosotras no reñís, ni amenazais.

Monsalud, que en el canapé inmediato registraba la cajita, alargó la mano mostrando á Andrea un pequeño estuche abierto.

—¿Quién te ha dado esta joya?—preguntó con calma.

En el estuche brillaba un diamante de gran tamaño. Como al extender la mano entrase en la esfera del rayo de sol, Monsalud parecía estar enseñando una estrella.

—La he comprado yo—repuso Andrea.

—¿Tú?—manifestó Salvador en tono de amarga duda.—Ya sé que tu tío te da de algún tiempo á esta parte bastante dinero para tus vanidades; pero esto es joya cara. ¿Cómo es que siendo tu costumbre consultarme hasta cuando compras una vara de cinta, no me has dicho nada de este despilfarro?

—Pensaba decírtelo hoy—repuso Andrea soportando con heroismo la mirada penetrante del hombre.

—Entonces lo has comprado ayer.

—Ayer, sí. ¿Eso te sorprende? Ya sabes que me gustan las joyas bonitas... ¿Pero por qué pones esa cara? ¿Qué piensas?

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Pienso que lo que me dices no será tal vez la verdad—afirmó Monsalud severamente.

—¿De modo que yo no puedo comprar un diamante?

—Pero este diamante es muy caro.

—No tanto como crees, niñito—dijo Andrea tomando la sortija y poniéndosela en el dedo.—No es muy fino. ¡Pero qué bonito es!

Movía su mano al sol, y los reflejos que partían de ella semejaban hilos de luz, enredándosele en los dedos.

—¿Y este collar de perlas?—preguntó el amante sacando de la caja una magnífica madeja de diez hilos con perlas pequeñas, pero muy iguales.—No dirás que no es fino. Entiendo algo de perlas y éstas son de las mejores.

—Ya lo creo—dijo Andrea, sin dejar su cómodo asiento sobre la piel de tigre entre cuyos pelos habían vuelto á desparramarse aquí y allí las amorosas cartas.—Buen dinero me ha costado.

Salvador la miró de tal modo, que la indiana no pudo permanecer en silencio. Necesitaba hablar con cháchara festiva para borrar de su rostro todo rasgo que, indicando la presencia de ciertas ideas en su mente, confirmara las sospechas del hombre.

—Veo que estás muy fastidioso—dijo.—Dame acá.

Tomando vivamente el collar, se lo puso.

—¿No es verdad que es precioso?—añadió inclinando la cabeza hasta unir la barba con la garganta y bajando todo lo posible los ojos para recrearse en la voluptuosa hermosura de su propio seno.—Sostén que no es bonito.

—¿Lo has comprado tú?

—No, que me cayó del cielo. ¿Pues cómo lo tendría si no lo hubiera comprado?...

Monsalud movió la cabeza con triste expresión.

—Vamos, que no se puede tener nada sin tu permiso... Precisamente hoy pensaba hablarte de esas magníficas compras. Mi tío me dió antea-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

yer una gran cantidad; no sé cuanto, mucho, muchísimo dinero. Compré estas joyas á una señora viuda de un intendente... ¡Qué ojos pones! parece que eres tonto... Sí señor, las compré con mi dinerito. Me gustan las cosas buenas. También compré en casa del francés de los portales de Bringas una *citoyenne* preciosísima, y un chal muy rico. ¿Qué tiene usted que decir á eso, Sr. Majaderito?

Como un pájaro que vuela, corrió á la cómoda y sacó las dos prendas mencionadas. La *citoyenne*, guarnecida de pieles de armiño y con forro de seda azul y recamada con cordonadura de oro, presentaba el más rico y lujoso aspecto. El chal era de color de rosa con listas blancas que brillaban como la más deslumbradora plata. Con esa rapidez de manos que acompaña siempre al instinto del bien parecer, Andrea se puso la *citoyenne*; depués arrojó la *citoyenne* para ponerse el chal.

—¿Estoy bien?

Demasiano bien—repuso Monsalud contemplando con arrobamiento la hermosísima figura de la indiana, que volvía la cabeza ante el espejo para verse la espalda.

—Si me lo permite el Sr. Majaderito—dijo dirigiéndose á él con ademanes ceremoniosos,—usaré estas prendas que me han costado mi dinero.

Salvador no contestó. Hallábase en un estado de profundísimo estupor, cercano al embrutecimiento. Andrea se quitó el chal y lo envolvió rápidamente en el cuello de su amante, diciendo:

—¡Te ahorcaré!

—Había puesto la rodilla en el canapé, y su cuerpo gravitaba con dulce pesadumbre sobre el pecho y los hombros de Monsalud.

—Andrea—dijo éste rechazándola suavemente.—Si mintieras, si me engañaras, si estuvieras jugando conmigo, no tendrías perdón de Dios. Quiero creer que no es así. Casi prefiero una ceguera estúpida á perder la idea que tengo de tí.

—Pues si te enfadas—exclamó ella con vehemencia,—no quiero el dimante, no quiero el collar, no quiero el chal.

Quitóse rápidamente las tres cosas y las arrojó lejos de sí, dando al mismo tiempo con el pié á la *citoyenne* que estaba en el suelo. Las perlas chocaron contra el cristal de una lámina, y el diamante cayó detrás de la cortina de uno de los balcones, sin producir ruido alguno. Monsalud fué allá.

—Ha caido sobre un ramo de flores—dijo con asombro.—Andrea, ¿quién te ha dado este ramillete?

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Sañaló el objeto mencionado que estaba en el suelo junto á los cristales del balcón, dentro de un hermoso búcaro de la Moncloa.

Andrea estuvo breve rato sin poder contestar.

—¿No te dije que me lo había traido mi tío esta mañana?

—Nada me has dicho. ¡Hermoso ramo! Violetas, pensamientos y rosas tempranas. ¡Qué galante es tu tío!

—Si creerás que me pretende por esposa.

—¿Por qué no?—dijo Salvador tomando el ramo y aspirando su delicado aroma.—El Sr. Campos está todavía en buena edad.

—Pero no quiere hacer el papel de D. Bartolo. Dame el ramo. Quisiera

que la belleza de tantas flores estuviera en una sola para dártela, y que el olor de todas estuviera también en una sola, para que guardándola siempre, te sirviera de memoria mía.

Dicho esto con voz patética, que sorprendió mucho á su interlocutor, sacó del ramo una rosa para ofrecerla á Monsalud.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¿Es la primera vez que tu tío te regala flores?—dijo éste meditabundo.

—¿No la quieres? ¿No quieres una flor que te doy? pues toma, toma, toma.

Andrea se había sentado otra vez sobre la piel de tigre, y desbaratando el ramo, cada vez que decía *toma*, arrojaba una flor á su cortejo, apedreándole de este modo lindamente. Él se las devolvía.

Concluido esto, extendió sus brazos sobre la piel ocultando el rostro contra ellos. Yacía dulcemente contorneada en el suelo, y el chal se enroscaba en ella como una culebra de rosa y plata. El desorden de aquella escena era encantador. Las pieles de armiño de la *citoyenne*, semejantes á copos de nieve, eran hollados por los piés de la preciosa indiana, y las ricas telas y la cordonadura de oro se revolvían entre los pliegues de sus vestidos; las flores aparecían diseminadas en distintos puntos; algunas habían caido sobre las sillas, otras sobre la misma piel de tigre; violetas y jacintos veíanse deshojados y rotos, quier sobre las mismas piernas de Monsalud, quier en los propios rizos del negro pelo de ella. Las perlas extendían diversos circuitos irregulares sobre la alfombra, y el diamante fulguraba sobre el velador como una mirada satisfecha, recreándose en aquel pintoresco y brillante desconcierto.

Uno y otro callaban. Únicamente se oía el ruido que hacía un jilguero en el balcón, escarbando su alpiste y limpiándose después el pico contra los alambres de la jaula. Monsalud, con el codo puesto en uno de los cojines de la cabecera del canapé y la barba en la mano, hallábase en el estado de atonía y silencio y quietud que anuncia miradas interiores, ú observación de fenómenos propios que impresionan profundamente. Andrea no chistaba. Las elegantes ondulaciones de su cuerpo yacente alterábanse un poco con los movimientos propios de la impaciencia contenida ó con los de la respiración. De pronto movió la cabeza; Monsalud se extremeció todo al ver aquel movimiento que le mostró la hermosa fisonomía de la indiana, y sus ojos llenos de lágrimas.

—¡Andrea!—exclamó movido de sorpresa y pasión.

La indiana saltó como una ondina, y corriendo á abrazarle, secó aquellas lágrimas junto á él.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XIV

CUANDO la criada les avisó que había peligro, Monsalud pasó á la sala. No era Doña Romualda quien venía, sino el mismísimo Campos acompañado del marqués de Falfán de los Godos.

—¿Has esperado mucho?—preguntóle Cicerón.—¿Y Andreilla, no ha salido á acompañarte?

Salvador, contestando lo que le pareció, estrechaba friamente la mano del Sr. Campos y la del Marqués.

—Ya sé á lo que vienes—dijo el *sublime perfecto*.—Siempre con el tema de ese bribón de Gil de la Cuadra... Ahora quizás sea más facil. Ya sabes que cae el Ministerio.

—¿Es positivo?

—Figúrate que hoy en la apertura de las Cortes, Su Majestad ha añadido por cuenta propia un parrafillo al discurso de la Corona, en el cual con buenas palabras pone cual no digan dueñas á sus ministros.

—Y en cuanto ha llegado á Palacio le ha faltado tiempo para exonerarles...—dijo Falfán.—Yo me río al ver las singulares prácticas constitucionales de nuestro Soberano.

—Mientras no se sepa quién nos gobernará mañana—añadió Campos,—hay que dejar á un lado todos los negocios pendientes. ¡Oh! mi buen Aristogitón, no pienses que te olvido. Aunque tú pagas con desaires y un hocico de tres varas los beneficios que se te hacen, ¡qué demonios! me he propuesto complacerte y lo conseguiré. Encuentro muy meritorio ese interés que tomas por un pobre anciano desvalido. Hay que trabajar,

(c) 2008 Ministerio de Cultura

hay que trabajar, granujilla, porque satisfagas tus sentimientos caritativos. Eres todo un hombre de bien...

—Gracias—repuso Salvador cavilando acerca de la nueva ingeniosidad de su amigo.

—Ya hablaremos, ya hablaremos—dijo Campos.—Ahora tenemos el Marqués y yo muchas cosas en qué pensar. Y puesto que te hallamos aquí tan á punto, querido Monsalud, vamos á darte una buena noticia. ¿Se lo digo, Sr. Marqués?

—¿Por qué no?—indicó Falfán de los Godos promulgando el gozo de su alma por medio de sonrisillas y gestos.

—El Sr. Marqués se nos casa—dijo Campos acariciando la espalda del exento.—Ya supondrás con quien. Con mi sobrina.

Monsalud se quedó blanco y frío. Una punzada agudísima hizo extremecer de dolor su corazón. Afortunadamente, la sala estaba oscura, y la emoción del joven que se esforzaba en disimular, no fué advertida.

—Es un proyecto improvisado sin duda—dijo pasándose la mano por la frente para apartar una especie de negrura que le caía sobre los ojos.

—Ya venimos pensando en esto hace algún tiempo. Pero el Sr. Marqués no ha necesitado hacer grandes esfuerzos para cautivar á la hermosa americanilla.

—Pongamos las cosas en su verdadero lugar—dijo Falfán de los Godos haciendo alarde de buen sentido.—No soy un vejete de comedia, bien lo sabe el amigo Monsalud. Conozco la fecha de mi nacimiento y la desproporción que existe entre mi edad y la de Andrea. Por eso no he caido en la ridiculez de pretender inspirar á la niña una pasión formidable... Verdad es que no soy un mamarracho, y mis cincuenta ofrecen un aspecto tolerable... pero no; nada de pasiones exaltadas. Yo me contento, amigos míos, con haber logrado, como es evidente, inspirar á Andreita un amor tranquilo y sesudo... pues, sesudo; un amor que á las dulzuras propias de este sentimiento reune las sabrosas insulseces de la amistad. Me satisface además, completamente, el saber que las primicias sentimentales del corazón de esa tierna criatura van á ser para este goloso que indudablemente no las merece.

—Eso sí, amigo Falfán—manifestó Campos:—la prenda que se lleva usted excede á todos los elogios. No es porque sea hija de mi querido hermano, ni me ciega el amor de tío que le profeso; pero la verdad por delante. Existen pocas muchachas como Andrea. Nada hay que decir de su belleza que está á la vista de todos; ¿pero y su talento, y sus virtudes, y su piedad, y su genio manso y apacible, y aquella bondad deliciosa

(c) 2008 Ministerio de Cultura

que convida á entregarle el corazón? Un defecto tiene, y por lo mismo que está delante el que va á ser su marido, lo digo... ya hemos hablado de esto el Marqués y yo; pero este defecto es de los que dejan de serlo, cuando se está en posición holgada y opulenta como la que tendrá la marquesa de Falfán de los Godos... la marquesa, sí, sí; ¿por qué no se ha de decir? He encargado hoy mismo una magnífica palangana de plata con las armas y el hermoso lema *Vallifanius Gothorum*... pues volviendo al defectillo...

—No hay que fijarse en una inclinación propia del bello sexo, y que frecuentemente adorna á las que han nacido hermosas—dijo el Marqués. —¿No es verdad, querido Aristogitón?

—Seguramente. El Sr. Campos se refiere á la pasión del lujo y al delirio de las galas y atavíos para realzar la hermosura.

—Andrea se ocupa excesivamente de engalanar su persona—dijo Cicerón;—pero esto, que sería imperdonable en la esposa de un menestral, ¿puede vituperarse en la mujer de un prócer millonario? De ninguna manera.

—Al contrario—indicó Monsalud,—la alta posición exige un esmero constante en la persona, cultivar el lujo, favorecer las artes; con lo cual, una dama elegante da lustre á su marido y á la casa cuyo nombre lleva.

—¡Oh! Ha hablado usted acertadamente—dijo el Marqués echándose atrás y dándose golpecitos en la boca con el puño de su bastón.

—¿Pero qué hace esa chiquilla que no viene?—exclamó con impaciencia Campos.—¡Andrea, Andrea!

Monsalud ante la anunciada presencia de Andrea, sintió una llama en su pecho. Resolvió esperar.

—Voy á buscarla—dijo Campos.—Vaya, que nos obliga á hacer unas antesalas...

Cuando el Marqués y Salvador se quedaron solos, aquél pegó la hebra, como suele decirse, en la política, espetando á nuestro amigo un trozo literario que bien podría haber pasado por artículo de fondo en las graves columnas de *El Universal*, órgano entonces de la gente templada. Poca ó ninguna atención ponía el angustiado joven á los atildados párrafos y discretas observaciones del Marqués, que supo hacer un resumen de la famosa *coletilla* añadida por el Rey á su discurso de apertura en la solemnidad constitucional de aquel día 1.° de Marzo de 1821. Emitió después varios juicios, todos muy templados y sesudos, acerca del estado general de la cosa pública, de la caida del Ministerio, del conflicto parlamentario que debía suceder al acto imprudente de la Corona;

(c) 2008 Ministerio de Cultura

dirigió una ojeada en redondo al inmenso círculo de los sucesos y de las personas, señalando fenómenos desconsoladores, previendo desastres, anunciando terribles hundimientos y naufragios de esa viejísima *nave del Estado*, en la cual la literatura política de todos los tiempos y lugares ha hecho tantas travesías.

Como se atiende á la lluvia, cuando no se piensa salir á la calle, así atendió Monsalud al chubasco verbal del Marqués. Dejábale hablar. Al través de aquel nublado, el desairado amante no veía más que el cielo que había perdido. Estaba anonadado cuando regresó Campos. El semblante de éste revelaba tristeza y contrariedad.

—¿Qué hay?—le preguntó Falfán.

—Nada, que esa mocosilla se nos ha puesto mala.

—Que vayan á buscar un médico... ¡pronto, un médico!—exclamó con agitación el exento, levantándose y dirigiendo brazo y bastón al Oriente y Occidente, como general que da órdenes en una batalla.

—No es para tanto.

—¿Puedo pasar á verla?

—Creo que sí—dijo Campos con oficiosa complacencia.—Pero ahora... Querrá dormir un rato... Puede usted pasar si gusta al cuarto de Romualda que acaba de llegar.

Falfán salió.

Monsalud al verse solo con Campos, sintió que en su pecho nacía uno de esos accesos de coraje que al varón más prudente le impulsan á acciones violentas y brutales. Levantóse con los dientes apretados, las manos crispadas...

Campos vió que sobre él caía una tempestad. Cruzando las manos en ademán de súplica, detuvo al joven, diciéndole:

—Monsalud, por tu honor, por tu vida, cálmate... Soy tuyo, soy todo tuyo, te pertenezo. Pídeme lo que quieras. Da por conseguido lo que pretendes. Tu pariente, tu padre ó lo que sea, saldrá de la carcel... pero no hagas escándalos, no me comprometas... por Dios y por la Virgen Santísima, no alces la voz.

Monsalud vaciló un instante, hizo un esfuerzo para dominar su cólera, y después dijo:

—¿Á qué tanta farsa? Hablemos con claridad.

—Sí, con claridad—repuso Campos muy agitado.—He descubierto todo. Yo soy aquí el engañado, yo soy aquí el ofendido, porque has infamado mi casa; pero te perdono, te lo perdono todo con tal que te vayas y no vuelvas más, con tal que desaparezcas y no existas para mi

(c) 2008 Ministerio de Cultura

sobrina... Yo tengo derecho á ello; tendría derecho á quitarte hasta la vida; pero lo pasado, pasado. Vete. Ya sabes que he querido favorecerte; no te quejarás de mí. En cambio te pido que huyas, que desaparezcas, que no existas más para mi sobrina. Si quieres, te lo pediré de rodillas, y será gracioso ver á un *Valeroso Príncipe del Real Secreto* de hinojos ante un triste *Caballero Kadossch*. Vete y búscame lejos de aquí para ponerme á tus órdenes. ¿Quieres que se suelte á todos los reos que hay en Madrid? Se soltarán, se soltarán con tal que no existas más para Andrea.

—¡Andrea!—exclamó Monsalud procurando traducir en expresiones de desprecio la furia de su alma.—Yo la desprecio como te desprecio á tí, farsante!

Sin oir las palabras que balbució Campos, el amante engañado salió de la casa.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XV

MONSALUD se ocupó durante gran parte del día en diversos asuntos que no podía abandonar, por muy perturbado que su ánimo estuviese. Cuando fué á su casa, mucho más temprano que de costumbre, Solita con toda la inocencia de su alma le dijo estas palabras:

—Hermano, hoy sí que te ha soltado pronto tu novia.

La muchacha se quedó muda de asombro y terror al ver que su broma no era recibida, como de costumbre, con simpatía y buen humor. El semblante de su hermano indicaba una agitación extrema, y sus labios descoloridos articulaban sílabas silenciosas.

—Déjame en paz—le dijo con bruscos modos.—No seas impertinente.

Solita temblaba como un criminal arrepentido. Su impertinencia se le representaba en la imaginación cual horrendo delito. Después de meditar breve rato, creyó que el mejor medio para lavar su falta, era pronunciar algunas palabras que destruyeran el deplorable efecto de las anteriores.

—¿Te pasa algo?—preguntó con mucho interés.—¿Estás enfermo?

Monsalud alzó la cabeza, mostrando á los atónitos ojos de Solita los suyos llenos de extraño fuego.

—No me pasa nada. Ya hace media hora que estás plantada en la puerta—dijo el hermano en tono durísimo.—¿Me dejarás al fin en paz? Sola, Sola, ¿por qué eres tan pesada?

Esta reprensión era demasiado fuerte para el alma asustadiza de la hija del realista. Sintió una congoja que le desgarraba el corazón, y casi casi estuvo dispuesta á arrojarse de rodillas delante de su hermano,

(c) 2008 Ministerio de Cultura

pidiéndole que la perdonase. Pero el temor de enojarle más la contuvo. Estaba tan asustada, que hasta temía molestarle con el ruido de sus pasos al retirarse. Hubiera deseado poder huir sin moverse, sin correr, sin andar, desapareciendo como una sombra ó apagándose como una luz.

—Te he dicho que no necesito nada—repitió Salvador deteniéndose ante ella, después de dar varios pasos por la habitación.

Un instante después Monsalud estaba solo consigo mismo. Midió la pieza de largo á largo varias veces con agitado paseo; sentóse luego, y apoyando los codos en la mesa, puso la cabeza entre las manos, como si necesitara aquella de estos dos puntales para no caerse del busto. Al cabo de un rato de dolorosa meditación sobre su desaire, la voluntad, ó mejor dicho la misteriosa fuerza reparadora que en el orden moral como en el orden físico poseemos, empezó á trabajar dentro de él. Trataba de consolarse, imaginando razones positivistas que atenuaran el desconsuelo total de su alma, curando además la profunda herida abierta en el amor propio. Pero en estos casos de sensibilidad hondamente excitada, las razones positivistas por ingeniosas que sean y aunque emanen de la dialéctica más segura, son como los medicamentos que el criterio vulgar llama paños calientes y que ó no hacen nada ó exacerban el mal.

El dolorido razonaba admirablemente, y mientras mejor razonaba, argumentando contra su propio dolor, más crecía éste, con más fuerza hincaba su agudo diente, más avivaba sus inextinguibles ascuas. Una lógica incontrovertible demostraba que habría sido gran error contraer matrimonio con Andrea; demostraba que en el carácter de la americana había un gérmen maléfico cuyas consecuencias érale facil prever á la razón fría.

Pero armas tan sutiles no eran poderosas contra la sensibilidad inflamada. Calmada esta, consideraba con elevación el mal que padecía, generalizando sus desgracias y sometiendo todas las ocurrencias desdichadas de su vida á una ley fatal, que presidía sus tristes destinos, como las estrellas de la antigua nigromancia.

—Otra equivocación—decía,—otra caída, otro desengaño. Todo aquello en que pongo los ojos se vuelve negro. Si mi corazón se apasiona por algo, persona ó idea, la persona se corrompe y la idea se envilece. Conspiro y todo sale mal. Deseo la guerra y hay paz. Deseo la paz y hay guerra. Trabajo por la libertad y mis manos contribuyen á modelar este horrible mónstruo. Quiero ser como los demás y no puedo. En odas partes soy una excepción. Otros viven y son amados; yo no vivo ni soy amado, ni hallo fuente alguna donde saciar la sed que me devora.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

¿Amigos? ninguno me satisface. ¿Artes? las siento en mí; pero no tengo educación para practicarlas. ¿Amor? siempre que me acerco á él y lo toco me quemo. ¿Religión? los volterianos me la han quitado sin ponerme en su lugar mas que ideas vagas... Dios mío, ¿por qué estoy yo tan lleno y todo tan vacío en derredor de mí? ¿En dónde arrojaré este gran peso que llevo encima y dentro de mi alma? Voy tocando á todas las puertas, y en todas me dicen: "Aquí no es, hermano, siga usted adelante.„ Voy siempre adelante. Algún sér existe sin duda que está sentado junto á su casa, esperándome con ansiedad; pero yo paso y vuelvo á pasar, subo y bajo, entro y salgo con mi carga á cuestas, y no doy jamás con la puerta de mi semejante. Voy aburrido y desesperado, ando sin cesar. "¿Será aquél?„ me pregunto. Creo haber acertado, y una brutal mano me lanza al camino diciendo: "Sigue adelante, que aquí no es„... "Aquí no es, aquí no es, aquí no es.„ En toda mi vida no oiré sino estas desesperantes palabras. "Aquí no es,„ me dijo Genara. "Aquí no es,„ me dijo el partido jurado. "Aquí no es,„ me dijo la emigración. "Aquí no es,„ me dijo la patria. "Aquí no es,„ me dijeron las logias del año 19. "Aquí no es,„ me han dicho los liberales de ahora. "Aquí no es,„ me acaba de decir Andrea. No es en ninguna parte, y yo moriré de cansancio y fastidio en medio del camino. ¡Maldita sea la hora en que nací! Hijo soy del crímen, y la expiación de él tomó carne y vida en mi persona miserable... ¿Por qué soy tan distinto de los demás que en ninguna parte encajo? ¿Por qué ningún hueco social cuadra á mi forma? Mejor es desbaratarse y morir ¡Dios mío! que estar siempre de más...

Al concluir esta serie de razonamientos que brotaban en su cerebro como chispas de un hierro candendente herido en la fragua por el martillo, dió repetidos golpes con la frente en la dura tabla de la mesa.

¡Pobre hombre! La verdad es que teniendo los medios vulgares para ser feliz, no podía serlo, sin duda por repugnar á su naturaleza los vulgares medios. Pero se equivocaba al echar la culpa de sus contrariedades al destino, á las estrellas, á una crueldad sistemática de la Providencia, como es frecuente en los que razonan poco: las causas de su constante desaliento y de sus caidas teníalas dentro de sí mismo, y se estaba atormentando constantemente en virtud de una poderosa fuerza crítica que acompañaba todos sus actos. Sin quererlo, su mente le presentaba con claridad suma todas las abominaciones y fealdades de los hombres y de la vida, exajerándolas quizás, pero sin perder ninguna. Por eso, cuando el natural orden de compensaciones que preside á la existencia le conducía á una situación lisongera y optimista, el amor,

(c) 2008 Ministerio de Cultura

por ejemplo, se abrazaba á ella con la desesperación del náufrago; y despertando todas las fuerzas de su sér, las dirigía al caro objeto; se apasionaba y exaltaba tanto, como si toda la vida debiera condensarse en una semana y el universo entero en las sensaciones y los espectáculos de un día. Cuando el desengaño llegaba, natural invierno que con orden incontrovertible sigue al verano de la pasión y del entusiasmo, le sorprendía á tanta altura que sus caídas eran desastrosas. Otros caen de una silla y apenas se hacen daño. Él, que siempre se encaramaba á las más altas torres, quedaba como muerto.

Otra causa le hacía infeliz, la desproporción inmensa entre sus condiciones sociales ó de nacimiento y la superioridad ingénita de su inteligencia y de su fantasía. La fantasía le estaba incitando á todas horas con vivaces estímulos: era como un aguijón constante que intentara hacer correr á quien carece de piés. Considerad una inspiración ardiente sin medios de manifestarse, semejante á la curiosidad óptica del ciego; una inspiración que daba el fuego sin combustible, el agua sin vaso, la idea sin la palabra, ni la línea, ni la nota; considerad un alto ingenio que no sabe más que leer y escribir en una época en que el arte tiene que ser letrado porque han desaparecido los bardos y los trovadores de camino, y comprendereis cómo pesa sobre un alma la fantasía cuando la falta de educación la ha privado de sus sentidos propios. Es verbo inencarnado que lucha en las tinieblas con horrendo torbellino, queriendo ser forma y sin satisfacer jamás su anhelo doloroso.

Salvador tenía pasión por la música. Al establecerse en Madrid el año 18 creía en su candor (pues su alma era en el fondo excesivamente candorosa) que aquel arte estaba al alcance de todo el mundo. Ignoraba las inmensas dificultades técnicas, jamás vencidas después de la infancia, que caracterizan al arte más amable y más profundamente patético en la vaguedad soñadora de su expresión. Con estas ideas, Monsalud compró un piano. Creía, como vulgarmente se dice, que en el clave todo es coser y cantar. El desengaño vino al instante, y el pobre joven se encorvaba con desesperación sobre el ingrato instrumento, y sus dedos de hierro herían las teclas sin poder hacerles hablar más que un lenguaje discorde y estrepitoso. Al mismo tiempo trataba de explorar el mundo de aritmética y de armonía comprendido en las cinco rayas de la cábala musical, y su mente caía rendida ante un trabajo que exige paciencia sin fin y árida práctica. Un día le sobrevino un arranque de ira durante los estudios musicales, que asemejaban su casa á un conservatorio de locos, y tomando un martillo, dijo á las teclas:

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¿No quereis responderme? pues tocad ahora.

Y las despedazó. La caja no tuvo mejor suerte, y una vez vacía, la

(c) 2008 Ministerio de Cultura

llenó de legajos. Aquel clave sufrió la suerte de los hombres que á cierta edad se vacían de ilusiones y se llenan de positivismo.

La poesía escrita le cautivaba sobremanera. También se le antojó ser poeta escrito, lo cual es muy distinto de poeta sentido; pero tropezó con el inconveniente de no saber de nada, grave contrariedad que estorba mucho, aunque no tanto como al músico la ignorancia técnica de su arte. El poeta puede salir de su atolladero con libros, y en aquel tiempo, aunque pocos, había libros. Lo que principalmente faltaba era espíritu literario, que es la atmósfera del artista; faltaban público y amigos tocados de la misma debilidad versificante, porque cuanto respiraba, respiraba entonces con los pulmones de la política. Salvador creyó, sin embargo, que en sí mismo encontraría todo lo necesario, es decir, poeta, espíritu poético, público y hasta el aplauso, que también es musa. Compró libros, empezó á desflorar aquí y allí; pero ¡ay! que á las primeras tentativas vió que le faltaba una musa imprescindible, una musa sin cuya condescendencia no es posible hacer absolutamente nada; le faltaba tiempo. No sabemos lo que habrían hecho Homero y el Dante con su inmensa inspiración, si no hubieran podido consagrar á los versos ni aun medio minuto; si hubieran tenido que ganarse la vida trabajando diez y seis horas en áridas cuentas y fatigosos menesteres; si la obligación sagrada de mantener á su madre les hubiera quitado toda ocasión de renunciar al trabajo lucrativo para emprender la gloriosa, agitada y vagabunda vida de la imaginación.

Un día Salvador se sintió muy mal humorado. Cogió los poetas, y acordándose de Felipe II, les trató como á herejes.

Aún le quedaba un respiradero, un escape, una vía libre, aunque muy estrecha para salirse á sí mismo y quebrantar la ley de concentración y encierro que le estaba emparedando el alma, digámoslo así; le quedaba el periodismo, y entonces había una prensa no despreciable, donde la juventud podía hacer sus juegos. *El Espectador* y *El Universal*, que hoy nos hacen reir, eran órganos hasta cierto punto afinados y sonoros. Salvador no dejó de hacer la prueba; pero bien pronto aquel enérgico espíritu crítico de que antes hablamos le hizo aborrecibles las redacciones, como le hizo aborrecibles más tarde las logias, los clubs y la política.

Mas de repente descendió para él de ignorado cielo la hermosa figura de Andrea. Entonces las artes todas, que antes no habían tenido nota ni palabra, se realizaron. Andrea era la música, la poesía, la pintura, la estatuaria, hasta la arquitectura y la danza; era también, si se quiere, el periodismo, la gran política, la vida toda en fin. El arte tiene distintos

(c) 2008 Ministerio de Cultura

caminos para satisfacer el alma: unas veces va por el camino de los lienzos y de las notas, otras por los derrumbaderos de la pasión entre tormentos y goces infinitos. Como quien lo tiene todo, como quien recoge á manos llenas abundantes frutos y flores en todas las ramas del gran arbol del espíritu, Salvador estaba satisfecho; las teclas habían respondido, y sin notas ni versos, poesía y música habían saciado su sediento afán.

Corrieron días felices. Él, sin embargo, se proporcionaba el placer de atormentarse pensando en la probabilidad de perder á su amada; y su cavilación, despertando otros recuerdos y estableciendo los términos sistemáticos de su desgracia, llegó á darle la seguridad completa de un conflicto. El alma se defendía rabiosamente contra aquella alevosa guerra de distingos y sutilezas. Por adorar, hasta adoraba los defectos de Andrea, mejor dicho, veía en ellos gracias nuevas y donaires desconocidos, por cuyo motivo, en el momento de la caida, le hemos visto rechazando las razones positivistas con que el pérfido *intellectus* trataba de arrancarle su hermoso sueño. Andrea era para él la totalidad de las satisfacciones humanas y el ideal de la vida. La amaba en globo, con sus defectos, conociéndolos y aceptándolos como se aceptan sin la más leve protesta de los ojos las manchas del sol. Ni por un momento pensó en apartarse de ella por causa de tales lunares, accidentes encantadores que se confundían con las perfecciones, sin que el ciego amor pudiera decir dónde acababa Dios y empezaba Satán. El egoismo estupendo del amor ahogaba entonces en Monsalud la potencia crítica que en él hemos reconocido. Para que uno y otro se separaran, era preciso, pues, que mediase una gran violencia ó una traición de ella. Esta vino, como hemos visto, y el pobre hombre dolorido y desesperado por la conmoción de la caida, meditaba en la noche que siguió al día del desengaño, verificando una especie de recreo en su propia pena, y golpeaba en la tabla del bufete con su cabeza, cual si ésta fuera un caldero lleno de absurdos, que merecía ser roto y desocupado.

Entre tanto, Solita, llena de consternación por lo que había visto y oido, se retiró. No se apartaba de su mente la idea de que Salvador sufría algún mal muy grande. ¿Cómo consolarle, cómo aliviarle al menos? Por último, cavilando durante largo rato, sus ideas variaron.

—Ya adivino lo que es—dijo.—Salvador está triste y enojado porque tiene malas noticias de la causa de mi padre.

Al instante corrió en busca de Doña Fermina. Manifestóle lo que había pasado, y las dos deliberaron si debían esperar á que él revelase la causa de su malestar ó interpelarle desde luego sin miedo.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Esperemos—dijo la madre.—Si dá en callar no le sacaremos una palabra.

No había concluido de decirlo, cuando sintieron la voz de Monsalud.

—¡Madre, madre... Soledad!

Corrieron allá.

—Madre... Soledad...—repitió Salvador viéndolas entrar.—Aquí no

tiene uno quien le acompañe... le dejan á uno morirse de tristeza. Ni siquiera vienen á preguntar si se me ofrece algo.

El semblante del jóven expresaba una reacción viva en sentido consolador. En lo más extremado de su pena, sintió que ésta se agrandaba con el aislamiento, y un poderoso instinto de restauración le impulsaba á rodearse de personas queridas.

—Hijo, si estamos aquí... Sola me ha dicho que la has despedido con dos piedras en la mano—dijo Doña Fermina.

—Ha sido una broma—indicó Monsalud, sintiendo remordimiento por haber tratado mal á su protegida.—Solilla, siéntate aquí y trabaja en mi cuarto. Necesito que me acompañes.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¿Tienes que decirnos algo desfavorable del pobre D. Urbano?

—Nada, nada; todo lo contrario. Espero sacarle pronto de la carcel. Hoy precisamente han variado las cosas.

Solita miró con expresión de incredulidad á su hermano.

—¿No lo crees?... Pronto verás que no te engaño... Una circunstancia imprevista lo arreglará todo. ¿Estás enfadada conmigo porque te dije impertinente?

—¡Qué tonto eres!—respondió la de Gil de la Cuadra, toda ruborosa y turbada.—Nada de lo que tú hagas ó digas me puede enfadar. ¿Qué importa una palabra de más ó de menos? Bien sé que eres muy bueno para mí.

—Gracias, hijita. Haces bien en tener esa confianza en el hombre que va á ser...

—¿Qué?

—Padrino de tus muñecos. Tengo ganas de ser padrino de algo. Sin embargo, más vale que no sea yo padrino de ellos.

—¿Por qué?

—Porque se morirían.

—¿Pero es verdad que no nos engañas? ¿Hay esperanzas de que el Sr. D. Urbano?...—volvió á preguntar Doña Fermina.

—Sí, tengo mucha esperanza de lograr mi objeto. ¡De qué caminos tan extraños se vale la Providencia!

—¿Pero es cierto, es verdad lo que dices?—exclamó Sola derramando lágrimas de ternura.—¡Mi padre libre!

—El corazón—dijo Doña Fermina,—me ha estado diciendo todo el día que se nos preparaba un acontecimiento feliz.

—Y yo—añadió Solita con emoción profunda,—también he tenido hoy unas corazonadas... Anoche soñé que me asomaba al balcón y que veía á mi padre entrando en la calle. El pobrecito me saludaba con la mano, dándose tanta prisa á entrar y subir la escalera, que tropezaba á cada momento.

—Es particular—dijo la madre.—Yo también soñé anoche una cosa parecida.

—Es particular—dijo Monsalud.—Sin duda es esta la casa del sueño. Hace poco me quedé aletargado y soñé...

—¿Que mi padre estaba libre?

—Sí; pero mira de qué modo tan particular. Yo me dirigía por la calle de la Cabeza á la carcel de la Corona. Llegué á la puerta y me salió al encuentro, ¿quién creerás que me salió al encuentro?

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¿Un centinela?
—¿Un carcelero?
—Un perro.
—Lo mismo dá.
—Un perro, no de tres cabezas, como el del Infierno, sino de una sola; pero tan horrible, que su vista me hacía temblar de sobresalto y pavor. Sus ojos despedían fuego, y su espantosa boca llena de cuajarones de sangre, se abría hasta las orejas dejando ver feroces dientes agudísimos y una lengua que vibraba como hoja de metal. Era la bestia más repugnante y fea que imaginarse puede. Pero lo más particular era que aquel horrendo animal hablaba.

—¿Hablaba?...

—Yo le dije que iba á buscar á un infeliz encerrado en la carcel. El perro fijó en mí sus ojos de fuego, cuya claridad me llegaba al alma, extremeciéndome todo.

Las dos mujeres se extremecían también, y los ojos de Solita no estaban menos espantados que si tuvieran enfrente al temible cán.

—El perro dió un gruñido—continuó Monsalud, y con su voz que resonaba como si saliera de honda caverna, me dijo: "Está bien, amigo mío...„

—¡Amigo mío!... pues no dejaba de ser cortés.

—"Está bien, amigo mío, me dijo; puedes llevarte al preso con una condición. Ya sabes que yo me alimento de corazones. Dame el tuyo, y hemos concluido.„

—¿Y se lo diste?... pero hombre... pero hijo...—gritó Doña Fermina con impaciencia.

—Me clavé las uñas en el pecho, apreté fuertemente, metí la mano...

—¡Jesús!—exclamó Solita, apartando el rostro.

—Metí la mano, me saqué el corazón y se lo arrojé á la bestia, que con su feroz boca lo cogió en el aire. Entré, y cuando salía, sacando al Sr. Gil, ví que el perro mascullaba el pedazo de carne, saciándose en él. ¡Ay, cuánto me dolía!

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XVI

SALVADOR se preocupaba bien poco de un acontecimiento que por aquellos días, los primeros de Marzo, agitaba hondamente el mar de la política, produciendo borrascas, zozobras y naufragios. ¿Necesitaremos recordarlo, á pesar de haber hablado de él, por cierto con mucha discreción, el marqués de Falfán de los Godos? El Rey, olvidando las prácticas constitucionales, ó haciéndose el tonto, que es la opinión más autorizada, añadió al discurso de la Corona un parrafillo de su invención, en el cual se quejaba de los insultos que diariamente recibía, acusando con este motivo á los Ministros y á las autoridades de Madrid. Alborotóse el Congreso, alborotáronse más los clubs, los Ministros estaban con medio palmo de boca abierta, sin saber lo que les pasaba, y mientras el Rey les destituía arrebatamente, dábales el Congreso un voto de confianza y una pensioncita de sesenta mil reales; admirable almohada para reclinar la gloriosa cabeza después de una caída.

Su Majestad, firme en el propósito de hacerse el tonto (y quien crea otra cosa no sabe hasta dónde llegaba la malicia del astuto *Rey neto*); pidió consejo á las Córtes para la formación del nuevo Ministerio, inaudita aberración constitucional, pues el Gabinete caído tenía mayoría. Los diputados contestaron al mensaje del Rey con un refunfuño de desconfianza, achacaron á la *mano oculta* los insultos consabidos, y negáronse á proponer los nuevos Ministros, dando á entender al Soberano que el Ministerio Argüelles era el mejor de los Ministerios posibles. Fernando consultó entonces al Consejo de Estado, y de esta consulta salió el Ministerio del 4 de Marzo.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Era natural que el nuevo Gabinete no gustase á nadie. Los tibios le tenían por exaltado, y los exaltados por tibio. Procedente como el anterior de la mayoría, el Gabinete Valdemoro-Feliú, representaba las mismas ideas, la propia indecisión, idéntica dependencia de manejos secretos; representaba también la debilidad frente á los alborotadores, las pedradas al coche del Rey, la tolerancia de las grandes conspiraciones y la persecución sañuda de las pequeñas. De entonces data, si no estamos equivocados, la célebre frase de *los mismos perros con distintos collares*. Más adelante, cuando Feliú pasó de Ultramar á Gobernación, el Gabinete se enderezó como una planta cuya sávia se regenera, y supo desplegar contra los alborotadores y los clubs una energía que hasta entonces no se había visto en el Gobierno después de la revolución.

Tal era la situación política á principios de Marzo. En el Gobierno debilidad; en el Congreso, confusión; en Palacio, solapados trabajos de conspiración, cuyas resultas se verán más adelante. El pueblo desbordado y sin reconocer ley ni freno alguno, expresaba su voluntad del modo ruidoso y grosero en los clubs. A fuerza de oir hablar de su soberanía, empezaba á creer que ésta consistía en el uso constante de la iniciativa revolucionaria y en el ejercicio atropellado de la revocación ó la sanción populares en asonadas, violencias y atrocidades sin cuento. Romero Alpuente, un vejete furibundo á quien después conoceremos, había dicho que la *guerra civil era un don del cielo*. Istúriz, joven y exaltado, había dicho que la palabra *Rey era anti-constitucional*. Moreno Guerra, había dicho que *el pueblo tiene derecho á hacerse justicia y vengarse á sí propio*. Golfin, había dicho que *la anarquía purgaba la tierra de tiranos*. Otro llamaba al Trono *cadalso de la libertad*.

Entre tanto las sociedades secretas estaban desconcertadas; porque si bien el nuevo Ministerio saliera de ellas como el anterior, no había gran seguridad de que se dejase gobernar por los *Valerosos Príncipes*.

—Estamos—decía Campos,—en la situación más oscura que puede imaginarse. Yo no he tenido nunca á Feliú por muy afecto á nuestro Orden, y temo mucho que se nos vuelva en contra. Sin embargo, anoche nos ha echado un discursejo con muchos ofrecimientos y palabrotas; pero no me fío, no me fío.

Esto lo decía el gran Cicerón sentado junto á una mesa del café de *La Fontana*, teniendo en frente á Salvador Monsalud, que entre sorbo y sorbo de café leía *El Espectador*. Cómo se habían juntado después de su violenta separación, cómo habían ido allí, apareciendo amistosamen-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

te reconciliados merced á un par de tazas y otras tantas copas, es cosa que se explica fácilmente. Campos fué á casa de Monsalud una mañana, anuncióle que tenía que hablar de asuntos igualmente graves para los dos, y aunque el joven le recibió con los peores y más ásperos modos, como Cicerón no se daba por ofendido y era hombre que respondía con risas á las palabras duras, bien pronto uno y otro, á pesar de su desacuerdo, hallaron un término común de reconciliación pasajera. Campos convidó á Aristogitón á pasar un par de horas en *La Fontana*, y una vez allí, sentáronse en el más apartado y oscuro rincón del local, tras la tribuna, y no lejos del mostrador. Casi estaban solos, porque en tal hora, el célebre club *de los amigos del orden* descansaba de sus fatigas.

—Pero á pesar de todo, nosotros no hemos perdido nada todavía—añadió Campos,—y yo quiero ver quién es el guapo que se atreve á dar un golpe á las sociedades secretas, autoras no sólo de la revolución de España, sino de las de Portugal y Nápoles. Este poder inmenso no se pierde por una veleidad ministerial... Con que, amado Aristogitón, yo planteo nuesta cuestión en los mismos términos en que la planteé en mi casa hace ocho días, cuando te pusiste como un basilisco y aún creo que intentaste pegar á tu maestro... pero hombre de Dios, ¿no me haces caso de lo que te digo? Mientras hablo, tú lees.

—Oigo perfectamente—dijo Monsalud dejando el periódieo y tomando la taza.—La cuestión planteada en los mismos términos de aquel día...

—Cuando me quisiste pegar—repitió Campos con burla.—Después me estuve riendo de tí dos horas. Si yo fuera un hombre terrible, te hubiera echado por el balcón; estaba en mi derecho.

—No lo niego. Si yo hubiera sido un hombre imprudente le hubiera roto á usted la cabeza; también estaba en mi derecho por haber sido engañado. Usted intentó comprarme con viles ofertas de destinos y menudencias.

—Y ahora te compro por el precio que tú te has puesto; te compro por la concesión de una gracia á que das suma importancia. La cosa en sí es la misma: no varía más que el precio y la clase de moneda. Tú me dejas en paz á mi sobrina...

—Y usted me pone en la calle á un pobre preso que será ahorcado si las cosas siguen por el camino que llevan.

—Perfectamente. Trato clarísimo y que no da lugar á engaños ni malas interpretaciones. *Do ut des.*

Campos como hombre que ve adelantar satisfactoriamente una nego-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

ciación de importancia, respiró con fuerza, embaulando después media taza. Robespierre (*) subió á sus rodillas. Uno y otro se acariciaron.

—No debieras extrañar—añadió,—que yo quisiera favorecerte con un buen destino y aun alejarte. A mí me gusta hacer las cosas con delicadeza. De este modo se llega al objeto sin ofender á nadie, sin ruido y sin dimes ni diretes. Creí que tú, hombre listo, me entenderías después del primer avance, y tomando lo que te daba, te dispondrías á callar y á obececer, dejándome el campo libre. Pero no entendiste. Tienes un candor honradillo que exige se te digan las cosas claras, y en verdad, á mí me repugnaba hablarte con claridad en asunto tan peligroso.

—Algo creí entender; pero como no contaba con la traición de Andrea, no pasé de sospechas vagas.

—¡La traición!—dijo Campos con gravedad irónica.—Pero hombre... ¡qué palabrotas se estilan ahora! Dí más bien que mi sobrina comprendió lo que sacaba del noviazgo contigo. Por mi parte, de algún tiempo á esta parte me desvelo porque tenga una posición tónica y como corresponde á sus méritos. Es tiempo ya de que tenga un padre vigilante y cariñoso. Te confieso, amigo Aristogitón, que cuando sospeché tus niñadas con ella, y más aún, cuando las sospechas se trocaron en certidumbre... ¡ay! sentía impulsos de despedazarte. Pero meditando bien, resolví tener mucha calma, abordar la cuestión con astucia, evitar un escándalo que pudiera turbar la paz espiritual del buen Falfán de los Godos. De esta manera todos quedan contentos. No creas que me ha costado poco cautivar á Andreilla. La pícara se nos escapaba como una mariposa, cuando creíamos tenerla segura; pero conquistado tú, que eres el Montjuich, la rendición de la ciudadela es inevitable... ¿Te das por conquistado?

—Me doy por conquistado.

—¿Renuncias por completo y en absoluto á ella? ¿huirás de su trato y de su vista, y en caso de que la casualidad te la ponga delante, harás con ella cómo si nunca la hubieras conocido?

—Lo haré.

—¿La despreciarás, la arrojarás de tu lado, le harás ver de una manera indudable que tú y ella sois como el agua y el fuego que no se pueden juntar?

—Como el agua y el fuego.

—Y si la tempestad arrecia, ¿serás capaz hasta de hacerla creer que estás enamorado de otra?

(*) Un gato. Véase *La Fontana de Oro*.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—También.

—Vamos, eres un hombre. Tus declaraciones merecen una *salva*. Echemos *pólvora fulminante* en el *cañón* y disparemos.

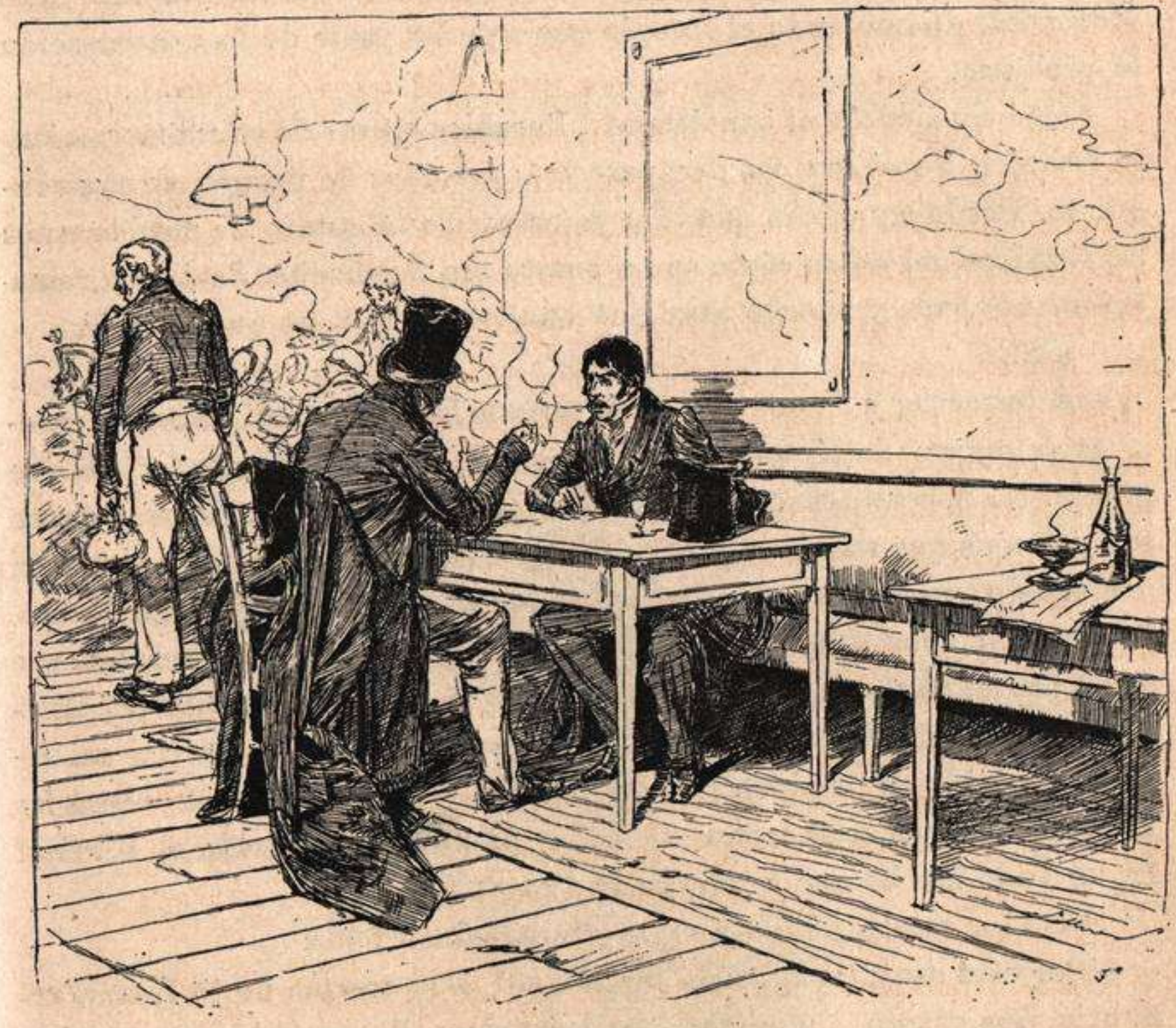
Los masones llamaban pólvora fulminante al *ron*. El *cañón* y la *salva* ya sabemos lo que eran.

—*¡Fuego!*—dijo Monsalud llevando la copa á sus labios.

—*¡Fuego!*—repitió Campos.

Los del *Arte-Real*, en sus *tenidas* de banquetes, pronunciaban esta voz de mando para indicar los brindis.

—¿Pero á qué vienen tantas exigencias, que parecen pruebas masónicas—dijo Salvador,—si Andrea no necesita de mis desdenes para obedecerle á usted? ¿No ha dado su consentimiento?



—¡Ah! ¡ah!... fíate de consentimientos. Dicen que la palabra *velcidad* es femenina en todas las lenguas. Es prueba que todas las mujeres son veleidosas. Es verdad que Andrea, á fuerza de ruegos, de razones, de regalos, de mimos, de promesas, me prometió ser marquesa... ¡marquesa,

(c) 2008 Ministerio de Cultura

mira qué pedrada!... y la muy tonta... por algo se ha dicho que *entre el sí y el no de una mujer no se puede poner la cabeza de un alfiler*.

—Ella apetece más. La ambición, una vez desarrollada, no se satisface fácilmente. Creerá que Falfán de los Godos no es bastante rico.

—Si es millonario. No va por ahí la corriente—dijo Campos con desaliento.—Es que Andrea vuelve los ojos á este tunante y se arrepiente, se arrepiente la muy pícara de la promesa que me dió. Desde el otro día... pero yo quisiera saber qué tienes tú para trastornar de este modo un cerebro, que después de todo es un cerebro de la raza de Campos, fecunda en gente sesuda.

—Andrea tiene conciencia: no es una muchacha corrompida—dijo Monsalud, disimulando el interés que aquella parte de la conversación le producía.

—Qué conciencia ni conciencia... Resabios tontos de su enamoramiento infantil. Yo sé que eso desaparecerá; pero por de pronto me tiene inquieto. Desde aquel día que tú y yo estuvimos á punto de machacarnos las liendres, no sabes cómo se ha puesto esa muchacha. Está loca, rematadamente loca, y anoche tuve que encerrarla, porque quería salir.

—¿Salir?

—Á buscarte; y se nos escapará, porque la niña es sutil. Por eso quiero estar seguro de tí. Querido Aristogitón, si tú no me ayudas, todo se pierde. No puedes tener idea de cómo está esa criatura. En mi casa no se oyen más que suspiros, y con las lágrimas que unos ojitos negros han derramado estos días se podía haber hecho otro estanque del Retiro. Sorprendíla ayer desenvainando el puñal que conserva como recuerdo de su padre. ¡Ay! qué susto. Te aseguro que si no llego á tiempo, tenemos en casa una degollina, un suicidio, una de esas gracias que mi sobrina ha leido en las historias de griegos y romanos, y que ahora las novelas sentimentales tratan de poner en moda. ¿Has leido el *Werther*? Es un Dido macho que se mata por amor.

Salvador estaba pálido y no acertaba á decir nada.

—Por esta causa he querido prevenirte, asegurarme de tu formal renuncia, que espero cumplirás con honradez. Es probable que recibas alguna esquelita, aunque la hemos privado de tinta y papel; es también muy probable que la mariposa tienda sus alas y se eche á volar poéticamente por las calles de Madrid, y te busque y te encuentre... Veo que suspiras... mira, no vengas tú también con suspiros. En una mujer pase, pero un hombre es un hombre, Salvador, y sobre todo un hombre que tiene á su padre en la carcel á punto de ser ahorcado, debe tener cora-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

zón de bronce, portarse caballerosamente y cumplir su palabra.

—Yo la cumpliré—murmuró Salvador.

—Bueno, señor *Caballero Kadossch.* ¿Tú repites las ofertas que hace poco me has hecho?

—Las repito.

—¿Acabaste para mi sobrina?—preguntó Cicerón en un tono que indicaba la idea de las resoluciones categóricas.

—Acabé—respondió Salvador en el propio tono del suicida que dice adios á la vida.

—¿De modo que no harás caso de esquelitas, ni de recados, ni de visitas?

—No.

Se frotó los ojos con la mano derecha, cual si quisiera reducírselos á polvo.

En aquel momento arrojaba su corazón al perro.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XVII

Pues lo pasado, pasado—dijo Campos.—Amigos otra vez. Olvidemos las ofensas que mútuamente nos hayamos hecho.

—*Pasemos la trulla.*

Trulla era la cuchara de albañil, y la idea de *pasarla* indicaba olvidar y perdonar las injurias, idea que bien podía expresarse hablando como la gente.

—Ahora me toca á mí—dijo Salvador.

—Ahora te toca á tí—añadió Campos sacando dos cigarros habanos y ofreciendo uno á su amigo.—Ahí va esa *pólvora del Líbano.* Fumemos.

—¿Usted me promete que Gil de la Cuadra no será condenado á muerte?

—Eso no.

—¿Usted me promete que se sobreseerá su causa?

—Tampoco.

—Entonces...

—Lo que prometo es que tu padre, tu tío, tu pariente ó lo que sea, saldrá de la carcel.

—¿Cómo?

—Escapándose de ella, lo cual no es facil; pero sí posible, sobre todo si tú y yo nos proponemos hacerlo. No hay que pensar en que el Gobierno suelte la presa absolutista que tiene entre las garras. Es preciso ofrecer un par de víctimas al pueblo, y como no se le puede dar un león, se le dá un conejo. Ya sabes que el cura Merino ha aparecido en Castilla; el *Abuelo* ha levantado también una partida cerca de Aranjuez

(c) 2008 Ministerio de Cultura

y Aizquibil recorre con su gente el país de Álava. El *Pastor* entra también en campaña, y á varios de su partida que han sido pescados, se les encontraron muchos ochentines de los que acuñó el Gobierno hace poco. Estos ochentines se dieron todos á la Casa Real, de modo que no hay duda alguna respecto á la mano que está moviendo esta vil máquina de las partidas.

—El Rey.

—Sí, y cuando los Ministros le hicieron notar la coincidencia, respondió tranquilamente: "Es muy extraño eso,„ y no dijo más. La Corte trabaja con desesperación por encender la guerra civil, y los curas y los guerrilleros, amparados por ella y por las juntas extranjeras, harán un esfuerzo terrible para restablecer el absolutismo. Nos aguarda un porvenir de rosas. Ya sabes lo que significan en nuestro amado país estas dos fuerzas: *curas, guerrilleros.*

—No tengo ilusiones en ese particnlar. La estupidez de los liberales, su corrupción y falta de sentido, anuncian á voces que volverá el absolutismo.

—Pues bien; cuando por todas partes no se ven más que peligros; cuando el Gobierno se mira amenazado y provocado por los absolutistas, ¿no es natural que si logra poner la mano encima de alguno, apriete y apriete firme hasta ahogarle?

—Es natural. Los pobres gazapos que se han dejado coger, pagarán las culpas de los lobos y de la Córte que los azuza.

—Evidentísimo. Por consiguiente, amigo Monsalud, no hay que pensar en que el Gobierno perdone á ninguno de los que hoy están presos por conspiraciones realistas.

—Serán condenados...

—Á muerte. El juez, Sr. Arias, confiesa privadamente que no halla motivo para tanto; pero la presión popular y la necesidad de hacer un escarmiento, la necesidad de amedrentar á la Corte, levantará el cadalso. Aquí tienes la libertad en tales trances que no puede pasarse sin el verdugo.

—¿De modo que no hay que soñar con un sobreseimiento?

—Locura. Vinuesa no se escapa de la horca. Los demás serán condenados á presidio... Puesto que no podemos evitar la sentencia, tratemos ahora de salvar á tu hombre. Yo estoy tan comprometido á ello moralmente como tú. Planteemos la cuestión. Primer punto. Todo el personal de la carcel está en poder de gentuza comunera ó milicianos nacionales de los más majaderos.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Lo sé, y he resuelto hacerme comunero.

—Admirable idea—dijo Campos en tono de lisonja.—Y si procuras retener en la memoria todos los disparates y gansadas de los hijos de Padilla para contármelos, tu idea será sublime.

—Yo no iré allá más que con el fin de contraer amistades que me sirvan para nuestro objeto.

—Excelente plan. En tanto el Grande Oriente se encarga de hacer en el personal de cárceles alguna variación.

—Cosa facilísima.

—No tanto, joven, no tanto. Tú no sabes cuánto se ha alambicado ya en la cuestión de destinos. No se puede estar trasegando la gente todos los días. Lo peor de todo es que hacemos una variación, y al punto nos conquistan los comuneros el nuevo personal. Se varía otra vez, y la defección se repite. Hacemos tercera hornada; pero llega un momento en que no se puede más; porque se acaban los carniceros, panaderos y pasteleros que quieren ser funcionarios públicos en las porterías de los ministerios, en cárceles, en correos... Por este camino va á desaparecer en Madrid toda la clase menestral.

—Pero los cambios traen numerosas cesantías.

—Pero los cesantes, esos insignes patricios desairados, no quieren volver á las panaderías, carnicerías y molinos de chocolate de donde salieron. Encuentran más facil encastillarse en las *fortalezas* de Padilla, donde, haciendo comedias, se van adiestrando en la oratoria y en el arte de conspirar.

—¿Y cómo viven?

—Ese es el misterio. Lo evidente es que tienen dinero. ¿Ves esa turbamulta de vagos que aullan en los cafés, que alborotan en la plaza de Palacio, que apedrean las casas de los Ministros, que van á cantar coplas indecentes junto á las rejas de la prisión de Vinuesa?... Pues todos ellos viven, y viven bien.

—Los ochentines del *Pastor* harán ese milagro.

—Eso creo yo. Los ochentines...

—Pero contra los ochentines, el Gobierno tiene los empleos públicos. Póngame usted en la carcel de la Corona un empleado que se preste á favorecer nuestro plan.

—Precisamente hay una vacante. Me he informado hoy.

—Mejor que mejor.

—Bueno, pues elige tú el candidato.

Salvador meditó breves instantes.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Lo mejor será un hombre de bien, pues no se trata de salvar á ladrones y asesinos; se trata de hacer una buena obra, librando á un pobre anciano inocente, inocente, sí... porque Gil de la Cuadra, aun conspirando con todas sus fuerzas, no es capaz de hacer daño á un semejante ni á la sociedad.

—Pues mi opinión es que elijamos un tonto. Es facil de encontrar.

—Ya tengo mi hombre—dijo vivamente y con alegría Monsalud.

—¿Has hallado el tonto?

—Un maestro de escuela.

—Viene á ser lo mismo. Apuesto á que has pensado en Sarmiento.

—No, lo echaríamos todo á perder—dijo Salvador arrepintiéndose.—Sarmiento es sencillo, pero su fanatismo rabioso le transfigura, haciéndole cruel. Me parece que debemos elegir un discreto.

—Bien puedes coger la linterna de Diógenes. Échate á buscar el discreto.

—Ya lo hallé—exclamó Monsalud, dándose una palmada en la frente

—¿Quién?

—Yo mismo.

—Hombre... la idea no es mala—repuso Campos sonriendo.—Pero la verdad... ese destino no es propio para tí. Tú vales mucho más.

—¿Y qué me importa?

—El duque del Parque no va á querer tener á su servicio á un sota-alcaide.

—Dejaré el servicio del duque del Parque.

—¿Pero no te ocurre otra persona?

—No me fío de nadie. Estoy decidido. Seré sota-alcaide.

—Vas á bregar con la gente más cruel, más perdida y más infame de la sociedad. El personal de cárceles allá se va con el de encarcelados.

—No me importa. He tenido una idea feliz.

—Pues adelante, y realicemos la idea feliz. Serás sota-alcaide. En tanto que te nombro... pues no creas que es cosa de un momento: lo menos hay treinta candidatos. Esta misma noche hablaré á Copons.

—¿El jefe político?

—¡Ah!—exclamó Campos con gozo.—Le tengo cogido, le tengo preso en mis redes. Precisamente anda tras de mí para que le favorezca en ciertas pretensiones que trae en Gracia y Justicia. Una bicoca; tres primos que fueron beneficiados y ahora se les ha antojado ser deanes. Son de la pacotilla de los que llaman modestos... ¡pobrecitos! Copons es muy exaltado; el Gobierno que le puso en lugar de Palarea, no está muy con-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

tento con él. Necesita todo el arrimo del Grande Oriente para no venir á tierra. Muy bien; esto va á pedir de boca. Tu padre, tu abuelo, ó lo que sea, se ha salvado.

Hablaron algo más, determinando algunos detalles del plan, y se separaron. Campos tenía que revisar unas cartas detenidas por orden superior. Salvador tenía que consagrarse á sus ocupaciones. Cuando volvió á su casa, entregáronle un billete que acaba de llegar. Habiendo conocido en el sobre la letra de Andrea, sintió tanta ansiedad como pavor. La carta estaba trazada á prisa, con indecisos rasgos, y decía:

"Arrepentida, arrepentida, arrepentida de lo que he hecho.

„Ven al instante. Estoy esperándote en el Retiro, junto al Observatorio. Me he escapado de mi casa. Querido mío, mi vida y mi muerte: si no me perdonas, si no vienes al instante á mi lado, me moriré de desesperación.

„Lo que he hecho contigo es una villanía, una ofuscación.

„Un poco tarde lo he conocido; pero lo conozco al fin, lo confieso y te pido perdón.

„Te adoro, y ni Dios podrá hacer que yo pertenezca á otro. Eres mi dueño y puedes abofetearme, puedes matarme si me porto mal.

„Salvador, sácame del infierno en que estoy. Ven, no tardes ni un segundo. No vuelvo más á mi casa. Iré contigo á donde quieras: seré tu esposa, tu criada ó lo que tú quieras... Sácame los ojos y dentro de ellos verás tu cara. Ya me parece que te siento venir... ¿Vendrás?... En el Retiro junto al Observatorio. Voy corriendo, no sea que llegues antes que yo. Adorado mío, te quiere con toda su alma y te ofrece el corazón y la vida,

ANDREA.„

Soledad, que entraba cuando Salvador concluía de leer la carta, notó su palidez y agitación.

—¿Qué tienes, hermano?—dijo llena de pesadumbre.—¿Ese papel te dice algo desfavorable á mi pobre padre?

—No, no—dijo el hermano con desesperación.—Es todo lo contrario. Sola, abrázame, abraza á tu hermano.

La muchacha se arrojó llorando en brazos de Salvador.

—¿Pero te causan pena las buenas noticias?

—¡No, no!... la carta no dice nada—exclamó él sofocando la tempes-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

tad que bramaba en su alma.—Estoy alegre, hermana, hermana querida, abrázame otra vez. Tu padre se ha savado.

Pasó Monsalud todo el día y toda la noche en un estado de agitación muy viva. Al día siguiente, cuando entró en casa del duque del Parque, un criado le dijo: "Han estado aquí dos mujeres buscándole á usted. Parecían ama y criada.„

—Si vuelven—repuso,—dígales usted que he salido de Madrid.

Para evitar un encuentro que temía, salió del Palacio por una puerta de servicio que daba á otra calle. Pero más tarde al entrar en su casa, D. Patricio Sarmiento repitió la noticia.

—Aquí han estado dos dasimelas á preguntarme cuándo volvía usted. Parecen ama y criada... ¡oh edad dichosa esta en que nos vienen á buscar dos y tres veces en el breve espacio de unas horas!... Yo también en mis juveniles años...

Sarmiento exhaló un suspiro.

—Si vuelven, dígales usted que he salido de Madrid y que no volveré hasta dentro de un mes.

—¡Cuánta esquivez!... Pero en esa edad feliz... También uno ha tenido sus dulzuras ¿eh? No crea usted: este arrugado semblante y este flaco y debil cuerpo no han sido siempre así. Aquí, amiguito Salvador, aquí se sabe lo que es afán de amores; aquí se comprende bien eso de despreciar á una por apasionarse de la otra, volando de flor en flor cual inconstante mariposa... ¿Pues y estar penando días y días por una mirada, sólo por una mirada?... ¡ay! ¿y aquello de estar cavilando por qué me miró así, ó dejó de mirarme?... Todos hemos tenido nuestro Abril, todos hemos revoloteado y sacado la miel hiblea del caliz de las frescas flores, Sr. Monsalud.

Cuando éste se dirigió después de medio día á una tienda de la calle Mayor, donde solía hacer tertulia, un mancebo le dijo la muletilla:

—Han estado dos hembras á ver si había usted venido.

Más tarde pasó por la parte baja de la calle de Atocha. Detúvose de repente porque un objeto lejano llamó su atención: era el Observatorio astronómico. Singular trastorno debió producir en las ideas del joven la vista del hermoso edificio, porque apresuró el paso como quien huye de un fantasma temible.

¡Cosa extraña! Al anochecer, cuando fué al local ocupado por la Masonería en la calle de las Tres Cruces, con objeto de hacer unas pregun-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

tas á Sócrates, ó como si dijéramos, á Canencia, un portero le cantó el atormentador estribillo de todo el día.

—Aquí han estado dos damas á preguntar si vendría usted esta noche.

Después marchó á *La Cruz de Malta*, café situado en la calle del Caballero de Gracia. Aguardábale allí D. José Manuel Regato.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XVIII

En la calle que hoy se llama de Isabel la Católica, y antes de la Inquisición, pasando así bruscamente del nombre más horrible al más hermoso, hay una casa que hoy lleva el número 25 y antes tenía el 2, edificio perteneciente en su juventud al conde de Revillagigedo y que después fué Conservatorio de Música y Declamación. Diversas oficinas se han sucedido en dicha casa, y hoy sirve de albergue, si no estamos equivocados, á una Dirección del ramo de guerra. Pero lo más interesante de este caserón en su variada y larga historia es que dentro de él estuvo la *Asamblea de los Comuneros* durante los tres *llamados años*. Ya se habrá comprendido quiénes eran estos bravos hijos de Padilla. Cualquiera que haya vivido en España y prestado atención á sus cosas políticas, comprenderá que en aquella época, como en todas, los descontentos y los cesantes y los atrevidos y los pretendientes y los envidiosos, que son siempre el mayor número, no podían tolerar que determinada pandilla gobernase siempre el país y las Cortes. Este afán de renovación periódica del personal político que en otras partes se hace por razón de ideas y de aspiraciones elevadas, se suele hacer aquí, y más entonces que hoy, por el turno tumultuoso de las nónimas. Esto es una vulgaridad tan manoseada, y ha trascendido de tal modo hasta llegar á las inteligencias más oscuras, que casi es de mal gusto ponerlo en un libro.

Los comuneros querían reformar la Constitución, porque no era bastante liberal todavía. Los ministeriales (nos referimos á la primera mitad de 1821) ó doceañistas, ó si se quiere los *masones*, convencidos de que su Constitución era la mejor de las obras posibles, y que la mente

(c) 2008 Ministerio de Cultura

no concebía nada más perfecto, querían que se conservase intacta y sin corrección ni reforma como la Naturaleza. De repente apareció un tercer partido llamado de los *anilleros* que quiso modificar la Constitución en sentido restrictivo, aspirando á una especie de transacción con la Corte y la Santa Alianza. Sobre estas tres voluntades giraba aquel torbellino que empezó con una sedición militar y terminó con una intervención extranjera.

Los comuneros, que nacieron del odio á los masones, como los hongos nacen del estiercol, creyendo que los ritos y prácticas de la Masonería eran una antigualla desabrida, anti-española, prosáica y árida, imaginaron que las convenía establecer un simbolismo caballeresco y nacional, propio para exaltar la imaginación del pueblo y aun de las mujeres, que por entonces tenían parte muy principal en estos líos. Siendo la representación primaria de los masones un templo en fábrica y los hermanos, arquitectos ó albañiles, los comuneros, formaron su partido de Comunidades, divididas en Merindades y Torres y Casas-Fuertes, y á sus logias llamaron *Castillos* y á sus Venerables *Castellanos*, *Alcaides* á sus Vigilantes, y así sucesivamente. En los ritos y ceremonias aumentaron todo lo que hay de teatral en la Masonería; pero dándole forma caballeresca, é ideando ilusorias fortalezas, puentes levadizos, barbacanas, recintos, salas de armas, cuerpos de guardias, almacenes de enseres y demás mogigangas, todo creado por sus exaltadas fantasías, de tal modo, que más que militantes caballeros paracecían rematados locos.

Su color distintivo era el morado, así como los masones estaban por el verde. La Asamblea general recibía el nombre de *Alcazar de la Libertad*, y el recinto donde se reunía, llamado *Plaza de Armas*, estaba adornado con embadurnados lienzos y telones, representando torreoncillos con banderolas, lanzas y las indispensables inscripciones patrioteras. El Presidente llamaba á los socios la *guarnición* y á los neófitos *reclutas*. Abríanse y cerrábanse las sesiones con fórmulas que harían reir á la misma seriedad, siendo de notar principalmente el parrafillo con que se despedían después de discutir largamente sobre mil innobles temas sugeridos por el egoismo, el hambre ó la envidia: "Retirémonos, compañeros, á dar descanso á nuestro espíritu y á nuestros cuerpos, para restablecer las fuerzas y volver con nuevo vigor á la defensa de las libertades patrias.„

Poco después de las diez de la noche Salvador Monsalud, acompañado del Sr. Regato, penetró en el *Alcázar de la Libertad* de la calle de la Inquisición. Era el local grande y espacioso, consistente en una série

(c) 2008 Ministerio de Cultura

de salas abovedadas á las cuales se descendía por media docena de escalones. Pobres farolillos que aquí no cometían la fatuidad de llamarse *estrellas* las alumbraban, y un sordo rumor de gente anunciaba desde el vestíbulo que la colmena se había llenado ya de zánganos.

—El ceremonial nos manda esperar aquí—dijo Regato á su recluta, deteniéndose en la primera sala.—Voy á llamar al Alcaide.

Durante el breve rato de espera Monsalud tuvo que resignarse á oir las felicitaciones de D. Patricio Sarmiento que á la sazón entraba, y que atronó la estancia con sus gritos y encarecimientos por el feliz suceso de aquella iniciación. Todo su porvenir caballeresco comunero diera el joven por sacudírselo de encima; pero al fin sacóle de tan mal paso el Alcaide apareciendo con Regato, y en seguida vendaron los ojos del recluta, mandándole que marchase apoyado en el brazo del comunero proponente.

—¿Quién es?—preguntó una voz.

—Un ciudadano—respondió Regato con toda la seriedad posible,—que se ha presentado en las obras exteriores con bandera de parlamento á fin de ser alistado.

La misma voz gritó:

—Echad el puente levadizo.

Oyó entonces el neófito un espantable ruido que en derredor suyo sonaba, con tal estrépito que no parecía sino que todos los alcázares y torres de España caían en ruinas; mas no se turbó por esto su esforzado corazón, ni aun se le mudó la color del rostro, que para mayores trances tenía coraje y alientos el bravo recluta. Además bien sabía él, como todos, que aquel rumor provenía de una plancha de hierro semejante á las que usan en los teatros para imitar los fragorosos ecos del trueno, y que el ruido de hierros y cadenas era producido por una sarta de cacharros que tras de la puerta agitaba bestial paleto simulando de este modo con notoria perfección el acto de bajar el puente levadizo.

Quitáronle la venda; retiráronse Alcaide y proponente y quedó solo con el centinela, que estaba enmascarado. Estaba en el *Cuerpo de guardia*, y allí como en la *Cámara de Meditaciones*, debía el candidato reflexionar sobre su situación y contestar por escrito á varias preguntas referentes á las obligaciones y derechos del comunero. Monsalud observó el local de cuyas paredes pendían varias armaduras mohosas y algunas espadas mojadas en sangre de cabrito, que para tan terrorífico uso suministraba un día sí y otro no el conserge de la Sociedad. Leyó los letreros conteniendo sentencias vulgares de la religión del honor, y

(c) 2008 Ministerio de Cultura

se dispuso á tomar asiento junto á la mesa donde debía extender sus respuestas.

El centinela, que había permanecido tieso y grave, desempeñando su imponente papel, soltó de repente la risa y dijo al neófito:

—¿También tenemos por aquí al Sr. Monsalud?

Monsalud miraba á su interlocutor y no veía más que una máscara horrible, una figura espantosa con casco empenachado de gallináceas plumas y un babero á guisa de celada de encaje.

—¿Qué, no me conoce usted? Soy Pujitos—dijo el centinela quitándose la máscara.

—Cómo te había de conocer, vecino, si parecías un valiente. ¿También tú te diviertes con estas mogigangas?

—Vaya un modo de prepararse... Llamar mogigangas á una cosa tan seria, que va á derribar el Ministerio y á poner un Gobierno republicano. Sr. D. Salvador, ¿usted viene aquí á burlarse? Le aviso que los que se han burlado de esto no lo han hecho dos veces. Con que escriba el papelito y me volveré á poner la careta. Acabe usted pronto, que me sofoco y este demonche de cartón huele muy mal.

—¿No te fatiga esta tarea? ¿No es mejor que descanses en tu casa toda la noche después de haber trabajado todo el día?

—¡Quiá! si yo no hago más zapatos—dijo el gran patriota con expresión de hombre perspícuo.—El Sr. Regato me ha prometido darme un destino en la Contaduría de Propios. D. Patricio me enseña á echar la firma, que es lo que necesito, y salga el sol por Antequera.

—Ya sabía que eres de los que vocean en los motines, patean en *La Cruz de Malta* y apedrean el coche del Rey. ¿Á cómo pagan esto?

Pujitos se puso serio al oir tamaña injuria.

—Vamos—dijo.—Está visto que usted viene aquí á mofarse. Pero siempre seremos amigos, ó mejor dicho, compañeros de armas. Escriba el papelito y despache pronto. Me pongo la careta porque el Alcaide va á venir.

—No hay prisa. Díme, Pujitos, ¿vienes aquí todas las noches?

—Todas, desde el primer día. Soy caballero fundador, y el día lo paso en las cosas de la Milicia. Soy teniente, ¡uf! ¡usted no sabe el trabajo que da esto! Á la parada, á pasar lista, á revisar los uniformes, á hacer ejercicio de tiro, á aprender los reglamentos, á echar unas copas con los oficiales para discutir lo que ha de hacerse el día siguiente... Y luego guardias y más guardias.

—¿Haces guardias de noche?

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Pues no. Anoche me tocó en el Principal, y mañana me toca en la carcel de la Corona.

—¡En la carcel de la Corona... mañana!—dijo Monsalud con interés.—Ya sé... es donde están presos esos clerigullos que han hecho planes horribles para quitar la libertad.

—Y algunos que no son clérigos. Pero esos tunantes morirán, ó no hay justicia en España. Dicen que el Gobierno quiere condenarles á presidio nada más: esto se llama protección, ¿no es verdad?

—¿Y me has dicho que eres teniente?

—Nada menos; y si no fuera por las intrigas que hay en el batallón...

—Yo también seré miliciano y me afiliaré en tu batallón, gran Pujos —dijo Monsalud riendo.—Se me figura que entre tú y yo hemos de hacer algo extraordinario.

—Me alegraría de ello.

—Nos veremos pronto, y hablaremos... quizás mañana... Pero el tiempo pasa y hay que contestar á estas endiabladas preguntas.

—Escriba usted... Me parece que vienen ya.

Salvador escribió sus respuestas que fueron llevadas á la *Plaza de Armas* para que las examinara la guarnición. No tardaron el Alcaide y el proponente en conducirle vendado otra vez á la puerta del salón de sesiones, que estaba cerrada. Por dentro una voz gritó:—¿Quién es?

—Esta voz áspera y hueca como una campana rajada—dijo Monsalud para sí,—es la de Romero Alpuente.

—Entre tanto el Alcaide respondía:

—Soy el Alcaide de este castillo, que acompaño á un ciudadano que se ha presentado á las avanzadas pidiendo parlamento.

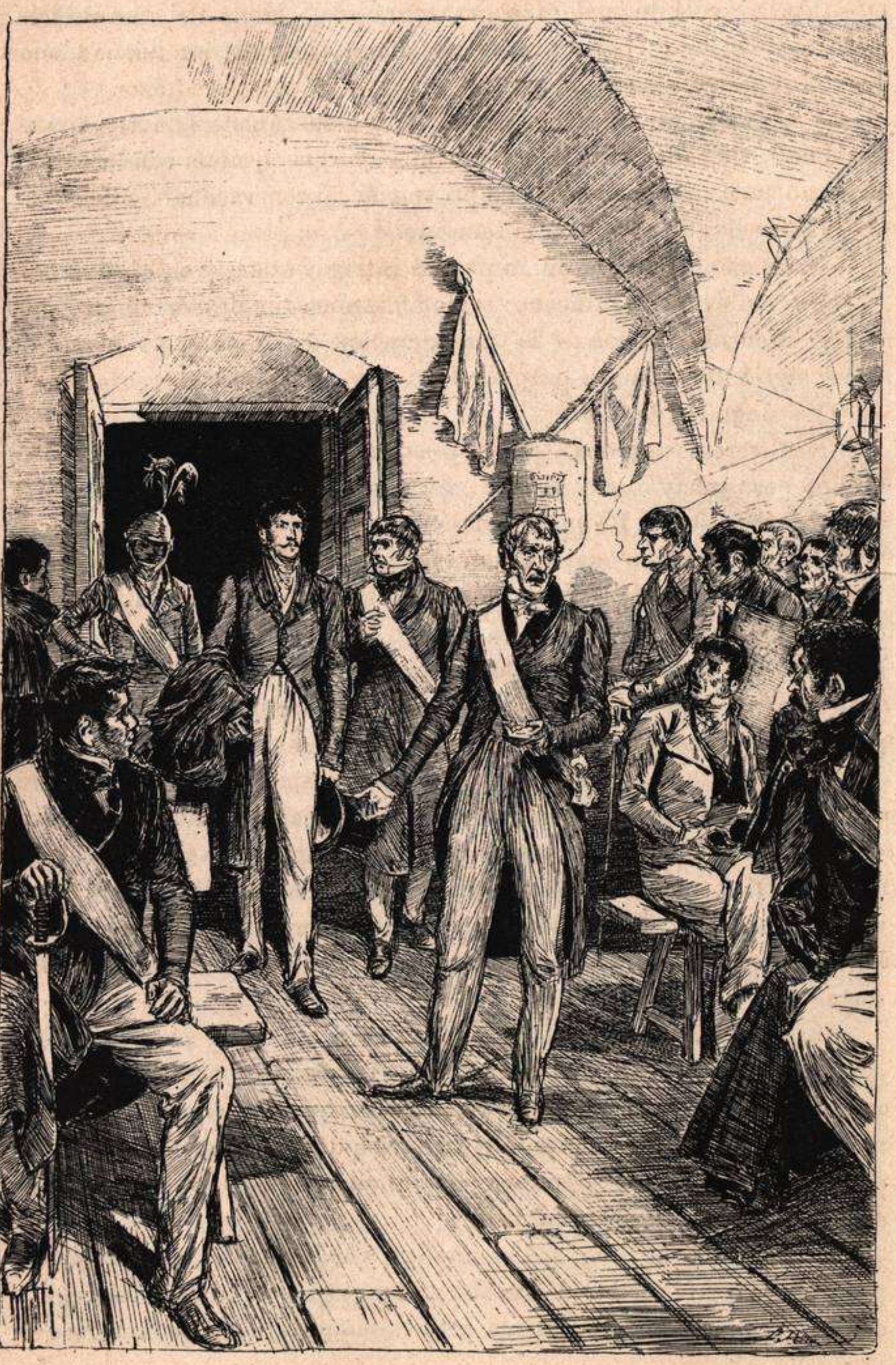
—Por Dios, amigo Monsalud—indicó en voz baja Regato,—no se ría usted, le suplico encarecidamente que sofoque toda manifestación de burlas. Usted no quiere creerme y yo repito que esto es serio, pero muy serio.

Abrieron la puerta de la *Plaza de Armas*, que más parecía bodega que plaza, con diversas series de asientos ocupados por los caballeros, y un estradillo donde estaba el Presidente, teniendo detrás fementido torreón de lienzo embadurnado, y un harapo que llamaban estandarte de Padilla, y una urna donde *se debían colocar todas las cenizas de los comuneros que se pudieran haber*.

El Presidente le preguntó su nombre, edad, pueblo natal, empleo ó profesión; luego le habló de las obligaciones que contraía y del valor y constancia que había de mostrar para desempeñarlas. Levantáronse en

(c) 2008 Ministerio de Cultura

seguida los caballeros, y Monsalud vió que todos ellos tenían una banda morada en el pecho, y una como espada ó asador en la mano.



(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Ya estais alistado—le dijo el Presidente.—Vuestra vida depende del cumplimiento de las obligaciones que habeis contraído, y vais á jurar. Acercaos y poned la mano sobre este escudo de nuestro jefe Padilla, y con todo el ardor pátrio de que seais capaz, pronunciad conmigo el juramento que debe quedar grabado en vuestro corazón.

Hecho lo que al neófito se le mandara, empezó éste la retahila del juramento, que abrazaba diversos puntos, y que concluía con la consabida conterilla que tanto ha hecho reir á la generación siguiente:—"Juro que si algún cab. com. faltase en todo ó en parte á estos juramen-„tos, le mataré luego que la Confederación le declare traidor; y si fal-„tase yo, me declaro yo mismo traidor y merecedor de ser muerto con „infamia por disposición de la Confederación de cab. com., y para que „ni memoria quede de mí después de muerto, se me queme, y las ceni-„zas se arrojen á los vientos.„

—Cubríos—le dijo el Presidente,—con el escudo de nuestro jefe Padilla.

Tomó entonces el joven un mohoso broquel que le presentaron, y cubiertos pecho y cara con tal defensa, pusieron en él todos los demás comuneros la punta de sus espadas, mientras el Presidente dijo entre otras majaderías:

—Si no lo cumplís, todas estas espadas no sólo os abandonarán, sino que os quitarán el escudo para que quedeis al descubierto y os harán pedazos en justa venganza de tan horrendo crímen.

Poseidos algunos caballeros, como gente candorosa, del papel que estaban desempeñando, hincaban con excesiva fuerza la punta de sus asadores ó espadas en el escudo ó sartén que resguardaba la cara y busto del joven. El Sr. Regato, temeroso de que por desmedido celo de los caballeros se agujerease el escudo y perdiera un ojo su ahijado, creyó necesario interrumpir por un momento la majestad del ceremonial, diciendo:

—Cuidado, señores, que es de hojalata (*).

La farándula no había terminado aún, porque tras la ceremonia del escudo, el Alcaide calzó la espuela al caballero, dándole espada y banda, con lo cual y con acompañarle á recorrer las filas para que fuera dando la mano uno por uno á todos los confederados, el novel comunero descansó á la postre de tantas fatigas.

(*) Todavía vive un comunero que corrió igual peligro.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XIX

SALVADOR observó la diversidad de fisonomías que presentaba en su innoble recinto la *Plaza de Armas*, y halló entre sus compañeros de caballería muchas caras conocidas. Había unos pocos que eran diputados en el Congreso, y estaba también el célebre Mejía, que algunos meses después fundó *El Zurriago*. Aunque el elemento principal de la Sociedad era la juventud, había bastantes viejos, no todos tan inocentes como D. Patricio Sarmiento. Milicianos nacionales los había por docenas; la gente de poca instrucción y de locos apetitos burocráticos imperaba, y en todos los incidentes de la sesión salía á la superficie un espumarajo de gárrula patriotería, que era la fermentación de aquel elemento. No habrían trascurrido veinte minutos después de la admisión del nuevo caballero comunero, cuando un hombre desenfrenado que se ocupaba del asunto puesto á discusión, pronunció estas palabras:

—Yo propongo á nuestra Asamblea que cesen las contemplaciones con la Córte y que se dé el grito de *¡viva la República!*

Alborotóse la guarnición con tales palabras, que algunos calificaron de admirable ocurrencia, otros de desatino mayúsculo, y si bien el Presidente trató de volver la discusión al terreno que marcaba el tema, no fué posible conseguirlo. Entonces el Sr. Regato, manifestando ruidosamente que deseaba decir algunas cosas estupendas que agradarían á la reunión, usó de la palabra, en estos términos:

—"Señores, lo que ha dicho nuestro ilustre y valerosísimo compañero de armas, el caballero X..., ha asombrado á muchos; pero á mí no me asombra, porque yo soy más liberal hoy que ayer, y mañana más que

(c) 2008 Ministerio de Cultura

hoy, porque mi lema, señores, es adelante y siempre adelante. Estamos cansados de sufrir, estamos cansados de esperar. ¿Os aterra la palabra *república*? Pues yo digo que á mí no me ha aterrado nunca esa palabra, ni me aterra hoy. Perdamos el miedo y seremos fuertes. Amenacemos y nos temerán. Somos los más, somos lo más granado de la España liberal. La Europa nos contempla, el Piamonte nos imita, Nápoles nos copia, Portugal se llama nuestro *discípulo*. Señores, seamos dignos de la Europa liberal, y ante nosotros temblarán el Trono y los masones.

Después de dar las gracias por los aplausos y de limpiarse el sudor, el orador prosiguió así:

—„No creais que la idea republicana es nueva en España. Padilla y Lanuza, nuestros maestros, fueron republicanos. Viniendo á los tiempos modernos, en la proclamación de los derechos del hombre hecha por Muñoz Torrero en las Cortes del año 10, veo yo también la idea republi-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

cana. Leed las obras de Marina y de Sempere, y vereis que en ellas palpita la república. *(Gran estupor.)* Ahora, señores, volved los ojos á todos los ámbitos de la hispana península (*El orador, excitado por la admiración general, se cree en el caso de tener estilo*), volved los ojos por doquiera, ¿qué veis? (*Gran silencio; indicio cierto de que nadie veía nada*). Pues vereis allá en las Andalucías, allá en la populosa ciudad de Málaga, bañada por las ondas del Mediterráneo, á Lucas Francisco Mendialdua que concibió el plan de establecer la República, como consta en la proclama que imprimió, encabezada con las mágicas palabras *República Española* y firmada por *Un tribunal del pueblo*. Como acontece á los grandes genios innovadores, como aconteció á Colón, Galileo, Savonarola, etc., etc... Mendialdua fué preso (*). Pero así como de la noche sale el claro día, de las cárceles sale la libertad. (*Atronadores aplausos.*)

„Volved ahora los ojos al llamado reino de Aragón y vereis allí á nuestro insigne jefe, al valiente entre los valientes, al político entre los políticos, al altísimo Riego, que desempeña el cargo de capitán general en aquella extensa y rica provincia. ¿Creeis que no hace nada? Indigno sería esto de su perspicua mirada, que cual la mirada del águila penetra en lo más alto del cielo. No creais que nuestro jefe está mano sobre mano, no; nuestro jefe trabaja por la República. (*Asombro general é innumerables bocas abiertas.*) En Zaragoza están á la sazón algunos beneméritos patriotas franceses, cuyos nombres no pronunciaré (**). Esos patriotas, pertenecientes á la gran Confederación francesa, están de acuerdo con nuestro jefe, no lo dudeis, están de acuerdo. Unidos todos, discurren cuál será el mejor medio de ponernos la República en España... ¡Guay de nosotros si no les ayudamos!... ¡guay de nosotros si nos dormimos mientras ellos velan!... ¡guay, guay!... Lo que puedo aseguraros es que si no nos ven dispuestos á hacerlo, irán con su proyectillo á Francia. Aquel país no se anda con chiquitas ni repara en niñerías. Estad seguros de que si nuestro jefe se presenta en el Pirineo enarbolando la bandera tricolor y gritando, *¡viva la República!* todo el ejército francés se le unirá en seguida, y llegará á Paris en triunfal paseo, como Napoleón cuando volvió de la isla de Elba. (*Los comuneros acogen esta bola con grande algazara, señal cierta de que se la han tragado.*)

„Ahora volved los ojos á Galicia, donde está el general Mina; volvedlos luego á Barcelona, donde está el gran patriota Jorge Bessieres y

---

(*) En Enero del 21.

(**) Llamábanse Uxon y Cugnet de Montarlot.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

vereis que estos campeones de la libertad tampoco están mano sobre mano. ¿Seremos menos aquí? ¿Nos espantaremos de la libertad? No, señores. Adelante, siempre adelante. ¡Viva la libertad! Yo, el más humilde de esta Asamblea; yo, que he venido aquí porque me repugnaban los infames manejos de los de allá; yo, que estoy pronto á derramar hasta la última gota de mi sangre, hasta la última, señores, por el triunfo de la causa; yo, que jamás recibí destino de los tibios ni lo solicité; yo, que soy hombre puro, si hay hombres puros en España, os propongo con el corazón henchido de patriotismo que acepteis desde luego la idea republicana, como ha propuesto mi exclarecido amigo el ciudadano X...

Varios oradores pidieron la palabra. Después de una breve disputa sobre quién había de usarla, D. Patricio Sarmiento se levantó y habló de este modo:

—Después del elocuentísimo discurso del fénix de los ingenios comuneros, D. José Manuel Regato, ¿qué puedo decir yo, que soy un triste maestro de escuela, un oscuro preceptor de la tierna juventud? Pero si de algo sirven los consejos de un viejo que se ha quemado las cejas estudiando la historia del pueblo romano, quiero alzar esta noche mi humilde voz en este augusto recinto para enseñaros lo que no sabeis. Vuelvo los ojos en torno mío y veo zapateros, sastres, talabarteros, comerciantes, taberneros, colchoneros y otros artífices, gente toda muy honrada, muy patriota, muy digna, pero que no está versada en la historia romana. (*Rumores de disgusto.*) No trato de ofender á nadie: afirmo un hecho y nada más; y como yo creo que para tratar ciertos asuntos, es necesario haberse quemado las cejas... (*Interrupciones donosas*), haberse quemado las cejas, como me las he quemado yo, de aquí infiero... Esas interrupciones y cuchicheos no hacen mella en mi ruda entereza, no señor; (*El orador se amostaza*) y así digo como el gran Temístocles: "pega, pero escucha.„ ¿De qué se trata? De adoptar la idea republicana. Bien, yo pregunto á la docta Asamblea: ¿Cuándo se estableció la República en Roma? Y la docta Asamblea me contestará que el año 509 antes de Jesucristo. Muy bien contestado. ¿Y cuándo concluyó la República de Roma? El año 29. Total de tiempo en que existió la forma republicana: 480 años. Está muy bien. (*Más fuertes rumores.*) Ahora pregunto: ¿cuáles fueron las causas que determinaron á los romanos á cambiar de forma de Gobierno?„.

Los rumores se trocaban en tumulto y una voz gritó:

—¡Que se calle ese pedante!

—¡Que se vaya á la escuela!

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Al indocto grosero que de este modo me interrumpe—gritó D. Patricio agitando los brazos y poniéndose encendido,—le contestaré que él es quien debe ir á la escuela á aprender lo que ignora.

—¡Aquí no se quieren estafermos!—aulló una voz, de la cual no se tendrá idea sino considerando de qué modo puede hablar el aguardiente.

—Señores—dijo el Presidente con aquel formulismo parlamentario que algunos hombres quieren llevar á donde quiera que se oiga el sonsonete de un discurso,—no demos á España y á Europa el triste espectáculo de una discordia entre indivíduos de esta nobilísima Asamblea. No se diga que andamos á la greña como los masones, á quienes yo aplico aquello de *riñen los pastores y se cubren los hurtos.* (*Prolongadas risas.*)

—¡Que se calle D. Patricio!

—¡Que se calle Pelumbres!

—Pues á mí no me da la gana de callarme... á ver—exclamó una voz que salía del formidable pecho de un hombre tiznado, fiero, corpulento, que parecía personificación de una fragua.—Y si á mí no me dá la gana de callarme, á ver quién es el guapo que me cierra el pico... ¡á ver!

Diciendo esto, se levantaba el Sr. Pelumbres entre la multitud apiñada en los bancos. Su figura, así como su voz, pondrían miedo en toda Asamblea que no fuera la de los Comuneros.

—Ciudadano Pelumbres—dijo el Presidente,—¿qué dirá la Europa si no guardamos la compostura propia de hombres de Gobierno?... ¿qué dirá?

—Eso es, ¿qué dirá?—repitieron D. Patricio y los que deseaban que hablase.

—Es preciso tener moderación—continuó el Presidente.—Puesto que el ciudadano Sarmiento estaba en el uso de la palabra, continúe su erudito discurso, que tiempo tiene de hablar el ciudadano Pelumbres. Yo le concederé la palabra, esperando en tanto de su finura y buen sentido que no interrumpa al orador en este importantísimo debate.

Ya entonces empezaba á ser costumbre el llamar *importantísimo debate* á cualquier inútil disputa suscitada por la envidia ó la vanidad.

—Señor Presidente—gruñó Pelumbres, tambaleándose como un yunque sin equilibro,— lo que digo es que el ciudadano Sarmiento es un animal... y á mí no me soba nadie.

Cayó en el asiento como quien se echa á dormir.

—Señor Presidente—dijo con trémula voz Sarmiento.—La Asamblea conoce bien mi caracter y mis servicios... no necesito responder á los

(c) 2008 Ministerio de Cultura

cargos que me ha dirigido el ciudadano Pelumbres, porque la Asamblea sabe muy bien que yo...

—Sí, sí—gruñó la Asamblea.

Estaba el buen Sarmiento en pié, con el cuerpo doblado por la cintura, recogiéndose á un lado y otro los faldones de la levita, como quien se va á sentar y no se sienta.

—Agradezco las manifestaciones de simpatía de este ilustre Areópago—dijo el orador,—y me parece que no debo molestar más al ilustre Areópago, y que los injustos cargos que el ciudadano Pelumbres me ha dirigido, no deben contestarse sino con un magnánimo silencio.

—Bien, muy bien.

—Por lo cual me siento, dejando á nuestro exclarecido Presidente la alta honra de continuar este *importantísimo debate*, para que nos diga su opinión, que es lo que más nos importa.

Rumores diversos manifestaban el deseo de que hablase el Castellano. Romero Alpunte se dispuso á hacer el gusto á sus presididos. Antes de atender á su discurso, convendrá decir que el célebre demagogo de los tres años no era un jovenzuelo fogoso, como algunos creen, sino un vejete atrabiliario y furibundo, alto, flaco, descuadernado, anguloso, de gárrula elocuencia, de vulgares modos. Era tanta su fealdad, debida en primer término á la longitud de sus narices, que no es facil se encontrara entonces ni se haya encontrado después su pareja. Alcalá Galiano, al lado suyo, se tenía por un Adonis.

Había sido magistrado de la Audiencia de Madrid, y en su vida privada era el hombre más inofensivo, más manso y para poco que imaginarse puede. El mismo que en público encarecía la necesidad de cortar no sé cuántos miles de cabezas, era incapaz de matar un mosquito. ¡Pobre carnero viejo que, habiendo leido algo de Robespierre y de Marat, quería parecerse á ellos! Pero sólo los tontos confundían su clueco balido con el rugir de leones y panteras. Sus discursos, que alborotaban las Cortes y los clubs, eran un conjunto de garrulidades terroríficas, de chascarrillos y vulgares idiotismos. Carecía de formas literarias, y su

(c) 2008 Ministerio de Cultura

lenguaje familiar era á veces tan divertido como sus amenazas demagógicas, que aquella bendita generación no tomaba siempre en serio. Algunos le llamaban el *Guzmán* (el gracioso) de las Cortes. Tuvo además el pobre *D. Juan Romero Alpuente* la desgracia de que en lo mejor de sus triunfos parlamentarios le saliera un enemigo folletinista, que usando el nombre de *D. Pedro Tomillo Al-vado,* le puso de hoja de peregil.

—„Caballeros comuneros—dijo Alpuente con voz que no tenía nada de temerosa,—ó hay confianza en los hombres del partido, ó no hay confianza en los hombres del partido. Si hay confianza en los hombres del partido, no se planteen cuestiones prematuras. Si algo debe hacerse se hará. No conviene precipitarse, no conviene comprometerse. Las cosas vendrán por sus propios pasos. El partido es el partido, y el que no crea que el partido es como debe ser, espere á ver en qué pára el partido y se convencerá. (*Rumores. Asentimiento general.*)

"Por consiguiente—prosiguió, satisfecho del éxito de su exordio,—esperemos llenos de patriotismo, y no hablemos por ahora de republicanismo. El partido es un partido que debe estar preparado para empuñar el timón de la nave del Estado si se le llama con este fin. *(Muestras de regocijo.)* Y se le llamará, ciudadanos caballeros, ¿pues quién lo duda? El segundo Gobierno constitucional sigue la misma desatentada senda que el primero. El país está lo mismo hoy que ayer. El pueblo soporta las mismas cadenas; los tiranos no han cambiado, los mandarines siguen, los peligros crecen. El Gobierno cree que va á durar mucho, ¿pues no lo ha de creer? Pero yo quiero ver cómo se las compone con las tramas de la Junta Apostólica en Galicia, con los guardias destituidos, con los obispos rebeldes, con la conspiración de Vinuesa, con la del Abuelo, con los tumultos de Zamora, con el motín de Alcoy, donde han sido destrozadas todas las máquinas, con el robo de la balija de Aragón, con los sucesos de Valladolid... Me parece que les cayó que hacer, ¿eh? *(Risas.)* Yo pregunto, ¿cuál es el medio de que se acaben los trastornos? Establecer la libertad en toda su integridad. Esto es axiomático. Que los absolutistas vean una mano terrible dispuesta á caerles encima en cuanto chisten, y entonces se meterán bajo una silla. Y no me hablen á mí de conspiraciones demagógicas y republicanas. Aquí no hay nada de eso, y si lo hay es amaño de los constitucionales masones para desacreditar á nuestro partido. Ellos tienen el lema de *dar palos y gritar "que nos pegan,„* lo cual ya no hace efecto porque se va descubriendo la picardía. *(Carcajadas y bravos).*

"Seamos prudentes, seamos cuerdos. Sigamos defendiendo nuestros

(c) 2008 Ministerio de Cultura

sacrosantos principios... hoy más libertad que ayer y mañana más que hoy... No nos arredremos, no volvamos la cara atrás. Adelante, siempre adelante. Pero vayamos con pié seguro. Á su tiempo se enseñarán los dientes. Pues qué, ¿creen que si logramos empuñar el timón de la nave del Estado (esta figura de la *nave* era la única que se había asimilado en su carrera parlamentaria el orador comunero), vamos á estarnos mano sobre mano, sin hacer nada, como el Gobierno de la *coletilla?* Y ahora viene bien el repetir lo que ya se dijo en 1511.

¡Mirad qué gobernación!
¡Ser gobernados los buenos
por los que tales no son!

"No, señores, es preciso que no se pueda decir de nosotros lo que de estos mandarines chinos. No seguirá el tole tole de oprimir al patriota y ensalzar al que no lo es. Se encomendarán los destinos de la Nación á los comprometidos por el sistema, no á los que no lo están. Se harán castigos ejemplares, se volverá todo del revés para que los pillos bajen y los patriotas suban. *(Muy bien).* No se dará el caso de que de los veinte millones de hombres, suden y trabajen los diez y ocho y apenas puedan llevar á la boca un pedazo de pan moreno, para que los otros dos millones se abaniquen y vivan rodeados de placeres. Entonces se permitirá que eso que llaman los infames *populacho* se reuna donde le dé la gana y grite y diga todos los defectos del Ministerio. La suspirada libertad será un hecho y no llevarán *albarda* más que los que quieran llevarla (*). *(Grandes aplausos).*

"En suma, señores, el partido declara por mi conducto que no quiere ser *vasallo*; que planteará el sistema en toda su pureza. Si para esto es preciso la violencia, venga la violencia. Si es preciso la guerra civil, venga la guerra. La Providencia salvará al partido. No olvideis, señores, que el *Criador del Universo bendijo también los esfuerzos que hicieron Matatías y sus hijos para evadirse de la injusta dominación del impío Antioco Epifáneo.* Entre tanto desechemos la idea de República. La Constitución establece la Monarquía y nosotros respetamos al Rey constitucional. No se diga que el partido ha sido el primero en alterar la augusta ley. Dejémosles que ellos se caigan solos; y si nos hicieren ascos y no quisieren nuestra ayuda para mantenerse derechos, ¿me entiende usted? si prefieren apoyarse en la Santa Alianza y en sus diplomáticos, envia-

(*) Casi todos los párrafos de este discurso son auténticos.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

dos, farsantes, zascandiles, espías y soplones, en los que fueron pajes de escoba del Rey Pepillo, en los serviles españoles de todas clases y ropajes, con bandas, cruces y calvarios, en los de mitra, bonete é hisopo, en los seráficos, angélicos, en los tostadores y sus familiares, plumistas, guardas, alfileres, corchetes y agarrantes, en los que dicen *el Rey mi amo*... entonces nos retiraremos, dejándoles que vayan á donde quieran, pues como dicen en mi tierra, *cuanto más se desvía el borrego mayor topetazo pega.*

Atronadoras exclamaciones de entusiasmo acogieron la frase final del discurso de Romero Alpuente, orador que, como se ha visto, no ha dejado de tener herederos en la política española.

Una voz que parecía cien voces, gritó:

—¡Viva Riego!

Contestó un alarido, y desde entonces el *importantisimo debate* se convirtió en un importantísimo aquelarre. Romero Alpuente se fué, y en su lugar el Sr. Regato se dispuso á presidir (no hay otro verbo que pueda emplarse propiamente) el resto de lo que no hay más remedio que llamar sesión.

Un orador pidió que se hiciesen manifestaciones contra la Santa Alianza en la persona de sus plenipotenciarios, idea que fué acogida con satisfactorio y general asentimiento por la Asamblea, y procedióse al nombramiento de una comisión que se encargase de ajustar las cuentas á los cristales de las casas donde vivían los embajadores de Austria y Rusia. No se había calmado la efervescencia causada por este suceso cuando un joven de buen porte tan correcto de traje como de estilo y hasta afeminado, pronunció un discurso de energúmeno sobre el plan de Vinuesa y el escarmiento que debía hacerse en la persona de aquel malvado *aborto del Infierno, compendio de todos los crímenes.*

Aseguró también que Vinuesa estaba conspirando dentro de la carcel, y que si no se ponía remedio en ello, imaginaría un nuevo plan absolutista para matar la libertad. Acusó al infante D. Carlos de complicidad con el cura de Tamajón, y afirmó que todo porrazo dado á Vinuesa, sería porrazo dado á la Corte. Aumentando en fogosidad á cada instante, llegó á sostener que el Gobierno se estaba *portando traidoramente* en este negocio, y que á él (al orador) le constaba que había intenciones de absolver al de Tamajón y áun darle una mitra, si era menester. Aseguró que el pueblo no debía consentir tal iniquidad, porque si la consentía no era digno de la fama que había adquirido en Portugal, Nápoles y el Piamonte, países que nos habían tomado por

(c) 2008 Ministerio de Cultura

modelo, estableciendo la libertad al mágico grito de "*¡vivan los discípulos de España!*„

Al discurso del joven, contestó otro joven de muy distinta figura, educación y modales, (pues en aquella Asamblea había locos de todas clases) diciendo que la culpa de aquello la tenían los masones, que dando á la Nación el nombre de populacho y haciendo el bú con la anarquía, estaban poniendo las cosas como en los tiempos ominosos. Hizo reir al auditorio, afirmando que bien pronto se prohibiría *con pena de pecado mortal* pronunciar el nombre de Riego; pero que él (el orador) estaba resuelto á exhalar el último suspiro diciendo *¡Viva Riego!* en atención á que Riego *había enjugado el llanto del pueblo español.* Esta figura, tan original como patética, produjo mucho entusiasmo, con el cual, excitándose el espíritu del orador, dijo que él sabía el modo de resolver el asunto de Vinuesa; que el pueblo, como soberano que era, podía hacer su real gana, porque el Gobierno recibía dinero de la Santa Alianza para ir arreglando la cama al despotismo, y esto no se debía consentir.

Mezclando berzas con capachos, aseguró que él había entrado en la prisión de Vinuesa y le había visto escribiendo planes y más planes; que corría mucho dinero absolutista para sacarle de la prisión y ponerle al frente de un Gobierno despótico, y que el orador y Pelumbres, al salir una mañana de la taberna, habían oido una conversación sospechosa entre dos clérigos, de la cual dedujeron que Vinuesa se comunicaba constantemente con sus cómplices. Concluyó diciendo que él (el orador) no se pararía en barras, y que si los conspiradores vieran media docena de cabezas clavadas en otras tantas pértigas junto á la Maribianca de la Puerta del Sol, doblarían la *cerviz* (única palabra pedantesca que se permitió el orador en su largo discurso) ante el pueblo *re-soberano.*

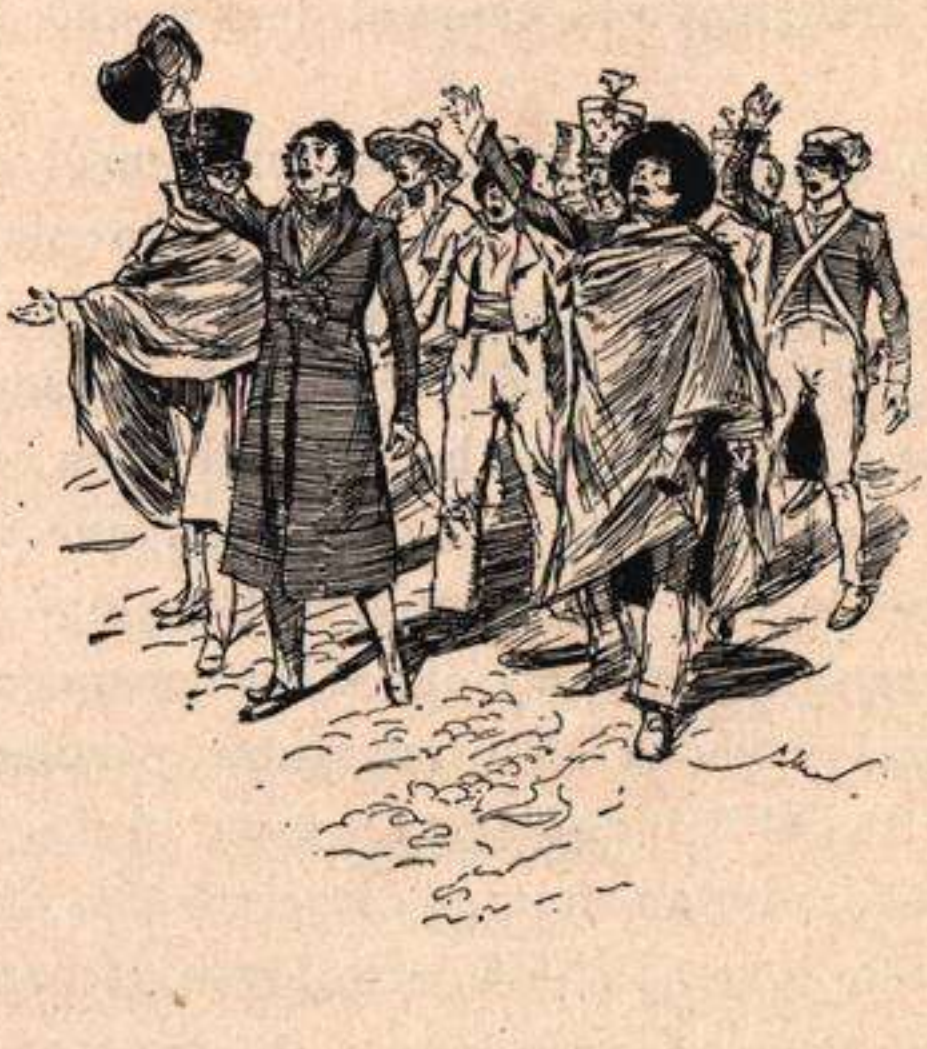
Después de este joven plebeyo, otro joven decente habló de los que *clavaban constantemente el puñal en las entrañas de la madre patria*, y anunció su resolución de ocupar el primer puesto el día del peligro, sacrificando su existencia al triunfo de la libertad. Puso cual no digan dueñas á los masones, acusándoles de afrancesados é impostores, pues muchos, dijo, profanaban el nombre de Riego, tomándole en sus *asquerosas bocas*, siendo así que para pronunciar palabra tan angélica, *debían enjuagarse un mes antes con miel rosada.* Afirmó que Calatrava era un bajo adulador, Feliú un traidor, Martinez de la Rosa un mándria, Cano Manuel un bobo, Toreno un pedante, Argüelles un embustero. Después de mucho divagar, propuso á la Asamblea que se diese un voto de gra-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

cias á D. José Manuel Regato por lo bien que había conducido todos los asuntos de la Comunería desde su orígen. Regato estuvo á punto de llorar de emoción, y para demostrar de un modo incompleto su agradecimiento, convidó á cenar á varios de los más granaditos. La sesión terminó alegremente entre las alegres endechas del himno, que sonaban bajo las bóvedas de la fortaleza:

Es en vano calumnie la envidia
al caudillo que adora el ibero;
hasta el borde del hondo sepulcro
nuestro grito será: ¡viva Riego!

El lector no será español si no recuerda al punto la música.



(c) 2008 Ministerio de Cultura

XX

En lo restante de la noche oíase por aquellos barrios el aullido de la Orden de Padilla, suelta por las calles. El himno, el *lairón*, cántico que por aquellos días había sustituido al feroz *trágala*, sonaba de calle en calle, como el ronquido de vinoso trasnochador. Íbanse perdiendo en el silencio de la noche, á medida que los grupos desaparecían, entrando en las tabernas, botillerías y cafés patrióticos. En uno de estos se vió que á deshora penetraba el Sr. Regato, acompañado de Pelumbres, Pujitos, dos de los jóvenes que pronunciaron discursos aquella noche, Salvador Monsalud y otros. Cenaron alegremente, sin dejar de la boca los negocios políticos, y sus proyectos eran atrevidos y grandiosos como las concepciones del genio. El Sr. Regato, no sólo pagó todo el gasto, sino que ofreció dinero á los más necesitados, los cuales no tuvieron escrúpulo en tomarlo patrióticamente, por aquello de que tripas llevan piés, que no piés tripas.

Si Salvador Monsalud no se separara antes de tiempo de tan escogida sociedad, pretestando una enfermedad que no tenía, hubiera visto que el Sr. Regato, hombre opulentísimo aunque nadie le conocía rentas, ni sueldo, ni industria, recompensó largamente á todos, dándoles lo necesario para la existencia y sostén de sus respectivas familias. Cuando esto pasaba, habíanse retirado también los dos oradores con el gran Pujitos, y sólo quedaban en compañía del generoso caballero comunero, Pelumbres el herrero, D. Bruno, *Chaleco*, y otros padres de la patria, de cuyas hazañas no puede tenerse idea sino presenciándolas, como las presenciará el lector en lo restante de este libro.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Salvador Monsalud fué á su casa cerca del día. Tenía la cabeza hecha un volcán. Los discursos que había oido, las caras de los oradores, la fisonomía astuta de Regato, la candidez estúpida de algunos, el ramplón jacobinismo de Romero Alpuente, hervían dentro de ella. Trató de dormir, pero la Asamblea sin apartarse de sus excitados sentidos, continuaba zumbando y gesticulando con sus cien voces roncas y sus doscientas manos amenazadoras. Al punto comprendió que era producto infame de candidez y de perversidad, la gárrula bastardía del entendimiento, explotada por una diplomacia satánica. Comprendió que se había metido entre hombres, la mitad tontos, la mitad feroces, pero que marchaban juntos á un fin claro, con alianza parecida á la del asno y el lobo en más de una fábula. Del esfuerzo que necesitaba hacer su espíritu para descender al trato con tales gentes no hay que hablar, porque se comprenderá facilmente.

Había avanzado la mañana, sin que el novel hijo de Padilla hubiera podido conciliar el sueño, cuando entró Campos lleno de zozobra y agitación.

—Esto ya pasa de broma—le dijo.—La niña no parece. Hemos estado en el Retiro, y no está en el sitio que me indicaste. Valiente bromazo nos está dando la tonta... ¡Por los clavos de Cristo! si no diera la casualidad de que Falfán de los Godos está fuera de Madrid, no sé cómo podríamos ocultarle que su novia se ha escapado de mi casa anteayer, y á estas horos no sabemos dónde está.

—En la carta que enseñé á usted me decía que no volvería á su casa.

—Temo cualquiera necedad... Salvador, estoy muy inquieto—dijo Campos perdiendo aquella serenidad que indicaba en él un gran contento de la vida.—Sin duda esa loca está vagando por Madrid, y te busca de casa en casa, de café en café, como una perdida. ¡Qué deshonra!

—Creo lo mismo. Pero esto tiene que concluir.

—¿Estuvo ayer aquí?

—Dos ó tres veces. Como no me ha encontrado en ninguna parte presumo que volverá. Si vuelve, Sr. Campos, ofrezco remitírsela á usted sin pérdida de tiempo.

—Es que debes hacerlo—dijo Cicerón con energía.—Es que si no lo haces, faltas á la solemne palabra que me diste, y entonces, amiguito, no hay nada de lo dicho. Ya tengo en mi casa tu nombramiento para la carcel de la Corona; pero como yo no recoja hoy mismo esa oveja descarriada, creeré que me estás engañando, creeré que estás de acuerdo con ella, que la escondes en alguna parte, y...

(c) 2008 Ministerio de Cultura

El plácido semblante de Campos se enrojeció todo por la congestión que determinaba la ira.

—Mi determinación es irrevocable—contestó el joven.—Supongo... casi estoy seguro de que volverá hoy. Avisaré á Lucas para que la deje subir.

—¿Convendrá traer acá dos indivíduos de la policía y un coche que debe esperar en la calle de Bordadores? Conozco á Andrea y sé que no cederá por buenas.

—Nada de eso me corresponde á mí. Usted puede emplear los medios que quiera para llevársela. Yo no tengo que hacer sino poner fin á sus correrías y convencerla de que por más que me busque, no me encontrará en ninguna parte.

—Te comprendo—dijo Campos con viveza y señales de contento.—Tomaré mis medidas. No me moveré en todo el día de la tienda de Requejo, y Sarmiento y yo nos pondremos de acuerdo para que si la oveja viene á este aprisco no se nos escape.

Después de este diálogo, que se prolongó un poco más, aunque sin ofrecer en el resto de él nada digno de contarse, Campos se retiró. Monsalud, contra su costumbre, hizo propósito de permanecer en su casa todo el día. Sin hacer nada en ella, tenía la agitación y la movilidad exaltada de quien trae entre manos una ocupación grave. Iba y venía de una pieza á otra; hacía á su madre y á su hermana preguntas que ninguna de ellas entendía; se asomaba al balcón; hacía subir á D. Patricio para darle órdenes; censuraba á veces que la casa no estuviese mejor dispuesta, y reprendía luego á las dos mujeres porque se agitaban para arreglar las habitaciones.

Cerca del medio día se retiró á su cuarto. Solita entró en él. Llevaba un pañuelo atado alrededor de la cabeza para resguardarse del sutil polvo que zorros y escobas levantaban, y cubría su cuerpo con una falda bastante antigua, pieza de desecho cuyas funciones se concretaban á los días de limpieza. La figura de la joven no era con tal atavío un modelo de elegancia.

—Hermana, estás que no se te puede mirar—dijo Salvador observándola con cierta pena.—Es preciso que te pongas guapa.

—¿Yo?... ¿Cuándo?—repuso la joven con la mayor turbación.—¿Y á qué vienen ahora esas guapezas?

—Me gustaría verte hoy arregladita y linda, como tú sabes ponerte cuando quieres. No es esto decir que me disguste verte así. Acá para entre los dos, siempre estás bien; pero...

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¿Vamos á algún baile?—preguntó Sola con malicia.

—No vamos á ningún baile—dijo Salvador con la torpeza que acompaña á las ideas de difícil explicación;—pero quisiera verte hoy como realmente eres; quisiera que cuantos entraran aquí te admirasen y reconocieran en tí...

—Tú te burlas de mí—dijo Solita llena de rubor.—Yo siempre estaré mal.

—¡Oh! te equivocas—manifestó Salvador con un tono que antes era de benevolencia que de convicción.—Vamos, también querrás sostener que no eres guapa. Más de cuatro quisieran...

—No sé por qué me dices esas tonterías.

—Mira, hermana, te agradeceré mucho que te pongas tu mejor vestido, que te arregles bien; pero muy bien.

—Ya sabes que estando mi padre en la carcel no puedo ir á paseo ni al teatro.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Si no pretendo llevarte á ninguna parte—dijo Salvador con impaciencia.—En fin, ¿te compones ó no?

—Me compondré.

—Hazme ese gusto, hermana. Así no estás bién, y tú vales mucho. Yo quiero que se vea que tengo una hermana simpática, bonita... ¿me entiendes?

—Como si hablaras en griego.

—Pues vístete: ponte tu mejor vestido, ya sabes. Figúrate por un momento que soy tu novio. Vaya, ¿no tendrías interés en agradar á tu novio; no tendrías interés en que él te encontrara siempre linda?

—Si dijera que no, sería una melindrosa—respondió Soledad fingiendo que ponía en orden las sillas para que, vuelto el rostro, no se le conociera la emoción que experimentaba.—Pero como no eres mi novio ni lo serás...

—¿Te vistes, sí ó no?

—Al momento, hombre, al momento.

Voló fuera del cuarto. Algún tiempo después regresaba vestida y ataviada con lo mejor que tenía.

—¡Oh! ¡qué bien!—dijo Salvador con sincera admiración.—Hermosa prenda se va á llevar ese bruto de Anatolio. Hermanita, estás preciosísima: te lo digo sinceramente.

El rostro de Soledad se encendió más, y vióse en aquel puro cielo de modestia una chispa de vanidad que lo iluminó momentáneamente. Salvador no mentía, porque de muy distintas maneras está preciosa una mujer. En las incorrectas facciones de la hija del absolutista, en su descolorido semblante que á intervalos se inflamaba, en sus ojos donde jugueteaba el alma escondiéndose en la penumbra del pudor ó mostrándose en la claridad del cariño, había lo bastante para turbar la paz de cualquiera.

—Siéntate á mi lado—le dijo Salvador;—parece que estás asustada.

—¿Yo?... no.

—Dame acá esa mano. Tienes las manos más bonitas que he visto. ¿Por qué las tienes tan frías y temblorosas?

—Es que las tuyas echan fuego y cuanto tocan lo encuentran helado.

—Ahora te has puesto como el papel... ¡qué palidez! Pues mira... así descoloridita es como estás mejor. En tu cara se ve tu alma bondadosa. Me consuela mucho verte á mi lado. Necesita uno personas así, que le compadezcan mucho, que le tengan lástima, que le mimen.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Y por qué te he de compadecer, si tienes todo lo que deseas; si estás como nadie. Yo sí que soy digna de lástima.

—Pero tú tendrás á tu padre, y yo jamás, jamás recobraré lo que he perdido.

Ambos callaron, inclinando cada cual su cabeza cargada de pesos enormes.

—Me parece que siento ruido—dijo Solita vivamente.—Bueno será prevenir á Rosa, para que si llega esa mujer que ayer estuvo tres veces y que tanto te molesta, no la deje entrar.

—No; ya he advertido á Rosa que la deje pasar—dijo Salvador con turbación.—Quizás no venga más.

El ruido cesó y la casa continuaba en silencio.

—Me alegro de que mi madre haya salido hoy—indicó Salvador.

—Me parece que está ahí—repuso Solita poniendo atención.—Siento pasos en la escalera.

—No; no es mi madre—indicó Monsalud con ansiedad vivísima.

—Los pasos son precipitados... Se oye una voz de mujer... ¿Voy á ver?

—No; estate aquí, y no te muevas de mi lado.

Callaron los dos. Solita miró á su hermano como asombrada. Salvador clavaba sus ojos en la puerta, donde no había nada todavía; pero de antemano su alma llena de ansiedad observaba lo que había de venir.

Andrea apareció en la puerta. Estaba desfigurada por enfermiza palidez; sus ojos miraban todo con febril extravío, y el desmelenado cabello así como el vestido en desorden indicaban largas horas de insomnio, de lucha y de amargura.

Su primer movimiento fué un impulso poderoso hacia el hombre que buscaba y que había encontrado. Vióse en su semblante la contracción que acompaña á un repentino desbordamiento de lágrimas. Pero dió tres pasos, y viendo que él no estaba solo se detuvo. ¡Qué choque de ideas en aquella cabeza! El impulso, el tierno avance expansivo habían encontrado un obstáculo, un muro frío, y contra éste la exaltada mujer se estrellaba palpitando y llena de congoja. Sus ojos atónitos, enrojecidos por el llanto, preguntaban sin pestañear: "¿qué chiquilla es esta?„

Salvador se levantó. Estaba lívido.

—Tengo que hablarte—balbució Andrea, viendo que daba un paso hacia ella.

Después dirigió á Soledad miradas recelosas é impacientes, como diciendo:—"¿qué hace aquí esta mujer extraña? Que se vaya.„

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Es un error—dijo Salvador.—Usted no tiene nada que decirme, y se ha equivocado sin duda. Yo no sé quién es usted.

—¿No sabes quién soy?... Yo te lo diré—exclamó Andrea, cruzando las manos.—¡Que se marche esa mujer!

Con imperioso gesto señaló la puerta.

Soledad, tan aterrada como curiosa, pero sumisa siempre, se levantó. Salvador le dijo severamente:

—Quédate.

—¡Con que es decir!...—gritó Andrea con espantosa alteración de voz y de semblante.

—Que usted es quien no está en su sitio aquí y debe retirarse—respondió el joven.—Sin duda ha padecido una equivocación.

—¡Perverso!... ¿dices eso de veras?

Andrea, al decir estas palabras, que salían de su pecho como bramidos, adelantó con los brazos abiertos hacia su amante. Los brazos tropezaron con dos manos de acero que los retorcieron, rechazando el hermoso cuerpo á que pertenecían.

—¡Oh, qué vil soy!...—gritó la indiana cayendo al suelo de rodillas... —¡Rebajarme así!...

—¡Rebajarse así una marquesa!...—murmuró Salvador con sorda voz. —Señora, sentiré mucho que se ponga usted mala. ¿Quiere usted que se mande traer un coche para llevarla á su casa?

Andrea se levantó de un salto. La mirada que arrojó á su amante, como una saeta furibunda, turbó tanto á Monsalud que éste en breve rato no supo qué decir.

—Yo creí que eras un caballero—dijo la americana.

Se le conocía que estaba haciendo esfuerzos terribles para conservar una actitud digna. Los impulsos naturales la incitaban á gritar, á arrancarse el cabello, á cojer entre las manos á aquel hombre, como se coje un abanico, un juguete cualquiera, y destrozarle haciéndole pequeñitos pedazos.

Monsalud se dirigió hacia la puerta. Sus ojos y su gesto decían:—Váyase usted.

—¡Pero si tú me oyeras!...—murmuró Andrea, pasando súbitamente de la ira á una aflicción profunda.

—No, no puedo oir á quien no conozco—repuso el hombre volviendo el rostro.

—¿No me conoce usted?—gritó Andrea con voz semejante á un rugido.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Parecía que se alzaba sobre las puntas de los piés. La mujer crecía. Sus brazos tiesos hacia atrás; sus puños cerrados; sus labios descoloridos que temblaban; su fina nariz, que con nerviosas contracciones también expresaba la pasión desbordada; los músculos de su hermoso cuello, tirantes; sus ojos, que amenazaban entre llamaradas de despecho; el golpe violento de su pié en el suelo, como buscando apoyo para levantarse más... todos estos accidentes hubieran puesto miedo en el corazón más acostumbrado á tales embates.

—¿No me conoce usted?—repitió.

—No—repuso Monsalud.

—¿No me conoció usted?

—Tal vez, pero... ya no me acuerdo.

—Pues me conocerá usted—dijo Andrea con sofocada voz.

Dió algunos pasos fuera de la habitación; pero de súbito, con brusco movimiento se volvió y entró resueltamente. Detúvose; miró á Solita. Hubo un momento de esos en que se ve inminente é inevitable el peligro de un choque material, aun contando con la reconocida dignidad de las personas.

Con la voz más áspera, más impertinente, más insolente y procaz que puede imaginarse, Andrea hizo esta pregunta:

—¿Y tú quién eres?

Solita se quedó muerta de espanto. Su propia turbación le impidió correr hacia su hermano y abrazarse á él buscando un refugio.

—Eso no se pregunta á los que están en su casa, sino á los que vienen de fuera.

Al oir esto Solita se reanimó. En aquel momento pensaba una cosa. Pensaba que si ella fuera mujer valerosa, echaría á escobazos de la casa á aquella insolente dama.

—¡Oh, qué vil soy!—repitió Andrea corriendo otra vez hacia la puerta.—¡Rebajarme así...!

Apartando el rostro para no ver el de su amante, salió precipitada y atropellándose, de la casa. Habiéndosele unido su criada en la escalera, ambas bajaron.

Salvador se dejó caer en una silla, y apretando la cabeza entre las manos, se clavaba las uñas en el cráneo.

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡qué infeliz soy!... Sola, Sola, ¿has visto?... ¡Maldito sea yo mil veces! ¡Maldito sea el día en que nací!

—Pero esa mujer—balbució la muchacha saliendo de su estupefacción,—es un demonio... Comprendo que te cause tanto furor...

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¡No es demonio, es un angel; y no me causa furor, sino que la adoro!... ¿No la viste? ¿Has visto mujer más hermosa?

—Tú...

—¡La adoro, me muero por ella!... Pero tú eres una tonta y no puedes comprender esto. Sola, hermana mía, lloro porque... no puedo... ten compasión, ten lástima, mucha lástima de mí.

Solita tuvo tanta lástima que se echó á llorar.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XXI

La calle de la Cabeza es una de las más tristes de Madrid. Compónese toda ella de casas viejas y feas, entre las cuales descuellan la enorme fachada meridional de la del marqués de Perales, y otra que tiene grabada sobre la puerta esta inscripción: *Aparta, Señor, de mí lo que me apartó de tí.* Contrastando con las vías cercanas, aquella no tiene tiendas, y la mayor parte de las puertas están cerradas, á excepción de las cocheras y cuadras que por allí mucho abundan. Hacia el Ave María la calle se eleva, como si quisiera subir á los balcones de las casas. Hacia la Comadre se hunde, buscando los sótanos. Algunas acacias, que se asoman por encima de altas tapias junto á San Pedro Mártir están mirando con tristeza al escaso número de transeuntes. Se oyen tan pocos ruidos allí que la calle no parece estar en Madrid y á dos pasos del Lavapiés. Toda ella tiene un aspecto sombrío, un tinte lúgubre, una mala sombra que no se puede definir, una atmósfera que abruma, un silencio que hiela. Las calles, como las personas, tienen cara, y cuando esta es antipática y anuncia siniestros designios, una fuerza instintiva nos aleja de ella.

Vulgarmente se cree que en la calle de la Cabeza no ha pasado nunca nada digno de contarse. Por el contrario, es una calle trágica, quizás la más trágica de Madrid. La tradición que le da nombre y que no carece de mérito en lo que tiene de fantasía, es como sigue: Vivía por aquellos barrios un cura medianamente rico. Su criado, por robarle, le asesinó, cortándole ferozmente la cabeza, y con todo el dinero que pudo encontrar huyó á Portugal. No fué posible descubrir al autor del crímen,

(c) 2008 Ministerio de Cultura

y enterrado el clérigo, bien pronto su desastroso fin quedó olvidado. Pero el asesino, después de haberse dado muy buena vida en Portugal durante muchos años, volvió á Madrid hecho un caballero, aunque no tanto que olvidase su primitiva condición de criado. Solía ir él mismo al Rastro todas las mañanas á hacer su compra, y un día adquirió una cabeza de carnero. Llevábala bajo la capa, y como chorreaba mucha sangre, que iba dejando rastro en el suelo, fué detenido por un alguacil, que le mandó mostrar lo que oculto llevaba. ¡Horrible espectáculo! Al echar á un lado el embozo, el criado alargó en la derecha mano la cabeza del sacerdote á quien le diera muerte.

¡Milagro, milagro! Este fué el grito general. Confesó todo el asesino y le llevaron á la horca, acompañado de la cabeza del sacerdote que había sido de carnero, y cuya vista horrorizaba y edificaba juntamente al pueblo. Murió, según dicen, con grandísima devoción y arrepentimiento, y hasta que no entregó su alma á Dios, no recobró la testa del cura su primitiva forma carneril. Felipe III, que á la sazón nos gobernaba, mandó labrar en piedra una cabeza que se puso en la casa del crímen para memoria de aquel estupendo suceso.

En este siglo la calle de la Cabeza presenció muy de cerca el horrible asesinato del marqués de Perales el 1.° de Diciembre de 1808 (*). Cuando las revueltas políticas del 14 vió encarcelar á los diputados y ministros, y aquel silencio tétrico fué turbado en más de una ocasión por los rugidos de la plebe furiosa embriagada. Nuestra narración nos lleva ahora á la citada calle y á uno de sus edificios más antipáticos y más feos, la carcel eclesiástica ó de la Corona, que estaba en la esquina de la calle Real de Lavapiés, y que todavía existe, aunque destinada á cuadras ó cocheras.

Un portalón daba entrada al patio, que no había sufrido variaciones esenciales y tenía en dos de sus lados columnas de piedra para sostener la crugía alta. Las prisiones estaban en el piso bajo y en los sótanos, y consistían en inmundos calabozos, algunos con rejas á la calle. Dos puertecillas abiertas á un lado y otro del zaguán indicaban el cuerpo de guardia y las habitacines de algunos empleados de la carcel. Todas y cada una de las partes del edificio, dentro y fuera, arriba y abajo, ofrecían repugnante aspecto de incuria, descuido y degradación.

La ignominia de la carcel empezaba desde la puerta. En la esquina del edificio se veían multitud de inscripciones terroríficas é indecentes.

(*) Véase *Napoleón en Chamartín.*

(c) 2008 Ministerio de Cultura

A conveniente altura, una de esas manos de artista que tanto abundan en España, había pintado una horca de la cual pendía un cura, y debajo se leía *Tamajón*. En la misma puerta otro artista había trazado una especie de cuadro de ánimas donde varios curas recibían tizonazos de los demonios, y más lejos varios milicianos nacionales, caracterizados en la pintura tan sólo por el morrión, asaban un cerdo que llevaba el nombre de *Vinuesa*. En el portal repetíanse las horcas y además otra pintura ingeniosa. Un grotesco y ventrudo muñeco, que tenía en la panza el consabido letrero, abría la boca. Como si ésta fuera la de un horno, varios

milicianos ó figurillas de morrioncete metían por ella con sendas palas un objeto en que se leía *Constitución*. Por debajo una escritura infernal rezaba el *Trágala, perro, tú servilón*.

Vinuesa estaba en un calabozo del piso bajo. En la puerta negra habían trazado con tiza la horca y el ahorcado, repetidas formulillas, como *Muera el traidor*, y una cuarteta que decía:

¡Considera alma piadosa
en esta nona estación
el arbol de que colgaron
al cura de Tamajón!

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Dentro del calabozo no reinaba oscuridad profunda. Veíase al infeliz reo arrojado en el suelo sobre un jergón inmundo. Era un hombre viejo, aunque entero, de cuerpo pequeño y que debió ser fornido; pero la larga prisión habíale estenuado considerablemente. Su pelo entrecano; su barba blanca, muy crecida por no haberse afeitado durante el encierro; su rostro en que se pintaban resignación y amargura, dábanle aspecto venerable que sin duda no tenía cuando andaba suelto por la Villa, ó haciendo planes en su casa de la inmediata calle de San Pedro Mártir. Vestía sotana suelta, raída y llena de girones, y un gorro negro de punto, calado hasta más abajo de las orejas, le cubría la cabeza. Cuando no estaba echado sobre el miserable jergón, se ponía á pasear de un ángulo á otro ó se sentaba en la única silla, apoyando los brazos sobre una mesa negra, y la cabeza en los brazos para dormir un poco. En la mesa negra estaba pintada también con tiza la horca y un diablillo que tiraba de los piés del ahorcado. En las paredes se leían varias estrofas de las más indecentes del *Lairón*. Pero al desgraciado preso no le mortificaba tanto leerlas como oirlas, y este era su principal tormento.

Todos los chulillos que pasaban de vuelta para el Lavapiés á la madrugada; todos los rondadores guitarristas que iban á recorrer las calles; todos los grupos de vagos que regresaban de los clubs ó de las logias; todos los patriotas que salían de las tabernas á hora avanzada, y los chiquillos al salir de la escuela por las tardes ó al ausentarse de ella para ir de huelga ó pedrea al Mundo-Nuevo, hacían escala al pié de la reja del calabozo de Vinuesa; así es que éste oía constantemente durante diez y ocho horas de las veinticuatro del día, los famosos versos:

Dicen que vienen los rusos
por las ventas de Alcorcón
Lairón, lairón.
Y los rusos que venían
eran seras de carbón.
Lairón, lairón.

Estas eran las estrofas comunes; pues las picarescas é indecentes en que se atribuían al *cura de Tamajón* las mayores atrocidades y desvergüenzas, no pueden copiarse. El populacho veía en Vinuesa un galanteador de muchachas, corruptor de doncellas, tercero, mancebista y cuanto abominable y ruin puede imaginarse. Nada de esto es verdad. Su único delito había sido el plan que conocemos; pero si hubiera faltado á las leyes morales con perversidad é indecencia, habría purgado sus cul-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

pas con el infierno expiatorio que tenía en la prisión. Era éste un lúgubre ventanillo cuadrado y pequeño, con una cruz de hierro en el vano. Por allí entraba la voz terrible del populacho cantando infames coplas, amenazando é insultando sin cesar al pobre reo. Vinuesa aborrecía aquel agujero por donde le entraba la luz y la ira de la Nación vengativa; y por verle tapado, aunque le dejase á oscuras, diera lo restante de su vida y la esperanza de libertad. Si lograba reconciliar el sueño, no dejaba de ver aquel boquete horrible, que en su mente febril se representaba como el ojo y la boca de la inmunda canalla, que sin cesar le vigilaba y le escupía.

Gil de la Cuadra estaba encerrado en un calabozo de otra crugía, y no gozaba de la preeminencia de vistas á la calle. En su encierro había bastante claridad, y tenía mejores muebles que Vinuesa, entre ellos una cama en alto. También su puerta se ornaba con inscripciones; pero en lo interior no las había. Mortificábanle principalmente los gritos, cantos y disputas de los milicianos nacionales, que tenían su cuerpo de guardia en el zaguán, y que alborotaban en el patio mucho más de lo conveniente.

Bastante después del encierro sintióse atacado de dolores en las articulaciones de las piernas, y no dudó que su reumatismo constitucional le iba á hacer una nueva visita. Guardó cama, resignándose al suplicio de sus dolores con paciencia cristiana, y tuvo varias alternativas de alivio ó recrudescencia. Á falta de auxilios médicos, disfrutó de los cuidados de un calabozero algo piadoso, que por haber padecido del mismo mal, no sólo poseía recetas y cierta ciencia práctica, sino también una caritativa compasión hacia todos los reumáticos.

De esta manera trascurrieron muchos días. Lo que más hondamente perturbaba la naturaleza moral y física del ex-oidor era la incomunicación y con ésta la negra tristeza en que vivía, si aquello era vivir. Solo, febril, contemplando perpétuamente su situación, midiendo sin cesar la considerable distancia que le separaba de su hija, pasaba las largas horas del encierro, y veía la lenta serie de noches y días, marchando como las ruedas de una máquina de tormento. Á ratos oraba, á ratos derramaba amargas lágrimas; por breves momentos recibía consuelo de su propia imaginación, representándose la libertad y la paz de su casa; pero estas bellas sombras pasaban pronto, y el calabozo le ponía delante sus cuatro paredes inalterables. Conocido el estado de su ánimo, lleno de amargura, se comprenderá cuáles serían su asombro y emoción al ver que un día se abrió la puerta del calabozo, que entró

(c) 2008 Ministerio de Cultura

un hombre, y que en aquel hombre reconoció, después de congojosas dudas, la persona auténtica de Salvador Monsalud.

Éste corrió á abrazarle y Gil de la Cuadra se desmayó de alegría.

—¡Mi hija, mi hija!...—murmuró cuando recobraba el uso de la palabra.—¿Ha muerto? ¿vive?

—Ánimo, Sr. Gil—gritó Monsalud.—Pronto verá usted á su hija, que está buena como nunca, y muy contenta por saber que pronto estará usted libre.

—¡Yo libre!—exclamó el anciano abrazando á su amigo.

—Todavía no; pero pronto será.

—¿Y Anatolio?

—No ha venido aún.

—Siguió haciendo preguntas, menudeándolas con tanta prisa que casi no daba tiempo á la contestación, y al fin se ocupó de su causa que había dejado para lo último. Monsalud en breves términos le explicó, si no todo, gran parte de lo que había hecho, así como las circunstancias de su presencia en la carcel y el destino que desempeñaba.

—Tengo la seguridad—dijo,—de que conseguiré un objeto en el cual he empleado tanta actividad, tanta fuerza, tanta paciencia. La santidad de la obra emprendida, que es el cumplimiento de una de las primeras leyes cristianas, me hace creer que esta vez, como otras, mi trabajo no será estéril. He sufrido contrariedades, amigo mío, contrariedades graves; pero al mismo tiempo he empezado á conocer uno de los mayores goces que puede sentir el hombre y que hasta ahora...

—No había usted conocido.

—Al menos en tan alto grado.

—El goce incomparable de hacer bien á un semejante—dijo Cuadra con voz balbuciente por la emoción.

—Ese, sí, y el de poder dar forma al agradecimiento expresándolo en hechos.

—¡Oh! sí, también eso es un goce inaudito.

—Y tranquilizar la conciencia.

—Es verdad.

—Porque el recuerdo de las grandes faltas—añadió Monsalud,—no se atenúa sino con la práctica constante de buenas acciones.

—También, también.

—Todo me anuncia que esta vez mi afán no tendrá, como otras veces, un éxito desdichado. El corazón mío, que es la desconfianza misma, me está diciendo ahora: "triunfamos, triunfamos de seguro.„ Será usted

(c) 2008 Ministerio de Cultura

libre, amigo mío, y lo será pronto. Sólo le recomiendo á usted un poco de paciencia. Consuélese usted con saber que me tiene muy cerca, y que estoy discurriendo los medios de rematar nuestra obra.

Gil de la Cuadra, arrojándose en brazos de su protector, lloró como un niño.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XXII

MIENTRAS esto ocurría, todo Madrid se alarmaba con una estupenda noticia. Por todos los barrios, por todos los clubs, por todos los círculos corría una noticia, que muchos suponían increible, por lo disparatada, y otros aceptaban con resignación como una nueva prueba de los desaciertos y traiciones del Ministerio. El fiscal de la causa formada contra Vinuesa no pedía para éste más que diez años de presidio. El pueblo irritado, á quien habían hecho creer que la muerte del arcediano no era bastante castigo para las culpas de éste, vió en los diez años de presidio una pena tan suave, que más que pena le parecía recompensa. De los demás conspiradores absolutistas nada se decía aún; mas era probable que recibirían en pago de sus infamias algunos años de encierro, es decir, confites.

No es preciso indicar que en todo Madrid y principalmente en los barrios bajos era un Evangelio la opinión de que *había corrido mucho dinero* para absolver á los malhechores, y los más listos decían:

—¿Pues qué? el Rey no podía dejar perecer á sus amigos.

En esto se equivocaban, porque Fernando se distinguía de todos los malvados por un funesto sistema de abandonar cobardemente á cuantos le habían servido, y aun gozarse de un modo incalificable en la desgracia de ellos, como lo prueban, entre otras muchas cosas, las célebres palabras que pronunció ante los guardias fugitivos y vencidos el 7 de Julio. La verdadera causa de la lenidad relativa del fiscal y más tarde del juez, fué que el Ministerio y los masones habían llegado á comprender cuán bárbara y soez era la excitación vengativa del populacho, á

(c) 2008 Ministerio de Cultura

pesar de haberla excitado ellos mismos en Febrero y Marzo, y quisieron rendir homenaje á la humanidad y la justicia, evitando un sacrificio inútil. Hemos llamado lenidad á la pena anunciada, porque con respecto al furioso ardor de la canalla lo parecía; pero en rigor de justicia era una atrocidad, que sólo tiene disculpa en las infames transacciones á que obligan los yerros políticos.

En los *comuneros* la noticia fué chispa arrojada á la mina. La fortaleza reventó y una explosión de salvajismo, de barbarie, de odio y necedad atronó la *Plaza de armas.* Los honrados y los inocentes, que no eran los menos bajo el estandarte de Padilla, hacían coro á los malvados, por la solidaridad que entre todos reinaba. Eran los primeros envueltos en el torbellino, y sin saberlo, estaban tan locos como los demás, mejor dicho, los honrados y los inocentes eran los verdaderos locos, porque los perversos conservaban bajo la borrachera de venganza su nefanda razón. Pero en realidad, la noticia de la blandura del juez, más les agradaba que les afligía. Servíales de pretexto para poner en ejercicio su ideal de barbaridades, atropellos y desafueros, y de admirable tema para gritar contra el Gobierno, llenándole de befa y escarnio. Acogieron, pues, el suceso con el frenesí del beodo á quien dan aguardiente, y se hartaron de furia, de exaltación política, poniéndose como demonios en la sesión que celebraron la noche de la noticia.

Romero Alpuente, á quien respetaban, no pudo presidir la sesión, porque le fué imposible sofocar el tumulto. Regato emitía con su habitual tono de importancia las opiniones más furibundas. Mejía sudaba gritando, y con el rostro encendido, gesticulaba sin poder conseguir que le oyeran. Pelumbres daba golpes en los bancos con un bastón semejante á la clava de Hércules. D. Patricio, renunciando á ser oido por toda la Asamblea, pronunciaba, ora frases áticas, ora apóstrofes demostenianos en un pequeño grupo que se formó á su lado. En suma, la *Plaza de Armas* más que guarnición regular, parecía un ejército indisciplinado, un manicomio insurrecto, ó un infierno en que fuese ley la libertad individual para hacer diabluras. Cada cual pedía una cosa distinta, y es incomprensible que no se rompieran la cabeza unos á otros, único medio y fórmula de conciliar todas las opiniones.

Era que comunmente la Asamblea en pleno no resolvía nunca nada, siendo más bien doctrinales, digámoslo así, sus sesiones, que ejecutivas. La alta dirección de la *Comunería* estaba, como la de los masones, en un pequeño consejo, en cuyo seno ha llegado la hora de que nos introduzcamos osadamente. Hemos presentado en otro libro la camarilla de Pa-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

lacio (*). Tócales ahora su vez á las camarillas populares, poderes igualmente misteriosos y perturbadores, y la dificultad de nuestro trabajo aumenta, porque las camarillas eran dos: la del populacho ó de los exaltados, y la de los constitucionales ó moderados. Procedamos con método.

Camarilla del populacho.—No tenía local fijo. Reuníase algunas veces en un departamento reservado del café de Lorencini; otras en el mismo local de la Asamblea, ó en casa de Regato. La reunión de ella que nosotros vamos á presenciar, no fué celebrada en ninguno de estos pa-

rajes, sino en una taberna de la calle de la Estrella. De los veinte diputados comuneros no asistió ninguno; de los periodistas, sólo Mejía, de los que tenían cargos oficiales en la Asamblea de Padilla, sólo Regato; de los viejos, sólo D. Patricio Sarmiento; pero no faltaba ni uno siquiera de los amigos de Timoteo Pelumbres, ni tampoco la pandilla de milicianos nacionales, en la cual alzaba el gallo con altanera superioridad Pujitos. Sumaban entre todos once personas, y para poder discutir con

(*) Véanse las *Memorias de un Cortesano de* 1815.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

más libertad, Regato mandó al tabernero que cerrase, luego que todos estuvieron dentro, y cuando el vino empezó á hacer su oficio para que las lenguas pudiesen desempeñar mejor el suyo.

—Queridos compañeros—dijo Regato,—estamos perdidos.

Esta frase habil produjo la sensación apetecida.

—Perdidos, porque el Gobierno nos va á meter el diente, y los hombros gordos de nuestro partido se esconden en su casa llenos de miedo.

—Romero Alpuente—dijo uno,—tiembla como una gallina mojada.

—Desde que se ha dicho que el Gobierno va á pegar, nuestros diputados ya están buscando vendas.

—Está visto que para reclutar gente valerosa—dijo Regato, á quien agradaba mucho la veneración con que era oido,—no hay que contar con gente de lengua y pluma. ¡Pobre pueblo, siempre sudando por gobernar, como manda la ley de Dios, y siempre engañado por tanto pillo! Está visto que mientras el pueblo no diga: "pues quiero y esto ha de ser„ y lo haga como lo dice, no tendremos libertad.

—Pero cuando el pueblo quiere portarse como quien es—manifestó Pelumbres,—vienen los *futraques*, llenos de jabón y pomada, y sacan los catecismos de la política para decirnos cosas lelas y de mil flores... con lo cual se acaba todo, y en buenas palabras resulta que somos unos zopencos y ellos unos Salomones. Nosotros trabajamos y ellos comen.

—Señores—repitió Regato dando un suspiro,—estamos perdidos. El Gobierno, viendo que no servinos para nada, (y no me vuelvo atrás...) que no servimos para nada, va á pegar, pero á pegar muy fuerte.

Breve silencio siguó á estas palabras.

—Los palos serán para el que los aguante; que yo...

—Los palos serán para todos—afirmó Regato en el tono de la mayor competencia.—Yo sé de buena tinta lo que trama el Gobierno; lo sé todo, y pues venimos aquí para ver cómo nos defendemos, lo voy á decir.

—El Gobierno va á cerrar los cafés.

—Y á reformar la Milicia Nacional de modo que no entren sino los que él quiera.

—Y á corregir la Constitución.

—Y á poner dos Congresos, uno como el que está, y otro de clérigos, obispos, generales, marqueses, camaristas, y toda la recua de alabarderos, persas y serviles.

—Y á suprimir todos los periódicos—indicó Pujitos, dando á entender de este modo sus aficiones literarias.

—Y á mandar á Riego á Filipinas.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Todo eso y mucho más hará el Gobierno—dijo Regato; —pero como á quien más aborrece es á los buenos patriotas, empezará su obra acogotando á los buenos patriotas, que somos nosotros.

—Nosotros—repitieron algunos.

—Y pasando la mano por el lomo á los serviles, que serán los mandarines de mañana. ¿Qué significa la libertad de Vinuesa?

—¿La libertad?

—La libertad, sí. Para los bobos eso de los diez años de presidio significa... diez años de presidio; pero para nosotros, que somos tan listos y vemos un mosquito en la punta de una torre, esa pena no es más que la absolución del cura.

—Es lo mismo que yo pensaba.

—Le sacan de la carcel; hacen la pamema de llevarle á Ceuta; métenle en cualquier convento donde habrá abundancia de buenas magras, pollos con tomate, gran trago de vino y muchachas bonitas; dicen luego que se ha escapado, y al poco tiempo, indulto. Tras el indulto viene la canongía y tras la canongía la mitra.

—Pues estamos bien—dijo uno con impaciencia, golpeando el suelo con su bastón.—Protesto.

—Protesto yo también—exclamó Pelumbres.

—Si la Sociedad de los *Comuneros*, que empezó con tan buen pié, no saca ahora la cabeza, ¿para qué sirve?

—Para nada, Sanchez, para nada—repuso un hombre que era tratante en cueros.—Dende que oí discursos y ví papeles y *toma la palabra, daca la palabra*, se me cayeron las alas del corazón... ¡botijos! yo no sirvo para esto.

—Es muy posible que el Gobierno tenga la alevosa intención de indultar á Vinuesa y aun darle una mitra—dijo con gravedad un individuo de aspecto decente, furibundo patriota cándido que tenía dos tiendas y un buen nombre que no hace al caso;—yo creo cuanto ha dicho el amigo Regato, porque el Gobierno es en la superficie liberal y en el fondo absolutista.

—Si Riego estuviera en Madrid, otro gallo nos cantara, amigos—indicó Regato.—Yo de mí sé decir que si tuviera dos docenas, dos docenas nada más de buenos patriotas, intentaría cualquiera sublimidad.

—Cualquier hazaña épica, digna de perpetuarse en mármoles—dijo D. Patricio.—Sr. Regato, manifieste usted con claridad su pensamiento. ¿Se trata de que Madrid se levante en masa y arroje del gobierno á ese Ministerio, y convoque otras Córtes, y le caliente las orejas al *Rey neto?*

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Eso es difícil hoy; pero no lo será dentro de seis meses, cuando estemos mejor organizados, y se multipliquen las *Casas fuertes* de los regimientos y se reciba el dinero que nos han prometido de América. Contentémonos ahora con dar una prueba de nuestro mucho poder, de lo que somos y lo que valemos, para que tiemble el cobarde tirano y nos tengan miedo los mandarines.

—Ved aquí, amigos míos—dijo Sarmiento,—cómo admirablemente concuerda con mi opinión la del Sr. Regato. Siempre he sostenido la necesidad de elevar la voz para que nos oigan, de alzarnos sobre las puntas de los piés para que nos vean, de presentarnos en todas partes para que nos toquen, mientras llega la hora sublime de los bofetones.

—Yo no entiendo de estas máquinas sutiles—manifestó con la ingenuidad de la barbárie, el llamado Sanchez, que era miliciano y había sido primero cortador de carne y después empleado en cárceles.—Yo lo que sé es que si conviene dar porrazo se dé porrazo.—No hay más que dos políticas: dar y recibir.

—En lenguaje sencillo—dijo Mejía,—ha expresado Sanchez la idea de que mientras no se puede realizar una insurrección que dé la victoria al pueblo, se hagan manifestaciones patrióticas con objeto de que se nos considere como un elemento importante, capaz de cualquier cosa en el Gobierno ó en la oposición.

—Á eso iba—indicó Regato con acento magistral.—En pocas palabras, señores; el Gobierno dice blanco, pues nosotros decimos negro; el Gobierno quiere coles, nosotros lechugas; el Gobierno dice *por aquí no se vá*, nosotros decimos, *por ahí iremos*.

—El Gobierno dice, *no más clubs*, nosotros respondemos *vengan clubs*.

—El Gobierno quiere poca Milicia, nosotros mucha Milicia.

—El Gobierno perdona á los absolutistas, pues condenémosles nosotros.

—Condenémosles, caballeros — gritó el tratante en corambres.—¡Botijos! Si nosotros no hacemos la justicia, ¿quién la va á hacer?

Dando golpecitos en la mesa con el fondo del vaso, después de beberse el contenido, entonó esta canción:

Ay le lé, que toma que toma,
ay le lé, que daca que daca,
ya no bastan las razones,
apelemos á la estaca.

—El ciudado D. Bruno ha tocado el punto más delicado de la política

(c) 2008 Ministerio de Cultura

actual—dijo Regato.—El pueblo, señores, no debe consentir la impunidad de quien ha trabajado y trabaja aún en contra del pueblo.

—¡Botijos!... no.

—De ninguna manera.

—Consentirlo sería gravísimo desacierto—afirmó Sarmiento.

—Como me llamo Pelumbres, tan cierto es que todo el día he estado pensando en que debíamos hacer justicia, porque podemos y debemos hacerla. Y si el pueblo no es soberano para esto, ¿para qué lo es?

—Á fé de Mejía, sostengo que cuando los jueces son inmorales y corrompidos, el pueblo no tiene más remedio que echársela de juez.

—Pues con una palabra basta—afirmó el tratante en pellejos.

—Es preciso sacar á Vinuesa de la carcel antes que le indulten.

—Y ahorcarle—dijo Sanchez, apretándose su propia garganta.

—En la plazuela de la Cebada.

—En la plaza de Palacio, delante del balcón de Su Majestad—gruñó Pelumbres.

—Admirable y sensata idea—dijo Regato;—pero me parece irrealizable. No es preciso que se lleven las cosas á ese extremo de perfección.

—No puedo aconsejar tranquilo la muerte de un hombre—afirmó Sarmiento con gravedad;—pero hay sacrificios necesarios, indispensables, y el cura de Tamajón debe morir. También hay en la carcel de la Corona un dichoso Gil de la Cuadra, ex-vecino mío, que es uno de los servilones más furibundos, y un conspirador terrible.

—Gil de la Cuadra—dijo Regato haciendo memoria.—¡Ah, ya; le proteje Salvador Monsalud, después de haberle enamorado á su mujer, como me consta. Váyase lo uno por lo otro.

—El traidor Monsalud se dirá de aquí en adelante—indicó Pelumbres.—Ese canalla, después de entrar en nuestra Sociedad, ha admitido un destino del Gobierno.

—En la carcel de la Corona precisamente—indicó Mejía.—No lo hubiera creido. Puesto de confianza, señores. Aquí hay gato encerrado.

—Tengo á Monsalud por una persona decente—dijo D. Patricio.—Es amigo mío y no le creo capaz de servir á los masones. Le he oido hablar pestes de esos señores.

—Sea lo que fuere—dijo Sanchez,—ello es que antes de meter semejantes tipos en nuestra Sociedad, debiéramos pensarlo mucho.

—Es justa la censura, aunque confieso que yo le presenté—dijo Regato;—pero no hay motivo para desconfiar de tal joven. Tengo motivos para creer que puedo dominarle en un momento dado. Ese hombre será

(c) 2008 Ministerio de Cultura

mío cuando yo quiera. En vez de importarnos que esté empleado en la carcel, debemos felicitarnos de ello. Sacaremos partido de esta circunstancia.

—¡Re-botijos!... ¡Si está en mi lugar y en el puesto de que me echaron hace dos meses esos mamones!... ¿pues no me ha de importar? Es un caballerito á quien tengo atravesado aquí.

—Dejemos esta cuestión mezquina, señores, y volvamos á lo principal—dijo Regato.—¿Hay aquí gente de valor?

—Basta y sobra; pero si se quiere cosa mayor, con dar la voz en ciertos barrios, se tendrá toda la gente que se quiera.

—Sr. D. Bruno, ¿se puede ir á donde se quiera?

—Al cabo del mundo. Digan hora y lugar y allá estaremos todos. No saldrá tan mal como la noche de los embajadores del Ruso y el Turco.

—Mañana... mañana...—dijo Regato meditando.—¿Cuál será la mejor hora?

—Por la noche.

—No, por el día.

—Á las doce del día—gritó el más decente de todos. No se trata de ninguna traición, sino de una obra de justicia.

—¡Excelente idea! Á las doce del día.

—*Coram populo*—murmuró Sarmiento.

—¡Botijos! á las doce en punto.

—Y ahora—dijo Regato levantándose,—á prepararse. La cosa puede ser sencilla si el Gobierno deja á la Milicia en la guardia de la carcel. Pero si pone tropa...

—Si se atreve á poner tropa, entonces...

—Que ponga tropa—gritó Pelumbres dando un puñetazo,—y se hará justicia á la tropa.

—Eso es, justicia á la tropa.

—Porque no es más que justicia.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Esta noche hay otra vez Asamblea, señores—dijo Regato con misterio.—Mucho cuidado con los caballeros comuneros de corbatín almidonado y palabrejas cultas. Dirán, como esta noche, que estamos locos.

—¿Se guardará secreto?

—Hasta donde se pueda; pero hay que reclutar gente, mucha gente.

—¡Á la *Fortaleza*, á la *Fortaleza!*

—En la *Fortaleza* hay espías y traidores que todo se lo cuentan al Gobierno.

—Si el Gobierno lo sabe, mejor—vociferó Pelumbres.—¿Qué apostamos á que voy á Palacio y se lo digo yo mesmo al Rey?

Una carcajada general acogió estas palabras.

—Las cosas claras. Se va á hacer justicia. Yo lo digo á todo el que me quiera oir. ¡Muera Tamajón!

—¡Muera Tamajón!—repitieron todos menos Regato.

Éste con voz apagada y razones conciliatorias quiso aplacar á sus amigos; pero estaban muy encariñados con la idea emitida por el dos veces gato, para dejársela quitar. Hay que pensarlo mucho, antes de arrojar la piltrafa á esta especie de carnívoros; pero una vez arrojada, el que aspire á quitársela se expone á recibir un mordisco ó arañazo. Así lo comprendió el fundador de la Comunería. Cuando los indivíduos de su alto Consejo salieron á la calle rumiando el sangriento manjar que les había puesto en la boca, el cobarde Regato se asustó un poco; pero aún tenía seguridades muy grandes de no ser sospechoso, y entre Pelumbres y D. Bruno marchó resueltamente á la Asamblea, que aún estaba abierta.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XXIII

Poco después de este suceso las *Plazas fuertes* y *Salas de armas* encerraban un partido en ebullición. Después de media noche la mayor parte de los comuneros sabían que estaba acordada para el día siguiente la muerte de Vinuesa. Á la madrugada, sabíanlo también los masones por su bien servido espionaje, y conmovido el *Grande Oriente* ante amenaza tan audaz, deliberó con calor y afán tan importante asunto. Lo que allí se dijo veráse á continuación.

Camarilla constitucional. Reuníase casi siempre en el Grande Oriente, con asistencia de muchos hombres que se tenían por lumbreras, de otros que realmente lo eran y de muchos que si carecían de soberbia ó de mérito, cobraban buenos sueldos en las oficinas del Reino. En la Masonería había, según los datos más verosímiles, cincuenta y dos diputados. De los ministros, la mitad por lo menos cargaban el mandil. Pocos eran entonces los hombres notables por su talento oratorio ó por su pluma, que no doblasen la cerviz ante el misterio eleusiaco, y muchos que después han figurado en los partidos reaccionarios adoraron la Acacia. Tal fué el atractivo del Orden masónico, que aún se dice trataron con él clérigos no apóstatas y un general de franciscos que después fué arzobispo (*). Para que nada faltase, los del Arte-Real vieron en las logias á un Infante, que recibió el nombre de *Dracón*, con la risible particularidad de que le llamaban *Bracón*. Un general muy célebre era designado *Bruto II.* Puede dudarse que el mismo Fernando VII *recibiese salario* ma-

---

(*) Fray Cirilo de Alameda desmintió de un modo enérgico la aseveración de Galiano.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

sónico; pero no que los nombres más ilustres y respetables del presente siglo, los nombres de Argüelles, Calatrava, Quintana, San Miguel, Flores Estrada, Galiano y otros figuraron en las listas de Maestros, siendo probable que todos ellos fueran *Sublimes perfectos.*

La camarilla, en la hora que nos es permitido asistir á ella, estaba formada por seis indivíduos nada más, cuyos nombres, á excepción del de Campos, deben mantenerse en secreto. Si en el trascurso de la relación son conocidos, enhorabuena; pero no se culpe al novelador de haber manoseado nombres pertenecientes á personas de distinto valor, pero todas respetables, algunas de las cuales han respirado hasta hace poco... y quizás haya alguna que respire todavía.

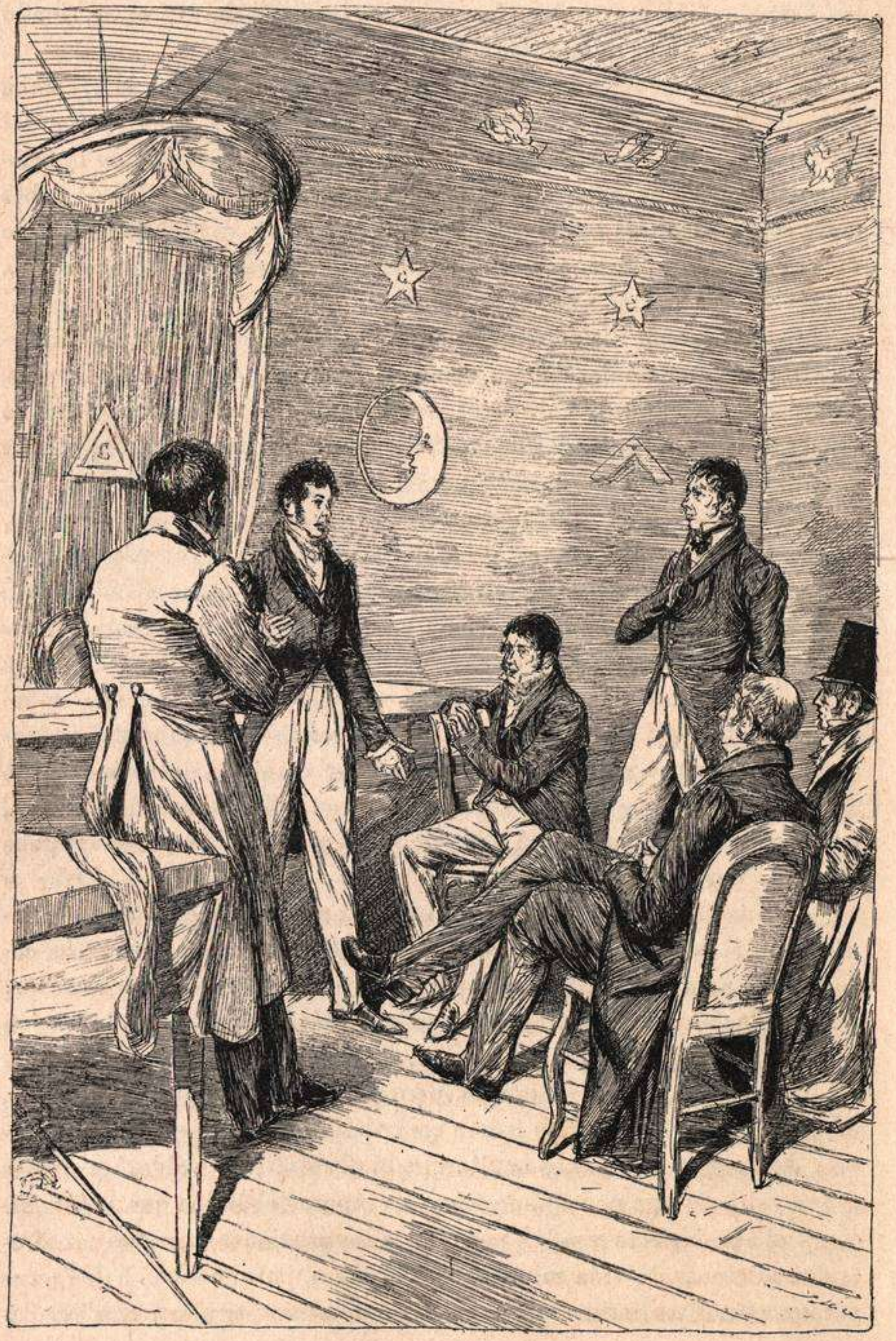
Los de la camarilla se reunían en la logia, pero allí estaban familiarmente y sin ceremonias de rito, como clérigos en la sacristía. De los seis, cuatro eran diputados; y de éstos, dos habían sido ministros, y uno lo era en aquellos días. De los dos restantes, uno casi no era masón, hallándose en la categoría de *durmiente*, y el otro era Campos. Atención.

Tiene la palabra un joven de treinta y tres años, alto, elegante, fino, airoso. Sus modales y su vestido eran como su estilo, la corrección misma. Su rostro morenísimo y su gran boca dábanle aspecto de fealdad; pero tenía la belleza de la expresión y un claro sello de hidalguía y caballerosidad que cautivaba. Sus ojos eran negros y vivísimos, llenos de esa luz particular que indica poderosa erección de la fantasía; sus cabellos alborotados y fuertes, algo parecidos á los de Chateaubriand, rodeaban una espaciosa y limpia y celeste frente, emblema del privilegiado artista. Era su voz grave y persuasiva, y si su estilo carecía de arrebato, tenía en cambio la serenidad más simpática y un acento que subyugaba oidos y corazones.

—Nosotros—dijo señalando á su amigo que junto á él estaba,—estamos decididos á no asociar nuestro nombre á los errores que se están cometiendo. Amamos la libertad con delirio; pero aborrecemos los excesos del populacho y la ignominiose licencia. Antes que empujar á la Nación por este carril que la precipitará en el abismo, nos retiraremos de la política, perderemos toda influencia, perderemos nuestro propio prestigio, y entonces la vergüenza de haber contribuido á este desorden nos servirá de castigo. No se nos oculta que el absolutismo volverá y quizás pronto, si á tiempo no se pone mano en reparar el Reino que se desquicia; y el absolutismo vendrá, porque las instituciones vigentes no ofrecen condiciones de vida saludable y duradera, porque carecen de fuerza para contener en límites razonables la iniciativa popular y son incapa-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

ces de fundar nada sólido. Que el Gobierno, sabedor de la inícua amenaza de los exaltados, evite que se consume un horrendo delito; haga en-



(c) 2008 Ministerio de Cultura

tender á esa gente que su destino y misión no es todavía ni será en mucho tiempo dirigir la cosa pública; establezca el imperio de la razón, de la calma, del buen sentido, y entonces variaremos de opinión. Mientras esto no suceda, la división será completa, y si hoy permanece oculta por nuestra prudencia, mañana trascenderá á las Cortes, y de las Cortes á todo el país.

—Y se formará el partido *anillero* ó de los *amigos de la Constitución*—dijo un viejo alto y flaco, nervioso y lleno de vivacidad, que respondía entre masones al nombre de *Coriolano*, y era célebre por un folleto contra los absolutistas y varios escritos de Economía política.—Esta nueva escuela será funesta. Tendremos al fin tantos partidos como hombres, y no habrá un solo individuo que se resigne á pensar como los demás.

—*La Sociedad de los amigos de la Constitución*—dijo el compañero del primer orador que junto á él se sentaba,—responde á la necesidad imperiosa de establecer un término medio entre las antiguas leyes, que viven encarnadas en el país, y los principios liberales. ¿Por qué no hemos de decirlo? Yo, por lo menos, tengo mi ideal en la *Carta* francesa, con las dos Cámaras y el voto absoluto.

Oyóse un murmullo de desaprobación.

—Condenemos igualmente—dijo con gravedad el de los cabellos alborotados y la boca grande,—toda clase de reuniones como esta, que ó sirven para fomentar el jacobinismo y ofrecer un secreto peligroso á las intrigas y á las ambiciones, ó no sirven para nada.

—Estamos disputando sobre si nos hemos de dividir más todavía, mientras una cuestión palpitante, fundada en una alarma quizás falsa, reclama nuestra atención. Este asunto no tiene espera. Nos está llamando, y nosotros le volveremos la espalda para discutir sobre si debemos ponernos un anillo en el dedo ó un triangulillo de latón en el ojal.

El que esto dijo era un hombre de más de cuarenta años, moreno como el anterior, de facciones bastas y gruesos labios. Su cuerpo era fuerte y algo pesado; carecía de soltura, gracia y flexibilidad; pero en cambio parecía poseedor de una gran energía. Lástima que esta energía, circunscrita al entendimiento y al estro poético, no trascendiese á la voluntad.

Completaban su persona cabeza admirable, abultada y lobulosa, ojos grandes y hermosos, una frente á la cual no faltaba sino el laurel para ser olímpica; expresión grave y tono sentencioso en la voz. Allí dentro le llamaban *Pelayo*.

—Es verdad, es verdad—dijeron los demás.—A la cuestión.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Los comuneros han decidido sacrificar á D. Matías Vinuesa—manifestó Campos, que parecía secretario de la Junta.

—Causa horror el ver que estas atrocidades se cometan; pero causa más horror aún que se anuncien—afirmó el que oimos al principio de la sesión.

—Yo no lo creo—dijo el poeta.—Los que se ocupan en propagar alarmas han escogido esta para el día de mañana. Reconozco que el pueblo está irritado...

—Con razón—manifestó Coriolano.—La sentencia del juez es capaz de sublevar al pueblo mas generoso. ¿Por qué se vocifera tanto contra el populacho, cuando sus excesos no son más que el rechazo, digámoslo así, de las osadías de los absolutistas? No, no está el mal en la canalla, que es honrada y generosa: no morirá la libertad en manos del pueblo, sino en manos de los que quieren establecer una transacción imposible con el despotismo.

Coriolano, que se había expresado con energía, miró á los dos *anilleros*. Éstos callaban, aunque uno de ellos era gran retórico.

—No disculpo ni disculparé á los exaltados que protestan contra la sentencia del juez—dijo *Pelayo* con calor,—pero téngase presente que há tiempo quedan impunes los mayores atentados y crímenes de los absolutistas. Dicen que Vinuesa es tonto; yo no lo creo. Su plan indica maquiavelismo, y por lo menos las intenciones de éste clérigo han sido perversas. Ganar y corromper la tropa, sublevar al pueblo, sorprender á los principales diputados y á las primeras autoridades, sacrificarlas inmediatamente á la seguridad y á la venganza del partido conspirador y alzar sobre la sangre de aquellas víctimas el pendón de la tiranía y de la intolerancia; estos son los proyectos contenidos en los atroces papeles de Vinuesa. Convicto y aun confeso el miserable preso, no debe librarse de la suerte rigurosa á que se exponen siempre los que traman semejantes atentados contra la existencia de un Gobierno establecido. El juez que ha despachado esta causa ha dicho públicamente que cualquiera de los cargos que obraban contra el reo era capital, y que por consecuencia era imposible salvarle. ¿A qué este cambio repentino? ¿Por qué con

(c) 2008 Ministerio de Cultura

tales antecedentes, Vinuesa no ha sido condenado más que á diez años de presidio? Semejante condescendencia ha llamado justamente la atención pública. Hasta se asegura que la Audiencia en vez de agravar la pena la suavizará más. Dícese que han mediado presentes á los cuales la integridad del juez ha resistido con nobleza y con honor; pero que después han intervenido ciertos recados imperiosos de Palacio, á cuyas fulminantes amenazas no ha podido sostenerse el magistrado, haciéndole blandear desgraciadamente en su fallo (*).

—Siempre han de achacarse todos los yerros á la incorregible mano oculta—dijo con desabrimiento el retórico.

—¡Siempre se han de achacar al populacho!—exclamó colérico el que respondía al nombre de Coriolano.—La plebe es causa de todo. La Corte y el Rey no hacen más que rezar. Con tan admirable sistema de crítica, resulta infaliblemente que la Constitución es detestable, y que debe convertirse en Carta.

—El populacho y la Corte—afirmó el retórico,—son igualmente culpables. Pero si se encomienda al primero el castigo de la última, ésta vencerá.

—Eso es lo que no sabemos—repuso con inquietud y cierta excitación el economista.—Por de pronto tenemos que, según lo que acaba de decir nuestro discreto amigo, la irritación del pueblo contra Vinuesa y contra el juez Arias, está justificada.

—Braman de cólera los genios impacientes—sostuvo *Pelayo*,—al contemplar semejante impunidad, y hasta los más templados preveen y lloran las tristes consecuencias que necesariamente ha de producir... Pero no puedo creer que un partido popular haya acordado fría y villanamente el sacrificio del reo. Tanta bajeza es inverosimil.

—Es cierta—dijo Campos, que hasta entonces, reconociendo su inferioridad, había permanecido mudo.—La Asamblea Comunera es un volcán que vomita sangre.

—¿Pero no queda duda de que han acordado eso?

—No queda duda. Lo sé por los espías que tengo allí.

—Si el Gobierno se hace cómplice de iniquidad tan grande—dijo con honrada convicción el de los alborotados cabellos,—merece la execración del género humano.

Uno que hasta entonces no había pronunciado palabra, adelantó su cuerpo hacia la mesa, tirando de la silla, y habló de este modo:

(*) Este párrafo no es del novelista, es de las *Cartas á Lord Holland*.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—No puedo callar después de lo que he oido. Se quiere que el Ministerio lo haga todo y nadie le ayuda, nadie, señores, cuando tiene que defenderse contra la oposición de moderados y exaltados, y contra las conspiraciones de absolutistas y comuneros, que se dan la mano para trastornar al país. Pero el Gobierno no merecerá la execración del género humano. ¿Acaso es él quien ha alentado las conspiraciones de los serviles? Si ha habido coecho en el asunto de la causa de Vinuesa, la venalidad estaba consumada antes del 4 de Marzo en que entramos nosotros. No podemos estar mudando jueces todos los días.

—No se trata de mudar jueces; se trata de impedir que una gavilla de asesinos deshonre la revolución.

—¡Patrañas! Señores, es preciso acostumbrarse á no ver asesinos en todas partes.

El que esto decía era un hombre casi anciano, masón, bastante listo y de mucha práctica en los negocios administrativos. ¿Por qué ocultar su nombre, que por sí se vela bastante con su propia oscuridad? Era don Mateo Valdemoro, ministro de la Gobernación. En la hora de la madrugada en que le vemos, quedábale sólo un día de poltrona.

—Yo creo que hay por lo menos exageración—dijo *Pelayo*.

—Aunque sea exageración, deben tomarse precauciones — indicó Campos.

—Pero, señores, es ridículo que por una alarma necia, llenemos las calles de artillería—indicó el ministro, creyendo que emitía una idea feliz.—Parecería una provocación, y lo que no es más que una alarma insignificante, podría trocarse en formidable motín. Nada me mortifica tanto como la idea, muy generalizada, de que el Gobierno simpatiza con Vinuesa, con el *Abuelo* y con los demás absolutistas presos.

—¿Entonces el plan del Gobierno es cruzarse de brazos y dejar hacer?—preguntó con severidad el literato.

—El Gobierno castigará los desmanes.

—¿Qué desmanes?

—Los que se cometan; pero no hará alarde de despotismo, no provocará al pueblo.

—Porque le tiene miedo.

—No tiene miedo, sino prudencia. La excitación que existe contra Vinuesa es natural y lógica. Si acuchillamos al pueblo, porque no simpatiza con los absolutistas, pasaremos por serviles, y nuestro lema es Constitución.

—Yo sigo creyendo que no habrá nada—dijo *Pelayo*, hombre que en

(c) 2008 Ministerio de Cultura

su gran talento tenía la más patriarcal buena fé.—Repito que el pueblo es bueno.

—Si no le instigaran los tunantes...

—Es más—añadió el ministro.—Si acuchillamos al pueblo, daremos un gustazo á la Corte, Vinuesa estará libre dentro de dos meses, y las cárceles llenas de liberales.

—Pues ahorquen ustedes á Vinuesa—dijo con la mayor viveza el retórico.—Esto sería lógico. Lo absurdo es absolverle y permitir las horribles venganzas del populacho.

—Siempre el populacho... es decir, el gato—indicó *Coriolano*.

—Si ahorcamos á Vinuesa, exacerbaremos á los serviles y á la Corte —dijo el ministro en tono de perspicacia.—Prudencia por un lado y por otro, es lo que conviene. ¿No es el sistema de ustedes contemporizar con todos?

El de los erizados pelos, es decir el retórico ó el literato, á quien esta pregunta se dirigía, estuvo un momento sin saber qué contestar.

—Sí, contemporizar—repuso al fin,—establecer un equilibrio perfecto, dando la mano á unos y á otros; pero no á los infames, no á los asesinos.

—Estamos juzgando un suceso que no ha pasado todavía ni pasará probablemente—dijo Pelayo.—¿A qué hablar de asesinos? Yo defiendo y defenderé siempre al pueblo. Si alguna vez asesina, hácelo con el puñal que le entregan los de arriba.

—Sea de oro, sea de hierro, lo que importa es que no haya puñal—objetó el retórico.—En una palabra, señores, estamos reunidos para acordar si se debe impulsar al Gobierno á tomar una medida enérgica.

—¡Una provocación!... Yo opino como el ministro—manifestó Pelayo. —El pueblo es bueno, es generoso; pero no debe ser provocado.

—Pues preparémonos á que sea nuestro dueño—dijo el que había demostrado más seso.—Señores—añadió levantándose,—mi compañero y yo nos retiramos para no volver más aquí.

—El viejo economista tiró al retórico de los faldones de su levita, diciéndole con buen humor:

—Señor cartista: no nos deje usted tan despiadadamente. Somos amigos y zanjaremos nuestras diferencias de familia. Discutamos.

—Me parece que se ha discutido bastante. ¿No ha llegado aún la ocasión de hacer algo?

Aquel hombre que tan bien se expresaba, demostrando tener en su espíritu el instinto de la eficacia política, era de voluntad flaca, como los

(c) 2008 Ministerio de Cultura

demás. La sensatez de sus ideas era un fenómeno comprendido dentro de la serena esfera de las aptitudes literarias, y al expresarse con tanta cordura, hablaba su talento, no esa facultad prodigiosa en que se confunden perspicacia y acción, conformando al hombre político. La misma perplejidad que tanto combatía le contaminó cuando fué ministro. Amaba la *Carta;* pero cuando pudo ocuparse de ella con éxito, pensaba demasiado en la de Horacio á los Pisones.

—Todo puede arreglarse—dijo Pelayo.—Por sí ó por no, y aunque hay en esto mucho de ponderación, creo que se debe quitar la guardia de milicianos que está en la carcel de la Corona, y reemplazarla con tropa de línea.

—Eso me parece una necesidad imperiosa—añadió Campos, atreviéndose, contra su costumbre, á hacer algo más que callar y tomar lo que le daban.

—Al menos eso probaría cierta prudencia en el Gobierno—dijo el de la Carta deteniéndose, mas sin volver á sentarse.

—No, la verdadera prudencia—objetó Valdemoro,—consiste en no poner ni quitar ninguna guardia, porque eso sería orígen de sospechas, hablillas, escándalos y seguramente de disturbios graves.

—Adios, señores—dijo el simpático y cortés joven de treinta y tres años.

—Mudar la guardia me parece una provocación—repitió el ministro consultando friamente el rostro de los tres que á su lado quedaban.

Ninguno dijo nada.

—Si se hace con maña y habilidad—dijo Pelayo,—quizás no.

—Señores—manifestó el ministro con la inquietud propia del que se ve abrumado de responsabilidad.—Es muy facil resolver todas esas cuestiones fuera del Gobierno, y cuando uno se mete tranquilamente en su casa sin dar cuenta á Dios ni al Diablo de lo que hace. Ustedes hablan, como los libros, un lenguaje discreto; pero la práctica, señores, la práctica es cosa muy distinta. ¡Mudar una guardia! Parece la cosa más sencilla del mundo dicho así, como si se tratara de mudarse una camisa; pero los que estamos dentro del Gobierno vemos las cosas de su tamaño. Repito que mudar mañana la guardia es pegar fuego á una hoguera. El Gobierno trabajará; el Gobierno tiene alguna influencia en las clases populares; aún puede contar con algunos comuneros que le sirven... No pasará nada, respondo de que no pasará nada.

—Mi compañero y yo—dijo el retórico dispuesto á retirarse definitivamente,—apreciamos la buena voluntad del Gobierno; creemos que sus

(c) 2008 Ministerio de Cultura

intenciones no pueden ser mejores; pero no podemos seguir asistiendo en esta junta secreta á los actos de debilidad y á la indeterminación que caracteriza á la política presente. En las Cortes evitaremos todo lo posible la escisión, pero nuestra conciencia nos impide continuar aquí. Está probado que la Sociedad á que hemos pertenecido estorba toda política formal, y es un aliciente para las ambiciones, para los disturbios populares, y aun para las sediciones del ejército. Hace tiempo que deseamos la ruptura; hoy se nos presenta una ocasión y la aprovechamos. Gobiernen ustedes en armonía misteriosa con los manejos de la Corte, porque las dos políticas contrarias que bajo tierra y en la oscuridad funcionan luchando, se acuerdan en una cosa, en hacer polvo y ruinas de la grandeza y poderío del Reino. Inspiren ustedes al Gobierno y á las Cortes, dominándoles por medio de la amenazadora extensión de estas Sociedades, y haciéndose pagar su protección con los destinos, las fajas, las mitras, las cruces que aquí se reparten. Yo renuncio á los beneficios y á la responsabilidad de esta labor oscura y funesta. Adios, amigos míos; la diferencia de opiniones no entibia la amistad de toda la vida, la amistad de Cadiz en los días de gloria, la amistad del Peñón de la Gomera en los días terribles. ¡Quiera Dios que no volvamos á abrazarnos en los presidios de África!

Dicho esto se retiraron. ¡Ay! Desgraciadamente para España, en aquellos hombres no había más que talento y honradez; el talento de pensar discretamente y la honradez que consiste en no engañar á nadie. Faltábales esa inspiración vigorosa de la voluntad, que es la potente fuerza creadora de las grandes resoluciones. Los que salían, á pesar de su sensato hablar, eran tan niños como los que se quedaban en el *Grande Oriente*. Entre todos juntos y fundiéndolos á todos, á pesar de la aptitud versificante y poética de algunos, no se habría podido obtener el brazo izquierdo de un Bonaparte, ni de un Cisneros, ni un Washington, ni siquiera de un Cromwell ó un Robespierre. ¡Extraña ineptitud ocasionada por la servidumbre! En la uña del dedo meñique de una mujer, Isabel la Católica, había más energía política, más potencia gobernadora que en todos los poetas, economistas, oradores, periodistas, abogados y retóricos españoles del siglo XIX.

¿Qué resolvió el *Grande Oriente*, después de la escisión? Cosas graves. Mudar algunos mandos militares, negar dos canongías, recomendar á los pueblos la elección de dos diputados masones, adjudicar tres subastas, escribir las bases de una transacción contra los comuneros, leer algunas cartas que hablaban de conspiración, enterarse de algunas con-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

fidencias hechas por empleados de Palacio, subvencionar un periódico, adjudicar trece destinos á otros tantos masones, dar una pensión á la viuda de un perseguido á causa del *Sistema*, echar tierra sobre un expediente de contrabando, etc.

¿Cuál de las dos camarillas es más responsable ante la historia, la del populacho ó la de los hombres leidos? No es facil contestar. La primera, en medio de su barbarie, había resuelto algo en el asunto del día; la segunda, á pesar de su ilustración, no había resuelto nada.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XXIV

SALVADOR conoció desde la noche del 3 al 4 el infame proyecto de sus compañeros de caballería. Si no pudo ingerirse en la camarilla, asistió á la Fortaleza. Oía y callaba, esperando utilizar las circunstancias; y como había adquirido y fomentado buenas relaciones con comuneros de todas clases, creía seguro salir adelante con su buen propósito. El plan de hacer justicia en la persona de Vinuesa le pareció irrealizable, porque contaba con la energía de las autoridades. Sintió impulsos de poner en conocimiento de Campos algunas preciosas noticias y datos adquiridos

(c) 2008 Ministerio de Cultura

en la Asamblea, para que aquél las comunicase al Gobierno; pero su natural honrado y leal se sublevaba contra la delación.

En la mañana del 4 entró en la celda de Gil de la Cuadra, y le dijo:

—Ánimo, señor reo, esta noche saldremos de aquí. Tengo todo preparado.

El anciano, apoyando su cuerpo en el lecho y con las rodillas en el suelo, cruzó las manos y se puso á rezar fervorosamente.

Poco después Salvador atravesaba el patio de la carcel, cuando se sintió llamar. Á su lado vió una cara entre burlona y suspicaz, unos taimados ojos verdosos que gatunamente le miraban, una mano blanca que con suavidad le agarraba el brazo. Era el Sr. Regato. Vestía el uniforme de capitán de la Milicia.

—Amiguito—le dijo,—tenemos que echar un párrafo. Subamos.

Instaláronse solos en una pieza del piso alto, y D. José Manuel habló de este modo:

—Tengo el corazón oprimido, amigo Salvador. Ya sabe usted que el pueblo está furioso... y con razón, con muchísima razón. El Gobierno se empeña en perdonar á Vinuesa, regalándole más tarde una mitra, y el pueblo, que después de todo es soberano, se empeña en que *Tamajón* debe ser ahorcado. ¿Qué tal? Aquí tiene usted dos reyes que se desafian sobre el cuerpo de ese pobre sacerdote.

—No creo posible que esos hombres feroces consigan su objeto... Tal ignominia no pasará en España. Lo espero así para honor de esta Nación.

—¡Oh! no conoce usted los arranques del pueblo español. La resolución de los comuneros, nuestros amigos, es definitiva. Yo he tratado de contenerles, porque no me gusta el derramamiento de sangre; pero me ha sido imposible. Intentarán hacer justicia.

—Pero no lo conseguirán. El Gobierno es malo; pero está compuesto de hombres honrados.

—El Gobierno se cruzará de brazos, amigo mío—dijo Regato poniendo gran interés en aquel diálogo.—He visto á Campos al amanecer y me ha dicho que el *Grande Oriente* reprueba la justiciada del pueblo, pero que no hace nada.

—Dicen que se quitará la guardia de milicianos.

—Error; no se quitará guardia ninguna. El Gobierno está lleno de sentimientos humanitarios; pero no quiere hacer frente al oleaje popular, por temor de ser arrastrado. Teme que se le acuse de servil; teme las murmuraciones y se ruboriza si le dicen que proteje al absolutismo.

El asombro no dejó hablar á Monsalud durante breve rato.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Eso no puede ser —exclamó al fin pálido de ira.—¡Tal infamia no cabe en corazones españoles!

—El Gobieno no hará nada. Quizás alguno de sus indivíduos se aprestarían á la resistencia si supieran lo que va á pasar; pero no lo saben. Los masones se lavan las manos como Pilatos; han cogido miedo á la comunería. En verdad que somos temibles.

—Lo que usted me cuenta, Sr. Regato—dijo Salvador levantándose con inquietud,—parece una pesadilla horrible. Según usted, es muy posible que esa canalla abominable trate hoy de invadir este edificio, sin que el Gobierno se lo impida.

—¡Es verdaderamente espantoso!—exclamó Regato afectanto sensibilidad;—pero me parece que podrá evitarse una desgracia... Compadezco con toda mi alma á ese pobre D. Matías. ¿No es verdad que es una lástima que le maten así tan brutalmente?

—No; no puede ser. Esto se quedará en amenaza ridícula.

—Que no es amenaza ridícula digo...—afirmó Regato acercando más su asiento al de Monsalud y pasándole la mano por el hombro.—Mire usted; á mí se me ha ocurrido que podríamos salvar al pobre arcediano.

—¿Cómo?...—preguntó vivamente Monsalud con el interés que le inspiraban siempre las buenas obras.

—Le asombrará á usted que me inspire lástima ese desgraciado. Yo soy así, más liberal hoy que ayer, y mañana más que hoy; pero bien está la sangre en las venas donde Dios la ha puesto, ¿eh?

Monsalud, recordando lo que había oido á Campos respecto al sospechoso liberalismo de Regato y algunas noticias que él mismo había adquirido, se explicó facilmente la compasión del comunero.

—Yo no soy amigo suyo, ni lo fuí nunca—prosiguió D. José Manuel recogiéndose dentro de su reserva como el caracol en su casa.—Los demonios le lleven. Lo que únicamente quiero decir es que pudiéndose evitar la muerte de un semejante, debe evitarse.

—Parece difícil y sin embargo es sencillo. Cálmese el furor de la canalla; póngase una buena guardia en el edificio, y todo está concluído.

—Ninguna de esas dos cosas puede hacerse.

—Pues entonces...

—Usted no carece de talento—dijo Regato sonriendo,—y sin embargo no comprende mi idea. Siga aquí la guardia de milicianos... Supongamos que viene eso que usted llama populacho...

—Y que los milicianos, recordando que son hombres de honor, españoles y cristianos, defienden la entrada.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—No... supongamos que no la defienden.

—Entonces entra la canalla.

—Eso es, entra...

—Abre el calabozo.

—Abre el calabozo... y no encuentra á Vinuesa.

—¡Ah! ya... que se escape...

—Ó que se esconda.

—Pero sus enemigos le buscarán.

—Que le busquen. Con tal que no le encuentren...

—Pero ya sabe usted que cuando la ferocidad popular pide una víctima, si no se le dá...

—Sacrifica al primero que encuentra.

—Es posible que la falta de Vinuesa la pague otro preso quizás más inocente que él... No, no me conviene ese plan.

—¿Y qué nos importa que la falta de Vinuesa la pague otro?

Monsalud miró á Regato con tanta severidad, que el dos veces gato entornó sus párpados para mirar al suelo.

—¡Ah! ya comprendo—dijo afectando buen humor.—Usted no quiere que le toquen á su Gil de la Cuadra, que es, entre paréntesis, el más malo de todos y el que merecería cualquier castigo.

—Es verdad que le protejo—dijo Salvador.

—Como que se ha metido usted en esta inmundicia sólo por salvarle.

—También es verdad.

—Como que fué usted conmigo á los comuneros sólo con el fin de hacerse amigos entre la gente exaltada.

—También es cierto. Ese conocimiento tan hábil de mi conducta y de mis intenciones me mueve á declarar que poseo del mismo modo parte de los secretos de una persona á quien yo conozco.

—Con tal que no se refiera usted á las infames calumnias que dicen contra mí los masones...

—Yo no me refiero á calumnias. Usted ha desempeñado su misión incitando al pueblo á lanzarse en una vía de atrocidades sangrientas.

—Calumnia.

—Usted cumple también su misión, procurando que después del atentado quede vivo el arcediano; y con tal que el pueblo consume su bestial proyecto y tenga una víctima... poco le importa lo demás.

—Yo no quiero que haya víctimas—dijo Regato comprendiendo que era mejor hablar con franqueza.—Lo que quiero es que Vinuesa no corra peligro, y que si ha de haber sacrificio, recaiga en la cabeza de

(c) 2008 Ministerio de Cultura

alguno de tantos pillos como llenan esta carcel y la de Villa. Contaba con eso y cuento todavía.

—¿Y qué papel debo yo desempeñar en esto?—preguntó Monsalud con cierta perplejidad,—porque usted me habla en el tono del que solicita ayuda.

—Exactamente. El alcaide de la carcel es hombre con quien no se puede contar. Usted que ha venido aquí por una intriga; usted que ha venido aquí con el exclusivo objeto de salvar á un hombre, es quien puede hacer esta buena obra.

—¿Cómo?—preguntó el joven deseando saber hasta donde iba el maquiavélico entendimiento del agente secreto de Su Majestad.

—Aprovechando la borrachera que tomará hoy al medio día, según su santa costumbre, el Sr. Alcaide...

—¿Para poner en libertad á Vinuesa?

—Eso no puede ser, porque los milicianos no lo permitirían. Soy listo y comprendo que si fuera posible este modo de escapar, ya lo habría usted intentado en favor de Gil.

—Seguramente.

—Lo que yo quiero es que mude usted á Vinuesa de calabozo.

—Le buscarán.

—No le buscarán, si se pone otro en su lugar.

—Eso es entregar un hombre á los asesinos.

Regato no supo qué contestar. Estaba impaciente y nervioso, y agitábase en su silla tomando diferentes posiciones á cada minuto.

—Hombre de Dios—gritó al fin.—Me sorprenden esos escrúpulos. ¿No hay en la carcel un Barrabás? Que muera Barrabás y que se salve Jesús. Concedo con muchísimo gusto que Gil de la Cuadra no sea el sustituto.

—Esa farsa infame no es propia de mí—contestó el joven.—Si el populacho quiere una víctima, no seré yo quien friamente se la entregue,

(c) 2008 Ministerio de Cultura

como el leonero que escoge la rés más gorda para darla á las fieras con que se gana la vida.

—Sr. D. Rígido—dijo Regato sin poder disimular su enfado,—maldito si le sientan á usted esos humos de juez severo. ¿Á qué tanta nimiedad y sutileza de abogado para un asunto tan sencillo? Usted ha empleado toda clase de recursos para sacar de aquí al que con más justicia está preso.

—Usted juzga mal á mi amigo—repuso Monsalud con serenidad,—y es extraño porque le conoce bien. No aparece complicado más que por unas cartas que se hallaron entre los papeles de Vinuesa, y el juez debe de haber comprendido que apenas merece castigo, pues sólo le condena á cuatro años de presidio, pena relativamente leve en estos tiempos.

—Nada de eso hace al caso—dijo Regato como hombre afanado que se decide á marchar derechamente hacia su objeto.—Usted creerá tal vez que yo no correspondería á su buena voluntad con otra buena voluntad, á su beneficio con otro beneficio.

Diciendo esto, el dos veces gato se llevó la mano á un cinto, y desliándolo hizo sonar su contenido, un metal precioso que hace enloquecer á los hombres. Monsalud sintió un impulso de ira y crispando los dedos miró el cuello del agente de Su Majestad. Pero la razón no le abandonaba, y calculó que era muy prudente contenerse para imaginar algún ardid que sin comprometerle, le librase de las enfadosas sugestiones de aquel hombre.

—Guarde usted su dinero, Sr. Regato—dijo con serenidad.—Yo no soy Pelumbres.

Regato no dijo nada y puso el cinto sobre la mesa.

—Este soberbio no cede con cualquier bicoca—pensó.—Será preciso hacer un sacrificio, un verdadero sacrificio.

—Yo creí—indicó Salvador disimulando su ira con una apariencia festiva,—que ya no le quedaban á usted más ochentines de los que el Gobierno dió á la Casa Real.

—Son onzas de oro—dijo Regato con naturalidad.—Ya sé que usted me dirá mil lindezas y pedanterías. No parece sino que es un crímen aceptar obsequios en pago de un servicio leal. Bueno, señor mío, usted se lo pierde. Viva usted de sus rentas, viva usted de sus fincas, ya que donosamente rechaza lo que le cae...

Levantóse en seguida y dando varios pasos en diferente sentido, se detuvo ante el joven, le puso la mano en la cabeza y se la movió con gesto entre cariñoso y amonestador.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Y si no—añadió,—no hay nada de lo dicho. Por eso no hemos de reñir. Cada uno tiene su conciencia como Dios se la ha hecho. Hay escrúpulos respetables. Yo no censuro que haya personas así... tan entiesadas. Lo que siento es que se va usted á ver en un mal paso, caballerito. Si yo le he propuesto á usted lo que ha oido, es por encargo de varios amigos, y ellos no son como yo, mansos y pacíficos y que con todo se conforman, sino muy fieros y vengativos. Capaces son de darle un disgusto á mi señor D. Rígido... ¿Qué cree usted?—prosiguió poniéndosele delante y clavando en él sus ojos cuya pupila brillaba con dorados y verdes reflejos.—Ya anoche estaban mis amigos muy incomodados con usted, llamábanle traidor por haber aceptado un destino de esa canalla masónica.

Monsalud seguía meditando.

—Y en rigor...—añadió el agente de Su Majestad,—la conducta de usted no ha podido ser más sospechosa. Anoche tuve que platicar mucho para defenderle á usted... "Es un traidor,„ decían. "Pues si no nos sirve en su destino de carcelero, haciendo lo que le mandemos, lo pasará mal...„ En fin, como son unos bárbaros, no es de extrañar que digan barbaridades. Yo me miraría muy bien antes de enemistarme con ellos.

El otro seguía meditando.

—Yo se lo digo á usted con franqueza—continuó Regato animándose al ver la perplejidad del joven,—porque somos amigos, porque tengo particulares simpatías con usted, conociendo como conozco sus méritos, su buen corazón y mucho entendimiento. Tenga usted muy presente mi advertencia, pero muy presente. Si se resiste á ayudarme, no salga usted solo por las noches, ni vuelva á poner los piés en la Asamblea ni en sitio alguno donde nos reunamos. Además, los antecedentes políticos de usted no son tales que pueda el caballerito estar tranquilo, si alguien se propone hacerle daño.

—No creo tener enemigos—dijo casi maquinalmente el joven.

—Téngalos ó no, usted es un hombre que no ha dejado de cometer errores en su vida.

Salvador le miró con tristeza.

—Y entre ellos se cuenta—continuó Regato,—el haber tenido relaciones con Amezaga, el poseedor de los secretos del Rey en Valencey.

—¡Yo!...—dijo Monsalud lleno de estupor.

—No me lo negará usted á mí. Amezaga, que se cortó el pescuezo con una navaja de afeitar, antes que se lo retorciera el verdugo, concluyó como debía concluir. Usted que le ayudó en la publicidad de los célebres

(c) 2008 Ministerio de Cultura

secretos, no fué objeto de persecuciones ni aun de sospechas, porque supo esconderse; pero ¡ay, insigne joven! usted no podrá librarse de una causa el día en que cualquier mal intencionado quiera hacerle daño... Usted tuvo correspondencia con Amezaga...

La cara atónita de Monsalud estaba diciendo:—Es verdad.

—Amezaga le escribió á usted varias cartas que le comprometen; pero de una manera... La causa está abierta. Ya sabe usted que este es uno de los asuntos en que Su Majestad no perdona. Se trata de sus chicoleos en Valencey, de sus diabluras con los Bonapartes... en fin, esto es grave, y no hay Gobierno, por patriotero que sea, que no apoye á nuestro Rey.

—Eso es historia antigua—dijo Salvador con desdén.

—Antigua, sí; yo no he visto las cartas de Amezaga dándole instrucciones á usted y á otros conspiradores para publicar las aventurillas de Su Majestad; pero el amigo mío que las posee, me ha dicho que son terribles. Con la mitad de aquello se sube al cadalso en todos tiempos.

Salvador sentía viva agitación.

—En el año 19, usted conspiraba; usted se vió obligado á esconderse hoy aquí, mañana allí, para burlar á la policía. En una de estas mudanzas un amigo mío se apoderó de un paquete de cartas que tenía mi Sr. D. Salvador en la gabeta de su mesa. Según me ha dicho, las había políticas, amorosas, familiares, de todas clases.

—Es verdad que perdí unas cartas; ¿pero qué...?

—Que el poseedor de ellas las guarda como oro en paño. Ni siquiera á mí me las ha querido mostrar. ¿Sabe usted quién es? Alonso Sanchez, que fué de la policía y ahora está cesante y como cesante desesperado. Tiene una admirable colección de papeles curiosos... Es amigo mío, muy amigo mío.

Monsalud no contestó. Regato, al decir lo que antecede, apretó el brazo contra su cuerpo, complaciéndose en sentir bajo el uniforme el contacto de un cuerpo semejante en tamaño y dureza á un paquete de papeles. Había mentido como un bellaco. Las cartas firmadas por Amezaga y dirigidas á Monsalud en Julio del 14 las tenía él, juntamente con otras de dudoso valor político por ser esquelas de amores ó de familia. Habíalas recibido del agente de policía y las guardaba, como otros muchos tesoros epistolares, esperando que llegase la ocasión de utilizarlas. El astuto intrigante daba gran importancia á todo papel que en su mano por cualquier evento caía, y los tenía clasificados por autores con una escrupulosidad cariñosa, semejante al celo de los anticuarios y bibliófilos.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Aquella mañana antes de dirigirse á las cárceles de la Corona, abrió una arqueta que encerraba numerosos paquetes, parecidos á expedientes, y después de recorrerlos brevemente con la vista, sacó uno que decía: *Amezaga, Salvador Monsalud.* Guardólo en un profundo bolsillo interior con que había dotado á su casaca de miliciano, para que el uniforme, según decía festivamente, no fuera una prenda inutil.

—Sr. Regato—dijo Monsalud.—Todo eso de los papeles de Amezaga me tiene sin cuidado en lo referente á lo que usted me propone hoy. Pero me gustaría recobrarlos, ¿por qué he de decir otra casa?

—¡Bribón!—dijo Regato para sí, oprimiendo dulcemente el bulto de papel.—Como no cedas ni á las onzas, ni á las amenazas, te venceré con esto.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XXV

NINGUNA importancia dió Monsalud á tal incidente. Fijábase ante todo en la amenaza de concitar contra él el odio de los Pelumbres y comparsa. Esto le pareció un verdadero percance, porque Regato en tal especie de guerra era omnipotente. Considerando la maldad de aquel hombre, vió un peligro real y cercano, comprendió que no eran palabras vanas las referentes á la brutalidad vengativa de los amigos del agente de Su Majestad. Su mente se llenó súbitamente de las ideas evocadas por el peligro, y pensó en los medios de librarse del que con una mano ofrecía oro y con otra porrazos.

—Este tunante—pensó Monsalud,—no me perdonará. No soy quien soy, si dejo á este reptil en disposición de morderme.

Cuando esta idea cruzó por su mente, tuvo otra felicísima: seguir aparentando perplejidad para que Regato le creyese inclinado á una inteligencia.

—Mucho lo piensa—dijo para sí D. José Manuel.—Su indecisión es buena señal. No se enfurece, no grita, no dice una palabra de su honor. Sacaré el dinero para que viéndole... pues...

Déjeme usted pensar un rato lo que debo hacer—dijo Monsalud.

—Conservando una seriedad ficticia, Regato empezó á contar dinero sobre la mesa.

—No se trata de ningún desafuero—dijo,—sino de un servicio. Mi objeto sólo es que Vinuesa no muera, y que la irritación del pueblo pase sobre él como pasan las olas por encima de una roca sin conmoverla. Si el pueblo registra demasiado los calabozos y quiere hacer alguna atro-

(c) 2008 Ministerio de Cultura

cidad en cabeza absolutista, lo más acertado me parece sacar á Vinuesa de su encierro, esconderle en las bohardillas... y nada más. El Alcaide es un borracho y un fanático. No me atrevo á hablarle porque estamos reñidos desde hace tiempo. Ni él me traga á mí ni yo á él, ¿entiende usted? Va para un año que no pongo los piés en esta casa y no conozco á

nadie en ella. Pero usted puede hacerlo todo. Los milicianos que están de guardia no es facil que se enteren.

—¡Oh! sí, es muy facil—dijo Monsalud.

—Pide mucho—pensó Regato,—habrá que hacer un sacrificio mayor.

—¡Ah! tunante—pensó Monsalud mirándole fijamente pero sin dejar conocer su idea;—tú has creido jugar conmigo, y yo, aunque no soy agente de Su Majestad, ni dispongo de fuerza alguna, ni de grandes caudales, te voy á sentar la mano de tal modo que has de acordarte de mí toda tu vida.

La sonrisa del triunfo presente ó anunciado por el corazón, alteró el semblante pálido y serio de Salvador; pero Regato, sin advertir nada, continuaba manoseando las peluconas.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Te juro, miserable—prosiguió Monsalud, pensándolo,—que el lazo que voy á armarte y en el cual vas á caer como un pajarillo inocente, se deja atrás á tus diabólicos ardides. Cuenta, cuenta dinerito.

—¿Lo ha pensado usted?—preguntó Regato.

—Hombre, sí que lo he pensado... ¡Qué demonios! Este es un país donde las personas honradas no pueden conservar su honradez. No hay medio de vivir; todo cuesta un ojo de la cara.

—Tiene apuros...—pensó Regato. Cayó. La historia de siempre.

—Por el momento—dijo Salvador,—guarde usted ese dinero. Puede pasar alguien, oir su seductor sonido y entonces... las sospechas...

—Está bien, muy bien—manifestó el comunero miliciano encerrando las onzas en el cinto.

—Y ahora discurramos lo que se ha de hacer.

—Es muy sencillo, sacarle del calabozo sin que lo vea nadie, y subirle á las bohardillas. Salga usted á ver si ya el Sr. Alcaide está durmiendo la mona. A los demás empleados de la carcel se les puede dar algo... Eso á juicio de usted.

Monsalud empezó á dar paseos por la habitación. El plan que rápidamente había concebido para dar una severa lección y un castigo muy duro al agente, presentósele muy dificil de realizar.

—Atarle aquí, ponerle una mordaza y subirle á las bohardillas—pensó, —es muy aventurado. Gritará... Da la maldita casualidad de que no hay un solo calabozo vacío. ¿Pero no habrá algún calabozo vacío?... El 17 se ocupó ayer... el 14 no se desocupará hasta mañana.

Siguió meditando.

—No debe perderse tiempo—dijo súbitamente Regato.—Entremos ambos en el encierro de Vinuesa. Son las tres y media. El Alcaide duerme la siesta. Hable usted con los calaboceros que puedan estorbar. Los milicianos están en el cuerpo de guardia, y si hay algunos en el patio, se les convidará á todos á café. Mande usted traer copas y café, diciéndoles que es hoy su cumpleaños.

Monsalud se echó á reir.

—No está mal cumpleaños el que á tí te espera—pensó.

Ya tenía un nuevo plan.

—Espéreme usted aquí—dijo.—Voy á dar una vuelta por la carcel. Veré si duerme el Alcaide, diré dos palabras á los calaboceros, aunque se me figura que no serán necesarias tantas precauciones. La prisión de Vinuesa está bajo la escalera, y no es preciso pasarle por el patio, ¿entiende usted?

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Entiendo... ¡Oh! las cosas se presentan bien—dijo Regato.—En fin, vaya usted... No olvidarse de las copas. Con los milicianos no se puede contar sino engañándoles, lo cual es facilísimo. Dígales usted que se han recibido noticias de que viene Riego con su ejército, con veinte ejércitos como los de Jerjes á conquistar á Madrid. Yo no bajo, porque se me pegarían, no dejándome respirar.

Monsalud salió de la pieza, recorrió la carcel, habló brevemente con el Alcaide que en aquel momento se disponía á dormir la siesta. Éste, recomendándole mucha vigilancia, le dijo:

—Me parece que no tendremos la jarana que se anunció. Alarmas, alarmas de los desocupados. No se ha visto hasta ahora un solo grupo sospechoso en toda la calle, y me parece que tendremos un día tranquilo. Además, la Milicia no toleraría ningún desmán. Está decidida á que nadie traspase el umbral de la carcel.

Pasado algún tiempo después que el Alcaide se encerró en su cuarto, Salvador convidó á los milicianos, siguiendo las advertencias de su sobornador, y después dió varias órdenes á los dos calaboceros que estaban á la sazón en la casa, enviándoles á puntos de donde no pudiesen volver antes de un cuarto de hora. Con estas ligeras precauciones había seguridad completa, como se verá ahora mismo.

Bajo la escalera de la carcel, en el oscuro hueco que formaba el primer tramo, había una puerta pequeña y poco visible. Era la puerta del calabozo en que estaba Gil de la Cuadra. Aquella prisión era la única en la cual se podía entrar sin atravesar el patio y las crugías bajas del edificio. Monsalud tomó un pedazo de tiza y en la puertecilla dibujó groseramente una horca con su correspondiente ahorcado, cuidando de poner debajo *Tamajón*. En seguida subió: de un cuarto oscuro destinado á trastos sacó dos objetos que guardó cuidadosamente, dirigiéndose al punto en busca de Regato. Pocos momentos después ambos estaban frente á la puerta del calabozo.

—¿Con que aquí está ese desgraciado?—dijo el agente de Su Majestad.

—Sí, ya veo la célebre horca y los letreros.

Monsalud abrió, y entraron. Al principio la oscuridad no les permitió ver objeto alguno.

—Sr. D. Matías—dijo Regato adelantando en las tinieblas.

—¿Quién es?—murmuró Gil de la Cuadra.

—Sr. Vinuesa...

Monsalud cerró por dentro.

Pasó un rato antes de que el agente conociese el engaño.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¿Qué es esto?—gritó.—Engaño, traición... ¡Salvador!

—Engaño, traición—repitió éste.

—Infame, abre pronto, ó te ahogo—exclamó el gato, ciego de ira y amenazando con las crispadas zarpas el cuello del joven. Haciendo un movimiento rápido, echó mano á la espada.

Monsalud levantó el brazo derecho y descargó sobre el agente una bofetada olímpica, una de esas bofetadas supremas y decisivas, que recuerdan la quijada de asno de que se servía Sansón. Regato cayó al suelo. En pocos segundos Salvador le amordazó.

—Ahora—le dijo,—desnúdate... ¡pronto!

Nunca el agente se había parecido tanto á un gato. Arañó al joven, y falto de habla, bufaba sordamente.

—Desnúdate pronto, ó te aplasto, reptil. Necesito tu uniforme de miliciano.

Gil de la Cuadra miraba con estupor aquella escena.

—Necesito tu uniforme.

Monsalud tiraba de las mangas, desabrochaba los botones. En poco tiempo el morrión, los pantalones, la casaca y la espada de Regato, fueron arrojadas al rincón opuesto. Inmediatamente el joven sacó una larga cuerda y con mucho trabajo, porque el gato se defendía rabiosamente, le ató con tal fuerza que no podía moverse. Las argollas que había en la pared de la sirvieron prisión para sujetar al nuevo preso, que estaba adherido, clavado al muro como un murciélago.

—Sr. Gil—dijo Monsalud imperiosamente,—póngase usted ese vestido de miliciano. Pronto será de noche. ¡A la calle!

Gil de la Cuadra no apartaba los ojos del triste espectáculo que tenía delante.

—Pronto... ¡el uniforme!—repitió Monsalud.—Saldrá usted ahora y le ocultaré en mi cuarto hasta que sea de noche... Pronto.

Gil de la Cuadra obedeció, y en silencio empezó á vestirse.

Hubo una pausa de silencio profundo. Pero luego sintióse un rumor que crecía, crecía, y de rumor se trocó en mugido sordo, confusas palabras de gente, gritos, pasos, puertas que se cerraban. Sonaron varios tiros.

Monsalud, después de asegurar con toda su fuerza la cuerda que ataba á Regato, salió lleno de zozobra del encierro.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XXVI

Poco después del medio día una horda de caníbales se reunía en la Puerta del Sol, mejor dicho, se diseminaba, marchándose cada animal por su lado, después de acordar juntarse por la tarde en el mismo sitio. Así lo hicieron, y las autoridades miraban aquello como se mira una fiesta. Después de las cuatro los grupos volvieron á invadir la Puerta del Sol. Había en ellos una frialdad solemne y lúgubre, como de quien no fía nada al acaso ni á la pasión, sino al cálculo y á la consigna. La autoridad seguía no viendo nada, ó negligente ó cómplice ó imbécil que las tres cosas pueden ser. Los grupos susurraban, y por un momento vacilaron; pero al cabo de cierto tiempo dirigiéronse por la calle de Carretas y las de Barrionuevo y la Merced, á la carcel de la Corona. Llenóse la calle de la Cabeza en su mayor parte. Destacábase al frente de uno de los grupos el ciudadano Pelumbres, arengando como una bestia que hubiese aprendido durante corto tiempo y por arte milagroso, el lenguaje de los hombres. Casi todos llevaban armas menos él.

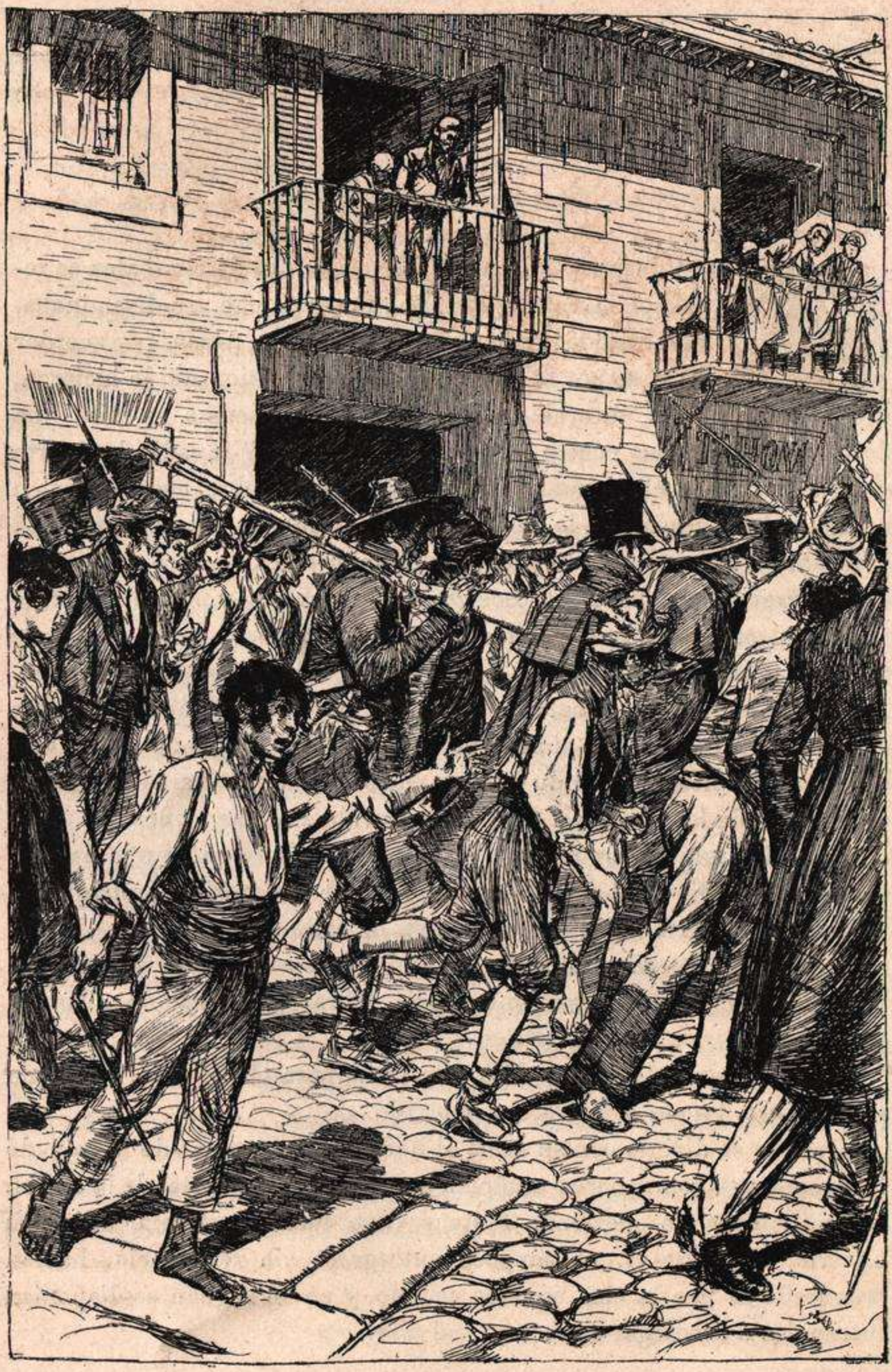
Considerando que su persona no estaba completa, pidió una navaja; mas como nadie se hallase dispuesto á tal generosidad, dirigió su mirada de buitre á todas partes. Hacia la calle de San Pedro Mártir estaban construyendo una casa. Pelumbres se acercó á la empalizada; vió algunas piedras de granito á medio labrar y encima de ellas un gran martillo.

—Para el sastre la aguja—dijo,—la lezna para el zapatero, el cuerno para el toro, y para el herrero el martillo.

Cuando se dirigió con su arma al hombro á la esquina de la calle de Lavapiés, sus compañeros rompían á hachazos la puerta de la carcel. Los milicianos, no queriendo sostener una lucha contraria, según su criterio, al progreso, ni tampoco entregarse sin resistencia, habían asegurado la puerta con un solo cerrojo, y en el zaguán se disponían intrépidos á descargar sus armas... al aire.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

La puerta no resistió mucho. Lo que empezaron los hachazos, dos docenas de coces lo concluyeron. Dispararonse al aire varios fusiles de



(c) 2008 Ministerio de Cultura

milicianos, la turba penetró en el patio de la carcel, rápida como un brazo de agua, rugiente y soez. Hay un grado de ferocidad que la Naturaleza no presenta en ninguna especie de animales: sólo se ve en el hombre, único sér capaz de reunir á la barbárie del hecho las ignominias y brutalidades de la palabra. Viendo á los hombres en ciertas ocasiones de delirio, no se puede menos de considerar á la hiena como un animal caritativo.

El calabozo de Vinuesa era bastante conocido de casi todos los que entraron. Cómo lo abrieron no se sabe. La turba que en la calle era gruesa, se afiló para entrar en la carcel. Para penetrar por una puertecilla estrecha tuvo que aguzarse más. Parecía una serpiente de largo cuerpo y cabeza estrecha, introduciendo su boca por una hendidura. El cuerpo se agrandaba en el patio; enroscándose salía á la calle, daba varias vueltas por las inmediatas, y la cola, parte en extremo sensible y movible, culebreaba en la plazoleta de Relatores. La cola se componía de mujeres. Cuando Vinuesa vió que entraban en su calabozo aquellos hombres terribles, comprendió que su fin era inminente. Poniéndose de rodillas y cruzando las manos, gritó:

—¡Perdón, perdón!

El calabozo retumbaba con las imprecaciones. Vióse en el aire un círculo rápido y espantoso trazado por un pedazo de hierro adherido al extremo de un palo, que impulsaban manos vigorosas. El martillo describió primero un círculo en vano, después otro... y la cabeza del infeliz reo recibió el mortal golpe. Siguióle otro no menos fuerte y después diez navajas se cebaron en el cuerpo palpitante.

Lavaban los asesinos el martillo en la fuente de la calle de Relatores, cuando el Gobierno resolvió desplegar la mayor energía. ¡Qué sería de esta Nación si la Providencia no le deparase en ocasiones críticas el tutelar beneficio de su Gobierno! La noticia del crímen corrió por Madrid, y la villa, que es y ha sido siempre una villa honrada, se extremeció de espanto y piedad. El Gobierno se extremecía también, y declaraba con patriótico celo que no descansaría hasta castigar á los culpables. Para que nadie tuviera duda de su gran entendimiento y perspicacia política, mandó que inmediatamente se pusiera fuerza del ejército en el edificio, y por si alguno tenía dudas todavía de su diligente y paternal actividad, ordenó que al instante, sin pérdida de un momento, *se instruyesen las oportunas diligencias*. Quejarse de un Gobierno así es quejarse de vicio.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XXVII

Cuando Gil de la Cuadra y Regato se quedaron solos, siguieron oyendo aquel rumor de voces que resonaba en el patio de la carcel. Durante más de un cuarto de hora el estrépito fué grande. Gil de la Cuadra, comprendiendo que el populacho había invadido el edificio, se puso de rodillas, y cruzando las manos, rezó en voz alta.

El otro desgraciado se hinchaba y gruñía. De su rostro congestionado afluía copioso sudor. Trataba de romper sus ligaduras y de escupir su mordaza; pero unas y otra habían sido puestas por buena mano. Por último, después de repetidos esfuerzos, de su boca pudo salir una voz, más que voz, silbido, que decía:—¡Piedad, piedad!

Gil de la Cuadra se acercó á él y limpióle el sudor de la frente. Las miradas de Regato eran tan expresivas pidiendo compasión; las contracciones de su cara tan violentas, que el primer preso no pudo resistir la fuerza de sus sentimientos compasivos, y le quitó la mordaza.

—¡Ah... gracias, gracias!—exclamó el agente de Su Majestad aspirando con delicia el aire fétido de la prisión.—Aire, aire... me ahogo aquí.

—Pero con esto concluyen mis complacencias—dijo Cuadra.—No le quitaré á usted la cuerda, eso no.

—Toque usted mi cintura—murmuró Regato.—¿Qué suena en ese cinto? Dinero. Todo eso y la libertad... pero suélteme usted.

—No puedo.

—Y el populacho ha entrado en la carcel! ¿Ha sentido usted, Sr. Gil?

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—Sí, me pareció que entraba en el patio una ola del mar... Ahora parece que ha cesado el rumor. Se alejan.

—Se alejan, sí. Pero aún se sienten voces. Ese malvado volverá á entrar aquí... ¡Favor, pueblo!... ¡Pueblo mío, favor!

Los gritos de Regato no traspasaban los muros de la prisión.

—Sr. Gil—exclamó con acento de desesperación:—saque usted mi espada y máteme. Un hombre de mi temple no puede soportar este suplicio.

—Calma, calma, Sr. D. José Manuel—dijo Cuadra poniendo la mano sobre la cabeza del agente. Yo suplicaré á mi amigo que no le haga á usted daño alguno... Pero tarda, tarda.

—¡Su amigo! ¿pues no tiene la vileza de llamarle su amigo?—dijo Regato poniéndose tan encendido como cuando tenía la mordaza.

—Mi amigo, mi protector, mi salvador... pues si él no existiera, ¿qué sería de mí?... pero tarda, ¿no es verdad que tarda?

—¡Estúpido viejo!—gritó Regato fuera de sí,—ten vergüenza, y córtate la mano antes que estrechar con ella la mano de ese hombre...

—¡Yo!... En mi corazón no existe ya ni puede exirtir el odio. Y si existiera, para ese joven no tendría sino amor, una admiración respetuosa, un afecto paternal.

—Es verdad que hay hombres muy singulares—dijo Regato sonriendo con infernal malicia.—Yo conocí un hombre que sacaba á paseo, llevándole á cuestas, al cortejo de su mujer.

Gil de la Cuadra creyó que Regato sufría enagenación mental. Lleno de compasión se acercó á él.

—Vendrá pronto—le dijo.—Yo intercederé por usted... pero tarda, ¿no es verdad que tarda? Ahora apenas se oye ruido.

—Intercederá usted—añadió Regato con afan de perversidad.—Y si le pide algo en cambio, le dará usted su mujer... no, porque murió; pero aún tiene usted una hija. Sin embargo, como él la tiene en su casa, se habrá cobrado por adelantado.

—Sr. Regato—dijo Cuadra con severidad.—El lenguaje de usted es propio de un loco.

—¡Imbécil, imbécil! el de usted es propio de un ciego... ¡Pobre doña Pepita! era una excelente señora, y tan guapa... seguramente si no hubiera dado con un esposo tan crédulo como usted.

—Sr. Regato—exclamó Cuadra con enojo.—Le digo á usted que se calle.

—No digo más sino que aquella señora era una buena pieza.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—La desastrosa situación de usted me impide contestar á esa insolencia como se merece.

—¿De veras cree usted que la hermosa dama era un modelo de virtudes?

—Sí, canalla; sí lo creo—gritó trémulo de ira Gil de la Cuadra, llevando su vacilante mano á la espada.

—Pues mis noticias son que pecó varias veces. Dígalo Salvador Monsalud que fué su cortejo... ¡Oh, Dios mío! Estoy preso, estoy atado... pero en mi horrible situación me das armas; me das este veneno que escupo y con el cual mato.

—¡Miserable!...

Gil de la Cuadra corrió hacia él y le oprimió el cuello.

—Ahógame, necio—gruñó Regato,—ahógame. Mi último suspiro será para echarte en cara tu vilipendio. Ese hombre, ese enemigo mío...

—¡Qué dices!...

—Te burló, te burló. En Francia, todos los españoles lo sabían menos tú...

Gil de la Cuadra vacilaba. Una idea cruzó como un relámpago por su cerebro; una idea confusamente mezclada con recuerdos, palabras, coincidencias, detalles.

—El majadero no lo cree—dijo Regato, ya libre de las manos que le apretaban el cuello.—Voy á darle pruebas para que calle.

—¡Pruebas! Usted está loco. Cállese usted. Esto es una farsa... ¡Pero ese hombre no viene, Santo Dios!

—Pruebas, sí. Ponga usted la mano sobre el costado derecho en la pechera del uniforme mío que tiene puesto. ¿Qué hay en ese bolsillo?

—Un bulto, una cartera.

—Un paquete. Sáquelo usted.

—Ya está. Cartas...

—Lea usted...

—¿Qué es esto? Una carta firmada *Amezaga*.

—Siga usted, hojee usted ese precioso libro. Tras esa joya vendrá otra.

Gil de la Cuadra acercándose al ventanillo por donde entraba una débil luz, recorría una tras otra y con ardiente curiosidad las cartas.

—Á prisa, á prisa. Pase usted todas las primeras. ¿Qué viene ahora?

—Una lista con varios nombres.

—Adelante... ¿Y ahora?

—Una...

(c) 2008 Ministerio de Cultura

Gil de la Cuadra calló de improviso. Su corazón saltóle en el pecho. Quedóse frío, mudo, atónito, lleno de espanto, como el que se ve en el borde del abismo y comprende en veloz juicio que no hay más remedio que caer.

—¡Ah!—dijo Regato.—El imbécil ha puesto al fin la mano sobre el delito de su esposa. Es tan bruto que necesita tocarlo para comprenderlo.

Gil de la Cuadra seguía leyendo.

—¿Qué dice la carta?—añadió el agente.—Tras esa vienen otras muchas. Yo he pasado buenos ratos leyéndolas. ¡Cómo palpita en ellas la pasión! ¡Qué vehemente ardor!... Y los dos amantes disimulaban bien... ¡Cuántas precauciones para engañar al bobillo! ¡Se encuentran en esas cartas traiciones inauditas, alevosías de él y de ella! La señora parecía más apasionada que... nuestro amigo.

Gil de la Cuadra seguía leyendo. De repente se desplomó. Un ay de dolor, una exclamación aguda y penetrante, parecida á las que exhalan los que sufren repentina muerte, salió de sus labios. Cayó al suelo. Su mano estrujaba un papel.

—El incrédulo parece convencido... ¡Miserable viejo, ahí tienes á tu Providencia, ahí tienes á tu Salvador, ahí tienes á tu amigo querido!... ¡Le has entregado á tu hija!

Cuando esta última palabra resonó en la prisión, extremecióse el cuerpo del anciano herido en su alma. Irguiendo la cabeza, abrió los ojos, dióse furibundo golpe en la frente con la palma de la mano, y repitió:

—¡Mi hija!

Un instante después Gil de la Cuadra estaba sentado en el suelo, con los ojos fijos, el cuerpo encorvado, los labios entreabiertos, atónito, lelo, estúpido.

Abrióse la puerta. Mon salud entró.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

XXVIII

VAMOS Sr. Gil—dijo.—Vamos al punto.

Nadie contestó. El joven aguardó un instante. Traía una luz.

—¡Ah!—exclamó viendo que Regato continuaba en su sitio.—Pasará usted aquí la noche, hasta que haya un alma compasiva que le saque. Han asesinado á Vinuesa. Dicen que habrá esta noche nueva visita á los calabozos.

Regato no contestó nada. Monsalud se dirigió á Gil de la Cuadra.

—Vamos—le dijo.—¿Por qué se arroja usted al suelo en el momento de salir?

Extendió el brazo para alzarle; pero el anciano lo rechazó con fuerza. El solo se levantó.

—Vamos fuera—repitió Monsalud.—Llegó el momento... ¡libertad!...

—De tí, de tu mano—exclamó Gil de la Cuadra con profunda ira,—no la quiero.

Salvador, estupefacto y espantado, no supo qué decir.

—Vamos—exclamó al fin.

—No quiero.

—Salgamos.

—¡Contigo, jamás!

—¿Qué dice usted?... amigo... por favor.

—Miserable, apártate de mí—gritó Cuadra dirigiendo á su libertador una mirada en que se reconcentraba todo el desprecio de que es capaz un alma.—Me manchas, me ofendes, me repugnas.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

—¡Qué locura! Vamos pronto—dijo Salvador tomándole por un brazo. —Piense usted en su hija que espera.

—¡Mi hija, mi pobre Solita!—exclamó el anciano cubriendo con ambas manos su rostro.

Este recuerdo, estas ideas produjeron conmoción profunda en su ánimo. De súbito el instinto de libertad surgió poderoso en su alma. Corrió hacia la puerta y salió. Monsalud fué tras él.

—Déjame, no me toques, malvado... ¡Te desprecio, te aborrezco, me causas horror!

Salvador se detuvo. Su conciencia había dado un grito espantoso.

—No me has salvado, no me has salvado, no; es mentira—murmuró Gil de la Cuadra.—Tú no puedes haber hecho una buena acción. Déjame, déjame. No quiero verte más.

Estaban en el patio de la carcel.

Era el momento en que los soldados enviados por el Gobierno ocupaban el edificio, arrojando de allí á los milicianos.

Gil de la Cuadra, huyendo de Monsalud que corría tras él, cayó al suelo. El joven se le acercó. Le habían ocurrido no sabemos qué palabras que le parecieron convincentes. Acercóse un soldado, y golpeando con el pié á Gil de la Cuadra, dijo:

—Un miliciano borracho. Á la calle pronto.

El anciano no podía moverse. Monsalud tomándolo en brazos, lo sacó fuera de la carcel.

—¡Déjame, déjame, maldito!—murmuraba el anciano.

Quiso andar, quiso huir, pero le faltaban las fuerzas. Monsalud le sostenía, y así llegaron hasta la plazuela de Lavapiés, donde aguardaba un coche. Salvador cargó de nuevo al anciano y lo entró en él. Solita le recibió en sus brazos.

—Entra tú también, hermano.

Gil de la Cuadra había perdido el conocimiento; pero seguía diciendo:—¡Maldito!

—Yo no—repuso Salvador.—Adios, hermana, ya sabes donde has de ir.

—Pero tú... Entra de una vez.

—No, adios; jamás nos volveremos á ver... Adios.

Cuando el coche partió hacia las afueras de Madrid, Monsalud se dirigió hacia el interior de la villa. Más de una vez se detuvo ante cualquier esquina en la actitud desesperada de un hombre que ha decidido estrellarse la cabeza contra las paredes. Andaba sin dirección

(c) 2008 Ministerio de Cultura

fija y pasaba de una calle á otra. En una de las vueltas estuvo á punto de ser atropellado por una carroza que entraba en el ancho pórtico de histórico palacio. Era la carroza del marqués de Falfán de los Godos, y conducía á los que eran marido y mujer. En la frente de ésta no se había secado aún el agua bendita que tomara pocos momentos antes de salir de la parroquia.

Madrid.—Junio de 1876.

FIN DE EL GRANDE ORIENTE.

(c) 2008 Ministerio de Cultura

© Fundação Biblioteca Nacional - Ministério da Cultura

B. PEREZ GALDÓS

EPISODIOS NACIONALES

VII

III
44 - 2
5

(c) 2008 Ministeri